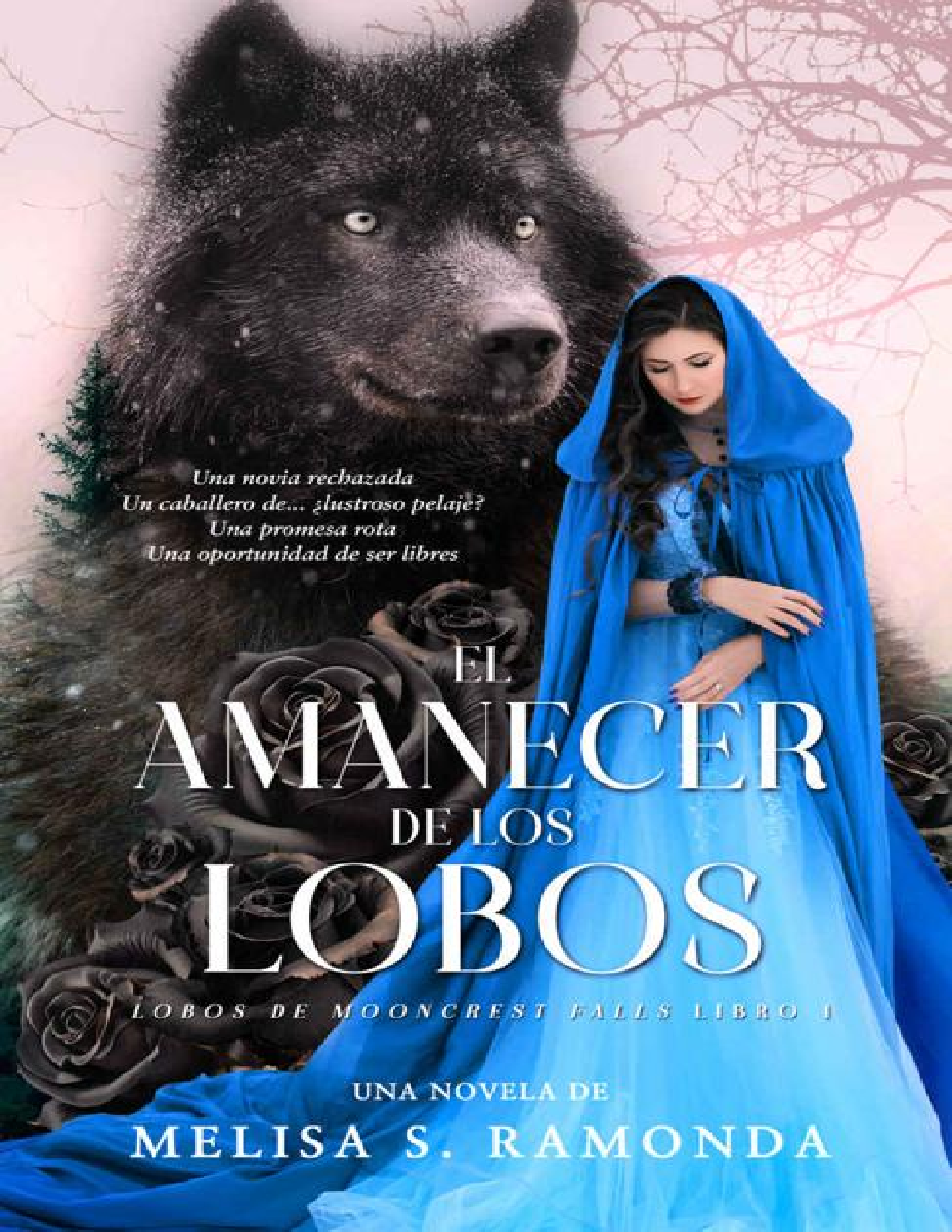

Una novia rechazada
Un caballero de... ¿lustroso pelaje?
Una promesa rota
Una oportunidad de ser libres
EL
AMANECER
DE LOS
LOBOS
LOBOS DE MOONCREST FALLS LIBRO 1
UNA NOVELA DE
MELISA S. RAMONDA

EL AMANECER DE LOS LOBOS
LOBOS DE MOONCREST FALLS, LIBRO 1

MELISA S. RAMONDA

© Agosto 2023, Melisa S. Ramonda
Todos los derechos reservados

“EL AMANECER DE LOS LOBOS”
Lobos de Mooncrest Falls, LIBRO 1
COPYRIGHT (C) Agosto de 2023
MELISA S. RAMONDA (LADYWOLVESBAYNE)

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Ninguna parte de este libro se puede reproducir o usar de ninguna manera sin el permiso explícito de la dueña del copyright, excepto el uso de pequeñas citas en reseñas literarias. Esta obra no se puede vender o distribuir sin el permiso explícito de la dueña del copyright. Esta obra no se puede adaptar a otros formatos, ni físicos, ni digitales, ni audio, ni film, sin el permiso explícito de la dueña del copyright.

Registrado en SAFECREATIVE (Registro N° 2308275155264)



AMAZON ASIN: B0CG42QKKT

ESTA ES UNA OBRA AUTOPUBLICADA POR SU AUTORA
Diseño de Cubierta e Interiores:
Melisa Samanta Ramonda
Dark Unicorn Book + Design

Correcciones y Edición General:
Melisa Samanta Ramonda

Fotos de Cubierta:

ID 12531025 - ID 72102279 - ID 141800104
ID 353326160 - ID 436184040 - ID 634084432
Adquiridas desde DEPOSITPHOTOS INC.

www.ladywolvesbayne.com
TW: @ladywolvesbayne
IG: @dark_unicorn_books
TikTok: @dark_unicorn_books
ladywolvesbayne@gmail.com

NOTAS IMPORTANTES

En esta obra, uno de los protagonistas utiliza el lenguaje de señas para complementar su comunicación ya que tiene dificultades para hablar de manera fluida. NO SOY una experta en el lenguaje de señas y esta historia se escribió originalmente en Inglés, por lo que me basé en los códigos del ASL o American Sign Language. Es posible que algunas señales no se ejecuten con la misma mecánica en otros países. Sepan disculpar. En los diálogos del personaje, además de comunicación en señas (la cual siempre está acotada como tal) hay palabras o frases enteras resaltadas en cursiva. Esto es para denotar que se trata de palabras o frases que el personaje no puede pronunciar bien.

Por otro lado (y como dice al principio), esta obra se escribió originalmente EN IDIOMA INGLÉS AMERICANO y se tradujo al ESPAÑOL CASTELLANO, matizado con voces latinas e ibéricas por igual y donde hiciera falta. La trauducción es propia. La revisión ortotipográfica también es propia. Si hay errores (que quizá los haya, no soy Wonder Woman), no creo que ninguno de ellos sea tan grande como para arruinarte el disfrute de la historia.

Le serviría muchísimo al proyecto (y me haría muy feliz) si al terminar la lectura y deseas hacerlo, dejes tu calificación y tu opinión, para que otros puedan verla/leerla. Me motiva a seguir adelante.

COMENTARIO DE LA AUTORA

Esto es… bueno, es algo diferente.

EL AMANECER DE LOS LOBOS está inspirada por otras grandes obras. Quería hacer algo nuevo y con lobos (con *mis queridos lobos*), pero no quería vivir con el estrés de tener que superar los logros del pasado.

Esta obra *se desprende* del universo Rasguños en la Puerta y por lo tanto encontrarás sus buenas dosis de acción, emociones, traumas y sentimientos a flor de piel. Sin embargo, no es lo mismo que RELP, así que descubrirás que hay lugar para momentos muy cotidianos llenos de dulzura y sensibilidad. Tampoco hace falta leer RELP para entender esta historia, si es que no sabes de qué hablo, pero te aseguro que si te gusta EL AMANECER DE LOS LOBOS, prontito vas a sentir una necesidad galopante de leer RELP.

En este universo (digamos que alternativo), las premisas son simples: *hay lobos-hombre, y se rigen por las mismas reglas que los seres que protagonizan la serie RELP (o casi las mismas)*. Uno de los grandes twists es que, por primera vez en la historia de estas criaturas, nos codearemos con lo "mágico" e "inexplicable", pero no en lo que respecta a su naturaleza. Los conflictos son muy humanos, justo como me gusta. Quise volver *a la esencia más pura y simple de un amor profundo y verdadero* que florece en el tiempo. *Quise escribir algo bonito* sin tener que crear el mega-argumento o al mega-villano y las mega-vueltas de tuerca...

Quise escribir una historia que fuera SENCILLA, pero no por eso aburrida o insulsa.

Quiero que pienses en EL AMANECER DE LOS LOBOS como un refugio para tus sentimientos: ese lugarcito cómodo al que llegas al final de un día de mierda y en el que quieres perderte hasta que te sientas mejor.

Así que, si te interesan los hombres buenos, sencillos, con valores y dispuestos a todo para cumplir sus sueños y los tuyos; o las damas que a pesar de haber tenido una vida tan dura saben verle el lado bueno a las cosas y no se rinden ante la adversidad, entonces te invito a conocer la historia de Camron y Fay. Ojalá esta historia sea todo lo que deseas, y más. ¡Disfrútala!

PD: Mente abierta y paciencia. Cuando te parezca que algo se va al carajo, da un paso atrás y recuerda que *en esta historia, no todo es lo que parece*. Los secretos poco a poco se revelan y te aguardan grandes sorpresas, por todas partes. El final te va a dejar cuestionándote todo lo que sabes, te lo prometo.

De un modo u otro, tus expectativas se van a cumplir y de maneras más que gratificantes.

Gracias por bancarme, como siempre.

Mel.

PRÓLOGO

—¿A qué te refieres con que *no puedes encontrarlo*?

La voz hizo eco en cada pared de la pequeña sacristía.

Alcé un poco la cabeza. *¿Qué?*

El caballero, un hombre maduro vestido de blanco y gris, volvió a hablar:

—¡Trae a tu hermano al altar, ahora mismo! —casi rugió, tratando de mantener la voz baja. El joven alto y con barba que tenía en frente (uno de sus hijos, me imagino) se quedó mirando al piso de piedra. Una vena le palpitaba fuerte en el cuello—. ¡Hay una iglesia llena de gente que espera, y una boda por celebrar!

—Padre, confíe en mí, he buscado en cada…

—*¡Busca otra vez!* —esa vez, las palabras surgieron acompañadas de un gruñido animal.

—¡Padre, tiene que entender! —intervino alguien más, un hombre más joven con el cabello largo atado en una media cola de caballo—. ¡Se fue hace mucho tiempo!

Los demás hombres presentes empezaron a hablar a la vez, gesticulando.

Me encogí en la banca de madera. La doncella que me había arreglado el vestido y el cabello me apretó un poco los hombros. Sé lo que estaba pensando; las dos culpábamos a mi madrastra por dejarnos ahí, en semejante situación, mientras ella se iba a cultivar sus relaciones sociales con la altanera nobleza del Valle Ancho. Era muy cuestionable que dos mujeres jóvenes estuvieran solas entre tantos hombres en un espacio tan pequeño, pero se suponía ése era el día de mi boda, y que aquellos hombres se convertirían en mis parientes. Y todo estaba yendo de mal a peor.

Yo no quería eso. *No se suponía que fuera así.*

Continuaron discutiendo, pero en otro idioma. Las palabras tenían un eco violento, oscuro. Hizo que se me revolviera el estómago. Me retorcí los dedos hasta sentir dolor, apretando un puñado de flores blancas y rústicas en mi regazo.

Mi madrastra se quedaría *lívida* cuando se enterase.

Aparte de los gruñidos, los rugidos y el griterío, todo lo que podía ver eran sombras largas arrastrándose a mi alrededor. El fuerte olor del cuero aceitado, el barro y ropas usadas por varias semanas me inundó la nariz. Cotas de malla y armaduras livianas tintineaban y golpeteaban.

El único que se mantenía en lo suyo era el hombre grande del rincón.

Lo envolvía un manto hecho de la oscuridad que el fuego de la chimenea no alcanzaba a disipar y una larga capa de tela gruesa y negra. Permanecía indiferente a los eventos. Observé sus finas botas de cuero, con puntera de metal. Tenía los pies enormes. Iba armado y acorazado, como los suyos, pero se había apoyado contra la pared del fondo con los brazos visiblemente cruzados por debajo de la capa.

—Padre, *por favor*, Fadric se fue. —insistió el hijo barbudo, volviendo a la lenguaplana.

—¡No puede ser que *se haya ido y nada más*!

—Su caballo y sus alforjas no están por ningún lado, y él tampoco. Le digo que…

Allí fue cuando mi madrastra entró a la sacristía, acompañada de su esposo.

Todos, incluso la doncella, se quedaron helados. Levanté un poco la cabeza, al instante.

Tenía una presencia imponente. Quizá demasiado delgada y plana del pecho y las caderas, y puede que un poco pasada de su mejor momento, pero unos rechonchos tirabuzones dorados le adornaban la cabeza, y aquel vestido color borravino combinado con un exceso de joyería barroca la hacían ver como una reina más que la heredera de un rico imperio mercantil. Sus ojos de arpía examinaron la habitación.

Y no le gustó lo que vio.

—¿Acaso sucede algo? El clérigo aguarda, ¿dónde está el novio?

Me miró directamente a mí, demandando una explicación.

Pero el Lord caballero rompió el pesado silencio al dar un paso al frente.

—Lady Eanna, me disculpo —dijo, firme, y le hizo una reverencia rápida—. Nos hemos encontrado con un percance: parece ser que mi hijo ha desaparecido.

Mi madrastra parpadeó con rapidez varias veces.

El rabillo de uno de sus ojos se contrajo. Era increíble cómo mantenía la compostura, la he visto perder los estribos por ofensas mucho menores.

—¿Cómo es eso posible, siquiera? ¿No puede rastrearlo?

El caballero miró de reojo a sus hijos.

—Fadric es un cazador excepcional. Lo que mejor hace es cubrir sus huellas.

Ella volvió a mirarme, algo *ardía* en el fondo de su mirada azul-hielo. Entonces, hizo un gesto brusco con la mano y la doncella huyó de la escena casi a la carrera, junto con el esposo de mi madrastra. Estaba por llegar lo peor.

No había nada que esa mujer odiara más que perder su tiempo.

—Bueno, pues. Elija a otro, y continuemos. —dijo, como si nada.

Tragué aire con fuerza. *¿Estaba hablando en serio?*

Oh, claro que sí. Quería deshacerse de mí con tanta intensidad que ni siquiera le importaba mi destino. Yo no pedí esto, pero al menos estaba familiarizada con Sir Fadric de la Nariz Implacable. Habíamos hablado una vez, durante un baile, y él me había enviado algunas bellas cartas.

Había hecho las paces con la boda, con Sir Fadric y con *los rumores*.

Pero estaba aterrada, ahora.

El Lord caballero frunció su ceño poblado de cejas tupidas y grises.

—¿Disculpe, mi Señora?

—¿Acaso no hablé con claridad? Vino hasta aquí con todos sus hijos. Elija a otro.

¿Todos esos hombres eran sus hijos? Había seis allí, incluyendo el gigante de la capa en el rincón. Con Sir Fadric eran siete.

—No lo comprende, mi Señora…

—*Es usted el que no lo entiende*, Lord Willem; hoy habrá una boda en este lugar —siseó mi madrastra, parándose en lo más privado del espacio personal de aquel hombre. Él no se echó para atrás. Tragué saliva en silencio, me cayó algo frío por la espalda—. Así que, le sugiero que elija otro novio y continuemos. A mí me da lo mismo.

—Lady Eanna, no es tan simple.

—Oh, pero lo es —ella le regaló una de sus sonrisas más desdeñosas, con labios de intenso carmín—. Su clan quiere acceso a mi mercancía, y yo quiero un pasaje seguro a través de sus montañas. No importa quién se case con quién, importa que nuestras casas se unan.

Lord Willem, quien se suponía que sería mi suegro, me dedicó una mirada fugaz. Algo en el fondo de sus ojos devolvió un brillo dorado. Por un momento, quise creer que le preocupaba mi opinión o mi bienestar, pero aquello hubiera sido pretencioso de mi parte. El hombre intentaba, como mucho, decidir cuál de sus otros hijos se vería maldecido con la carga del deber mancillado de Sir Fadric. Qué desastre.

Aquellos caballeros tan honrados habían venido de tan lejos, y ahora…

—¿Acaso Lady Fay no tiene voz ni voto en este asunto? —preguntó el anciano, curioso.

—Mi hija sabe bien que un matrimonio arreglado es lo mejor a lo que puede aspirar a su edad.

Hijastra, pensé, al borde de las náuseas.

Me aferré a las flores en mi regazo con tanta fuerza que los tallos se partieron.

El Lord gruñó, sacudiendo la cabeza. Sus hijos parecían compartir la misma opinión, ya que se irguieron con una mano apoyada en el pomo de las espadas que llevaban a la cadera. Le eché un vistazo al hombre del fondo con el rabillo del ojo. Ya no estaba recargado contra la pared.

Al final, Lord Willem se rindió:

—Que así sea.

La sonrisa de mi madrastra se ensanchó como un reguero de sangre a través de su rostro.

—Es usted muy razonable, Lord Willem. Me alegro.

Ambos se volvieron hacia la amplia selección de jóvenes corpulentos. Los observé, tomando en cuenta sus rostros atractivos, sintiéndome muy mal por ellos. Tenían mandíbulas fuertes, cabello oscuro y ojos claros, en matices de azul tan variados que la luz vacilante del fuego no les hacía justicia. Alguno llevaba el pelo largo, otro una barba completa o apenas un poco. Algunos lucían más jóvenes que yo, pero todos estaban unidos por sangre, sin duda. Lo hubiera notado antes si me hubiese atrevido a mirarles mejor.

Eanna levantó las manos, magnánima.

—¿Y quién de ustedes se hincará para recitar los votos? —demandó.

Nadie se movió. Los muchachos se miraron unos a otros, en cambio.

—Hijos míos, decidan rápido. —el Lord se aclaró la garganta.

—Si nadie se ofrece, entonces seré yo quien elija —los aguijoneó mi madrastra, pedante—. Sé que la novia no es muy agraciada, pero les aseguro, es saludable y trabajadora, les dará hijos sanos. O lo que sea que requieran de ella. Está bien entrenada, y lo que no sepa, puede aprenderlo —me miró de reojo, mofándose—. Le gusta aprender cosas.

El corazón no podía latirme más rápido, el subidón me estaba mareando.

El hombre con la media cola cuadró los hombros y habló:

—Padre, esto no está bien.

—Es lo que es, hijo. ¿Vas a recitar los votos?

—No, me rehúso con todo respeto —dijo el caballero, escupiendo las palabras como si de veneno se tratase. Al menos, se inclinó hacia mí con cortesía—. Disculpe mis modales, Lady Fay. Pero esto es inaceptable.

—Me rehúso también. —dijo uno de los más jóvenes, erguido con orgullo.

—¡Es un atropello, padre! ¡No debe usted permitirlo! —se alzó otra voz.

Y otra, y otra…

—¡Es juego sucio, así no eran los términos!

—¡Un deshonor de lo más bajo!

—¡Que se postergue la boda hasta que encontremos a Fadric!

Estaba aturdida más allá de lo manejable, a este punto.

Todos alzaron la voz al mismo tiempo, de nuevo. Más gruñidos extraños salieron de sus bocas junto con palabras duras en su lengua nativa, algunos de los feroces caballeros hasta mostraron los dientes. Quizá fue por la pobre iluminación, pero creí ver el resplandor de *largos colmillos* entre esas perfectas perlas que tenían en la boca…

Mi madrastra permaneció callada, las manos que tenía cruzadas sobre el estómago le cimbraban de rabia.

—¡Suficiente! —la paciencia de Lord Willem se agotó—. ¡Acaben con este sinsentido, ahora mismo!

Las protestas cesaron enseguida, el silencio cayó con el peso de un tronco.

Fue lo más ominoso que alguna vez experimenté, aún más aterrador que la noche más oscura. Sólo quedó el crujir del fuego y las respiraciones agitadas de aquellos hombres despreciados que tenía delante. Bajé la mirada y me di cuenta de que las florecillas estaban destrozadas dentro de mis puños. Despacio, abrí los dedos para soltarlas.

Se había acabado, ya no había nada que pudiera hacer.

Ella me dijo, muchas veces, que un día me vendería como a una vaca ordinaria.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Odiaba a Sir Fadric.

Una voz desconocida se elevó desde atrás, misteriosa y calma:

—Yo lo *haré* —el sonido retumbó en mis huesos como un trueno en la distancia—. Me *casaré* con Lady Fay.

En las regiones más lejanas de las Tierras del Norte, reinaba una manada de lobos.

No se trataba de lobos ordinarios, por supuesto, sino de lobos-hombre. La mayoría del tiempo se veían como hombres y actuaban como tales, aunque había un peculiar brillo en el fondo de sus ojos, extraño y misterioso.

Nadie sabía de dónde habían venido o cómo era que existían, pero habían ocupado las tierras justo detrás de las Montañas Crecientes, justo por detrás de un complejo de cascadas llamado Mooncrest Falls. Las ruinas de una antigua fortaleza desparramada a lo largo de todo el cordón montañoso se convirtieron en su hogar y bastión. Por décadas, el clan trabajó sin descanso para restaurar la fortaleza a su gloria pasada, reconstruyendo y expandiendo los castillos abandonados, torres de vigilancia y fortificaciones hasta que su valle se volvió inexpugnable.

Y como residían lejos de la mayoría de las Ciudades Comunes en el Valle Ancho, nadie les molestaba. El miedo era una poderosa arma de disuasión.

Así es la historia.

Y eso es lo todo lo que era para mí, un relato romántico de monstruos caballerosos.

Hasta que me casé con uno de ellos.

MAPA DEL VALLE HUNDIDO



PARTE 1
LA NOVIA RECHAZADA

1. El Borde del Invierno

Todo lo que podía ver a través de las ventanas descoloridas del modesto carruaje eran bosques nevados. Árboles altos con troncos oscuros cubiertos en polvillo blanco helado, picos azules desgastados y tan distantes que no parecían acercarse sin importar cuánto viajáramos, y la vasta desolación del Norte. Llevábamos tres días en el camino.

Miré mi propio reflejo en el cristal grasiento. Se estaba ocultando el sol.

Un suspiro escapó de mis labios. El anochecer nunca antes me pareció tan oscuro…

Había unos aterradores vacíos de conocimiento en mi mente.

¿Sería verdad que mis nuevos parientes *eran monstruos*?

Era difícil decir. Todos ellos parecían *demasiado humanos*, una banda alegre de caballeros cantando y riéndose en lo que la pequeña columna de carretas y carruajes cruzaba los valles y colinas. Montaban caballos finos y se vestían con ropas de calidad, comían cosas normales y bebían cerveza o té, roncaban al dormir y hablaban entre ellos en una lengua desconocida para mí.

Pero sus bocas estaban armadas con dientes inusuales, largos y afilados como colmillos de animal. Más de una vez encontré a alguno de ellos erguido muy tieso en mitad de la noche, viendo a la nada, escuchando cuidadosamente las voces del viento. Los lobos salvajes tendían a hacerse notar bastante dondequiera que estuviésemos, aunque hasta entonces no se habían suscitado incidentes.

Yo era la única mujer de la caravana, pero no existía peligro para mí.

Era la novia rechazada, después de todo.

Los documentos de la boda decían que el nombre de mi flamante esposo era Sir Camron de los Ojos Plateados, hijo de Lord Willem de los Colmillos Perlados.

Y yo ni siquiera conocía su rostro.

La mayoría de las mujeres de mi edad y más jóvenes viven por el día en que serán prometidas a un hombre de buena familia para casarse. Mi boda, en cambio, fue un trámite desprovisto de ceremonia alguna. El malestar se me coló bajo la piel en lo que recordaba estar de pie frente al altar y a este extraño hincado sobre una rodilla delante de mí. La forma en que me sostuvo los dedos dentro de sus manos enormes y enguantadas, y cómo recitó los votos con paciencia, pero lleno de confianza. Sus guantes, al igual que sus grandes botas, tenían punteras de acero en los dedos. Me dio tanto frío. Su voz me hizo estremecer por dentro. Era tan alto que, a pesar de estar casi arrodillado, nos encontrábamos cara a cara, pero no se quitó ni por un segundo la capa o la capucha.

Busqué sin descanso en la oscuridad al fondo de esa capucha, intentando captar un detalle de sus facciones. Vi poco más que un ligero brillo.

Como los ojos de un animal en la noche.

Aun así, yo acepté su anillo y él aceptó el mío. Sir Camron no se deshizo de sus gruesos guantes de cuero (y dudo que el anillo le hubiese cabido en alguno de los dedos, de todos modos), pero lo importante es que lo aceptó.

Lo sostuvo en su puño todo el tiempo, hasta que la ceremonia terminó.

El clérigo no dijo nada acerca de besar a la novia, y Sir Camron no intentó hacerlo tampoco.

Los festines de boda en el Valle Ancho duraban tres días, al menos. Mi madrastra lo quería todo dicho y hecho en una sola noche, por supuesto, pero aun así tuvo que hacer la pantomima para el resto de sus amigos nobles y colegas de negocios. No sé qué excusas puso, el resultado fue una celebración modesta en la Hacienda Darach, una reunión pequeña pero digna de la heredera de un imperio mercantil.

¿Y mi esposo?

Él se retiró a un rincón mal iluminado del comedor y se sentó ahí, observándome. Lo sé, porque una o dos veces me sentí incómoda y, al mirar sobre mi hombro, ese brillo intimidante reverberó dentro de su capucha. Dirigido a mí.

Se sentó ahí, solo, con la cabeza envuelta en sombras. Se le ofreció comida, pero no la probó. Se le ofreció bebida, pero no la aceptó. Ni siquiera me habló.

Uno de sus hermanos, el de la barba que parecía ser el mayor, se sentó con él una o dos veces. El hombre movió la boca, lo vi. Todo lo que Sir Camron hizo para responderle, fue hacer unas señas extrañas en el aire con las manos.

Para cuando me excusé para ir a dormir, el rincón estaba vacío.

De hecho, no volví a verlo otra vez hasta la mañana siguiente, cuando el convoy partió.

Lo espié por la ventana de mi carruaje. Sir Camron iba al frente de la columna montado sobre un gigantesco semental blanco, el caballo más grande que había visto en mi vida. Dos mastines, negros como el carbón y altos como ponys, trotaban siempre cerca de él. Sir Camron había cambiado la capa negra por una de color gris claro, más gruesa y pesada, con piel en los bordes. Una capucha invernal mantenía su cabeza cubierta, todo el tiempo.

Él era *monstruosamente* grande a comparación de sus hermanos y primos.

Pero, por el momento, mi esposo decidía ignorarme.

Por vergüenza, quizá, ya que se había condenado a una unión política sin siquiera pensarlo con propiedad. Si lamentaba algo en su fuero interno, bien, ya éramos dos.

Sir Fadric fue muy listo al escaparse mientras pudo.

*****

El golpeteo rápido de un puño acorazado en la puerta de madera me hizo saltar en el asiento.

—Lady Fay —me llamó la voz gentil de un hombre—. Lo lamento, no deseaba asustarla.

¿Cómo supo que me había asustado?

—Me encuentro bien, ¿quién llama?

—Bredon de la Franja Dorada, hijo de Lord Elwin de la Cola Cortada. ¿Podría abrir la puerta, mi Señora?

—Sí, Sir Bredon.

Me estiré lo suficiente como para mover el pestillo de bronce.

El joven caballero abrió la puerta y entró. Era uno de los primos, con una tupida cabellera rojiza y grandes ojos verdes, tal vez de mi edad. Llevaba una pequeña olla de barro cubierta con un plato y un pedazo de pan marrón.

—Joven Bredon, como mucho —me sonrió—. Le traje la cena.

Era la primera sonrisa gentil que había visto en días. Fue hermoso.

—Disculpe, todavía no conozco sus costumbres. —me ardieron un poco las mejillas.

—No se preocupe, mi Señora. Por favor, despliegue su mesa.

Me tomó un instante reaccionar. Se refería a que tirara de un tablón de madera pulida que tenía dos patitas desmontables, perfecto para mis comidas. Debo admitir que los aposentos eran cómodos. El carruaje tenía un divisorio hecho con una cortina gruesa, toda bordada, y detrás de ella había una cama estrecha pero suave. Como la caravana no viajaba por la noche, podía dormir una vez que mis preocupaciones me dejaban agotada. Me recordaba a los carromatos de los nómades del Este.

Una vez que bajé la mesa, el Joven Bredon se agachó dentro de la cabina para poner la olla frente a mí y me entregó unos cubiertos.

—¿Le molesta si como con usted?

Me frené en seco.

—¿Es apropiado?

—No veo por qué no lo sería —él frunció el ceño, aún sonriente —. Fue Sir Camron el que me envió para hacerle compañía.

Arqueé las cejas. ¿Ah, sí?

En los últimos días, varios caballeros se habían turnado para darme comida o bebida, o mantener un ojo sobre mí en lo que estiraba las piernas o hacía lo mío detrás de un arbusto helado. ¿Acaso mi esposo había puesto a todos sus hombres en rotación para atenderme?

—¿Y por qué no viene él mismo? —barboté.

La expresión contenta del Joven Bredon decayó un poquito.

—Mi primo está ocupado liderando la caravana, mi Señora, debe permanecer al frente con Lord Willem. Pero Sir Camron le envía sus saludos y esta excelente comida. Es un estofado de lo mejor, espero que lo disfrute.

¿Es que no podía hacerse un momento para hablar con su novia? *¿O mostrarle la cara, al menos?*

Empecé a preguntarme si estaría horriblemente desfigurado debajo de esa capucha.

—Ya veo.

—No tema, Lady Fay. Habrá muchas oportunidades para que los dos se conozcan mejor una vez que lleguemos al valle —el Joven Bredon salió del carruaje pero no se fue, se quedó afuera parado en la nieve, llevándose tiras de carne seca la boca que sacaba de un pequeño morral—. No tiene frío, ¿verdad? Puedo cerrar la puerta si le molesta la brisa.

—No me molesta. El aire fresco es agradable.

Cuando destapé la olla, el delicioso olor del estofado me dio de lleno en la cara. Se me hizo agua la boca en lo que levanté una cucharada, para probarlo. Era excelente, en verdad, la sabrosura de la carne jugosa, los frijoles blancos, papas y especias me estalló en la lengua. Maravilloso. Cerré los ojos y murmuré por lo bajo.

El Joven Bredon se rio bajito, orgulloso, pero no dijo nada.

Tras unos momentos de silencio y una cantidad abundante de estofado, hice una pausa. Mi mirada se dirigió hacia el joven caballero, tan gallardo con su capa gris claro y armadura plateada. El escudo en su pechera, apenas visible, recordaba a la cabeza de un lobo con cinco pequeños círculos por encima, describiendo un arco, y dos espadas cruzadas por detrás de la figura. Todos llevaban este símbolo, ya sea tallado, bordado o pintado en acero, cuero o tela. Una vez más, vi la sombra de un colmillo puntiagudo dentro de su boca cuando se puso a mordisquear un trozo duro de carne seca.

Me estremecí, de manera inconsciente, pero la verdad es que no podía quejarme.

Monstruosos o no, por lo menos mis nuevos parientes eran educados y decorosos. Mucho más de lo que podía decir acerca de mi madrastra y sus dos hijos.

—¿Qué tan lejos están las tierras de su clan del Valle Ancho? —pregunté, para despejarme.

—Menos de una quincena, si el clima aguanta. Se avecina una gran tormenta.

—¿Una tormenta? —qué curioso. Los cielos se veían limpios—. Eso suena peligroso.

—Fatal, de hecho, si no está familiarizada con el terreno. Le aseguro que no tiene nada de qué preocuparse; la tormenta sólo nos retrasará un poco. ¿Pasa algo con su comida, mi Señora?

Miré el fondo de la pequeña olla medio vacía, sosteniendo la cuchara en alto.

—No, no. Es maravillosa.

—No puede ser que ya se haya llenado, ¿verdad? ¡Comió tan poco!

Parecía desanimado.

Levanté un poco más, sólo para contentarlo, y traté de reciprocar su sonrisa.

El Joven Bredon asintió, pero no me quitó los ojos de encima. Me llevé otra cucharada a la boca. El cerró su pequeño morral y lo guardó, luego se cruzó de brazos. Era difícil definir qué me veía tanto, pero la intensidad de su mirada me incomodó. Tiré de mi abrigo con capucha para cubrirme el pecho, por si acaso; aquel vestido de invierno de color naranja claro con escote cuadrado era discreto, pero una joven nunca sabe lo que está pasando en la cabeza de un hombre.

Humano, o lo que fuera.

Tras comerme otras tres cucharadas de estofado, consideré que era suficiente.

—Me disculpo, pero me va a explotar el estómago. —dije, y me apuré a levantar la mesa.

—Muy bien.

El Joven Bredon volvió a subir, llenando el espacio con sus anchos hombros, y recibió los utensilios que le entregué. Antes de

que pudiera retirarse, le agarré la muñeca:

—¿Hay alguna noticia? Sobre Sir Fadric. —me atreví a preguntar, al fin.

Me había mantenido callada al respecto desde que abandonamos la hacienda. Cuatro de los siete hijos de Lord Willem no estaban viajando con nosotros, me figuré que se habían quedado para buscar al novio evadido.

Él consideró su respuesta con cuidado:

—Usted no debería preocuparse por eso.

—¿Le van a castigar? —insistí.

—Eso lo decidirá Lord Willem. Pero, ¿le daría satisfacción que Sir Fadric fuera castigado, por su cobardía? Nadie la culparía si decidiera demandar justicia.

—Sir Fadric y yo fuimos empujados a esto, ¿qué justicia podría demandar yo?

—Pues, rechazarla es una ofensa terrible.

—No estoy ofendida, sólo… bueno, confundida.

El Joven Bredon frunció el ceño, como si yo estuviera hablando tonterías. Ladeó un poco la cabeza.

—Usted dijo que no conocía nuestras costumbres aún. Es entendible.

—¿A qué se refiere con eso?

—Lady Fay, puede que no lo parezca, pero sabemos cómo se siente. Más de lo que imagina —se hincó sobre una rodilla y puso una mano sobre las mías, por encima de la mesa que crujía. Incluso si debí haberlo hecho, no me aparté de su roce. Su palma enguantada era cálida y mis dedos estaban helados—. Descubrirá, si está dispuesta a abrir un poco su mente y su corazón, que unirse en matrimonio a nuestro clan es, quizá, una de las mejores cosas que le podían suceder.

Sus palabras… me desarmaron, sin más.

Dejé caer los hombros. El Joven Bredon me dio una palmadita en el dorso de la mano. De nuevo, su sonrisa simpática tuvo la fuerza suficiente para cambiar el curso de la conversación:

—¿Alguna vez ha estado tan al Norte?

Sacudí la cabeza.

—No.

—Oh, le va a encantar, entonces. Es un mundo completamente distinto más allá de Mooncrest Falls.

—Discúlpeme si me cuesta creerlo, considerando este desierto helado.

Su sonrisa se volvió burlona, a la par de misteriosa.

—Las apariencias engañan.

Apreté las manos sobre mi regazo para que dejaran de tiritar bajo la intensidad de mis emociones turbulentas. Después de tres días en el camino, encerrada dentro de aquel carruaje sin un acompañante para hablar, las finas paredes de mi serenidad empezaban a derrumbarse; ya no podía permitirme sentir indiferencia.

—Me sorprende… que sea tan amable conmigo. —susurré.

—Lady Fay, usted pertenece al Clan Gris ahora; amabilidad es lo mínimo que le debemos —el Joven Bredon se bajó de un salto—. Por favor, mantenga la puerta bien cerrada.

Aunque me lo pidió con tanta franqueza, yo estaba tan perdida en mis pensamientos que ni me fijé en lo último que dijo.

*****

Pasaron otros cuatro días en la monótona quietud de los paisajes blancos.

Para cuando tuve suficiente edad para viajar largas distancias, mi padre ya había fallecido, por lo que nunca tuve oportunidad de dejar las fronteras de las tierras de la familia. La rutina era simple: parábamos dos veces al día, una al mediodía para comer, y de nuevo justo antes de que se fueran las últimas luces del ocaso, para acampar y dormir. Se servían tres comidas, siendo la cena la más abundante de todas. Tenía que ver con irse a la cama con la panza llena para mantener el cuerpo caliente por más tiempo.

Según lo dictaba mi nuevo estatus, no se me permitía andar sola, ni cocinar ni ayudar de ninguna manera. Tener a otros *a mi servicio* me causaba mucha aprensión, pero intenté apelar a la buena educación y aceptar cada gesto con una sonrisa. No quería que Lord

Willem pensara que era una ingrata niña mimada, y tampoco deseaba ir contra los deseos de mi esposo, o que se decepcionara de mí. Nunca llevé la vida propia de una dama de alta alcurnia, lo cual era fácil de ver en las docenas de cicatrices que me arruinaban las manos. Sí aproveché cada oportunidad para escapar de los confines del carruaje y caminar, casi siempre en la amigable compañía del Joven Bredon.

Su simpatía era una bendición, de verdad.

El resto del tiempo, estaba sola.

Al abandonar las tierras de mi familia, todo lo que me llevé conmigo fue un pequeño cofre con unos pocos tesoros de la infancia, las cartas que Sir Fadric me había escrito, algunos libros viejos (que ya había leído de cabo a rabo tres veces), un baúl mediano con mis ropas de invierno y mis certificados de nobleza. Ya no me servían, pero si dejaba esos documentos con mi madrastra, ella probablemente los quemaría para borrarme del árbol genealógico.

Me robé los papeles porque me importaba el legado de mi padre.

Ya que no tenía nadie con quién hablar aparte de mí misma, cada día reuní un poco más de ahínco para dar el primer paso y reunirme con Sir Camron. Al principio me aterraba la idea, pero pronto me di cuenta de que nadie podía prohibirme verlo si yo no se los permitía. Me había convertido en su esposa, y era mi derecho. Tampoco sabía dónde pasaba sus noches Sir Camron, pero podía preguntar.

En unos días más, hasta se me ocurriría *algo de lo que hablar* cuando lo viera.

Más que nada, quería darle las gracias y el regalo de bodas que había guardado para mi futuro esposo. Se trataba de un pasador de bronce con la forma de una rosa, ideal para sostener una capa sobre los hombros. Como tema para abrir una conversación, la excusa era bastante buena. El pasador había sido forjado con delicadeza y profunda atención al detalle. Me entristecía tenerlo en las manos, pero la pieza significaba mucho para mí y creí que sería un buen obsequio.

Mi padre quería que las rosas fueran el emblema de nuestra casa, pero…

Bueno, murió antes de que pudiéramos adoptar el emblema de manera formal.

Y me había casado dentro de otra familia, su escudo de armas se convertiría en el mío. La rosa en mis manos tenía significado y era inútil a la vez. Antes de que se me llenaran los ojos de lágrimas, lancé el pasador de nuevo dentro de mi pequeño cofre y cerré la tapa, molesta.

—Quizá es tiempo de dejar el pasado atrás. —murmuré.

*****

El aullido fue lo bastante fuerte como para despertarme, y sonó lo bastante cerca como para hacerme temblar.

Me senté en la cama, aterrorizada por el relincho alarmado de los caballos, el estrepitoso resonar de un galope y respiraciones pesadas. Algo había pasado corriendo al lado de mi carruaje, a la velocidad del rayo. El corazón me redoblaba dentro del pecho como un tambor, el mismo sonido ocupaba mis oídos y me dificultaba escuchar el clamor más allá de la cabina. No sabía si era cerca de la medianoche o del amanecer, pero me di cuenta de dos cosas: la primera, que no había oído ni una sola voz humana todavía; y la segunda, que aquel galope no tenía nada que ver con los caballos.

Otro aullido me heló la sangre. Más cerca esa vez.

Agarré con fuerza la gruesa colcha que sostenía alrededor de mis hombros y me animé a mirar afuera, corriendo apenas la cortina. El diáfano brillo nocturno de las nubes me ayudó a ver las formas cercanas de los árboles una vez que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Pudo ser mi imaginación, pero vi algo moverse, una sombra más negra que la noche misma. Sobresaltada, dejé el compartimiento dormitorio y me acerqué a la puerta del carruaje, para ver por la otra ventana. Me incliné, moviéndome unos mechones de cabello fuera del rostro.

Al principio fue fácil echarle la culpa a un mal sueño…

El siguiente no fue un aullido aislado, sino varios, todo alrededor del campamento.

El silencio muerto entre medio era poco menos que escalofriante.

Busqué en el panel de madera hasta encontrar el pestillo de bronce de la cerradura. Estaba abierto. Mis dedos se cerraron en torno a la manija y tiré, apenas lo suficiente para sentir la brisa helada en el rostro y mirar hacia afuera. Algo pasó al galope por detrás del carruaje, así que cerré la puerta de un golpe y traté de no gritar para no dejarme en evidencia. Fueran lo que fuesen, estas criaturas sonaban como un grupo de sabuesos juguetones, excepto que mucho, mucho más grandes.

¿Qué pasó con los guardias? ¿Se habían desvanecido?

¿O estaban tan dormidos, que no tenían idea de que nos acechaban unos animales salvajes? ¿Era yo la única que les oía? ¡No podía ser, si hacían tanto ruido tan cerca de nosotros! Me empezaron a temblar las manos.

¿Era una pesadilla, entonces?

Después de cien latidos, todo cesó.

Lo único que quedó fue el leve silbido del viento a través del bosque.

Esperé otros cien latidos más antes de abrir de nuevo la puerta, hasta reuní coraje para asomarme afuera y pararme en los peldaños. Ese silencio tan vacío no parecía normal. El corazón todavía me latía con fuerza pero seguí bajando hasta llegar a la nieve fresca, y como podía ver mejor en la oscuridad, descubrí las huellas enseguida. Muchísimas, muy grandes. Una parte de mí aún creía que no era más que un sueño, tal así que abandoné la seguridad de mi cabina descalza e indefensa, vestida nada más que con un camisón largo y una frazada sobre mis hombros.

El temor se instaló rápidamente en mis entrañas. Era como si todos hubieran desaparecido.

Y aunque no lo escuché acercarse, *pude sentir que estaba ahí*:

—*¿Qué está haciendo?* —protestó la voz, detrás de mí.

Aquel sonido profundo y arenoso me atravesó los oídos.

Grité y me di vuelta enseguida para encontrar una figura gigantesca encorvada sobre mí. Envuelta en una oscuridad ominosa

como la propia Muerte, sosteniendo metal desenvainado en su mano derecha. Di un paso atrás, consciente por fin del frío cortante en las suelas de mis pies.

Sus hombros temblaban, quizá de rabia. Un resplandor de orbes plateados en el fondo de la capucha me dio escalofríos.

—¡Sir Camron! —jadeé, paralizada—. Oí algo extraño, y…

Él golpeó la rueda del carro con el plano de la espada y aulló:

—*¡VUELVA ADENTRO!* —un gruñido gutural subrayó sus palabras.

Asustada, intenté demostrarle que me encontraba bien, pero él fue más veloz y me capturó por encima del codo. Su mano me envolvió, haciendo ver a mi brazo como un palito raquítico en su agarre. Sin esfuerzo, mi esposo me empujó hacia el carruaje y a trepar los escalones, y me metió con rudeza dentro de la cabina. Un fuerte olor a cuero y perro mojado me entró por la nariz como un aluvión. Era muy desagradable.

Me giré para disculparme, pero Sir Camron agarró la manija de la puerta de un zarpazo y ladró:

—*¡QUÉDESE AHÍ!*

Luego vino el portazo.

Se alejó a los pisotones, muy rápido, y entonces oí voces agitadas hablando en su lengua.

Un tenue resplandor de linternas rompió la oscuridad al fin.

No sé decir cuánto tiempo me quedé ahí parada, sosteniendo la frazada, paralizada de miedo y vergüenza, pero debió ser un rato considerable. Lo último que recordaría es que me metí a la cama otra vez y lloré hasta dormirme, en silencio, soltando por fin la tensión que me aplastaba el alma desde que perdí la libertad.

Lo que, irónicamente, sucedió mucho antes de aquel matrimonio.

2. Si el Hombre Se Llamara de Otro Modo

No podía elegir una mejor manera de joderlo todo.

Mantener a los lobos salvajes a raya era un verdadero dolor de cabeza, dado que los animales se sentían atraídos a nosotros por naturaleza y por ende, tendían a seguirnos. Lo más responsable de nuestra parte era ahuyentarlos, no podíamos arriesgarnos a mover a una manada entera por accidente hacia un territorio en el que pudieran causar estragos. O levantar una pueblada. A la gente ordinaria le encantaban sus horcas y antorchas, pero les gustaba aún más usarlas para cazar aquello que no les sentaba bien. Los hombres tenían sus órdenes y se ocuparon de las pobres bestias en lo que yo caminaba a lo largo del convoy para asegurarme de que todo lo demás estaba en orden.

Cuando la vi parada en la oscuridad fuera del carruaje, tan mal vestida, algo se apoderó de mí. Ella miraba a lo lejos, hacia el bosque callado. Su cabello negro, ondulado y largo más allá de sus caderas, se mecía con suavidad en la brisa nocturna; y aunque aquel simple camisón blanco le cubría hasta los pies, supe que no llevaba nada debajo.

Una colcha no la protegería de la fiebre. Ni de un animal salvaje. Ella *no era una de nosotros*, y los lobos no serían amables si de casualidad captaban su aroma.

Yo sí lo sentí. El olor danzó a mi alrededor y se filtró en mis pulmones.

Tenía que volver adentro. De inmediato.

Ahí fue cuando todo salió mal.

El olor del miedo mezclado con su más pura esencia femenina alimentó la velocidad de mis pasos. Hacía que mi corazón latiera con

fuerza, que mi nariz se incendiara. Y, de hecho, no me ayudó para nada a controlar el tono de la voz o la rudeza de mi comportamiento. Todo pasó muy rápido: la agarré (*la toqué*, en contra de todo sano juicio) y la arrastré de regreso a la cabina, y aullé palabras contrahechas y luego me fui, todo en el lapso de unos pocos latidos. La cabeza me daba vueltas.

Pero lo peor… oh, *lo peor* vino después, cuando volvía en dirección a la cabeza del convoy y me detuve a inspeccionar su carruaje por última vez. Oí unos débiles sollozos femeninos. Para mis oídos fue tan fuerte y claro como si ella estuviera gritando junto a mí.

Estaba llorando.

La hice llorar, carajo.

Aquella fue la primera interacción verdadera que teníamos desde la boda, y yo…

Debí mantenerme lejos de ella. Ese era el plan, después de todo.

*****

El sueño me evadió por el resto de la noche, incluso después de que los hombres reportaran que los lobos se habían desbandado. Las primeras luces del alba me encontraron sentado a solas frente a una pila de rescoldos humeantes, intentando tomar aunque fuese un magro desayuno antes de levantar el campamento. Pero no podía comer, tenía un hueco en las entrañas y ni siquiera el delicioso queso de cabra especiado me tentaba. El té de hierbas que se suponía que debía tomarme estaba casi congelado en el pichel de hierro atrapado en mi puño.

—¿Por cuánto tiempo más planeas continuar con esta charada?

Estaba muy consciente de su presencia, pero aun así la voz de mi padre me sobresaltó. Levanté la mirada, observándolo desde las profundidades de la capucha. Mi primo Bredon estaba ahí parado, también, y me fruncía el ceño, por alguna razón.

Me encogí de hombros, un gesto sencillo que ambos entendieron.

—Ya ha pasado media quincena; no puedes mantenerla encerrada en esa cabina por siempre —explicó mi padre. Intentaba ser paciente conmigo.

Mi primo no compartía el sentimiento:

—La pobrecilla está asustada hasta los huesos. ¿Qué fue lo que le dijiste? —se quejó Bredon, y ahora su ceño fruncido tenía sentido —. Ni siquiera me regaló un murmullo esta mañana.

Por supuesto. Porque necesitaba sentirme *todavía más* culpable.

Ellos observaron el movimiento de mis manos. *Llegaremos en unos pocos días más. Entonces, será fácil; no tendrá que verme en absoluto.*

Mi padre era un lobo viejo, pero no le faltaban sesos.

Me miró con los ojos entrecerrados, gruñendo por lo bajo:

—Tienes que ser honesto con ella.

Hice una señal negativa.

No lo bastante clara, al parecer:

—¿Qué beneficios le trae mentir a esta situación? *Tú elegiste esto* —insistió mi padre—. Es *tu esposa* ahora, pronunciaste los votos y debes honrarlos.

Solté la taza congelada e hice una señal negativa más dura, usando las dos manos.

Él resopló, exasperado.

—Camron, si hubiera anticipado que esto resultaría así, te hubiese prohibido reclamar a la novia —mi padre casi perdió los estribos—. ¿Por qué te ofreciste? ¿Por qué aceptaste?

Sus palabras me empujaron hacia atrás, a aquel fatídico día en la sacristía.

¿Por qué me ofrecí, preguntaba?

Porque él se veía miserable, aplastado bajo el peso de la responsabilidad que el Lord Alfa había puesto sobre sus hombros. Porque fue humillado, cuando se dio cuenta de que no tenía más opción que aceptar las condiciones que Lady Eanna DeVries había dictado. Muchas otras cosas estaban conectadas a nuestra necesidad de asegurar un acuerdo de comercio con ella.

Porque aunque no compartíamos sangre, *él era mi padre* y yo quería evitarle el dolor.

Y porque Lady Fay parecía devastada. Ella debió sentirse mucho más humillada que cualquiera de nosotros.

La imagen de esa muchacha sentada en aquella banca vieja, encorvada y temblando, quedó marcada a fuego en mi memoria. Era hermosa, por definición. Con grandes ojos oscuros y labios llenos, rosados. Su piel era de un tono dorado, algo poco común en el Valle Ancho donde los nobles tendían a ser más pálidos que los fantasmas. De aspecto ágil y rostro delicado, su cabello negro estaba trenzado y le caía sobre el pecho, salpicado con pequeñas flores blancas. El corte de su vestido color marfil revelaba apenas lo justo para hacer soñar a cualquier hombre, y abrazaba cada grácil curva de sus formas naturales a la perfección.

Recuerdo que pensé que Fadric era un bastardo suertudo.

Yo, por otro lado, no lo era.

Mi padre esperaba una respuesta que, a decir verdad, no podía darle.

Sabía por qué estaba tan molesto. La traición de Fadric pesaba en su mente, tanto así que no había dormido en varios días desde la partida. Rothfern, Kenley, Aubert y Eilhardt se habían quedado en el valle, bajo juramento de que encontrarían a Fadric y lo traerían para que se le sirviera justicia.

Mi hermano se había atrevido a rechazar a una novia. A una potencial pareja que había cortejado de buena fe.

Nuestra gente conocía pocos crímenes peores que ese.

Evidentemente, mi silencio no era lo que querían oír. Bredon suspiró.

—No puedo ser tu sustituto para siempre, primo.

Ella no habla la lengualoba ni el lenguaje de las manos, señalé. *No puedo pararme a sacar una pluma y un tintero en medio del camino*.

—Desearle un buen día sería suficiente —ofreció Bredon, arqueando las cejas. Estaba más irritado que yo—. Puedes usar tus palabras para eso.

Gruñí y escupí al suelo, mirando hacia otro lado.

Me estaba dejando la vida en el camino para guiar el convoy de regreso a casa, a salvo, y ellos querían que también le prestara

atención a la muchacha. ¿Acaso no tenía ya suficientes responsabilidades? Lo más molesto de todo el asunto es que mi primo no estaba equivocado: hablar en voz alta con frases complejas era un desafío para mí, tenía que practicar un poco para lograr un discurso fluido… pero una palabra amable no era difícil. Sólo debía ensayar un poquito antes.

Como lo hice el día de la boda.

La palabra correcta podía significar el mundo para cualquiera, eso es verdad.

Más si se trataba de una disculpa, algo que por derecho le debía a la joven.

Terminé asintiendo con la cabeza para apaciguar a mi padre y a Bredon. El aroma de los dos se suavizó y la tensión entre nosotros se alivió. Por lo menos, me dio suficiente hambre como para convencerme de morder un trozo de queso, y respondí mientras masticaba:

Intentaré hablar con ella para excusarme, señalé con rapidez. *Eso será todo.*

—Tomará residencia en tu casa, Camron. Compartiendo todo lo que es tuyo.

Sí, mi padre hizo una observación muy obvia.

Pero igual elegí mostrarle los dientes, a modo de advertencia. Se me agotaba la paciencia. No podía admitir que había tomado una pésima decisión en el calor del momento, inspirado por los ojos tristes de una mujer y el deseo de dejar a todos contentos. No había considerado el futuro, en aquel entonces, o qué malabares haría para congeniar a una esposa que no había planeado tomar con la maldición que no podía controlar; sólo actué. Como un idiota.

Mi padre y mi primo tuvieron el buen tino de alejarse después de eso, y yo pateé algo de nieve sobre la fogata para apagarla del todo.

Poco después, me encontraba ajustando la montura de Estampida cuando vi a Lady Fay parada fuera del carruaje, quizá haciendo tiempo para disfrutar del frescor de la mañana. Me aparté del caballo para ir hacia ella. Pero apenas la joven me vio, se apuró a subir la escalerilla y meterse en la cabina, cerrando de un portazo.

Me lo merecía, después de todo.

*****

La marcha continuó durante otros tres días, de la misma manera.

Excepto que ahora no tenía uno, sino dos escoltas indeseados: el Joven Bredon y el Joven Esmond del Pellejo Quemado. Iban a caballo detrás de mi carruaje todo el tiempo y se quedaban parados frente a mi puerta, como gárgolas encaramadas a una torre.

Mi esposo me había ladrado a la cara que me quedase dentro, y después de aquella noche apenas sí salí de la cabina dos o tres veces.

Lo que, por supuesto, no me ayudaba a mejorar el humor. El aburrimiento y la tristeza batallaban dentro de mí, y ésta última se estaba convirtiendo en la mayor amenaza.

En aquellas horas tan vacías, mis pensamientos empezaron a divagar hacia el futuro. Me encontraba en jaque. En las semanas previas a la boda, tuve suficiente tiempo para adaptarme a la idea de que me convertiría en la esposa de alguien y tendría que atender los deberes de su casa, algo que ya hacía en la mansión de la familia. Solía creer que sería una mejora: cambiar a una ama y señora demandante por un gallardo esposo. Leer las cartas de Sir Fadric una y otra vez me daba consuelo, sus palabras eran siempre dulces y alegres y su caligrafía elegante, muy fluida. Era un hombre culto.

Casarse con un extraño y dejar el hogar de mi niñez no parecía tan horrible.

… *si ese extraño era Sir Fadric, claro*.

Pero cada vez que veía el anillo en mi dedo, me acordaba de la absurda realidad. Sir Fadric me había dejado plantada en el altar y alguien más hincó la rodilla en su lugar. Me entregaron como a una vaca, de hecho, sin pensarlo mucho ni darme oportunidad de protestar. ¿Quería protestar? Tal vez. ¿Por qué no? Quizá todavía podía escapar, dado que el matrimonio no estaba consumado siquiera. Mi esposo no se molestó en asistir a su propia noche de bodas y Lord Willem insistió en volver a sus tierras cuanto antes, lo que nos dejó sin tiempo para nada. Literalmente, para nada. Me aterraba pensarlo, para ser honesta, considerando que estaba bien

informada sobre *los otros deberes* de una esposa. Cada salida de sol sólo me llevaba más y más cerca de la desesperación, sabiendo que no tenía derecho a negarle mi cuerpo.

¿Qué clase de hombre era Sir Camron, en realidad?

¿Y si era tan cruel y dominante como mi madrastra?

¿Me ordenaría desnudarme y quedarme quieta mientras él hacía lo que deseaba conmigo?

No me había dado motivos para pensar otra cosa, hasta entonces.

El recuerdo de su agarre de acero en torno a mi brazo, de su voz tan dura y sus ojos tan fríos, todavía me hacía tiritar.

Seguí observándolo en la distancia, prestando atención a la forma en que montaba sobre su gigantesco caballo o cómo comandaba a sus hombres. Se movía con gracia para ser un bruto tan grande, sus pasos eran largos y seguros. Era muy fácil distinguirlo, resaltaba sin esfuerzo entre los demás caballeros porque nunca se quitaba la capucha, parecía que la tenía pegada a la cabeza. Sir Camron consultaba mapas desgastados con regularidad y usaba mucho las manos, haciendo signos extraños en el aire. Debo admitir que sabía lo que hacía, ya que los caminos eran fáciles de andar y benévolos con los cascos de los animales a pesar de la nieve.

Hasta tuvieron una oportunidad de cazar jabalíes salvajes, algo que llenó de energía a los caballeros y terminó en un gran festín junto al fuego. Aquella noche, los lobos enloquecieron con sus aullidos y todo el mundo se acostó tarde, con la panza llena de carne asada, cerveza y alegría.

Parecía tan injusto que yo fuera la única incapaz de sacudirse la incomodidad.

Habían cazado jabalíes salvajes, pero no vi ni una mancha de sangre en sus ropas o sus armas.

Supongo que, como con todo lo demás desde que mi padre murió, me resigné a aceptar el compromiso y resistir. Fuera cual fuese el destino que me esperaba, *tenía que ser mejor* que marchitarme bajo la sombra de mi madrastra.

*****

La tormenta que el Joven Bredon había anticipado por fin mostró su espantosa cara y se desató sobre nosotros. Había visto muchas tormentas en mi vida, aunque ninguna así. Hacía frío en el Bajo Valle Ancho, pero rara vez nevaba. Estábamos demasiado cerca del mar.

Truenos, relámpagos, lluvia helada, hielo, todo rugió a la vez con ferocidad sin parangón. Lo peor se desencadenaba durante la noche, aunque los días no eran mejores a comparación. El convoy no se detenía por mucho tiempo y no encontrábamos refugio apropiado, por lo que el paso aminoró muchísimo, pero los hombres se mantuvieron firmes, confiados. Su talante pacífico frente a la posibilidad de una muerte inminente me impresionaba, como mínimo. Deseé tener la mitad de su valor. Más aún desde que dormir se había vuelto un desafío para mí, me resultaba imposible cerrar los ojos y pretender que mi carruaje no saldría volando en cualquier momento. Al menos, con la tormenta en curso, nadie intentaría acercarse a mi recinto y aquello, ciertamente, me provocaba un consuelo extraño.

Sir Camron se mantuvo al frente como un faro, indomable.

Cada hombre, perro y caballo le seguía, sin peros.

Marchamos a través de la violenta nevada por cuatro días más, hasta que el viento dejó de aullar y todo lo que quedó fue una danza persistente de copos de nieve rezagados. El paisaje quedó nivelado por una gruesa capa blanca y pude discernir que los lejanos picos azules ya no parecían inalcanzables, sino que crecían altos y ominosos. Paseábamos bajo la sombra de poderosos gigantes.

El primer brazo de las Montañas Crecientes, al fin.

El horrendo clima tuvo más consecuencias de las que imaginaba:

—Parece que el paso está bloqueado por una avalancha, es muy grande para limpiarlo; habrá que tomar un desvío por el lado opuesto y movernos a través del hombro de la montaña —me explicó el Joven Bredon, desde la silla de su caballo—. Si pudiéramos usar el paso, la entrada a nuestro valle no estaría más allá de un día de viaje… esta maniobra retrasará nuestra llegada por lo menos tres días, si nada más pasa.

—¿Qué más podría pasar? —me atreví a preguntar.

Él vaciló y luego sonrió ampliamente, como si nada.

—No tema, Lady Fay —me dijo, y esa era una combinación de palabras que usaba seguido conmigo—. Sir Camron ya exploró el camino, vamos en la dirección correcta. Volveré pronto para guiar su carruaje.

Espoleó los flancos de su corcel y se fue, yo cerré la ventana y corrí la cortina.

La presión dentro de mi pecho volvió.

No mucho después, esa presión se había convertido en profundo temor.

La primera mitad del día fue más o menos como antes, pero mientras más nos alejábamos de la ruta principal y se acercaba la noche, más evidente se volvía que nadie viajaba para ese lado con regularidad. La nieve era gruesa, compactada, lo que dificultaba el movimiento para los animales. El carruaje se deslizaba un poco en el suelo congelado, de vez en cuando. Me pasé la mayor parte del tiempo agarrada de los bordes del asiento, escuchando al viento silbar a través de las grietas invisibles en los paneles de madera y mi propio corazón desbocado. Los hombres se comunicaban seguido y a grandes voces, repitiendo órdenes desde el frente de la caravana hacia el fondo en rápida sucesión. Nos movíamos apenas una docena de manos cada pocos momentos. Si el paso ya era lento durante el pico de la tormenta, se había ralentizado aún más desde que los caballeros decidieron avanzar a pie y guiando a los bueyes y los caballos por sus riendas, allanando el paso para las ruedas.

Era difícil creer que se trataba de la ruta correcta cuando el camino parecía demasiado angosto para que las carretas y carruajes los transitaran con propiedad. Pasamos por un largo puente de piedra sin incidentes, pero a partir de allí se volvió una pesadilla. Y era muy difícil no estar aterrada, cuando todo lo que tenía a la derecha era una sólida pared de roca y a la izquierda, una empinada caída hacia el fondo invisible de un barranco.

Pasamos la primera noche en silenciosa contemplación, casi en la oscuridad absoluta. La cena se sirvió rápido y sin parloteo, luego las pocas antorchas encendidas se desvanecieron y sólo quedó el brillo

tenue de la luna sobre nosotros. El campamento, una vez más, parecía muerto.

Deseé que alguien viniera a decirme que todo estaría bien, sólo para calmarme.

Pero nadie se acercó, y una vez más, no dormí en absoluto.

*****

Cerca del mediodía de la segunda jornada, el pánico se apoderó de mí.

Desde que retomamos la marcha por el estrecho pasaje, noté que algo estaba sucediendo bajo mis botas, muy de vez en cuando. Un temblor distante que, si yo podía percibir dentro del carruaje, entonces los caballeros debían sentir también. Al principio creí que sólo se trataba del viento vibrando a través de las rocas…

Pero cuando volvió a ocurrir, se me escapó un gimoteo.

El carruaje dejó de moverse hacia delante, de pronto. No se quedó quieto del todo, no. Me agarré de los almohadones cuando el temblor se volvió más violento y la cabina se sacudió. Me deslicé hacia el lado derecho de la banca acolchada, como si fuera a protegerme de algo.

Todo se sacudió de nuevo, y esa vez grité.

—¡Lady Fay! —me llegó una voz aguda desde el exterior—. ¿Se encuentra bien?

—¡Joven Esmond! ¿Qué está pasando? ¿Por qué se…?

Otro temblor me dejó sin palabras, el carromato se volcó un poco hacia la izquierda, hacia el precipicio.

Volví a gritar, los bueyes mugieron con fuerza y los hombres se alzaron en un clamor, por delante y por detrás de mi posición. Me di cuenta de que no era el carruaje en sí *sino el suelo* el que vibraba, destrozándose bajo nuestro peso. Asustada, me lancé contra la ventana en el lado derecho y me agarré de la cortina, mientras el suelo se torcía y mis botas resbalaban sin control en la alfombra desgastada. Algo retumbaba como trueno y traqueteaba, afuera, le siguieron más mugidos desesperados que se perdieron antes de que un violento golpeteo me atravesara los oídos. *Esa tuvo que ser una*

de las carretas. Lo sentí en las entrañas, estaba a meros instantes de caer yo también. La cortina se salió entera de sus clavijas en lo que buscaba agarrarme de algo más resistente y terminé colgada de la manija de la puerta, apenas a tiempo.

—¡LADY FAY! —volvió a llamarme el Joven Esmond.

—¡AYUDA! ¡AYUDA! —grité, respirando de prisa.

El corazón estaba a punto de escapárseme del pecho. El suelo cimbró de nuevo.

El carruaje se deslizó, quizás una mano entera, volteándose más y más hacia arriba. Varias voces se hablaban a gritos en otro idioma, pude oír su desesperación. Los caballos relinchaban, sus cascos golpeaban las piedras con nerviosismo. Había una revolución ahí afuera que yo no podía ver, ya que la ventana ahora descubierta apuntaba hacia el cielo.

—¡LADY FAY, LA ROCA CEDIÓ BAJO SU CARRUAJE! ¡NO SE MUEVA, SÓLO LO EMPEORARÁ!

¡Más fácil decirlo que hacerlo!

Me iba a caer. *Me iba a caer.* ¡ME IBA A CAER!

Los mugidos aterrorizados de los bueyes casi me destrozaron el alma. Las pobres bestias se oían estranguladas.

¿Eran ellos lo único que me protegía de una muerte segura?

—¡AYUDA, POR FAVOR! —rogué, aterrada— ¡POR FAVOR, POR FAVOR!

—¡TRATE DE QUEDARSE QUIETA, LADY FAY!

Mis botas seguían resbalando, indolentes, me dolían los dedos. Mis brazos ardían. No sabía cuánto más podría seguir sosteniéndome, la cabina crujía y se deslizaba un poquito más cada vez que intentaba mover algo. Ya me encontraba prácticamente colgando de la puerta cerrada, mirando a mi alrededor en completa desesperación, tratando de encontrar una salida. Pero, ¿qué podía hacer? Ese pestillo de bronce era muy pequeño para soportar mi peso, estaba a punto de salirse de sus clavos.

Gimoteé, lágrimas bajaron por mis mejillas antes de que me diera cuenta.

Algo pesado golpeó el ahora techo de la cabina, y algo más y luego un tercer objeto. Los oí deslizarse sobre la madera hasta que

el carruaje traqueteó y dejó de moverse, con un temblor tan potente que mis dedos se resbalaron al fin.

Caí contra la otra puerta, a lo que ahora era el fondo de la cabina. Después del impacto sordo mis pulmones se incendiaron y me explotó un terrible dolor en la nuca y la parte baja de la cintura. Había aterrizado por accidente sobre el pequeño cofre que contenía mis tesoros de la infancia, un objeto suelto tan maltratado por los eventos como mi propio cuerpo. Uno de mis codos había golpeado el borde de la banca y sentí como si un relámpago me creciera por el brazo. Solté un quejido, gimiendo y llorando en silencio.

La cabeza me palpitaba con fuerza, me pitaban los oídos. Todo daba vueltas.

Así que, ¿eso sería todo para mí? Parecía tan injusto.

Las voces afuera seguían gritando:

—¡YA LA TENEMOS, LADY FAY! ¡NO SE MUEVA! —esa vez fue el Joven Bredon. Añadió algo más en su idioma.

Mientras intentaba respirar despacio para no toser, abrí los ojos.

Vi un trío de líneas oscuras fuera de la ventana, entrecruzadas. Una pequeña luz de esperanza se encendió en mi corazón: los caballeros habían logrado detener el carruaje con cuerdas, y por un instante me permití sentir alivio.

Hasta que oí el vidrio y la madera debajo de mí partirse y crujir.

Me asusté de nuevo, pero no podía moverme. El dolor era tan intenso.

—¡POR FAVOR, RÁPIDO! —lloré, desconsolada— ¡SE LO RUEGO!

Otro temblor casi me hizo gritar hasta que me di cuenta que no se trataba de la roca a punto de traicionarme otra vez, sino de los pesados cascos de un animal grande al galope. Las voces de los hombres se alzaron, con cierta alegría. En cuestión de unos pocos latidos alguien se bajó pateando una miríada de piedras sobre la cabina volteada, y una sombra enorme acompañada por el clamor de la cota de malla y la armadura bloqueó la luz de la ventana.

Reconocí su voz de inmediato:

—*¡CÚBRASE LA CABEZA!* —me llegó el rugido de Sir Camron, desde afuera.

Apenas tuve tiempo de reaccionar, pero logré tirar de la capucha de mi abrigo para taparme la cara con una mano temblorosa justo antes de que la ventana se rompiera bajo el peso de un puño. Intenté voltearme hacia un costado para evitar la lluvia de vidrios afilados, apenas sí lo conseguí. Entonces, la puerta se abrió y la arrancaron de sus bisagras, y un gruñido bajo me llenó los oídos.

La sombra se bajó dentro del carruaje, manteniendo los pies separados.

El Joven Bredon volvió a gritar algo en su idioma, sonaba atemorizado.

Y aunque la necesidad apremiaba, Sir Camron se inclinó sobre mí y me levantó con todo el cuidado el mundo, pasando sus grandes manos por debajo de uno de mis brazos y detrás de mis rodillas. La voz se me partió en un gemido.

—*Aguante* —me susurró, sin aliento—. *Agárrese de mí.*

Espié por debajo de mi propia capucha pero no logré ver más que oscuridad. No tuvo que pedírmelo dos veces. Usé la mano sana para sostenerme de su cuello y le ayudé a mover mi peso contra su pecho, él enredó uno de sus brazos en torno a mi cintura. El dolor en la espalda baja casi me hizo llorar de nuevo.

—*Mis disculpas.* —su voz, como un ronroneo, era un bálsamo en mi oído.

El Joven Bredon volvió a gritar, esa vez en la lenguaplana:

—¡SAL DE AHÍ! ¡SIGUE DESLIZÁNDOSE, TIENES QUE SALIR AHORA!

Sir Camron miró hacia arriba. Un sonido ronco reverberó en lo profundo de su pecho, vibrando contra mi cuerpo. Salvaje, desconcertante. Definitivamente, impropio de una garganta humana.

Se agachó un poco…

Y luego *dio un salto*, y con una sola mano se aferró al marco de la puerta.

Con un solo brazo, tiró de su peso y el mío hacia arriba.

Y en un solo envión, nos sacó a los dos juntos de la cabina, casi por completo.

Logré ver, desconcertada, que alguien había liberado a los bueyes y que el carruaje de hecho estaba parado sobre sus cuatro

ruedas, *pero en la posición equivocada.* Faltaba la mitad del camino y los caballeros usaban tanto los caballos como su propia fuerza para mantener las cuerdas tensadas. Incluso Lord Willem estaba con ellos, ayudando. A pesar del esfuerzo, era inútil: no importaba qué tanta fuerza aplicaran, la roca seguía deshaciéndose y precipitándose al vacío, pronto el carro terminaría en el fondo del barranco, quizá llevándoselos a todos.

Se veían pálidos y sudorosos, y…

Los caballeros miraban hacia algo que no era yo, pero se encontraba a mi lado.

Un frío espectral me bajó por la espalda, hizo que la piel se me pusiera de gallina. En lo que me asía con fuerza de los amplios hombros de Sir Camron, di vuelta la cabeza con lentitud para seguir las miradas, esperando encontrar un horror inenarrable.

Pero, en cambio…

La capucha de Sir Camron se había volado con el viento.

Y a menos de un palmo de distancia, me topé con *la cabeza de un lobo negro en el cuerpo de un hombre*.

3. No Hay Piel Más Verdadera

Caminé de un lado a otro cerca de la tienda de campaña, pisoteando el suelo helado como una bestia.

Habíamos logrado que el convoy siguiera adelante más allá del deslizamiento de rocas hasta que nos encontramos con una saliente lo bastante amplia como para acampar. El sitio no estaba refugiado del viento gélido, pero serviría para una noche de descanso, y nos tomó horas deshacernos del hielo lo suficiente como para descansar y detenernos a revisar la extensión de los daños sufridos. Fue sólo gracias a la experiencia y la rapidez de todos que se evitó la catástrofe. Sólo perdimos una de las carretas de provisiones, una pareja de bueyes y el carruaje que trasladaba a Lady Fay. Sí, otras tres carretas tenían ruedas dañadas, pero no era nada que una simple reparación no pudiera resolver.

No teníamos cuerdas lo bastante largas como para bajar al fondo del barranco y recuperar los bienes perdidos o los bueyes muertos, para aprovechar la carne. Pero tal pérdida era más que manejable, bajo cualquier punto de vista.

Ninguna escasez de cuerda me impidió bajar por mi cuenta, escalando con cuidado hasta que encontré el carro de Lady Fay. Estaba destrozado, como esperaba; al ejecutar el último salto para llegar a tierra firme con ella en mis brazos, los hombres lo dejaron ir y el vehículo se precipitó por la ladera de la montaña, causando un segundo deslizamiento de rocas que prácticamente lo dejó enterrado. Encontré los restos en la semioscuridad del ocaso, junto a un reguero de telas de colores, arrancadas y retorcidas por toda la zona. El baúl de viaje de Lady Fay debió abrirse en la caída,

desparramando sus pocas pertenencias al viento. Me figuré que no tenía caso juntar nada, los ropajes parecían estar en jirones.

Logré recuperar sólo una cosa de su equipaje, un pequeño cofre ornamentado que encontré de casualidad y que, de milagro, estaba cerrado e intacto.

Volví a mirar hacia la tienda, estudiando las sombras vacilantes en su interior.

¿Cuánto más demorarían? Ya casi era hora de comer.

Volví a caminar de un lado a otro, acomodando el pequeño cofre debajo de mi brazo en lo que apretaba los dientes. Había una represa en mis entrañas a punto de reventar, sosteniendo apenas una insana necesidad de hacer trizas algo con mis dientes y garras. Luché para contener el impulso. El fracaso siempre me sentó mal, y en aquella oportunidad me las arreglé para fallar varias veces en unos pocos momentos. Pero no hice ni dos pasos cuando el frente de la tienda se abrió: mi padre salió. Me vio y se acercó.

Le hice un gesto inquisitivo, con rapidez. Mi padre suspiró.

—Está despierta, pero muy magullada.

Se me cayeron las orejas y los hombros, la represa se partió y la desesperación empezó a correr sin freno por mis venas.

Me puse el cofre bajo el brazo y moví las dos manos, gañendo por lo bajo:

Es mi culpa. Debimos intentar, al menos, limpiar la nieve por el otro lado.

Mi padre sacudió la cabeza y me agarró por la muñeca, para silenciar mis gestos.

—No hay manera de que pudieras predecir que el hielo había debilitado la roca, Camron. Nadie podría haberlo visto. Lady Fay está golpeada, pero no quebrada; se recuperará, y entrará caminando por su cuenta al valle.

Mantuve las orejas pegadas a mi cabeza, pero aparté la mirada.

La longitud de mi hocico se llenó de arrugas de furia y vergüenza. Me ardía la raíz de los dientes, quería morder algo y masticarlo hasta hacerlo trizas.

—Estás sangrando —observó mi padre—. ¿Por qué aún no has atendido esa herida?

Oh, claro. Había atravesado un panel de vidrio con el puño para destrabar la puerta del carruaje.

Negué con un gesto simple, sabiendo que no me quedaba nada más por hacer ahí ahora que sabía que Lady Fay se encontraba a salvo. Me di la vuelta para ir mi propia tienda.

Mi padre gruñó, haciendo que se me erizara la piel. Era más bajo que yo por una cabeza entera (casi todos lo eran, al menos en su forma más ordinaria), pero estiró el brazo para agarrar un puñado de mi capa y me saturó los sentidos con su imponente presencia. Me detuve en seco. La verdad es que *quizá podría haber arrastrado su peso tras de mí sin esfuerzo*, pero obedecí enseguida y volví a presentarle mi rostro.

Uno simplemente no reniega la voluntad de su Alfa.

—Ve a la tienda, Morven te espera. —me sugirió, sin alzar la voz.

Me volví hacia él y gañí una vez más, suplicante.

Ella estaba dentro de la tienda, y estaba despierta. No. No pensaba ir.

Él leyó mis intenciones, puede que también oliera mi incomodidad.

—Lady Fay ya te ha visto, Camron. ¿Qué más quieres esconderle?

No deseo asustarla más, señalé, con el ceño fruncido para enfatizar. *Se desmayó antes de que pudiera saltar, ¿no recuerdas?*

Ahora, además de su figura triste y vencida del fatídico día de nuestra boda, la imagen de su mirada llena de horror fija en mi rostro también se volvería inolvidable. Qué momento tan más desafortunado para ver sus hermosos ojos de cerca y descubrir que no eran negros, sino de un profundo azul. No gritó de miedo, quizá, pero por supuesto que no pudo soportar estar frente a mi verdadera faz por mucho tiempo. Cuando se la entregué a nuestro sanador, Lady Fay no era más que una muñeca de trapo en mis brazos, liviana como un pajarillo.

La esencia de su ser aún perduraba en el acero de mi coraza.

Mi padre volvió a apuntar hacia la tienda, exasperado:

—*Ha pedido por ti*, Camron. ¡Ella *demanda* verte! —me ladró, aferrándose a los últimos hilos de paciencia que le quedaban—. No

quiero *darte una orden*, hijo. Sólo ve a la tienda, siéntate, deja que Morven te haga unos puntos. Deja que la joven te hable con sinceridad.

Respiré hondo, intentando resistir la urgencia de lanzar una dentellada. Al contrario de la última vez que tuvimos una conversación similar, no había nadie que pudiera tratar de mediar o apoyarme en mi decisión. Sólo éramos el Alfa y yo, y sin otras influencias, no era una batalla justa en absoluto. Hasta la presencia disruptiva de Bredon hubiera servido. ¿Pero así, frente a frente? Si mi padre decidía usar su voz comandante en mí, me partiría la voluntad al instante y no me quedaría más opción que someterme. Aprecié que intentara apelar a la razón, todavía.

Al carajo. Sólo debía escuchar lo que ella quisiera decirme, ¿no?

—Muy bien. —vocalicé, con cuidado.

Tiré de la capucha para cubrirme la cabeza y me dirigí a la tienda del sanador.

Cada paso que daba en esa dirección hacía que mi corazón latiera más y más rápido, hasta que capté el aroma de su sangre, dulce y femenina…

*****

Sentía un malestar intenso de la cabeza a los pies, pero lo peor era el dolor en mi espalda baja y el codo. El sanador, Sir Morven de las Manos Sabias, dijo que no tenía más que dos grandes magulladuras y fue muy atento al examinarme sin pedir que me aflojara el vestido más allá de lo necesario. Su cadencia tan paciente me llenó de paz, ya que cantaba en voz baja en su idioma en lo que limpiaba los pequeños cortes en mis manos y rostro, al final me aplicó un ungüento. Lord Willem nos visitó brevemente, para comprobar mi estado, y para cuando se fue yo ya descansaba contra una suave almohada dentro un cómodo rollo de dormir hecho de tibias frazadas y pieles, disfrutando una taza caliente de té bien fuerte.

El calor y la luz de un pequeño brasero llenaban la estrecha tienda, creando más sombras de las que disipaba. A diferencia del

rincón dentro del carruaje, el suelo debajo del rollo de dormir era muy duro pero al menos no pasaría frío esa noche.

Me detuve en el acto de tomar otro sorbo de té cuando la cortina en la entrada se volvió a abrir.

La visita tuvo que agacharse bastante para poder entrar, pero su figura embozada no era difícil de reconocer: nunca dejaría de asombrarme *lo grande que era Sir Camron*. Se quedó cerca de la puerta, su rostro permanecía en penumbra. Dos orbes plateados en las profundidades de su capucha me encontraron y se clavaron en mí con pasión inquietante.

Me quedé tiesa mirándolo, sosteniendo la taza en el aire.

Un escalofrío me bajó por la espalda; a pesar de ello, mis manos se mantuvieron firmes.

—Camron, ya era hora de que vinieras —le saludó Sir Morven, el caballero de mediana edad se había sentado en un banquito y buscaba algo dentro de su estuche de medicina. Levantó los ojos e hizo un gesto invitador—. Siéntate, te daré unos puntos en un instante.

Sir Camron sacudió la cabeza, haciendo que las piezas sueltas de su armadura tintinearan.

—Estás sangrando. —insistió el sanador.

Mi esposo respondió con un gruñido bajo.

¿Por qué se escondía así? Ya había visto lo que intentaba ocultar de mí, y…

Para ser sincera, mi mente aún luchaba por decidir si lo que vi antes era real o no. Cuando me abrumaron el miedo y la sorpresa, había perdido la consciencia por un momento. No sería sabio descartar una ilusión inducida por la fatiga o un sueño tan real que se había colado en mi realidad. El dolor no me ayudaba a sacar buenas conclusiones, tampoco, en especial cuando las historias que había escuchado desde que era una niña tenían tantas bases para convertirse en verdad. Más allá de la tensión silenciosa, Sir Camron movió su capa gris y se acercó. Se agachó, sosteniendo algo en sus manos que, al principio, no reconocí. La luz era suficiente para alcanzar las sombras dentro de su capucha y ayudarme a discernir *la punta de la nariz de una bestia*.

La taza tiritó en mi agarre, me tragué una exclamación.

Ambos caballeros se tensaron. El aire dentro de la tienda era irrespirable.

—Lady Fay —me llamó Sir Morven, con calma—. No hay nada que temer.

Yo no podía apartar mis ojos del gigante.

—No tengo miedo —la mentira vino sin esfuerzo; pero si ellos eran de la misma sangre y tenían la misma naturaleza monstruosa, entonces tenían que saber que estaba aterrada hasta los huesos—. Pedí ver a mi esposo, después de todo.

Sir Camron tomó aire tan profundo que todo su ser se hinchó.

Luego le hizo un gesto al otro hombre, con una sola mano.

Sir Morven nos miró a los dos, de hito en hito. Pero en lugar de protestar o responder, el caballero guardó su estuche de medicinas. Tiró unos trapos sucios dentro de la bacinilla con agua que había usado para curar mis heridas, y se levantó para salir.

Antes de abandonar la tienda, sin embargo, el sanador me dedicó una mirada firme.

Sir Camron se quedó agachado con ambos brazos descansando sobre los muslos blindados, ominoso, por un rato muy largo. La intensidad de su escrutinio me quemaba la piel, aunque no veía más que la punta de un hocico dentro de la capucha. El silencio se estiró entre los dos, a tal punto que la incomodidad se volvió palpable.

¿Quizá no sabía qué hacer a continuación? Me sentía exactamente igual.

Me quedaba una sola forma racional para escudarme frente a la locura: *ese lobo-hombre había recitado votos matrimoniales y jurado lealtad y protección hacia mí, una mujer común del Bajo Valle Ancho*. Si su gente seguía los valores tradicionales de la Caballería, entonces su honor e intrepidez deberían ser incuestionables y quizá podíamos llegar a un acuerdo. Sir Camron arriesgó su vida para salvar la mía, después de todo.

Y aunque me asustó una o dos veces, también, hasta entonces no me había hecho daño.

"Usted pertenece al Clan Gris, ahora." Las palabras del Joven Bredon resonaron en mis oídos. *"Amabilidad es lo mínimo que le*

debemos."

Me aferré a esas palabras, esperando lo mejor.

Bebí con rapidez el resto del té para apaciguar el incesante golpeteo de mi corazón. Volví a mirar la forma imponente de Sir Camron, tomando en cuenta cada pequeño y lujoso detalle en el cuero aceitado de sus botas y guantes con punteras de metal, en los broches que sostenían su capucha, las joyas en la vaina de su espada, la brillante cota de malla y las placas de armadura apenas visibles por debajo de su capa, y…

¿Eso entre sus pies era una cola esponjosa, acaso?

Logré salir del estupor enseguida:

—¡Mi cofre! —casi grité, cuando reconocí el objeto en sus manos.

Sir Camron lo puso enseguida sobre la alfombra y lo empujó para dejarlo a mi alcance, sin decir nada. No intenté agarrar el cofre, sólo hice a un lado la taza vacía. Sí, era mi pequeño baúl de tesoros, y por lo que parecía estaba indemne.

—¿Dónde lo encontró?

—*Bajé.* —su voz áspera me hizo tiritar.

El cofre estuvo dentro del carruaje todo el tiempo, inclusive, yo había caído sobre él y fue por eso que me lastimé la espalda. Qué cosita más dura, esa caja de madera.

—¿Bajó dentro del precipicio? —levanté las cejas.

Él asintió una vez y regresó a su posición inicial, con los codos apoyados en los muslos.

—¿Y recuperó también mi baúl?

Esa vez él negó con la cabeza.

—*Se perdió*.

El destino de mi baúl y la subsecuente pérdida de casi todas mis pertenencias eran pequeños inconvenientes sin importancia comparados con el gran descubrimiento del día. Claro, ya me lamentaría después cuando se me hubiera pasado la euforia de la sorpresa, pero no estaba tan aturdida como para que se me olvidaran los modales:

—Le agradezco, Sir Camron —moví la caja a mi regazo y acaricié la tapa decorada con la punta de los dedos—. Este pequeño cofre es mi posesión más querida; aprecio mucho que me lo devolviera.

Un sonido similar a un ronroneo bajito retumbó desde su pecho:

—No ha sido nada.

Aquellas palabras fueron claras, fluidas y amables, como si las dijera seguido.

La profundidad de su voz tocó una fibra sensible en mí. Quería oír más.

—¿Le resultó muy difícil descender esa distancia y…?

—*Lady Fay, me llamó* —me interrumpió, con rudeza—. *Ahora, hable.*

La rigidez de su discurso me confundió. Sonaba tan distinto al día de la boda, más lento y cortante. ¿Acaso no quería hablar?

Pues, mala suerte para él, entonces, porque el coraje que había estado reuniendo por días finalmente se solidificó en una intención coherente:

—Sí, de hecho, le pedí a Lord Willem que lo mandara a llamar. Quería asegurarme de que lo que vi hoy no fue un desvarío —empecé, eligiendo mis palabras con cuidado. Una curiosidad muy imprudente guiaba mi lengua—. Quiero que se saque la capa, por favor.

Sir Camron se quedó de piedra; apretó los puños hasta convertirlos en mazas.

—*No.* —ladró, y volteó la cabeza hacia otro lado.

—Muy bien, entonces bájese la capucha, por lo menos.

Él volvió a gruñir; su voz se volvió más cruda:

—*No.*

—¿Por qué no? Sólo estoy pidiendo la verdad.

Sus hombros temblaron.

—*No es bueno.* —murmuró, tan bajo que casi no le oí.

¿Quizá estaba molesto porque su secreto había salido a la luz? Pero si ese era el caso, ¿por cuánto tiempo creía Sir Camron que podría esconder su verdadera naturaleza de mí? ¿Cuál era su plan? Aunque por la gracia de viejas historias, yo estaba más o menos enterada de que me iba a casar dentro de una familia de gente que, según se rumoreaba, *eran algo más que hombres y mujeres ordinarios.* No debería haber sido tan difícil para él encontrar una manera de ponerme al tanto de todo.

Pero, casi de inmediato, una garra fría me atenazó el corazón.

¿Cómo se suponía que cumpliríamos nuestros deberes maritales, siendo así?

Bueno, en un principio no se suponía que me casara con Sir Camron, ¿no?

¿Y si Sir Fadric resultaba ser tan inusual como su hermano?

La naturaleza visceral de aquellos pensamientos me mareó, pero el dolor me dio un latigazo desde la cintura hacia la nuca a modo de advertencia. Me encogí, mordiéndome el labio para contener un gemido. La atención de Sir Camron volvió a concentrarse en mí enseguida, se arrastró más cerca y estiró un brazo en mi dirección.

—*Lady Fay, no se siente bien.*

Su tono de disculpa no me distraería.

Levanté una mano, ordenándole en silencio que mantuviera la distancia.

—Al principio, creí que deseaba mantenerse oculto porque le habían desfigurado el rostro en batalla. No es algo inusual entre caballeros —dije, con calma—. Y créame, he escuchado los cuentos de viejas acerca de los moradores del Norte, pero nunca me hubiera imaginado que existiría gente como usted en el mundo. De todos modos, comprendo el motivo de su actitud tan secretista y no me ofende.

Se quedó de piedra, con las manos plantadas en la alfombra.

Me dio todavía más coraje para continuar:

—Por favor, Sir Camron. No necesita esconderse de mí, está bien.

—*¿Lo está, de veras?* —gruñó, con desdén.

Se le agotaba la paciencia, al parecer. Sir Camron se encontraba en cuclillas a mi alcance, ahora, y sin más pude haber alargado la mano *para tocarle dentro de la capucha*. Pero respeté su espacio, y le permití tomar la última decisión. Su respiración forzada de pronto dio paso a un largo suspiro e hincó una rodilla en el suelo, como si fuera a recitar los votos de nuevo. Con una mano, el gigantesco caballero pellizcó la tela de su capucha y tiró hacia atrás, para revelarse al fin.

No fue menos sorprendente que la primera vez que lo vi.

El corazón me explotó en el pecho, latiendo como loco; casi dejé de respirar.

Porque era tal como lo pensé al principio, la cabeza entera de un animal salvaje creciendo sobre los hombros de un hombre. El pelaje era oscuro, salpicado con pequeños pelos blancos aquí y allá, más largo en torno a su cuello y mandíbulas y más espeso sobre los rasgos faciales de tono gris oscuro. La sofisticada longitud de su hocico se conectaba de manera armoniosa con un rostro ancho y un ceño pronunciado. Sus orejas eran grandes y bien erguidas, justo en la cúspide de su cabeza; una de ellas apuntaba hacia mí a pesar de que dirigía la mirada al suelo. La punta de su nariz se movía apenas, haciendo que sus belfos aterciopelados se contrajeran con nerviosismo y sus gruesos bigotes temblaran.

Era lo más increíble que había visto en mi vida.

Acerqué la mano con cautela, pero el puente de su hocico se llenó de arrugas y la visión de unos dientes afilados entre sus labios negros me hizo reconsiderar.

—Por favor, Sir Camron. Míreme. —le pedí, en un susurro.

Intentó resistirse otra vez, pero al cabo de unos latidos se dio por vencido y me buscó. Sus ojos eran tan humanos, tan profundos y de un gris tan claro que casi brillaba. Un resplandor inquietante danzaba en el fondo de sus pupilas, reflejando la pobrísima luz del brasero.

¿Qué podía hacer yo para devolverle la buena voluntad, más que sonreír?

—Le agradezco —dije, ofreciéndole mi mano derecha—. Ahora estoy segura de que no he perdido la razón. Es un placer conocerle por fin.

La expresión en sus rasgos caninos se endureció, aunque sus orejas perdieron la rigidez. Parecía confundido. Quizá él sí creía que me había vuelto loca. Me temblaba mucho el brazo, pero Sir Camron respondió el saludo sosteniendo mis dedos con gentileza, como si fuera a besarme el dorso de la mano.

No lo hizo, lo cual también estuvo bien.

—Oh, ¡Sir Morven mencionó que usted está herido! —me acordé de repente, cuando vi los cortes irregulares en el fino cuero de sus

guantes—. Por favor, déjeme ver.

Él se retiró enseguida, soltándome.

—*No importa.*

Fruncí el ceño:

—Pero, ¿puedo echar un vistazo? Tal vez…

—*No importa.* —subrayó las palabras con otro feroz gruñido.

Incluso echó las orejas hacia atrás contra su cabeza, como lo haría un perro furioso.

Yo no lo dejaría pasar tan fácilmente:

—¿Por favor? Sólo quisiera asegurarme.

Me estiré un poco hacia la izquierda y tomé uno de los trapos que Sir Morven había dejado, lo humedecí con agua de la bacinilla y lo escurrí. Me apoyé de nuevo contra la almohada, resistiendo el dolor, determinada a ofrecerle ayuda.

Sir Camron se burló con un resoplido y sacudió la cabeza, terco.

Al final empezó a tirar de las puntas metálicas del guante hasta que la prenda se aflojó, revelando lo que ya imaginaba que vería: una mano con tantos dedos como los míos, pero a medio camino entre humana y animal. Tapizada de pelaje corto y denso, también negro. Las cuñas de unas garras oscuras y bien pulidas permanecían ocultas en la carne de la punta de sus dedos, apenas notorias. No tenía pelo en las palmas, sino una piel dura que me recordaba a las almohadillas en las patas de los sabuesos.

Había una sombra húmeda sobre sus nudillos y más atrás, hacia la muñeca. Vi la línea roja y furiosa de un corte, escondido entre los pelos oscuros.

—Por favor, acérquese un poco. —le pedí, invitándole con la mano otra vez.

Él obedeció y apoyó su zarpa con paciencia sobre mi palma abierta, tan pesada y dos veces más grande. Sus almohadillas rugosas se sentían cálidas y ásperas contra mi piel. Su respiración nerviosa estaba muy conectada al temblor de sus orejas, que otra vez estaban fijas en mí, muy rígidas. Lo miré a los ojos un breve instante, para asegurarme de que contaba con su permiso, y usé el trapo húmedo para limpiar la sangre de su pelaje en vez de perder

más tiempo. El trozo de tela enseguida se manchó de rojo, un color tan ordinario como la sangre de cualquier otra criatura u hombre.

Ser consciente de ello me reconfortó, por algún motivo.

Un intenso olor a perro mojado me hizo arrugar la nariz, pero no dije nada. Tenía sentido, si sus manos eran así me podía figurar que el resto de su cuerpo también estaba recubierto de pelaje. Y teniendo en cuenta el tiempo que llevábamos transitando esos caminos helados…

Sir Camron necesitaba tomar un largo baño, sí.

Cuando rocé el corte por accidente, él siseó entre dientes.

—Mis disculpas. La herida parece estar infectada, deje que la limpie mejor y entonces…

Me olvidé de lo que iba a decir cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse.

Sin pensarlo, atrapé su mano entre las mías.

Había algo profundamente hipnótico en esos ojos, o quizá era yo la que no podía dejar de mirarlo fijo. Descubrí tanto en el fondo de esas pupilas. Una fuerza indomable manchada con un dolor muy profundo. Inteligencia y sabiduría, curiosidad. Quería quedarse y, al mismo tiempo, quería irse y no volverme a ver.

¿Qué edad tenía?

¿Cómo podía existir alguien como él?

—¿Qué eres? —susurré, muy bajito.

Sus ojos plateados se clavaron en los míos, atravesándome el alma con una furia que no era para mí. No, su resentimiento era hacia algo mucho más grande. Sir Camron resopló un gruñido hueco, mostrándome unos colmillos casi tan grandes como mis propios dedos, y se echó para atrás.

Masculló una sola palabra, entre gañido y lamento:

—*Maldito*.

4. A la Sombra de Mooncrest Falls

La gente ordinaria no sana tan rápido como nosotros, hecho que quedó demostrado cuando el moratón en la espalda baja de Lady Fay se tornó de varios colores entre el verde y el amarillo. Morven estaba atónito; o la piel de la joven era inmensamente delicada, o la lesión era más profunda de lo que creíamos.

De cualquier manera, ella *no entraría* al Valle Hundido caminando por su cuenta.

Y sin embargo, Lady Fay nos mentía diciendo que se sentía recuperada, quizá como una excusa para abandonar la comodidad del carruaje de mi padre. ¿Por qué? No puedo imaginarlo. Esa mujer parecía aborrecer la idea de descansar.

Su malestar añadía peso a mi propia angustia. Pensé en ofrecerle la silla de Estampida y caminar yo el resto de la distancia, ya que Lady Fay podía mover las piernas y los dedos de los pies sin problemas. Una buena señal, según Morven. Y una parte de mí tenía grandes deseos de prestarle mi caballo, pero sólo me bastó verla encogerse de dolor y tiritar *una sola vez* para entender que ella no estaba en condiciones de montar, de ninguna manera.

El clima no sería clemente con una sureña como ella.

¿Qué más podía hacer para aliviar su sufrimiento? Me pregunté.

Enfocar mis esfuerzos en mover más rápido el convoy pareció la respuesta apropiada.

Pasamos dos noches acampando en la misma ladera congelada para hacer reparaciones y explorar, y gracias a ello aprendí dos cosas: primero, que el camino por delante era tan seguro como podía desear, y segundo, que conectaríamos con la ruta hacia la entrada de nuestro valle por la tarde... dentro de dos días más. A

nadie le sentaron muy bien estas noticias. Los hombres añoraban volver a casa y esto les había agriado el humor, los animales pasaban hambre, nuestras provisiones se estaban agotando y yo mismo estaba muy mal dormido. Había muchas noticias para compartir y discutir con el concejo del Lord Alfa y planes que hacer para los próximos meses. El acuerdo abriría todo un nuevo mundo de posibilidades para el clan. Me encontraba extremadamente ocupado con mis propios proyectos.

Mis ojos estaban puestos en los amados picos montañosos, añorando tiempos más simples.

*****

Al principio pensé que era mi imaginación, pero mientras más avanzaba el convoy por aquellos estrechos caminos encañonados entre las montañas, menos nieve acumulada podía ver a nuestro alrededor. La gruesa capa blanca que solía cubrirlo todo se había afinado de manera considerable hasta convertirse en amplios parches, aquí y allá, y luego hasta desaparecer por completo. Los días pronto se volvieron más claros, el aire más fresco y el clima más cálido, justo como en mis recuerdos de primaveras tempranas. Creo que hasta oí algún que otro pájaro despreocupado cantando, y vi un arbusto cubierto de pequeñas hojas verdes...

Pero no podía ser, ¿no? Estábamos en las Tierras del Norte, junto al Borde del Invierno.

Parece que sólo a mí me resultaba raro todo eso, porque los caballeros empezaron a cantar canciones de taberna en su idioma poco después de la parada del mediodía, cuando el convoy retomó el camino otra vez. Se reían, casi aullaban y hablaban con excitación entre ellos, sus caballos se movían con nerviosismo sacudiendo la cola. Hasta Lord Willem parecía muy feliz:

—Nos encontramos muy cerca, ya —me explicó, su grueso bigote se arqueó siguiendo la forma de la sonrisa que había debajo—. Parece que estaremos en casa antes del ocaso.

Mi corazón dio un salto, tanto de alegría como de miedo.

—¿Eso cree? —contesté, no muy animada.

—De hecho. Mi sobrino liberó un halcón mensajero hacia Crescent Hall, para que nos espere una escolta. Este viaje tomó más de lo anticipado y las oportunidades de comunicarse fueron muy pocas, de ambos lados... es bueno volver. Y yo espero con sinceridad que usted se sienta en casa con nosotros, Lady Fay.

Sus palabras soñadoras me hicieron sonreír un poco. Deseé poder compartir su alegría.

—Yo también lo espero, mi Señor.

Lord Willem estiró una mano para apretarme la rodilla con suavidad por encima de las mantas.

—Créeme cuando te digo, mi niña, *que eres bienvenida*. Perteneces al clan, y el clan va a cuidar de ti —añadió, en voz baja y sin formalidades—. Sé que debes estar confundida ahora, reconozco que es lo justo y razonable. Demasiadas novedades en tan poco tiempo. Y en cuanto a mi hijo, Camron... que no te distraiga el pelaje, es bueno en su corazón y tiene una mente brillante entre esas enormes orejas. Todos mis hijos fueron criados con los cánones de la Caballería. Con el tiempo, él se dará cuenta.

Que mencionara a su hijo de manera tan casual hizo que el corazón se me acelerara de nuevo.

Sí, ¿cómo podía olvidarme *del pelaje*? ¿O de sus orejas erguidas? ¿O del hocico?

Sin palabras, simplemente murmuré:

—Gracias, Lord Willem.

Le apreté la mano en respuesta y después de unos instantes, él se apartó.

Podía decirse que mi suegro y yo nos habíamos acercado bastante en los últimos días. La mayor parte del tiempo, Lord Willem hablaba y yo sólo lo escuchaba, excepto cuando era yo quien leía uno de mis libros para él... pero ni una sola vez trajo a colación el tema de Sir Fadric, o su desaparición, o el escándalo de la boda. Yo no me atreví a preguntarle qué pensaba de ello, para ser honesta, más que nada porque no deseaba poner de mal humor al Lord. Parecía que yo le gustaba bastante, y estaba convencida de que iba a necesitar gente de mi lado si deseaba quedarme allí.

Estaba decidido a que viajara en el carruaje con él, así que ocupé el cómodo rincón de dormir entre almohadas y gruesas mantas, mientras escuchaba sus historias. La espalda y el codo todavía me dolían bastante. El tratamiento, a falta de mejores opciones, era té fuerte y sopas nutritivas. El Joven Bredon y el Joven Esmond continuaron con su labor de escoltarnos, aunque parecían sentirse desanimados a juzgar por la forma en que se comportaban conmigo.

En lo que respecta a Sir Camron...

Bueno, él todavía iba al frente, pero con la cabeza descubierta ahora.

No podía dejar de mirarlo cada vez que traía ese enorme caballo blanco suyo cerca del carruaje. Una vez más, mi (extraordinario) esposo había elegido ignorarme, o quizá era yo la que tenía expectativas fuera de lugar: Sir Camron lideraba el convoy, como el Joven Bredon me había explicado, era su deber ir a la cabeza y concentrarse. No tenía tiempo para una esposa pasmada que aún luchaba por dentro para comprender los misterios de su naturaleza. Aunque, en beneficio de Sir Camron, debo admitir que sí pasó a verme varias veces desde el accidente, pero nunca decía mucho.

Su silencio llenaba mi corazón de preocupación, más aún que el intenso brillo de plata en el fondo de sus ojos. La expresión de su rostro lobuno era indescifrable.

Me atormentaba.

¿Por qué se había casado conmigo, si no sabía qué hacer con alguien como yo?

Mi futuro era un vacío, para entonces. Un vacío que temía enfrentar, y aun así me sentía más decidida a permanecer sola que a volver y pasar una vida de servidumbre en la casa de mi madrastra. Esta era una segunda oportunidad venida de la diosa.

Ahora, la pregunta más importante era...

Un estrépito repentino fuera del carruaje me sacó de mis pensamientos.

Varios caballos pasaron a la carrera junto a nosotros, por un lado y el otro en dirección al frente del convoy, mientras los hombres a nuestro alrededor vitoreaban, silbaban y aullaban. Los aullidos por sí solos eran lo bastante llamativos como para hacerme dudar de su

verdadero origen, pero me olvidé de todo eso cuando el Joven Bredon golpeó la puerta:

—¡LAS CASCADAS! —gritó en la lenguaplana, riéndose— ¡OIGO LAS CASCADAS!

Lord Willem soltó una risita y abrió apenas la puerta del carruaje. El griterío afuera se volvió más intenso.

—Mi Señora, si me disculpa...

Antes de que pudiera responderle, el caballero sacó medio cuerpo fuera de la cabina y trepó hacia el puesto del cochero, tan veloz como cualquier jovencito.

Sola otra vez, me apoyé contra mi ventana y moví la cortina a un lado para echar un vistazo. Las paredes rocosas del cañón bloqueaban casi toda la visión, pero nos estábamos acercando a una curva amplia con una importante pendiente.

Sir Camron galopó siguiendo la curva, con un puño victorioso en el aire.

Desapareció de mi vista enseguida, el carruaje de pronto se empezó a mover más rápido. El grupo entero aceleró la marcha al sonido de otra canción de taberna que complementaba el ritmo de los cascos golpeando el suelo. Mi propio corazón se apegó a ese compás, llenando mi alma con asombro y esperanza. No podía evitar sentirme afectada muy profundamente por tanta alegría.

Subir la curva empinada fue una agonía lenta y larga, pero en lo que las paredes del cañón quedaban atrás, un paisaje fascinante se reveló a sí mismo junto a un rugido atronador que creció hasta herir mis oídos. La visión más maravillosa jamás creada por los dioses:

Mooncrest Falls.

Un ancho complejo de cataratas que se estiraba entre dos picos distantes y rotos que, de alguna manera, recordaban a una luna creciente con las dos crestas apuntando al cielo. El agua era tan clara, espumosa y violenta, se precipitaba en un accidentado descenso a lo largo de un precipicio que desembocaba en una garganta llena de rocas afiladas, que sobresalían como colmillos gigantes. Una multitud de pequeños saltos rompía el flujo continuo causando salpicaduras majestuosas que, con las últimas luces del día, brillaban en una docena de colores preciosos. Todo se terminaba

al fondo de un cañón muy, muy profundo flanqueado por montañas y riscos más pequeños, que dirigían el río rebelde hacia los brazos menores de la cordillera, el Valle Ancho y el mar.

Una prueba viviente de las historias de mi niñez, salvaje y terrible en su belleza.

Traté de grabar en mi mente cada aspecto y ángulo de aquella visión tan majestuosa, para que se quedara en mi memoria por siempre. Una sonrisa me trepó a los labios, en lo que mi consciencia me transportaba a un lugar jubiloso que sólo existía en el reino de la imaginación. El choque del agua ensordecía las canciones felices de los caballeros y aliviaba el dolor de mis lesiones, deseé poder salir y experimentar toda aquella grandeza en mi propia piel...

La pendiente dio una vuelta suave en torno al borde de la garganta, dirigiéndose hacia una amplia pared y el extremo más cercano de la propia cascada. No había más camino por delante de nosotros, sólo una caída inevitable y grotesca. Los hombres no parecían molestos por ello.

Esta especie de explanada por sí misma parecía, de hecho, inquietantemente antinatural: la roca era demasiado suave para ser el resultado del paso del tiempo y una docena de fisuras verticales decoraban las paredes, como aspilleras. Se esforzaba demasiado por parecer parte del paisaje y sin embargo, era evidente que el corazón de la montaña había sido tallado hacía mucho por manos expertas con un propósito claro. Para cuando vi las robustas almenas en la parte superior del risco y la delgada bandera blanca y gris que se agitaba con el viento, me di cuenta de que no era un callejón sin salida, sino la cara externa de una fortificación.

Y entonces vi a Sir Camron *desaparecer dentro de la cascada*.

Parpadeé varias veces, muy rápido, y sacudí la cabeza. ¿Qué?

Lo mismo sucedió con una carreta larga tirada por cuatro bueyes y un trío de caballeros montados: se acercaron al borde y se esfumaron como fantasmas. Mi corazón empezó a latir con fuerza dentro de mis oídos, mientras miraba con impotencia cómo mi carruaje se dirigía al mismo destino. Uno por uno, cada componente del convoy se perdió de vista sin más, y así entendí...

Que no habían desaparecido, sino que se metían por detrás del agua.

Había una gigantesca puerta de castillo debajo de la cascada.

*****

Por fin cruzamos la Puerta del Sur con las últimas luces del ocaso y una demora total de seis días después de la quincena, más o menos.

Como mi padre esperaba, los Centinelas nos esperaban con antorchas encendidas y rostros acogedores, algunos a caballo y muchos otros a pie. El estruendo infernal de la cascada hería profundamente mis sensibles oídos pero no dejé que arruinara mi alivio; era hora de regocijarse. Cada hombre y mujer, desde el más humilde arquero hasta la propia capitana del regimiento, mi tía Helenya, estaban abrumados por una felicidad tan contagiosa que al instante levanté la mano para saludarles.

Me respondieron agitando las antorchas en una demostración de afecto desorganizada.

Al fin pude soltar ese largo suspiro que llevaba un tanto conteniendo dentro del pecho.

Una fatiga inenarrable se apoderó de mí y se desplegó por cada músculo de mi cuerpo, desde la punta de la nariz hasta la longitud entera de mi cola. Hasta Estampida dejó de fingir y su trote nervioso se convirtió en un paseo perezoso a medida que nos acercamos a la casa de la guardia.

Estábamos en casa.

Y no había más hacia dónde correr.

*****

Tomó un poco más navegar el laberinto subterráneo y llegar hasta la desembocadura del valle, pero al final la brisa fresca de la noche me sopló en el rostro y llenó mis pulmones con el suave petricor que tanto había extrañado. Cerca de los graneros y almacenes el convoy se disolvió; en la mañana descargarían las

carretas repletas de bienes comerciados. El resto de la comitiva me siguió hacia las cercanas torres de piedra de Crescent Hall, la fortaleza emplazada en la falda de las montañas. Cabalgué a través del puente debajo de las majestuosas barbacanas y la robusta casa de guardia hacia el patio frontal. Todas las antorchas disponibles en el castillo parecían estar encendidas y se había juntado una pequeña multitud cerca de la escalinata de los torreones.

En cuanto nos reconocieron, empezaron a gritar con alegría.

Una joven vestida de blanco con largo cabello rubio bajó rápido la escalinata, cuatro de las sirvientas la siguieron casi a la carrera.

Los hombres siguieron a caballo hacia los establos principales, en el otro patio detrás de la fortificación, yo me detuve a unos cincuenta pasos de la arcada de ingreso. Para cuando logré desmontar, la multitud ya se había desbandado casi por completo. Me eché las pesadas alforjas de viaje sobre el hombro y le entregué las riendas de Estampida a uno de los chicos del establo. Ion y Bicca, mis mastines, me siguieron entre aullidos demandando comida, pero enseguida otro cuidador se los llevó también. Fue entonces que me uní a la reunión que tenía lugar más cerca del carruaje: mi padre ya se encontraba en tierra apretando a mi hermana Sebreena en un abrazo rompehuesos. Mi primo Bredon y Esmond, el más joven de mis hermanos, se veían agotados pero bastante contentos.

—¡Padre, por favor! ¡No puedo respirar! —se quejó mi hermana.

Mi padre se rio, balanceándose de lado a lado en su abrazo.

Una sonrisa me tiró de las comisuras de los labios.

Mis ojos cayeron (y no de casualidad) sobre la puerta abierta de la cabina y en la pequeña sombra de la mujer que seguía sentada adentro, en la banca. No parecía muy ansiosa por salir. Me pregunté si debía ofrecerle ayuda, pero antes de que pudiera decidir algo, dos de las cuatro doncellas subieron los escaloncitos de madera y se metieron al carruaje.

Una mano fuerte me agarró el antebrazo. No me resistí, mi padre no me haría daño.

—Lady Fay debería quedarse en el castillo con nosotros por un tiempo, hasta que se sienta lo bastante bien como para instalarse en

tu casa —me dijo, en lo que mi hermana se trepaba al carruaje también. Me volví a verlo a los ojos. No preguntaba, sólo me estaba informado de una decisión tomada—. Haré que Madame venga a verla en la mañana, y te mantendré informado sobre cómo sigue la Dama.

Asentí con rapidez y respiré profundo.

Me parece bien, le indiqué con señas. *La bruja podría encontrar algo en ella que Morven no logró ver.*

Mi padre entrecerró los ojos:

—No te quedes sin hacer nada entretanto, hijo. Ocupa este tiempo en poner tu casa en orden para recibir a una esposa.

Puse los ojos en blanco. Claro. Volví a asentir.

Hace dos quincenas mi mayor preocupación era pensar en un plan efectivo para resistir las inundaciones veraniegas, hoy era un hombre casado y tenía una joven esposa a la que proveer. Una mujer a la que no podía mandar lejos ni ignorar, y con la que no tenía nada en común. Yo no era el esposo con el que ella debía unirse, pero ella tampoco era responsable de las acciones de Fadric, y por eso Lady Fay no se merecía ser tratada con indiferencia.

No quería que la joven pensara que me había casado con ella por lástima, tampoco. Cada palabra que dije en la ceremonia de boda fue sincera. En su mayor parte.

Había tomado votos que pretendía cumplir.

… en cuanto descifrara cómo.

Pero mi padre tenía razón. Y no es que mi casa estuviera en mala condición, al contrario: yo vivía solo en mi propia tierra desde hacía años, y mi morada estaba amueblada en función de las preferencias de mis necesidades y confort. No estaba lista para compartir los espacios con una mujer. Necesitaría hacer muchos ajustes, había cien cosas que se me ocurrían sólo con pensarlo un instante. Me tragué un gruñido, muy cansado como para seguir rumiando el tema.

Además, las alforjas sobre mi hombro se estaban tornando demasiado pesadas como para seguir ahí parados. Ofrecí mi mano derecha, mi padre acercó la suya y nos estrechamos por la muñeca.

Pero él no me soltó cuando intenté retirarme.

—¿No vas a despedirte de tu esposa antes de partir?

Apreté los dientes, más ofuscado que cualquier otra cosa.

Mi hermana y las sirvientas ya habían ayudado a Lady Fay a salir de la cabina y fue mi primo Bredon el que reclamó el privilegio de llevarla hacia el torreón. *En brazos.* Sonriéndole como un completo idiota. Esmond y Sebreena lo flanqueaban, ambos se veían tan malditamente felices. Y las manos de mi esposa... *sus manos estaban en los hombros de Bredon*, ella se aferraba a él con la misma cadencia desesperada con la que me había abrazado el cuello cuando la rescaté de aquel carruaje en picada. Un pozo profundo lleno de roca fundida se me abrió en las entrañas.

Le había indicado a Bredon que cuidara de Lady Fay durante el viaje, *pero nunca le dije que podía tocarla*. Algo me subió por la garganta, a medias entre gruñido y gañido.

Mi padre me dio una palmada fuerte en la espalda, con un murmullo entretenido.

Antes de hacer un papelón (porque me sentía muy cansado, por supuesto), troté y me subí al carruaje para buscar en la oscuridad del interior hasta que encontré el pequeño cofre; lo vi en el rincón de dormir medio escondido bajo una frazada. Su cofre del tesoro, como Lady Fay lo había llamado.

Puse la cajita decorada bajo mi brazo y me apuré a entrar a la fortaleza.

Después de seguir su olor a través del laberinto de salones, escaleras y corredores, casi me llevé por delante a mi hermana Sebreena. No porque no supiera que ella se encontraba en el recodo, sino porque no me di cuenta de que estaba volviendo; el feroz golpeteo de mi propio corazón dentro de los oídos no me ayudaba a leer el eco de los pasos con claridad.

Su primera reacción fue llevarse las dos manos a la cara para taparse la nariz:

—¡Por los dioses! ¡Camron, un zorrillo olería mejor! —me dijo, echándose atrás.

Bueno, ella tenía razón. Mi pelaje tiende a ensuciarse muy rápido.

—*Graciosa* —dije, le enseñé los colmillos y luego le dije en señas: *Supongo que el noble culo de la Señora de Crescent Hall olerá a rosas después de una quincena en el camino*.

Sebreena se rio y se descubrió el rostro, pero no se me acercó.

—No sabría decirte, Padre no quiere llevarme cuando salen de compras. Alguien tiene que quedarse y mantener este lugar en pie —me respondió, con picardía. Al final me regaló una sonrisa dulce—. Bienvenido de vuelta, hermano. Te abrazaría, pero...

Gruñí profundamente, lo que la hizo reír.

¿Se encuentra bien Lady Fay? Pregunté en gestos.

—Lo estará —mi hermana se llevó las manos a la espalda—. Yrana y las muchachas ya están preparando un baño para ella, yo le buscaré un cuarto cómodo en el ala de huéspedes. Padre me encargó que cuide de la Dama por unos días... es una cosita frágil, ¿no?

Suspiré, bajando la mirada.

Sebreena se cruzó de brazos y se apoyó en la pared gris, sacudiendo la cabeza. Bajo la luz ambarina de las linternas, su cabello brillaba más dorado que el oro mismo y aquel sencillo vestido blanco la hacía ver como una novia. Era la viva imagen de nuestra madre, Lady Aelene, y la única de la camada que había heredado su pelo rubio. La Señora de Crescent Hall, mi única hermana, había crecido para convertirse en una fina mujer con los años. Fina y muy inteligente. Me miraba con mil preguntas en los ojos.

Casi tirité, a sabiendas de que no se quedaría callada mucho tiempo.

—¿Qué pasó, Camron? ¿Dónde están nuestros hermanos? —empezó. Su delicado ceño se frunció más y más a medida que siguió hablando—. ¿Es cierto que Fadric se esfumó el día de la boda? ¿Qué va a suceder ahora, está asegurado el tratado de comercio? ¿Y qué hay de ti? Quiero decir, no pensé que desearías casarte alguna vez, pero... *¿qué pasó?*

Se me desplomaron los hombros, y cerré los ojos.

Hermana, será mejor discutirlo en la mañana, le señalé. *Hay una cosa más que debo hacer antes de irme*.

Su humor cambió de repente. Volví a mirarla.

—¿Te vas? —murmuró. Mi gesto afirmativo la puso aún más triste—. ¿Te perderás el festín de bienvenida, entonces?

Bueno... la buena comida cambia las cosas.

Me encogí de hombros y vocalicé, despacio:

—*Podría quedarme a comer*.

—También podrías quedarte a pasar la noche, ya que estás aquí. Lávate, come todo lo que quieras y duerme bajo nuestro techo, es muy tarde para que sigas de camino a tu casa a esta hora.

—*Mis animales necesitan atención.* —dije, usando la voz otra vez.

La fatiga que había logrado mantener a raya amenazaba con vencerme. Era más fácil si podía hablar con gente que estaba acostumbrada a escuchar mi discurso accidentado y no le molestaba que una de cada cinco palabras no sonara bien.

—Yo lo arreglaré todo, tú sólo apresúrate a llegar a los baños —decidió ella, parándose alta e imperiosa ante mí. Lo cual era gracioso, porque no me llegaba ni a la axila—. Ningún hermano mío se sentará a mi mesa oliendo a mierda de puerco.

Estallé en risas, y le dije con gestos: *¿Qué lenguaje es ese para una dama?*

—El lenguaje que *ustedes bastardos* me han enseñado desde que era una niña. Ahora, ve, muévete. La cena se servirá en la próxima campanada —Sebreena me echó con un aspaviento mientras intentaba permanecer seria. Yo todavía me estaba riendo cuando nos separamos.

Bueno, si me lo ofrecía, ¿quién era yo para negarme?

*****

Después de una buena cepillada con agua caliente y jabón común, pasé un rato largo sentado en el borde de la bañera de piedra, secándome el pelaje desde la cabeza a la cola. Me llevó más de una toalla lograrlo, pero lo conseguí. Era todo un desafío hacerlo bien, y quería hacerlo bien esa vez porque combinar pelo mojado con ropa limpia es una idea malísima. Saqué una camisa nueva de color óxido y unos pantalones negros de mis alforjas. El clima en ese

lado el valle era agradable, no necesitaría abrigarme más para estar cómodo.

Me estaba atando las botas cuando me acordé del cofre de Lady Fay.

Sí, debía ocuparme de algo antes de ir a comer.

La campana que Sebreena había mencionado empezó a sonar poco después, cuando subía por las escaleras de piedra en dirección al ala de huéspedes del castillo. Los amplios pasillos estaban desiertos, todo el mundo debía estar cenando. Me empezó a rugir el estómago, para recordarme que estaba lo bastante hambriento como para devorar una oveja entera. Tenía que hacer esto, era importante. Y aunque no sabía dónde pasaría la noche Lady Fay, mi nariz no era tan fácil de despistar.

Sólo seguí el aroma del jabón de miel, una variedad especial reservada para las visitas.

Cuando encontré su puerta, por fin, me paré a escuchar fuera del cuarto.

Nada, sólo silencio.

Respiré hondo, intoxicado con el olor de su esencia mezclada con el jabón.

Se desató otra pequeña batalla en mí, tratando de decidir si debía entrar y hablar con ella o si era mejor dejar el cofre afuera e irme. Quizá ya estaba durmiendo. No sería nada educado perturbar su descanso. Otra parte de mí tenía miedo de que me fuera a rendir ante la visión de una cama cómoda y me cayera dormido como tronco junto a la joven, o algo.

Probé la cerradura. La puerta se abrió un poquito.

Bueno, a la mierda. Ya estaba ahí, así que me metí a escondidas en el cuarto.

Lady Fay dormía, de hecho. Había una pequeña vela en una lámpara de vidrio, sobre una mesita cerca del vestidor. Sebreena había elegido uno de los cuartos de huéspedes más bonitos, tenía que aplaudir su buen gusto. La cama tenía cuatro pilares altos y un dosel de seda, era lo bastante grande para una pareja... pero sólo había una pequeña forma oculta bajo las mantas.

Avancé lo más silencioso que pude, sosteniendo la pequeña caja en mis manos.

Su olor era aún más intenso, aderezado con sábanas limpias y madera roja, cuero, el suave moho de la piedra vieja, vela grasosa y una traza de picante que me atrapó y tiró de mí hasta que llegué ante la cama.

Me hinqué sobre una rodilla, con cuidado, admirando la paz en sus facciones.

Dormía con el rostro vuelto hacia mí, acurrucada de lado y abrazando la almohada. Su pelo negro estaba revuelto alrededor de sus hombros desnudos y el cabezal exquisitamente tallado, como telarañas enredadas. Tan salvaje y a la vez hermoso. Me incliné más cerca y torcí la cabeza de lado imitando la posición de la joven, para admirar la curva suave y esbelta de sus cejas relajadas, su pequeña nariz, la forma pulposa de sus labios entreabiertos. Su piel se veía tan suave, besada por el sol. Tenía una pequeña cicatriz en la frente, cerca de la ceja derecha.

Me acerqué un pelo más, a falta de una mejor idea (otra vez), y tomé aire.

Su aroma, femenino y puro, resultó devastador. Era la primera vez que lograba apreciarlo en toda su gloria, tan limpia y profunda. Un calor extraño me corrió por las venas.

¿Acaso era un tonto tan solitario, que el mero olor de una mujer me dejaba sin ideas?

Una daga invisible se me clavó en el pecho, retorciéndose.

¿Qué se suponía que hiciera con ella?

Lady Fay me había preguntado lo que era, y ¿cómo esperaba explicarle mi naturaleza, cuando ni yo mismo lo sabía? Me llamaban *hijo* y *hermano*, y yo les reconocía como familia en retorno, pero no pertenecía a aquella noble casta. Era de los suyos y al mismo tiempo no lo era del todo, porque era único en mi clase: un lobo-hombre que había vivido vistiendo la piel de la bestia desde que tenía memoria, a diferencia de todos mis pares que podían decidir cuándo deseaban usarla.

Estaba maldito. ¿Por qué? Aún no lo sabía.

Había honor en mí, y había jurado dar lo mejor:

—Me disculpo, Lady Fay —susurré, casi en silencio. Las palabras que había ensayado por varios días salieron sin esfuerzo, mi discurso era tan claro y fluido que deseé que ella estuviera despierta para escucharme—. Nunca fue mi intención asustarla, o ignorarla. Verá, es que no pensé muy bien esto antes de hacerlo, es todo. Le prometo... que desde mañana, empezaré otra vez. Puede que no sea capaz de darle todo lo que un hombre verdadero le podría ofrecer, pero no se arrepentirá de haberme tomado como su esposo. Eso se lo juro.

Maldito Fadric, ¿por qué se había escapado?

Tenía que salir de ahí. Necesitaba estar en cualquier otra parte, en algún lugar donde su olor no pudiera alcanzarme.

Dejé el pequeño cofre sobre un baúl al pie de la cama, y me fui.

5. Una Guarida de Extraños Gentiles

El cantar de unos pájaros me arrastró lentamente de la oscuridad.

Me froté los ojos, aún reticente a abrirlos, y me estiré dentro de la cómoda cama hasta que un dolor agudo en la espalda baja me obligó a hacerme bolita de nuevo. Empezó a sonar una campana. Alcé la cabeza enseguida, para mirar a mi alrededor. Me bajó una ola gélida de desorientación por todo el cuerpo en lo que me descubría dentro de un cuarto amplio que no reconocí, en una cama que no era mía y rodeada por un aroma a...

Oh, pero claro.

—Esto es Crescent Hall —murmuré, abrazándome bajo las mantas—. Crescent Hall, el hogar de mi nueva familia.

Más bien, *el magnífico castillo* de mi nueva familia.

Logré ver muy poco de él mientras estaba en el carruaje, pero las murallas de piedra eran tan altas y gruesas, las torres tan majestuosas y los corredores dentro de la fortaleza tan anchos. Tantas habitaciones, tantos pisos. Incontables ventanas y escondites. Tenía que ser gigantesco, mucho más grande que cualquier palacio real. Mi habitación, por ejemplo, estaba amueblada con lo básico pero de gusto exquisito: una cama lujosa, una pequeña mesa con tres sillas forradas en terciopelo, un biombo que delimitaba el lugar para vestirse, cortinas pesadas y una silla enorme de madera tallada, como un trono. De la pared contraria a la cama colgaba, también, un tapiz angosto ubicado por encima de la amplia boca de chimenea tallada en la piedra misma: era blanco y gris, tejido en patrones de hilos plateados que describían el escudo

familiar; la orgullosa cabeza de un lobo con cinco lunas en arco y espadas cruzadas detrás.

Me di cuenta de que ni siquiera sabía cómo esta gente se llamaba a sí misma. Durante la mayor parte de mi vida, en las historias que he escuchado, se les llamaba *norteños*, *extraños del Norte* o, simplemente, la *gente loba*. Y si no hubiera visto la verdadera naturaleza de Sir Camron con mis propios ojos, seguiría pensando que aquellos cuentos eran una exageración.

Me casé con un cuento de hadas. Un cuento de hadas *absurdamente rico*, al parecer.

Con un suspiro de alivio, me empujé sobre el codo sano para sentarme en la cama.

Tenía puesto un camisón blanco de lino sin mangas. Al llegar, la noche anterior, las doncellas me habían desvestido y empujado dentro de una bañera. Me lavaron el cuerpo y el cabello con cuidado, luego me observaron mientras comía de una bandeja que desbordaba con carnes y vegetales rostizados, y me metieron a la cama antes de irse.

Una mujer alta y de cabellos rubios con sonrisa gentil supervisó las operaciones. Parecía joven, dueña de una belleza sin igual. Su nombre, me dijo, era Sebreena de la Voluntad de Hierro, Señora de Crescent Hall. Única hija de Lord Willem, hermana de Sir Camron. Mi cuñada, ahora.

Todavía estaba pensando en eso cuando alguien llamó a la puerta con fuerza.

Antes de que pudiera responder, una voz familiar me habló:

—Lady Fay, ¿puedo pasar? —era Lady Sebreena—. Traje a alguien que me gustaría que conozca, si le parece.

—¡Sí! Estoy despierta —respondí, mi voz era tan áspera.

Me cubrí el pecho con las sábanas y traté de aplacar mi cabello salvaje con una mano, rápido. La puerta se abrió antes de que lograra ponerme presentable.

Lady Sebreena entró cargando una bandeja con una tetera y dos tazas:

—¡Buenos días!

—Buenos días, mi Señora —le dije, tras carraspear.

Tres doncellas se metieron a la habitación, traían elementos para las abluciones matutinas... y por detrás de ellas entró alguien más. Una mujer muy elegante con un amplio vestido de seda rojo brillante, que llevaba un arreglo de plumas negras en torno al escote y en los puños de sus mangas. Sus abundantes pechos resaltaban a raíz de un grueso cinturón negro que acentuaba su cintura y sus labios voluptuosos eran del mismo color rojo que el vestido. Lo que me llamó más la atención fue que la piel de esta extraña era oscura; no bronceada por el sol, sino de una tonalidad de marrón muy profunda. No había un solo pelo en su cabeza lustrosa: en cambio, llevaba un tocado exótico que me recordó a una delgada telaraña de hilos de oro decorados con diminutos rubíes. El mismo tipo de joyería adornaba sus manos delgadas, algo parecido a guantes atados a la muñeca, tejidos como redes doradas.

Nunca había visto a una persona de su complexión, antes, y su atuendo era tan excéntrico que...

La mujer me estudiaba con los ojos muy abiertos, sus pestañas parecían estar pintadas con oro también.

—Lady Fay, ella es Madame Tessala —me explicó la Señora de Crescent Hall—. Es nuestra sanadora más reputada, mi padre mandó a por ella para que pueda ver sus lesiones.

Debo haber parecido una imbécil, porque la mujer ladeó la cabeza y me sonrió.

—Me alegro mucho de conocerla, mi Señora —dijo Madame. Su voz femenina era muy profunda y dura, hueca e intrigante. Me sorprendió un poco que hablara tan bien la lenguaplana, no dejaba de tener un acento muy fuerte que no reconocí—. Sir Morven de las Manos Sabias me contó sobre su accidente. ¿Me permitiría conducir un examen más completo? Es inusual que siga sintiendo dolor.

Mi mirada derivó en silencio hacia la presencia sonriente de Lady Sebreena.

Ella me hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Me había olvidado de nuevo, al parecer, de lo que era la cortesía más básica:

—Me disculpo, Madame. Quizá sigo dormida —murmuré, tratando de sonreír con todas mis fuerzas—. Aprecio mucho su

amabilidad.

—Maravilloso. Tómese un té con Lady Sebreena mientras me preparo.

La sanadora chasqueó los dedos y las tres doncellas se pusieron en acción: una de ellas puso una pequeña mesita cerca de la cama, la segunda le puso encima una bacinilla de cerámica y la tercera le echó agua con un balde. Luego la primera ayudó a Madame a sacarse las joyas y, al final, la sanadora sumergió las dos manos en el agua limpia y se lavó con un jabón blanco. La segunda doncella ya la esperaba con una toalla seca y la tercera estaba de pie, muy atenta, sosteniendo un gran morral en sus brazos.

Mientras tanto, Lady Sebreena me ofreció su ayuda para salir de la cama y nos sentamos juntas a la mesa que estaba junto a las grandes ventanas coloreadas. Había una taza de té y delicias horneadas esperándome. Mi cara seguro que lo decía todo: los extraños amables, especialmente gente por encima de mi autoridad, no aparecían seguido en mi vida. Seguía quedándome atrapada en la sorpresa de sus palabras gentiles, esperando a que surgiera un inevitable propósito oscuro.

Permití que la Dama me ayudara. Apenas sí logré murmurar palabras de agradecimiento en lo que levantaba la taza.

Lady Sebreena se sentó frente a mí al otro lado de la mesa y agarró una masa dulce.

—¿Durmió bien, Lady Fay?

—Sí, gracias —asentí con la cabeza, bebí de mi té—. Estaba exhausta.

Manzanilla, caliente y deliciosa. El calor penetró cada fibra de mi cuerpo.

—Puedo imaginarlo, un viaje tan largo no deja indemne a nadie. Espero que todo esté a la altura de sus gustos, mi Señora; aquí en el Valle Hundido somos... *gente más simple*. La vida en esta corte no es tan sensacional como alguien de las Ciudades Costeras podría esperar.

Me quedé mirándola en silencio. Ella tomó té, ajena a todo.

¿A la altura de mis gustos? Me hacía una tremenda ilusión tener poco más que un cuarto propio con una puerta que se pudiera

trabar, aquellos aposentos eran un palacio a comparación. Traté de buscar el humor en la situación y me las arreglé para sonreír de nuevo.

—Todo es excelente. La cama es muy cómoda, no había dormido así de bien en años.

Lo cual era dolorosamente cierto.

El sonido de metales golpeándose me hizo girar la cabeza. Madame Tessala había abierto su morral sobre la pequeña mesa; buscó algo en su interior y logré ver varios aparatos plateados que parecían mezcla de arma y pesadilla. Mi corazón dio un salto.

Ella debió presentir mi consternación, porque la sanadora se rio:

—Tranquila, niña querida. Son mis herramientas, pero no las necesito para examinarla hoy. Sólo estaba buscando una toalla especial —Madame le pasó la mentada toalla a una de las doncellas —. Caliéntala junto al fuego. Te diré cuándo debes traérmela.

La criada asintió e hizo lo que se le pedía.

La sanadora se paró detrás de mí, entonces, y me puso las dos manos en los hombros.

—Ahora, si me permite...

Con un suave empujón, me indicó que me moviera sobre la silla para alejarme del respaldo acolchado. Madame Tessala murmuró algo por lo bajo y me guio para que me sentara bien erguida, y luego empezó a deshacer con calma la intrincada trama de cintas que cerraban la espalda de mi camisón. Era algo desafortunado que yo no conociera el protocolo requerido, pero tampoco era mi culpa que no hubiera estado en contacto con muchos cirujanos o médicos en mi vida. Traté de seguir bebiendo té hasta que la prenda floja comenzó a deslizarse sin gracia por mis hombros. Me apresuré a agarrarla, apretando la delgada tela contra mi pecho con la mano libre.

Estaba entre damas, es verdad, pero la modestia es modestia.

Además, no necesitaba que nadie viera más de lo debido.

Madame movió mi cabello a un lado con gentileza, otra vez murmurando por lo bajo.

—Sí, ahora puedo ver bien la lesión.

Lady Sebreena se puso muy atenta.

—¿Qué es lo que ve? ¿Estaba en lo correcto Sir Morven?

Con suavidad, la punta de sus dedos presionó contra mi espina y empezó a moverse hacia abajo, en dirección a la cintura, hundiéndose en mi piel en patrones imprecisos. No sentí dolor, al principio, así que me permití confiar en su experiencia y traté de prestar atención a lo que hacía.

—¿No nos dejará a solas, Lady Sebreena? —comentó la sanadora, con respeto.

—Me temo que no puedo. Mi padre me encomendó el cuidado de mi cuñada.

—Ah —Madame Tessala se rió bajito—. Entonces, ella es la esposa de Sir Fadric.

—De Sir Camron.

Las manos de Madame dejaron de moverse sobre mí, al instante. Me mordí la cara interna de la mejilla y le eché una mirada a Lady Sebreena, ella sostenía la taza de té frente a sus labios... pero sus ojos ardían, fijos en la otra mujer. Las dos se encontraban enfrascadas en un diálogo silencioso que, obviamente, yo no estaba lista para interpretar.

Tras unos pocos latidos, la Dama sonrió.

—Hubo un cambio de planes —explicó.

—Ya lo creo que fue *un cambio* —musitó Madame Tessala. Volvió a enfocarse en mi espalda, esta vez aplicando más presión con sus dedos y bajando más rápido hasta que se topó con un área sensible. Tragué aire con fuerza y me encogí para alejarme del dolor—. Ah, mis disculpas, Lady Fay. Parece que encontré el centro de la lesión. Muy bien. Veamos qué tan amplio es...

Una doncella movió la silla restante para que la sanadora pudiera sentarse. Desapareció de mi vista, pero aún percibí su aliento en la piel. Sus manos se movieron hacia los lados, en torno a mis caderas, y apretó con los pulgares justo donde más me dolía. No pude evitar un gemido ahogado, se me llenaron los ojos de lágrimas enseguida. Ella continuó frotando los músculos adoloridos en círculos, desde la zona más perjudicada hacia afuera hasta que dejé de temblar y contener el aliento.

—Sí, justo como pensé —comentó, más para sí misma que para nosotras. Luego, me susurró al oído—. Hay muchas cicatrices en tu espalda, pequeña. Y no son recientes.

—Fui una niña muy rebelde. —aquella respuesta cortante me salió impecable.

Era la mentira que había aprendido a decir, de todos modos.

Si Madame Tessala tenía tantos talentos como Lady Sebreena decía, entonces hallaría mucho más que la lesión en mi espalda. Ninguna explicación alcanzaría.

Mi corazón estaba desbocado. Rogué en silencio que lo dejara pasar.

Y, bendita sea, lo hizo. Madame chasqueó los dedos de nuevo y la otra doncella trajo la toalla caliente, que la sanadora apoyó en mi espalda baja. Casi no pude soportar el calor, pero no llegó a quemarme.

Irradiaba en la carne y el hueso a tal punto que el dolor empezó a disiparse.

—¿Y bien? —preguntó Lady Sebreena, impaciente.

—Tal como observó Sir Morven, es un golpe profundo —la sanadora me puso una mano en el hombro, un gesto simple que me reconfortó más allá del aciago veredicto—. Si se queda quieta por mucho tiempo, la herida podría tener consecuencias a largo plazo que sólo empeorarán en su vejez, o que podrían presentar dificultades para parir.

—Oh —la expresión de mi cuñada se entristeció—. ¿Hay algo que se pueda hacer?

—Por supuesto. Volveré después del atardecer con medicina —Madame me apretó con suavidad el hombro—. Si sigue mi consejo al pie de la letra, Lady Fay, usted se recuperará por completo.

Asentí con la cabeza, soltando al fin un largo suspiro. El calor empezó a sentirse bien.

Lady Sebreena se puso de pie.

—Entonces esperaremos su regreso con ansia, Madame.

—Entretanto, Lady Fay, le recomiendo que evite quedarse en la cama por mucho tiempo. Por favor, ponga su mano sobre la toalla y sosténgala allí hasta que se enfríe —la sanadora se levantó también

en lo que yo movía el brazo hacia atrás. Se paró, con sus largos dedos entrelazados y la mirada fija en mis ojos llorosos—. Algo de ejercicio ligero ayudará. Le sugiero caminar dentro de la fortaleza, con supervisión, por supuesto, o sentarse a disfrutar del aire fresco. Reposo en cama sólo si se siente muy cansada, o si el dolor es muy intenso.

Me reconfortó aún más que me hablara a la cara en vez de tratarme sólo como el objeto de otra conversación.

—Entiendo, Madame —le dije.

Aún sosteniendo la toalla, estaba a punto de volver a colocarme bien el camisón cuando...

Oímos los pasos retumbando afuera, pero nadie se esperaba que la puerta se abriera de par en par sin advertencia. Todas las presentes nos dimos la vuelta para ver quién había entrado, mi cara estalló de vergüenza cuando reconocí *al propio Sir Camron*, vestido con una camisa color óxido, pantalones negros y botas de montar. Se frenó en seco cuando dio con nuestras miradas sorprendidas. Yo no podía moverme. Apenas sí podía sostener el camisón caído sobre mi pecho pero mi espalda estaba completamente expuesta para que la viera.

Y me encontró a mí, y a mi piel desnuda, y a mis ojos.

Aún era enorme sin la capa o el bulto añadido de la armadura. También había una elegancia perfecta en todos sus movimientos y las formas de su cuerpo, aun cuando había *tantos detalles totalmente antinaturales* en él. En lo que respectaba a otros hombres, tenía los hombros anchos y un pecho fuerte conectado a una cintura magra y caderas estrechas, muy masculinas, y aquellos pantalones de cuero negro se ajustaban bien a la musculosa longitud de sus poderosas piernas. Era un guerrero experimentado, sólido como una torre de piedra.

No estaba tan perdida en mi admiración como para ignorar la forma en que su actitud cambió cuando Sir Camron posó los ojos en mí: alzó las orejas, apretó los puños. Su cola (*de verdad* tenía una cola, no fue mi imaginación cuando la noté por primera vez) tembló y empezó a sacudirse con lentitud.

Al final, él... *se lamió los belfos*, como lo hacen los perros ante la presencia de comida.

Como si yo fuera la cosa más deliciosa que había visto.

Me ardían las mejillas. ¿Qué estaba haciendo ahí?

¿Y por qué me miraba así?

Tragándome un gemido, me apuré a cubrirme el cuerpo, pero fue Lady Sebreena la que agarró a Sir Camron por el brazo.

—¿Has olvidado cómo golpear una puerta, quizá? —siseó, molesta.

Sin vergüenza ni esfuerzo, ella forzó a mi poderoso esposo a dar la vuelta y lo empujó para que saliera de la habitación.

—*¡Disculpas!* —gruñó él, escupiendo las palabras con rudeza—. *¡No era mi intención...!*

—¿No era tu intención golpear? ¡Qué maleducado de tu parte, hermano! ¡Fuera!

Mi cuñada cerró la pesada puerta de un portazo una vez que él salió, y se apoyó de espaldas contra la madera, hundiéndose en el más incómodo de los silencios. Me miró, pero casi enseguida rompió la tensión con una carcajada cálida y profunda. Se desató la confusión, sin duda, aunque de pronto Madame Tessala se unió a las risas y le dio rienda suelta, acompañada por las doncellas.

A pesar de que mi corazón aún latía desbocado, no pude deshacerme de la sonrisa que insistía en apoderarse de mis labios.

*****

Me despegué de la pared en cuanto vi que Madame salía del cuarto de Lady Fay, sola.

Ya era hora. ¿Qué las demoraba tanto? Aparte de echarse unas risas a costa de mi desafortunada entrada. Estaba más cerca de lo que me hubiera gustado y escuché todo lo que dijeron, a pesar de la gruesa pared de piedra.

Madame Tessala se me acercó. Su olor fuerte y natural me quemó el fondo de la garganta. Bien podía quedarme ciego, que a ella la reconocería de inmediato.

—Camron, ¿podemos hablar?

Asentí, luego me incliné hacia ella con una mano sobre el pecho. Me respondió el saludo bajando la cabeza y haciendo una corta reverencia. Era lo más formal que dos personas como nosotros, que nos conocíamos desde hacía tantos años, podíamos llegar a ser sin importar nuestro estatus dentro o fuera del clan. Luego, me sonrió con esos gruesos labios rojo brillante.

—Bienvenido, muchacho —me dijo—. Me alegra mucho verte, aunque las circunstancias, ciertamente, son muy inesperadas.

Mi única respuesta fue un suspiro gruñente.

Sí, tenía mucho que explicar, y no sólo a ella.

Y prosiguió:

—Debemos discutir algo concerniente a tu novia.

Por un instante, temí que hubiera suavizado sus palabras delante de mi hermana y de la propia Lady Fay para esconder una horrible verdad. Traté de prepararme.

¿Acaso la herida es peor de lo que creímos? Le pregunté, en gestos.

—Nada que la incapacite, pero es dolorosa —ella se inclinó hacia mí, lo que me llevó a apuntar las dos orejas en su dirección—. Debo preguntarte, Camron, si estás seguro de que esta joven es de sangre noble.

Fruncí el ceño, pero intenté explicarme con la mayor brevedad.

Su familia tiene títulos que su padre compró de buena fe tras amasar una fortuna como mercader. Lady Fay puede no ser noble por linaje pero nació en la riqueza, hasta donde mi padre sabe. La Corona Unida de los Valles del Sur reconoce sus títulos y los respalda.

Gesticulé con rapidez. Madame me había enseñado todo lo que sabía sobre el lenguaje de las manos, así que si había alguien con quien podía comunicarme con comodidad a cualquier velocidad, era con ella. Aún así, entrecerró los ojos cuando terminé.

—Verás... —Madame Tessala hizo una pausa, dudando—. No deseo alarmarte, pero no parece como si esta jovencita hubiera crecido con las comodidades de una noble, o al menos no en los últimos años. Su espalda está marcada con cicatrices, sus manos son ásperas y bronceadas como las de una lavandera. Está nerviosa

y evita a cualquiera que la mire a los ojos por mucho tiempo. Diría que es una cocinera simplona más que una Dama del Valle Ancho.

Durante varios ansiosos latidos, me quedé helado pensando en sus palabras.

Había notado las cicatrices. Apenas conseguí dar un breve vistazo a la curva de su espalda, a los oscuros moratones y la suave redondez de un pecho, medio escondido por su brazo. Me deslumbró, pero sí noté las marcas cruzadas sobre su piel pálida por encima de los omóplatos. Volvió a ponerse el camisón muy rápido y aun así mis ojos tuvieron suficiente tiempo para devorar cada pequeño detalle, y recién ahora podía ponerlo todo en perspectiva.

Madame tenía razón en varias cosas:

¿Está segura? Señalé, despacio.

—Estoy segura de que tuvo una vida difícil. Ahora, te pregunto a ti si sabes con seguridad que esta es la Dama de noble cuna que fue prometida a tu hermano.

Tragué saliva con fuerza. ¿Había posibilidades de que fuera una impostora?

Volví a levantar las manos: *Mi padre pasó bastante tiempo a solas con ella, dijo que Lady Fay leyó libros para él. Una campesina no sabría leer o escribir.*

—Lo sabría si fuera una institutriz, por ejemplo —comentó Madame Tessala, pensativa, pero al final sacudió apenas la cabeza —. Discúlpame, he visto mucho del mundo y soportado mi cuota de brutalidad, muchacho. Supongo que no sería descabellado pensar que Lady Fay pueda ser noble y aún así, haber sido abusada por alguien de su propio círculo. No es algo tan raro, muchas relaciones de vasallaje se vuelven venenosas con el tiempo.

Un frío aún más profundo me invadió el alma, despertando recuerdos indeseados.

Fruncí el ceño y eché las orejas hacia atrás. Así que, mi padre probablemente tenía razón acerca de esto, también: ninguno de nosotros sentía agrado por Lady Eanna DeVries, la viuda de Lord Aldrich VonDarach, pero mi padre sentía *un desprecio muy especial* por ella. El decoro le impedía hablar mal de otros que no fuesen sus enemigos; mas yo no era Lord y podía soltar la lengua todo lo que

quisiera. Carajo, hasta podía desafiar a la perra si me sentía lo bastante ofendido. Lady Eanna me parecía una mujer cruel con ambiciones desmedidas aún más grandes que su voluntad de vivir, considerando cómo nos forzó a continuar con el matrimonio incluso en la ausencia de mi hermano menor.

Y era evidente que Lady Fay no había accedido a ser intercambiada como una moneda, pero no tenía vela en el entierro.

Una parte de mí se sentía aliviada de haberla sacado de aquel ambiente tan ponzoñoso; ningún alma gentil merecía ser usada y menospreciada por otros y yo había visto en su mirada que ella era una persona compasiva. Incluso si no era más que una criada de cocina en lugar de la hija verdadera de Lord Aldrich. Sin importar qué, estábamos unidos ahora. Fruncí aún más el ceño.

Quizá sí me sentía ofendido en nombre de mi flamante esposa.

Si es así, entonces Lady Fay tendrá una vida mucho mejor con nosotros, señalé, con bravura.

—Lo sé. Debo informarle a tu padre sobre esto, después de todo él fue quien mandó por mi.

Le puse una zarpa en el hombro, ella alzó la cabeza para mirarme a los ojos.

—No le digas *sobre tus sospechas* —usé mi voz esa vez, con notable mejora—. *Padre* no necesita *más decepciones*.

Madame Tessala sonrió de lado, entretenida.

—Me alegra que hayas estado practicando más —observó, y luego asintió una vez—. Muy bien. Compartiré los hechos con tu padre, no las teorías. Mientras tanto, debes estar pendiente de ella, Camron. Lady Fay está en tus manos.

De hecho que sí. Lady Fay pertenecía al clan, ahora.

Me pertenecía *a mí*, y sería un gran honor para mí el protegerla.

Fue mi turno de demostrar mi consentimiento y, tras otro corto saludo, nos separamos.

Consideré intentar meterme al cuarto por segunda vez, ya que mi propósito de informar acerca de mi partida había quedado truncado antes. Aún le debía una conversación a mi hermana, además. Apreté los dientes. Tenía tantos asuntos de los que ocuparme que, a tal paso, no llegaría a mi hogar en el valle antes del final del día.

Mis pensamientos a la deriva volvieron hacia Lady Fay, sabiendo que...

—Una cosa más, muchacho —me llamó Madame Tessala, desde la otra punta del pasillo. No necesitaba levantar mucho la voz para que yo la oyera—. Me vas a dar un relato detallado de este caos la próxima vez que me visites.

Debió anticipar que yo gruñiría por lo bajo, porque, no mucho después, escuché una risa contenida antes de que se desvaneciera.

Decidí irme también.

6. Lo Amargo y lo Dulce

Mientras más veía de Crescent Hall, más me costaba creer que mis ojos no me estaban engañando. ¿Cómo podía ser que el Valle Hundido (como se llamaban las tierras más allá de Mooncrest Falls) disfrutara del esplendor de una primavera floreciente, cuando todo hacia el sur del cordón montañoso estaba dominado por el frío?

Confundida, miraba los árboles de manzanas y duraznos en el patio de atrás, cubiertos de hojitas verdes y pimpollos rosados. Había flores *por todas partes*, el castillo estaba poblado de macetas con todo tipo de plantas de hermoso follaje. El aire era fresco y puro, considerando lo rancio que suelen oler muchos castillos. Los pájaros cantaban desde el amanecer al anochecer y se regodeaban en sus melodías. ¡La luz del sol que entraba por los ventanales era increíble! La gente parecía feliz: los sirvientes conversaban con entusiasmo y siempre tenían una sonrisa en el rostro cuando se dirigían a mí o hacían reverencias; la comida era deliciosa y el té, increíble. Sin embargo, las fortalezas así de viejas y grandes son frías por naturaleza, así que, para más confort, la chimenea en mis recámaras estaba encendida constantemente.

Comparado con la desapacible hacienda fortificada de mi familia, Crescent Hall se sentía como un verdadero hogar.

Y aún así, no podía deshacerme de una aflicción inconsciente. Parte de mí seguía esperando el momento en que me despertaría, asustada, sudando en mi cama rotosa en las recámaras de servicio que se habían convertido en mi refugio desde que tenía diez y dos.

Me maldecía a mí misma, porque deseaba con fervor ser capaz *de disfrutar* de la hospitalidad de mis anfitriones sin sospechar de sus intenciones.

Madame Tessala proveyó la medicina prometida: un ungüento con un toque de menta que, para el tercer día de tratamiento, me alivió el dolor por completo. Al cuarto día, ya era libre de merodear los corredores adyacentes sin cansarme, explorando el piso en compañía de una doncella o de la buena Lady Sebreena. Casi no vi a nadie más aparte de ella, el Joven Bredon y el Joven Esmond, ya que Lord Willem estaba ocupado con sus labores. El resto del tiempo, aparte de dormir sola, me sentaba en el trono frente al fuego para leer, recibir visitas, tomar mis comidas o sólo hacer una siesta.

Mi humor también mejoraba día tras día en tanto no pensara en un detalle menor: Sir Camron se había ido. No le había vuelto a ver desde aquella embarazosa mañana cuando irrumpió en el cuarto en medio de mi audiencia con la sanadora.

De eso, ya había pasado media quincena.

El último recuerdo que tenía de él era el de sus imperiosos ojos plateados *devorándome*.

… hacía que algo se arrastrara bajo mi piel y me ardiera en el estómago, de maneras que se sentían extrañamente agradables. Y no debí, pero no pude evitar sentirme dejada de lado e ignorada, más que nunca, cuando oí que se había marchado.

Me figuré que Sir Camron tenía cosas que hacer y lugares a los que ir, tenía una vida antes de que decidiera hacerse cargo del inimaginable caos de las maquinaciones de mi madrastra. Y tal vez, él nunca tuvo la verdadera intención de tomarme como su esposa, tanto como yo no estaba lo que se dice ansiosa de casarme, para empezar. Así era la vida que llevábamos, como hijos de nuestras familias, y no podía culparlo de querer asegurar el bienestar de su linaje al comprometerse a continuar con aquella unión falsa. El tratado de comercio era un importante asunto de beneficio mutuo para nuestras casas.

¿Podía ser que estuviera contemplando una manera inofensiva de romper el compromiso?

¿Propondría que viviéramos vidas separadas, quizá?

Parecía tan estoico y seguro de sí mismo, pero luego Lord Willem me hablaba de su inteligencia con el mayor de los respetos y todo el

mundo a mi alrededor insistía en contarme maravillas acerca de él. Me resultaba difícil separar los sentimientos de sus palabras. Lo más descorazonador era que *me había permitido esperar algo mejor*. Y ese error era todo mío.

*****

Lady Sebreena debió leerme como a un libro abierto:

—Dígame, ¿le gustaría ver a mis aves? —me preguntó, con una sonrisa alegre.

Me tomó un instante reaccionar.

—¿Qué clase de aves?

—Halcones. Los conservo en la pajarera detrás de los establos.

Estábamos tomando la comida de la mañana en sus cuartos privados y, para ser honesta, me moría de ganas de explorar más del castillo. Si acaso, me serviría para despejar la mente.

—Sí, por supuesto. Hace un día precioso afuera. —asentí.

Ella articuló un sonido emocionado que me hizo devolverle la sonrisa.

Añadimos capas a nuestros atuendos y allá fuimos. Como buenas amigas, caminamos del brazo hacia la parte trasera de la fortaleza. Varios tramos de escaleras después, llegamos a la planta baja y a un enorme salón con techo alto soportado por hermosos arcos de ladrillo y madera negra. Se veía como un salón de baile o un comedor para muchas, muchas personas. Un entrepiso con barandales de madera corría por ambos laterales, conectado a otra escalera. Conté más de una docena de banderas colgando del techo en una línea ordenada, altas sobre nuestras cabezas y un escenario circular en el centro, quizá para músicos. Cruzamos hacia el otro extremo.

Tras una parada corta en el puesto del carnicero conseguimos un balde con pedacitos de carne y la Dama me llevó hacia el otro patio. Era un espacio amplio cerrado por altos muros de piedra que mordían la roca misma de la montaña. Más allá de un jacarandá solitario con un pequeño jardín, las perreras, las jaulas de las gallinas, el corral de las cabras y los establos, se veía una robusta

estructura de madera del tamaño de una casa de dos pisos con grandes ventanas malladas. A través de los pequeños huecos en la malla pude ver árboles, macetas con plantas, ramas secas y varias alas doradas batiéndose en el aire.

Por lo menos, los animales tenían suficiente espacio para vivir y volar un poco.

—Criamos halcones como aves mensajeras —me explicó Lady Sebreena, mientras sacaba una llave de hierro de su bolsillo. Abrió una puertita en el costado del edificio y se metió dentro, me apuré a seguirla—. Son más rápidos y fuertes que las palomas, y pueden pelear contra otras aves de presa si es necesario. Me atrevo a decir que los halcones son, también, más listos que las palomas. Por eso me gustan tanto.

Al notar nuestra presencia, las aves alzaron vuelo y describieron un círculo amplio hasta hallar puestos donde asentarse. Todos alineados como soldaditos, con las cabezas torcidas hacia un lado para mantener un ojo sobre nosotras. Conté al menos una docena de ellos.

—Son hermosos. —comenté, con genuina impresión.

—Esos cinco de ahí son míos, los entrené yo misma —la Dama sonrió con orgullo—. Cada uno está atado a una locación específica de nuestras tierras. La casa de mi hermano Rothfern, la cabaña de mi hermano Kenley, la torre de Madame Tessala, la Casa de Guardia del Sur, y la casa de mi hermano Camron. Los otros pájaros son para viajar fuera del valle, todos están atados a este castillo y volverán aquí cuando se les suelte.

Lady Sebreena me miró de costado, brevemente, cuando mencionó a mi esposo.

No sé qué reacción esperaba de mí.

—Ya veo.

—También los entrené para cazar. Conejos y codornices, o para asustar patos. Pueden hacer algunos trucos. Son criaturitas muy versátiles.

En lo que hablaba, mi cuñada metió la mano dentro del balde y recolectó un pedacito de carne. Se lo ofreció al primer pájaro a su

derecha. El animal abrió las alas y soltó un chillido, mostrando su pico agudo y afilado. Se tragó la carne en un parpadeo.

—¿Le gustaría alimentarlos?

—Ah, sí. Por supuesto.

Había un hermoso halcón de pecho blanco a mi izquierda, las plumas a lo largo de su espalda y alas eran negras y lustrosas. Era más grande que el resto, supuse que se trataba de un macho. Estiré la mano abierta, ofreciéndole la carne en mi palma. El ave graznó y atacó la comida.

Retiré el brazo de inmediato.

—Me picó. —suspiré. Lady Sebreena se inclinó a ver.

—¿Está sangrando?

—No. —pero me dolió.

—Mis disculpas, intente tomar la carne con los dedos, así evitará el pico.

Lo intenté de nuevo, pero me sentía intimidada y por accidente dejé caer el tentempié antes de que el animal pudiera arrebatármelo. Mi propia torpeza me molestó un poco. Lady Sebreena se acercó a rescatarme y alimentó ella misma al pájaro, con una sonrisa suave.

—Pensé que esto la alegraría un poco. Por eso la traje aquí.

No supe qué decir.

Ella era muy amable y se esforzaba por agradarme. No era necesario, la Dama me caía bien y me sentía cómoda en su presencia, sin importar lo hermosa y refinada que fuera. Que dedicara algo de su tiempo para entretenerme era un regalo enorme. No quería que su generosidad se desperdiciara, así que junté todo mi coraje y agarré un puñado de carne, luego se lo ofrecí a otro halcón que era todo marrón con las plumas moteadas en un color más claro.

—Estoy bien, mi Señora, y le agradezco todo esto. Es muy interesante.

Le sonreí, para que no se preocupara.

Lady Sebreena arqueó las cejas y jadeó:

—¡Cierto! Quizá le gustaría venir conmigo a la feria. Habrá muchas cosas novedosas para ver —dejó el balde en el suelo y se limpió las manos con un trapo—. No está muy lejos, es justo afuera de los muros del castillo.

Era muy difícil decirle que no.

Terminamos de alimentar a los halcones y cambiarles el agua de la fuente, y volvimos hacia la fortaleza. Esa vez, cruzamos el salón principal en la dirección opuesta y salimos a través de unos amplios portones de madera negra labrados con diseños de espirales. Lady Sebreena me llevó hacia la esquina, en dirección a otro corredor estrecho que entraba a las áreas de servicio. Al fin, pasamos por las ocupadas cocinas y recibimos muchos saludos muy cálidos antes de salir debajo de una torre de vigilancia hacia el patio principal.

En lo que mis ojos se acostumbraban a la radiante luz del sol, alcancé a ver la reja elevada y la multitud de mercaderes reunida afuera.

Con razón no me di cuenta de que la feria estaba allí, las ventanas de mi habitación daban hacia otro lado. Lady Sebreena y yo nos unimos al flujo de visitantes que iban y venían a través del puente colgante. Muchas voces extranjeras gritaban, regateaban, reían o cantaban. La variedad de colores de banderas, pieles y ropas era fascinante. El contemplar lo vasto que era el mundo en realidad y cuán solitaria había sido la mayor parte de mi vida me hizo sentir muy pequeña.

Nos metimos dentro del círculo de carromatos y deambulamos de un lado al otro, seducidas por la melodía distante de un laúd, el cacareo de las gallinas en sus jaulas y el olor tentador de comidas exóticas. No perdí de vista a los guardias, sin embargo: caballeros en armadura completa parados en posiciones estratégicas detrás de los vendedores, o caminando por ahí con un ojo en los procederes.

—Venga, veamos qué podemos encontrar —me dijo Lady Sebreena, entrelazando sus dedos con los míos—. Hay un mercader de las Tierras del Este que comercia con las más bellas conchas marinas, y su cristalería es exquisita, hecha con arena blanca. Ojalá haya venido esta vez.

Me regaló la sonrisa más brillante e inocente conocida por el hombre. Debo confesar que me tomó desprevenida enterarme de que la Señora de Crescent Hall era más joven que yo: tenía diez y nueve años contra mis veinte y tres. Pero es que era tan alta y refinada que la confundí con una dama mayor, aunque ella se conducía de manera bastante más considerada que muchas otras damas mayores que yo conocía.

Dimos una vuelta de carreta en carreta por un rato.

—¿Alguna de estas preciosas baratijas le llama la atención?

Sacudí la cabeza, aún sonriendo.

—Está bien, mi Señora. No requiero de nada.

—¡Oh, por favor, déjeme consentirla un poco! —Lady Sebreena frunció el ceño, triste—. El clan tiene una deuda de honor, permítame empezar a pagarla de alguna manera.

Seguían hablando de esa deuda inexplicada, y yo...

—No creo que nadie me deba nada.

—Complázcame, entonces —sostuvo mis manos en las suyas, erguida frente a mí—. ¿Qué diría de un brazalete o un collar? Hmm, no. Eso parece algo de lo que mi hermano debería encargarse. ¿Aceites perfumados, incienso o velas, quizá? ¿Ungüentos de belleza exóticos? ¿Una peineta elegante? ¿Una fruta de tierras lejanas?

Me miraba con esos grandes ojos azules, tan dispuesta y gentil.

Estaba a punto de negarme otra vez... pero la mirada de Lady Sebreena se iluminó aún más:

—¡Oh, ya sé! —casi gritó, extática—. ¡Sus pertenencias! ¡Necesita que le hagan nuevos vestidos! ¡Y ropa interior, camisones, medias, zapatos, abrigos, todo! No me molesta para nada el prestarle los míos, pero sería mejor que tenga un guardarropas confeccionado a la medida.

Bueno, eso no era mentira ni exageración: todo lo que llevaba puesto le pertenecía a ella y sus vestidos me iban un poco apretados del pecho y la cadera. Sus zapatillas hacían que me dolieran los dedos después de usarlas por mucho tiempo.

Suspiré, sonriendo un poco.

—Yo... supongo que sí. Algo modesto y duradero servirá.

—¡No se diga más! Venga conmigo, hermana, conseguiremos todo lo que hace falta.

—¿Ahora mismo?

Tiró de mi mano, arrastrándome tras de sí otra vez.

—¡Por supuesto que debe ser ahora! No podemos dejar pasar esta oportunidad, pasarán muchas quincenas hasta que se pueda auspiciar otra feria.

—Pero, mi Señora, no tengo monedas conmigo.

No tenía *ni una moneda* a mi nombre, de hecho. Apenas un broche con forma de rosa que no valía mucho. Mi dote no fue nada más que la firma de mi madrastra en los documentos del tratado comercial; no le importaba mi futuro, solamente lo que obtendría al entregarme.

Lady Sebreena agitó una mano en el aire, despreocupada.

—No piense en eso, considérelo un regalo de bodas. ¡Ah, ahí está el mercader de sedas! Por aquí.

Me llevó hasta el otro extremo de la feria improvisada, hacia un gran carromato abierto por todos los costados; un gran grupo de mujeres acaparaba la atención de los dos comerciantes que atendían el puesto. Mi cuñada me soltó la mano y se metió a los empujones dentro del enjambre para robarse a uno de los dos hombres, un mercader alto de piel olivácea, vestido en ricas y coloridas sedas con un extravagante sombrero lleno de plumas púrpura.

Di un salto cuando alguien me habló, muy cerca:

—¡Buen día, Lady Fay! ¡Qué bueno verla aquí afuera!

Mi gritito de terror le hizo reír, así que le disparé una mirada de costado.

—Joven Bredon, qué sorpresa. —repliqué, algo molesta.

El joven guerrero iba armado (aunque no en armadura completa como sus colegas) y llevaba una capa blanca y plateada sobre los hombros con algo de armadura ligera sobre una larga cota de malla. Me hizo una pequeña reverencia formal.

—¿Disfrutando del aire fresco en esta hermosa mañana?

—Puede decirse que sí. —respondí.

—Asumo que ya se siente mejor, también.

—Oh, sí. La medicina de Madame Tessala es poco menos que milagrosa.

Él frunció un poquito el ceño, sin perder la sonrisa.

—No me atrevería a dudarlo, mi Señora, considerando que la bruja dice conocer medicina de tierras que yo ni siquiera sabía que existían.

Torcí la cabeza levemente hacia un lado, con curiosidad.

—¡Primo Bredon! —interrumpió Lady Sebreena, desde el carromato—. No sabía que hoy ibas a estar patrullando. ¡Vengan, los dos!

El susodicho me ofreció su brazo y lo acepté. Nos reunimos con mi cuñada mientras ella estaba metida hasta la cintura dentro de la carreta, buscando entre varios rollos de hermosa lana suave, lienzo y seda de extravagantes colores. El mercader, que sostenía una hoja de pergamino y un lápiz de carbón, ni siquiera podía acercarse: la Señora de Crescent Hall sabía justo lo que buscaba y sabía cómo servirse. Me distraje de inmediato con unos espléndidos brocados negros, verdes y azules, una variedad de *tartanes* y terciopelo negro. Miré de reojo el cuero curado disponible para hacer zapatos, zapatillas y botas, y las finísimas pieles blancas, marrones y negras perfectas para decorar lo que se convertirían en elegantes vestidos o abrigos.

—Debemos empezar por lo más básico —decidió Lady Sebreena, luego se volvió hacia el mercader y se tocó los dedos, enumerando mientras hablaba—. Monsieur Del Ves, me gustaría encargar tres rollos de lino blanco, de la mejor calidad que pueda proveer. Para hacer ropa interior, camisones y camisas. Agregue a eso un rollo de cada uno de *tartán* negro, azul y borravino para abrigados vestidos de invierno, seis parches enteros de cuero negro y tres de cuero marrón, y un rollo de cada una de esta seda verde y aquella azul. Botones, también. Eso nos hará falta, agregue lazos de seda y de cuero para usos varios, y quizá diez yardas de esa bellísima banda bordada para escotes y puños. Hacemos nuestro propio hilo y producimos nuestra propia lana, así que creo que esto cubre casi todo lo que necesitamos.

Junto a ella, el comerciante murmuraba con entusiasmo a cada pequeño item que agregaba a la creciente lista. Miré al Joven Bredon, sintiendo cómo la sangre se me escapaba del rostro. Él parecía tan calmado, sólo asentía con la cabeza a todo lo que decía su prima.

Yo no quería pensar en la fortuna que esa mujer estaba a punto de gastar.

Mi cuñada puso las manos como en una plegaria y me sonrió:

—¿Le parece que todo esto está bien, Lady Fay?

Ahora ella, el Joven Bredon y el mercader me estaban mirando, expectantes.

¿Si estaba bien? Me sentía demasiado abrumada como para parpadear, siquiera.

—M-me parece que...

Lady Sebrena tragó aire con fuerza, apretando las manos juntas.

—¡Oh, pero cómo podría olvidarlo! Brocado, para ocasiones especiales. Hermana, ¿Le gustaría el verde y el azul, también? Creo que con dos rollos de cada uno podemos hacer unos vestidos muy hermosos —entonces tiró de una fantástica pieza de seda roja, tan suave que se le derramaba sin vida en las manos. Era tan brillante y vívida, casi demasiado bella para ser real. Mi cuñada puso la tela en el aire y me miró con ojos críticos, pensando. Murmuró por lo bajo, y añadió:—. Este escarlata se ve muy bien en usted. Deberíamos llevarlo.

Se me cayó la mandíbula. El tinte escarlata era el más caro de todos, tenía que ser una broma.

El vestido más hermoso que jamás usé fue mi traje de novia, que estaba hecho con seda de baja calidad (más marfil que blanco), y unos simples bordados para cubrir el escote y los puños. ¡Yo no tenía ambición por estas frivolidades!

¡No quería que desperdiciara tantas monedas en alguien tan insulso como yo!

—¡Es demasiado! ¡No puedo aceptarlo! —contesté, escandalizada.

El mundo trastabilló hasta detenerse de golpe a mi alrededor.

Todo se redujo a nosotros tres y el sonido de mi corazón, golpeándome con fuerza dentro del pecho y los oídos. Jadeaba para respirar y no me di cuenta, al principio, de que mis puños apretados temblaban. No hasta que vi la expresión de sorpresa herida en Lady Sebreena:

—¡No tenemos que comprar la seda escarlata! —la Dama se acercó y me aferró las manos, visiblemente afligida. Su voz me llegó como si estuviera bajo el agua, pero pronto empecé a escuchar con más claridad—. ¡Cualquier otra cosa que desee descartar, sólo dígalo! ¡Por favor, acepte mis más sinceras disculpas! En mi excitación, me dejé llevar por la ambición de impresionarla.

Traté de murmurar algo para arreglar la situación, pero...

Una cálida mano masculina se posó en mi hombro, despacio. En otras circunstancias, el roce de un hombre me hubiera provocado repulsión, *pero a él lo conocía.*

—Lady Fay, es culpa nuestra que sus pertenencias se hayan perdido, para empezar. ¿Qué dice de la reputación de nuestra familia el que no le diéramos lo mejor que podemos permitirnos? —me dijo el Joven Bredon, tan pacífico que la tensión que me corría por la espalda se derritió sin más. Continuó:—. Además, es una orden que viene de Sir Camron. Nada complacerá más a mi primo, al volver, que el saber *y ver* que su esposa estuvo en buenas manos.

Sentí algo parecido a una puñalada fría en el pecho.

No deseaba que me recordaran que no tenía idea de qué alimentaba los misteriosos designios de mi peculiar esposo. Primero se iba sin decirme una palabra, ¿y ahora me enteraba de que Sir Camron deseaba mantenerme a salvo y cómoda?

¿Es que quería o no tener algo que ver conmigo?

Me solté del agarre de mi cuñada y presioné ambas manos sobre mi vientre, retorciendo los dedos.

Ya era muy tarde, había arruinado la mañana de todos.

—Soy yo la que debe disculparse —murmuré, evitando sus miradas—. No era mi intención ser maleducada. Entiendo que están muy comprometidos con mi bienestar, su devoción es loable.

Lady Sebreena asintió despacio.

—Está bien. Yo puedo ser muy mandona a veces.

—¿Sólo a veces? —susurró el Joven Bredon. Recibió un manotazo en el brazo.

—Creo que deberíamos volver a la fortaleza y descansar. —siseó mi cuñada.

No podía estar más de acuerdo. De pronto la feria, aunque espaciosa y abierta, se sentía demasiado pequeña para mi comodidad. Después de arreglar los asuntos con el mercader (lo que involucró un justo proceso de negociaciones y regateos descarados por parte de la Dama) se acordó una suma de moneda y se emitió una nota de compra, sin la costosa seda escarlata. Los tres volvimos caminando juntos, Lady Sebreena a mi derecha y el Joven Bredon a mi izquierda.

Y una vez más, ella supo que algo no andaba bien conmigo:

—¿Puedo preguntarle qué da vueltas en su mente, hermana?

Ella seguía llamándome *hermana*, incluso después de la escena que había provocado. No sentí que fuera digna de su cariño. Me ardieron las mejillas con vergüenza:

—Perdone mi franqueza, no puedo evitar sentirme preocupada acerca de lo que Sir Camron pensará de todo esto, incluso si se alinea con sus deseos. Parece... excesivo.

—Disfruto mucho de su honestidad, pero me destroza su tristeza —Lady Sebreena enganchó su brazo con el mío despacio, quizá esperando que yo rechazara su roce. No lo hice. Entonces ella alivianó sus pasos alegres hasta igualarse con los míos y se inclinó hacia mí, casi apoyando su cabeza en mi hombro en lo que caminábamos—. No estés triste, hermana mía —agregó, informal, en un susurro—. Te prometo que él volverá pronto, y entonces todo estará bien. No tenía sentido que mi hermano se quedara sin hacer nada en Crescent Hall mientras tú te recuperabas.

Me atraganté con un suspiro.

Hizo todo aquello, ¿porque creía que yo *extrañaba a Sir Camron*?

Una vez más, mi cuñada no estaba del todo equivocada. Quizá no extrañaba a mi distante esposo, *pero sí ansiaba verle otra vez.* ¿El motivo? No estaba segura. Quizá sentía una gran curiosidad y quería saber más acerca de su naturaleza, o quizá no quería dejarlo

ir para no aceptar de una vez que me habían descartado como a un pedazo de pergamino usado.

No quería pensar mal de él, después de que me salvara de una muerte segura con tanta valía.

La forma en que sus ojos brillaban como la plata en la semioscuridad, amenazantes y a la vez, cautivadores...

Me aclaré la garganta.

—No estoy triste, lo juro.

—Hmm. Mentira —murmuró Lady Sebreena, tras tomar aire profundamente por la nariz—. Podemos oler las mentiras, ¿no lo sabía usted?

—¿A qué se refiere?

Mi cuñada torció la cabeza hacia un lado.

—¿Es que nadie se lo ha explicado?

—¿Explicarme qué?

—La naturaleza de nuestro clan.

Me tomé un instante para pensar.

—Si se refiere a las peculiaridades de Sir Camron...

Resumirlo todo diciendo que un lobo-hombre de carne y hueso era *un ser peculiar* seguro contaba como el mayor de los eufemismos, pero no sabía cómo abordar el tema sin ofenderla. O a cualquier otro posible lobo-hombre que estuviera escondiéndose a plena luz del día, a nuestro alrededor, si tenían un oído tan fino como sospechaba.

La Dama refunfuñó:

—¿Nadie le contó las historias? Verá, mi hermano Camron no es el único con sangre especial. El linaje de nuestro clan se remonta hasta los tiempos de...

—Lady Sebreena, ¿es una buena idea? —la interrumpió el Joven Bredon, desde mi izquierda.

Ella lo frenó con una mirada feroz.

—¿Crees que no lo es?

—¿Acaso no tenemos prohibido discutir nuestra naturaleza secreta con extraños? —insistió él.

—Desde el momento en que ella y Camron pronunciaron los votos, Lady Fay dejó de ser una extraña.

—Bueno, pero quizá...

—¿Por qué no se lo dijiste, primo?

El Joven Bredon frunció el ceño.

—¿Yo? ¡No era mi lugar!

—¡Ella era una novia prometida a Fadric! —siguió mi cuñada, su voz se volvió más profunda y dura; apretó los dientes entonces, mostrándole al otro *un juego de afilados colmillos* que no había visto en su boca antes. Ella nunca sonreía tanto como para que se le vieran—. ¿Ninguno de ustedes pensó que la Dama merecía saber? ¿Ni siquiera Padre? Me avergüenzo. ¡Engañar con malicia es una afronta a los valores de la Caballería!

No supe qué otra cosa hacer excepto permanecer quieta, en silencio. No podía creer que los dos estaban discutiendo conmigo parada en medio.

El Joven Bredon enseñó sus propios colmillos. Eran *más grandes* que los de la Dama.

—También lo es romper la palabra y rechazar a una pareja honesta. —gruñó.

—Le ocultaron la verdad.

Él levantó ambas manos y dejó de caminar, y yo también me detuve.

—Le informé a Lady Fay que ahora pertenecía al clan. ¿No es así?

Ya que me hablaban, asentí con la cabeza:

—Sí me lo dijo, mi Señora —traté de alzar más la voz—. ¡Por favor, no hay necesidad de discutir!

Mi cuñada se volvió a mirarme, había una tormenta revolviéndose en sus ojos.

—Es exactamente el problema, Lady Fay: no hay discusión, sino una obligación moral que se dejó de lado. No me sorprende que usted no entienda la vergüenza y el deshonor que mi hermano Fadric le trajo a esta casa —Lady Sebreena me agarró la mano y, con la barbilla muy alta en un gesto de desdén, empezó a tirar de mí para llevarme a otro lado—. Venga, sígame a la Biblioteca, se le deben muchas respuestas.

El Joven Bredon suspiró hondo y nos siguió en silencio, melancólico.

No me sentía tan aturdida como para ignorar aquella palabra:
—M-mi Señora, ¿acaso dijo *biblioteca*?

7. Una Verdad Ancestral

Biblioteca quizá *no era una palabra* *lo bastante amplia o rica* para describir aquel lugar.

Me repito incansablemente, con seguridad, pero nunca había visto una colección así. Con los ojos muy abiertos di vueltas y vueltas sobre mí misma intentando alcanzar cada esquina de aquel vasto salón escondido. Enseguida perdí la cuenta de la cantidad de libros y pergaminos apilados de manera impecable en estantes de piedra que tapizaban las paredes del piso al techo. Escapando de la realidad por un instante, mis ojos se tropezaron con un pequeño grupo de niños que estudiaban junto a una gran ventana, bañados por la luz del sol y en silencio, y la joven dama de la gruesa trenza roja que les impartía clase. No nos prestaron atención.

Pero Lady Sebreena dejó caer sobre la mesa una pila de pesados tomos forrados en cuero y me asustó, recordándome una vez más que no se trataba de un cuento de hadas. Por lo menos, no grité.

Ella puso las dos manos sobre los libros:

—¿Deberíamos darle algo de tiempo para pensarlo, hermana?

Mis ojos divagaron desde los libros hacia su rostro y el del Joven Bredon. Había una sólida mesa redonda de madera entre nosotros, tallada con diseños en espiral. Estábamos parados en puntos opuestos respecto de los otros, a una distancia que consideré segura. Ya había varios libros más abiertos frente a mí, con dibujos que intentaba con todas mis fuerzas no mirar.

Tiempo. Lady Sebreena se refería a *darme tiempo para asimilar las verdades que había compartido conmigo*. Con algunas pocas interjecciones de parte del Joven Bredon, ella me guio a través de un tomo muy especial, antiguo y frágil, y me contó de la gente loba. *Su gente*.

Me había casado, de hecho, dentro de una familia de criaturas muy diferentes a mí. Y de verdad no estaba preparada para

escuchar el resto.

Pertenecían a una raza de hombres capaces de cambiar la forma de sus cuerpos a voluntad y convertirse en majestuosos monstruos como mi esposo, vistiendo la piel de los lobos. Pero no las mujeres, según mi cuñada, aunque me juró que había registros de damas capaces de cambiar de forma en otros clanes, en tiempos muy lejanos. Las lobas-mujer, me dijo, eran especiales en sus propias maneras secretas. Las familias que vivían en Crescent Hall y sus dominios más inmediatos se llamaban a sí mismos el Clan Gris. Había otros, como el Clan Rojo y el Clan Dorado, todos ellos unidos bajo la bandera un Lord Alfa que residía en el extremo Norte del Valle Hundido, en el territorio del Clan Blanco gobernante. Juntos, controlaban un área que era a simple vista casi tan grande como el Bajo Valle Ancho entero, encajonado entre cordilleras casi inaccesibles.

Era una fortaleza dentro de otra, tan enorme que mi mente ni siquiera podía empezar a imaginársela.

La mayoría de los habitantes del valle, sin embargo, eran gente ordinaria que trabajaba la tierra a cambio de protección y un lugar donde vivir. Alguien como yo no llamaría mucho la atención, entonces. Me di cuenta de que apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas se me estaban clavando en las palmas, e intenté relajarme.

Nadie me había hecho daño, hasta entonces. Sospeché que no empezarían pronto.

—¿Hermana?

—No, creo que estoy bien. —respondí al fin.

¿Qué sentido tenía seguir dándole vueltas, si no cambiaría el resultado?

Eran *seres extraordinarios* y yo pertenecía a su familia. Me habían aceptado con los brazos abiertos, sin fijarse en lo que había o no en mi sangre.

—No parece usted muy sobresaltada. —comentó el Joven Bredon, serio.

Ausente, seguí los trazados de un dibujo con la punta del dedo índice.

—Había escuchado rumores. Conocí a Sir Fadric y todo acerca de él parecía tan mundano, pero distinguí una rareza aquí y allá. Y es posible que me resistiera a creerlo hasta que vi… —fruncí un poco el ceño, mi dedo se detuvo sobre la cabeza tintada de una forma heráldica que me recordaba a una bestia aullando—. ¿Por qué Sir Camron no me lo explicó, él mismo?

Entendí que tuviera reparos. Pero, ¿por qué esconderse de mí, de todos modos?

La verdad saldría a la luz, eventualmente. Lady Sebreena estaba en lo cierto respecto de eso, y me molestó un poco que me mantuvieran en la ignorancia por tanto tiempo.

La faz de mi cuñada se ensombreció.

—¿Ha notado, quizá, que mi hermano tiene una tendencia a hablar en palabras cortas, y no muy a menudo? —comentó, con suavidad.

—No parece querer hablar conmigo en absoluto.

Aquello sonó más desdeñoso de lo que pretendía.

—Tiene un precio muy alto —me interrumpió el Joven Bredon, un poquito a la defensiva—. Él ha sido bendecido, y aún le cuesta un tremendo esfuerzo decir palabras largas, mi Señora. Contar una historia completa puede ser imposible para Camron. Mientras llevamos la piel del lobo, *la mayoría de nosotros no puede hablar en absoluto*, sólo barbotar comandos que son útiles cuando cazamos en grupo. Es muy difícil comunicarse con una boca llena de dientes afilados y una garganta que sólo desea aullar.

La comprensión se abrió en mí como una flor.

No me hablaba, no porque no quisiera… *¿sino porque no podía?*

Lady Sebreena enderezó sus hombros en un gesto regio.

—Por supuesto que, siendo Camron, no dejaría que un problema tan nimio lo detuviera. Mi hermano aprendió el lenguaje de las manos y nos enseñó a todos, para que pudiéramos comunicarnos mejor. Se ha convertido en una herramienta muy útil.

Algo seguía haciéndome ruido en la mente.

—Pero, ¿por qué no cambia a un hombre, entonces? ¿No sería libre de hablar si estuviera en su forma de hombre?

¿Y por qué no me mostraba su rostro humano, tampoco?

Me estaba adelantando, al parecer:

—Oh, Lady Fay, perdóneme —Lady Sebreena me regaló una sonrisa de profundas disculpas—. Puede que no sea la primera vez que introducimos a un forastero a la historia de nuestra gente, pero en su caso… debí haber comenzado en otra parte: verá, *mi hermano no es capaz de cambiar a su forma humana*. Camron ha vivido en su pelaje desde que tengo memoria.

El Joven Bredon asintió y agregó:

—No estoy seguro de si alguna vez usó el rostro de un hombre.

Silencio. Juraría que podía escucharme a mí misma parpadear.

Oh, empecé a sentir unos temblores.

Así que, no tenía forma humana como cualquier otro lobo-hombre. ¿Cómo se suponía que…?

Mis preocupaciones (ahora temores) relacionados con los deberes maritales de pronto estaban más que justificados. Se me encogió el estómago. Aquello era una locura. Sabiendo todo esto, ¿por qué se ofreció a casarse conmigo, en absoluto? ¿Y por qué todos a mí alrededor seguían actuando como si el nuestro fuera un matrimonio perfectamente ordinario? Todos ellos estaban conscientes de la verdad. ¿Acaso era una ocurrencia común en su familia?

Tenía que serlo. De otro modo, ¿cómo podían Lady Sebreena y el Joven Bredon estar tan calmados?

Me humedecí los labios, nerviosa.

—Deseo ver, entonces. Deseo verle cambiar, Joven Bredon. Quiero una prueba, por favor.

Él frunció el entrecejo.

—Quiere decir… ¿ahora mismo?

—Sí. —susurré, temblando.

Él y mi cuñada se miraron de costado muy brevemente.

—No es aconsejable, mi Señora —dijo el Joven Bredon, firme—. El cambio no es nada agradable de ver, me temo.

—Pero tendrá cantidad de oportunidades de ver a otros lobos en su pelaje muy pronto, Lady Fay —se metió Lady Sebreena, apresurada—. La Primera Cacería de primavera temprana ya se acerca, y por supuesto, usted está invitada. Mientras tanto, le puedo

recomendar que lea y aprenda más sobre nuestra gente —ella eligió un libro y se me acercó despacio, rodeando la mesa—. Después de todo, sólo podemos conquistar nuestros temores conociendo lo que nos asusta.

Estaba a punto de mentir y decirle que no tenía miedo, pero debían olerlo en mí.

No me eché atrás. Lady Sebreena dejó el libro junto a mí, era un volumen precioso que parecía nuevo, con la cubierta revestida en cuero negro y caracteres dorados en el frente. Me tomó cierto esfuerzo levantarlo, era muy grueso y pesado. El título decía *Historias de las Casas Lobas* en la lenguaplana, pero no vi el nombre de ningún autor.

—Este es un libro de historias, Lady Fay, una colección de relatos orales traducidos. Es algo anticuado y está plagado de contradicciones, la traducción tampoco es la mejor, le aviso… así que, si tiene alguna duda, siempre puede preguntarme.

—O podría preguntarle a Camron. —sugirió el Joven Bredon.

Las dos lo miramos. Mi cuñada entrecerró los ojos, con una sonrisita.

—Sí, esa es una buena idea —murmuró, pensativa—. Les ofrecería un territorio en común. ¿A usted le gustan los libros, hermana?

Asentí, abrazando el pesado tomo contra mi pecho.

—He leído muchos, era mi único entretenimiento cuando era una joven doncella.

La Dama y el Joven Bredon intercambiaron otra mirada rápida. La sonrisita de ella se volvió más amplia.

—Bueno, qué coincidencia. A Camron simplemente le encanta meter el hocico en algún libro, diría que le ha sido de mucho beneficio —se llevó las dos manos a la espalda, ahora más animada. Su optimismo se coló bajo mi piel y ayudó a que mi incomodidad se aliviara—. Y es más que bienvenida a visitar la Biblioteca cuando lo desee, Lady Fay. Como ya le dijimos, usted pertenece al clan y este es el legado del clan. Es su legado también… úselo con sabiduría.

La tensión entre los tres acabó por disiparse, al fin.

Yo seguía con la guardia muy alta, de todos modos, pero el peso incómodo del libro se sentía como un escudo detrás del cual pararme, y como mi cuñada misma había dicho, el conocimiento sí que era como encender una vela en la oscuridad: si sabía más sobre su gente, entonces les entendería (y a mi esposo) mucho mejor. En el lapso de varios latidos mis creencias empezaron a cambiar, aún si poco, en direcciones más complacientes.

Además, tendría que revisar el mentado *lenguaje de las manos* que Lady Sebreena había mencionado. Si Sir Camron no podía hablar bien, entonces era mi deber como su esposa aprender cómo comprenderlo. Por un momento me sentí muy desagradecida al haberlo juzgado y saltado a conclusiones sobre sus acciones tan a la ligera.

Muchas nuevas ideas se estaban formando en mi mente, muchas nuevas posibilidades.

Me tomaría un tiempo acostumbrarme a todo eso. Pero era un comienzo.

—¿Cuándo le gustaría que lo devuelva? —pregunté—. Me aseguraré de terminar a tiempo.

Lady Sebreena frunció el ceño:

—¿Devolver qué?

Miré el libro entre mis brazos. Ella arqueó las cejas.

—Puede quedarse con el libro, es un regalo. —me dijo, despreocupada.

—Pero, ¿qué pasará si otros quieren leerlo?

Mi cuñada se encogió de hombros.

—Tenemos copias.

—¿Copias?

—Sí, usamos libros como este para educar a los pequeños, para enseñarles la lenguaplana. Necesitábamos copias y Padre ordenó que las hicieran. No se preocupe. Ese es suyo, ahora.

Parpadeé, aturdida. ¿Tenía ella alguna idea *de lo costoso que era copiar un libro*? Yo tampoco, pero podía entender que era caro, de otro modo las bibliotecas y colecciones de libros no serían tan escasas ni estarían en posesión de los más privilegiados. La iglesia y los nobles, los reyes en sus palacios, los hombres sabios en sus

templos de conocimiento. Ningún libro así de bello estaba en las manos de un plebeyo, ya que ningún plebeyo estaba lo bastante educado como para saber leer siquiera.

Algo me ardió en la garganta y los ojos.

—Gracias, Lady Sebreena. Lo mantendré en óptimas condiciones.

—Estoy segura de que así será —su bella sonrisa era irrompible —. Bueno, creo que ahora podemos volver a nuestros deberes del día.

—Sí, de hecho —el Joven Bredon cambió a una postura gallarda —. Lady Fay, permítame que la escolte a sus habitaciones. Debe estar cansada.

Y desesperada por unos momentos en soledad. Asentí y me reuní con él.

Nos separamos de la Señora de Crescent Hall y volvimos hacia la fortaleza, trazando una ruta a través de otra conjugación de pasajes y corredores desconocidos para mí. Aquel castillo era tan grande, me pregunté si alguna vez llegaría a conocer todos sus secretos…

El Joven Bredon se mantuvo callado durante el transcurso del paseo, y yo también.

Se detuvo delante de mi puerta y la abrió para mí, pero antes de que yo pudiera entrar, puso una mano en mi camino y me paré en seco, muy atenta. Sus ojos verdes eran muy serios:

—Mi Señora, si algo he aprendido con los años es que presionar a Camron sólo lleva a ganarse su desprecio —me advirtió. Hizo una pausa, quizá para elegir sus palabras con más sabiduría—. Él no aprecia que lo subestimen, para nada. Camron tiene el alma de un líder, allí donde el color de su pelaje sugiere que es segundo al mando. Le aconsejo precaución y le pido que tenga paciencia… deje que él sea quien se acerque primero, ¿me entiende?

—Creo que sí —asentí, y fue mi turno de preguntar algo importante—. ¿Hay alguna novedad acerca de Sir Fadric, por fin? Ya ha pasado mucho tiempo.

Tal como la primera vez que le pregunté sobre eso, él apretó los labios en una línea.

—Lord Willem no ha compartido noticias conmigo, últimamente. Sí sé que la partida de búsqueda envió un mensaje cuando se

encontraban atravesando las Ciudades Costeras, según ellos justo detrás de Fadric. Esto llegó hace cinco días atrás. Más allá de eso, su paradero y sus motivos siguen siendo un misterio.

No debí, pero una parte de mí se llenó de tristeza.

Quizá fue mi cabeza gacha lo que alertó a mi escolta:

—¿Estará bien, Lady Fay? Puedo llamar a una de las doncellas para que le haga compañía.

Me erguí más derecha, alzando la barbilla.

—No hay necesidad. Le agradezco su asistencia, Joven Bredon.

—A su servicio, mi Señora.

Me hizo una reverencia, yo le devolví la atención y cerré la puerta entre los dos, despacio.

El pesado libro encontró un sitio sobre la tapa de un baúl que estaba a los pies de mi cama, al lado de mi pequeño cofre de tesoros. Ya aliviada de su peso, me dirigí hacia uno de los grandes ventanales y miré a través del cristal coloreado, observando el patio de atrás y al maestro de los establos moviendo caballos de lugar. Era más de mediodía. Pronto, una criada vendría con una opulenta comida y una gran sonrisa en su rostro, y seguro me preguntaría sobre lo que hice aquel día. La mayoría de las doncellas eran charlatanas y alegres así, y siempre me hacían cumplidos sobre el cabello y el profundo color de mis ojos, o el vestido que llevaba. Alguna que otra me preguntaba por mi vida en el Bajo Valle Ancho y yo les contaba las mentiras que había aprendido a usar en tales situaciones, para disfrazar la cruda verdad.

Como un vendaje desprendiéndose de mis ojos, empecé a ver mi camino con claridad.

Me pregunté cómo estarían las cosas en la hacienda. Si mi madrastra y los sirvientes ya se habían olvidado de mí. ¿Me olvidaría yo de ellos, para bien?

¿Puede ser que, al fin, hubiera encontrado un lugar seguro?

Abrumada, me acurruqué en una esquina de la habitación y dejé que las lágrimas me empaparan las mangas.

*****

Unos cuantos días se fueron sin mirar atrás.

En mi tiempo libre, leía el libro de historias y tomaba notas en papel, y luego deambulaba por el castillo, explorando. No podía evitar mirar a la gente a mi alrededor con otros ojos, tampoco, prestando especial atención a sus bocas. No tenía otra manera, por el momento, de hacer distinciones entre la gente loba y los hombres comunes. Lady Sebreena no pudo juntarse conmigo tanto como antes así que yo era libre de hacer lo que quisiera y sin escolta, ahora que mi lesión estaba totalmente curada según Madame Tessala. Gracias a esta nueva independencia conocí a la mayoría de los trabajadores del castillo y visité al encargado de los establos y sus asistentes con frecuencia, para ver a los magníficos caballos en sus cubículos y pasar tiempo con los perros de caza, pero no me atrevía a pedir que me preparasen una montura. Primero, porque no estaba segura de si tenía permiso de salir de Crescent Hall, y segundo, porque no quería que nadie pensara que estaba buscando la manera de escapar.

Seguro que era imposible abandonar el Valle Hundido sin alertar a nadie, así que, ¿qué sentido tenía?

Tras un largo período de ausencia, mi sangre de mujer vino y se fue. Una modista y un zapatero vinieron a tomarme medidas para hacer la ropa que Lady Sebreena les había encargado para mí. La modista tenía un atelier en su aldea, no muy lejos del castillo, y era muy habilidosa tanto para dibujar los más bellos vestidos y para coser, ya que la mayoría de los ropajes que la Dama me había prestado estaban exquisitamente confeccionados. Aún demasiado consciente de los gastos, elegí los diseños más sencillos de la selección pensando más en la comodidad que en la elegancia. Respecto del calzado, pedí unas simples zapatillas y botas. Sería suficiente. Por insistencia del propio zapatero, tuve que agregar dos pares de zapatillas más finas para bailes y reuniones formales, porque él me aseguró que las necesitaría para la Primera Cacería.

¿Era un evento tan formal? Ya me daba un poco de pavor imaginarlo.

Siendo la novedad en el valle, todos los ojos estarían sobre mí y saberlo hacía que el pecho se me escociera un poco. Disfrutaba de la

música, ¿pero las multitudes? No tanto.

Para entonces ya había pasado una quincena entera desde mi llegada, y aún no tenía una noticia significativa sobre Sir Camron. Ni siquiera me había enviado un mensaje, lo cual me preocupaba y frustraba a partes iguales. Sabiendo la verdad sobre él, aquella demora me volvía especialmente ansiosa; ¿estaba esperando a que yo diera el primer paso, o prefería que no interviniera? Lady Sebreena seguía diciendo que él estaba muy ocupado preparando su casa para recibirme, porque a su hermano le gustaba que todo fuera perfecto.

Sólo deseé que no fuera mucha molestia para él.

No quería convertirme en una molestia para él…

Aquella mañana empezó como cualquier otra hasta entonces. Salí de mi cama, me lavé la cara y el cuerpo con un trapo suave, me vestí, tomé mi comida de la mañana y salí. Visité los gallineros y levanté huevos frescos hasta llenar una canasta, más que nada porque no podía conmigo misma y la necesidad de hacer algo útil.

Cuando volvía del patio trasero y los establos, mis ojos se desviaron hacia un círculo tosco de piedras y sus lápidas solitarias. Las había visto antes, pero nunca me acerqué lo suficiente como para leerlas, así que me desvié y crucé el umbral de aquel jardín circular. En medio de un camino tapizado de pedruscos blancos y césped, a la sombra de un enorme jacarandá en plena flor, el pequeño mausoleo albergaba tres tumbas: una lápida blanca más grande tallada con diseños en espiral, en el medio, y dos más pequeñas a cada lado. Había algunos ramos de flores silvestres en el pasto, frente a la pieza central.

No podía leer el texto escrito, ya que el lenguaje escapaba mi comprensión, pero reconocí una de las palabras que estaba tallada mucho más grande que las otras porque la había oído de Lady Sebreena: *Aelene*. Como en Lady Aelene, su difunta madre.

Las otras dos lápidas pequeñas también tenían nombres, Lyndon y Wilona.

Hijos fallecidos, con seguridad. Hubiera sido de muy poca educación preguntar. Según el libro de historias, la costumbre de la gente loba era quemar a sus muertos, no enterrarlos. Esas bellas

lápidas no eran más que recordatorios, un lugar para rendir tributo. En mi silenciosa apreciación de aquel jardín tan pacífico, un pensamiento llevó a otro con rapidez y me di cuenta de que no había encontrado nada que se pareciera a una capilla o una iglesia dentro o fuera del castillo, en mis exploraciones. Tampoco había acabado el libro aún, así que no sabía a qué dioses le rezaban.

¿La gente loba tenía su propio panteón, tal vez?

¿Tendría que doblegarme y rezarle a sus dioses también, olvidar a los míos?

Todas esas preguntas me dieron una excelente excusa para volver a mi habitación y sentarme junto al fuego para seguir leyendo. Pasé por las cocinas para entregar la canasta de huevos frescos (con mucho agradecimiento de parte de las cocineras) y tomé una ruta distinta navegando los recovecos del castillo. Hasta cierto momento subí varios tramos de escaleras angostas y atravesé varias puertas con la convicción de que sabía lo que hacía, cuando me topé de frente con la pared curvada de una torre. Aquel no era el camino hacia mi cuarto.

Pero entonces, escuché un eco de voces al final de un pasillo estrecho…

*****

Nadie me vio caminar en silencio hasta que llegué al descanso de una escalera en espiral. Daba toda la vuelta por dentro de la amplia torre y el atrio vacío, subiendo hacia el techo cónico sin parar. Me aproximé al raíl y miré con discreción hacia abajo: el ancho espacio circular al fondo parecía un consejo de guerra o un salón privado. Había una enorme mesa redonda que quizá sentaba a treinta personas, con muchas hojas de papel amarillento extrañamente grandes desparramadas encima, y unas sillas altas y fuertes de madera que parecían pequeños tronos.

Sólo diez de esas sillas estaban ocupadas aquel día.

Ahí afuera, las voces resonaban por todo el atrio fuertes y claras:

—… toda la piedra necesaria para esa sección del camino ya está picada y tallada, tenemos suficiente gravilla también. Mis

trabajadores están terminando con el terreno. Ese balasto viene con varias especificaciones que nunca había escuchado; pero confío en que tu muchacho sabe lo que pide. —decía un hombre de cabello rojo.

—Le aseguro que lo sabe.

Se trataba de Lord Willem y un grupo de lores vestidos con capas lujosas. Dos de ellos tenían el pelo blanco y se sentaban del lado opuesto a mi suegro; otro de los hombres era de melena rubia y se sentaba a la izquierda de Lord Willem, después estaba el colorado que se sentaba de su lado derecho. No podía verles el rostro desde tal altura, pero sí distinguí la ondulada cabellera del Joven Esmond, ubicado junto a la silla de su padre del lado izquierdo y tomando notas en un gran libro. Los otros cuatro hombres llevaban sombreros de cuero blando y estaban sentados muy cerca uno del otro.

Me sorprendió que estuvieran hablando en la lenguaplana, para empezar.

—¿Cuándo esperamos que llegue la primera caravana? —preguntó el rubio.

—Al final de la primavera, casi seguro.

—Así que, ¿tenemos cinco a seis quincenas para conectar el nuevo desvío con el camino principal y construir no sólo una nueva puerta fortificada, sino también una casa de guardia, almacenes subterráneos y barracas? ¿Es así?

—¿Cree que será un problema, Lord Cynric?

—¿Con los cronogramas que su hijo calculó para nosotros? Estimo que no.

Lord Willem rió bajito.

—Eso pensaba.

Uno de los hombres con el pelo blanco estiró una mano temblorosa y agarró varias hojas de papel.

—Todos estos dibujos son magníficos —comentó, con una voz aguda y cansada—. Los detalles son impresionantes. Su hijo es un artista talentoso, y un constructor de ingenio por lo que se puede ver.

Sonaba anciano y frágil. El hombre que se sentaba a su lado le ayudó a mover más papeles para que pudiera inspeccionarlos.

Lord Willem le respondió con orgullo:

—Sí, Lord Alfa. Camron es muy meticuloso con su trabajo.

Me tragué un gemido. ¡Estaban hablando de Sir Camron! Me arrodillé en silencio, para acercarme lo más posible a la barandilla sin perturbar la madera crujiente. Estaba a una altura tal que podía permanecer oculta, pero si sus sorprendentes sentidos captaban mi presencia…

—Me di cuenta —interrumpió el pelirrojo, molesto—. Ayer, respondió a mis informes de progreso con una larga lista de sugerencias y correcciones, y también reprimendas.

—Sólo prueba lo preparado que mi hijo está para manejar este proyecto.

—¿Es cierto que tomó una pareja? —preguntó el rubio, sonaba aburrido.

Mi corazón dio un salto y empezó a latir con rapidez. Hubo un largo silencio después de esa pregunta tan desdeñosa, pero al final…

Al final, Lord Willem le dio el gusto:

—Así es.

Alguien resopló una risita ladina, no pude distinguir quién. El pelirrojo volvió a hablar, entonces, y sonaba aún menos animado que antes:

—Con suerte eso le mantendrá ocupado, así podremos terminar este camino en paz.

—Lord Hamish, por favor. Sir Camron ha demostrado más lealtad al Credo que muchos lobos que conozco. Yo me inclinaría ante él —se entrometió el hombre de cabello blanco que se sentaba junto al anciano. Sonaba joven y fuerte—. Y además… escuché que la novia misma es toda una visión; ¿es eso cierto, Lord Willem?

—Es una buena mujer, Lord Areksandir —Lord Willem carraspeó —. Pero no nos reunimos para hablar sobre la vida privada de mi hijo. El Lord Alfa espera.

—Todo está bien, Lord Willem —se rió el anciano. Parecía ser mucho más viejo que mi suegro—. Debo admitir que yo mismo tenía curiosidad acerca de este peculiar matrimonio… nunca pensé que Sir Camron optaría por tomar una pareja, después de todo.

Me pregunté por qué. No era la primera vez que escuchaba a alguien decir algo así.

—Me temo que no puedo decirle mucho, lo que pasa por la cabeza de mi hijo no es asunto mío. Pero no debemos olvidar que fue gracias a su decisión que nos sentamos hoy aquí para planificar el futuro y bienestar de nuestro valle.

—¡Así se habla! —contestó el hombre joven, Lord Areksandir.

La conversación empezó a revolverse en torno a los asuntos de la construcción del camino y los nuevos edificios adjuntos, y perdí interés después de un rato. Me alejé de la escalera y volví hacia el corredor tan silenciosa como me había acercado, celebrando el escape exitoso con una pequeña sonrisa, para encontrar el camino correcto hacia mis aposentos.

No estoy segura de por qué, pero… fuertes emociones me hacían arder las mejillas.

Las palabras firmes de Lord Willem hicieron eco en mí, llenándome de alivio; cualquiera podía ver que amaba a su hijo profundamente y estaba muy orgulloso de él. Una parte de mí no podía esperar a conocer de verdad al maravilloso hombre que se escondía bajo la oscura piel del lobo...

Y aquella debió haber sido mi primera señal de advertencia.

8. Saltos de Fe

Me paré junto a la chimenea, con las manos en las caderas, y di una vuelta lenta.

—Hizo un trabajo maravilloso, Sir Camron. —comentó Lyna, mi casera.

Ahora tenía una casera. Bueno, de hecho, una casera, un cocinero y una criada.

—Gracias. —le respondí, usando la voz.

Repasé todos los detalles de la habitación para asegurarme de que no estaba pasando por alto nada esencial, tachando puntos de una lista escrita en papel rugoso.

—Seguro que su novia va a adorar lo que hizo con este lugar, se ve acogedor.

—Eso *espero*.

—¡Tenemos tantas ganas de conocerla! —casi dio un gritito—. ¡He oído cosas acerca de la Dama desde la última luna!

Terminé la conversación con un gruñido amable.

Esas frases simples eran fáciles de vocalizar. Estuve ensayando por días para adiestrarme en los movimientos correctos de la boca y la lengua; si quería que esto funcionara, tenía que hacer como Madame Tessala siempre me decía y practicar. Mi esposa no conocía el lenguaje de las manos, a diferencia de la mayoría de la gente en mi familia y los que trabajaban muy cerca de mí, así que cualquier comunicación más compleja dependería del papel.

Ahora bien, mi casa no es un castillo ni de cerca, sino una pequeña mansión construida en ladrillo y piedra con una torre solitaria y un sótano grande. Era un edificio resistente de la campiña, nada tan elegante como las fortificaciones Sureñas. Pero se

encontraba en una posición elevada y fácil de defender que dominaba mis tierras, y era lo bastante espacioso como para albergar a una cantidad de gente por una larga temporada si hacía falta.

El salón era apenas una fracción del tamaño del Gran Solar del castillo familiar, tenía una chimenea grande en la que una persona común podía caber erguida, una mesa de veinte sillas y solía haber un solo trono junto al fuego… ahora había dos: el más grande seguía en su lugar, la nueva adición era más pequeña, de proporciones normales y tapizada con flamante terciopelo azul. Estábamos ya en primavera pero las noches serían frescas hasta el corazón del verano… me imaginé que quizá ella querría sentarse ante las llamas al cabo de un largo día. Dos tapices colgaban de la pared, uno a cada lado de la chimenea; el resto de las decoraciones eran trofeos de caza, calaveras, cuernos y cornamentas de varios animales. Oh, y la alfombra de oso que yacía entre las dos poltronas; ¿cómo iba a olvidar mi primera presa, de cuando tenía alrededor de diez y cuatro años?

Esa era mi casa, ganada de buena fe, y estaba cómodo allí. Nunca antes había tenido que hacer arreglos para un visitante permanente.

Ella era *mi esposa*, no una visita. Vendría para quedarse.

También con eso en mente preparé uno de los cuartos más grandes en el piso de arriba para que sirviera como sus aposentos, manteniendo como objetivo la calidad de habitaciones que Lady Fay ocupaba en Crescent Hall. Mi hermana había puesto la vara muy alta, pero me las arreglé para amueblar el espacio con lo mejor que pude conseguir o fabricar con tan escasa anticipación. En pocos días, incluso, había logrado construir una escalera privada para que ella tuviera acceso al lavatorio y la letrina desde su recámara.

La voz de Lyna me sacó de mis pensamientos:

—¿Le gustaría cenar aquí, Sir Camron?

—No —le dije, y doblé el papel varias veces—. La cocina, *mejor*.

—Le prepararé un lugar junto a los hornos, entonces. —ella sonrió y se inclinó.

Sabía que no tenía obligación de hacerme reverencias, pero después de decírselo cinco veces dejé de darle importancia. Lyna se fue y yo tomé un trozo de leña de la pila para arrojarla al fuego, luego me dejé caer en mi poltrona y estiré las piernas.

Las llamas danzaron, hambrientas. Solté un suspiro muy largo y cerré los ojos.

Ya no podía seguir evitándolo. El castillo estaba al tanto: iría a reclamar a mi esposa.

Las preparaciones me tomaron más de lo que estimé. ¿Debería haberla visitado, mientras tanto? Estuve tan ocupado. Por lo menos, Sebreena me enviaba un halcón con una carta corta cada dos o tres días, informándome sobre la salud de la Dama y las actividades de las que habían disfrutado juntas. La joven parecía desenvolverse bien, para mi sorpresa, tranquila a pesar de todos los cambios y novedades. Respondía a los mensajes de mi hermana, claro, pero justo ahora me preguntaba si no debí haber enviado una nota o dos para Lady Fay también. Hubiera sido lo más sensible.

La tomé por sorpresa, la arranqué de todo lo que conocía y luego la dejé sola por días. No me extrañaría que estuviera enojada conmigo, o triste.

No nos conocíamos en absoluto.

Incorrecto: *yo sabía muchas cosas sobre ella*. Y me sentía especialmente obligado a compensar a la Dama por la vergüenza a la que la habían sometido, así que sería bienvenida bajo mi techo y procuraría que su vida fuera cómoda. El otro problema era que mis habilidades de cortejo eran casi inexistentes y empezaría a notarse conforme más tiempo Lady Fay y yo pasáramos a solas. Parte del plan, de hecho, *era no pasar mucho tiempo solos*.

Mi intuición me decía que ella agradecería si me mantenía lejos.

Quiero decir, con la última carta de Sebreena tan dedicada a lanzar maldiciones sobre todos por ocultarle cierta información importante a Lady Fay…

—Sir Camron, su comida está lista.

Tenía los ojos abiertos desde mucho antes que Lyna me hablara, alertado por el sonido de sus pasos.

—Gracias. —le dije, y me paré para seguirla hacia la cocina.

Era un cuarto rectangular y angosto al que se accedía por unos escalones tallados en piedra, más bajo que el piso principal de la casa. En el extremo opuesto estaban los fogones y los hornos, y una puerta al exterior que llevaba al jardín de hierbas; en el medio, una mesa simple de madera dominaba la vista, y colgando del techo por encima de la mesa había una reja cargada de ollas, sartenes, hierbas secas, pinzas de hierro, hachas cortas y cuchillos. Justo al lado del ingreso, una cortina disimulaba la entrada a la despensa.

A decir verdad, cuando vivía solo ese cuarto nunca olió tan bien.

Me llené con cordero asado, papas y zanahorias en la alegre compañía de mis trabajadores; Lyna era la esposa de Enron, que era un gran cocinero, y su hija Rhion se había ofrecido para ser la dama de compañía de Lady Fay. La pareja ya se hacía vieja para trabajar en el campo y Rhion era su última hija sin casar, de diez y seis años de edad. Hicimos un buen trato. Al principio pensé que tener a otros viviendo en mi espacio me incomodaría, pero tras unos días de acostumbrarme a su olor y el eco de sus voces y pasos (y a la buena comida casera), todas mis preocupaciones se desvanecieron.

Eran buenas personas, felices de tener un lugar donde vivir y un trabajo.

Después de un postre de rollos de miel, envié a todos a dormir.

—Hay un trasto con agua limpia en el fogón, por si quiere un té más tarde —me dijo Enron, en lo que me entregaba un cazo repleto de huesos—. Le dejé algunas brasas ardiendo, para mantenerla caliente por más tiempo.

—Lo *aprecio*. Buenas noches, todos.

La familia me deseó las buenas noches también y salí afuera.

Ion y Bicca casi me saltan encima. Logré mantener a los mastines a raya con unos gruñidos bajos y amenazantes y los huesos de cordero. Esos perros tenían más energía que una tropa de niños pequeños, cualquiera pensaría que estarían agotados después de hacerlos correr detrás de patos salvajes todo el día… cuando logré deshacerme de los chuchos, me apuré a entrar al sótano.

Desde el exterior, la mansión tenía un aspecto inusual: era un edificio rectangular con techo a dos aguas y dos galerías anexas a cada lado, y una torre atrás. La entrada principal tenía dos puertas

de madera talladas con diseños complejos, las ventanas del primer piso eran ornamentadas y altas, de vidrio coloreado. Quizá en otro tiempo solía ser un lugar de adoración. En papel, se le llamaba Guarida de Cuervos, aunque no había cuervos en las cercanías.

El aspecto más interesante era el subsuelo. La pequeña fortaleza estaba construida sobre una colina, pero nunca hubiera adivinado que casi toda la colina *estaba hueca por dentro* si no me hubiera parado sobre una tabla podrida que se quebró bajo mi peso. Hueca a propósito, claro; debió ser un espacio de abarrote pero para cuando las tierras pasaron a mis manos, las raíces de los árboles habían vuelto el sótano casi inaccesible. Fue una tarea titánica limpiarlo, incluso para mí. Una vez que puse varias puertas, organicé mi escritorio ahí abajo, estantes para armas y armaduras, una forja apropiada, un cuarto para hielo, un taller que servía de carnicería, quesería y grasero, y para secar carne o salchichas y guardar conservas. Además (la mejor parte), logré instalar un espacioso baño con una enorme pila de piedra y cálidos pisos de arenisca. Todo lo que quedaba, en el lado con mejor acceso a los campos, lo convertí en un establo para Estampida y los otros caballos de trabajo. También tenía una buena parvada de gallinas, gansos y pavos, y algunas vacas, cerdos, cabras y ovejas en un granero, no muy cerca para prevenir que cualquier olor nefasto llegara con el viento.

Modestia aparte, mi casa era alabada por muchos y envidiada por algunos.

Y hablando de olores…

Si iba a reclamar a mi mujer en la mañana, entonces mi pelaje debía estar limpio y cepillado, tomar un baño era crucial. Tiré de la cadena para bajar la boca de la tubería y encendí el fuego debajo de la caldera. Una vez abierto el paso del agua, me desvestí y esperé a que la pila se llenara con el líquido ya caliente. Inspeccioné mis ropas de cerca. La primavera es un dolor de cabeza para mí porque, a diferencia de mis hermanos que sólo vestían las pieles del lobo cuando lo necesitaban, la condición permanente de mi aspecto hacía *que me creciera lana de invierno*. Y pronto sería hora de que se cayera. Lo que significaba que, si no quería ensuciar mi cama, mi

silla, la comida o los pisos en general con pelos sueltos, tendría que cepillarme bien y hacerlo muy seguido.

Las pulgas, los piojos y las garrapatas también eran un tema, pero dos veces por temporada me bañaba en una solución de agua y vinagre que por lo general se ocupaba del problema. Y las garras. Tenía que limarme las uñas de los pies y las manos como corresponde. Las punteras de mis guantes y de casi todas mis botas estaban hechas de acero por eso.

Hice una nota mental de preparar un saquito con hojas de menta también, por si acaso.

Además, ¿qué mierda me iba a poner?

Es ridículo lo mucho que podía preocuparme por mi aspecto, a veces.

Para cuando terminé de acicalarme, ya habían sonado dos campanas en la distancia que me hicieron esbozar una mueca. Me vestí con pantalones y botas limpias, descartando una camisa por el momento, y levanté toda la ropa sucia para dejar que la pila se desagotara en paz en lo que yo pasaba a los establos. Estampida seguía despierto y pisoteando dentro de su cubículo, en cuanto me vio empezó a relinchar y demandar un bocadillo. No le importaba despertar a los otros caballos. Le abrí la puerta para que saliera, así podía hundir el hocico en un gran balde de avena molida que lo mantendría ocupado en lo que yo le cepillaba el pelo. Pero lo primero que Estampida hizo, en cambio, fue apuntar a mi torso y frotarse la cabeza contra mi pelaje mientras bufaba.

Le permití hacer eso por un rato, rascándole el cuello.

—Lo sé. —murmuré. No le gustaba estar encerrado mucho tiempo.

Ese caballo y yo teníamos muchas cosas en común, más que nada el que no nos gustaba que nos prohibieran cosas. En mi caso, porque odiaba que me subestimaran a mí o a mis habilidades; para Estampida se trataba más de ser un hijo de puta.

La mayoría de los animales con sentido común huían al percibir a uno de los míos, a menos que les hubiéramos criado. Él no, ni siquiera cuando era un potrillo más grande de lo normal.

Pronto Estampida se puso a comer de su avena y me dediqué a aplicar el cepillo en su lomo y flancos hasta que se volvió blanco como la nieve otra vez. Le examiné los cascos uno por uno, sus herraduras seguían en buena condición. Al final, mientras murmuraba una canción, me tomé el tedioso trabajo de trenzarle la crin y la cola para que el bruto estuviera presentable, como si fuéramos a participar juntos de un torneo.

¿Debería llevar mi mejor armadura para la ocasión?

No. Eso era únicamente para desfile, hermosa pero impráctica. La había hecho yo mismo y admitía cada una de sus fallas, por lo que seguía pensando en cómo mejorarla con partes nuevas y más versátiles. Unos buenos pantalones de cuero, una camisa limpia y una túnica, mis botas y guantes más finos, unos brazales de cuero y mi mejor capa parecían una opción más apropiada. Cómoda, incluso, considerando que tenía la obligación de atender una reunión con mi padre antes del gran evento.

Terminé de tejer la crin de mi caballo en una trenza a lo largo de su cuello.

—¿*Crees* que ella *encontrará* digna mi casa? —murmuré, impasible ante la calidad de mi discurso—. ¿Que *será* feliz aquí?

Estampida resopló y revoleó su cola ahora recogida, con autoridad.

A él le importaban un carajo mis problemas.

—Sí. Eso me *parecía*.

¿Qué pensaría Lady Fay de compartir un espacio conmigo?

¿Qué sería de nuestra vida juntos?

Esta maldición me había condenado a mí y a mi linaje desde el comienzo. Todos dentro de mi entorno asumían sin más que había elegido una vida de celibato, trabajo duro y dedicación a mi familia para compensar. ¿Qué otra cosa podía esperar, cierto? La mayor parte del tiempo, estaba bien con esa idea. Pero, para ser sincero, ver a mi hermano Rothfern casado y viviendo la vida de un hombre decente *me dolía un poco*. Mi primo Bredon tenía un bebé en camino, también. Se esperaba que naciera justo antes de las grandes tormentas, según Madame Tessala.

Rothfern era el siguiente en línea para heredar el lugar de mi padre como Señor de Crescent Hall, y ya tenía tres hijos: dos hijas gemelas y un bebé; en las reuniones familiares le gustaba cambiar de piel y jugar con los cachorros de todos, riéndose a todo pulmón. Los niños adoraban tirarle de las orejas y la cola, y jugar a las mordidas con él. Yo también jugaba con mis sobrinas, pero tenía miedo de lastimarlas por accidente. Siempre lograba amargar un poco mi estado de ánimo.

Porque hacía más evidente que yo jamás tendría lo mismo que ellos.

Y ahora tenía una esposa, y me dolía aún más ser consciente de que ella tampoco podría tener nada de eso. Al menos, no en tanto fuera mi pareja.

¿Quién se atrevería a yacer con un monstruo, o peor, gestar a su descendencia?

Estampida resopló y, otra vez, se frotó la cabeza en mi hombro desnudo.

—Te ves apuesto, *creo* que le vas a *gustar*. —murmuré, sacudiéndome la negatividad.

Otra campana resonó a lo lejos, la última antes del cambio de día. Más o menos. Si quería una buena noche de descanso y estar de pie antes de que saliera el sol, mejor no seguir dando vueltas entre pensamientos oscuros. A veces, era mejor no pensar en absoluto.

*****

—Todo el mundo está encantado con tu trabajo.

Mi padre observó los nuevos planos que yo había dispersado sobre la mesa, el resultado de muchos días de devanarme los sesos, hacer cálculos y dibujar. En esta ocasión, era para el puente levadizo que complementaría la nueva entrada pública del valle, en la boca del próximo nuevo pasaje subterráneo para las caravanas mercantes. Por esto debíamos cerrar el tratado con Eanna DeVries, porque auguraba una revolución que debíamos alcanzar sin importar nada. Abrir las fronteras del valle para comerciar con el Sur era un

cambio radical en nuestra forma de hacer las cosas, pero o lo llevábamos adelante o nos condenaríamos a agotar lentamente los recursos del valle. No podíamos ser autosuficientes por siempre.

Y valió la pena. Disfrutaba mucho de trabajar en un proyecto así de complejo.

Aún así, fruncí el ceño con incredulidad e hice un gesto de pregunta.

—Por supuesto. El Lord Alfa está impresionado, Lord Areksandir elogió tu dedicación —mi padre hizo una pausa y su espeso bigote gris se curvó hacia arriba, excusándose—. Aunque yo recomendaría que te mantengas al margen por un tiempo. Los albañiles son muy buenos y siguen tus instrucciones, déjalos que usen su experiencia para cumplir con tus expectativas.

Dibujé una sonrisa ladina que combinó con la de él, mostrándole los colmillos.

—Y aléjate de la zona por una quincena, al menos, ¿quieres?

—Entiendo. —murmuré.

—¿Cómo te va con las contramedidas para las inundaciones?

—Sigo *trabajando* en eso.

—Muy bien. El Lord Alfa espera ansioso más detalles.

—No *debería tardar* mucho.

Mi padre entrecerró los ojos y levantó la barbilla, sospechando.

—Hablas con más claridad.

—Estuve *practicando*. —me encogí de hombros.

Y luego agregué, haciendo las señales: *Hasta que ella aprenda el lenguaje de las manos, si es que desea aprenderlo en absoluto, no dispongo de muchos medios para comunicarme con la Dama de manera eficiente. Hablar a pedazos sigue siendo mejor que caer en malentendidos amargos*.

Mi padre exhaló un gruñido contento y estiró el brazo para apretarme el hombro.

—Me da mucha alegría verte tan dispuesto y decidido, hijo. ¿Sabes? Estuve preocupado por ti durante un tiempo. Por ustedes dos. Pero recientemente he llegado a convencerme de que todo llegará a buen puerto. Eres bueno y honesto. Lo harás bien.

Resoplé una risita y asentí.

Los dos nos paramos más erguidos y nos volvimos hacia el arco de la entrada unos pocos latidos antes de que Mikkal, el escudero y asistente de mi padre, entrara y nos hiciera una reverencia.

—Lord Willem, Sir Camron; Lady Sebreena les informa que todo está listo.

Mi padre carraspeó.

—Estaremos ahí en un momento.

El joven se excusó y se fue. Con la ayuda de mi padre, recogí todos los planos que aún necesitaba terminar y los enrollé juntos con cuidado para meterlos dentro de un tubo de madera. El resto se quedaría en Crescent Hall para que los constructores los estudiaran, copiaran y tomaran sus notas.

—¿Te quedarás para la comida del mediodía?

Negué con la cabeza.

—*Mejor* que vuelva. Hay *mucho* qué *hacer*.

—Ya veo —hizo una pausa, sin dejar de estudiarme— Bueno, supongo que no tienes más opción que asistir al banquete del Lord Alfa esta temporada. La gente tendrá curiosidad.

Se refería al evento de cierre de las festividades de la Primera Cacería. Terminé asintiendo.

—Bien. Los veré *a los dos* entonces, eso espero.

Hice algunos cálculos en mi cabeza. Todavía faltaba mucho.

Aunque las festividades de primavera estaban abiertas a todo el público, la Gran Reunión era un banquete cerrado dedicado sólo para las jerarquías de las casas lobas, para compartir en amistosa armonía. La otra parte, la cacería, era más distendida y significaba un ejercicio de vínculos familiares. Cada pelo a lo largo de la espalda, hasta la punta de la cola, se me paró de puro horror cuando me di cuenta de lo que en verdad implicaba la cacería.

Bueno, era algo que tendría que discutir con mi esposa. Definitivamente.

O no. No hacía falta que ella presenciara la cacería en absoluto. Fácil.

—*Vendremos*. —aseguré.

La campana necesita ajustes, comenté después, en gestos, tras colgarme el tubo de madera a la espalda como un carcaj lleno de

flechas. *Está sonando fuera de tiempo, también le echaré un vistazo a eso.*

—Oh, ¿en serio? No lo había notado.

Torcí la cabeza a un lado. Claro que él no se daría cuenta, no era su trabajo.

—Estoy seguro de que no es para tanto —Padre cerró el tema enseguida—. Tienes que concentrarte en tu esposa ahora, olvídate de la campana y de la construcción por un tiempo. Es una sugerencia, no me obligues a convertirlo en una orden.

Me puso una mano en el hombro, transmitiéndome su autoridad con gentileza.

Murmuré algo por lo bajo, para nada convencido pero sin ánimos de discutir.

Fuimos juntos hacia la salida de la torre, mientras comentábamos los últimos enredos con sus nietos. Cuando salimos al fin, me recibió una visión que no solía presenciar a menudo: mi hermana y Lady Fay estaban junto a Estampida, acariciándole el cuello y bañándole con elogios llenos de entusiasmo. El bruto se deleitaba en las atenciones desmedidas, casi posando como una majestuosa escultura de mármol para las damas, bufando y relinchando como un adorable potrillo. Con los dientes apretados, entrecerré los ojos deseando que pudiera presentir mis pensamientos, o algo. ¿Por qué no era así de afectuoso y obediente todo el tiempo?

Pero entonces…

Mi hermana levantó la mirada y nos vio venir. Alertó a Lady Fay.

Y Lady Fay se dio la vuelta para mirarme.

*****

El corazón empezó a tronarme dentro de los oídos, otra vez.

Había venido.

Había venido, por fin.

Tomé aire con fuerza, llenándome los pulmones con los olores del patio frontal, y apreté las dos manos sobre mi estómago para evitar retorcerme los dedos. Lord Willem caminaba a su lado. Acaso Sir Camron parecía aún más alto? Quizá. Me miraba sin tapujos con

esos inquietantes ojos grises, llevaba la cabeza descubierta y las orejas bien paradas, mantenía una mano sobre el pomo de la espada y la otra en una tira de cuero que le cruzaba el pecho. La tira debía estar relacionada con el tubo de madera que sobresalía por encima de su hombro derecho. No llevaba armadura, sino ropajes negros y pantalones de cuero, con una capa oscura. Nada muy formal pero tampoco desaliñado. El color negro, observé, le hacía parecer más imponente.

¿Debería sonreír o hacer una reverencia? ¿Qué clase de saludo prefería?

Lady Sebreena dio un gritito y corrió hacia ellos, abrazó a ambos hombres juntos por la cintura con gran cariño. Me quedé junto a una carreta pequeña de dos ruedas, cargada con un baúl lleno de ropajes que mi cuñada me había prestado.

No podía deshacerme de sus ojos tan intensos, así que bajé la mirada.

Había llegado la hora.

—Lady Fay.

Su voz, tan baja y gruesa como la arena, acarició algo muy profundo en mí.

Me desperté de golpe y eché la cabeza hacia atrás para encontrar su rostro canino, le ofrecí mi mano derecha en un gesto involuntario. Lord Willem y Lady Sebreena se habían quedado más atrás, observándonos con expresiones contentas; ella se apoyaba en el costado de su padre como una niña consentida. Tras una breve vacilación, Sir Camron tomó mi mano con gentileza y me frotó el dorso con su pulgar enguantado. Un dedo tan ancho como dos de los míos, con un dedal de acero en la punta.

Mi esposo inclinó un poco la cabeza, agachando las orejas en el proceso, pero no intentó ejecutar la costumbre del beso en la mano.

—Sir Camron. —me las arreglé para decir, luchando para que no me temblara la voz.

—Me alegra ver que se encuentra bien. —dijo, con una dicción impecable. Su enorme sombra me cubría de pies a cabeza, un suave aroma a menta me llegó a la nariz—. Me disculpo por la tardanza.

Parpadeé, fascinada.

Una vez más, sus ojos me perforaron el alma.

—Está bien. Pasé una temporada maravillosa en compañía de su familia.

—Bien —asintió una sola vez y me soltó la mano—. ¿Podemos *irnos*?

Bueno, en realidad no, pero ¿a quién le importaba lo que yo pensara?

Era su esposa, le pertenecía. Lo que él decidiera, eso se haría.

Forzándome a controlar mi corazón desbocado, tragué con fuerza y le hice un gesto afirmativo, luego miré hacia la pequeña carreta atestada. Esperaba que se hubieran hecho otros arreglos, ya que la carreta estaba diseñada para engancharse a la silla de un caballo pero no para que llevara pasajeros como otro tipo de carros.

Lady Sebreena se nos acercó.

—¿Dónde está el caballerizo? Le instruí que ensillara una yegua.

Mi esposo sacudió la cabeza.

—No hace falta.

—Entonces deberías llevarte nuestro carruaje. —ofreció Lord Willem.

Una vez más, Sir Camron hizo un gesto negativo que vino acompañado de un gruñido bajo. Me miró de arriba abajo, estudiando el vestido azul y la sencilla capa que yo llevaba puestos. No era la gran cosa, lo admito, pero él no parecía disgustado.

No; *inhaló profundamente, despacio*, y todo su pecho se hinchó.

Luego me mostró una sonrisita llena de dientes animales, afilados.

—No. Ella *montará* conmigo.

Sir Camron me agarró por la cintura y me levantó del suelo, así como así.

9. Un Lugar al que llamar Hogar

El latido frenético de mi corazón casi se detuvo debajo de la imponente presencia de los barbacanes arqueados del castillo, en lo que galopamos a través del puente colgante. Miré en todas direcciones, deseando encontrar algo interesante que me distrajera para dejar de pensar en lo que acababa de suceder. O lo cerca que estábamos.

Sir Camron me puso sobre su caballo y se subió detrás de mí, de un salto limpio.

La pequeña carreta se sacudía detrás de nosotros, atada a la silla, mientras cruzábamos la rampa sobre el foso y encontramos el camino de tierra. Me atreví a mirar atrás, hacia la enorme fachada de Crescent Hall y los picos rotos que flanqueaban Mooncrest Falls justo por detrás. Un centenar de banderas blancas y gris ondeaban en el viento, perezosas e inertes, el vidrio de colores de sus tantas ventanas brillaba bajo el sol. Al contrario de la mayoría de los castillos en el Valle Ancho, el rostro de este lucía cálido e invitador, como un verdadero hogar. La fortaleza se desparramaba hacia los costados, más allá de lo que había logrado explorar, y se apoyaba en una empinada ladera al pie del cordón montañoso.

Se alzaba sobre el valle, justo en el borde, haciendo guardia.

¿Debí decir adiós? No, definitivamente pensaba volver, de un modo u otro.

Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos como cuerdas de laúd, tratando de no moverme. Me aferré a las ropas de mi esposo, con el hombro apretado contra su pecho, tratando de no reparar en su cálido aliento a menta en mi frente o la dulce brisa que refrescaba mis mejillas enrojecidas. Su aura saturaba mis

sentidos. Sir Camron era más duro que una pared de piedra, su almizcle natural y esos brazos enormes enredados con ligereza en torno a mí, para sostener las riendas, me intimidaban bastante.

Y sin embargo, yo parecía caber en ese espacio casi a la perfección.

El silencio entre nosotros sólo alimentaba mi inquietud.

—No tenga miedo —dijo, sobresaltándome—. No *caerá*.

Sir Camron hablaba con paciencia, saboreando las palabras. Su voz cavernosa retumbaba muy bajo, vibrando contra mi hombro.

Me aclaré la garganta:

—No estoy acostumbrada a compartir un caballo.

Él murmuró algo en un gruñido hueco, quizá dándome el beneficio de la duda.

Tenía que aprender a mentir mejor si deseaba engañarlo.

Yendo contra el flujo de las carretas entrantes y los pastores con su ganado, el caballo trepó por una larga y perezosa cuesta hasta alcanzar un camino pavimentado. Un escenario como ningún otro empezó a abrirse ante mis ojos, tan verde e insondable como un sueño… era fácil ver por qué le llamaban *Valle Hundido*: encajonado entre gruesas montañas, el valle parecía más una cuenca ancha que una planicie de praderas. En el centro, en el punto más bajo de la cuenca, pude distinguir las aguas plácidas de un lago muy grande salpicado de diminutas islas. Se encontraba lejos, muy lejos, encapsulado entre espesos bosques, y más allá de los bosques se podía distinguir la leve sombra azul de más montañas nevadas. Leguas y leguas de colinas y sembradíos, pequeñas villas y caseríos, graneros, almacenes, monolitos de piedra y ruinas cubiertas de enredaderas por aquí y por allá. Las vacas y las ovejas pastaban por todas partes, los caballos recorrían los pastizales en grupos. Había algunas cabras, también. Dentro de una distancia razonable, descubrí una aldea más grande que las otras y una torre alta y delgada de techo en punta, hecha de ladrillo rojo.

La tensión que me anulaba el cuerpo empezó a disiparse con la brisa.

—Esto es tan hermoso. —murmuré.

Sir Camron se rio bajito, otro temblor hizo eco en su pecho.

Tensó un poco las riendas y el galope del caballo se transformó en un suave trote y al cabo de un instante, en pasos enérgicos. Mi espalda baja lo agradecía, a decir verdad, y al mejorar mi estabilidad pude estirar más el cuello. A donde quiera que mirase, veía mucho follaje y una tierra deslumbrante.

¿Cómo? ¿Cómo podía ser tan cálido y vibrante en el corazón del invierno?

Sacudí la cabeza, frunciendo un poco el ceño.

—¿Qué pasa? —me preguntó él, con suavidad.

No me asusté, pero me incomodaba que pudiera leerme con tal facilidad.

—Me pregunto… qué clase de brujería es esta —dije, tratando de no sonar infantil—. No soñé los largos días con la caravana atravesando el hielo y las tormentas de nieve, de eso estoy segura. Debe ser magia, no tengo otra explicación.

Hubo una pausa llena del canto de las aves.

—No tengo una tampoco.

—¿Ni siquiera ustedes conocen la razón?

—Muchas *teorías*, poca *verdad*.

—Ya veo. Sólo tenía curiosidad, es todo.

Y tenía que ocupar el silencio con algo, lo que fuera.

Otro gruñido gentil y gutural. Quizá era su forma de decirme que no le molestaba mi ignorancia, me resultaba difícil adivinar la intención. Le miré con el rabillo del ojo, torciendo la cabeza apenas para captar un vistazo del majestuoso perfil del lobo.

—¿Qué tan lejos queda su hacienda del castillo?

—No mucho —respondió, pero dudó y añadió—. No es una hacienda.

Sir Camron apuntó hacia algún lugar a la izquierda. Seguí su dedo pero no logré ver más que árboles altos y tierra arada, algunas torres arruinadas encaramadas a los bordes rotos de unas colinas bajas y el destello plateado de un pequeño río.

—¿Cuánta gente vive en el valle?

—Muchos *millares* largos.

—¿Y ese lago tiene nombre?

—Cuenca Plateada.

—¿Cómo se llama el pueblo de allá? Donde está la torre roja.

—*Fordham*. La *torre* es de la *bruja*.

Lo miré otra vez.

—¿Qué bruja?

—Disculpas. La *sanadora*.

—¡Oh! ¿Madame Tessala vive en esa torre?

Sir Camron asintió. Yo fruncí el ceño.

—¿Y por qué la llama bruja?

—*Es más fácil de decir.* —él sonrió apenas.

Me di cuenta de que su dicción se había tornado aletargada e incómoda. Como si estuviera cansado. Se me retorció algo en el estómago, haciéndome sentir el peso de la culpa.

¿Qué hacía? ¿Cómo podía ser tan tonta de forzarlo a hablar cuando sabía que le costaba? *Tiene un precio*, me dijo el Joven Bredon. El calor de la vergüenza me hizo arder las mejillas.

—*¿Qué pasa, ahora?* —preguntó él, alzando las orejas.

—Perdóneme, Sir Camron. No era mi intención molestarle.

Se le arrugó el entrecejo en confusión, hasta se le cayeron un poco las orejas.

—Mi Señora, *intentaré responder* todas sus *preguntas* —me prometió, con calma. Esas palabras sonaron mejor que las otras. Claramente, practicadas—. *Pero* le *ruego* paciencia.

—¿No le resulta cansado usar tanto la voz?

Él resopló una risita que me mostró las puntas de sus dientes.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, su hermana… —hice una pausa—. Lady Sebreena me habló de su condición.

El siguiente gruñido no fue muy amigable.

Sus gruesos dedos enguantados apretaron las riendas, haciendo crujir el cuero.

—*¿Eso hizo?* —siseó Sir Camron.

—Fueron Lady Sebreena *y* el Joven Bredon —me las arreglé para permanecer tranquila, aunque percibía una tormenta en ciernes—. Ella estaba molesta porque nadie me dijo sobre la verdadera naturaleza de su gente, así que insistió en que visitáramos la

Biblioteca y tuviéramos una larga conversación. También explicaron las particularidades de su situación.

—*¿Y qué le dijeron?*

—Que usted no puede cambiar a su forma de hombre, y eso le dificulta hablar.

Otro gruñido vino después de aquello, que le hizo temblar los bigotes.

Murmuró unas palabras raras en otro idioma, tal vez el suyo, intercaladas con unos sonidos tan animales que me erizaron la piel. Los oscuros pensamientos que llenaban su mente de algún modo alcanzaron al caballo, pues la bestia amagó con corcovear y soltó un relincho bajo.

—*¿Acaso parece que no puedo hablar?* —me preguntó.

Algo helado me bajó por la espalda. *¿Lo había ofendido?*

—¡No, claro que no! ¡Sir Camron, su hermana no tuvo malas intenciones! —me apresuré a decir, aferrándome a su túnica con las dos manos. Cerré los ojos con fuerza—. ¡Y estoy muy agradecida de que me lo dijeran, porque si entiendo sus aflicciones entonces no cometeré más errores! Lo entiendo. *Entiendo todo*. Por favor, no se esfuerce tanto.

—*Todo está bien conmigo.* —parecía hasta más ofendido.

Me atreví a mirar hacia arriba, tropezando con un ojo plateado que me observaba, en una cabeza orgullosa que no se doblegaría. No podía verle toda la cara; había un hocico con dientes aguzados en el medio que me lo impedía. Su pelaje brillaba como el ala de un cuervo bajo la luz del sol, sus bigotes vibraban con el temblor furioso de sus belfos, y por un instante pensé que iba a morderme, pero…

Pero ni un latido después, Sir Camron respiró hondo y miró hacia otro lado.

Yo seguí, tratando inútilmente de arreglarlo:

—Mientras usted no estaba, tuve mucho tiempo para pensar, Sir Camron. Sé que este matrimonio es mucho menos que ideal, pero aprender sobre usted y su familia me ha dado más perspectiva. El Clan Gris me recibió con los brazos abiertos y estoy más que agradecida por eso. Le prometo, haré todo lo que pueda para no convertirme en una carga.

—¿Qué *carga*? —ladró él, confundido.

—Si dije algo fuera de lugar…

—*¡Dije que todo está bien!* —barbotó otra vez.

Levantó una mano, con rapidez…

Yo me encogí y cerré los ojos, incluso más rápido.

Tras una pausa temblorosa, sin embargo, me llegó un gañido suave en vez del golpe en la nuca que esperaba. Tomé aire. Una presión gentil entre los omóplatos me hizo levantar otra vez la cabeza.

—*Esa verdad me pertenecía* —murmuró, con los dientes tan apretados que apenas entendí algo de lo que dijo—. *No les corresponde. Es mi maldición.*

Y ahí estaba de nuevo esa palabra. *Maldición*.

No creo en la magia, y a pesar de todo, mientras más y más lo pensaba…

—Me disculpo, de corazón.

—*No necesita hacerlo.* —insistió Sir Camron, controlando al fin sus gruñidos.

Me frotó la espalda, trazando unos círculos irregulares de una manera que podría describir como poco delicada pero extrañamente reconfortante. El gesto bastó para ayudarme a conectar con sus emociones, al menos en parte, y logré descargar la tensión en su abrazo una vez más. Elegí permanecer callada, con miedo de empeorarlo.

Aquella fue nuestra primera conversación a solas. Como augurio, no era el mejor.

Después de unos cuantos movimientos circulares, él se detuvo y suspiró.

—No me *tenga miedo* —rogó Sir Camron, en un susurro profundo —. No a mí.

Por un instante, pensé que agregaría un ‘por favor’ al final, pero…

Me mordí el interior de la mejilla, sin decir nada más.

Por un largo, largo tiempo después de aquel momento tan incómodo, cabalgamos en un tenso silencio hasta alcanzar un amplio desvío en el camino, y él llevó al caballo por un sendero estrecho

que se alejaba hacia el interior del bosque y las colinas. Vi una torre de ladrillo gris elevándose obre las copas de los árboles, por fin.

*****

Tras una corta introducción con los trabajadores de la casa, Lady Fay me siguió (y al baúl) escaleras arriba para mostrarle sus habitaciones. Llevar esa cosa no presentó mucho esfuerzo, de verdad, pero trastabillé dos veces en los escalones y barboté unas cuantas palabrotas en la lengualoba. Agradecí que ella no conociera el idioma.

Descargué el pesado baúl de mi hombro y lo puse al pie de la cama. ¿Qué tantas cosas le había metido mi hermana dentro? Pensé que sólo le prestaría algunos ropajes a mi esposa en lo que la costurera trabajaba.

La Dama dormiría en la habitación más grande de la casa, la única con dos ventanas altas pero angostas que presentaban una hermosa vista de las Montañas Menguantes en la distancia, más un amplio panorama del camino y las tierras fértiles. Puse una cama grande y robusta con un dosel azul muy delgado, le agregué una fina mesa de madera con dos sillas acolchadas cerca de la ventila de la chimenea, un pequeño gabinete de madera negra, dos baúles más para sus necesidades de almacenamiento, un par de estantes, un biombo de tres piezas y hasta preparé un pequeño espacio acolchado al pie de una de las ventanas. Era un buen lugar para sentarse por la mañana si ella deseaba coser o bordar, o hacer cualquier otra actividad femenina.

Mis ojos fueron hacia ella por instinto, en lo que me acomodaba la ropa.

Lady Fay estaba de pie ante las ventanas con las manos sobre su estómago; la luz del sol recortaba su figura hermosamente.

—Estas serán sus habitaciones —le expliqué, tal como lo había ensayado. Si ella no me distraía con preguntas inesperadas como antes, conseguiría mantener un discurso fluido. Con un gesto, señalé hacia el rincón más alejado—. Esa es la puerta al subsuelo, hay una escalera que la llevará hacia un cuarto de baño y una letrina, pero le

aconsejo que use la bacinilla por la noche. Siempre lleve una vela encendida si va a bajar, los escalones son algo empinados. Si desea bañarse, hable con Lyna. Si desea comer, hable con Enron. Si desea que le ayuden, hable con Rhion. Este es su hogar, puede hacer lo que desee.

Lady Fay torció un poco la cabeza, mirando a su alrededor y quizá evaluando cada pequeño aspecto de la habitación, desde la disposición y calidad del mobiliario hasta la crudeza de las paredes. Esperar su veredicto era como pararse ante los Ancianos Jueces.

—¿Tiene otros caballos? —me preguntó, de la nada.

Asentí con la cabeza.

—De *tiro*.

—¿Y son mansos de andar?

Volví a asentir, esta vez bajando más la cabeza.

—¿Podría montar uno, si lo quisiera?

—Sí.

—¿Sin acompañantes?

Entrecerré apenas los ojos, tratando de leerla una vez más. ¿Estaba probándome, quizá planeando escapar, o algo? Parecía que mi hermana le había hablado de quiénes éramos, pero no de todo lo que podíamos hacer con nuestros aguzados sentidos. Buscándole el lado más positivo, me alegraba que la joven ya no se encogiera en mi presencia y se atreviera a hablar con más libertad.

O quizá era porque nos separaba una habitación entera.

—Puede. —dije, tratando de no mostrar los dientes.

Esperé unos pocos latidos, ella bajó la cabeza en agradecimiento.

¿No había más preguntas? Bien. Saqué una llave grande de hierro de la bolsa que llevaba en el cinturón y la puse sobre la mesa, junto a un portavela.

—Esta es la llave de la *cerradura* —agregué, continuando con mi discurso ensayado—. Nadie puede *meterse* a su *dormitorio* si usted no lo desea. Esa es una *regla*.

Lady Fay frunció un poquito el ceño.

—¿Ni siquiera usted?

—Ni *siquiera* yo. —tuve que coincidir, despacio.

No parecía muy convencida. Su olor era confuso. Agrio, poco atractivo.

—Me da un cuarto entero para mí sola.

Parpadeé varias veces, cauteloso.

—Sí.

—Y una llave para la cerradura.

—Sí.

Ella vaciló.

—¿Por qué?

Paré las orejas.

—*¿Por qué?*

—Esta es su casa.

—Y este es su *cuarto*.

Nos quedamos callados, mirándonos. Ella empezó a retorcerse los dedos, despacio.

Lady Fay tragó saliva con fuerza.

—Soy… su mujer, ahora. ¿Por qué me da todo esto?

—*¿No le gusta?*

Abrió mucho los ojos. Levantó las manos, mostrándome las palmas vacías.

—No quería ofenderlo, Sir Camron. No esperaba tener mi propia recámara, eso es todo. Este espacio es simplemente magnífico.

Lo negativo de la conversación que habíamos tenido en la mañana era que no podía decir con seguridad si sus palabras eran honestas o si ella sólo estaba diciendo lo que creía que yo deseaba oír. No pude encontrar la respuesta en su olor, para mal de males. Bien, tendría que conformarme con las pequeñas victorias. Entregarle la llave de su cerradura era mi manera de decirle que su dormitorio era un lugar seguro. No tenía que salir de ahí si ella no lo deseaba.

No tenía que verme si no lo deseaba, en absoluto.

—¿Dónde están sus habitaciones, Sir Camron?

Salí al pasillo y señalé otra puerta de madera oscura con elaborados flejes de hierro, que se encontraba unos pasos más adelante en el lado opuesto. Ella se acercó sólo lo suficiente como para estirar el cuello y verla.

—No debe *entrar* a mis habitaciones sin *permiso*. Esa es *otra regla*.

—Es justo.

—Y no deambule *por* la casa de noche.

—¿Por qué no?

No se suponía que preguntara, sólo que lo acatara.

Tras carraspear, improvisé una respuesta:

—Yo *recorro* la casa de noche.

—Oh —Lady Fay frunció más el ceño, apretándose el estómago con los dedos crispados—. ¿Se supone que no debo verlo mientras recorre la casa?

Hice un gesto negativo con la mano, pero ella no lo entendió.

—¿Acaso… le pasa algo malo durante la noche? —preguntó, despacio.

Sacudí la cabeza, tratando de encontrar las palabras correctas.

Aunque no lo quería, su olor me estaba poniendo nervioso. ¿Y cómo no, si Lady Fay había dicho *que nuestro matrimonio era mucho menos que ideal*? Que lo definiera así me golpeó en el medio del pecho con la fuerza de una avalancha. Oh, ya sabía que yo no era el más deseable de los candidatos, pero al menos esperaba que ella me diera una oportunidad de probar mi valor. Estaba preparado para protegerla y proveerle lo mejor.

Tenía que parar con eso de dejarme llevar por sus emociones.

—Sir Camron…

—¡La casa es vieja! ¡Asusta! —Me acerqué a ella, apuntando a sus ojos azul oscuro con énfasis. El aroma de su miedo era a la vez adictivo e incómodo—. ¡No deambule *por* la casa de noche!

La Dama no se echó atrás, pero noté la turbulencia en su mirada.

—Lo entiendo. —murmuró, y bajó la cabeza otra vez.

Me hería en lo más hondo que me evadiera así.

Contra toda razón coherente, levanté una mano y con un dedo firme la obligué a alzar la barbilla hasta que Lady Fay se atrevió a verme a la cara de nuevo. No rechazó mi roce, lo cual era una buena señal, pero fue entonces que las palabras que había practicado por días, con tanto aplomo, simplemente *se desvanecieron de mi cabeza*. Mierda. Estuve cerca de hembras del clan y mujeres

ordinarias toda la vida, ¿qué era diferente acerca de ella? ¿Qué tenía, que me volvía un tonto inseguro en su presencia?

A ese paso, me arrebataría la poca cordura que me quedaba.

—Todo está bien —le aseguré. No importaba cuántas veces tuviera que decirlo, pensaba repetir mis votos hasta que ella dejara de dudar de mi honestidad—. No tenga miedo. Este es su *hogar*.

Lady Fay se quedó muy quieta en su lugar, sólo mirándome.

Yo esperé a que contestara algo…

Mis ojos se desviaron por su cuenta hacia aquellos labios.

Lo juro, nunca había estado tan cerca de unos labios tan bellos y rosados como los de ella.

Pero antes de que mi cola empezara a agitarse al compás de los latidos excitados de mi corazón traidor, ella volvió a decir algo que me descolocó:

—¿Se levanta usted con el sol, Sir Camron?

Eso terminó por romper cualquier hechizo que pesara sobre mí, y la solté por fin.

Me aclaré el nudo en la garganta con un carraspeo y respondí con un gruñido afirmativo. A veces me levantaba antes que el propio sol, pero ahora que mi padre me había aconsejado que tratara de no ir a inspeccionar la construcción del camino (porque, al parecer, algunos Lores no eran capaces de aceptar críticas), no necesitaría madrugar. Tendría bastante tiempo para descansar y trabajar en otros proyectos, como lo relacionado al plan para contener las grandes tormentas de verano.

Lady Fay sonrió un poquito, parecía haberse animado.

—Me aseguraré de tenerlo todo listo, entonces.

—¿*Para* qué?

—Su comida de la mañana, claro.

Arqueé una ceja, no muy seguro de a qué se refería.

Pero la realidad es que Lady Fay era una mujer de la nobleza; me figuré que querría tomar control de la casa y encargarse de gestionar a los trabajadores. Totalmente natural. Los deberes de cualquier esposa. No había nada de malo en ello, así que me encogí un poquito de hombros.

—Muy bien —dije, y señalé la cama con incomodidad—. Descanse *ahora*. Debo *irme.*

No esperé a que me respondiera, sólo salí de ahí. Tenía la cabeza saturada de una niebla extraña que necesitaba aclarar, para poder prepararme para lo que vendría.

*****

Regresé a casa muy tarde después de la hora de comer, en medio de la noche. No sólo con un botín hermoso de faisanes sino también demasiado cansado como para seguir lamentándome por mis errores. No estoy muy seguro de cómo logré evadir a los mastines, pero entré por la puerta de la cocina y colgué a las aves muertas de un gancho que pendía del techo, y luego seguí mi nariz en silencio hasta que encontré el plato que Enron me había dejado. Una perfecta mitad de pastel de pollo, cubierta con una sartén de hierro.

Estaba muerto de hambre después de un largo día de encargarme de pequeños asuntos en los campos, así que me lavé enseguida en un balde y tiré de una silla para sentarme a la mesa a comer con las manos, en la oscuridad. No necesitaba encender una vela para ver, después de todo, y no tenía una audiencia, por lo que no se requería de mí que actuara como una persona civilizada. Podía tragarme la tarta a mordiscones, sin culpa.

El sabor terroso del pollo me hizo gañir. Enron era un gran cocinero.

Pasarme la mayor parte del día en silencio, inspeccionando mis tierras a pie, me ayudó a enfriar la cabeza y sopesar mejor la situación entre mis manos.

Mi esposa estaba bajo mi techo, al fin, y el resto de nuestra vida juntos recién acababa de empezar. Es verdad que no sabía bien qué hacer con Lady Fay, pero no pensaba escaparme de este desafío.

Era una batalla que podía ganar. Se trataba de autocontrol, después de todo.

Todo lobo-hombre aprendía sobre el control desde la infancia, para estar mejor preparados a la hora de enfrentar el cambio de

forma, y hacerlo sin miedo. Debía hacer eso, entrenarme para resistir los extraños impulsos que se apoderaban de mí cada vez que percibía las notas de ese dulce olor.

Podía quedarme tranquilo en una cosa: *nunca olería deseo en ella*, seguro.

Mis hermanos decían que, más que nada durante la luna llena, sus parejas tenían un olor irresistible que les volvía locos de lujuria. Bueno, eso no iba a pasar aquí. Facilísimo.

…pero, ¿qué había de mis propios instintos? ¿Podría controlarlos?

Sacudí la cabeza para deshacerme de esas ideas, con un gruñido rabioso.

Claro que podía. Era lo bastante mayor como para responsabilizarme de mis actos.

Hablando de tormento, entre mordida y mordida identifiqué el perfume etéreo de Lady Fay en aquella habitación mezclado con los restos de comida y otras personas. Estuvo en la cocina, quizá eligió cenar con Lyna y su familia en lugar de comer sola en el gran comedor. Me tragué un gemido. ¿Tomé una mala decisión, de nuevo, al dejarla sola durante la mayor parte del día? Quería darle a la Dama espacio para que explorase la casa y se conociera con los trabajadores, entretanto. Sin querer, revisé en mi mente los eventos del día y las escasas conversaciones con Lady Fay, sólo para gañir en voz más alta, avergonzado.

Ella tenía razón en algo: nada acerca de la situación era ideal.

Incluso si quería pretender que no tenía importancia, era cierto: mi impedimento para sostener una conversación fluida como cualquier hombre lo estaba complicando todo. Debía expresar mis intenciones con más claridad para que ella entendiera lo que esperaba de nuestro matrimonio. Quizá sería más apropiado dejar mensajes escritos para la Dama; después de todo, yo era mucho más elocuente con una pluma que con la boca…

Decidí hacer precisamente eso, justo después de darme un baño.

10. Una Dama que se Precie

Casi salté de la cama cuando alguien empezó a azotar mi puerta.

—¡Sir Camron! —era Enron, el cocinero—. ¡Sir Camron! ¡Tiene que atender esto!

Algo frío me bajó por la espalda, debajo del pelaje; una sensación de peligro inminente que puso mis sentidos en alerta máxima, forzándome a despertar del todo. Empujándome con los codos, rodé sobre la cama para bajar y ponerme en pie. En un arrebato tomé mis pantalones y traté de ponérmelos con rapidez en lo que me acercaba a la puerta.

Enron parecía totalmente desatado.

—¡Sir Camron!

—¡*Suficiente*! —la palabra rodó por mi lengua como un gruñido.

Sosteniéndome el pantalón, destrabé la puerta y la abrí de golpe, regalándole una mirada tenebrosa al hombrecillo que tenía delante. Enron era un tío flaco con barba gris y tupida, y grandes ojos negros.

¿Qué sucede? Intenté señalar, con una sola mano y frunciendo el ceño.

Era un gesto simple que hasta Enron, que no era bueno con el lenguaje de las manos, podía entender. Mi aliento matutino era espantoso, no me atrevía a hablar sin haber masticado algunas hojas de menta.

Sus ojos estaban abiertos como platos.

—¡La Dama! ¡Tiene que ver esto! ¡No está bien, Sir Camron!

Que mencionara a Lady Fay me hizo levantar las orejas de inmediato. Miré de reojo hacia la puerta del dormitorio de mi esposa

y la encontré entreabierta. El sol apenas se asomaba sobre la cordillera, perezoso y rojo. Estuve a punto de repetir la pregunta, pero el cocinero se largó corriendo por el pasillo hacia las escaleras, así que fui tras él, batallando para ponerme bien los pantalones. Otro desafío fue tratar de sacar mi cola por el hueco en la tela en lo que casi trotaba detrás de Enron, pero me las arreglé.

Un aroma a salchichas llenaba la casa. El cocinero me hizo seguirle hasta la planta baja y a través del solar y el gran comedor en dirección a la cocina.

Lyna y su hija ya estaban ahí, lucían nerviosas y preocupadas.

Enron se reunió con su familia y, mientras yo bajaba los escalones de la entrada a la habitación, los ojos de los tres se movieron al unísono hacia los fogones. Seguí la pista hasta encontrarme con la asombrosa visión de aquella princesa del Valle Ancho con su cabello negro y su simple vestido azul, ajustado a la cintura y el pecho por un chaleco de cuero y un modesto delantal. Llevaba unas sencillas zapatillas de cuero en los pies, su pelo estaba trenzado a una usanza campesina pero efectiva. Estaba revolviendo algo dentro de una olla de hierro, mientras canturreaba en voz baja para sí misma. La mesa detrás de ella estaba poblada con una jarra de leche, huevos, queso, pan fresco, aceitunas y vino. La boca se me hizo agua, pero ni su belleza ni el maravilloso olor de la comida me impidieron entender qué era lo que tenía tan sobresaltado a mi cocinero…

Carraspeé para llamar la atención de la joven.

Lady Fay soltó la cuchara de madera enseguida, para juntar las manos sobre su estómago. Me recorrió rápido con la mirada, quizá juzgando mi evidente falta de vestimenta apropiada.

—Buenos días, Sir Camron. —me dijo, con una pequeña sonrisa.

Le hice algunas señales a Lyna.

Ésta asintió y luego tradujo:

—Sir Camron pregunta qué está haciendo, mi Señora.

Mi esposa ladeó un poco la cabeza, inocentemente.

—Bueno, me levanté temprano y ordeñé una de las vacas, luego calenté el horno de piedra y preparé pan. Los huevos están hervidos, también son frescos. Las salchichas de desayuno van

mucho mejor con frijoles, y si tan sólo pudiera conseguir algo de manteca, creo que podría hornear un…

Sacudí la cabeza y volví a hacer señales para Lyna.

Ella repitió enseguida:

—Sir Camron dice que lo que está describiendo son los deberes de mi esposo, mi Señora. Una dama noble como usted no debería participar de estas tareas tan humildes, es inapropiado.

La última parte fue un invento de Lyna, pero mi mensaje llegó igual.

Lady Fay parpadeó, su rostro era indescifrable.

—¿No se me permite hacer una buena comida para mi esposo? —dijo.

Se me cayeron un poco las orejas. ¿La había ofendido?

¿Por qué una mujer refinada como ella, una Baronesa, se molestaría con las tareas de una criada? Era desconcertante. La mayoría de las Damas nobles ni siquiera sabían pelar una papa (como mi hermana, por ejemplo), me sorprendía que ella se las hubiera arreglado para hacer una comida completa por su cuenta. Pero me sorprendía para bien. Y entonces me acordé de la advertencia que Madame Tessala me había hecho sobre su identidad…

¿Podía ser que la bruja tuviera razón, y me habían dado una campesina por una princesa?

Sacudí la cabeza con vigor y nuevamente usé mis manos para señalar, un rato largo.

Lyna volvió a traducir, manteniendo los ojos en mí:

—Sir Camron dice que puede hacer lo que desee, pero que mi esposo está aquí para cocinar, yo estoy aquí para mantener y limpiar la casa, y mi hija está aquí para asistirla. Nosotros… él paga por nuestro trabajo. No tiene usted que preocuparse por… lo lamento, él dice que… por supuesto que puede hacer cualquier comida que quiera, pero usted… debería… Sir Camron, me disculpo, pero va demasiado rápido —me detuve, gruñendo, y volví a intentarlo con más tranquilidad—. Dice que debería dejar que la ayudemos. Usted es su esposa y Señora de su casa… no una criada del plantel. —Lyna respiró hondo al final.

Bajé las manos por fin, mirando a Lady Fay a los ojos.

Ella me miraba a su vez, estirando aquel incómodo silencio hasta que me imaginé que nada existía entre nosotros, ni siquiera la cocina.

Lady Fay tragó saliva con fuerza.

—Entiendo. Pero, ¿podemos al menos compartir lo que preparé?

Me agaché sobre una rodilla y extendí la mano izquierda como una invitación.

—Por favor. —murmuré, con gentileza.

Por supuesto que me encantaría comer lo que ella había preparado, especialmente teniendo en cuenta lo bien que olía todo. ¿Salchichas y frijoles? ¿Queso y huevos? ¿Pan fresco? Era un festín. Esperé su respuesta, siguiendo cada pequeño espasmo de sus dedos y su boca, en lo que ella se quitaba el delantal para dejarlo sobre la mesa. Lady Fay se acercó con confianza y puso su pequeña mano en la mía, cerré mi zarpa con cautela.

—No lleva camisa —me dijo, en un susurro—. Es de mal gusto sentarse a la mesa sin una camisa, Sir Camron.

Resoplé una carcajada y volví a ponerme de pie, sosteniendo su mano en mi puño.

Bendita fuera, su buena disposición ayudó a levantar la tensión que nos conectaba a todos.

Por encima del hombro le pedí a Lyna que trajera una camisa de mis habitaciones. Ella se apuró a cumplir con el pedido en lo que Enron y su hija se ocupaban de terminar el desayuno. Entretanto, llevé a Lady Fay hasta el gran comedor y moví una silla para ella, junto a mi puesto en la cabecera de la mesa. Sus pequeños dedos cálidos se deslizaron de mi mano con suavidad, como agua corriendo, y su súbita ausencia fue devastadora en cierto modo. Busqué un par de palancas escondidas en la pared detrás de ella, junto a la calavera de un enorme buey; al tirar de una, cinco hendeduras verticales se abrieron en la pared, cerca del techo, del lado que conectaba con el pasadizo hacia la cocina. Cinco bandas de luz dorada se filtraron entonces, bañando la mesa.

—Buenos días, Lady Fay. —dije, desde una distancia segura.

Un suave rubor cubrió sus mejillas. Era precioso.

Podría haber seguido regodeándome en cada aspecto de su inocente esplendor, pero Lyna apareció con una camisa de lino marrón para mí, seguida por su hija que traía los platos de madera, y Enron, quien cargaba la bandeja con comida. Me puse la camisa mientras esperaba a que terminaran de preparar la mesa y servirnos generosas porciones.

Mi boca era una cascada para cuando Lady Fay y yo quedamos a solas de nuevo.

El primer mordisco fue celestial, como esperaba.

La Dama me observó todo el tiempo, se le hizo una sonrisa pequeña en los labios cuando cerré los ojos y gruñí de placer. Pasé cucharada tras cucharada, pero ella no comió. Mi esposa continuó revolviendo el contenido de su plato con su cuchara hasta que limpié más de la mitad de aquel grasoso estofado.

Debió darse cuenta de que me daba curiosidad su reacción…

—No tuve tiempo de envenenarlo, así que no se preocupe.

Miré mi plato casi vacío y luego a ella, dudando.

Su sonrisa se ensanchó.

—Sólo es una broma.

Aplasté las orejas hacia atrás y entrecerré los ojos, en señal de burla.

Ella partió el pan y me ofreció una pieza, que recibí con respeto.

—Debe disculparme, Sir Camron —Lady Fay frunció un poco el ceño—. Y no deseo ser maleducada, pero teniendo en cuenta su… *particular anatomía*, digamos, imaginé que usted rechazaría el uso de cubiertos tradicionales.

Me lamí los belfos antes de intentar hablar.

—¿*Por* qué?

—Le sirvieron leche en un tazón, no en un jarro. —ella se encogió de hombros, apenas.

—La leche es *resbalosa*.

Y la única razón por la que prefería meter el hocico en un balde antes que intentar beber de una copa. La cerveza me sabía amarga; el aguamiel, demasiado dulce para mi gusto. Agua, y a veces vino, me resultaban suficiente. Aunque estaba obligado a usar copas cuando asistía algún evento social en Crescent Hall, definitivamente

me vería lamer la leche del tazón dentro de unos momentos. Aquella era mi casa.

Ella volvió a sonreír, y yo no podía dejar de mirarla.

—Ya veo. Me alegro de que disfrute de la comida.

Lady Fay empezó a comer por fin, trayéndome así un extraño alivio.

Por un rato seguimos en el cómodo silencio de nuestra compañía, del pequeño fuego que crujía en la chimenea detrás de nosotros y de nuestros propios latidos. No creo haber sentido antes esta tranquilidad al compartir un espacio con alguien, ni siquiera con mis propios hermanos a quienes tanto quería. Había algo muy especial acerca de esa joven… algo que me encandilaba más y más cada vez que la observaba, cada vez que su aroma me envolvía. Su brillante cabello negro era aún más hermoso bajo la luz dorada.

—Qué dispositivo más ingenioso para traer el sol a un espacio tan escondido —comentó.

El orgullo se me revolvió en el pecho.

—Yo lo hice.

—¿Usted? —la joven arqueó las cejas—. ¿Y cómo funciona?

—Hmm. Palancas y cadenas *dentro* de la *pared*. Una palanca *abre*, la otra *cierra*.

Corté unas cuantas piezas de queso, las emparejé con pan y empujé una dentro de mi boca.

—Eso suena impresionante. Escuché que usted es el pensador detrás de un gran proyecto de construcción en alguna parte del valle.

Asentí con la cabeza, gruñendo al masticar.

—*Varios*.

Ella volvió a mirarme de reojo, aun sonriendo. Pude olfatear su alegría.

Cosas se movieron dentro de mí otra vez, cosas placenteras que no puedo describir.

La comida, sin embargo, me dio una excelente oportunidad para estudiarla. Lady Fay tenía los modales de una noble, se sentaba derecha en la silla y tomaba su comida en pequeños mordiscos con la fluidez de un cisne. Tomaba aceitunas y huevo de vez en cuando,

hasta aceptó el pan con queso que había preparado para ella. No comía como una campesina. Para los oídos de cualquier hombre ordinario, ella no hacía un solo ruido ni siquiera al tragar; para mí, eran más que evidentes las múltiples emociones que asaltaban a la Dama. ¿Quizá estábamos muy cerca el uno del otro? No habíamos pasado mucho tiempo juntos (todo de acuerdo con mi plan inicial), y aun así la distancia parecía producir el efecto opuesto al que yo deseaba, en los dos. Ella parecía querer mi compañía, si es que su voluntad de cocinar para mí intentaba ser un testimonio de algo.

¿Y si estuve pensándolo todo al revés? Quizá.

Quizá ella no estaría tan incómoda si me conociera mejor.

Un cambio de perspectiva muchas veces me había llevado a la respuesta correcta. Podía ser. Tenía que darle la carta que escribí para ella la noche anterior, pero ese no parecía ser el momento apropiado para hacerlo. Y entonces, una idea descabellada me cruzó la mente…

Una vez que mi esposa terminó de comer, me levanté y le hice una reverencia.

—Gracias por esta comida, mi Señora.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—Salgamos hoy —agregué, articulando las palabras con cuidado, y le ofrecí la mano una vez más—. Vea las *tierras* conmigo.

Lady Fay pareció pensárselo, como si hubiera mucho qué considerar.

Por un latido creí que rechazaría la propuesta, pero…

—Con una condición, Sir Camron.

Resoplé.

—Diga.

—Ensille un caballo para mí, ¿sí?

*****

Me dejó elegir el caballo que yo quisiera de sus establos.

Aparte de la gran bestia blanca que él llamaba Estampida, Sir Camron tenía otros cuatro caballos, todos ellos fuertes y con largas crines, de patas gruesas y cascos peludos. Caballos de trabajo, sin

duda. Uno era de pelaje castaño, otro moteado de gris y los otros dos con grandes parches blancos y negros. Elegí uno de estos últimos, y él trajo la silla. Yo no llevaba la ropa apropiada para montar, pero me figuré que tratándose de mi esposo, a Sir Camron no le molestaría ver la mitad de mi pantorrilla asomándose por debajo de las faldas azules.

El caballo, un castrado llamado Rowan, era lo bastante manso como para aceptar mis torpes comandos y no le molestaba en absoluto la presencia de los enormes mastines, que decidieron seguirnos apenas nos vieron. Juntos, Sir Camron y yo nos dirigimos hacia el Norte en dirección al distante lago y la villa más grande usando un diminuto camino apenas marcado bajo los árboles. Pasamos por un pequeño arroyo y un puente de piedra por encima del flujo de un río angosto, el mismo que doblaba detrás de su casa.

Todo era tan verde y húmedo. Docenas de aves cantaban sobre nosotros y hordas de pequeños animales se escapaban entre los arbustos, más que nada conejos y faisanes.

—Hay muchísimos. —comenté, con una sonrisa amplia.

—No hay lobos salvajes aquí —me dijo él, no sin satisfacción—. Sólo osos.

—¿No es eso peor?

—Sí.

Quizá fue mi imaginación, pero creí ver una pequeña sonrisa socarrona en sus labios caninos.

Montaba a lomos de Estampida, junto a mí pero no demasiado cerca. A la cintura llevaba una espada, y a la espalda un carcaj lleno de flechas y un arco largo. Sir Camron estiró el brazo apuntando hacia algún lugar a mi izquierda.

—Muchas *cavernas*, muchos osos —dijo, estirando su propio acento—. Aléjese de las colinas.

—Lo tendré en cuenta —comenté, un escalofrío me bajó por la espalda—. Quizá debí traer un arma yo también.

—No hace falta.

Sir Camron puso la mano izquierda sobre el pomo de su espada, con orgullo.

Le sonreí en respuesta, a pesar de todo.

Me miró de reojo y luego espoleó a su caballo, se lanzó al galope por delante de mí. Seguí a la majestuosa bestia blanca, tratando de mantenerme a su zaga. Los dos caballos pasaron la arboleda con rapidez y entramos a un amplio claro de pastizales tupidos, siguiendo la pendiente hacia lo que parecía ser otro brazo pavimentado del camino principal.

Al principio creí que la experiencia sería extraña y algo incómoda. Sir Camron quizá se sentía demasiado consciente de su propia apariencia y naturaleza; yo, por mi parte, no estaba muy segura de cómo tratarlo. Él no parecía darse cuenta de que su presencia no me molestaba, que me sentía atraída hacia él y los secretos de su gente. ¿Cómo acercarme? ¿Cómo marcar los límites? Bueno, el libro de historias que me había dado Lady Sebreena tenía muchas pistas e información valiosa sobre la cultura y las costumbres de la gente loba, pero no deseaba hostigar a mi esposo con preguntas que le costaría responder. Mi mente no dejaba de trabajar.

Me alegró haberme equivocado sobre los resultados de nuestro pequeño paseo.

Galopamos juntos por un largo rato, hasta que nos topamos con otro río más amplio que cortaba una gran parcela de bosque a la mitad. El viento en mi rostro se sentía magnífico, pero las nubes oscuras que se reunían en la distancia de las Montañas Menguantes eran bastante perturbadoras. Hacía que el pecho se me atenazara de temor. La luz de la mañana empezaba a perder su calor y brillo.

Sir Camron desmontó cerca de las ruinas de una antigua torre cubierta de musgo y le seguí (con su ayuda, me sostuvo por la cintura hasta que estuve a salvo en el suelo). Llevamos a los caballos hacia el agua para que pudieran beber.

La mirada se me fue por cuenta propia hacia la gallarda figura de Sir Camron, fijándose en cómo se paraba tan firme y cuidadoso de sus alrededores. Con las orejas enhiestas en lo alto de la cabeza, moviéndose despacio para seguir cualquier ruido extraño, su perfil orgulloso tan bravo y a la vez gentil. Llevaba una camisa marrón y pantalones de cuero negro, esos que tan bien le sentaban, y tres cinturones a la cadera. Sus botas de cuero con puntera de metal estaban manchadas y venidas a menos, como calzado de uso diario,

y la capa que le cubría los hombros parecía ser vieja, pero de buena condición.

Era *tan alto*. Diosas, que yo apenas le llegaba a la mitad del pecho.

Y mi mente seguía dando vueltas en torno a esos momentos tempranos en la cocina. La camisa hacía poco por ocultar su musculosa forma, mi memoria insistía en recordar los patrones del corto pelo negro que le cubría todo el torso, interrumpido aquí y allá por viejas cicatrices. El parche gris oscuro que empezaba en la parte baja de su pecho y se derramaba por su abdomen y caderas bien formadas, hundiéndose más allá del límite del pantalón. La absoluta perfección monstruosa de su forma era a la vez inquietante y profundamente interesante, o al menos lo era para mí. Una mezcla perfecta entre el animal y el hombre.

Me pregunté si también era como todos los hombres ahí abajo, entre las piernas.

¿Alguna vez pretendería que…?

Me forcé a mirar para otro lado antes de sonrojarme más. Debía cuidarme de sus sentidos. Pero, ¿cómo olvidar la fina cadena plateada que le colgaba sobre el pecho, casi oculta entre su grueso pelaje, *que sostenía el anillo de bodas*?

Ese pequeño detalle le trajo más calor a mis mejillas que ninguna otra cosa.

—Se acerca una tormenta —dije en voz alta, tras carraspear.

—*Grande* —convino él, al parecer ignorante de mis emociones—. *Volveremos* antes.

Murmuré algo en aceptación, volviéndome a verlo una vez más.

—Este *río* es el límite de mi *propiedad* —me explicó Sir Camron, hablando despacio para pronunciar bien las palabras—. El *Río Meñique*.

Observé nuestros alrededores. La mansión había quedado completamente fuera de la vista, muy lejos detrás de nosotros como para ver la torre siquiera. Los mastines, exaltados, saltaban arriba y abajo por la ribera del río sobre las múltiples rocas húmedas y lisas que brotaban del agua, exploraban la zona mientras su amo y yo esperábamos.

—Es una notable extensión de tierra.

Sir Camron asintió con la cabeza.

—Está *partida en parcelas* pequeñas, muchos buscan *trabajo*.

Tenía sentido, muchas de las grandes haciendas en el Valle Ancho estaban administradas como pequeños feudos de la misma manera.

—Ya veo. Y hay tantas ruinas por aquí —comenté, casual—. En el libro que me dio su hermana, dice que la gente loba reclamó el Valle Hundido hace menos de trescientos veranos. Estos edificios parecen ser mucho más viejos.

Tenía la esperanza de que la respuesta a eso no fuera demasiado compleja.

Sir Camron observó la torre rota.

—*Otra* gente vivía aquí antes. Ellos *hicieron* del valle lo que es. *Murieron* hace mucho.

Fruncí el ceño.

—¿A qué se refiere con que *hicieron del valle lo que es*?

Mi esposo juntó las riendas de Estampida y el caballo le siguió.

—Lo *hicieron verde*.

Empezó a alejarse.

Llevando a Rowan por detrás, troté hasta ponerme a su lado una vez más, nos acercábamos a la vieja torre mohosa. Todo lo que quedaba de lo que debió ser una antigua atalaya era una escalera resbaladiza, prácticamente intacta, que llevaba al interior de un edificio que se caía a pedazos, sin techo. Las piedras eran grandes y lisas, muchas de ellas dormían en el lecho del río o habían desaparecido, más que seguro depredadas para usar en la construcción de nuevas casas o fortalezas en otra parte.

—¿Puede contarme más sobre la gente antigua?

—No. *Pero* la *bruja* quizá pueda.

—Se refiere a Madame Tessala.

—Sí.

—¿Me llevaría a visitar a Madame, entonces? Hace tiempo que tengo la intención de darle las gracias por ayudarme con mi lesión, y…

Sir Camron no respondió. Con un movimiento crudo levantó la mano de una manera que me heló la sangre y me obligó a cerrar la boca de inmediato. Me quedé de piedra, atenta a la tensión que mantenía sus hombros y orejas tiesas y apuntando al frente, a lo rígida que estaba su cola. La postura, casi agazapado e inclinado hacia delante, me recordó a la de un sabueso al acecho. Incluso los mastines, silenciosos como fantasmas, se habían agachado junto a mí.

Era una quietud muy diferente, una que me llenó el alma de miedo.

Había algo rondando más allá de los arbustos.

Sir Camron se quitó el arco de la espalda y recogió una flecha de cola roja, luego puso las riendas de Estampida en una de mis manos. Se movía despacio, con esos peligrosos ojos de plata muy abiertos y enfocados en la distancia.

—Aquí —susurró, en un gruñido bajo—. *Silencio.*

No estaba segura de si me lo decía a mí o a los perros, pero los tres obedecimos.

Se aproximó a la espesura sin hacer un solo sonido, pisando con mucho cuidado.

Yo no podía ver nada, los arbustos eran muy altos y profusos. ¿Qué tal si era un oso? ¿No dijo que había muchos en la zona? Los osos eran muy grandes como para derribarlos con flechas, y ruidosos por naturaleza. No se escuchaba nada extraño. Pero, otra vez, me olvidaba de que la naturaleza extraordinaria de Sir Camron lo dejaba leguas por delante de mis tristes sentidos, era razonable que no me diera cuenta del peligro. Si es que era peligro.

Mi esposo desapareció en una brecha de los arbustos. Por un largo rato, nada pasó. Los mastines se quedaron a mi lado, vigilando con inquietante atención. Hasta los caballos mantenían la cabeza en alto, atentos a la inesperada quietud. Aunque mi pulso era muy rápido como para ser una medida de tiempo confiable, empecé a contar cada latido.

Cerca de la marca de los quinientos, me di por vencida y dejé que el miedo me invadiera.

Me di cuenta de que ya ni siquiera los pájaros cantaban…

¿Y si una desgracia había caído sobre Sir Camron?

Un berrido estrangulado en la distancia me hizo soltar un grito, al ruido le siguieron los ecos brutales de una lucha bestial. Los mastines lloriquearon y se alzaron hasta quedar sentados, cerrando la guardia en torno a mí, y di unos pasos atrás buscando refugio entre los cuerpos macizos de los caballos. Estampida resopló con fuerza varias veces, amenazante.

Pero después de más berridos y ladridos cortantes, el silencio volvió para señalar el fin de lo que sea que estuviera ocurriendo por allá, y el bosque lentamente regresó a la normalidad como si nada pasara.

Reconocí los pasos, y por fin, la forma de Sir Camron cuando embistió los arbustos al acercarse, cargando sobre sus fuertes hombros el pesado bulto de un gran ciervo de cola blanca. Parecía imposible. La cabeza sin vida del animal colgaba sobre uno de sus brazos, un macho, a juzgar por los pequeños brotes de cornamenta creciendo apenas por encima de sus grandes orejas. Los perros no desperdiciaron un instante y fueron a su encuentro, aullando y ladrando con felicidad en lo que saltaban alrededor de su amo. La camisa y la capa de mi esposo estaban bañadas en sangre oscura, al igual que su lupino hocico y rostro, y las dos flechas que traía en el puño junto con el arco.

Solté las riendas de los caballos y corrí hacia él, levantándome las faldas.

—¡Sir Camron! ¿Está herido?

Él sacudió la cabeza.

—No es mi *sangre*.

Sir Camron bajó a la presa en el suelo ante los caballos, luego estiró el cuello hacia un lado y hacia el otro. Dejó las armas sobre una piedra, se quitó la capa y las botas, y se dirigió hacia el río para lavarse.

Me quedé atrás, paralizada. El ciervo tenía más heridas que simples flechazos.

Su garganta estaba destrozada en jirones sangrientos y el pelaje de color nuez marcado con largas laceraciones, cuatro a la vez y muy parecidas entre sí.

¿Colmillos y garras, tal vez?

Otro escalofrío me invadió, forzándome a abrir los ojos a la verdad.

¿Qué tal si un día lo hacía enojar tanto, tanto, que usaría esos colmillos y garras en mí?

No. No, no. Él me había rogado que no le tuviera miedo.

¿Se daba cuenta de lo contradictorio de su súplica?

—Buena *suerte* —dijo Sir Camron, una vez que terminó de lavarse la sangre del hocico—. No hay muchos *ciervos por* aquí.

Salí de mi estupor enseguida y le sonreí por reflejo.

—Sí. Una buena presa. Felicitaciones.

Él resopló algo y sus ojos cristalinos se clavaron en mí.

—¿Acaso ocurre algo? —preguntó, esta vez muy claro y correcto.

—Deberíamos continuar, deseo ver más antes de que la tormenta nos obligue a volver.

Sir Camron me observó por unos pocos latidos, muy serio, agachado en la ribera del río en lo que se lavaba esas manos inhumanas y sus antebrazos peludos. El agua fluyó roja por detrás de él. Seguro sospechaba del súbito tono agudo de mi voz y de la forma en que me retorcía los dedos. Intenté parar y apretar las dos manos sobre mi estómago, para darle la impresión de que estaba bien.

Se paró, la camisa mojada se pegó a las formas de su pecho como otra piel.

—Muy bien —aceptó, asintió una vez—. Vamos al *Sur, ahora*.

*****

Regresamos a la mansión cuando los cielos se oscurecieron casi por completo, saturados de nubes cargadas de lluvia y trueno. Sir Camron comentó que la tormenta aún se encontraba muy lejos y que se desataría cuando todos estuviéramos dormidos.

Él parecía muy tranquilo al respecto.

Yo, por otro lado, tenía la certeza de que no pegaría un ojo.

Sir Camron estuvo un poco distante el resto del día, y para ser honesta, yo tampoco dije mucho. La conversación se limitó a cosas

mundanas que podía ver, a las que él pudiera contestar sin esforzarse demasiado. Nos comportábamos con gran educación, claro, pero podía percibir la incomodidad latente y me sentí culpable de arruinar el día otra vez.

Me hacía feliz, al menos, haber montado a caballo de nuevo después de tanto. Me trajo un extraño consuelo que no sabía que necesitaba.

Después de que puse a Rowan en el establo, Sir Camron me mandó a cenar, ya que él debía encargarse del cadáver del ciervo antes de que empezara a pudrirse, y luego se daría un baño. Era comprensible, podía olfatear la peste pútrida de la sangre en sus ropas. No quería pensar en el ciervo o en cómo lo destazaría, así que acepté su oferta y me dirigí a mi cuarto para lavarme. Un balde con agua tibia, jabón y un trapo bastarían; hasta le permití a la Joven Rhion que me ayudara para poder acabar más rápido. La muchacha estaba extática.

Aunque tenía acceso al cuarto de baño desde mi recámara, aquel espacio estaba destinado a ser compartido y no precisamente de manera privada. Mejor si lo dejaba libre para que Sir Camron pudiera usarlo.

Me vestí con las ropas de dormir, una camisa larga de lino blanco y una bata naranja liviana sobre los hombros para mantenerme caliente, luego fui al gran comedor para disfrutar de la cena que Monsieur Enron había preparado. Después de la comida, empecé por tercera vez con el libro de historias de Lady Sebreena. Era verdad que no se trataba de una buena traducción, pues estaba plagada de errores y palabras que no sonaban del todo apropiadas o que no tenían sentido, no porque su significado escapara mi conocimiento sino porque quienquiera que hubiese copiado este libro a la lenguaplana no era muy fluido con el idioma.

No me importaba demasiado, el tiempo pasó en la víspera de la tormenta. Leí hasta que el retumbar enojado de los cielos se volvió insoportable.

Noches así siempre despertaban mis peores recuerdos, en especial entre paredes de piedra tan cerradas como aquellas. Me recordaban por demás a mi hogar en el Bajo Valle Ancho. A los

amargos tiempos que viví allí, a las cosas que tuve que hacer para estar a salvo.

Mi puerta sacudiéndose en la noche, alguien forzando mi cerradura para abrirla…

Cerré el libro con fuerza y arranqué una de las velas para dirigirme a la cocina a darle las buenas noches a Madame Lyna y su esposo, luego me dirigí hacia las escaleras buscando mis aposentos seguida por la Joven Rhion. La muchacha compartía el cuarto conmigo, en una cama más pequeña cerca de las ventanas.

—¡Lo prepararé todo, mi Señora! —se ofreció ella, contenta.

Trotó por delante de mí, dejándome sola en el pasillo.

A decir verdad, permanecer en mi habitación durante lo peor de la tormenta no haría tanta diferencia, pero el espacio era más pequeño y, lo más importante, tenía la llave de la puerta.

Yo tenía la llave.

Bendito fuera mi esposo por darme el privilegio.

Caminar en la semioscuridad mientras una tiene la cabeza en otro lado nunca es una gran idea: casi di un grito cuando vi a Sir Camron emerger de sus habitaciones. La alta forma de sus hombros, su canina cabeza y sus orejas quedaron recortadas por un resplandor fugaz que entró por la delgada ventana al final del pasaje. Levanté la vela por instinto, el brillo dorado rebotó en aquellos ojos de plata; él seguía erguido y muy quieto en el umbral de su puerta, el pelaje de su pecho y cuello todavía chorreaba agua.

No me atreví a mirar más abajo.

—Mis disculpas —me dijo, en un refunfuño pesado—. No deseaba *asustarla*.

—No, está bien. Sólo me iba a dormir.

Asintió con la cabeza y dio un paso atrás para meterse a su dormitorio, a punto de cerrar la puerta.

Nuestros ojos se encontraron por última vez.

—Buenas noches. —murmuró él.

—Buenas noches, Sir Camron.

Mi corazón dio un salto, me pregunté si quizá debería pedirle que…

No. La Joven Rhion dormiría en la misma recámara conmigo. Todo estaría bien.

11. Una Noche Fatídica

Un pozo sin fondo se abrió bajo mis botas, salido de la nada, y caí en la negrura siguiendo el desconsolado eco de un lamento distante. Más, más y más rápido, hasta que…

… me desperté con el resplandor de un relámpago, desorientado.

La tormenta parecía más salvaje de lo que había anticipado. El viento y la lluvia rugían afuera, golpeando con violencia los vidrios de mi ventana. Un silbido sobrenatural me heló la sangre e hizo que el pelaje a lo largo de mi espina se erizara. Un trueno ensordecedor, como cien palitos secos quebrándose en rápida sucesión, explotó poco después de la luz cegadora. Gañí, echando maldiciones por lo bajo en la lengualoba.

Las tormentas nunca tuvieron poder sobre mí. Aquel gemido triste, sin embargo, parecía haber escapado de mis pesadillas.

Y venía de la recámara de Lady Fay.

Me escoció el pecho. Busqué mis pantalones entre relámpago y relámpago, luego me dirigí hacia la puerta en lo que luchaba por captar las voces angustiadas y los pies que golpeteaban el piso de madera. No pude distinguir palabras, pero las sensaciones me llegaron a través de las paredes y supe que algo no andaba bien. Cuando abrí la puerta, me topé con Rhion en el pasillo, sostenía una vela temblorosa en la mano. Llevaba ropa de dormir modesta, pero su cabello castaño estaba suelto y sus ojos lucían vidriosos. El olor de su desesperación me dio de lleno en la cara.

—¡Sir Camron! ¡Qué alivio!

—¿Qué? —pregunté, en un gruñido.

—¡Por favor, venga! ¡La Dama no está bien!

La muchacha corrió hacia los aposentos de su ama, yo la seguí y lo primero que me llamó la atención fue la cama, al encontrarla deshecha y en desorden. El aire mismo olía distinto allí, un mal presentimiento me retorció las entrañas. Rhion recorrió la habitación encendiendo toda vela que podía encontrar, y luego miró detrás del biombo.

—¿Mi Señora?

Nadie le respondió, sólo la lluvia furiosa.

—*¿Dónde?* —ladré.

Rhion estaba paralizada.

—¡No lo sé, se encontraba aquí hace un momento!

Di una vuelta por el cuarto. El olor a miel y terror de Lady Fay estaba por todas partes, pero su llanto parecía haberse movido a otro lugar, y sólo había una dirección en la cual pudo haber ido si no había usado la puerta principal. Más allá del biombo, descubrí exactamente lo que esperaba ver.

Casi se me detuvo el corazón.

—El subsuelo. —gruñí.

Agarré el portavela más cercano y corrí hacia la escalera oculta.

Mis sentidos se ajustaron enseguida en lo que bajaba los escalones al trote, ganando más y más confianza en tanto más me acercaba a su voz sollozante. ¿Cómo había llegado tan lejos, en mitad de la noche y sin una fuente de luz? ¿Estaba herida? No olfateaba sangre. Mis pies al fin tocaron la fría piedra del piso del sótano. Como cualquier buen cazador, seguí a mi nariz y a mis orejas llevando la vela por delante hasta que la pobre iluminación descubrió para mí una figura encorvada, acurrucada al lado de la bañera de piedra. Ahí estaba. Con las manos sobre las orejas, temblando y jadeando.

Me quedé helado, luchando para soportar el olor repelente de su miedo. Algo acerca de la forma en que respiraba y gemía me llevó hacia atrás en el tiempo, a cuando era un cachorro y solía esconderme bajo la cama. No recuerdo con exactitud por qué hacía tal cosa, pero sabía que una vez, hacía mucho, me sentí igual que ella: *sobrecogido de terror*.

Y sabía qué hacer al respecto.

Dejé la vela en el borde de la bañera y me agaché:

—Mi Señora —la llamé, suavizando mi voz lo más posible—. Por *favor, míreme*.

Tomó aire con fuerza, rompiendo así el ciclo de su respiración errática.

Su pelo también estaba suelto, grueso y abundante; Lady Fay bajó los brazos con cautela y me miró entre mechones enroscados. Cuando sus ojos se toparon conmigo, la expresión de su bello rostro cambió por completo de angustia tortuosa a un alivio más que evidente.

Lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Sir Camron!

Lady Fay se arrastró hacia mí, lanzándose a mis brazos.

El peso de su cuerpo me dio de frente y caí de espaldas contra la bañera de piedra. Me ardía la nariz, el corazón me galopaba fuera de control. No estaba muy seguro de cómo responder, pero ella se aferró a mí con tanta fuerza, desesperada, con los brazos en torno a mi cuello, que no pude evitar estrecharla aún más cerca. Podía percibir un golpeteo rápido contra mi carne, a través de la suave presión de sus pechos. La profundidad de su agitación provocó en mí una urgencia irracional de mostrar los dientes hacia una amenaza invisible.

Se trepó a mi regazo, tratando de fundirse conmigo…

—¡Tengo la llave! —murmuró.

No le encontré sentido. Estaba atrapado en la niebla de sus emociones, intoxicado por una docena de olores distintos, deliciosos, que se fueron directamente a la parte más primitiva de mi ser. Una llamada antigua, más allá de la naturaleza, me llenó las venas con el fuego líquido de una excitación que no desconocía, pero que siempre sentí fuera de lugar. No parecía una reacción inadecuada, en aquel momento. Ella era tan pequeña comparada conmigo, frágil, sólo vestida con un fino camisón y tan vulnerable.

Estrujé su joven cuerpo entre mis brazos, apretándola fuerte.

Como nunca abracé a nadie en mi vida.

Los pies ligeros de Rhion pronto nos alcanzaron.

—¡Mi Señora! —lloriqueó la muchacha, y cayó de rodillas—. ¡Mi Señora! ¿Se encuentra usted bien?

Su voz me forzó a recuperar la cabeza. La niebla se aclaró lo suficiente como para poder forzar a Lady Fay a soltarme, así se acomodaba mejor sobre mi regazo. Rhion le tocó el hombro y la espalda, y la Dama lanzó un brazo hacia ella, agarrando la muñeca de la muchacha como una serpiente al ataque.

Tenía los nudillos blancos. Rhion soltó un grito.

—*Tranquila* —barboté—. Suelte.

Cubrí la pequeña mano de Lady Fay con la mía, lo más gentil que pude, y la obligué a liberar a la doncella. Sus dedos estaban crispados. Guie su puño abajo, hacia su regazo, y lo sostuve ahí en lo que le frotaba la cintura con movimientos relajantes. Allí abajo la tormenta no parecía tan aterradora, los sonidos nos llegaban más débiles.

Poco a poco, ella se ablandó en mis brazos y respiré hondo.

—Todo está bien. —suspiré, apoyando la mejilla en su cabeza.

—¡Todo está bien! —repitió Lady Fay, su voz tan quebrada que casi no entendí nada de lo que dijo—. Todo está bien, tengo una llave de la cerradura.

Otra vez eso. Parecía como si ella se encontrara en otro lugar, muy lejos.

Frunciendo el ceño, miré a Rhion.

—*Explica.*

La muchacha vaciló, pero se limpió las lágrimas del rostro y empezó, farfullando:

—N-no sé, la Dama y yo fuimos a dormir con normalidad pero más tarde me despertó un ruido. Ella estaba de pie y andando, hablando sinsentidos sobre la puerta. No estaba con llave, no entendí nada, así que traté de ayudarla… ¡pero ni siquiera me veía! Cada vez que estallaba un trueno, mi Señora gritaba. ¡Me asusté mucho yo también, señor, ella parecía atrapada en un sueño! No me oía, así que fui a buscarlo a usted. ¡Y ella desapareció!

Empezó con calma pero pronto la mayoría de sus palabras se perdieron unas con otras, bajo la presión, y la joven se desmoronó

en llanto. Gruñí algo, incapaz de decir nada coherente por el momento.

Los hombros de Rhion temblaban de vergüenza.

—¡Me disculpo, Sir Camron! ¡Me encomendó el cuidado de su Señora esposa, y yo…!

La interrumpí con un ronquido de advertencia.

—¡No! No *llores*. Ayúdame.

—¡Sí, Sir Camron!

No era sabio quedarse en el frío y la humedad del subsuelo por mucho tiempo, sin importar lo eficiente que pareciera como escondite. Aunque su corazón seguía latiendo con fuerza contra mi propio pecho, Lady Fay ya no temblaba. Deslicé una mano por debajo de sus rodillas y la envolví con el otro brazo, para manipular su peso hasta agacharme y finalmente, ponerme de pie y cargarla conmigo. Su cabello largo y oscuro se derramó por sobre mi hombro como una cascada.

La Dama gimió algo que no entendí pero enseguida cayó en la comodidad de mi agarre, y me dirigí hacia la escalera, para regresar a sus habitaciones. Rhion juntó las velas y me siguió, casi trotando.

—¿Qué necesita que haga, Sir Camron? —me preguntó la muchacha, una vez arriba.

—*Prepara* té. —le ordené.

Quizá estaba tan sacudida por toda la situación que no me entendió. Se quedó mirándome, parpadeando en confusión.

Yo tenía las manos ocupadas.

—¡Té! —ladré.

—¡S-sí! ¡Enseguida!

Rhion se fue a la carrera, otro relámpago llenó la habitación con su luz.

Luego llegó el retumbar del trueno. No me pareció demasiado fuerte, pero Lady Fay volvió a estremecerse y no pude evitar gañir por lo bajo. Sabía que ella le temía a las tormentas, pero nunca imaginé que su temor estuviera tan arraigado. Quizá era la suma de muchas presiones, al estar recientemente casada con un desconocido y alejada de su hogar y de la vida cómoda que había conocido. Lejos de su familia.

¿Le quedaba alguien más, aparte de Eanna DeVries? No sabía.

La dejé sola por tanto tiempo, una extraña en una tierra extraña.

Las maquinaciones de mi mente me distrajeron lo suficiente como para acallar otros impulsos, y por fin pude respirar tranquilo. Me senté en su cama, con cuidado, llevando a Lady Fay en mi regazo. Sostuve una de sus manos en la mía y le abracé la cintura con el otro brazo.

Ella se apretó contra mí enseguida, otra vez.

Qué sorprendente que se aferrara a mí, de todas las personas.

A mí, al maldito medio-hombre, medio-bestia.

—No *llore* —susurré, con las orejas pegadas a la cabeza—. No tenga miedo.

Me di cuenta de la inutilidad que le estaba pidiendo cuando el interior del cuarto volvió a transformarse en un carnaval de luces coloridas y otro estruendo se desató. Ella enterró las uñas muy profundo en las almohadillas de mi palma. Todo lo demás me llegó de manera natural: la solté y descansé mi mano abierta en su espalda, debajo de su lustroso cabello, para frotar con suavidad desde sus hombros hacia la cintura. Lady Fay no se resistió, al cabo de unos latidos la tensión que le atenazaba los músculos empezó a aflojarse. Parecía a punto de volver.

Mi madre solía hacer eso, cuando era un cachorro; me dejaba subirme a su regazo y dormir en sus brazos mientras me peinaba el pelaje del cuello con los dedos. A veces, hasta me cantaba una canción y yo apretaba la oreja contra su pecho, acurrucado en su calor y mirando hacia arriba, a su rostro sonriente, mientras ella espantaba todos mis miedos con amor.

Sin pensarlo, empecé a tararear la melodía en voz alta.

Y fue como magia: Lady Fay parpadeó varias veces y respiró hondo, más calmada. Ya no sentía que estuviera abrazando una bolsa llena de piedras.

—Esa canción —murmuró—. La conozco.

Me callé, pero mis orejas se alzaron.

—Es vieja.

Lady Fay se apartó con cuidado. Sólo quería tomar una posición más cómoda, para juntar las manos sobre su propio regazo y, para

mi deleite, volvió a recostarse en mí.

—Es hermosa. Mi institutriz cantaba una canción así para mí, cuando era niña.

Tenía algo en la palma, que quizá había estado dentro de su puño todo el tiempo pero no noté antes. La llave de su puerta.

Los dos hablamos al mismo tiempo:

—*Mis disculpas*…

Nos detuvimos, también al mismo tiempo.

Un trueno largo y ominoso como un ronquido sonó muy lejos de nosotros.

Le hice un gesto, ofreciéndole tomar la iniciativa. Ella empezó de nuevo:

—Mis disculpas, Sir Camron. No sé qué se apoderó de mí, debió ser una pesadilla fruto de la tormenta, y no pude…

Se detuvo a la mitad cuando le agarré la muñeca, gruñendo bajito.

—No.

—¿No? —repitió.

—Olvídese.

Ella volvió a abrir la boca (para refutarme, tal vez), pero acabó frunciendo el ceño.

—Hice un alboroto en medio de la noche.

—No es su culpa. Todo está bien.

Mis palabras parecieron reconfortarla. Lady Fay bajó la cabeza y movió la mano para aferrar la mía. Sus dedos eran pequeños como astillas comparados con los míos, más gruesos y cubiertos de pelo. Con el pulgar, dibujó pequeños círculos en la almohadilla de mi palma por unos instantes, sin decir nada. No parecía querer alejarse de mí. Qué extraño.

Otro subidón de emociones se desató en mi interior, haciéndome salivar.

—¿Dónde está la Joven Rhion?

—Haciendo té —dije, tras carraspear—. ¿Se siente *mejor*?

—Sí. Se me pasará —Lady Fay se volvió a mirarme, se encontró primero con la punta de mi nariz y siguió la línea de mi hocico hasta

llegar a mis ojos—. No es la primera vez que me pasa algo así, y quizá no sea la última. Me tomará tiempo poder…

Su voz se apagó poco a poco.

Asentí con la cabeza, a su servicio:

—*Estaré* aquí.

Ella parpadeó para alejar las lágrimas.

—Gracias. Es usted tan amable.

Se me acumuló un calor raro dentro del estómago que explotó y me subió por la garganta, haciéndome gruñir otra vez.

Diría que es lo más cerca que alguna vez estaré de sonrojarme.

Cualquier deseo de agregar otras palabras dulces murió apenas capté el sonido de los pasos de Rhion en el corredor. El impulso se tradujo en una necesidad de maldecir por lo bajo en la lengualoba, pero aguanté.

Me senté más erguido, alejándome un poco de ella, y entre resoplidos manipulé el peso de Lady Fay, buscando una posición más cómoda que no me cansara tan rápido. También tuve que hacer malabares para mover mi cola de lugar, sentarme sobre ella por mucho tiempo me traería dolor de cintura más tarde. Pero no solté a mi esposa, y ella no quiso apartarse.

Se sentía tan extrañamente bonito que me necesitaran así…

Rhion entró al cuarto balanceando una tetera y dos tazas encima de una bandeja. Su mirada encontró la de su ama, la joven criada parecía a punto de llorar una vez más.

—¡Mi Señora! ¡Ya está bien!

—Me disculpo por molestarla mientras dormía, Joven Rhion. —le dijo Lady Fay, con una sonrisa contrita.

La jovencita exaltada asentó la bandeja y sirvió té en dos tazas, le acercó una a la Dama y me entregó la otra a mí. Obligados, tuvimos que separarnos; Lady Fay se sentó en la cama junto a mí, mientras yo permanecí en mi lugar, apoyado contra la cabecera. Mi esposa recibió su té con ambas manos, murmurando en agradecimiento, y tomé la otra taza para olerla. Lavanda y miel.

Lo bastante fuerte como para mantener a mi nariz rebelde distraída de otras tentaciones.

Toda la intimidad del momento se había perdido, para bien o para mal. Dejé mi té sobre la mesa de noche y le hice unas señales a Rhion. Ella tradujo:

—Sir Camron dice que no estaba al tanto de que las tormentas le afectaban así, mi Señora. También dice que usted no reaccionó así durante la gran tormenta de nieve en las montañas, durante el viaje.

Lady Fay me estaba mirando, la taza en sus manos se sacudió.

—Oh, aquello no tiene relación con esto —musitó—. No puedo explicarlo.

Por extraño que parezca, comprendí a qué se refería.

Empezó a beber su té, pero sus ojos no se apartaron de mí, por alguna razón. Parecía que por fin se estaba concentrando en otra cosa más allá de la violenta tormenta, lo que me trajo tranquilidad. O así fue, hasta que un aroma como ningún otro me llegó a la nariz; una mezcla de miel, lavanda y…

Algo más.

No estaba preparado para algo así.

—Puede volver a dormir, Joven Rhion —dijo Lady Fay—. Ya estoy mejor.

—¿Está segura, mi Señora? ¿Y si necesita algo más?

Bueno, aquello me sorprendió.

La Dama fue suave con sus palabras, pero firme en sus intenciones:

—Creo que podemos encargarnos. Le agradezco mucho.

Rhion no parecía muy convencida.

Oh, pero yo sí lo estaba. Me encontré deseándolo tanto como ella parecía quererlo. Desperdiciar una oportunidad así sería imperdonable, aunque no tenía ni idea de lo que vendría a continuación o cuánto se desviaría de mi estrategia.

Chasqueando los dedos, llamé la atención de la muchacha y le hice unas señas.

Rhion abrió los ojos como platos.

—¿En su cama, Sir Camron? ¡Jamás podría! —me respondió.

Se merecía una buena noche de descanso. Y si llegaba a necesitarlo, yo podía usar la pequeña cama que estaba junto a la ventana, pero por el momento quería estar a solas con mi esposa.

—Ve —gruñí, para más énfasis—. Úsala.

Rhion volvió a vacilar por un latido o dos, pero al final nos hizo una reverencia.

—Por supuesto. Buenas noches, mi Señora, Sir Camron.

Se aseguró de apagar todas las velas innecesarias antes de salir, dejando solamente tres o cuatro más cerca de la cama. Para cuando la puerta se cerró, Lady Fay ha se había terminado el té. Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, me olvidé de mi propia bebida. Otro relámpago se esparció por el cielo, pero los subsiguientes truenos empezaban a debilitarse y todo lo que quedaba ya era el viento que aullaba alrededor de la casona y la pesada lluvia que golpeaba el techo.

Respiré hondo de nuevo, aunque a esa altura era una pésima idea, sólo porque el dulce aroma de su compañía me reconfortaba. Y me provocaba *otras cosas*. Pero más que nada, me reconfortaba.

Se sentía bien estar ahí para ella, y que me aceptara así.

—*Pasará* pronto. —observé.

—Menos mal —suspiró Lady Fay, sosteniendo la taza y la llave de hierro en su regazo. Se echó hacia atrás contra la cabecera tallada, imitándome—. ¿Todas las tormentas en el Valle Hundido son así?

—A veces *peor*. Se inunda.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Oh.

—*Trabajo* en ello. Todo *estará* bien.

Asintió con la cabeza. No podía decir en qué pensaba ella, pero sí podía adivinar bastante bien cómo se sentía…

Cuando estiró la mano para volver a tomar la mía, sin embargo, me sorprendió de nuevo.

—No puedo decir por qué, Sir Camron —empezó, trazando líneas con la punta de sus dedos sobre mis nudillos, como si buscara algo —, pero hablar con usted es fácil. Hace que me sienta a salvo. No me he sentido así en mucho tiempo, no sabe lo que significa para mí que me haya ofrecido una llave de la cerradura de mi puerta y un espacio para estar cómoda. Es mucho más de lo que esperaba.

El nudo en mi estómago trepó hasta atorarse en mi garganta.

Su mirada se entrelazó con la mía, de nuevo. Vi dolor ahí, muy profundo.

—También resulta que usted es mucho más amable de lo que esperaba. De verdad.

Fruncí el ceño, partiéndome por dentro. Lady Fay hablaba como alguien que no ha recibido ni una migaja de compasión en su vida. Toda clase de pensamientos terribles me llenaron la mente; sacudí la cabeza y barboté:

—La dejé *por muchos* días. *Eso no fue amable.*

Me apretó un poco la mano.

—Puedo entenderlo, usted está ocupado.

—¡No fue *adrede*! Mis votos *fueron* honestos —las palabras se me agolparon una sobre la otra al tratar de salir de mi boca, de pronto hablar me costó horrores. Podría haber repetido partes de aquel discurso que terminé diciéndole mientras dormía, hace tiempo, pero las líneas se me escapaban. Sólo me hizo enfadar más conmigo mismo, y con la verdad—. Es que yo… yo no sabía.

—¿Qué no sabía?

Oh, esa idea era malísima.

Admitir el fracaso es otra cosa que no se me da muy bien:

—… qué *hacer*. Nunca tuve una *mujer* antes.

Lady Fay frunció un poquito el ceño.

—Pero, ¿qué edad tiene usted?

—Veinte y seis… o siete… quizá ocho —resoplé—. No está *claro*.

Su entrecejo se frunció aún más.

—¿Cómo puede ser? ¿Acaso su Señor padre no sabe cuánto hace que usted nació?

—Sabe cuánto hace *que me encontró*.

Vi en sus ojos el momento exacto en que lo comprendió todo, precisamente cuando se le llenaron de lágrimas. Se quedó con la boca abierta en vez de llorar, pero no hizo ruido alguno. El dulce aroma de Lady Fay de pronto quedó manchado con pesar.

—¡Oh, me disculpo muchísimo! ¡No sabía! ¡Sólo asumí que…!

—Todos lo hacen. Está bien.

Un silencio corto se estancó entre nosotros, haciéndolo peor.

—¿Puedo preguntarle qué fue de sus padres verdaderos? —empezó, pero enseguida Lady Fay sacudió la cabeza y cambió de idea—. Me disculpo, una vez más, debería dejar de indagar tanto. No necesita contestar a eso.

La conversación ya se había tornado lo bastante oscura, por lo que acepté su oferta.

Ella no necesitaba cargar con el peso de mis tragedias.

—Entonces, hable usted. —le propuse, en cambio.

—¿Sobre qué?

—*Cualquier* cosa. De usted.

Si estaba distraída, se olvidaría de todo más rápido. De la tormenta, de su miedo, de lo que le acababa de decir…

—¿Quiere que hable de mí?

Gruñí afirmativamente. Ella aún parecía confundida, pero se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo decirle, que no sepa ya?

—No la conozco. —mentí.

Porque se suponía que ella iba a convertirse en la esposa de otro.

La Dama entendió enseguida.

—Es cierto, y justo. Supongo que le debo una historia. Espero que no le moleste mi franqueza, Sir Camron —Lady Fay tomó mi mano entre las suyas, entrelazando nuestros dedos. Yo no podía mirar hacia otra parte que no fuera su delicado rostro—. A diferencia de usted, yo no puedo decir muchas cosas amables acerca de mí. Ya debe saber que mi padre y mi madre murieron hace tiempo, y que la única familia que me queda es mi madrastra. La vida con ella nunca fue fácil. Es una mujer ambiciosa. Yo era un sobrante de su matrimonio anterior. Así que lo arregló todo para que me casara con un hombre del que jamás había escuchado a fin de conseguir otra fuente de ingresos y expandir su imperio mercante, al costo de mi felicidad.

Flexioné los dedos sin pensar, desenfundando mis garras al sostenerle la mano.

Todos sospechábamos algo así, desde el momento en que la propuesta llegó a Crescent Hall, pero escucharlo directo de los labios

de la propia Lady Fay lo hacía aún más amargo. La gente ordinaria no tenía límites, había pocas cosas sagradas para ellos.

—Usted es una *Baronesa*. —recalqué.

—Y tal así que la gente común se casa por amor, si pueden permitírselo, mientras que los nobles lo hacen por deber —continuó, su voz aún estaba llena de confianza—. Me gusta pensar que a mi madrastra le salió mal el tiro, ¿sabe? Casarme con Sir Fadric se convirtió en una oportunidad de escapar más que en un castigo injusto. Lo conocí una vez y bailamos juntos. Parecía un hombre bueno.

Lady Fay me miró de reojo, rápido.

—No quiero ofenderlo, Sir Camron, pero deseo que su hermano pueda volver —susurró—. No le guardo rencor, al contrario.

Aquella declaración rozó un nervio sensible dentro de mí, algo retorcido se agitó.

—*Yo también quiero que vuelva.* —dije, tratando de tragarme un gruñido.

Porque tenía que dar explicaciones, y recibir su castigo. Porque hice cosas por él, avalado por nuestro amor de hermanos, y me traicionó. La traicionó a ella, por sobre todas las cosas, a una mujer buena que había confiado en sus promesas.

¿Qué haría ella si Fadric regresaba? ¿Querría irse con él?

Su olor era tan puro. Claramente, estaba fascinada con mi hermano.

Y me miraba de una manera rara, también, como si no pudiera creer lo que acababa de decirle.

Pero cuando Lady Fay volvió a estirar la mano hacia mí, sus dedos se posaron en mi brazo, más cerca del hombro, y se movió hacia arriba trazando la línea de mi clavícula en contra del patrón de crecimiento de mi pelaje. La piel por debajo ardía dondequiera que me tocase. Contuve el aliento, quieto más allá de lo natural por un largo rato. Se desvió entonces, bajando por el centro de mi pecho, y cubrió el violento palpitar de mi corazón con la palma.

Tocó el anillo de bodas que colgaba de mi cuello, en una sencilla cadena plateada.

Me quemaba. Juraría que dentro de *mí había llamas*.

—Su pelaje es más suave de lo que creí.

—¿Lo es?

No tenía forma de saber. Las almohadillas en mis manos y pies no tenían sensibilidad más allá del calor o el frío, o si algo era liso o rugoso. Me encontré estudiando los labios de Lady Fay otra vez. Su piel también parecía muy suave, pero nunca lo comprobaría.

—Mucho. —afirmó ella.

Mis ojos se perdieron vagando desde su boca hacia su pecho, admirando las formas ocultas. Los finos lacitos que mantenían cerrado el frente de su camisón estaban lo bastante sueltos como para echar un vistazo a la curva de sus senos, se me secó la garganta enseguida.

De nuevo, el calor revoloteó dentro de mí, provocándome incomodidad en la entrepierna.

Por fortuna, ella rompió el hechizo:

—¿Le importaría quedarse conmigo esta noche, Sir Camron? ¿Es mucho pedir?

Oh, sería la perdición misma, pero ¿por qué carajo me negaría?

Quemarse nunca se había sentido tan bien.

—Si es lo que *quiere*.

—Gracias —murmuró—. ¿Puedo pedirle otro favor, entonces?

Esa mano en mi pecho me sacaba de quicio. Asentí una vez.

—Como ya sabe, su hermana me obsequió un libro de historias de la gente loba —sonrió un poco—. Me gustaría discutir esas historias con usted, un día. Su hermana también mencionó que usted disfruta de leer, y pensé que… bueno, entiendo que mantener una conversación larga, en este momento, puede ser difícil para ambos.

Alcé las orejas de repente. Ella hizo una pausa, reuniendo coraje.

—Quiero aprender el lenguaje de las manos. ¿Me lo enseñaría?

Me quedé mirándola, paralizado. Durante el suficiente tiempo como para confundirla.

—Sir Camron.

—M-mañana. —la interrumpí enseguida.

—¿Mañana?

—Debo *practicar*. Le enseño, y *practicamos* hablar.

Ella volvió a parpadear varias veces.

—¿Me está proponiendo… un intercambio?

—Sí.

El corazón me dio un salto, empujando una inusual alegría a través de todo mi cuerpo. Mi cola idiota empezó a agitarse contra el colchón, como loca, hasta que la aplasté poniéndole el puño encima. Pero, ¿qué estaba haciendo? El lenguaje de las manos no era difícil de aprender, pero me tomaría un tiempo que no tenía. ¡El valle entero contaba conmigo! ¡La temporada de los monzones llegaría pronto y los planos de construcción todavía requerían muchos ajustes!

¡No se suponía que ella quisiera permanecer a mi lado!

Pero la sonrisa que me devolvió a continuación…

Esa sonrisa hizo que el perro faldero en mí lloriqueara y suplicara.

—¡Entonces disfrutaré mucho de practicar con usted, Sir Camron! —me dijo.

*****

Por supuesto que no dormí una mierda aquella noche.

Animé a Lady Fay a seguir hablando hasta mucho después de que pasara la tormenta, y cuando por fin cerró los ojos, me quedé a su lado haciendo guardia, tenía la cabeza apoyada en la almohada pero su mano entrelazada con la mía. No me atreví a salir de la cama hasta que las nubes se partieron y las primeras luces del amanecer reverberaron en brillantes colores a través de las ventanas. Una horda de pensamientos me habían pasado por la cabeza, llevándome a tomar decisiones que temía lamentar después.

Y ahí estaba, la oportunidad perfecta para entregarle mi carta de intenciones.

Estaba despierta cuando me fui, pero eso no me detuvo de ir directo a mi recámara. Con cuidado de no perturbar el sueño de Rhion, busqué la nota que mantenía segura y escondida dentro de un libro viejo, y volví al cuarto de Lady Fay.

Ella ya estaba sentada en el costado de la cama, sosteniendo aquel cofrecito en el regazo.

Antes siquiera de que yo pudiera darle los buenos días, me habló:

—También tengo un intercambio para ofrecer. Algo que podría serle útil.

Lady Fay abrió el cofre y reunió algo que guardaba ahí adentro, papeles doblados y atados con una cinta de seda negra.

—Sir Fadric me escribió algunas cartas, después del anuncio del compromiso —dijo, su voz no delató emoción alguna más allá de una calma inquietante—. ¿Puede ser que, sin darse cuenta, haya dejado alguna pista escrita en ellas? Información que podría servir para buscarlo, quiero decir. Usted es su familia, después de todo. Lo conoce mucho mejor que yo.

Levantó los papeles hacia mí, sosteniéndolos con las dos manos como una ofrenda.

Se me erizaron todos los pelos, al instante.

Despacio, empecé a bajar las orejas hacia atrás. Escondí la mano derecha detrás de mí y aplasté la nota dentro de mi puño, convirtiéndola en un amasijo; el corazón me galopaba tan rápido que pensé que se me saldría del pecho y huiría. Un horror inenarrable se filtró en mis venas, al darme cuenta de que estuve así de cerca de joderlo todo de nuevo.

—¿Sir Camron? —me llamó ella, confundida por mi silencio.

Las cartas.

Se quedó con las cartas de Fadric.

Las cartas que *yo escribí por él*.

12. No Todo lo que Brilla

Cuando dije que sabía cosas acerca de Lady Fay, no era solamente un comentario al azar. Más allá de las partes más importantes de su historia familiar, de su edad, de su fe y su nivel de educación, sabía que ella amaba la estación de la cosecha y todas sus frutas más dulces, que su color favorito era el azul y que una vez tuvo un gato llamado Peeves. Sabía que disfrutaba de los libros y de montar a caballo (dos libertades con las que debía ser precavida), y que le disgustaban la joyería pomposa o los vestidos recargados. Ella sabía cómo cuidar de un jardín y cuáles hierbas eran las mejores para curar fiebres o dolores de estómago. Tocaba la lira y el laúd, sus habilidades para dibujar eran modestas.

Extrañaba a su padre, cada día.

Sabía esas cosas porque ella me las dijo, en sus cartas.

Excepto que creía que le estaba escribiendo a mi hermano Fadric.

Estaba al tanto de que las tormentas eran un problema para Lady Fay, pero nunca me di cuenta de cuán grande. Una de sus cartas empezaba con *'Hay una tempestad afuera que parece a punto de derribar la mansión y llevarse mi cordura consigo. Puede que descarte estas líneas luego, pero, por favor, permítame el consuelo de sentarme a escribirlas.'*

¿Es patético que recuerde casi cada una de sus palabras?

¿Y cómo no hacerlo? Escribí cinco respuestas, sólo porque ella no volvió a enviar ninguna.

Me resultaba entrañable, como mínimo, aunque quizá fuese demasiado peligroso. Había cosas que Padre no necesitaba saber, y que estaría mucho mejor si las ignoraba, incluso después de los eventos de la boda misma. El comportamiento de mi hermano me

tomó completamente desprevenido. Fadric no estaba muy contento con la idea de ser elegido para una boda arreglada (por fuera del clan, encima de todo), pero nunca pensé que sería capaz de insultar no sólo a la novia sino a la familia entera de tal manera.

Mi silencio sólo estaba llevando el olor de Lady Fay hacia la preocupación.

—¿Sucede algo malo, Sir Camron?

Sacudí la cabeza y traté de sonreír un poco, o lo más parecido.

Escondí la nota abollada dentro de mi puño y estiré la otra mano para recibir el fajo de cartas que ella me ofrecía. Me incliné con toda la gracia que pude reunir, pero mis orejas eran demasiado testarudas para adoptar una expresión que no pusiera en evidencia mis verdaderos sentimientos.

—Muchas gracias, mi Señora. —dije, con cuidado de no barbotar palabras malsonantes.

—¿Le gustaría que comiéramos juntos, otra vez? —me preguntó.

Su rostro lleno de alegría era tan bello que dolía. Más de la mitad de mí no deseaba otra cosa excepto pasar otra mañana esplendorosa en su compañía, incluso si era sólo para oír sus felicitaciones acerca de mi casa y la gentileza que me adjudicaba. El resto de mí tiraba en la dirección opuesta, llevando la voz de la razón y todo su peso.

Si quería que funcionara, tenía que hacerme cargo de algo antes de que fuera tarde.

—Me disculpo, tengo *ocupaciones*.

Su sonrisa decayó, pero Lady Fay asintió con la cabeza. Cerró el pequeño cofre y le puso las dos manos encima de la tapa. No habría protesta ni insistencia de su parte.

Y me mataba dejarla así.

—*Cenaremos*. —le prometí, en lo que salía hacia el pasillo.

*****

Estampida no era el más veloz de los caballos, pero seguro era el más fuerte y resistente. Si mantenía un paso firme, mi potro podía sacarle ventaja incluso a los mejores corceles del establo de mi

padre, un hecho que me llenaba de orgullo en épocas de torneo. Aquella mañana, sin embargo, forcé al pobre bastardo a correr a toda velocidad por el camino principal hasta que llegamos a Crescent Hall.

Era muy temprano y la mayoría de los hombres ya estaban en el campo, recolectando los escombros que la tormenta había dejado a su paso. Pasé al galope por el puente y la puerta principal, ignorando a los guardias, y me dirigí hacia el gran patio. Mi visita no sería social. Si no estaba de turno en la guardia, encontraría a mi primo Bredon sentado detrás de un enorme escritorio de roble con la nariz metida dentro de un legajo, en el entrepiso de la biblioteca. Y acerté: sostenía una pluma blanca en su mano derecha y tenía la frente apoyada en la izquierda, sus ojos estaban fijos en las páginas desplegadas. Como Tesorero del Clan Gris, Bredon debía mantener una mente afilada y ser rápido con los números, además de considerar todas las formas en las que podíamos ganar monedas para la familia.

No parecía muy conforme con los números ese día.

Bredon estaba tan ensimismado en lo suyo que no se dio cuenta de que subí las escaleras hasta que no hice ruido adrede con los talones, para hacerle saber. Se le resbaló la pluma entre los dedos y su mirada verde me encontró, veloz como el relámpago.

—Primo —me saludó, con una pequeña sonrisa—. No esperaba verte hoy.

Me acerqué al enorme escritorio, observando la superficie desordenada con curiosidad.

Algunos papeles no eran reportes ni documentos de cuentas, sino carteles de recompensa. En varios idiomas distintos, y de diversa calidad.

—¿Qué pasa? —pregunté. Ambos sabíamos de qué hablaba.

Él sacudió la cabeza.

—Lo de siempre, problemas de moneda. La construcción de este nuevo camino y su puerta nos está costando una fortuna, las otras casas no están dispuestas a ayudarnos a cubrir los gastos con el argumento de que ya contribuyeron con la mayoría de la mano de

obra. —Bredon se echó hacia atrás en la silla, derrumbándose contra el respaldo acolchado.

No sabía que el clan tenía problemas de moneda, señalé, pensativo.

¿Por qué mi padre no me había hablado de esto?

—Aún tenemos suficiente para sostenernos hasta el final del verano, espero que la llegada de las caravanas VonDarach en la primavera tardía traiga buenas oportunidades de comercio. Eso es, si no se suscita algún otro inconveniente entretanto —suspiró. Bredon puso la pluma de vuelta en el tintero. Percibí inseguridad en él—. Estoy pensando en que deberíamos perseguir más recompensas fuera del valle para reunir riquezas, a modo de contingencia, pero todavía no le he presentado esta opción a Su Señoría.

Por generaciones, el Clan Gris había sobrevivido más que nada de la renta generada a través de recolectar recompensas de los reinos y ducados aledaños, pero en tiempos recientes y desde que mis hermanos mayores empezaron a casarse, aquel negocio tan peligroso quedó relegado al trasfondo de nuestras vidas. Poco a poco, la familia se volcó a un estilo de vida provinciano para asegurar la supervivencia de los cachorros. Crescent Hall todavía recibía cartas de aviso de recompensa con frecuencia, pero sólo tomábamos aquellas que pagaban mejor. Una vez, fue el deber de mi padre y sus hermanos; luego Rothfern, Kenley y Fadric tomaron la iniciativa y lideraron las cacerías, sin cuestionamiento alguno desde que puedo recordar.

El Clan Blanco tenía sus mercenarios, los Rojos tenían sus minas inagotables, los Dorados sus preciosos bosques y cultivos; nosotros teníamos nuestras habilidades de caza. Yo no era ajeno las cacerías, habiendo capturado algunos fugitivos por mi cuenta. Pero me faltaba la experiencia de mis hermanos mayores, y de plano no tenía la nariz prodigiosa de Fadric.

Nuestros mejores rastreadores están fuera, dije, con las manos. *Sería arriesgado*.

—No todos, Camron. Tú y yo seguimos aquí, puedo liderar y tú puedes atraparlos —se rió. Le dediqué una mirada exasperada y Bredon sacudió la mano en el aire, restándole importancia al asunto

—. Sólo es una idea que estoy considerando, no te preocupes. ¿Qué necesitas?

Claro, casi me olvidaba de por qué corrí hasta el castillo tan apurado. Honestamente, no era la mejor de las ideas pero no se me ocurría otra por el momento: saqué el papel abollado de un bolsillo y lo puse sobre el escritorio de Bredon, y lo aplasté con las dos manos.

Él se movió en la silla, inclinándose hacia delante.

—Haz algo *por* mí —le dije, y luego señalé; *Necesito que copies el contenido de esa carta con tu letra.*

Mi primo frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué? Incluso con esos dedos enormes, tu caligrafía es mejor que la mía.

No preguntes, sólo hazlo. Es muy importante para mí, agregué.

Las arrugas en su frente se suavizaron, pero ahora tenía curiosidad.

Mi primo levantó el pedazo de papel y leyó las palabras por encima, no intenté detenerlo. Si de verdad iba a ayudarme, entonces cobraría pleno conocimiento del contenido de un modo u otro. Por otro lado, no tenía nada que ocultar, el mensaje era plano y sencillo, y aun así lo bastante afectuoso como para darle a la Dama confianza y seguridad sobre nuestra unión. Mis intenciones y promesas eran claras.

Me encogí recordando algunas de las líneas que escribí.

Quizá sí era un poco (demasiado) íntimo, pero Bredon no lo sabía.

—Esto es una carta para Lady Fay. —observó, bajando el papel.

Asentí una vez, con fiereza.

—Y parece estar muy bien, ¿por qué quieres que yo la copie?

Con una serie de signos rápidos, le dije: *Ella no puede ver mi letra todavía.*

Bredon resopló una risita, soltando la carta encima del legajo.

—¿Y por qué no? Camron, ¿qué está pasando?

Hice una pausa, esforzándome por oír lo más lejos posible a nuestro alrededor. Aullido de viento y pájaros cantando, voces distantes que hacían eco en los pisos por debajo de nosotros. Era

muy temprano para clases, así que la Biblioteca estaba vacía. Parecía bastante seguro. No quería que nadie descubriera esto, mi mayor orgullo también era mi más grande vergüenza, de un modo u otro.

Suspiré profundo y levanté ambas manos otra vez:

Cuando la estaba cortejando, Fadric le envió algunas cartas a Lady Fay, empecé, tratando de mantener una expresión estoica. Pero entonces mis orejas se cayeron un poco; no pude seguir escondiendo la pena. *Él no escribió ninguna. Yo fui el autor.*

Bredon parpadeó varias veces, muy rápido.

—Perdona, primo, pero, ¿podrías repetir la última parte? Creo que no entendí.

Usé gestos más lentos esa vez: *Yo escribí las cartas que Fadric le envió a Lady Fay durante su cortejo.*

—¿Quieres decir que él te las dictó y tú las escribiste?

Sacudí la cabeza, bufando con exasperación.

—Yo las *escribí*. Las *palabras* son todas mías. —vocalicé, despacio, entre dientes apretados.

Se quedó mirándome fijo, con la boca abierta.

El silencio entre nosotros se estiró tanto que terminé tragándome un gañido.

No me mires así, le pedí en señas, con el ceño muy fruncido.

—¿Y cómo debería mirarte? ¡Estabas confabulado con Fadric!

—¡NO ES ASÍ!

Le enseñé los colmillos y gruñí con ferocidad, Bredon respondió del mismo modo y se puso de pie a los trompicones. Los sonidos retumbaron en las paredes de piedra. El escritorio era lo único que nos impedía lanzarnos sobre la garganta del otro, y el olor desagradable de nuestras emociones combinadas (mi vergüenza y rabia, su decepción y enojo) lo hacía todo aún más insoportable.

Mi primo acabó por dar un paso atrás para romper la tensión.

—Explícame. —demandó, molesto.

Yo tenía los puños tan apretados que tuve que usar la voz:

—Me lo pidió como un *favor*. Dijo que yo *escribo mejor* que él.

—¿Y accediste a cortejar a la novia en su lugar?

—No le vi *nada* de malo.

—Bueno, ahora tiene más sentido —Bredon caminó hacia un lado y al otro, lanzando las manos al aire—. Ahora veo por qué estabas tan ansioso por ofrecerte y pronunciar los votos; ¡estabas actuando por pura culpa! ¿Sabías que Fadric planeaba escaparse?

Le contesté con un gruñido profundo.

—*NO. Lo juro.*

Él me devolvió una mirada asesina, tomó aire con fuerza. Mi olor debió convencerlo.

La expresión de Bredon se suavizó y volvió a suspirar, poniendo las dos manos encima del escritorio.

—¿Acaso esto no hace más sencillo decirle la verdad a Lady Fay, entonces?

Moví las manos con nerviosismo: *¡Está fascinada con Fadric! Me lo dijo. No puedo dejar que sepa que yo estaba detrás de esto, ¡la destrozará! ¡Imagina la vergüenza! ¡No sólo rechazada por el hombre al que fue prometida, sino que le mintió de principio a fin!*

—Lady Fay está fascinada con quien escribió esas cartas. Y resulta que eres tú.

Gruñí otra vez, bajando los brazos.

—No lo entiendes.

—Lo que no entiendo es por qué deseas seguir mintiéndole.

Resoplé, haciendo gestos con rapidez de nuevo; *Necesito que confíes en mí por ahora. Te lo ruego, primo.*

—Me pregunto lo que dice el Código de la Caballería sobre esto.

—*No uses el Código contra…*

Cerré la boca enseguida cuando oí que una puerta se abría, en un pasillo cercano.

Empujé la nota hacia Bredon, echando las orejas hacia atrás en una súplica silenciosa.

Él hizo una mueca, pero unos pocos latidos después mi primo terminó por poner los ojos en blanco con un pequeño gañido propio. Levantó la carta, la dobló en cuatro partes y la metió dentro de uno de sus propios bolsillos.

—Muy bien. Tendré la copia lista mañana, pero me devolverás este favor.

Me puse una mano sobre el pecho y le hice una reverencia, entregándome a sus demandas; no había necesidad de palabras entre nosotros. Bredon y yo también éramos como hermanos, nos habíamos criado juntos. Volvió a su silla, para seguir trabajando.

Yo estaba a punto de dar la vuelta para irme.

—Oh, tus hermanos están volviendo —me dijo—. Recibimos un mensaje anoche.

Me tomó un latido o dos reaccionar, y señalé: *¿Encontraron a Fadric, al fin?*

Bredon sacudió la cabeza.

—La búsqueda continúa, pero sin Rothfern ni Kenley.

Aquello sonó tan extraño como reconfortante. Me pregunté por qué los rastreadores más experimentados y de mejor calidad que tenía el grupo decidirían renunciar. No es por restarle importancia a las habilidades de Aubert o Eilhardt, pero eran más jóvenes que Fadric y más fáciles de engatusar. A mí me había engatusado con facilidad, por lo menos.

—¿*Por* qué?

—No lo sé, sólo fueron unas líneas diciendo que están en camino, esperan llegar antes de la luna llena. Pero ya conoces a Roth. Tiene que ser por algo importante. Supongo que discutiré el tema de las recompensas con él, cuando esté aquí.

Un alivio extraño me bajó por el cuerpo, forzando el golpeteo de mi corazón a suavizarse.

Mi primo tenía los labios apretados, mirando a la nada.

—Tenía un buen plan entre manos, parece —murmuró Bredon, obviamente hablando de Fadric esa vez—. Para evadir así a todos, por tanto tiempo; no creo que haya actuado solo… y espero que tú sepas lo que estás haciendo aquí, Camron.

Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza, con seguridad, y mantener la boca cerrada. Aún me quedaba una parada en la ruta del día.

*****

En ausencia de mi esposo, me dediqué a explorar el jardín.

Hierbas, árboles frutales, algunas pequeñas parcelas de cultivos comunes y otras plantas comestibles convivían en armonía con hermosos rosales de flores blancas, amarillas y de suave tono rosado, casi tan grandes como mi cara. Todo ello, desplegado fuera de las cocinas y en plena floración. Una fragancia adorable llenaba el aire y lo hacía un lugar perfecto para leer o tomar el té, fuera allí o bajo la sombra fresca de los enormes sauces que bordeaban la pendiente que llevaba a la curva del río, por detrás de la casa. Los dos mastines gigantescos me siguieron, probándome una vez más que, incluso si me llegaban a la cintura y se veían aterradores, sólo eran cachorros dulces y juguetones.

Mi única queja era la decisión de la Joven Rhion de seguirme a todas partes.

Tener una doncella para mí era… extenuante. Yo era una Dama de la baja nobleza y esposa de un honorable caballero, como tal, tenía sentido que tuviera sirvientes a mi cargo.

Pero me resultaba tan fácil olvidarme de mi posición…

Sir Camron le había encargado a la niña que atendiera todas mis necesidades, y, por las diosas, ella cumpliría con su deber. La muchacha no era el problema, ya que la Joven Rhion era inocente y energética; es que yo era capaz de bañarme y vestirme sola. Me gustaba arreglar mi propio cabello, no necesitaba que otros se ocuparan de mi cama o de barrer el piso, levantar mi ropa para lavarla, servirme comidas o que abrieran puertas para mí. Mi salud era excelente, tenía dos manos y dos piernas fuertes. La Joven Rhion parecía confundida cada vez que le negaba algo, dígase cualquier tarea menor que yo podía completar por mi cuenta. No sabía qué hacer con ella, honestamente.

Porque me sentía culpable por los eventos de la noche anterior, le permití ayudarme a elegir algunas flores y ramas para hacer una corona.

—Me quedaré aquí, en el jardín. No se preocupe.

—Traeré una canasta con refrigerios, mi Señora.

Volvió un rato después con aguamiel, queso, miel y pan, y nos sentamos en la pared baja de piedra para compartirlos mientras yo trabajaba en mi proyecto. La Joven Rhion me ofrecía pequeños

tentempiés, muy solícita, mientras atestiguaba con la mayor de las atenciones cómo yo tejía ramas de sauce hasta formar un círculo.

—¡Se ha cortado el dedo! —señaló, de pronto.

Le sonreí.

—No es nada. Las rosas eran testarudas.

—Pero, mi Señora, ¡sus manos!

—Todo está bien, tengo muchas cicatrices en mis manos. ¿Lo ve? —le mostré la evidencia, volteando mis palmas hacia abajo—. Un pequeño corte no me asusta.

La Joven Rhion hizo una mueca.

—La mayoría de las Damas odiarían hacer trabajos manuales como estos.

Esa vez, no pude evitar reírme.

—Qué bueno que no soy como la mayoría de las Damas, entonces.

Ella cortó otra rebanada de pan y le puso miel encima, luego le dio una mordida.

Volqué mi atención sobre lo que estaba haciendo, y los tiempos amargos que la tormenta de la noche anterior se había arreglado para reflotar, una vez más.

Cuando era pequeña, mi padre era el centro de mi universo.

Él personalmente me enseñó a leer y escribir tanto en la lenguaplana como el idioma de sus ancestros, a comprender las matemáticas y llevar la administración de la casa, cómo tocar el laúd y otros instrumentos pequeños, a curar heridas sencillas y cuidar de un jardín. Cuando crecí, se dio cuenta de que como su heredera, yo necesitaba habilidades que él no podría enseñarme, y así Padre trajo a Madame McLevin a nuestra hacienda. Una institutriz de las Tierras del Oeste, gentil y laureada, se convirtió en la única madre que conocí. Mi propia madre había muerto en el parto cuando yo era muy pequeña, y la presencia amable de Madame se convirtió en el bálsamo que no sabía que necesitaba.

Ella sabía cuándo ser generosa y cuándo estricta, cómo disciplinarme cuando me portaba mal y cómo recompensarme cuando actuaba más allá de sus expectativas. Me arropaba todas las noches y besaba mis mejillas, me contaba historias de las pequeñas

fae que viven en la luna y así despertó mi interés por leer y aprender. Me enseñó, por sobre todas las cosas, a valerme por mí misma mientras mantenía mi lugar en la sociedad. Cuándo flirtear y cuándo ser firme. Con quiénes hablar y a qué personas evitar. A ser suave y refinada, pero también a pensar con inteligencia antes de actuar. Nuestro mayor valor como mujeres, me decía, es la agudeza de nuestras mentes, no la habilidad de producir un heredero tras otro.

Luego mi padre conoció a Eanna DeVries en alguna reunión social que no recuerdo.

Yo era una niña de nueve años, así que mi conocimiento del mundo no era el más vasto, pero Lady Eanna parecía una de esas personas que Madame McLevin me aconsejaría evitar como a la plaga. Parecía que yo no les gustaba mucho a mi nueva madre y sus hijos, y a ella, por supuesto, no le gustaba Madame; así que tan pronto como Lady Eanna logró endulzar el oído de mi padre, mi institutriz se marchó.

Tres veranos después, mi padre había fallecido.

No pasó ni una estación después de eso, que mi nueva madre decidió que ella quería tener el mejor cuarto de la mansión, que era el mío, y a mí me puso en un pequeño dormitorio de huéspedes cerca del almacén de invierno. Eventualmente, Lady Eanna estrechó su control sobre mí al quitarme mis juguetes e instrumentos musicales, luego mis libros de estudio y al final, mis mejores ropas. Me impidieron salir de la casa cada vez más seguido, pero mi madrastra no podía tenerme en harapos, claro. Muchos todavía preguntaban seguido por mí y ella debía mostrarle al mundo que la hija de su esposo y única heredera de la fortuna familiar estaba viva y bien. Pero no me permitía tener nada nuevo ni hecho a la medida. Se quejaba a menudo de lo caro que era mantenerme.

Mi padre no tenía parientes vivos. A la familia de mi madre nunca le gustó el hecho de que él apareció de la nada, amasó una fortuna y compró títulos de nobleza en vez de ganárselos con virtud, así que yo era poco más que una paria. Herida por la insondable pérdida de los que más amaba en el mundo, encontré algo de consuelo en las cocinas, con el viejo cocinero y las doncellas.

Por un tiempo, los sirvientes de la hacienda estuvieron de mi lado e intentaron protegerme.

El administrador del establo me enseñó, en secreto, cómo montar a caballo y cuidar de los animales. El cocinero se aseguró de que comiera tres veces al día. La costurera me enseñó a reparar mis ropas. Seguir a las doncellas todo el día me ayudó a aprender acerca del mantenimiento de la mansión.

No duró mucho; con el tiempo, la mayoría de los trabajadores fueron sistemáticamente reemplazados por caras desconocidas que no tenían lazos con la familia ni interés alguno en mí.

Nunca me sentí más aislada.

Tenía mis maneras de seguir aprendiendo, robando libros del estudio de mi padre (que aún seguía en pie, de milagro) y leyéndolos con avidez en mitad de la noche. Crecí y mi mente se agudizó, al punto que empecé a entender las artimañas de mi madrastra y cómo ella tomaba poco a poco el control de todo lo que mi padre construyó. Su legado se estaba partiendo para que una monstruosa operación liderada por Lady Enna y sus hijos se abriera paso.

Con el tiempo, como tenía que ser, mis hermanastros también se volvieron un problema.

Eran por lo menos tres o cinco veranos mayores que yo. Para cuando cumplí diez y cinco, Lady Eanna decidió convertirme en su dama de compañía, un tipo de sirviente personal pero con más clase. Eso le daba excusas para llevarme a todas partes y exponerme en público, para acallar las voces de sospecha. Hasta entonces, sus hijos Louis y Mercer nunca habían demostrado mucho interés en mí, pero en cuanto empezaron a verme junto con su madre, sus ojos comenzaron a vagar por mi cuerpo. Me regalaban sonrisas inquietantes. Comentaban entre ellos, me seguían a donde yo fuera intentando meter sus sucias manos bajo mis faldas. Más de una vez, alguien intentó meterse a mi cuarto cuando todo el mundo dormía, y aunque nunca lo pude confirmar, no dudaba de que era uno de ellos. O ambos.

Vivía aterrada cuando estaban en la casa. Aquel pequeño dormitorio con una sola puerta y la llave que mantenía atada al

cuello con una cadena eran una bendición, mi único espacio seguro.

Aprendí a hacerme invisible, a evitar a la gente que no quería ver y las situaciones que podían ser peligrosas para mí. Mis hermanastros crecieron y se casaron muy bien, tuvieron hijos que no les importaban, luego abandonaron a sus esposas y tuvieron otros hijos ilegítimos que tampoco les importaban. Gastaron más monedas de las que podía contar en empresas que no llevaban a ningún lado y reportaban cero ganancias. Solía escurrirme por ahí para espiar en los legajos. Mi madrastra se enfurecía con ellos, pero siempre perdonaba a su prole rebelde y les permitía volver a la mansión. Yo nunca dejé de cerrar mi puerta con llave, en la noche.

Si eres una persona honesta, es muy fácil creer que todos a tu alrededor también son gente buena y honesta. Hasta que descubres que no lo son, y no puedes comprender por qué alguien mentiría, engañaría o lastimaría a otros.

¿Qué fue lo que hice mal? ¿Qué pudo haber justificado su odio hacia mí?

Si hubiera permanecido viudo, a la muerte de mi padre yo me hubiera convertido en Señora de la Hacienda Darach, Baronesa VonDarach por definición tal como decían los documentos que me robé. Nací y me crié como una Dama, y el pasado de Lady Eanna era borroso y ambiguo. A veces me daba la impresión de que estaba celosa de mí, descargando su enojo y decepción en mi persona como si eso la reconfortara.

Yo era una amenaza para Eanna DeVries, *pero sólo si decidía pelear*.

Me mantuvo bajo su pulgar hasta que pudo deshacerse de mí sin manchar su reputación. Si yo le pertenecía a un hombre por matrimonio, entonces mi madrastra no necesitaría hacerse mala sangre por nada.

Me pregunto, ¿en qué clase de mujer formidable me hubiera convertido si Madame McLevin se hubiese quedado conmigo un poco más?

Vivir en el pasado no arregla nada. No culpo a mi padre ni a mi madre, ni a Madame McLevin. Ellos estaban en el pasado. Mi madrastra estaba en el pasado. La jovencita de noble cuna forzada a

convertirse en una sirvienta estaba en el pasado. Aquí yo era un lienzo en blanco, nadie en el Valle Hundido me conocía de verdad. No tenía que contarle mi historia a nadie si no lo deseaba, ni siquiera a mi esposo. ¿Para qué? ¿Para que me tuviera lástima? No quería la lástima de Sir Camron. Aún me costaba creer que se había quedado conmigo toda la noche en lo que la tormenta pasaba, dándome consuelo en vez de regañarme o tratar de tomar ventaja de la situación.

¿Quizá él no esperaba que yo fuera una esposa amorosa, sino una buena amiga?

Quizá, *ya que él no era un hombre realmente*, podría recuperar mi libertad.

Parecía que habían pasado horas cuando volví a concentrarme en la corona de ramas de sauce. Era gruesa y lo bastante resistente, y la Joven Rhion ya había elegido las mejores flores de nuestra selección para decorarla. La tormenta no dejó muchas rosas intactas, pero nos las arreglamos. Tenía la pequeña esperanza de que un obsequio tan irrelevante pusiera una sonrisa en el rostro lobuno de mi esposo, por lo menos, hasta que el gañido de uno de los enormes perros negros me hizo levantar la vista.

Madame Lyna subía por la pendiente hacia nosotras.

—Mi Señora, tiene visita. —me informó.

Yo no esperaba a nadie, pero me puse de pie y la seguí de todos modos.

13. Ningún Corazón está Hecho de Piedra

Un hombre vestido de armadura ligera empujó los portones de hierro de la entrada principal de la finca, y se metió un carruaje conocido, tirado por dos rechonchos caballos marrones. Era fácil adivinar quién iba dentro, e incluso si no esperaba verla tan pronto, no pude evitar sonreír cuando la puerta de madera se abrió de par en par.

—¡Saludos, hermana! —se rio.

—¡Lady Sebreena, qué gusto verla!

—Espero que no le moleste que haya llegado sin anunciarme.

Hice una reverencia, ella bajó los pequeños peldaños. Llevaba un vestido celeste que se ajustaba a las formas de su pecho y caderas, con una falda amplia, toda elegancia y comodidad; su largo cabello color trigo iba suelto y sin cuidado. Mi cuñada siempre se las arreglaba para parecer una princesa.

—Por favor, es más que bienvenida. Madame Lyna, por favor.

La casera y su hija también saludaron con respeto.

—Sí, mi Señora. ¿Té, en su recámara?

—Suena maravilloso. —le devolví una sonrisa.

Le dimos las gracias y tan pronto como Madame Lyna y la Joven Rhion se fueron, Lady Sebreena me agarró las dos manos y me dio unos apretones cariñosos. Se carcajeó de buena gana cuando le devolví el gesto, siguiendo la costumbre de saludo de su gente.

—Camron está en el castillo, así que tomé la ventaja. Quería que fuera una sorpresa.

Parpadeé, confundida.

—¿Una sorpresa?

Con una sonrisita misteriosa en sus bellos labios, mi cuñada estiró un brazo y apuntó hacia el carruaje. Los dos hombres que la habían acompañado luchaban para bajar un gran cofre de madera con flejes de hierro. Me acerqué despacio.

—¡Sus ropas nuevas!

—Vaya, ¿la costurera ya terminó? ¡Qué velocidad!

—Bueno, sólo es una parte del encargo —Lady Sebreena se encogió de hombros—. El resto vendrá pronto, según me aseguraron. Pero ya no podía esperar más.

La Dama instruyó a los hombres para que cargaran el baúl hacia el interior de la mansión y por las escaleras hasta mis aposentos. Entre tazas de té y una variedad de aperitivos, en la compañía de Madame Lyna y su hija, descubrimos el contenido esparciendo las ropas por toda mi cama. Mi corazón no dejaba de cocear. ¡Tantos atuendos tan estupendos! Había vestidos de todas las formas y colores para todas las ocasiones y propósitos, polainas de lana, faldas y camisas, ropa interior, medias, chalecos, ropa de dormir, un morral, abrigos livianos, zapatillas y botas, una espléndida capa con piel blanca en los bordes. Todo tan bien hecho y tan suave al tacto… perdí la noción de cada prenda en lo que Lady Sebreena me las mostraba. Hasta me parecía demasiado incluso si ella decía que sólo era una parte del encargo, no me acordaba de haber solicitado tantas ropas.

—¿Qué le parece, Lady Fay? —me preguntó mi cuñada, emocionada—. ¿Lo aprueba?

Cada prenda era fantástica. Se me hizo un nudo en la garganta.

Me senté en la cama, sosteniendo en mi regazo un chaleco bordado en vivos colores. Pensando en que había vivido de sobras por tanto tiempo que tener ropas tan finas casi parecía un sueño.

Y no me quería despertar. Hasta las doncellas estaban deleitadas.

—Es más hermoso de lo que imaginé, mi Señora —murmuré—. Muchas gracias.

Lady Sebreena se arrodilló a mi lado, sonriente, y me agarró la mano izquierda.

—Agradezca a mi hermano por las monedas. Yo simplemente manejé el asunto, pero puedo decirle sin vergüenza alguna que cada

instante de esta misión me resultó de lo más entretenido.

Dibujé una pequeña sonrisa para ella, lo más que podía lograr sintiéndome tan abrumada.

—Hay una cosa más.

—¿Todavía más? —no pude evitar soltar una risita.

—Dos cosas, de hecho.

Madame Lyna y la Joven Rhion se rieron también, pero Lady Sebreena volvió a meter las manos en el baúl y esta vez sacó dos artículos de su interior: una pequeña caja fuerte de hierro y una tela marrón que colgó de su brazo.

La cajita terminó en mi regazo. Luego, desplegó la tela:

—Ahora bien, esta es una adición que me tomé la libertad de ordenar por usted —mi cuñada me presentó un par de polainas, pero no las del tipo femenino para usar bajo los vestidos cuando hacía frío. Estaban hechas de cuero, con diseños elaborados a lo largo de las piernas y era lo bastante pequeña como para mí—. Sigo diciéndolo, toda mujer necesita uno de éstos.

Las criadas casi soltaron un grito. Yo alcé una ceja.

—Perdóneme, pero no parecen polainas de invierno.

—No lo son. Estos son pantalones, mucho más cómodos y prácticos que un vestido. Úselos alguna vez y agradézcame luego, no querrá volver a ponerse un vestido para andar a caballo nunca más, después de esto.

Oh. Bueno, aquello sonaba interesante.

—Puedo… ver el potencial.

Podía verme a mí misma usándolos para más que cabalgar: era el atuendo perfecto para embarcarse en una larga caminata por los bosques. No más faldas molestas que se enredaban en los arbustos. Lady Sebreena estiró los pantalones al pie de la cama y me señaló la cajita de hierro. Parecía tan ansiosa.

Encontré un pequeño tesoro dentro. La casera y mi doncella se acercaron un poco para ver mejor. Fue mi turno de soltar una exclamación de asombro, al sacar un puñado de cosas…

—Joyas.

Lady Sebreena juntó las manos sobre su estómago, contenta.

—Fue una orden de mi hermano. Me dijo que eligiera sólo collares simples, brazaletes y aretes; todo debía ser azul, y modesto. Esas fueron sus palabras. Yo añadí las horquillas, son mis regalos.

Separé una de las piezas, sosteniéndola ante mí. Todo estaba hecho de plata, con sencillez y elegancia, pulida casi como espejo. Comparado con los gustos opulentos de mi madrastra, la selección era todo lo que yo misma hubiera elegido si tenía que hacerlo. Los collares eran poco más que cadenas con preciosos pendientes, los aretes eran pequeños y discretos con diseños en espiral. Los brazaletes eran delgados pero hermosamente labrados.

Hasta las horquillas eran magníficas.

Cada pieza estaba decorada con una o varias gemas, y todas azules.

¿Cómo supo que me gustaba el color azul?

—Mi Señora, esto es… —empecé, sin palabras.

—Fantástico, lo sé. La plata se luce mucho más, todos creen que el oro es lo mejor.

Sacudí la cabeza. Parte de mí no quería aceptarlo, era demasiado.

La Joven Rhion estaba enloquecida, su voz disipó mis pensamientos:

—¡Oh, Lady Fay! ¡Con todo esto se verá tan hermosa para el festín de la Primera Cacería!

Lady Sebreena casi dio un saltito de emoción.

—¡Por supuesto! Asegúrese de elegir un vestido para el festín, será muy pronto —dirigió mi atención con su dedo hacia un magnífico vestido azul apoyado sobre una silla, tenía escote recto que dejaría mis hombros al descubierto y mangas largas y abiertas. Parecía que me iría ceñido al pecho y la cintura, con una intrincada red de lazos en la espalda para ajustarlo—. Ése es perfecto para un baile.

Podía ver por qué. La falda era amplia, se abriría con gracia a mi alrededor.

—¿Un baile? ¿Se requiere de mí que baile?

—Pero, claro. Las parejas recién casadas son las que inician el baile antes del festín. Debe deslumbrarlos a todos, Lady Fay, y este

vestido es perfecto —sus brillantes ojos color cielo se encontraron con los míos, y frunció un poco el ceño—. Sí sabe bailar, ¿verdad?

—No estoy familiarizada con las danzas locales.

Y me causaban pavor esas cosas; pero entendía que, como muchas otras, era mi deber.

Lady Sebreena parecía a punto de reventar.

—¡Puedo enseñarle! —se ofreció— ¡Puedo darle instrucción aquí, o puede visitarme en Crescent Hall! Aprenderá enseguida.

Otra oleada de entusiasmo se desplegó dentro de mis habitaciones, empujando lejos la nube de preocupación que se cernía sobre mí. Lady Sebreena inició una conversación con Madame Lyna, discutiendo planes y requisitos para futuras visitas. Era imposible no enamorarse de su excelente humor. Desvié los ojos hacia el vestido azul una vez más, tratando de imaginarme usándolo y adornada con esas joyas tan bonitas.

¿Cuándo fue la última vez que me permitieron asistir a una celebración?

Decidí que disfrutar un poco del momento no lastimaría a nadie.

*****

La Aguja Roja era el edificio más alto del Valle Hundido, incluso más alto que las Puertas Lunares en el Castillo Whitehall. Basado en mis propios cálculos, estaba erguida en el centro del valle, junto a la orilla de la Cuenca Plateada, y se la podía ver con facilidad desde cualquier punto dentro de las cordilleras. La bruja insistía en que aquella no era la única rareza de la torre; alguien, mucho antes de nuestra era, se había tomado muchas molestias para erigirla donde y como estaba, por razones que se habían perdido en el tiempo.

Llegué cerca del mediodía. Había una pequeña multitud en la puerta principal, muchos de los visitantes eran mujeres con bebés en brazos o niños pequeños a la zaga, lo usual. Madame Tessala era una sanadora reconocida y nunca rechazaba a nadie. Debía ser breve, entonces.

Después de atar las riendas de Estampida a una rama, me acerqué a la entrada.

No importó que mi cabeza estuviera cubierta por completo, todos sabían quién era y se hicieron a un lado enseguida, inclinándose ante mí. Devolví los saludos, por supuesto, pero como vi la puerta de madera roja totalmente abierta, decidí no esperar y me dirigí al interior de la sala principal.

Sir Morven de las Manos Sabias estaba ahí, curando una cortadura en el brazo de un hombre.

—Camron, buen día. —me dijo, mientras aplicaba ungüento en la herida.

No me sorprendió ver a Morven allí, pasaba sus mañanas asistiendo a Madame y aprendiendo de su vasta experiencia. La parte graciosa es que él parecía mucho más viejo que ella, cuando todos sabían que en realidad era al revés.

—Buen día —gruñí en respuesta— ¿Está ella?

—Arriba, en el cuarto de maceraciones. Puedes subir.

—Muchas gracias.

Fui hacia la escalera que trepaba en espiral por la pared interior de la torre.

Madame Tessala había vivido en el valle por mucho tiempo, incluso mucho antes de que yo naciera. Nadie sabía bien qué edad tenía o de dónde había venido, pero el color oscuro de su piel sugería que pertenecía a la gente del otro lado de la Brecha, la cordillera que separaba el continente de las Tierras del Este. Más allá de la Brecha, la mayoría del mundo era rocoso y seco, carente de agua o suelo propicio para cultivar o criar ganado, o eso me habían dicho. Nunca fui tan lejos de mi hogar.

Al llegar al primer piso pasé junto a un grupo de camas ocupadas por gente enferma, algunos dormían y otros tiritaban de fiebre. Traté de no respirar en lo que me dirigía al siguiente tramo de escaleras. Nunca me gustó el olor de la Aguja Roja, o el de Madame. Era una persona honesta, pero siempre olía a cualquier cosa menos su propio aroma humano y limpio. Hierbas, sangre, a veces hasta muerte. Me incomodaba.

Dos escaleras después, entré a la sala de maceraciones.

Madame siempre vestía de rojo, aquel día no era la excepción. Su vestido largo era simple y cómodo, con bolsillos y mangas largas,

suelto en torno al cuerpo. No llevaba joyas doradas en las manos o la cabeza, apenas una gargantilla pesada y lujosa que le cubría el cuello completo; pero sus párpados y labios estaban pintados de dorado y rojo, respectivamente.

Estaba erguida ante una enorme biblioteca que, en vez de guardar libros, tenía muchísimas botellas, ampollas y frascos de todos tamaños y colores, alineados a la perfección con etiquetas colgando del cuello. La habitación circular estaba atestada con máquinas monstruosas, algunas de hecho para macerar o destilar, pero otras tenían tubos de vidrio y recipientes, alambiques, botes de metal. También había un hornito y una bacinilla con agua, y toda clase de utensilios hechos con diferentes metales y materiales, cuyas formas hacían que se me erizara el pelaje. Eran sus herramientas, según ella. El techo estaba tapizado con ramos de hierbas secas que colgaban de una reja, el fuerte olor de la menta, la lavanda, la salvia, la cicuta y el cilantro, entre otros, me hacía picar la nariz.

—Espero que esta no sea la visita que me debes, muchacho. —me dijo, en vez de saludar.

Ella siempre sabía que era yo, incluso antes de que pudiera hablarle.

—No lo es. —resoplé.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? Es un día ocupado.

Chasqueé los dedos con rapidez, para llamar su atención. Madame Tessala se alejó de sus botellas de colores y me dirigió una mirada dura.

Lady Fay quiere aprender el lenguaje de las manos, señalé para ella.

Aquello capturó por completo su interés:

—¿Tan pronto? Suena encantador. Pero no tenías que venir hasta acá para decirme eso, una nota con un halcón hubiera sido más fácil.

Puse los ojos en blanco. *Necesito el libro que usaste para enseñarme, por favor*.

Madame sonrió por fin.

—Por supuesto. Ven por aquí, vamos a la biblioteca —se lavó las manos, luego levantó su vestido y me guio hacia otro tramo de

escaleras más—. ¿Y entonces? ¿Cómo te trata la vida de emparejado?

Solté un suspiro muy, muy largo en lo que caminaba tras ella. Madame se rio.

—¿Así de bien?

—Es *complicado*. —gruñí.

—No lo dudo.

Parecía que le divertía mi infortunio. Decidí no seguir alimentando su retorcido sentido del humor y sin más seguí a Madame Tessala hacia lo alto de la torre, tres pisos más hasta que salimos a otro cuarto circular completamente atestado. Tenía una gran colección; había libros por todas partes, en estanterías, apilados en el piso, abiertos sobre un atril, juntando polvo en su escritorio. Pergaminos, enrollados y descansando en orden en lo que antes fuera una bodega para botellas de vino. Había escrituras y literatura donde quiera que mirase.

Le toqué el hombro, para reclamar su atención de nuevo.

La Dama tiene buena voluntad, volví a señalar, continuando con la conversación. *Más de la que creí que demostraría. El que está en falta soy yo, que no sé cómo ser un esposo*.

Ella frunció un poco el ceño.

—Es más simple de lo que piensas. Sé caballeroso y galante, mantén su comodidad y sus necesidades en mente. Protégela, y provee. Sé honesto en tus pensamientos. Háblale. No te olvides de cortejarla cada día, la felicidad es esencial para un buen matrimonio —Madame se aproximó a una de las bibliotecas y repasó los títulos con rapidez, sacó del estante un grueso volumen encuadernado en cuero y se volvió hacia mí. Sus ojos de obsidiana eran intensos y autoritarios—. Lo más importante de un buen matrimonio es mantener una comunicación apropiada. Es el primer paso, Camron.

Traté de ignorar los problemas que su sugerencia me podía causar.

No. No tenía tiempo para eso.

—*Necesitaré* tu ayuda. —vocalicé.

—Si puedo serte útil, adelante.

Moviendo las manos, continué: *Tengo poco tiempo. Muchos proyectos que terminar antes del monzón. Sé que estás ocupada, pero si pudieras ayudarme enseñándole a Lady Fay en el día, yo podría practicar con ella en las noches*.

—¿No has visto a la gente que me espera? —bromeó Madame.

Insistí; *Lady Fay accedió a ayudarme con mi dicción si le enseñaba.*

La bruja apretó los labios.

Su olor cambió, y supe que mis palabras le habían tocado una fibra sensible.

—Bueno, pues. Me parece que ustedes dos se llevan mejor de lo que piensas —me elogió, y era algo muy infrecuente viniendo de la propia Madame Tessala—. Sea, dame unos días para organizarme. Enviaré un mensaje cuando pueda empezar con las lecciones.

Me entregó el libro, por fin. Lo recibí con ambas manos, respetuoso.

—Muchas gracias, Madame.

—Debes venir a verme más seguido, no sólo cuando necesitas algo de mí.

Le mostré los colmillos en una sonrisa arrogante.

—*Traeré* a mi esposa la *próxima* vez. —le prometí, haciendo una reverencia.

*****

Resulta que le gustó la corona de flores que hice.

Sir Camron la colgó sobre la chimenea, como si fuera otro de sus trofeos. De hecho, la puso sobre la cornamenta de una cabeza de ciervo, como si la bestia vistiera las flores para una procesión. Quizá lo hizo para complacerme, o quizá para mostrarme su aprecio, pero el acto me reconfortó de todos modos.

Y, por supuesto, comimos juntos.

Sir Camron volvió antes del atardecer y se bañó, para que pudiéramos disfrutar de más tiempo juntos. No importa lo que comimos ni las pocas palabras que intercambiamos, lo importante es que me puse uno de mis vestidos nuevos para la ocasión, para

decirle que su hermana había venido a traer mis ropas. Parecía contento de enterarse, incluso me preguntó si estaba satisfecha con el trabajo de la costurera. No podía estar más feliz, más aun ya que Lady Sebreena se había llevado todo lo que me prestó. Aunque estaba nerviosa, me las arreglé para expresarle mi gratitud, una vez más elogiando su generosidad y esfuerzos.

Mi esposo gruñó con aprobación, rezumando confianza.

Pero lo más interesante pasó después de la comida, antes de que me fuera a dormir.

Me había cambiado con un nuevo camisón y me puse un abrigo ligero sobre los hombros, esperando que Sir Camron me llamara para empezar con las lecciones… pero no pasó nada, así que decidí tomarme una última taza de té. No puedo decir que no estaba algo decepcionada, después de haberlo esperado todo el día. La Joven Rhion ya estaba bien dormida en su cama, así que podía decirse que era tarde, pero la puerta de la recámara de Sir Camron estaba abierta, señal de que él no estaba dentro.

Seguí mi camino hacia la cocina, sólo para encontrarme con mi esposo en el salón, sentado en su enorme silla-trono frente a la chimenea y con muchas hojas de papel tiradas en el piso, a su alrededor. Sostenía una tabla en su regazo con otro papel fijado encima, parecía que estaba dibujando algo.

Era imposible pasar desapercibida. Sus orejas se crisparon en cuanto entré, sus afilados ojos de plata me encontraron en el pórtico.

—Sigue despierto. —señalé lo obvio.

—Debo *terminar* esto.

Agitó una mano, como abarcando a grandes rasgos el desorden del piso.

—¿Le molesta si me siento con usted, y tomo un té?

Él asintió.

—*Por favor*, quédese.

Sus palabras sonaban mucho mejor cuando estaba calmado. Sonreí y fui a la cocina.

Un momento después volví con una tetera y dos tazas, para compartir una con él. Pero aquí es donde empieza mi desgracia:

cuando me acerqué a mi esposo con su té, haciendo malabares para no pisar los papeles desperdigados, tropecé con una tabla despareja y derramé líquido precisamente sobre uno de los dibujos. Di un grito, desconsolada.

—¡Oh, no!

Él se levantó, dejando enseguida la tabla sobre la poltrona.

—Lady Fay…

Traté de hacerme a un lado, de dejar la taza para tratar de limpiar el té, pero en mi torpeza, la larga cola de mi camisón arrastró más hojas de papel, me paré sobre dos de ellas, y cuando me giré para prevenir otro desastre, sin darme cuenta pateé un par de dibujos más…

Que terminaron volando hacia la chimenea.

—¡No! —grité, más alto.

Los papeles se encendieron enseguida, por supuesto. Desesperada, me lancé al rescate, caí de rodillas justo delante de la boca de la chimenea.

Sin pensar, traté de agarrar una de las hojas.

Las llamas, implacables, lamieron mi piel y la manga de mi abrigo.

Logré pescar una esquinita de la hoja, pero se puso negra y se achicharró, consumida por el fuego hambriento en un instante. Más rápido de lo que pude imaginarme, no quedó nada más que cenizas entre mis dedos. Pero, ¿cómo pude ser tan tonta? ¡El trabajo de Sir Camron estaba arruinado!

Ahí empezó el dolor, un sudor frío me bajó por la espalda cuando el resto de mí se percató de la situación y caí en la cuenta de que yo también me quemaba.

—¡LADY FAY!

¡Mi mano estaba en llamas!

Di un alarido, paralizada de miedo. Las flamas subieron por mi manga con avidez.

Todo pasó tan rápido que parece una locura lo mucho que dolía. Antes de que pudiera dar un parpadeo, la enorme mano de Sir Camron cayó sobre mi hombro y tiró de mí hacia atrás. Me empujó al piso y cubrió mi brazo entero con una tela blanca (su propia

camisa, se la había sacado en algún momento), mientras me retorcía y lloriqueaba de dolor. Se arrodilló a mi lado y me acunó en sus brazos, gruñendo, gimiendo bajo su aliento como un animal herido.

—*¡Todo estará bien!* —barbotó, levantándome.

Me agarré el brazo, temblando de miedo y vergüenza, y escondí mi rostro marcado por las lágrimas en el suave pelaje de su pecho. Sir Camron corrió a la cocina, me sentó sobre la mesa que estaba frente a los fogones, y enseguida salió afuera, hacia el jardín. Escuché que los perros ladraban, luego un gruñido furioso seguido de sollozos caninos. Mi cabeza daba vueltas, me dejé caer sobre el costado sano encima de la mesa y me estremecí, sosteniéndome la mano herida contra el pecho.

¿Cómo pude ser tan tonta, de verdad?

No puedo decir qué pasó, todo lo que podía pensar en aquel momento fue que no quería que él se enfadara conmigo. El corazón se me iba a salir del pecho. Traté de no llorar, pero fue inevitable. El dolor palpitante me obligó a derramar lágrimas, acaso si en silencio, mientras luchaba por respirar y sentirme mejor.

Él volvió enseguida con un manojo de gruesas hojas verdes bordeadas de espinas que supuraban un jugo naranja. Usando el cuchillo más cercano, Sir Camron peló la capa verde de una hoja para revelar un centro suave y transparente, que luego raspó con una cuchara de madera. Era sorpresivamente diestro con una cuchilla, a pesar de la forma inusual de sus dedos armados con garras.

—*¡La mano!* —demandó mi esposo, gruñendo.

Me encogí pero hice lo que me pidió, estiré mi brazo derecho para él.

Me obligó a sentarme de nuevo y tomó con gentileza mi mano herida por la muñeca, luego movió la manga chamuscada hacia mi hombro para verme la piel. Había un largo parche de color rojo en el dorso de mi mano, algunas manchas en mis dedos también. Mi antebrazo parecía indemne, pero la piel me ardía igual. Las orejas de Sir Camron se movieron hacia atrás, su hocico se cubrió de arrugas de rabia. Se veía muy amenazante. Juntó aquella pasta transparente con la punta del cuchillo y la aplicó sobre las zonas rojas, con

cuidado de no lastimarme más. La sustancia no tenía olor, pero se sentía rara y fresca al roce; en unos pocos latidos, las quemaduras dejaron de doler tanto. Dejé escapar un suspiro largo y me tragué las lágrimas, por fin.

—¿Q-qué es eso? —pregunté, temblando.

—Aloe. Buena planta.

—Nunca… había oído de ella.

Sir Camron resopló, quizá demasiado molesto como para darme una respuesta más directa. Peló más hojas para reunir más pasta, pronto toda mi mano y mi brazo hasta el codo estaban cubiertos con ella. Cuando estuvo satisfecho con su trabajo, mi esposo arrojó el cuchillo y, por fin, me miró desde su colosal altura. Sostenía mis dedos lastimados entre los suyos, brindándome calidez y consuelo. Podía saborear su irritación en el aire.

Pensé que me regañaría por ser tan descuidada, pero…

Me apretó un hombro. Sólo entonces me percaté por completo de lo cerca que estábamos del otro, de los pequeños pelitos blancos dispersos en el pelaje negro como la noche de su hocico y la gruesa melena en torno a su cuello. De nuevo, me sentí tan pequeña en su presencia.

—¿Duele?

Asentí con la cabeza.

—Terriblemente.

—*Veremos* a la *bruja* en la mañana.

Observé, fascinada, el movimiento de sus labios caninos y sus bigotes al hablar. Las puntas de esos afilados colmillos se pasearon justo frente a mis ojos. Su olor me abrumó, limpio y agradable, pero tan ajeno.

Toda mi compostura se quebró en cosa de un instante.

—Lo lamento muchísimo, Sir Camron. Su trabajo, no fue mi intención…

—Basta. —ladró.

—Mi único deseo fue…

—Dije *basta*. Puedo *hacer* más papel.

¿Cómo podía tomárselo tan a la ligera? No lo entendía. Cualquier otro habría hervido de rabia y despotricado ante mis modales tan

torpes, pero a él no le importaba. La mano que me apretaba el hombro se movió hacia el costado de mi cuello, paralizándome de nuevo. La rugosa almohadilla de su pulgar rozó la línea de mi mandíbula, con suavidad. Tragué con fuerza.

Su voz profunda y cavernosa vibró dentro de mí:

—No tenga *miedo.*

—No lo tengo.

Esos colmillos volvieron a brillar, amenazadores.

—¿Y *por qué* tiembla?

Su ceño fruncido desapareció cuando levanté mi mano sana, despacio, y le acuné la mejilla. Sus orejas se quedaron rígidas a lo alto de su cabeza.

—En el fondo, no creo que se vaya a tomar tantas molestias sólo para hacerme daño luego —susurré—. Lamento si mi instinto sigue dudando de usted, Sir Camron, pero es natural. Va a tomar tiempo.

Resopló por la nariz, echando aire caliente sobre mi rostro.

Pero entonces aquel hocico feroz se movió más cerca de mí y volví a estremecerme en lo que el lobo-hombre olfateaba mi cabello y mi frente, el costado de mi rostro y mi oreja. Sus largos bigotes me rozaron la mejilla, provocándome unas cosquillas maliciosas. Cerré los ojos. Mi mano sana se deslizó sobre el suave pelaje de su cuello y torso, enredándose en la cadena y el anillo de bodas. El dolor punzante en mi piel por fin quedó relegado a un palpitar distante que ya no parecía tan terrible.

No pude evitar sobresaltarme cuando algo tibio y húmedo me rozó la frente.

Me lamió la piel, como…

Como una especie de beso.

Mi corazón dio otro salto, inundado por un extraño deseo. Pero Sir Camron se echó para atrás más rápido que el rayo, con las orejas aplastadas y el hocico en alto; su cola, más que ninguna otra parte de su cuerpo, estaba paralizada y parecía haberse erizado, como si estuviera en presencia de una amenaza.

—*Mis disculpas* —tartamudeó, mirando hacia otro lado—. *Eso no estuvo bien.*

—Tampoco estuvo tan mal. —tosí, muy bajito.

Fue insólito, inusitado y sorpresivo, pero no diría que estuvo mal.

Bajé la mirada, me corría calor por todo el cuerpo.

—Sir Camron, ¿cómo se dan las gracias en el lenguaje de las manos?

Aunque lo tomé desprevenido con el súbito cambio de tema, después de vacilar un poco mi esposo levantó su mano derecha, bien abierta y con el pulgar perpendicular a los demás dedos, y se tocó la barbilla. Luego movió la mano hacia fuera. Un instante después, repitió el gesto: la mano abierta con la palma mirando hacia él, la punta de sus dedos tocó su barbilla, y luego hacia fuera.

Lo hizo varias veces, murmurando la palabra por lo bajo.

—¿Necesito usar mi mano derecha?

Otra vez, señalando lo obvio. Sir Camron sacudió la cabeza.

Con más entusiasmo, repetí el signo tres veces con la mano izquierda, sonriendo.

Gracias.

Gracias.

Gracias.

Él respondió con una sonrisa lobuna y movió la mano derecha otra vez, abierta de la misma manera, pero esta vez se tocó el pecho con el pulgar y sostuvo la posición.

—De nada. —bufó, contento.

14. Los Males de los Hombres

Sir Camron no pasó la noche conmigo (aunque no dudo que era su intención) por la Joven Rhion: la pobre muchacha se había despertado asustada por mis gritos y la visión de mi mano la desesperó. Para contentar a ambos, apelé a la diplomacia y prometí dejar mi puerta abierta y una vela encendida en caso de que necesitara ayuda. La quemadura por sí misma no era la gran cosa. Unas pocas ampollas que brotaron sobre mis nudillos y una tira de piel sobre el dorso de mi mano, la muñeca y a lo largo del antebrazo que se veía roja y algo tierna. La zona se sentía caliente y me ardía con vicio cada vez que arrastraba el brazo sobre las sábanas, pero gracias a la rapidez de mi esposo, el dolor ya no era insoportable.

Lo que más me molestaba era el tiempo que tendría que pasar quieta esperando a sanar. Me avergonzaba. Yo no era una persona torpe por naturaleza y ya hacía dos veces seguidas que me sucedía algo. No quería que ni Sir Camron ni nadie pensaran que era frágil o que no podía hacer cosas por mi cuenta. Al parecer, sólo tuve mala suerte.

Volví a verlo por la mañana, después de que la Joven Rhion me ayudara a lavarme y vestirme.

Entró a mi recámara cuando yo estaba tomando mi comida de la mañana, con un libro grande bajo el brazo y una banda de tela en la mano. Sir Camron se arrodilló junto a mí, en silencio. Procedió a asegurar las mangas de mi camisa y vestido por encima del codo usando la tela, para dejar la herida expuesta.

—Gracias —le dije, con una sonrisa—. Será de gran ayuda.

Él puso el libro sobre mi regazo, y nuestras miradas se encontraron.

—¿Qué es esto?

—*Para* que pueda *aprender* el lenguaje de las manos. —gruñó.

A continuación, Sir Camron levantó las dos manos, las ahuecó y juntó los nudillos, como si intentara meter los dedos en una hendidura para abrir algo a la mitad, pero manteniendo los pulgares extendidos hacia su pecho. Luego volteó ambos puños a la vez, apuntando con los pulgares hacia arriba y finalmente, hacia mí. Después, Sir Camron me señaló con el índice, y al final, levantó la mano derecha sola y curvó sólo el dedo del medio, que luego frotó dos veces contra su pecho desde el centro hacia arriba mientras mantenía la mano abierta.

—¿Cómo se siente? —dijo, impecable. Un ligero olor a menta amarga me llegó a la nariz. Vocalizó el significado de los signos a la vez que volvía a gesticular:—. ¿Cómo… se… siente?

Sonreí más todavía.

—¿Cómo señalo que *me siento bien*?

Mi esposo hizo un gesto que reconocí: la mano derecha, abierta y con los dedos apuntando hacia arriba, con el pulgar presionado en el centro de su pecho.

—Es el mismo signo para decir *de nada*. —observé.

—Sí —volvió a gruñir, y se puso en pie. Acto seguido, abrió las manos y apoyó el dorso de la derecha contra la palma de la izquierda, y sostuvo el gesto—. *Bueno, bien* —ejecutó el signo para dar las gracias, tocándose la barbilla con la punta de los dedos—. También es *bien*.

—¿Y cómo sabe cuándo usar cada uno?

Le costó un poco pronunciar la palabra:

—*Contexto*.

—Oh. ¿Esto está bien? —cuadré los hombros y reproduje la señal que significaba *bien*, pero fui un poco más allá y le agregué un agradecimiento al final—. *Me siento bien, gracias*.

—Muy bien.

Mejoraba poco a poco en esto de leer las tantas variantes de los lenguajes de Sir Camron; aunque cada vez que gruñía, algo cálido me atravesaba el cuerpo hasta llegarme a las mejillas. Era extraño, pero para nada desagradable.

Él cruzó sus enormes brazos sobre el pecho, observándome con aprobación. Mi esposo ya estaba listo para salir, con sus botas duras de puntera metálica, pantalones de cuero negro y una de sus mejores camisas blancas ajustada al torso con un chaleco, también de cuero. Llevaba un cinto con varias pequeñas bolsitas y una daga. Por supuesto, habíamos acordado visitar a Madame Tessala a primera hora de la mañana. Y aunque tenía ganas de ver a la sanadora, unos fragmentos sueltos de los eventos de la noche anterior volvieron a mí, opacando mi alegría.

—¿Puedo preguntarle algo, Sir Camron?

Alzó las orejas, pero asintió.

—¿Por qué estaban sus dibujos por todo el piso?

—Planificaba —murmuró, arqueando las cejas. Se notaban los arcos bien definidos de un pelaje ligeramente más claro por encima de sus ojos de plata—. Me ayuda a *pensar*, veo *mejor*.

—¿Planificaba qué?

—Las inundaciones.

No era la primera vez que escuchaba algo sobre las infames inundaciones, pero lo poco que podía recordar de los dibujos no tenía mucho sentido, ya que se trataba en su mayoría de estructuras desconocidas para mí y garabatos en letras gruesas y poco elegantes. De todos modos, yo no era ninguna constructora y mi experiencia estaba limitada a lo que aprendí de los viejos libros de mi padre.

Sir Camron elaboró, despacio:

—El valle es *grande*, necesito *ver* todo *para pensar mejor*.

Le llevó un rato pronunciar todas las palabras de manera correcta, pero lo esperé.

—¿Y qué fue lo que arruiné, entonces? ¿Era importante?

—No *importa*.

Suspiré, ahora sí frustrada.

—Sir Camron, debe dejar de excusar mis errores. No deseo que me trate como a una niña.

Le tembló el hocico, revelando una fila de afilados colmillos por un instante.

—Cuando la *miro*, no veo a una niña. —me dijo, con serenidad.

Su tono fue tan claro y honesto que me llegó muy adentro, haciendo que mi corazón diera un salto. Me mordí el interior de la mejilla. ¿Acaso estaba pasando por alto lo mucho que le importaba mi bienestar? Nunca pensé que lo consideraría, siquiera, pero lo que sea que tiraba de mí en su dirección, aquella fuerza que era tan natural como inevitable… no quería luchar contra ella en aquel momento.

Cuando volví a levantar la vista para buscar sus ojos, Sir Camron movió las dos manos bien abiertas delante de su pecho (con las palmas vueltas hacia sí mismo), de adelante hacia atrás y fuera de sincronía.

—No es *importante*. —murmuró.

Repitió el gesto y las palabras, yo imité sus acciones.

—No es importante —dije, en voz alta—. Me disculpo, de nuevo.

Él entrecerró sus ojos de plata en señal de advertencia.

Basta de disculpas, sí. Cayó el silencio entre nosotros mientras yo recorría con los dedos los bordes del libro en mi regazo. Era pesado, encuadernado con cuero y olía viejo, algo rancio. Tocado por muchas manos, disfrutado por muchos ojos. Antes de que pudiera preguntar algo al respecto, Sir Camron me sorprendió con otra propuesta:

—Venga conmigo, antes de *irnos*.

*****

Era la primera vez en… mucho tiempo, de verdad, que permitía que alguien más entrara a mi estudio privado.

Tenía la sensación de que, si ella comprendía lo que yo estaba haciendo, se sentiría mejor acerca de sí misma, así que la llevé hacia ese espacio cerrado con paredes de madera tapizadas de diseños para proyectos corrientes o futuros. Había una gran mesa de madera blanca salpicada con tiza y lápices de carbón, pilas de papeles, mapas y otras herramientas. Desperdigados en varias mesas de trabajo, tenía algunos artefactos inacabados y chucherías que compraba para luego desarmarlas, tratando de descifrar sus secretos. Unos estantes peligrosamente combados contenían los libros que solía consultar con más frecuencia. Estaba algo

desordenado y más que nada, sucio, el lugar olía a tinta, cera, humo, grasa, polvo…

El olor de Lady Fay bloqueaba todo. Ella se las arreglaba para capturar toda mi atención sin esfuerzo; pero aquella vez, por fortuna, yo tenía un propósito claro.

Lo que deseaba mostrarle era el mapa del Valle Hundido, copiado del mapa maestro que tenían en la Gran Biblioteca del Castillo Whitehall. Yo mismo había tallado una reproducción del mismo en la mesa para hacer mi trabajo más fácil.

Me complacía ver el interés titilando en los ojos de la joven.

Identificó el mapa más rápido de lo que yo esperaba:

—¿Dónde nos encontramos?

—Aquí —le dije, tras carraspear. Lady Fay se acercó para ver el punto que señalaba con mi dedo. Luego, hice un gesto hacia la Cuenca Plateada y las áreas circundantes hacia el Sur del lago—. Estas son las *tierras* del Clan *Gris*.

El valle tenía una forma muy peculiar: era alargado, mucho más ancho y redondeado en nuestro extremo, más largo y angosto hacia el Norte. Las montañas también eran más altas de nuestro lado, y más robustas. La hondonada se veía mucho más pronunciada desde el medio del valle hacia el lado Sur, además, mientras que hacia el Norte el suelo era más alto, rocoso. Varios ríos más allá de las cordilleras convergían en una enorme catarata debajo de las Puertas Lunares, en el extremo boreal, y partía la zona al medio para desembocar en el lago. A partir de allí, cinco pequeños ríos se abrían desde el lago en nuestra dirección y dividiendo las tierras en varias regiones. Aquellos cauces, cada uno llamado como un dedo de la mano, fueron hechos por el hombre… tal como muchas otras cosas en el valle.

—Este lado es más bajo. Se inunda —expliqué, hablando despacio para que las palabras fluyeran sin interrupciones—. Cada *verano*, con las *grandes* lluvias, desde que mi gente se asentó aquí. En algunas estaciones más que en *otras*. En algunas estaciones, la gente *muere*. Voy a *corregir* eso.

El discurso, aunque no lo había practicado, me salió mejor de lo previsto.

Lady Fay miró hacia el Norte del mapa y luego al Sur, estudiándolo.

—Ya veo. ¿Y cómo pretende conseguir eso?

—*Controlando* el agua.

Llevaba tiempo trabajando en una solución, con relativo éxito. La cosa es que, cuando los ríos por fuera del valle crecían y el hielo se derretía, entraba muchísimo más agua en nuestros dominios por el Norte que la que salía por Mooncrest Falls, al Sur. No teníamos idea de cómo se drenaba, pero yo sospechaba que el lago mismo estaba conectado a una red de cavernas subterráneas que pasaba por debajo de las montañas, hacia el Oeste. Se lo expliqué a los Lores varias veces. El agua tenía que salir por alguna parte, de lo contrario el valle estaría inundado a perpetuidad y sería inhabitable. No se sabía la profundidad concreta del lago, por lo que ignorábamos que había ahí abajo y era muy peligroso meterse a averiguarlo. La presencia de pequeñas islas, sin embargo, sugería que la Cuenca Plateada no era un pozo sin fondo como la mayoría de los campesinos creía.

Incluso con las medidas ya implementadas, el agua seguía elevándose más allá de lo que era seguro y necesitaba varias quincenas para drenarse por completo. Dejaba nuestra mitad del valle aislada del otro lado, destrozaba cultivos, bosques y granjas, mataba ganado y animales salvajes.

Mucha gente había perecido también, en el pasado. Demasiada.

Traté de explicarle todo eso a Lady Fay con la mayor simpleza. Me costaba menos si usaba los dibujos que hice con pintura de carbón en unas láminas de vidrio, una forma sagaz de demostrar mis planes sobre el verdadero plano. Era tan satisfactorio, ella me escuchaba y comprendía enseguida.

—Así que su idea es desviar el exceso de agua construyendo zanjas.

Asentí con la cabeza.

—Diques y *compuertas*, también.

Del mismo modo que con los cinco ríos, al crear un cauce artificial podríamos controlar los daños con más eficiencia. Ése era el primer paso. Todavía necesitaba inventar algo para drenar el exceso

de agua y alejarlo de nuestras tierras. Siempre se podían construir paredes más altas y mejores diques, pero sin una estrategia de drenado concreta, era inútil.

—Es increíble —susurró Lady Fay, alzando la cabeza para mirarme—. La escala, la complejidad… me impresiona. No me extraña que necesite verlo todo a la vez, no puede llevar esta mesa a todas partes.

Un pinchazo de gratificación me entibió las entrañas.

Percibir su entusiasmo también encendió otras cosas dentro de mí, sus palabras llegaron a todos los lugares correctos.

—Hago lo que puedo.

Una buena parte del trabajo ya estaba hecho, realizado por aquellos que habitaron en el valle antes que nosotros. Pero muchas estructuras habían colapsado con el tiempo, enterradas bajo deslizamientos de roca o barro, y yo no comprendía bien cómo se habían construido o cómo funcionaban. Me hubieran servido de mucho las notas del arquitecto, lo malo es que no estaba seguro de que existieran: en la Gran Biblioteca se conservaban muchos textos antiguos, el gran obstáculo era que nadie podía leerlos. Ni siquiera Madame Tessala con toda su sabiduría.

El Valle Hundido era rico, una extraña joya perdida en el frío Norte. Contábamos con un exceso de metales y piedras raras y valiosas, en el suelo y bajo las montañas. Un tipo de hierro que no se podía encontrar en ninguna otra parte y que servía para hacer las mejores espadas. La tierra era fértil y nos daba magníficos cultivos todo el año, los árboles y el pasto crecían con total libertad y rapidez, el clima era agradable con veranos más bien cálidos e inviernos manejables. Estaba muy bien fortificado, para que nadie pudiera traspasar nuestras fronteras sin que lo supiéramos.

—Es una *tierra perfecta para asentamientos*. —comenté, al terminar.

La paciencia de Lady Fay era la de una santa, sin duda. No se quejó ni trató de ayudarme con las palabras, ni una vez. Me dio mi espacio y me escuchó.

—Parece perfecto, pero, ¿qué pasó con la gente que vivía aquí antes? —dijo, con el ceño un poco fruncido—. ¿Por qué se fueron?

Yo sólo me encogí de hombros, sacudiendo apenas la cabeza.

Mi padre dijo una vez que tanta riqueza tenía que estar maldita de alguna manera. Bueno, a lo mejor tenía razón. Los últimos monzones habían sido manejables, pero ese no sería el caso siempre y todo el mundo estaba dolorosamente consciente de ello. A menos que tuviera éxito pronto, podríamos encontrarnos en la misma situación de hacía ocho temporadas de cosecha atrás.

Cuando mi madre murió.

Lady Fay se acunó la mano herida contra el pecho, mientras observaba la mesa.

—¿Hay alguna manera de que pueda ayudarlo, Sir Camron? —me preguntó.

La solicitud me tomó por sorpresa, tanto así que me tardé un momento en responder:

—Mi Señora…

—Tiene que haber algo que pueda hacer —Lady Fay dio la vuelta alrededor de la mesa y me enfrentó, sus ojos estaban llenos de determinación—. Puede que no sea tan lista, pero lo que me falta de sesos puedo compensarlo de otras maneras. Estoy dispuesta.

Parpadeé varias veces, muy rápido. Nunca nadie me había ofrecido ayuda. Jamás.

Mis hermanos y hermana me querían y confiaban en mi conocimiento, pero tendían a mantenerse alejados de mis asuntos. Había muchos artesanos habilidosos y hombres muy sabios en el valle y en los otros clanes, pero la mayoría decían que era difícil trabajar conmigo. Resolví valerme por mí mismo en todo sentido; después de todo, podía trabajar tan rápido como vinieran a mi mente las soluciones para los problemas que tenía delante. No me molestaba hacer las cosas solo.

Y ella quería ayudarme, quería pasar tiempo conmigo, hablar y aprender mis idiomas.

Se me cayeron un poco las orejas. ¿Quién era yo para prohibírselo?

—Supongo… —murmuré—… que puedo *pensar* en algo.

¿Qué estaba haciendo?

El brillo de su sonrisa casi me cegó:

—¡Muchas gracias, Sir Camron! Le prometo que daré lo mejor de mí.

¿Estaba tan desesperado por su atención, de verdad?

La fragancia de su dulce felicidad me inundó los pulmones y supe que estaba totalmente perdido. Iba en contra de todo buen juicio, por supuesto, pero deseé poder enterrar el hocico en su cabellera y aspirar aquel maravilloso aroma hasta que mis sentidos se emborracharan de ella. Quise poder apretar su cuerpo contra el mío y sentir los latidos de su corazón en mi propio pecho, me hubiera gustado…

Malditos fueran mis instintos bestiales.

Debía despejar la cabeza antes de que el hambre me sedujera aún más. Por fortuna, después de llevar a Lady Fay con la bruja, tenía que atender un asunto en Crescent Hall. Oír a mi primo quejarse era justo el tipo de disuasivo que necesitaba.

*****

—Cuando dijiste que traerías a tu esposa la próxima vez, no esperaba esto.

Madame Tessala arqueó una ceja, mirándonos con escepticismo.

Sir Camron gruñó por lo bajo.

—Un *accidente*.

No pude hacer más que sonreír un poco, aunque la mano me dolía otra vez.

—Ya veo. Vengan conmigo.

La sanadora nos llevó por varios tramos de escalera en espiral, dentro de la torre. Mi esposo le habló en el lenguaje de las manos, muy rápido, y luego de eso se excusó y me dejó a solas con Madame. Me sentí algo decepcionada de que se fuera, pero estaba consciente de que tenía asuntos que atender.

—No le dejará cicatrices, querida. Tuvo suerte.

—Es bueno escuchar eso, Madame. —le contesté, en un murmullo.

La sanadora no parecía impresionada con mi mano. Una vez que Sir Camron nos dejó, nos sentamos en una larga banca acolchada y

ella resolvió lo de mi herida enseguida. Madame me aplicó un ungüento de hierbas sobre la piel afectada con mucho cuidado, mientras hablaba:

—Le vendaré el brazo una vez que haya terminado, y deberá cambiarlo dos veces al día. Use bastante ungüento cada vez, no ajuste demasiado la venda para que la piel pueda respirar. Dígale a su doncella que lave los vendajes con jabón y vinagre y los ponga a secar al sol. Hágalo por cinco días; al sexto, puede dejar de cubrir la herida, pero siga aplicando la pomada hasta que la termine. El tejido sanará muy bien en una quincena.

—Sí, muchas gracias, Madame.

Me asombraba la profundidad de la confianza que ella compartía con mi esposo. Si hubiera sido yo, y conociendo la naturaleza de la mayoría de los hombres en mi vida, hubiese hecho mil preguntas para asegurarme de que las heridas eran de hecho el fruto de un accidente tonto y nada más. Madame simplemente aceptó todo lo que Sir Camron le explicó con signos muy rápidos y asintió, como si fuera cualquier otro día en su práctica.

¿Podría algún día tener una relación así con él?

Hasta el momento, sabía que mi esposo me estimaba con respeto. Los límites de nuestro matrimonio, sin embargo, seguían sin debatirse.

Para distraerme mientras la sanadora trabajaba, resolví ser entrometida:

—¿Hace mucho que vive en el valle?

—Demasiado. —me respondió, con una sonrisa socarrona.

—¿Y siempre residió en esta torre? ¿Por su cuenta?

—Tengo un aprendiz, podría decirse… pero sí, esta torre ha sido mi hogar desde el primer día. Nadie quería un edificio ubicado en el punto más bajo de un valle que se inunda cada tanto, así que estaba prácticamente abandonado.

Recordé mi primer vistazo de cerca a la torre, en lo que Sir Camron y yo nos acercábamos a caballo, y cómo estaba construida con una piedra rojo brillante como ninguna otra… excepto que hasta el cuarto piso, más o menos, la pared era de un color más oscuro, como un carmesí apagado. Ahora tenía más sentido: la piedra debía

haber perdido su curiosa tonalidad al pasar mucho tiempo bajo el agua. Temblé, horrorizada. Un detalle tan pequeño podía decir tanto sobre la magnitud del fenómeno contra el que Sir Camron trataba de luchar.

—Ahora aplicaré el vendaje. —dijo la sanadora.

Empezó a envolverme la mano y la muñeca con una tira limpia de lino blanco.

—Este lugar tiene que estar maldito —murmuré, para mí—. Quizá todo está conectado.

—¿Qué está conectado?

Madame Tessala había terminado de vendarme, sostenía mi mano entre las suyas.

Aquel día llevaba un vestido rojo muy sencillo con mangas largas y bolsillos, un grueso collar de oro que le cubría la mayor parte de la garganta y el cuello, y un par de pesadas argollas de oro en las orejas. La belleza misteriosa de su prístina piel oscura adornada con oro y aquel maquillaje rojo quitaba el aliento, incluso con la cabeza calva Madame era una mujer impresionante.

Parpadeé, desechando mis pensamientos.

—Sinsentidos, imagino. Este valle es tan hermoso y rico, ¿no es irónico que parezca estar maldecido por los elementos? Y Sir Camron, un hombre tan sabio y trabajador, sin embargo maldecido con la forma de un monstruo. ¿No le parece que es extraño?

Madame me miró con el ceño muy fruncido.

—¿Él le mencionó lo de la maldición?

—Vagamente. Lady Sebreena me contó lo demás.

La sanadora murmuró una palabra que no reconocí y puso los ojos en blanco.

Se paró y fue hacia una gran estantería de madera atestada de botellas, vasijas y cajas, de la que sacó un pote de cerámica y dos rollos de tela. Metió los tres elementos dentro de una pequeña faltriquera de cuero.

—No existe tal cosa. Llamarlo maldición le da a Camron algo de control sobre lo que no puede entender, le reconforta. Eso es todo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Madame Tessala me dedicó una mirada reservada para los niños pequeños:

—Querida mía, he estado en muchos lugares y he visto muchas cosas; la magia no es una de ellas. Lo que sí presencié fueron las consecuencias de creer en la magia —la sanadora me entregó el bolsito, me paré para recibirlo—. ¿Qué tanto sabe usted acerca de la gente loba?

Cuadré los hombros con dignidad, y me até la faltriquera a la cintura.

—Lady Sebreena me obsequió un libro de historias. Aprendí mucho.

—Así que, está al tanto de la ocurrencia natural del cambio de forma.

—No lo he visto aún, Sir Camron es el único lobo-hombre que conozco.

—Quizá sea el único lobo-hombre que ha visto en su otra piel, pero no es el único por aquí. Y créame, el cambio en sí mismo no es algo que usted desee ver.

—Bueno, pues, si Sir Camron no está maldito, ¿por qué no puede cambiar de forma y volver a convertirse en un hombre?

Debí sonar muy frustrada, porque Madame bufó y dejó caer los hombros.

—Sígame.

Me dio la espalda y se dirigió hacia otro tramo de escaleras, y yo fui por detrás.

Trepamos más y más alto dentro de la torre, el viento aullaba y soplaba con fuerza por las ventanas mientras más subíamos. Casi me daba miedo mirar hacia afuera. Perdí la cuenta de la cantidad de pisos que pasamos, pero teníamos que estar llegando muy cerca de la cúspide; cada cuarto me parecía igual al anterior: atestados con estanterías de madera llenas a reventar de libros, pergaminos, códices y manuscritos. Al final, la sanadora me llevó hacia otra habitación circular con un gran escritorio y una mesa larga que claramente estaba manchada con sangre vieja.

El aire olía muy raro allí, me erizó la piel. Descubrí una calavera pesada con hocico largo y colmillos afilados, posada en el escritorio.

Antes de que pudiera hacer un comentario al respecto, Madame Tessala abrió un libro enorme y me llamó la atención hacia una página en particular.

—A esto se resume todo, mi Señora.

Había dos dibujos, uno era de un hombre y el otro de un lobo-hombre, erguidos uno junto al otro y sosteniéndose el brazo por la muñeca, en un saludo. El arte era fantástico, detallado al punto de que me hizo sonrojar.

—Verá usted, el cuerpo es uno y el mismo, pero el cambio tiene un precio. Puede ser muy doloroso si no se lo practica con frecuencia. Los jóvenes cachorros se convierten en hombres el día en que les brota el pelaje por primera vez, lo que tiende a suceder entre los nueve años y los diez y cuatro. A veces más tarde, pero raramente antes de eso. En su vejez, cambiar de forma se vuelve más y más difícil, hasta que un día ya no pueden hacerlo. Algunos pueden incluso pasar el resto de sus vidas atrapados en la piel del lobo… como le sucedió al buen Lord Beymon, que está allí —Madame hizo un gesto hacia la calavera, sin cuidado—. Pero también tengo registros de lobos-hombre incapaces de cambiar a la piel de la bestia durante toda su vida, a pesar de tener todas las cualidades de su gente. Considerando esto, sería bastante fuera de lo común (si es el caso), pero no del todo incorrecto, creer que Camron pueda sufrir de una condición similar, aunque revertida. No puede regresar a su forma humana, en absoluto. No por su edad, sino porque quizá nació con tal predisposición.

Me tomó un momento recuperar el control de mi lengua para hablar.

—Quiere decir… ¿*que él nació* con pelaje, colmillos y garras?

Me estremecí, conjurando en mi mente la imagen de una madre dando a luz a tal criatura. La sorpresa, el horror. La confusión y el dolor. ¿Cómo criarlo? ¿Cómo alimentarlo? ¿Cómo saber si estaba enfermo o herido? ¿Qué hacer con un niño así?

En cambio, lo que llegó a mí fue un pequeño bebé, un cachorro de lobo suave y tierno con su pequeño hocico y miembros largos, y quizá una preciosa colita…

Madame Tessala interrumpió mis pensamientos:

—No puedo decirlo con seguridad. Cuando lo conocí, era un niño mudo y ya vestía la piel del lobo. Nadie ha visto su verdadero rostro —suspiró—. Camron me dio permiso de estudiar su caso, cuando fue lo bastante mayor. No he descubierto mucho, a todas luces es tal y como cualquier otro lobo-hombre aún debajo de esa anatomía tan inusual. Sus funciones corporales son normales, es pasmosamente inteligente y sabe desenvolverse, es fuerte y rápido, puede usar sus sentidos especiales sin problemas, sus heridas sanan enseguida… incluso es capaz de sentir lujuria y deseo como cualquier otro hombre.

Tragué con fuerza. Mis ojos se desviaron hacia los dibujos en el libro.

—¿Y él es… como cualquier hombre, *ahí abajo*? —me atreví a preguntar.

Madame Tessala arqueó una ceja.

—¿Qué sabe sobre eso, mi niña?

—Los hombres son como los perros, los toros y los caballos. Se aparean. Así es como nacen los hijos.

Ella entrecerró sus ojos negros, con diversión.

—¡Muy observadora! Los hombres pueden ser como perros, toros o caballos, así es. De muchas formas diferentes —Madame se rio—. Sí, su esposo es como cualquier otro hombre donde cuenta. No disfrutó en absoluto esa parte del estudio, pero tengo registros. Estoy bastante segura de que podría engendrar un hijo, en las circunstancias adecuadas, ya que todo le funciona con propiedad.

Un calor abrasador me subió por las mejillas y de pronto me ardió la garganta.

—Oh. —grazné.

—La pregunta es, supongo, si usted como su esposa estaría dispuesta a rendir su cuerpo a una criatura así.

Me atraganté con mi propia respiración. ¿Es que era tan fácil leerme?

Estoy segura de que mi cara estaba tan roja como los ladrillos de la torre. Traté de decir algo, pero no me salió ni una palabra. Mi silencio le dio a Madame el pie para continuar:

—Por supuesto, todos por aquí se oponen con fuerza a la idea de aparearse mientras llevan la piel del lobo: lo consideran impropio, una bajeza. Estos lobos-hombres se vanaglorian de ser civilizados, por encima de los animales y los hombres ordinarios —dijo Madame. Acarició el dibujo del lobo-hombre en el libro, con la punta de los dedos—. Me quedo pensando, sin embargo, en cómo aplicar esa lógica cuando tomamos en cuenta la condición de Camron, y sus posibilidades de convertirse en padre algún día.

—Es una buena pregunta. —comenté, estrujándome los dedos.

La sanadora murmuró algo como si estuviera de acuerdo.

…pero sus ojos estaban fijos en mi rostro. Con una firmeza inquietante.

—¿Y cómo se siente usted al respecto, querida?

—¿Cómo me siento sobre qué?

—¿Se le ha ocurrido aparearse con él? Parece tener curiosidad.

Solté un gritito, a medias entre desesperada y avergonzada.

—¡N-no! ¡No puedo creer…! ¡Yo jamás…!

Madame Tessala cerró el libro y me sonrió, su tono cambió enseguida:

—Todo está bien. A veces mi trabajo está lleno de preguntas incómodas.

—¡Sir Camron ha sido perfectamente respetable! —respondí; me ardió la garganta, no solía levantar la voz a menudo. Mi corazón golpeteaba fuera de control—. ¡No tiene intención de aparearse conmigo, se lo aseguro!

Pero, ¿qué tan segura estaba yo misma de eso?

Mi memoria no se tardó en traerme recuerdos de la noche anterior, de cuando él sostuvo mi rostro en su enorme mano-zarpa, o de cómo me rozó la frente con su lengua. No lo soñé, Sir Camron *probó mi piel*, no tenía idea de lo que pasaba por su cabeza en aquel momento. ¿Fue por mi olor? ¿Le di alguna señal inconsciente, sin darme cuenta? Su comportamiento tan tímido, después, me dejó aún más confundida.

La sanadora acabó por levantar las dos manos con las palmas hacia arriba y se inclinó ante mí, doblándose en una extraña reverencia. Sostuvo la postura un largo rato.

—Me disculpo muchísimo, mi Señora. No volveré a mencionar esto, no se preocupe.

Descolocada, decidí mirar hacia cualquier otra parte que no fuera Madame.

Mi vista se tropezó con un pergamino hacia mi derecha que era muy largo como para caber apropiadamente en su estante. Estaba rasgado, una larga tira de papel colgaba en el aire, con la escritura a la vista. Sin pensarlo mucho, ladeé la cabeza y me concentré en las palabras, sólo para distraerme y calmarme.

No creerías mi sorpresa cuando me di cuenta de lo que era.

—Pensé que nunca más volvería a ver esto. —comenté.

Madame Tessala se acercó a mí con rapidez y arrancó el rollo del estante. Estiró la parte rasgada del documento, miró el contenido y luego me clavó la mirada a mí.

—Lady Fay, ¿usted puede leer lo que dice esta sección?

Sonaba tan seria. Por un instante creí que había cometido un pecado terrible.

—Sí —vacilé, confundida—. Es la lengua de la isla donde nació mi padre, él vino de más allá de los Mares del Sur, cuando era poco más que un muchacho. Yo no lo hablo muy bien, pero recuerdo la mayoría de…

Dejé de hablar cuando la sonrisa de Madame se ensanchó.

—Oh, mi Señora… —empezó, y echó a reír con toda el alma—. ¡Usted de verdad es una bendición!

15. Una Cuestión de Honor

—Creo que todo está en orden.

Bredon me entregó una pieza de papel cuidadosamente doblada con un sello de cera en el frente. Era el mismo sello que yo usaba, así que puse el papel dentro de mi chaleco, junto a mi corazón, y bajé la cabeza.

No tenía razón para desconfiar de mi primo.

—Muchas gracias. —murmuré.

—Y ahora, con respecto a ese favor que me debes…

¿Estás tan desesperado por cobrártelo? Le pregunté en señas, con una sonrisa taimada.

Bredon puso una mano abierta sobre otro papel, lo bastante diferente al resto para hacer que mis orejas se alzaran con atención. No se le veía muy animado.

—Tengo información confiable sobre una caravana de esclavistas que pasará a través de los Baldíos Helados en seis días: seis carros, al menos diez hombres y quién sabe cuántos cautivos. Si nos vamos mañana, tendremos tiempo para planificar y preparar una emboscada. Es un millar largo en coronas, doscientas de esas monedas son para ti.

Me quedé mudo por un momento.

La esclavitud, tanto como comercio y como práctica, estaba prohibida y se castigaba con severidad de nuestro lado de la Brecha. Capturar una caravana de esclavistas y traerla ante la justicia significaba que tú, como ejecutor de la recompensa, podías reclamar todo lo que los criminales traían a excepción de los esclavos. Carruajes, caballos, bueyes, provisiones, toda moneda en su posesión, incluso las ropas que llevaban puestas si querías, más allá

del premio ofrecido en la propia recompensa. La mitad del premio era para la casa, en este caso, para el clan; el resto, a ser dividido entre los cazadores.

Lo que me ponía ligeramente nervioso de todo esto eran los pequeños matices ocultos en las palabras de Bredon. El pago era en coronas, la moneda de curso de la Alianza de los Ducados del Norte, así que la oferta era sólida. Pero el monto era grande, lo que significaba que el riesgo también era considerable. Quienquiera que se atreviera a viajar a través del Borde del Invierno en vez de tomar la ruta más larga y bajar hacia el Sur por el Corredor del Este, o estaba loco, o confiaba mucho en sus planes… y los esclavistas tenían muchos recursos bajo la manga. Atraparlos era un desafío.

No era un trabajo para dos hombres, ni siquiera para dos lobos-hombre.

Pero doscientas coronas y lo que quisiera conservar eran una gran recompensa.

Levanté las manos, *¿Quién más vendrá con nosotros?*

—Deberíamos reunirnos con Nafasi en las afueras de los Manantiales Fríos, en tres días.

Oh, eso lo explicaba casi todo.

—Nafasi. —comenté, inexpresivo.

Bredon ladeó la cabeza, fingiendo inocencia.

Nafasi de la Espalda Moteada era un hombre extraño. No era un lobo-hombre, nada de eso, pero tampoco era un humano ordinario y la mayoría de nosotros no sabía qué pensar de él. La mayoría de nosotros *nunca había visto* a alguien como él. Personalmente, yo no llamaría a Nafasi un amigo, él era… más bien una hoja en el viento. Un nómada que nos visitaba seguido, intercambiando información por provisiones o monedas, un músico de talento muy envidiado que le añadía color a nuestras celebraciones con sus baladas. Rumores de todo tipo lo seguían dondequiera que fuera. La única razón por la que se le permitía entrar al valle (y se toleraba su presencia) era la palabra de Madame Tessala.

Todo el mundo respetaba a Madame, pero no hacía al asunto menos intrigante.

—Él envió el documento de la recompensa y los detalles —explicó Bredon, encogiéndose de hombros—. Es una gran oportunidad y tenemos el tiempo en contra, así que me tomé la libertad de arreglarlo todo con Lord Willem. Deberíamos estar de regreso antes de la Primera Cacería con los bolsillos llenos, Camron, para celebrar a lo grande.

Claro, la Primera Cacería y la luna llena estaban casi encima nuestro.

No cambiaba el hecho de que me tendió una trampa y yo caí justo en ella.

No puedo mentir, parte de mí tenía gran interés. No sólo por la promesa de monedas, sino por el deseo de experimentar la euforia de la caza. El resto de mí, sin embargo, odiaba la idea de abandonar a Lady Fay por días, una vez más. Era injusto. Apenas empezábamos a darle forma a nuestro matrimonio y ella se había lastimado otra vez. ¡No podía largarme sin más! Le hice promesas, había planes, ella me esperaba en la Aguja Roja con grandes esperanzas.

Proveer era una de mis responsabilidades como esposo, pero no quería irme sabiendo que ella estaba herida y triste. Tenía que ser algún tipo de venganza de los Divinos.

¿Y qué hay de tu esposa? Pregunté, en gestos. *¿No le falta poco para parir?*

Si acaso, la llegada de su hijo debería devolverle a Bredon algo de sentido común.

—El nacimiento todavía está a más de una quincena y media. Kyndra también aprueba.

Maldita sea.

Bueno, quizá deberíamos esperar a mis hermanos, insistí, con señales bruscas.

Rothfern y Kenley se nos unirían sin dudar.

—Los días están contados. No importa cuánto me gustaría, no podemos esperar a nadie más —Bredon frunció el ceño y bajó el tono de su voz, hasta se inclinó más cerca de mí—. No puedo ir sin un compañero, tampoco; ya conoces el Credo.

Nunca viajes solo. Nunca trabajes solo.

Sí, yo conocía el Credo.

Entonces deberás elegir a alguien más, estoy ocupado en este momento, le respondí.

—Te estoy eligiendo a ti. Porque *me debes*… y porque hacemos un buen par. No le confiaría mi vida a nadie más —la mirada severa de Bredon no titubeó—. Además, tú y yo tenemos cosas que arreglar, primo.

Me ofreció la mano derecha, abierta.

El lobo-hombre frente a mí no era un Alfa, pero sabía cómo tirar de mis hilos.

El honor siempre importaba. Era la argamasa que mantenía a nuestra familia unida más allá de los lazos de sangre, nada más me ataba al Clan Gris excepto el amor y el respeto de aquellos a los que consideraba como los míos. Era todo lo que tenía. ¿A quién quería engañar? No podía dejar que mi primo fuera solo, y no estaría tranquilo si elegía a alguien más para que le acompañara.

Pero la seguridad y comodidad de Lady Fay estaban primero.

Resistí el golpe con dignidad y estiré la mano para tomar la muñeca de Bredon, sellando así nuestro acuerdo. Él me sonrió al fin, apretándome con fuerza.

—Pasaré por tu casa mañana al amanecer, tienes hasta entonces para decidirte.

*****

Mi esposo volvió a la Aguja Roja por mí. Antes de despedirnos, Madame Tessala tuvo una charla muy corta con él en otra habitación y luego me hizo prometer que la visitaría otra vez pronto. No sólo ella tenía el deber de supervisar mi quemadura, también se me informó que Madame me enseñaría lo más básico del lenguaje de las manos durante las tardes, para que no le costara tanto a Sir Camron hacerlo todo por sí mismo. Madame me confió, además, cinco pergaminos antiguos de su colección; deseaba saber si yo era capaz de descifrarlos. Atónita, no pude hacer más que agradecerle por la oportunidad de ser útil, tratando de no tartamudear como una niña.

Apenas podía creerlo: tenía algo importante para hacer que podía probar mi valía. Pasé de vagar sin sentido por la vida a toparme con

un propósito, a salvo, segura y a muchas leguas de las sombras que me habían oprimido por tanto tiempo.

Fue una bocanada de aire fresco que me revitalizó.

Los otros secretos que Madame Tessala había compartido conmigo… bueno, no era el mejor momento para seguir pensando en ello; no cuando era tan consciente de la presencia de Sir Camron.

—… y le dejé claro a Madame que no recuerdo la Lengua Isleña tan bien, pero haré todo lo que pueda para, por lo menos, decirle de qué se tratan las escrituras. Mis habilidades como erudita no son nada de lo que alardear, me temo.

—Lo *hará* bien. —gruñó él, pero no me miró.

Nuestros caballos trotaban en paz junto al otro, y pude notar que los pensamientos de Sir Camron estaban en otra parte. Observé sus manos, tan grandes y envueltas en guantes con punteras de metal, que sostenían las riendas en un tenso apretón.

En vez de admirar el paisaje y disfrutar de la cabalgata, seguí insistiendo:

—¿Le gustaría practicar su dicción esta noche? Podemos sentarnos junto al fuego después de la cena —le ofrecí, con alegría. Nada podía detenerme—. Hay un libro de canciones para niños con palabras simples, podría leer algunas de las canciones en voz alta.

Nada podía detenerme, excepto él:

—Disculpas. Tengo ocupaciones —Sir Camron se tomó su tiempo para responder.

Me aclaré la garganta.

—Oh. Otro día, entonces.

El poderoso lobo-hombre asintió una vez, con un resoplido.

Traté de esconder mi desilusión. ¿Qué había pasado?

¿Se estaba pensando mejor nuestro arreglo? ¿Acaso lo ofendí, siendo un caballero del valle, al ofrecerle aprender en los mismos términos que un niño pequeño? Podía preguntar, o podía dejar de molestar a mi esposo con preguntas tontas. Él ciertamente no se había tomado su tiempo para mostrarme su trabajo y explicarme lo que hacía para que yo me entrometiera y lo desviara de su proyecto más importante. Prometió que practicaríamos y yo confiaba en que así sería. Algún día.

Sólo me quedaba una esperanza:

—¿Comerá conmigo esta noche, al menos?

No fue mi intención sonar tan pequeña y rota…

Pero parece que eso caló más hondo en él que un grito en la oscuridad, porque Sir Camron se volvió y sus afilados ojos de plata se tropezaron con mi mirada. Sus elegantes orejas perdieron la rigidez que lo hacía ver tan temible y me encontré observando a la bestia gentil que trastabillaba con sus palabras.

—*Por* supuesto —frunció el ceño, muy serio—. Tengo un asunto con usted, también.

Algo acerca de esas palabras no me gustó.

*****

Ya que concentrarse estaba probando ser imposible, apagué las velas en mi taller y subí las escaleras para volver al salón, a sentarme solo frente al fuego y simplemente mirar las llamas. Era más entretenido que mis pensamientos, sin duda. Lady Fay y Rhion se habían retirado poco después de la cena, aunque tenía la sensación de que mi esposa esperaría hasta que la doncella se hubiera dormido para bajar, no por curiosidad sino porque estaba preocupada.

Eso era culpa mía, le debía una conversación y aunque ya eran las largas horas, aún contaba como un momento después de la cena.

Dejé la mayoría de mis cosas listas: Estampida, mi selección de armas, algo de ropa, mantas y armadura ligera, medicina y suficiente comida seca para el viaje. Todo lo que necesitaba para sobrevivir durante unos días en la inclemente desolación congelada más allá de las Montañas Menguantes. Por supuesto, había enviado un halcón a Crescent Hall en la tarde, para decirle a mi hermana que cuidara de mi esposa y de mi casa mientras yo no estaba. No me contestó, pero Sebreena no tenía que hacerlo.

Lo único que no estaba listo del todo, era yo.

Era imperativo que descansara bien. Tendría pocas oportunidades de dormir hasta que la cacería concluyera, pero mi deseo más

ferviente era robarle todo lo posible a la noche para pasarla con Lady Fay. La culpa es una cosa muy curiosa, como ves.

Las tablas encima de mí crujieron. Me preparé.

La Dama vino a mí llevando su atuendo usual de dormir, un camisón blanco y un abrigo liviano echado con descuido sobre los hombros. Descalza y desconfiada. Una dulce fragancia de jabón de miel me dio en el rostro mientras estaba ocupado apreciando su bella estampa. Con ese cabello negro y precioso, oscuro como la noche, suelto en una cascada que le caía por el hombro derecho y caracoleaba en ondas indómitas. Sus ojos azul oscuro se llenaron con las llamas de la chimenea, sin apartarse de mí.

—¿Me dirá qué le ha pasado hoy, Sir Camron? —preguntó, educada—. ¿Por qué está tan distante conmigo? Pensé que habíamos encontrado un término medio.

Mi corazón dio un salto y echó a galopar.

¿Distante? No creí haber permanecido más callado de lo normal.

Mientras mi cerebro buscaba las palabras, ella se me acercó y tiró del reposapiés que yo no estaba usando para sentársele encima, junto a mí, con la espalda hacia la chimenea. Lady Fay posó la mano sana sobre el apoyabrazos acolchado de mi silla, inclinándose hacia mí con la intención más honesta. Yo me eché hacia atrás por puro instinto, sentándome sobre la cola muy a mi pesar.

—¿Hice algo que le disgustó, tal vez? ¿Me entrometo demasiado?

Mi primera reacción fue sacudir la cabeza.

—N-no —barboté, agitado—. ¡Nada de eso!

—¿Recibió malas noticias cuando visitó Crescent Hall, entonces?

Hasta cierto punto incomprensible, sí.

—Debo *salir* del valle —dije, despacio—. Al *amanecer*.

—Oh. ¿Por qué no me lo dijo? —ella frunció un poco el ceño, confundida.

Una pausa, lo bastante oportuna como para encontrar una respuesta sincera:

—Estaba deseando… no *tener* que *hacerlo*.

—¿Escoltará a una caravana mercante?

—No.

Ella se quedó callada por un instante.

—¿Y cuánto tiempo estará fuera?

Levanté las dos manos y le mostré nueve dedos, luego los diez. Después volteé las palmas hacia arriba, indicándole que no estaba del todo seguro.

Lady Fay asintió con la cabeza. Movió la mano que había puesto sobre el apoyabrazos hacia mi muslo, en su mente seguro se trataba de un gesto de simpatía, o para reconfortarme… pero el calor de su piel irradió a través del algodón rústico de mis pantalones y cada pelo en mi nuca y espalda se erizó. La sangre me corrió con fuerza por el cuerpo. Estaba tan sensible a su dócil feminidad, tan dolorosamente consciente que…

—¿Le molesta? —pregunté, bajito.

—No es tan terrible —la Dama me sonrió un poquito. Me dio unas palmaditas en el muslo y cada músculo de mi cuerpo se contrajo. No podía moverme. No sabía lo que le haría si me movía—. Puedo esperar. Entre su hermana, que prometió enseñarme los bailes locales, y mis compromisos con Madame Tessala, encontraré formas de mantenerme ocupada. El tiempo volará.

—Me disculpo, no era mi…

—No —Lady Fay se inclinó hacia mí, apretándome el muslo—. No más disculpas. Va para los dos, Sir Camron.

Traté de no hacerlo, pero mis ojos se iban solos hacia su mano.

Tan delgada y pequeña. Podía hacerme tanto con un simple roce, ¿y de alguna manera yo creí que pasar más tiempo juntos ayudaría?

—No más disculpas. —convine, bajando la cabeza con respeto.

Ella me sonrió aún más y se puso de pie, recogiendo el largo de su camisón. Sus dedos se deslizaron sobre mi pierna, en lo que se preparaba para irse.

—Buenas noches, entonces. Y que le vaya bien en su viaje.

—*Espere*.

Ese ladrido hizo eco dentro de las paredes. Sin pensarlo, agarré a Lady Fay por la muñeca y tiré de ella. La joven se detuvo y dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose, pero el reposapiés estaba en su camino y tropezó con él. Un diminuto grito escapó de su boca, un sonido tan puro y lleno de terror que despertó antiguos instintos en mí. Reaccioné enseguida, reposicionando mi cuerpo sobre la silla con

una rodilla en el piso para prevenir la caída. Su peso tan magro cayó sobre mi regazo, justo entre mis brazos.

Me quedé helado, todavía con su muñeca en el puño.

Lady Fay resopló una risita, aliviada.

—¡Bendito sea!

—¿Está bien?

—¡Sí! Lo estoy, lo estoy —se rió más, apretándose la mano quemada y cubierta en vendajes sobre el pecho—. ¿Se le olvidó algo, Sir Camron?

—No se vaya todavía.

Su expresión tan cándida mutó a una ligera sorpresa.

Solté la mano de Lady Fay pero uno de mis brazos seguía semi-envuelto en torno a ella, así que maniobré para sentarme correctamente y ella complació mis antojos secretos, sin darse cuenta, al permanecer sobre mi regazo. La luz de la chimenea era pobre pero no sólo pude ver, también pude sentir su excitación. No era mi corazón el único que corría salvaje, al parecer. Ella fue lo bastante valiente como para apoyar la mano herida en mi pecho, en un gesto que me pareció tan seguro de sí misma como lleno de confianza en mí.

Y me di cuenta, ahí mismo, que la Dama nunca había rechazado mi contacto.

Cada vez que la toqué, ella reciprocó de alguna manera.

Oh, era una idea terrible, pero quizá no la peor que había tenido aún: en lugar de ayudar a mi esposa a pararse otra vez, puse la mano más o menos en torno a su cintura y me recosté contra el respaldo acolchado, con el otro codo sobre el apoyabrazos.

Era su elección. Podía irse si lo deseaba, y no intentaría detenerla otra vez.

Su mirada curiosa se enredó con la mía.

—¿Soy muy pesada? —preguntó.

Sacudí la cabeza, despacio.

—¿Le molesta si me quedo aquí, entonces?

De nuevo, le dije que no con la cabeza.

—¿Será que acaso se siente solo, Sir Camron?

Me quedé quieto.

Ella insistió:

—Dijo que deseaba no tener que irse.

—Le di mi *palabra*, mi Señora.

—Sí, usted hizo muchas promesas, pero no lo culparé por cumplir con sus deberes. Es un caballero, antes que nada. Entiendo mi lugar, y entiendo el suyo —la mano que mantenía sobre mi pecho se convirtió en un puño cargado de seguridad—. Vaya y haga lo que tenga que hacer, pero asegúrese de volver y veremos qué pasa con esas promesas.

¿Existía algo más seductor que la manifestación de su aplomo?

Otra revolución empezó en mí con un ardor en la carne tierna de mis encías.

¿Entretener fantasías carnales con ella? Inaceptable. Había un orgullo inmenso en mí, en lo que era y en quién era.

Era hora de admitirlo, porque actuar como un tonto sólo puede ir en una dirección. Sabía lo que era el deseo y cómo se sentía. Detrás de las garras y la piel de la bestia, yo aún era lo bastante hombre y no tenía inmunidad alguna contra el fuego oculto en el aroma de una mujer, tuviera sangre loba o no. La *hinchazón*, tan natural y saludable que era para cualquier macho, se sentía increíblemente desagradable cuando recordaba que se trataba del animal en mí reaccionando a la feminidad en ella. No, no tenía el olor de un celo humano (conocía ese olor), sino que era peor: era una ilusión que me llevaría a la frustración más insoportable.

Y a ese camino lo conocía bien, muy a mi pesar.

Maldita fuera aquella maldición retorcida. Deseé poder pasar una noche entera con ella, así nada más, compartiendo las historias de mi gente y los cuentos de antaño, las canciones y poemas que conocía… como una pareja normal de recién casados. La última vez que hicimos algo parecido, durante la tormenta, Lady Fay llenó el silencio con conversación hasta que su voz se volvió ronca y se durmió a mi lado, mientras yo permanecía tieso como una tabla tratando de mantener mis pensamientos a raya.

—Voy a *volver*. —mis palabras salieron más como un gruñido profundo.

—¿Es otra promesa?

La pequeña sonrisa que me devolvió hizo que se me encogiera el estómago con ansiedad.

Metí la mano dentro de mi chaleco y revolví hasta encontrar el papel doblado, que saqué y le puse delante de los ojos. El rostro de Lady Fay volvió a cubrirse con una máscara de cautela una vez más, pero levantó la mano herida y tomó la carta. Examinó el sello.

—¿Qué es esto?

—*Palabras*, de mí para usted.

—¿Me escribió una carta?

Asentí una vez, severo.

—*Era* más fácil. Lea cuando me vaya.

Su mirada brilló con curiosidad inocente.

—Eso haré, entonces. Muchas gracias —Lady Fay puso la carta sobre su regazo, mirando el sello de cera roja durante varios latidos hasta que agregó—: ¿Me escribió una carta porque le resulta más fácil que conversar?

Resoplé.

—*Mejor* que *balbucear*.

Ella frunció un poco el ceño. Ciertamente, no esperaba lo que vino después:

—No es tan grave, Sir Camron —empezó, y estiró la mano para enterrar sus dedos en la espesa melena que me cubría la garganta. Casi dejé de respirar, me tiritaron los bigotes—. Puedo entender la mayoría de sus palabras bastante bien. Todavía le cuestan algunas, eso es verdad, pero creo que no tiene nada de qué preocuparse… tiene una voz imponente y siempre dice lo justo y necesario.

Lady Fay movió la mano hacia mi mejilla y rozó el costado de mi hocico en una caricia tan gentil que mis ojos se cerraron solos. Incliné la cabeza sobre esa mano, buscando el calor y el aroma que había llegado a anhelar.

Deseé poder apoyar la cabeza en su regazo y disfrutar de sus atenciones un poco más.

Me enorgullecía ser el noble lobo pero en lo más profundo no era más que un cachorro que buscaba con desesperación el cariño y reconocimiento de los que amaba. Por desquiciado que parezca, había comenzado a buscar también la aceptación de Lady Fay. Un

premio como ningún otro. Requeriría sufrimiento y sacrificio, pero pagaría el precio. Por una dama con un corazón tan puro, lo pagaría con gusto. Esa carta era el primer paso.

Cualquier duda que me quedara sobre aceptar la petición de Bredon se desvaneció con rapidez. Necesitaba alejarme por un tiempo, para purgar las impurezas que atosigaban mi mente y así regresar a ella para ser el esposo que merecía.

—Cuénteme *acerca* del *libro* de *historias*. —le pedí, tras decidir que ninguno de los dos dormiría esa noche.

*****

Me desperté sobresaltada cuando alguien me sacudió un poco.

—Mi Señora.

Su voz llegó profundo en mis oídos, como un ronroneo distante. Una voz que conocía y me gustaba. Me sentía cálida y cómoda, envuelta en un aroma terroso que insistía en poner peso sobre mis párpados. Él me volvió a sacudir, mi mundo se tambaleó y abrí mucho los ojos, casi con un grito, desgarrando el velo del sueño para lanzar una mano hacia delante y aferrarme a un pliegue de cuero. Él se movía, y yo con él.

Sir Camron intentaba sentarse bien erguido.

Y no podía, porque me había dormido sobre él.

Lo último que recordaba era estar sentada en su regazo junto al fuego, compartiendo mis comentarios sobre el libro de historias mientras sus ojos hechiceros me observaban. ¿Cómo fue que terminé dormida entre sus brazos, acurrucada contra él?

—Debo *partir*, Lady Fay. —ese ronroneo otra vez.

—¡Oh, claro! ¡Le ruego me disculpe!

Solté el chaleco de Sir Camron y con su ayuda me puse de pie, tratando de esconder el rojo de mis mejillas. El hogar estaba apagado. El salón, casi en la oscuridad excepto por la mínima claridad de un amanecer en potencia, estaba helado; la peor parte fue que el calor de su cuerpo se disipó del mío tan rápido que me provocó una enorme tristeza. Tiré del abrigo para cubrirme mejor los

hombros y el pecho, y así mantener la temperatura. Aquellas ropas eran tan ligeras que me sentí casi desnuda frente a él.

Suficiente audacia por una noche, ya había sido bastante atrevido de mi parte tantear los límites con tanta soltura.

Pero en aquel entonces, me sentí completamente atraída hacia él.

¿Por qué Sir Camron no me llevó a mi cama cuando me dormí?

Mientras luchaba con mis pensamientos, mi esposo se puso las botas y una capa pesada sobre los hombros, esta última había estado colgando del respaldo de su trono todo el tiempo. Me hizo gracia darme cuenta de que no le había prestado atención.

Él respiró hondo (quizá para decirme algo), pero un silbido nos interrumpió.

—Es *hora* —dijo, en cambio—. Mi *primo* está aquí.

—¿Se va con el Joven Bredon? —me abracé por encima del abrigo.

Sir Camron asintió.

—¿No van a comer nada, primero? ¿Aunque sea algo de pan y queso?

Quizá, si podía hacer un poco más de tiempo, la despedida no se sentiría tan amarga.

Pero el lobo-hombre negó con la cabeza humildemente.

Traté de poner mi mejor cara.

—Entonces los veré partir.

Mi esposo pareció pensarlo un momento, luego asintió de nuevo.

Aquel silbido impaciente volvió a romper el silencio.

Seguí a Sir Camron hacia la cocina, salimos al jardín por la puerta de atrás. Él silbó en respuesta, llamando a su compañero. Los mastines no estaban por ningún lado, por lo menos no hasta que escuché los cascos de un caballo dando la vuelta por el frente de la casa, en dirección a nosotros, y vi la forma de un hombre grande montado en un caballo castaño con las cuatro patas blancas. Los perros trotaban junto al caballo, callados para variar. Pero conforme el visitante se aproximaba, más me parecía que algo estaba mal con la forma de su cuerpo, hasta que…

Hasta que estuvo lo bastante cerca como para verle bien.

Era otro lobo-hombre, como mi esposo.

Por instinto me paré más cerca de Sir Camron, manteniendo los brazos apretados en torno a mi propio cuerpo. La criatura desmontó, tintineando por todas partes con el peso de la cota de malla, armadura ligera y espadas, y se nos acercó con una sonrisa grande, tontorrona y ciertamente lobuna. No era tan alto como Sir Camron, pero seguía siendo alto y ancho, todo poder, músculo y confianza. El pelaje en su rostro bestial era una elegante composición de parches blancos delineados en gris y dorado, sus orejas eran muy grandes, blancas por dentro con los bordes negros. No llevaba guantes como mi esposo, ni botas: sus manos y pies eran grandes y cubiertos de pelaje gris; blanco sobre los dedos de ambas extremidades y con afiladas garras ambarinas. Los ojos, la parte más humana de su estampa, eran de un intenso verde.

Y fue ahí, en sus ojos, que pude ver de verdad la sonrisa alegre del Joven Bredon.

—Dile buenos días a la Dama —gruñó Sir Camron—. Puedes *usar* tus *palabras para* eso, *primo*.

El lobo gris enseñó los colmillos, molesto, pero se hincó sobre una rodilla y me hizo una reverencia, con la cabeza inclinada.

—*Buenos días, Lady Fay*.

Le sonreí y ejecuté una reverencia en respuesta.

—Buenos días para usted también, Joven Bredon.

Su pronunciación era horrible, apenas se entendía. Me hizo apreciar aún más el esfuerzo que mi esposo le ponía a perfeccionar la claridad de su conversación. Quizá yo no necesitaba aprender el lenguaje de las manos solamente por Sir Camron, sino porque me resultaría útil para tratar con la comunidad en general. Ése era el primer lobo-hombre al que veía más allá de Sir Camron, pero no podía esperar a conocer a otros.

Las festividades de la Primera Cacería no serían tan agobiantes, al fin y al cabo.

PARTE 2
CABALLERO DEL VALLE HUNDIDO

QUERIDA LADY FAY;

Con temor de cometer más errores que puedan amargar estos tiempos que deberían ser alegres, elijo declarar mis intenciones con la pluma en vez de con la boca.

Usted misma lo dijo, esta situación no es ideal. Entiendo su posición. No soy el hombre con el que esperaba casarse, y por eso me disculpo. Yo mismo no estaba buscando una esposa, tampoco; creo que puede adivinar por qué. No hay necesidad de que explique qué me llevó a dar un paso al frente para reemplazar a mi hermano, ya que tampoco hay mucho para explicar.

Lo que usted necesita saber sobre mí es que soy sincero.

Una pareja es quizá lo más preciado que un lobo-hombre puede pedir, y se me ha otorgado el regalo de su mano. Aunque no soy un hombre verdadero, eso no me detendrá de honrar los votos que tomamos juntos. Juré ante su diosa que la apreciaría y respetaría, que le daría cobijo y le sería fiel, que la protegería y proveería para usted, que cuidaría de su alma y permanecería a su lado hasta el final de nuestros días. Incluso si la muerte me lleva primero.

Los juramentos hechos delante de los dioses no son palabras vacías para mí.

Al unirse conmigo en matrimonio, Lady Fay, me ha honrado a mí y se ha convertido en parte de mi familia, de mi linaje. Usted y yo empezamos un nuevo clan dentro del clan. Pero como no soy un hombre verdadero, no podré darle la gran prole que cualquier dama noble podría esperar; sólo seremos nosotros dos. Por esto mismo, siento que debo dejar en claro que usted no tiene compromiso alguno de permanecer conmigo, y que no la obligaré a hacerlo. Le juro, mi Señora, que nunca la lastimaré adrede. Nunca la maltrataré, ni la haré sentir inferior, ni la desestimaré o abandonaré.

No le pediré nada, sólo respeto por mi gente, mi credo y mi cultura. Que sea honesta, no sólo conmigo, sino con aquellos que me importan.

A cambio, su vida será fácil y libre de preocupaciones. Lo mínimo que deseo es que se sienta a salvo y esté segura de que, como mi esposa, no le faltará nada en este hogar en tanto yo esté aquí para dárselo. Lo que necesite. Cuando quiera. A cualquier precio.

Siempre estaré dispuesto.

Espero que estas líneas sean lo bastante claras. Hubiera preferido decírselo todo en persona, pero dado que nuestro tiempo en esta vida terrenal es limitado, por escrito es más eficiente.

Suyo de corazón,
CAMRON DE LOS OJOS PLATEADOS
Hijo del Clan Gris
Caballero del Valle Hundido

16. La Forma de un Corazón

Debo haber leído esa carta una docena de veces, al menos.

No era muy larga (apenas tres cuartos de una página), pero la caligrafía era fuerte y clara, y también lo eran las intenciones que presentaba. Al principio creí que Sir Camron había escrito un listado de recomendaciones o instrucciones para que siguiera mientras él no estaba, pero me sorprendió encontrar tan bella nota en su lugar. La primera vez que la leí fue justo después de que Sir Camron y el Joven Bredon desaparecieran en el bosque, dejando la hacienda y mi corazón galopante atrás con rapidez. Me quedé parada afuera en la fresca brisa del amanecer y rompí el sello de cera; mis ojos recorrieron con hambre las palabras, más y más rápido mientras las lágrimas me nublaban la vista.

Lágrimas. No de tristeza o miedo. Lágrimas que venían de muy adentro, que llevaban mucho tiempo atrapadas en mí. Algunas de aquellas palabras formaban las más bellas frases que alguien me había dirigido *en toda la vida*.

La leí dos veces más durante la comida de la mañana.

Por lo menos otras tres veces entre pausas para el té mientras estaba sentada examinando los pergaminos de Madame Tessala. No podía concentrarme en mi tarea.

Cuatro o cinco veces más en la tarde, antes de darme un baño.

Y por última vez cuando estaba en mi cama y la casa en absoluto silencio.

En la quietud y comodidad de mi recámara, saboreé cada línea otra vez. Despacio y con cautela, apreciando la poesía oculta y quizás involuntaria dentro de cada párrafo. Sir Camron tenía un don para la pluma que no tenía con la voz, y era lo bastante culto como

para transmitir sus pensamientos con claridad y respeto. Me recordó a las cartas de Sir Fadric, por un momento, podía discernir algo extrañamente familiar en la cadencia de sus palabras. Pero supongo que tenía sentido cuando consideraba que mi esposo y mi anterior prometido eran de edades similares y era muy posible que se hubieran educado juntos.

Me quedé mirando al techo durante buena parte de la noche, sosteniendo la llave de la cerradura de mi puerta en el puño. Volteando y volteando esas palabras gentiles en mi cabeza hasta que la vela sobre la mesa se quemó por completo. Incluso en la pura oscuridad, continué pensando.

¿Alguna vez alguien estuvo tan determinado a cuidar de mí, de esa manera?

Mi padre y mi madre, seguro. Mi institutriz, hasta cierto punto.

Había pasado tanto desde la última vez que me sentí tan segura y querida…

*****

El aire ahí arriba olía a tierra y agua, pero no era el mismo aroma que había aprendido a querer. Un día en el camino y ya me encontraba extrañando el hogar, mirando hacia el Sur en busca de una torre que sabía que no vería.

Cabalgamos entre el Norte y el Noreste hacia el lado más alto del Valle Hundido hasta que cayó el sol, subiendo por las empinadas colinas al pie de las Montañas Menguantes donde el viento refrescaba. De ese lado, el camino principal bordeaba los acantilados desparejos en torno a la Cuenca Plateada llevándonos hacia los espesos bosques de las tierras altas, territorio del Clan Dorado (los otros primos de Bredon) y el Castillo Whitehall, asiento del Clan Blanco. Más allá hacia el Oeste y por encima de las copas de los árboles se podían discernir las formas rojas de unos estandartes flameando en el aire: las banderas del Clan Rojo, clavadas en lo más profundo del brazo secundario de las mismísimas Montañas Crecientes.

Bredon y yo nos detuvimos una vez a hacer nuestras necesidades y dejar que los caballos pastaran un poco, alrededor del mediodía, y de nuevo cuando las primeras estrellas empezaron a poblar el cielo, para acampar. Mientras más subíamos, más rocoso era el terreno. Había menos comida disponible para los caballos. No sería sabio abrir las bolsas de avena que habíamos empacado, así que en cambio dejamos que los animales dieran una vuelta mientras mi primo preparaba el fuego y yo cavaba dos puestos para dormir. Debajo de un roble, cavé dos trincheras superficiales más o menos del tamaño de nuestros cuerpos, usando mis propias garras. Me lavé en el cauce frío de un manantial raquítico, Bredon revolvía estofado dentro de una cacerola de latón que colgaba precariamente de una rama.

Solía tomar dos días completos a caballo llegar hasta Whitehall, pero como viajábamos muy ligeros, estaríamos entrando a la ciudadela antes del próximo mediodía. Una vez cruzadas las Puertas Lunares, el pueblo de Manantiales Fríos estaría a menos de un corto día de viaje dependiendo de las condiciones climáticas más allá de las montañas. Todavía nos quedaba un largo camino por recorrer teniendo en cuenta a dónde íbamos.

Compartimos el estofado en silencio, sentados uno junto al otro y de frente hacia el no tan distante farallón. Aún no había salido la luna, pero no necesitábamos su luz para ver. El fuego, a esa altura, era más bien una comodidad civilizada para nosotros.

Un tirón incesante en la capa hizo que volviera mi cabeza hacia la izquierda.

Bredon puso su tazón a un lado y señaló: *hueles a ella.*

Tenía una sonrisa burlona en sus labios oscuros, que me molestó por algún motivo.

Yo tenía las manos ocupadas así que me encogí de hombros, con una mirada casi asesina.

¿Le diste la carta? Me preguntó.

Yo resoplé una carcajada.

—Pensé que no *querías* que se la *diera*.

Bredon continuó; *me preocupan las circunstancias*.

—Lo que te *preocupa* es el chisme.

Tú fuiste el que vino a mí rogando ayuda. ¿Le diste la carta Lady Fay o no? Insistió, sus manos se movieron con énfasis.

No dejaría ir el tema hasta que yo no le diera algo concreto.

Así que asentí con la cabeza:

—Antes de *irnos*.

Mi primo me hizo un gesto interrogativo.

—No sé —revolví lo que me quedaba de estofado con la cuchara, molesto—. Le dije que *leyera* cuando me haya ido.

Él resopló, dejando caer sus grandes orejas.

Eres tan malo en el juego del cortejo como lo eres para chismosear, me respondió. *A las mujeres les gusta cuando las persigues, hasta a las casadas. En cambio, tú elegiste decirle exactamente lo que sientes, sirviéndote en una bandeja de plata.*

—Supongo que va conmigo. —gruñí, y regresé a mi cena.

Bredon podía tomar la forma de un hombre a voluntad, él podía permitirse jugar.

Yo estaba acorralado en un rincón al que me había metido solo, y la única forma de salir era dar un paso al frente y dar la cara. Parte de mi decisión de viajar estaba alimentada por la necesidad de hallar la mejor manera de hacer eso mismo… y tras llevarme un par de cucharadas más a la boca, sentí otro tirón insistente en mi ropa. Fue mi turno de resoplar.

Mi primo señaló; *tenía un vendaje en la mano*.

—Un *accidente* —terminé mi estofado y dejé el tazón en el suelo junto a mí. Añadí, en el lenguaje de las manos: *fue mi culpa, en primer lugar, pero cuidé bien de ella y luego lo hizo Madame. Lady Fay estará bien*.

Bredon se quedó mirándome por unos latidos.

—Nunca le *haría daño*.

—*Lo sé.* —murmuró, despacio. Su voz era áspera como la grava.

Para alguien que pasaba la mayor parte de su vida en la piel humana, el esfuerzo que Bredon hacía para hablar estando en la forma del lobo era loable. Supuse que, si íbamos a seguir el Credo a rajatabla para ese trabajo, entonces mi primo estaba obligado por juramento a permanecer en su pelaje por tantos días como hiciera falta frente a cualquier extraño que se nos cruzara. Hasta tendría

que pelear con garras y colmillos, si llegaba el caso. Yo confiaba en su experiencia como combatiente, pero su habilidad para soportar el cambio durante un período tan largo estaba a punto de ponerse a prueba.

Nunca viajes solo, nunca trabajes solo. Si muestras una cara a los forasteros, no muestres la otra. Nunca conspires contra tu propia sangre. Nunca asesines a tu propia sangre. El Credo de la Nación Loba y el Código de Caballería estaban muy profundamente unidos.

¿Estás contento con lo que elegiste, entonces? Me preguntó, tras un momento.

—Ella es buena —murmuré—. *Mejor* de lo que nadie *merece*.

Fadric incluido, pensé.

Bredon dejó caer las orejas un poco, suspiró y volvió a hacer señas; *me alegro, primo. Pero recuerda que tu honor y el de ella van en la misma dirección ahora. Enderézalo.*

Gruñí, más que nada molesto conmigo mismo para entonces.

No es como si estuviera planeando no contarle nunca acerca de los secretos que tenía con Fadric, sino que prefería buscar el momento ideal para decírselo una vez que Lady Fay y yo nos encontráramos en mejores términos. Ella había llegado a confiar en mí lo suficiente como para dormirse en mi cercanía, pero aún temía que revelarle la verdad acerca de la autoría de las cartas que ella tanto apreciaba terminara de destrozar esa confianza más allá de lo reparable. Ya la habían rechazado una vez, la Dama no merecía que siguieran desgraciándola.

No quería que ella se decepcionara de mí, o que pensara que tuve algo que ver con el resultado. Yo no planeé nada de eso, simplemente actué en medio de una situación delicada.

Me mataría por dentro que ella no lo entendiera, o que me odiara por eso.

Quizá, si yo llegaba a gustarle lo suficiente…

—Dime el plan de Nafasi —cambié de tema antes de que mis pensamientos empeorasen—. ¿Quién *controla* la *caravana*? ¿Es una banda conocida?

Bredon asintió y buscó dentro de su bolsa, sacó un rollo de pergamino y lo desplegó en la tierra entre nosotros: un mapa de la

tundra al Norte del valle. Señaló con la punta de una garra ambarina y dura un lugar marcado como Manantiales Fríos, en el diagrama.

Luego dijo con señales: *gente nueva, peligrosa. Con benefactores ricos, sospecho. Nafasi dice que se robaron a alguien que él aprecia… no puede desbaratar la caravana por su cuenta, así que vino a pedirnos ayuda*.

Era un asunto personal para Nafasi. Fantástico.

Más oportunidades de cometer un error si los bandidos lo descubrían.

—¿Qué hacemos, entonces?

Mi primo sacudió la cabeza. *Sabremos más cuando nos reunamos con él*.

Eché las orejas hacia atrás y le mostré los colmillos, preso de la frustración.

Empecé a hablar en signos, con rapidez: *un extraño al que casi nunca vemos y al que no le confiaríamos la vida aparece justo cuando nuestros mejores cazadores no están, ofrece una recompensa misteriosa con una cantidad obscena de monedas y no nos da muchos detalles, pero nos anima a unirnos a la búsqueda, ¿Y a ti no te parece sospechoso, primo?*

Me llevó un buen rato transmitirle todas esas palabras. Bredon me observó con paciencia, una de sus grandes orejas acabó por doblarse. Cuando terminé, él sólo se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

La recompensa es legítima. No puedo hablar por Nafasi, en todo caso, me dijo.

Gruñí más profundo y me eché para atrás contra el tronco del roble, de brazos cruzados. Supongo que todavía estaba molesto por todo el asunto y de manera inconsciente buscaba una excusa para abandonar el trabajo mientras estaba a tiempo. Qué vergüenza, en serio. Nafasi nos había pedido ayuda, claramente, más que ofrecernos una excelente oportunidad… y me sentía obligado a asistir. Quizá también estaba… ansioso, digamos, por conocer los pensamientos de Lady Fay respecto de la carta. Impaciente. ¿La habría leído ya? ¿Era un alivio para la Dama, o la abrumó mi honestidad? ¿Y si le parecía que mis palabras estaban fuera de

lugar? Sería una pena, en tal caso. Deseé que fuera tan fácil entre la Dama y yo como lo era para Bredon y su esposa Kyndra, dos almas que encajaron como ladrillo y argamasa desde el mero principio.

Bredon tenía razón, yo era pésimo para esos juegos.

Como no le respondí, mi primo guardó el mapa y recogió los tazones vacíos para lavarlos, luego volvió a su puesto a dormir y me dio la espalda, acurrucándose. En su voluminosa forma de lobo-hombre y con el peso añadido de la armadura ligera, Bredon apenas cabía cómodo en la pequeña trinchera.

—*Dormir.* —gruñó.

—*Haré* guardia.

—*Bien. Nas'noches*.

—Buenas noches.

Unos pocos insectos nocturnos se quedaron haciéndome compañía, eso y el resoplido ocasional de los caballos. Me apoyé con comodidad contra el árbol, extrañando la calidez del tierno cuerpo de Lady Fay contra el mío. Incluso si estaba destinado a no ser más que un sueño inalcanzable.

*****

Por suerte me dormí en algún momento antes del amanecer y logré descansar por un corto tiempo. Cuando volví a abrir los ojos, la Joven Rhion ya estaba levantada y en lo suyo, cantando y preparando mis ropas para el día con una sonrisa alegre. Como mi esposo no estaba pensé en quedarme otro rato en la cama, pero la verdad es que tenía mucho qué hacer.

Cosas que realmente quería hacer, que me llenaban de energía y contento.

No me había sentido así de entusiasmada en mucho tiempo.

No sé por qué se me ocurrió, pero decidí probar los pantalones que Lady Sebreena me había obsequiado. Con tanto para hacer fuera de la casa parecía ser una elección de vestuario muy apropiada. Aunque por un momento me sentí muy consciente de la falta del peso y el volumen de una falda, los pantalones me sentaban tan bien (y eran tan livianos) que estaba a punto de

declararlos mi nueva prenda favorita. Me puse una camisa blanca de mangas largas y la aseguré en torno a mi pecho y cintura con un chaleco azul y un cinturón grueso de cuero. Combinándolos con mis nuevas botas de montar, una capa corta y mi cabello recogido en una trenza apretada, me sentía como una persona totalmente distinta.

La Joven Rhion y Madame Lyna estaban algo incómodas con mi atuendo:

—Se ve como un pirata, mi Señora. —murmuró la muchacha, insegura.

—¡Rhion! —la regañó su madre—. ¡Qué irrespetuosa!

Les sonreí a ambas.

—¡Todo está bien! Por favor, esto no es una corte. Me resulta muy cómodo.

—Una Dama vestida con el atuendo de un hombre, no está bien. —Madame Lyna sacudió la cabeza.

La Joven Rhion le dedicó una mirada enojada.

—Una Dama a veces prefiere sentirse bien antes que verse bien, Madame. —Les dije.

—No pretendía decir que se ve fea, mi Señora —insistió la niña—. Creo que se ve hermosa y temeraria. Todo lo que le falta es una espada. O un cuchillo grande.

Madame Lyna hizo mala cara de nuevo, horrorizada, y no pude evitar reírme.

Trasladamos la conversación a lo largo de las escaleras y hasta la cocina, donde Monsieur Enron estaba terminando de preparar la comida matutina. Se dio vuelta para recibirme mientras yo entraba, pero su quijada se cayó tanto al verme que no pude evitar sonrojarme.

—¡Mi Señora! —empezó, juntando las manos en plegaria— ¡Se la ve maravillosa!

La Joven Rhion soltó una risita, a pesar del disgusto de su madre.

—Le agradezco, Monsieur Enron, y buen día.

—¡Buen día, buen día! Sir Camron nos encomendó que la cuidáramos en su ausencia, mi Señora, y será un placer servirle. Su

comida está lista.

—Les agradezco a todos. Creo que deseo comer aquí junto a ustedes, si no les molesta.

No les molestó, por supuesto.

Nos sentamos a disfrutar de las jarras de leche fresca y té caliente, un tazón de huevos hervidos, una bandeja de deliciosos rollos dulces con miel, pan recién hecho y excelente queso de cabra. Era tan agradable. En el Valle Ancho, los sirvientes rara vez podían comer tan bien y es probable que jamás aceptaran compartir alimentos con sus amos. Me reconfortaba ver que se mostraban tan dispuestos a participar, eso decía mucho acerca de la generosidad y naturaleza amable de Sir Camron. Sus trabajadores eran felices y leales, no meros sirvientes. Me sentí lo bastante cómoda con ellos como para abandonar mis costumbres de señorita y comí con las manos, casi todo. Fue liberador, no puedo mentir.

—¿Planea salir hoy, mi Señora? —preguntó el cocinero.

—Sí, buena parte del día. —le expliqué.

Les conté que lo primero que haría después de comer sería caminar por el bosque, explorando en busca de hongos para recoger. Al regresar, había pensado sentarme con una taza de té y terminar con los rollos de Madame Tessala, impaciente por compartir los resultados. En la tarde ensillaría un caballo para dirigirme hacia la Aguja Roja, para atender mi quemadura y entregarle a Madame mis comentarios. Después de un baño y otra comida, la noche quedaría reservada estrictamente para estudiar el libro de señales que Sir Camron me había dado para practicar. Quería dominar el lenguaje de las manos cuanto antes. Quizá hasta Madame Lyna podría ayudarme un poco.

Era consciente de que no lo conseguiría antes de que él regresara, pero podía intentarlo.

Y respecto de los pergaminos, bien, debo admitir que su contenido no era muy interesante, pero me sentía muy involucrada con el trabajo.

Monsieur Enron asintió, impresionado:

—Mi Señora, debería llevarse a Rhion con usted.

—Lo más lejos que pienso ir es hasta la torre de Madame Tessala. Todo estará bien.

La pareja se miró, no sin cierto nerviosismo.

La Joven Rhion era una muchacha dulce y dedicada, pero no era ninguna guerrera; si algo malo llegaba a sucedernos, seríamos dos en peligro. No planeaba hacer nada peligroso, después de todo. Sin embargo, me bastó echar un vistazo de reojo al rostro de mi joven doncella para darme cuenta de que había cometido un gran error al despacharla tan rápido…

—… pero supongo que me vendrá bien la compañía. ¿Sabe montar a caballo, Joven Rhion?

Los ojos de la chica se encendieron, y asintió con rapidez.

—¡Sí, sí sé!

—Pues, sea. Vendrá conmigo el día de hoy.

La jovencita continuó con su desayuno, mucho más feliz.

—Llévese a los perros también, por favor. —insistió Madame Lyna.

—Ea, esos monstruos tontorrones serán ruidosos pero están bien entrenados, Sir Camron se aseguró de eso —añadió su esposo, tranquilo pero con seriedad—. Las protegerán a ambas, son verdaderamente feroces cuando deben.

—El valle es seguro, pero nunca se sabe a quién puede encontrarse.

Tenían razón. Si acaso, ser su ama convertía a la Joven Rhion en mi responsabilidad y era mi deber mantenerla a salvo. Resolví ser diplomática y le regalé a la pareja una sonrisa más comprensiva.

Pronto la muchacha y yo nos encontramos atravesando el bosque a pie en la compañía vigilante de los mastines, conversando sobre las bayas silvestres, los hongos y la cantidad de presas comestibles en la región. No fuimos muy lejos, apenas a tiro de piedra del pequeño puente macizo que cruzaba sobre el codo del río, mucho más cerca de lo que había viajado con Sir Camron no hacía mucho. El suelo estaba húmedo bajo los árboles, suave y flojo, las patas de los perros y nuestras botas dejaban marcas profundas. Los pájaros piaban por todas partes sobre nuestras cabezas. Encontramos una

cantidad de hongos de todo tipo y llenamos nuestras canastas con los frutos de la naturaleza casi hasta que se nos hizo difícil cargarlas.

Le entregamos la cosecha a Monsieur Enron al volver, y me retiré a mis habitaciones para terminar mi trabajo con los pergaminos hasta el mediodía.

Después de otra abundante comida en compañía de la familia, la Joven Rhion y yo volvimos a salir y dimos la vuelta alrededor de la casa para bajar a los establos subterráneos, a ensillar nuestros caballos. Rowan se alegró de verme, al parecer, porque el castrado relinchó y sacudió la cabeza con vigor cuando abrí la puerta de su cubículo. Ayudé a la niña a colocarle la silla a la regordeta Bertha, una yegua de pelaje gris moteado, y ella me guio por los caminos en dirección a la torre de Madame Tessala, la Aguja Roja. Nuevamente, Ion y Bicca siguieron nuestros pasos trotando junto a los caballos.

—Así que, mi Señora —empezó la Joven Rhion, alegre—. ¿Quiere tomar el camino corto y aburrido a través del bosque, o el camino largo y bonito en torno al lago?

Sonreí, frunciendo un poco el ceño.

—¿Acaso debe preguntarlo? El camino largo, por favor.

Mi doncella se rio bajito y espoleó a su caballo, yo seguí su rastro al galope.

*****

La Joven Rhion tenía toda la razón: el camino que seguía el lago estaba salpicado de cosas interesantes para ver, empezando por un robusto puente de piedra sobre el vacío de un profundo desfiladero con un río al fondo (el Río del Dedo Medio, dijo), algunas torres arruinadas y los restos de una puerta fortificada cubierta de enredaderas, que cruzamos por debajo al trote. La senda seguía la costa y por primera vez tuve una perspectiva completa de la Cuenca Plateada y sus alrededores. Los despeñaderos en la orilla opuesta con sus cascadas que se precipitaban como cortinas espumosas, la curva de una montaña hacia el Oeste y las pequeñas islas repartidas cerca del centro del lago. Me pareció ver una torre en una de las islas, sobresaliendo por encima de un apretado grupo de árboles. El

pueblo de Fordham estaba a unas dos leguas y había varios caseríos pequeños a lo largo de la ruta. La mayoría de los edificios estaban construidos en piedra gris, elevados del suelo y apoyados sobre gruesas patas de ladrillo dejando espacios muy amplios por debajo. Esos espacios en su mayoría estaban tapiados con paredes de madera o convertidos en establos y graneros, por lo que se podía ver.

Las formas de las casas me recordaban mucho a Crescent Hall, dado que estaban erigidas como robustos castillos. Hechas para durar por siglos. Banderas de todos los colores y formas decoraban ventanas y paredes, y la gente, aunque ocupada, era lo bastante amable como para detenerse a saludarnos con sonrisas, agitando las manos.

Debo admitir que lo más llamativo del viaje, más allá de los impresionantes parajes verdes, fueron los monolitos: piedras erguidas y perfectamente caladas con forma de cilindros, hechas de una roca tan negra y de un brillo tan pasmoso que me recordó al vidrio. La mayoría estaban tapados por lianas y enredaderas de hojas pesadas, pero creí ver escrituras talladas en uno o dos de estos monumentos.

Por falta de tiempo no nos detuvimos a examinarlos más de cerca. La Joven Rhion estaba un poco preocupada e insistía en que debíamos regresar antes del anochecer.

Cruzamos Fordham a paso de caracol a través del atestado mercado central, en dirección a la imponente figura de la Aguja Roja. Nos tomó más de lo que esperaba pero los olores, los sonidos y los colores del mercado me torcieron los labios en una sonrisa de júbilo. Recuerdos de mi padre me inundaron los pensamientos por un rato. Jamás había tenido oportunidad, en mi vida adulta, de andar con libertad por un pueblo así, ni siquiera a pie. Mi madrastra apenas sí me sacaba de la hacienda para asistir a algún evento social, mucho menos me permitiría vagar por las calles sin supervisión. Quizá tenía miedo de que intentara escaparme, pero…

Lo cierto es que no se me hubiera ocurrido. En el fondo de mi mente, siempre estuvo un terror oculto y la certeza de que ella me

encontraría sin importar a dónde fuera. Eanna DeVries era como la sombra perenne de una tormenta brutal sobre mí.

Bueno, mi madrastra ya no podía controlarme. Yo era una mujer casada.

Casada de buena gana con un esposo gentil que respetaba mis deseos.

El resto del viaje fue más o menos interesante, para decir algo. Madame Tessala estaba muy ocupada con una fila de visitantes a sus puertas, así que nuestra propia visita fue más que rápida; ella examinó mi mano, complacida de ver que estaba sanando bien, y yo le devolví los pergaminos y dos láminas de papel duro que había usado para escribir mis notas. Ella no miró las notas, pero me agradeció y me pidió que volviera al día siguiente si podía, para empezar con nuestras lecciones del lenguaje de las manos. Mi corazón saltó de contento, otra vez.

Para cuando dejamos la Aguja Roja, unas nubes oscuras se asomaban a lo lejos.

Cruzamos las puertas de la hacienda de Sir Camron justo cuando una suave manta de lluvia se desató sobre las tierras. Me bañé, comí, estudié las primeras páginas del libro de signos y más tarde la Joven Rhion se reunió conmigo para dormir. Esa noche, sin embargo, mientras la lluvia repiqueteaba con ternura afuera y por encima de nuestras cabezas, dejé mi puerta sin trabar y la llave de hierro descansando en silencio sobre la mesa, junto a una vela.

Todo el consuelo que podía necesitar, lo obtendría de la carta doblada que había escondido bajo mi almohada.

Deseé que Sir Camron hubiera tenido un buen día, sin inconvenientes.

*****

Hay días en que golpearse un dedo del pie con un mueble es menos molesto que lidiar con los Protectores de las Puertas Lunares. En especial, cuando estás corto de tiempo. No mucha gente salía seguido del valle, pero al parecer llegamos en uno de esos días reservados para que los mercaderes entraran a ofrecer sus bienes en

la ciudad, porque había cola. Los Protectores no permitían que las puertas estuvieran abiertas al mismo tiempo: o la turba entraba o salía y de a uno por vez, dado que el antiguo puente era bastante estrecho y tanto las carretas como los culos de los caballos eran anchos. Ni siquiera abrían las Puertas Lunares per-se, sino unos portillos embutidos más pequeños diseñados para la gente de a pie y los carros.

Respiré hondo, llenándome las narices por accidente con el olor intenso del sudor humano sucio, excrementos frescos, el almizcle ácido de los bueyes y los caballos y el aroma de la comida callejera, lo que en sí era una combinación poco agradable. Tenía que ser agradecido, sin embargo; las ciudades grandes tenían mala reputación entre los nuestros como sitios insoportablemente apestosos y dentro de todo, la Ciudadela Plateada era manejable.

Estampida bufó y empezó a golpear el piso de piedra con un casco.

Junto a mí, Bredon se inclinó sobre su caballo apoyando ambos brazos en la cruz de la bestia. Tuvimos que echarnos las capas y capuchas encima mucho antes de entrar a la propia ciudad. Con tantos extraños alrededor, no existía tal cosa como ser demasiado precavidos.

Mi primo tenía el hocico fruncido con desagrado y se le veían las puntas de los colmillos.

—Llegamos *temprano* —comenté, por decir algo positivo—. No *perderemos* la *reunión* con Nafasi.

Bredon gruñó. No pude evitar resoplar una risita en respuesta.

Ejercitando la discreción para que no me miraran mucho, observé las murallas caladas en la piedra y a los guardias apostados, con sus ballestas y lanzas arrojadizas. El Clan Blanco tenía una política muy estricta acerca de la forma en que manejaban el pasaje a través de las Puertas Lunares: no nos rechazarían, pero podían hacernos esperar. Era el punto más extremo al Norte del Valle Hundido, una salida excavada a través de las montañas para soportar tres bloques de gigantescas puertas de madera blanca y casi tan altas como la Aguja Roja, bellamente talladas y tan robustas que hacía falta un mecanismo especial a base de cadenas y poleas para abrirlas o

cerrarlas. Se necesitaban cincuenta hombres para la tarea. Visto desde la distancia, era como si alguien hubiera dejado caer un hacha divina sobre las montañas y las hubiera partido en dos, dejando apenas una delgada rendija suficiente para que dos carretas y media pudieran pasar una junto a la otra. Excelente para defenderse de un ataque externo, pero muy malo si había que evacuar a un pueblo entero con rapidez.

El puente sobre el que esperábamos cruzaba el violento curso del río Brazo Largo, que se derramaba hacia nuestras tierras. Detrás de nosotros, la ciudadela del Castillo Whitehall hervía de actividad, todos y cada uno de los cinco anillos-distrito de la ciudad se veía ocupado de un modo u otro. Tenía que ser un buen día de mercado. El castillo mismo era radiante y casi estaba forrado en banderas blancas, construido en piedra que hacía muchos años fue de un color similar a la tiza, pero las centurias y el castigo de los elementos la habían tornado gris claro.

Los Protectores terminaron de cuestionar a un mercader. El primer juego de portillos se abrió para dejarlo pasar, la columna se movió un poco. Quedaban tres carros más por delante de nosotros y vi otra cola que esperaba afuera, entre una puerta y la siguiente.

La mirada se me fue al otro lado de la ciudadela, hacia las seis torres platinadas que se veían a una legua y media de nuestra posición.

Whitehall y sus precarias granjas circundantes eran de los puntos más altos en el valle, y los más seguros. Tengo vagos recuerdos de pasar temporadas enteras conviviendo con el Clan Blanco cuando era cachorro, cuando nuestras tierras se inundaban o existía el peligro de que sucediera. También nos mudábamos a Whitehall durante los monzones cada vez que mi madre estaba preñada… lo cual era seguido, según me acuerdo. El castillo era una magnífica obra de cantería y diseño utilitario, no por ello desprovisto de una belleza elegante, más cálida y agradable a la vista que el propio Crescent Hall.

Pero no era mi hogar y siempre me sentí incómodo dentro de esas paredes.

—*Hambre.* —masculló mi primo, gruñendo.

—Come algo de *carne* seca —sugerí, igual de contento que él—. Esto va a *llevar* un *rato*.

Con un poco de suerte, nos dejarían salir pronto.

17. Consuelo en las Cantidades

Lady Sebreena enganchó su brazo en el mío y me arrastró hacia el pulido piso de piedra del Gran Salón.

—El secreto de un buen baile es, casi siempre, tener un buen compañero. —me dijo, con confianza.

—¿Su hermano es un buen bailarín? —pregunté, sonrojándome un poco.

Ella frunció el ceño.

—Bueno, lo recuerdo participando de las danzas de los hombres, pero creo que nunca he visto a Camron pavoneándose por ahí con otra mujer aparte de nuestras sobrinas. Esas pulguitas simplemente lo adoran.

—Ya veo.

Resoplé, algo nerviosa.

La Dama había enviado uno de sus halcones a la mansión muy temprano por la mañana, invitándome con cordialidad a pasar el día en Crescent Hall, con la excusa de mis lecciones. No le pude decir que no, por supuesto, así que me puse uno de mis vestidos nuevos y cabalgué sola para llegar al castillo cerca del mediodía. Compartimos un almuerzo espléndido juntas enfrascadas en conversación ligera; éramos solo nosotras dos, riéndonos como hermanas. Al principio pensé que la Dama misma actuaría como mi compañera de baile y maestra, pero cuando alcé la vista y descubrí al Joven Esmond parado cerca del escenario circular en el centro del salón, descubrí que me había equivocado.

Intercambiamos unas reverencias breves con el muchacho, saludándolo.

—Mi Señora, es bueno verla otra vez. —nos celebró.

—Joven Esmond, es bueno verlo a usted también.

Mi cuñada se rio bajito, con una sonrisa ladina.

—Pensé que tendría que ir yo misma y sacarte de tu recámara.

Él suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿Para qué solicitaste mi presencia, hermana? Tengo deberes.

—Sí, exactamente; tu deber como un cuñado que se precia es servir —ella abrió el broche que mantenía una pesada capa de tela verde oscuro atada en torno a los hombros del Joven Esmond y arrojó la prenda hacia el escenario. Él no se resistió, ni siquiera parpadeó—. Estamos necesitando un compañero de baile para que Lady Fay pueda aprender a tiempo para la Primera Cacería. Felicitaciones, vas a hacer de Cam.

—¿Ah, sí?

—No es mi intención obligarlo a nada… —interrumpí.

El Joven Esmond bajó un poco la cabeza, sonriéndome a mí pero asesinando a su hermana con la mirada.

—Todo está bien, mi Señora. Por usted, los deberes pueden esperar.

—¡Excelente! —Lady Sebreena aplaudió una vez—. Lady Fay, por favor tome asiento y observe, Esmond y yo interpretaremos el baile primero y luego yo la guiaré y usted interpretará con mi hermano.

Asentí enseguida.

—Entiendo.

Lady Sebreena dio unos pasos hacia atrás para pararse a varios pies de distancia del Joven Esmond, sosteniéndose la falda con una mano para no pisarla.

—Bien, este es un baile muy sencillo que se ha vuelto muy popular, lo llaman la *danza de los cervatillos*.

Su hermano arqueó una ceja.

—Pensé que empezaríamos con la Primera Danza.

—La Dama debería ensayar esa con el propio Camron. Es un baile de esposos.

—Sólo es una danza, no estaba planeando seducirla.

Lady Sebreena me miró de reojo y suspiró, molesta.

—Las mujeres casadas deben mantener un cierto decoro, hermano.

—Oh, ¿es por eso que todavía no te has casado, a tu edad?

Ella chasqueó la lengua ante tan mordaz comentario.

—Hoy estás de bufón. Pero no es mi culpa que los hombres en este valle sean tan simplones e irritantes. Danza de los cervatillos, posición de inicio. Ahora.

Observé sus burlas mutuas con una pequeña sonrisa propia. Tenía las palmas húmedas.

Un baile con Sir Camron. Algo empezó a cosquillear en mí, un sentimiento extrañamente agradable.

Había compartido algunas piezas musicales con Sir Fadric, la única vez que llegué a verlo en persona antes del día de nuestra boda fallida… pero, por alguna razón, recordar un evento que sí había ocurrido no me ponía tan nerviosa como uno que aún debía suceder.

Intenté concentrarme en el momento y disfrutarlo, para variar.

—¿Estás listo?

El Joven Esmond sacudió la cabeza.

—Me hago viejo, hermana.

Lady Sebreena dio una palmada contra su cadera y luego un paso al frente con energía.

Entonces él la enfrentó pero saltando hacia un costado, con los dos brazos sobre la cabeza. Esta famosa *danza de los cervatillos* incluía mucho de saltar de un pie al otro y moverse en círculos en torno a la pareja, ocasionalmente juntándose y enredando los brazos y dando vueltas mirando a los ojos del otro. Parecía muy vivaracha y entretenida, para ser honesta, como un baile para los niños. Me pregunté qué clase de música iba con esos pasos.

Muy pronto mi cuñado dejó a un lado su mal humor y empezó a reír con su hermana en lo que daban vueltas y saltaban, sus voces y sus pisadas resonaban a lo largo y ancho del Gran Salón.

La gigantesca sala se veía mejor de lo que recordaba. Las ventanas de vidrio coloreado por debajo del techo abovedado estaban descubiertas y dejaban entrar la luz del sol, dispersando la sombría frialdad. Se percibía mucho más vivo, magnífico, la luz natural hacía que la madera pulida, la piedra tosca y el ladrillo desnudo se vieran mucho más cálidos. Las banderas blancas y gris

que colgaban en una línea ordenada de las vigas habían sido lavadas, los candelabros estaban limpios y las velas derretidas reemplazadas por unas nuevas.

Me perdí por un momento, imaginando aquel cuarto atestado de gente feliz, música y grandes mesas cargadas con comida, flores frescas y vino. Tenía que ser fabuloso.

Para cuando la danza acabó, las mejillas de Lady Sebreena estaban coloradas.

—¡Ah, qué entretenido! No puedo esperar a la Primera Cacería, para bailar y celebrar por días! —dijo, con una sonrisa radiante— ¡Venga, hermana, es su turno!

Se acercó a mí dando saltitos y con las manos extendidas, la Dama me ayudó a ponerme de pie y luego me empujó por la espalda, juguetona, hacia su hermano que esperaba. El Joven Esmond apenas sí respiraba un poco más rápido, pero su sonrisa dichosa me envalentonó a pesar de la visión de unos colmillos afilados entre sus dientes normales.

—¿Prestó atención, Lady Fay? —me guiñó el ojo.

—Ya veremos. —me encogí de hombros.

Sosteniendo mi falda en alto con una mano, hice lo mismo que Lady Sebreena y me di una palmada en la cadera.

Después de dar la tercera vuelta alrededor del otro se me hizo más y más fácil seguirle el paso a mi compañero y ponerme a su altura. Despacio, también, mis inhibiciones comenzaron a disiparse. Antes de que me diera cuenta, me encontraba riendo y saltando de un lado al otro, enganchando mi brazo en el del Joven Esmond y brincando juntos en círculos. Como un par de ciervos salvajes haciendo cabriolas, pero con una cierta elegancia rústica, espero. Se notaba que no era una danza para interpretar llevando ropas pesadas, mucha joyería o peinados complejos; la vigorosa naturaleza de los pasos volvía imposible mantener cualquier clase de gracia.

Pero era divertido. Era muy divertido.

Eventualmente me detuve y me incliné hacia delante, respirando como un perro enfermo.

—¡Por favor, piedad! —grazné—. ¡No soy una cabra, no puedo seguirle el paso!

El Joven Esmond se carcajeó, el muy bandido estaba fresco como una lechuga. ¿Cómo lo lograba?

—No una cabra, sino una cierva. Una grácil cierva, Lady Fay.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó una voz femenina, detrás de mí.

Miré sobre mi hombro: dos mujeres se acercaban desde la entrada, con instrumentos musicales en las manos. Las conocía; la más baja con el pelo castaño ondulado y preciosos ojos de cierva no era otra que Lady Kyndra del Pensamiento Feroz, la querida esposa del Joven Bredon y muy embarazada de momento. Su cómodo vestido naranja se ajustaba bien a la notoria forma de su barriga y caminaba despacio, sosteniéndose del brazo de otra mujer más alta, delgada como una varilla de sauce. El rostro y las manos de la otra mujer eran pálidos y pecosos, su cabello de un profundo color naranja y bien atado en una trenza más gruesa que mi brazo. Ella era Lady Yrana de la Voz Melodiosa, esposa de Lord Rothfern. La había visto varias veces enseñando a los más pequeños en la biblioteca, pero casi nunca hablamos porque siempre se la veía muy ocupada. Sus ojos verdes sin fondo (apenas un poco más claros que su magnífico vestido de terciopelo) eran algo intimidantes, pero su sonrisa era como un rayo de sol.

—¡Hermanas! —Lady Sebreena dio un salto—. ¡Kyndra, no deberías esforzarte así!

—¡Estoy preñada, no herida!

—Los vimos cuando bailaban —Lady Yrana levantó un laúd, contenta—. ¿Les molesta si nos unimos?

—Simplemente practicábamos danzas con Lady Fay. —explicó mi cuñada.

—¿Y sin música? Un atropello.

La voz de Lady Yrana de hecho era armoniosa y dulce.

Nos saludamos unas a otras con reverencias (por lo menos, las que podíamos doblarnos lo suficiente) y las dos Damas se sentaron en el borde del escenario, preparando sus instrumentos. El laúd de Lady Yrana era magnífico, decorado con rosas de madera blanca a lo largo del cuerpo y Lady Kyndra tenía una larga flauta de madera que se aprestó a tocar enseguida.

—Estamos listas. ¿Qué danza le enseñabas? —preguntó la dama embarazada.

Lady Sebreena me miró.

—Estábamos a punto de pasar a un vals.

—Sé cómo bailar un vals. —comenté, mi corazón dio un saltito.

Por lo menos, me acordaba bastante de cómo se bailaba.

—¿Y qué tal un vals vigoroso? —dijo Lady Yrana, posicionando su manos para tocar.

Pronto la música surgió de los instrumentos: una melodía alegre pero formal que de hecho tenía la cadencia de un vals pero forzaba a los bailarines a moverse rápido. Escuché durante un momento y luego respiré hondo. Podía manejarlo. Me acerqué al Joven Esmond y le di la mano. Él me agarró con cautela por la cintura, aunque mantuvimos una distancia respetable entre los dos. Contamos los pasos, despacio al principio, pero pronto reuní bastante confianza para seguirlo sin pisarle las botas.

La canción que las Damas tocaban era poco más que un juego de notas repetidas en secuencia. Empezamos a movernos de adelante hacia atrás durante la segunda repetición y para la tercera, ya dábamos vueltas en círculos más y más rápido a medida que el compás se apuraba.

Mi compañero era habilidoso, debo admitir que su aplomo era reconfortante y su cercanía no me molestó. Apenas un año mayor que Lady Sebreena, el Joven Esmond tenía un claro parecido con Lord Willem en la mirada y la forma de la sonrisa. Y no era un jovencito flaco, de ninguna manera; la ropa se ajustaba bien a su cintura y hombros y le daba un aire de arrogancia juvenil. Durante unos latidos, mi mirada se posó sobre nuestras manos unidas: los dedos del muchacho no eran tan grandes ni ásperos como los de Sir Camron.

Pronto, me descubrí imaginando que era la mano enorme de mi esposo acunando la mía y que sus almohadillas cálidas acariciaban mi piel con delicadeza en lo que él me guiaba a través de la pista de baile. Me bajó un escalofrío por la espalda, algo se movió en mí.

Quería cerrar los ojos y fingir que bailaba con él.

Sir Camron llevaba tres días de su viaje. Tenía que dejar de pensar tanto en eso.

Mi prioridad era aprender bien los bailes para no avergonzarlo delante de los otros nobles que participarían de la Primera Cacería.

El ritmo de la canción alcanzó su pico y volvió a bajar, hasta que terminó con el tañido de la gran campana. El Joven Esmond me soltó la cintura y yo liberé su mano, terminamos así la pieza y nos hicimos un saludo formal el uno al otro, luego a nuestra alegre audiencia.

—¡Eso fue encantador! —Lady Sebreena nos aplaudió, contenta, desde su sitio sentada en el escenario— ¡La Primera Danza del festín del Lord Alfa será como comer pastel para usted, mi Señora!

Se me entibiaron un poco las mejillas.

—Gracias.

Las otras Damas también sonreían, ahora con los instrumentos reposando en el regazo.

La campana volvió a sonar, llamando a todo el mundo a prestar atención.

—Bueno, es hora de alimentar a esta pequeña bestia. —Lady Kindra se rio, acariciándose la panza.

—Ven, hermana. Déjame acompañarte a las cocinas.

Lady Yrana dejó el laúd y la flauta en el escenario, al lado de Lady Sebreena. Al final, se puso de pie y le ofreció una mano a su cuñada embarazada.

—Yo regresaré los instrumentos a su lugar, no se preocupen —Lady Sebreena le restó importancia al asunto con un gesto de su mano—. Gracias por la visita, queridas hermanas, fue muy grato pasar tiempo juntas, así. ¿No le parece, Lady Fay?

—¡Sí, maravilloso! —logré controlar la boca y sonreír—. ¡Su música fue preciosa!

—Por favor, prometa que nos dejará saber cuando vuelva a practicar. —rogó Lady Kyndra.

—Así será. —asentí, aun sonriendo.

Las dos Damas volvieron a saludarnos inclinando apenas la cabeza y se fueron sin más.

—Yo también debería irme. —el Joven Esmond recuperó su capa.

Envolvió sus hombros con la pesada prenda y volvió a ponerle el broche, a pesar del evidente descontento de su hermana.

—¡Aún no terminamos! ¿Qué va a pensar Lady Fay? —protestó ella.

—Deberías preguntarle a Lady Fay sobre eso.

Ahora convertida en el centro de atención, dibujé una sonrisita que intentó ser conciliadora, cortando a mi cuñada antes de que pudiera decir algo:

—Creo que es suficiente por hoy, mi Señora. Debo hacer otras visitas esta tarde.

—Oh, ya veo —ella frunció un poco el ceño, sosteniendo el laúd en su regazo—. Tan pronto.

¿Pronto? Había pasado la mitad de mi día con ella, y aun así la tristeza escondida en sus bellos ojos azules parecía tan genuina que hizo que algo se me retorciera en el estómago. Como Señora de Crescent Hall yo estaba segura que Lady Sebreena de la Voluntad de Hierro tenía muchos deberes, pero no parecía tener muchos amigos. La mayoría de las mujeres del castillo eran mayores y casadas, ocupadas con sus familias y sus vidas. Si lo pensaba un poco, la joven Dama solía apegarse mucho a mí cada vez que la visitaba…

Debí haber sido más observadora.

—Para serle honesta, me duelen un poco los pies —dije, rindiéndome—. Pero no pensaba irme todavía.

—Está aclarado —el Joven Esmond se inclinó con rapidez—. Mis Señoras, buenas tardes.

Se fue antes de que pudiéramos devolverle el saludo.

Pero Lady Sebreena aún no parecía aliviada, su hermoso rostro estaba tan serio…

—No se sienta obligada a complacerme —comentó, con la voz más baja y quizá algo sombría. Por un instante no supe qué decir. Entonces, la Dama frunció mucho el ceño y levantó el laúd—. Camron lo hace todo el tiempo. Siempre intenta congraciarse conmigo y con todo el mundo, como si fuéramos a dejar de quererlo o algo. Nunca tenga miedo de decirme que no, Lady Fay… estoy más bien cansada de que me apañen tanto.

Mi corazón dio un salto. Si le mentía para suavizar el golpe, ella lo sabría.

—No hace falta mucho para complacerla —dije, y señalé el instrumento—. ¿Puedo?

Me pasó el laúd, parecía más tranquila.

—¿Usted toca?

—Solía hacerlo, cuando era joven.

Sostuve el laúd por el cuello y apoyé el cuerpo de madera en mi regazo con cautela. Acariciando las superficies pulidas, posé mis manos como correspondía y rasgué las cuerdas para probar su tensión. El sonido vibró dentro de la cámara hueca en dulces armonías mientras que mis dedos practicaban una escala muy básica, nada impresionante. Estaba perfectamente afinado, al parecer. Una pieza extraordinaria y bien cuidada.

Lady Sebreena se sentó más cerca de mí, sus ojos ahora llenos de curiosidad.

—¿Conoce alguna canción del Valle Ancho?

—No se haga muchas esperanzas, no soy muy talentosa.

—¡Yo decidiré eso! Por favor, toque para mí.

La sonrisa que abrió para mí a continuación fue hermosa e inocente.

Diosa, no había vuelto a tocar un instrumento desde que tenía diez años.

Las canciones de taberna eran las más fáciles para principiantes, pero siempre había tocado mejor cuando improvisaba. No requería mucha práctica, sólo concentración.

Así que me dejé ir, sin más, pensando en mi padre. Él me había enseñado desde que era una criatura. A veces lo observaba tocar durante horas mientras sus dedos deambulaban de un lado al otro a través del laúd, acariciando cada una de las doce cuerdas para crear preciosas melodías. Cada vez era una experiencia diferente, mi padre siempre tocaba sin usar hojas de música e inventaba las canciones al paso.

Me sumergí aún más en mis recuerdos, escuchando las notas de fondo sin darles mucha importancia ni pensando en su lógica o coordinación.

Vislumbré una tenue imagen del perfil de mi padre. Lo recuerdo como un hombre de belleza señorial, su piel era bastante más oscura que la de mi madre pero ni de cerca tan oscura como la de Madame Tessala, para ofrecer una comparación. Como Isleño de cuna, su cabello era negro y rizado, pero sus ojos eran del color del acero. No era tan alto como los hombres en el Valle Hundido, pero sí un caballero rústico y resistente, su manos y antebrazos estaban poblados con vestigios del trabajo duro que había hecho antes de convertirse en un poderoso mercader. Yo me parecía más a mi madre, ya que salí a ella en los ojos y los aspectos del rostro según los pocos retratos suyos que vi. Era pálida en extremo, como la mayoría de los nobles en el Valle Ancho, y mi piel, al contrario de la de ella, se bronceaba con facilidad.

La música pronto me transportó a otro tiempo que casi había olvidado, cuando todavía tenía una familia que me amaba.

No.

No; tenía una familia, otra vez. ¿Cómo podía ser tan fría?

Aplasté la mano contra las cuerdas y las notas se detuvieron de pronto.

—Qué canción más triste. —dijo Lady Sebreena, mirando al piso de piedra.

—Mis disculpas, no sabía lo que estaba haciendo.

—No, por favor. No es su culpa, yo me dejé llevar con facilidad y la música me empujó a recordar. —miró hacia otro lado y se frotó la cara con el dorso de la mano—. No sé por qué, pero me recordó a mi *mama*. Serán nueve temporadas este verano.

—Mi Señora, no era mi intención…

—No, no; como ya le dije, todo está bien —mi cuñada me ofreció una sonrisa rota—. Es bueno recordar, así los muertos no nos abandonan.

No estoy segura de qué fue lo que disparó auquella conversación, pero ella nunca me había mostrado una vulnerabilidad así antes. Su personalidad tan abrumadora parecía haberse desvanecido, dejando a una niña solitaria en su lugar.

Lo mejor que podía hacer, pensé, era escucharla.

—Si me permite… ¿qué sucedió con su madre?

No estaba preparada para su sinceridad, ni por asomo:

—Mi madre *y mis hermanitos gemelos*. Los perdimos a todos, se ahogaron. El agua seguía subiendo mientras nos movilizábamos hacia las faldas de las Montañas Crecientes, fue en un parpadeo que la corriente se llevó a mis hermanos y ella se lanzó a buscarlos… esa fue la última vez que los vi vivos. Nunca hubiéramos recuperado sus cuerpos, tampoco, si yo no hubiese torturado a Camron para que me sacara a recorrer las costas hasta que mi nariz nos llevó al sitio correcto. Tengo un sentido del olfato excepcional, ¿se lo dije alguna vez? Mi único rival es Fadric, en eso. Nunca me olvidaré de esa temporada, la peor de todas… las lluvias trajeron grandes bendiciones pero reclamaron muchas vidas como pago —hizo una corta pausa, esa vez jugando con un anillo que llevaba en el dedo del medio—. Después de los ritos funerarios, el Lord Alfa decidió nombrarme y así me convertí en Sebreena de la Voluntad de Hierro, Señora de Crescent Hall. La mayoría de los caballeros reciben su nombre después de probarse en una batalla, y yo lo logré siendo apenas una niña de diez. Fue una experiencia terrible que nos hizo a todos más fuertes, al final —murmuró, melancólica; seguía dando vueltas el anillo en su dedo—. Camron se volvió muy protector conmigo después de eso. Fue ordenado caballero ese mismo día, sus acciones salvaron a muchos. Me enorgullece decir que mi hermano está determinado a prepararnos mejor para los monzones, piensa que puede arreglarlo y yo le creo. Nadie quiere que algo así vuelva a pasar.

Sí, parecía estar muy determinado a encontrarle una solución a las inundaciones.

¿Cómo podía un simple hombre ganarle a las fuerzas de la naturaleza? Me pregunté. No importaba. Si Sir Camron estaba seguro de que podía lograrlo, entonces yo estaba aún más decidida a ayudarle con su trabajo. Si había algo que pudiera hacer, definitivamente lo haría.

—Me disculpo, ahora soy yo la que no sabe lo que hacía. —Lady Sebreena suspiró.

Le tomé la mano y apreté sus dedos.

—Mis condolencias —dije, con suavidad—. He visto el monumento en el patio del castillo.

—Gracias, Lady Fay. Usted es un alma gentil, de verdad, y muy bienvenida.

Se inclinó para apoyar la cabeza en mi hombro un instante, sosteniendo mi mano entre las dos suyas.

Con el rabillo del ojo noté que las sombras cambiaban y aquello me alertó de la presencia de otras personas en la entrada principal del salón. Cuando me volví a mirar, discreta, reconocí a Lord Willem con dos hombres cuyos rostros estaban sucios y sus ropas, embarradas. Fruncí un poco el ceño. Tenían algo familiar, los conocía de alguna parte…

Lady Sebreena dio un gritito y se levantó cuando los percibió.

—¡Ya llegaron! —susurró, levantándose el vestido con prisa—. Disculpe mis modales, mi Señora, pero debo atender esto. ¡Será sólo un momento!

—P-por supuesto…

Ella prácticamente corrió hacia la puerta, exclamando en el lenguaje de su gente.

Las expresiones serias de los dos hombres se transformaron en sonrisas anchas al verla.

Lady Sebreena se paró al lado de su padre, abrazando el brazo de Lord Willem mientras hablaba con su característico entusiasmo, pero se notaba que se moría de ganas de saltar encima de los recién llegados y abrazarlos. Quizá el estado tan lamentable de sus ropas la disuadía de intentarlo.

Cuando el hombre más alto y de aspecto más fiero se volvió a mirarme, me di cuenta por fin quiénes eran: los hermanos mayores de Sir Camron. El que llevaba barba y cuyos ojos estaban fijos en mí era también el mayor de los hijos de Lord Willem, Lord Rothfern del Paso Silencioso. Así que, el otro, de aspecto más joven pero no menos musculoso ni pesado, con el cabello oscuro cubriéndole los ojos y las orejas en ondas lozanas, tenía que ser Sir Kenley de la Sonrisa Encantadora.

¿Cómo podía haberlos olvidado? Si estuvieron en la sacristía conmigo el día de la boda. Sus rostros, entonces, lucían abrumados

por el enojo y la tristeza.

Pero, ¿sólo ellos dos? Si no me equivocaba, la partida de caza que se había quedado tenía otros dos miembros, hermanos aún más jóvenes. Un sudor frío me bajó por la espalda: ¿estaban de regreso porque Sir Fadric había sido capturado, al fin?

Me paré de repente, retorciéndome los dedos.

Si era así, entonces no tenía deseo de confirmarlo aún.

Ni siquiera le di a Lady Sebreena la oportunidad de volver a presentarme con sus hermanos mayores, simplemente saludé a todos muy rápido diciendo que se me hacía tarde para mi otro compromiso con Madame Tessala. Me escurrí fuera del castillo, casi seguro que dejando a todos con una terrible impresión acerca de mis modales.

No me importó, necesitaba irme. Respirar.

*****

Ya había caído la noche cuando llegamos a Manantiales Fríos, con las ropas y los caballos cubiertos en una fina capa de nieve. La taberna por debajo de la posada seguía abierta y llena de música, unas pocas mesas estaban ocupadas por los regulares ya casi borrachos y una que otra mujer de la noche con ropas más bien… *inadecuadas* para el clima frío. El resto del pueblo estaba oscuro y callado, casi como muerto. No nos quedaríamos, pero había algo que debíamos hacer antes de continuar, y como yo era el único que podía hablar más o menos bien, Bredon me indicó a quién buscar y qué pedirle y se quedó afuera con las bestias.

Entré, agachándome un poco para pasar por el dintel bajo sin golpearme la cabeza.

Algunos de los clientes se volvieron a mirarme, el tabernero incluido.

Un hombre de aspecto sucio estaba subido a un pequeño escenario en una esquina, tocando una música horrible con una gaita desafinada. Me hizo doler los oídos. Se detuvo al verme, trayendo aún más atención a mi figura embozada. Me encogí un poco, pero la pesada capucha mantenía mi rostro en sombras así

que lo más llamativo acerca de mi entrada era quizá mi tamaño, del cual resultaba fácil sospechar.

Puse una mano enguantada en el pomo de la espada, dejando la capa abierta lo suficiente como para que vieran que estaba protegido y listo. Nada de movimientos rápidos.

El tabernero, un viejo grasiento con las mejillas y la nariz coloradas, me habló enseguida:

—Buenas noches, buen señor. ¿Quiere un cuarto? ¿Comida caliente y bebida, tal vez?

—No —gruñí—. Vengo por una carta.

El hombre se quedó mirándome unos cuantos latidos, desconfiado, pero al final fue hasta el estante donde guardaba las bebidas más caras (las que se veían más finas y con las etiquetas más bonitas) y pescó un papel doblado con un sello de cera negra al frente.

—Aquí tiene. Ahora váyase de mi posada si no va a hacer negocios.

Un hombre inferior con un título como el mío se hubiera ofendido muchísimo por eso.

Algunos no tenían modales.

—Le agradezco mucho. —resoplé, y dejé caer una moneda de cobre en el mostrador.

Ni siquiera le dije adiós, simplemente me di la vuelta.

En lugar de meter la carta por debajo de mi coraza de cuero endurecido, volví a salir y me enfrenté a la suave brisa helada. Bredon se había apoyado en un poste junto a los caballos, masticando carne seca.

Mi primo me hizo un gesto interrogativo.

Levanté el papel más cerca de mi hocico y lo olfateé un rato. Más allá del olor del humo, la comida grasosa y los dedos sucios del tabernero, reconocí el aroma del autor. Picante, muy particular. Lo había olido antes, sí.

—Es él. —dije.

Rompí el sello de cera y desplegué la carta para encontrar una sola línea:

BUSQUEN LA VIEJA CASA DE GUARDIA

Le mostré la nota a Bredon.

Mi primo asintió y me entregó las riendas de Estampida, sabíamos a dónde ir.

La casa de guardia estaba perdida en los bosques helados al otro lado del pueblo, era parte de las ruinas de un castillo pequeño destruido durante un asedio hacía mucho tiempo. Algunos decían que estaba maldito, por eso nadie lo había reclamado ni se habían molestado en usurpar la construcción; y para nosotros, los viajeros, se había convertido en un buen lugar para pararse a descansar en las travesías.

En lo que trotábamos hacia allá, los cielos se limpiaron y la luz plateada de la luna creciente nos bañó. Bredon echó la cabeza hacia atrás y aulló, alto y amenazante.

—Menos mal que debíamos *ser discretos*. —gruñí.

Él resopló una risita, contento. Los lobos salvajes nos respondieron, desde lejos.

Bredon me miró, arqueando sus cejas oscuras. Si ellos estaban cazando otra vez, eso quería decir que el invierno ya no era tan duro ahí afuera, la primavera estaba llegando y aquellas tierras pronto empezarían a descongelarse. Toda el agua se drenaría en nuestra dirección. Una horrible aprensión me oprimió el pecho con una garra helada, traté de dejar esos pensamientos de lado.

No nos llevó mucho hallar la mentada casa, el único edificio en pie y más o menos intacto más allá de una o dos paredes del castillo.

Esperamos en silencio, escuchando los sonidos de la noche. Nada.

Mi primo desmontó con cautela y le seguí. Aunque nosotros no la necesitábamos, de todos modos encendí una antorcha y me dirigí hacia la entrada, la nieve crujía bajo mis pies. No había huellas ni olores cerca de la casa ni en los alrededores, eso fue lo primero que percibí en lo que me aproximaba.

Metí la antorcha por la puerta y la luz rebotó en dos orbes ambarinas, profundamente escondidas en la oscuridad. Se me pararon todos los pelos de la espalda. Di un paso atrás, pero los orbes continuaban brillando. La luz reflejada parpadeó.

Ojos. Ojos en las sombras.

El olor picante que había detectado en el papel sopló con suavidad en mi rostro.

—Calma, lobo. Llegan temprano. —una voz sibilante se deslizó como el viento.

Hablaba en la lenguaplana.

Algo se movió en la negrura, escuché pasos pesados y tintineo de metales.

Salió a la luz, alto y vestido con armadura de cuero y pieles. Sus ojos eran grandes y dorados, su nariz ancha y crispada. Su hocico era corto y moteado de negro, con bigotes largos y gruesos, abundantes. Una capucha le protegía la cabeza, como a mí, por lo que no pude ver más allá del borde negro en torno a sus grandes ojos de cazador. Pero logré observar algunas manchas oscuras en el pelaje de color miel que cubría sus mejillas y frente, y él me regaló una sonrisa que le partió los belfos al medio revelando filas de dientes afilados, blancos como la propia nieve.

—¿Nafasi? —lo llamé.

—El único y verdadero. —respondió, inclinándose un poco.

Nafasi de la Espalda Moteada, en toda su felina gloria.

18. Las Formas de la Magia

Nafasi compartió con nosotros un estofado de paloma que, debo admitir, estaba rico.

Llevaba una gruesa capa hecha de lana marrón y unas pieles cálidas de color arena, aunque sus pies y manos iban envueltos en harapos y se mantenía acurrucado en una esquina mientras Bredon y yo comíamos. Mirándonos, con esos grandes ojos dorados suyos.

Totalmente lo opuesto de las extravagantes sedas decoradas y joyería de oro que solía vestir cuando nos honraba con su música en los festivales.

Yo no podía dejar de mirarlo, por supuesto, ahora que el leopardo-hombre había bajado su capucha y expuesto el delicado patrón de manchas negras que le cubría la cabeza. Sus orejas eran pequeñas y redondeadas, bordeadas de negro, pero las mantenía aplastadas contra el cráneo; el pelaje que se podía ver era corto y muy apretado, no parecía apropiado para pasar un duro invierno. Era bueno haciendo de cuenta que no tenía frío.

Como pasaba con Madame Tessala, era difícil descifrar su edad. En su forma humana, diría que estaba entre los treinta largos o los cuarenta tempranos. ¿Cuando llevaba la otra piel? Era aún más complicado estimarlo más allá de la antigua sabiduría que reflejaba su mirada.

—Me disculpo por las condiciones menos que ideales de esta humilde morada, pero prefiero mantener mis pertenencias en un sitio seguro mientras nos encargamos de esto. Será lo mejor.

Bredon y yo dejamos de comer, con las orejas inmediatamente erguidas.

—Gracias por venir. —agregó después.

—No se hizo nada aún. —le contesté, fehaciente.

Se rio sin muchas ganas.

—Me han dado esperanza, eso de por sí ya es mucho.

En lo personal, sólo lo había visto en su piel felina una vez: cuando se le permitió tomar parte en una de las celebraciones de la Primera Cacería, cuando yo era un escudero. Pero en aquel entonces, no lo había oído hablar. La voz de Nafasi, un barítono intenso, sonaba aún más profunda y aterciopelada en esta forma. Quizá ceceaba un poco por aquí o por allá, pero su dicción era casi perfecta. Eso considerando que tenía colmillos más grandes que los míos.

Su hocico animal era más corto y ancho que el mío, también; ¿quizá tenía algo que ver?

—Hablas bien. —me atreví a decir, no sin cierta timidez.

—Tú también, lobo. No podría ensalzar más tu habilidad.

Asentí para darle las gracias, sintiéndome extrañamente halagado.

Bredon me pegó en la oreja con un hueso de paloma, para llamarme la atención. Empezó a hacer señales apenas mi mirada se posó sobre él.

—Mi *primo pregunta* qué novedades tienes *para nosotros*. —traduje.

Nafasi suspiró, exhalando una pequeña nube blanca.

—Seguí la caravana hasta el Paso Altmire y luego me separé de ellos para reunirnos aquí. Cuando los dejé, la columna todavía estaba a cuatro días de los páramos. Exploré un poco más adelante y elegí un lugar perfecto para acampar y prepararnos, un hermoso túmulo cerca del extremo oeste del bosque. Debería bastar, si no te molestan los muertos.

Intenté hacer los números en mi mente, algo no cuadraba.

Bredon resopló y volvió a hacer señales. Yo traduje:

—¿*Por* qué dijiste que teníamos sólo seis días *para hacer* esto, entonces?

—Mis disculpas, pero debía hacerlo lucir urgente. Si ustedes llegaban demasiado tarde, la oportunidad se habría perdido —se encogió de hombros manteniendo los brazos cruzados, con las

manos escondidas en las axilas para conservar el calor—. De este modo tenemos otros dos días para prepararnos, aunque son dos días más de los que estoy dispuesto a esperar en este clima de mierda.

Yo sabía exactamente qué le preocupaba a mi primo.

—No tenemos *provisiones para esperar* dos días más de lo *previsto*. —gruñí.

—No te preocupes, tengo suficiente para todos.

—¿Y qué pasa si cambian de *curso*?

—No lo harán. Esta es la ruta más rápida para ellos.

Parecía tener una respuesta para todo, bien.

Resoplando, crucé los brazos también y me apoyé contra la pared.

El pequeño fuego en medio de la habitación tintaba todo con su moribundo brillo naranja. Nadie alimentaría las llamas porque una vez que se hubieran consumido, tomaríamos turnos para hacer guardia mientras los otros dormían. Una regla implícita de toda partida de caza. Seguí haciendo cuentas en mi cabeza y descubriendo preguntas, considerando todos los pequeños detalles que aún desconocía; pero lo más importante…

—Sabes a dónde van.

—Hacia el Oeste en dirección a los puertos de Escria —Nafasi asintió—. Voy a todas partes y lo veo todo. La mayoría de las caravanas se mueven hacia lo profundo del Norte hasta que llegan al Borde del Verano, sin llegar a cruzar nunca la Brecha hacia este lado. Si alguna vez pasan por la Brecha, toman el Corredor del Este hacia el Valle Ancho, con la esperanza de alcanzar las Ciudades Costeras antes de que los descubran. Pero esta gente… esta *basura*, tiene muchas conexiones, me doy cuenta. Lo bastante fuertes como para cruzar millas y millas de hielo y nieve y hacer negocios. La única autoridad confiable por aquí es la Alianza, pero temo que hasta sus rangos puedan estar infiltrados por estos monstruos.

La ira escondida en su voz hizo que la piel debajo de mi pelaje se pusiera de gallina.

No era simplemente el gruñido animal que subrayaba sus palabras. Había visto esa clase de ira antes, era quizá el peor tipo: la

rabia que venía de la impotencia y el miedo, impulsada por la determinación. Hacía que los hombres se creyeran capaces de enfrentar a todo un ejército por sí solos.

Un momento después, Nafasi sonrió partiendo sus labios oscuros, mostrando los colmillos una vez más.

—No me estás preguntando por qué deberías confiar en un bardo itinerante para que dirija la carga contra mercenarios entrenados.

—Sabemos que tienes *interés* en esta *caravana*. —contesté, directo al punto.

—De hecho. Un interés muy personal.

—¿Qué te *quitaron*?

—A mis hijas.

Bredon exhaló un quejido, yo tragué saliva con fuerza.

Ni siquiera estábamos al tanto de que tuviera familia. Nafasi nunca hablaba mucho de su vida, sólo se dejaba ver una o dos veces entre temporadas. El aroma de nuestro horror debió llegar a sus narices más rápido de lo esperado, porque el leopardo-hombre se adelantó a nuestras preguntas y siguió hablando:

—Mantener y comerciar esclavos son cosas comunes más allá de la Brecha, pero eso no significa que a la gente le da todo igual. Mucho menos a la gente salvaje como nosotros, que no estamos hechos para ser enjaulados ni encadenados —explicó. Su corto hocico se cubrió de arrugas y sus gruesos bigotes se erizaron demostrando asco. Su voz se volvió muy hueca, llena de odio—. Para ustedes dos, puede que yo luzca como un músico viajero cualquiera, pero no tienen idea de cuán lejos estoy dispuesto a ir para proteger a los míos. Esta caravana es solo el principio para mí, lobos.

Descruzó los brazos y levantó un puño, flexionando los dedos envueltos en harapos hasta que *unas garras* como ganchos le brotaron de las puntas. Más grandes, más curvadas y mucho más afiladas que las nuestras. El tipo de espolones que le arrancarían limpia la cara a un hombre.

No nos estaba mintiendo, pero seguro que escondía muchas cosas.

¿Por qué? ¿Por vergüenza, quizá? No tenía que sentirse humillado por pedir ayuda, dada la situación. ¿Creyó que nos rehusaríamos? La suya era una raza de nómadas solitarios y muy escurridizos, en su mayoría y hasta donde yo sabía, pero juntarse con nosotros para cumplir con este único objetivo no pondría en riesgo su autonomía ni su libertad.

Mi primo exhaló un gruñido, volví a mirarlo.

Bredon me dedicó esa mirada de *tenías razón*, que yo desestimé enseguida con un bufido. Sí, le había manifestado mis sospechas antes, pero hasta yo debo admitir que esto no era ni la mitad de malo de lo que había imaginado. Mi primo volvió a hacer señales, yo hablé:

—¿*Eres* un *cazahombres*?

Nafasi resopló.

—Me halagas, pero si fuera secretamente tan talentoso para matar, ¿qué necesidad tendría de asociarme con tu clase?

—*¿Carnada? ¿Distracciones?*

Los cazahombres eran distintos de los mercenarios o los cazadores de recompensas. Más bien, eran asesinos entrenados para buscar y destrozar a la orden desde una edad muy temprana, otra peculiar costumbre de la gente más allá de la Brecha. Eran en extremo peligrosos porque se pasaban la mayor parte de sus vidas pretendiendo ser personas ordinarias hasta que sus amos les llamaban a servir… por suerte, los cazahombres no se veían en nuestro país, pero eso no significaba que tales pesadillas no existieran. Todas las leyendas estaban basadas en algo.

Nafasi no me honró con una respuesta, así que insistí:

—¿Es *real* la *recompensa*?

—Claro que lo es. Y no sólo estoy dispuesto a ceder mi parte de ella, añadiré monedas por sobre el premio —el leopardo-hombre apretó los puños, se estremeció. Debió haberse hincado las garras en las almohadillas de sus palmas, pero la voz no le falló—:. Ayúdenme a recuperar a mis hijas. Ayúdenme a liberar a los otros. Pueden quedarse con todo lo que deseen: el botín, la gloria, hasta la recompensa. Todo lo que yo quiero es justicia.

Bredon y yo volvimos a mirarnos una última vez.

Después de unos latidos, mi primo se tocó la sien con la punta del dedo y luego unió los dos primeros dedos de sus manos, poniéndolos uno junto al otro delante de su pecho. *Pienso igual.* La justicia sonaba como una razón de sobra, sí.

Ya no se trataba de la riqueza, y no retiraríamos nuestro apoyo.

Pero Nafasi tenía que empezar a reparar el daño.

—No podemos *ayudar* si no podemos *confiar*, Nafasi —le dije, despacio para mantener mi pronunciación entendible—. *Demuéstranos* que podemos *confiar*. Cuéntanos toda la *historia*…

*****

Pasé los siguientes días ocupada con mis lecciones de danza y pasando tiempo de calidad con mis cuñadas en las mañanas, con lecciones del lenguaje de las manos en la tarde y trabajo de escriba por las noches. Estaba tan ocupada que no me di cuenta de que el ungüento de Madame Tessala estaba obrando milagros en mi mano quemada, al punto de que dejé de usar la venda y hasta de pensar en ello. De pronto apenas sí tenía tiempo para leer por diversión o de participar en la gestión de la mansión, pero me forzaba a hacer pausas para comer o tomar té, para ir de paseo alrededor de la finca con los perros o darme un buen baño antes de cenar.

Eso último era la única cosa que no estaba dispuesta a dejar de lado, sin importar cuán demandantes fueran mis días.

Se lo pedía a la Joven Rhion y ella lo preparaba todo para mí en el cuarto de baño debajo de la casa, me llamaba cuando ya estaba listo. Aunque me bañaba a diario, me llevó tiempo darme cuenta de que nunca la había visto calentando agua en las cocinas o cargando baldes por las escaleras. O vaciando la tina después.

Y era una tina importante, ciertamente grande para tres. Llenarla no era fácil.

Decidí desvestirme en el baño esa vez en lugar de hacerlo en mi recámara, con la intención de espiar. La Joven Rhion estaba murmurando una canción por lo bajo cuando llegué, revolviendo el fondo de un brasero elevado que estaba en la esquina más alejada de la habitación; las llamas lamían la panza de un objeto que parecía

un barril de hierro, colocado por encima del brasero con cuatro patas fuertes.

La bañera de piedra seguía vacía. Empecé a desvestirme mientras la observaba.

—¿Bajé demasiado temprano? —pregunté, despreocupada.

—Tardará sólo un poco más, mi Señora.

La Joven Rhion se quedó ahí, observando el barril de hierro y musitando su canción.

Fruncí un poco el ceño, erguida y descalza en el piso de piedra tibia y vestida con nada más que el camisón.

—¿No debería estar llenando la bañera con agua?

Ella se dio la vuelta y me sonrió con emoción.

—¡Ah, no hace falta! Verá, esta es una de las invenciones de Sir Camron —se tocó las puntas de los dedos, intentando recordar algo en el orden correcto—. Primero tengo que hacer un buen fuego, para que caliente el cuarto y la caldera. Sir Camron me enseñó una canción para que me ayude a esperar lo suficiente, y entonces tengo que ir afuera y tirar de una palanca así la rueda del molino puede traer agua desde el río hacia la caldera. La caldera estará ardiendo para cuando llegue el agua, y el agua viajará todo a través de esa tubería casi hirviendo, para caer en la tina… la piedra de la tina baja la temperatura del agua, para que uno pueda bañarse con comodidad. Luego debo volver a tirar de la palanca para detener la rueda y alejar el fuego de la caldera. Si el agua en la tina se enfría muy rápido, puedo volver a poner el fuego y dejar que entre agua otra vez.

Habló muy rápido, atropellando las palabras hasta el punto de que no estaba segura de si le había entendido del todo, pero… ahora que la Joven Rhion lo mencionaba, había visto esa tubería que corría sobre nuestras cabezas. Nunca pensé que estuviera relacionada a un mecanismo así, es todo. Me impresionó, sin duda. Primero, un ingenioso dispositivo para que entrara luz de sol a un salón bastante escondido, ahora un complicado aparato para calentar agua rápido y con comodidad.

Mi esposo de verdad tenía buenos sesos, justo como Lord Willem me dijo una vez.

—¿Sir Camron te enseñó todo esto?

—Dijo que usted podía preguntar y que yo debía estar lista para responder.

—Pensé que el brasero era para calentar la habitación y nada más. Está oscuro aquí.

Ella arqueó las cejas.

—¡Puedo traerle más velas, si desea!

—No, no. Está bien. Gracias por explicarme.

—Si quiere, mi Señora, le puedo explicar todas las demás creaciones que hay por la casa. ¡Sólo pregunte, Sir Camron me instruyó para todo! —la Joven Rhion miró el barril de hierro (que sospecho sería la mentada *caldera*) y exclamó—. ¡Ya está listo! ¡Volveré enseguida!

Se levantó las faldas y salió corriendo hacia la pequeña puerta de salida escondida detrás de unas cortinas de cuero. Todavía algo aturdida, miré de nuevo el brasero y vi que la panza de la caldera se había tornado naranja y mutaba despacio hacia el amarillo. Después de un corto momento, escuché un rugido hueco por encima de mi cabeza y di un paso atrás. Sonaba como un monstruo atrapado en alguna parte. Entonces, empezó a salir un vapor espeso del extremo de la tubería y sólo unos latidos más tarde, escupió y por fin vomitó un caudal de agua caliente directo al interior de la bañera de piedra.

Se me abrieron los ojos como bandejas de plata.

Observé, asombrada, cómo la tina se llenaba con rapidez. El trabajo que hubiera requerido los esfuerzos de uno o dos sirvientes, terminado mucho más rápido y de una manera mucho más eficiente e inteligente.

La Joven Rhion volvió al cuarto de baño. Asumí que había detenido la rueda del molino, ya que la tubería seguía produciendo vapor pero ya no salía agua. La habitación se volvió más caliente y húmeda, mi piel se cubrió de sudor pegajoso. La joven doncella fue hasta el brasero y, usando una manija que sobresalía de su base, lo empujó con la fuerza de su cadera; el brasero entero se movió hacia un costado, para que las llamas ya no tocaran la caldera.

—Puede probar el agua, mi Señora.

Hice lo que me indicó y confirmé que aunque la temperatura seguía algo alta, era tolerable. Me desvestí por completo y mientras la Joven Rhion sostenía mi mano, puse un pie en la tina y busqué una esquina para sentarme. Usando un tazón y un trapo me mojé el pelo, luego apliqué jabón de miel sobre mis hombros y brazos mientras la muchacha me lavaba la espalda, parada fuera de la bañera.

—Esto es fascinante, de verdad. —dije, mi voz todavía destilaba incredulidad.

No era ni remotamente mi primer baño en ese cuarto, pero conocer sus secretos hacía una gran diferencia para mí.

—Ea, Sir Camron ha inventado toda clase de cosas para facilitar los trabajos más tediosos, no sólo para sí mismo.

—¿Y cómo se vacía la bañera una vez que terminemos?

—¡Oh, esa es la mejor parte! —se rio mientras colectaba mi cabello para lavarlo—. Hay un tapón de acero sobre otra tubería escondida en el piso, debajo de la bañera. Cuando usted termine, yo sólo debo meter el brazo y sacar el tapón. ¡El agua vuelve al río!

Acabé riéndome con ella, porque parecía tan simple y a la vez brillante.

La Joven Rhion siguió hablando, mientras masajeaba mi cabello con un brebaje herbal recién hecho.

—Por supuesto, a Lady Sebreena le encanta alardear de sus hermanos y le dijo a todos sobre este invento. ¡El propio Lord Alfa del Castillo Whitehall *en persona* le escribió una carta a Sir Camron pidiéndole que creara algo así para sus baños privados! Fue toda una sensación, pronto todos los Lores del valle querían tener…

Me apoyé contra la bañera fría, escuchando la letanía de mi doncella acerca de las hazañas intelectuales de mi esposo. El agua se sentía tan bien, sus dedos masajeándome el cuero cabelludo pronto me dejaron muy relajada. Cerré los ojos. Mis pensamientos volvieron poco a poco hacia la carta que mantenía escondida bajo la almohada, la que leía de nuevo por lo menos una vez al día. Tantas palabras llenas de promesas y confianza inquebrantable. Tan cargadas de pasión. Nunca fallaba en hacer que se me agitara el corazón o en darme buenos sueños.

Quizá esa simple hoja de papel era la clave de todo.

Me estaba durmiendo, arrullada por la cháchara sin fin de la Joven Rhion.

¿Estaba bien si me enamoraba de él, por lo menos un poquito?

Deseé en mi corazón que los asuntos de Sir Camron estuvieran resultando exitosos por el momento, y que volviera pronto.

*****

El primer juego de pergaminos que Madame Tessala me dio para revisar debió ser decepcionante, porque la sanadora no los mencionó de nuevo. Me agradeció por mis esfuerzos y de inmediato me confió otro manuscrito grueso, tan decrépito que los bordes de las páginas a veces se quebraban entre mis dedos. Hice lo que debía con la pieza y dos días después, le presenté mis resultados al término de otra sesión de clases del lenguaje de las manos.

Vestida de rojo y cubierta de joyas como era usual, Madame estudió mis notas con ojo crítico mientras tomábamos té en sus aposentos privados, alto dentro de la Aguja Roja.

Su bebida se enfriaba, yo casi había terminado con la mía.

Sus facciones tan regias no decían nada, así que abrí la boca:

—Parece ser un libro de cultivos, Madame —expliqué, usando el manuscrito original como referencia—. No puedo leerlo completo, hay muchas palabras que desconozco en la prosa… pero habla de ciclos de cultivo y rendimientos. Quizá se trataba de un libro mayor de registro de estaciones, o algo por el estilo.

Madame puso mis notas sobre la mesa.

—Sí, este tampoco es el correcto. —murmuró, frotándose la frente con irritación.

Fruncí un poco el ceño, insatisfecha conmigo misma.

—Lamento no poder serle más útil, Madame.

La mirada oscura de la sanadora se concentró en mí por primera vez en un rato largo.

—Niña querida, usted es astuta y aprende rápido. ¿Cómo puede pedir disculpas por una pequeñez como esta? —Madame dibujó una sonrisa pequeña que, aunque no mostró sus dientes perfectos,

irradiaba luz—. Su conocimiento del lenguaje de las manos se incrementa cada día, su memoria de la Lengua Isleña mejora también. Nunca esperaría que usted lo descifre todo en un parpadeo; primero debemos apuntar al árbol y sólo después abarcar el bosque.

Tenía razón. Sus palabras reconfortantes me devolvieron la fuerza que me faltaba.

Le hice una seña de agradecimiento, tocándome la barbilla con la punta de los dedos.

Continuamos con nuestra merienda en silencio, disfrutando de las masas que yo había horneado. Una pequeña muestra de mi aprecio por el tiempo que me dedicaba. No era más que una docena de rollos de miel, de verdad, pero debo admitir que estaban buenos y muy sabrosos.

Sus aposentos, como la mayoría de los cuartos que había visto de la torre, estaban atestados de sus pertenencias pero más que nada, ella parecía recolectar todo tipo de material escrito. Era una rareza que parecía compartir con mi esposo. Me había aventurado en la torre que estaba pegada a la parte de atrás de la casa de Sir Camron y vi más o menos lo mismo: dos de los cuatro pisos estaban llenos de estantes cargados de pergaminos y libros polvorientos. Era un rejunte extraño, y podía ver que a diferencia de Madame, Sir Camron organizaba su colección siguiendo un sistema que sólo él conocía. Una buena parte de las piezas que ojeé por encima estaban también escritas en la Lengua Isleña.

Las coincidencias seguían apilándose, ya no podía negarlo.

—¿Qué son estas escrituras que usted quiere que yo lea? ¿De dónde salieron?

Madame tomó un poco de té con calma.

—Muchas estaban pudriéndose dentro de este mismo edificio. Otras, las recogí en todos los rincones de este valle. Le pertenecieron a los hombres que vivían aquí mucho antes de que la gente loba viniera.

Me figuré que así era, considerando que algunos de los monolitos que había visto a lo largo de los caminos estaban tallados con letras similares.

—¿Qué es lo que busca en ellos?

—Conocimiento, por supuesto. Es el propósito de la mayoría de los libros.

—Entonces, son importantes. —me aventuré.

—Sí, creo que las escrituras son importantes porque podrían contener información útil sobre las estructuras escondidas en el valle… bueno, más que nada me interesa *una de esas estructuras* en particular —dudó por unos instantes, pero luego Madame dejó su taza y se puso de pie. Se dirigió hacia la escalera de caracol y añadió —:. Venga conmigo, querida.

Me paré enseguida, secretamente deseando que no tuviéramos que subir tanto.

Bueno, me equivoqué en eso, pero por fortuna me había puesto mis pantalones ese día y el ascenso se volvió menos engorroso. Perdí la cuenta de cuántos pisos atravesamos. Para el final, sentía los pulmones en llamas y sólo podía avanzar si me aferraba a las grietas entre los bloques de piedra.

Por fin vi una luz por encima de mi cabeza, escuché in silbido aterrador.

Con lo último de mis fuerzas llegué al piso superior de la torre, con la mano apoyada contra la pared curva para mantenerme erguida. El viento soplaba con mucha fuerza ahí arriba, todo en el suelo se veía como juguetes de niños desde aquella altura tan impresionante. Desvié los ojos de las ventanas arqueadas, para evitar las náuseas. El techo abovedado estaba sostenido sólo por dos docenas de pilares rojos y apenas una modesta saliente bordeada por un parapeto dentado, para prevenir que alguien cayera al vacío por accidente. Qué hermoso lugar para tener pesadillas.

—Con cuidado, mi niña. Quizá pueda sentir cómo la torre se mueve bajo sus pies, pero tenga por seguro que no colapsará.

Miré hacia abajo entre mis botas, con una exclamación.

Deseé no haberme enfocado tanto en mis pies, porque de hecho podía percibir un ligero meneo que llevaba mi peso de atrás hacia delante. El miedo se apoderó de mí y me paralizó, un sudor frío empezó a bajarme por la espalda.

Pero Madame me agarró por el brazo en silencio, y todo se acabó.

—Acérquese, no tenga miedo.

Madame Tessala estaba de pie ante un pedestal de granito, que se encontraba en el centro de la plataforma circular. Su vestido rojo flameaba en el viento, pero se erguía orgullosa y seria, con la mirada clavada en el elemento más importante de la habitación: encima del pedestal había una extraña piedra, cortada sin cuidado y toda poceada, de un brillo ligeramente plateado. Resplandecía como metal pero se veía como la roca. Era grande, quizá de la mitad de mi tamaño.

—¿Qué es esto? —le pregunté, aún sin aliento.

—No lo sé. Pero estoy convencida de que, si algo le ocurriera a esta piedra, este valle como lo conocemos dejará de existir.

Arqueé las cejas, confundida. Mil preguntas me brotaron en la mente.

—¿Qué? C-cómo…? ¿Por qué?

—Sé cómo suena. Esta piedra controla el clima en el valle.

Lo dijo como si fuera una verdad venida de la propia madre celestial.

Madame me soltó el brazo y yo me quedé mirando la roca.

—¿Cómo puede *una piedra* controlar el clima?

—Bueno, si es el trabajo de los dioses, entonces esto seguro es parte de su plan: creo que esta es la pieza central de un mecanismo escondido bajo la tierra. Hay piedras muy similares colocadas en puntos estratégicos dentro de los confines del Valle Hundido, todas ellas parecen estar alineadas directamente con esta y con cada una de las otras describiendo una figura de significado incierto. Me tomó unos diez inviernos poder elaborar un mapa correcto, y varios errores con incalculables consecuencias —la sanadora estiró el brazo y sus dedos cubiertos de oro rozaron el lado rugoso del monolito deforme, como si acariciara el lomo de una querida mascota—. Mi Señora, como le he dicho antes, he ido a muchos lugares y he visto muchas cosas… pero esto es *quizá lo más cerca que jamás estuve de la magia verdadera*. No poseo ningún conocimiento que pueda explicarlo, así que esperaba encontrar la respuesta en esas

escrituras. Si la gente antigua puso esto aquí, quiero saber cómo, por qué y cómo cuidar de ello.

Era inútil seguir expresando mi confusión, me di cuenta.

Ella lucía tan admirada como yo, excepto que Madame Tessala tenía una comprensión más profunda de esa locura que yo. Era mucho más sabia, sobre muchísimas más cosas. Mirar a la superficie plateada de esa roca me hizo sentir una extraña presión dentro del pecho, me convertía en un ser tan pequeño, tan ignorante en un mar de misterios más allá de mis pesadillas más oscuras. Y al mismo tiempo, mientras más miraba a la roca, más podía percibir los inicios de un dolor palpitante dentro de mi cabeza. Mi saliva tenía un sabor extraño. Mi estómago se revolvió, me puse una mano encima para suavizar el malestar.

Algo definitivamente no estaba bien con esa cosa.

Lo sospechaba, supongo. Sabía que aquel hermoso valle no era una ocurrencia natural.

—Sir Camron… ¿él sabe de esto? ¿Usted le pidió ayuda también?

—Por supuesto. Y está tan perdido como yo. Sin conocimiento, ambos estamos varados.

—¿Nunca encontró a alguien más que pudiera leer estos pergaminos?

Ella sacudió la cabeza.

—La mayoría de aquellos con los que compartí este conocimiento me dijeron que debería quemar cada palabra y así dejar que la memoria del pueblo de antes se perdiera. El populacho puede ser muy receloso de las cosas antiguas.

—Pero los Isleños deben ir y venir del mar todo el tiempo, mi padre…

Madame se apartó de la piedra, también con una mano sobre el estómago.

—La comunidad Isleña está fuera de nuestro alcance, y pueden ser violentos cuando se les molesta. Escuché que les gobierna una dinastía de fanáticos. Su religión es estricta. No están tan lejos de algunas culturas más allá de la Brecha —se abrazó a sí misma, dándome una mirada llena de preocupación—. Mi Señora, es muy probable que su padre estuviera huyendo de un yugo opresor

cuando vino al continente. Estoy muy agradecida de que aún fuera lo bastante sabio como para enseñarle a usted esas cosas en lugar de desechar su identidad, y de que usted viniera a nosotros. Debe ser una señal de buena fortuna.

Una vez más, ella tenía razón en muchas cosas. No sabía mucho del pasado de mi padre porque nunca me molesté en preguntarle, siempre estaba más que feliz de recibir sus lecciones porque significaba que él pasaría tiempo conmigo.

Pero si era una bendición, entonces debía esgrimirla con confianza.

Mi mirada se encontró con los ojos oscuros y penetrantes de Madame Tessala, ella asintió:

—Debemos seguir buscando, mi Señora. La verdad llega a quienes la persiguen.

Cuadré los hombros y levanté la barbilla.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué más le gustaría que yo…?

Madame se alejó de mí de improviso, interrumpiéndome a la mitad de la oración; se paró cerca de la salida en lo que yo la observaba con la boca abierta y las palabras atragantadas. Por un rato largo nada pasó, pero ella parecía muy interesada en mirar dentro de la oscuridad del pozo de la escalera.

Al final, un sonido distintivo se alzó sobre el viento, venía de abajo:

—¡Madame! ¡Madame, es urgente! —clamaba la voz de Sir Morven de las Manos Sabias, el asistente de la sanadora. Podía escuchar sus pasos distantes, estaba subiendo los escalones a la carrera—. ¡Lady Kyndra! ¡Su bebé se adelantó, debemos apresurarnos!

*****

—¿Lo ves? —pregunté, refugiándome detrás de un tronco de árbol.

Nafasi resopló.

—Estás en lo cierto, veo fuego. Acamparon más lejos de lo que esperaba.

Después de pasar otras dos noches en el silencio helado de un antiguo túmulo funerario, ocultos de los elementos y de la vista, mi paciencia empezaba a agotarse. Me inclinaba por creer que la caravana de esclavistas había cambiado de curso, tal como predije, pero para cuando cayó la tercera noche nos llegó un respiro. Sí, pensé que veía fuego bajo la luz plateada de la luna creciente, así que le pedí a nuestro compañero felino que lo confirmara.

Mi primo gruñó, parado junto a mí. Se moría de ganas de pelear, también.

—Avancemos. Hay que atacar ahora, al abrigo de la oscuridad. —dijo el leopardo-hombre.

Bredon tiró de mi manga y lo miré, leí sus señales y traduje:

—¿Estás *seguro* de que son ellos?

—No veo por qué cualquier otra caravana se alejaría de los caminos principales en este clima. Tienen que ser ellos.

El terreno no era para nada lo que esperábamos, pero si les permitíamos seguir por un día más, terminarían de cruzar los Baldíos Helados antes de que pudiéramos hacer algo y la oportunidad se perdería. Suspiré profundamente, llenándome los pulmones con una brisa fría que olía más seca que la propia nieve.

—*Quiero asegurarme* de que podemos con ellos.

Los ojos dorados de Nafasi atravesaron los míos en la noche:

—Que así sea, lobo. Echemos un vistazo más de cerca, si eso quieres.

19. Justicia Abreviada

La caravana era, claramente, más grande de lo que anticipamos.

Conté veinte y un cuerpos, diez y ocho de ellos eran hombres muy bien armados, dos iban vestidos con finos trajes de invierno sin armas a la vista (los líderes, según Nafasi), y la que quedaba era una mujer que, a todas luces, era una sirvienta. Su capa se veía desgarrada y sucia. Ocho carretas y seis carpas desperdigadas en un círculo amplio hacían todo el campamento. Para mantener los fuegos ardiendo en aquel clima tan horrendo, los habían encendido dentro de grandes discos de hierro suspendidos con cadenas sobre unas estructuras como patas. Era una forma creativa de proveer luz y calor para que los hombres se reunieran a su alrededor y proteger a su vez a las brasas de la humedad. También tenían perros de ataque, algo que Nafasi había fallado en reportar.

El leopardo-hombre asumió que los bandidos habían recolectado más carretas y hombres en alguna parte después de que él dejara de seguirlos, lo que significaba que también tenían más gente a cargo. Ninguno de nosotros podía decir cuánta porque ningún carro tenía ventanas, pero los desgraciados llevaban comida a todos, así que sabíamos que estaban ocupados.

La pregunta es, ¿con esclavos indefensos, o más mercenarios ocultos?

Otro detallito es que, de diez y ocho hombres armados, seis de ellos traían ballestas.

Así que: ballestas, perros de ataque, mercenarios experimentados. Y sólo nosotros tres.

No estaba contento con nada de aquello. Mi primo tampoco.

Nafasi, sin embargo…

Nafasi se veía muy seguro de sí mismo. Tenía un gran truco en la manga.

—Sé lo que piensas.

Miré al leopardo-hombre:

—Lo dudo.

—Tenemos la ventaja, lobo. Esta es tu tierra.

Me tragué un gruñido, todavía no muy convencido.

—Yo abriré la cacería, así que acérquense por los costados tan rápido como puedan y ataquen. Destrocen sus filas desde adentro, sin vacilar. Manténganlos entretenidos. Yo les voy a proteger desde arriba —susurró, agachado entre Bredon y yo. Tenía el hocico fruncido, con esos grandes colmillos al aire—. Recuerden: para otorgarnos la recompensa, la Alianza sólo requiere un testigo vivo y a uno de los perpetradores para enviarlo a juicio, todos los demás son presa. Sugeriría mantener a los líderes vivos. Hay un premio adicional por cada pieza si les entregamos un gran saco lleno de cabezas, también, pero eso queda a su criterio. ¿Estamos de acuerdo?

Nafasi se lamió los belfos. La sed de sangre en su mirada era perturbadora.

El plan era sencillo, quizá *demasiado sencillo*.

Teníamos que ser rápidos y precisos. *Especialmente* considerando el terreno. Los Baldíos Helados no eran sino leguas y leguas de glaciares indistinguibles del suelo sólido, como en un lago congelado. En época de primavera, pequeños trozos del glaciar se derretían, drenando agua hacia los valles más bajos por medio de los ríos que fluían debajo de las gruesas capas de hielo perenne. Esto hacía que el hielo fuera *más frágil*. Las grietas escondidas también eran un problema, algo que la mayoría de los norteños sabía evitar.

Rogué en secreto que nuestros enemigos no fueran tan listos ni experimentados.

Nos movimos con cautela escuchando los ruidos debajo de nuestros pies, hasta ocultarnos en un manojo de ramas secas que salían del hielo apuntando hacia el cielo como los dedos de un

hombre muerto. Una vez que Bredon y yo nos deshicimos de las botas, la cota de malla, la mayoría de la armadura ligera y las armas más pesadas (para hacer el menor ruido posible), todo lo que debíamos hacer era esperar a que una nube extraviada le pusiera un velo delante a la luna, y atacar…

*****

Acercarse con sigilo a través de la nieve en la larga sombra de las carretas fue fácil. Las silenciosas almohadillas debajo de mis pies estaban heladas, pero no hacían ruido. El frío era una sensación cómoda, a pesar de todo. El viento soplaba contra nosotros, así que con algo de suerte los perros no nos descubrirían por un rato. Los caballos, bueyes y cabras me daban algo de recelo, a decir verdad; siendo presa para la mayoría de los grandes depredadores, esos animales estaban mucho más atentos a lo que pasaba a sus alrededores que los perros que compartían carne alegremente con sus amos.

Me agaché detrás de la rueda de una carreta y miré hacia el interior del círculo, para contar una vez más a los guardias reunidos en torno al fuego que disfrutaban de la comida vespertina.

Las encías me ardían con la necesidad de pelea, esperando la señal de Nafasi.

Pronto, dos guardias se estiraron, llamaron a un par de perros y empezaron a caminar hacia afuera del círculo. Saldrían muy cerca de mi posición. Me quedé tieso, aferrando el mango del cuchillo que todavía tenía envainado. Por increíble que parezca, pasaron lo más tranquilos junto a mí sin notar el bulto que yo hacía entre cajas y baúles apilados debajo de una tela negra…

…pero los perros se volvieron hacia mí, ladrando.

El primer perro cayó enseguida después de que *algo* le dio en el cuello.

Luego el segundo, apenas un latido más tarde.

Otros perros cerca de las fogatas empezaron a ladrar como locos, uno quedó planchado con un gañido de dolor.

Supuse que ese era todo el sigilo que íbamos a conseguir.

Aunque asombrado, uno de los guardias sacó un cuerno de caza y se lo llevó a la boca. Me agaché, con el cuchillo en la mano y listo para saltar y atacar, pero otro proyectil envenenado le pegó en el ojo. La presa se quejó de dolor y cayó hacia atrás duro como una tabla, y empezó a convulsionar. El otro guardia, a su lado, abrió grande la boca; tenía la cara pálida en una mezcla de sorpresa e ira. Giró sobre sus talones, buscándome, tratando de alistar la ballesta. Salí de las sombras alzándome sobre el criminal y enseguida le cubrí la boca con la zarpa, para llevármelo de vuelta. Le enterré el cuchillo en el cuello hasta que tosió sangre entre mis dedos.

Aquel olor tan familiar me invadió la nariz. Algo cambió en mí.

Alimentó las profundidades más oscuras de mi instinto, deshaciendo las ataduras de mi humanidad sin demora. A veces era aterradoramente fácil, otras veces yo era lo bastante fuerte como para resistir y atravesar el conflicto de manera civilizada. Aquella noche, sin embargo, hice todo lo posible para entrar en el estado del *berserker* cuanto antes.

Al respirar hondo, todo el miedo, la duda, la ansiedad, la frustración y el remordimiento desvanecieron.

Recosté el cuerpo en cuanto las voces empezaron a alzarse en un clamor, los cascos de las bestias retumbaban como truenos por todas partes. Nafasi había soltado a los animales de carga, al parecer. Un par de caballos entró al círculo, relinchando y pateando, pasando por encima de los hombres y los fuegos. Sonreí un poquito, aliviado, pero enseguida me di cuenta de que ya no estaba solo. Giré para confrontar a un trío de secuaces, dos de ellos con espadas en las manos y el tercero con una ballesta que me apuntaba al pecho.

Gruñí, mostrándoles los dientes.

—*Señores.*

Vacilaron porque, por supuesto, la visión de una monstruosa figura encapuchada con dos cadáveres a los pies nunca fallaba en causar impresión. Cuando liberó el gatillo, salté para atrás. La saeta atravesó mi capa, a un pelo de tocarme el hombro.

Mi piel es dura, pero no era defensa contra el poderío de un proyectil de acero.

Rodé hacia la oscuridad y desenvainé el otro cuchillo, los hombres me persiguieron.

—¡LOBOS! —gritó uno de ellos, desesperado—. ¡SON LOBOS, ATAQUEN!

Estaba a punto de devolverles la cortesía cuando una sombra grande se dejó caer del techo de una de las carretas y aterrizó sobre uno de los espadachines, aplastándolo con un ruido húmedo de huesos rotos en lo que un zarpazo rápido le abría la garganta al otro hombre. Éste perdió pie y cayó de rodillas, sosteniéndose el cuello con una mano, balanceando la espada sin ton ni son. El que quedaba, con la ballesta, se aplastó de espaldas contra la carreta, a los gritos.

Me detuve, con los cuchillos en las manos. Fruncí el hocico.

Nafasi se levantó despacio, irguéndose encima del cuerpo tembloroso. Sus garras goteaban sangre.

Mi primera reacción fue lanzarme hacia delante y matar al hombre de la ballesta, pero antes de que pudiera moverme o que el canalla lograra apuntar su arma correctamente, la saeta se soltó y Nafasi evadió el tiro con la velocidad del rayo, para romper el cuello del agresor. Un gemido estrangulado más tarde ya teníamos otro cuerpo en la nieve.

—*No mates a todos.* —gruñí como pude, levantándome.

El leopardo-hombre me miró sobre su hombro, el brillo dorado de sus ojos lo hacía ver aún más amenazante de lo que era.

—Depende de cuánto quieran hacerme enojar.

—*¡Nafasi!*

—Haz lo que debes, lobo.

Nafasi arrancó la ballesta y el morral cargado de proyectiles del cadáver y de un salto se volvió a subir al techo de la carreta. Levanté una de las espadas y acabé con el sujeto aplastado, quien agonizaba en medio del dolor y los temblores. Tenía la espina rota, una estocada rápida en la nuca bastó.

Ahora bien, ¿dónde estaba mi primo?

Un aullido familiar hizo que las orejas me temblaran de orgullo. Allí.

Estudié el caos que se desarrollaba dentro del círculo de carretas. Todo según el plan, hasta el momento: un ataque desalmado, para derrocarlos uno a uno lo más rápido posible. Caballos y bueyes corrían por todas partes. Voces que preguntaban qué mierda estaba pasando, gritaban órdenes a diestra y siniestra. Alaridos de sorpresa, dolor y muerte. Por lo menos tres de los perros seguían con vida y en combate. Flechas y saetas de acero que volaban de un lado al otro, metal contra metal.

Muy profundo dentro de ese remolino identifiqué el sonido del llanto.

Me acerqué a uno de los carros cerrados y olfateé entre las tablas partidas. El insoportable hedor de la miseria humana hizo que retrocediera de inmediato, con el estómago revuelto.

Los cautivos estaban vivos. En condiciones horribles, pero vivos.

Encontré la portezuela en la parte de atrás y rompí las bisagras con la espada; voces de mujer se levantaron con terror. Corrí alrededor de la siguiente carreta e hice lo mismo, arranqué la puerta de sus flejes.

No me quedé mucho tiempo a ver si alguien salía: un hombre se me estaba acercando por la espalda, entre las sombras, creyendo poder engañarme. No era ni tan ligero ni tan silencioso como creía ser. Esperé hasta el último instante posible a que revoleara la espada, sólo para darme la vuelta y arrodillarme al mismo tiempo, y clavarle la hoja de mi arma robada debajo de la mandíbula. La cabeza se le desprendió limpiamente y cayó en la nieve, el cuerpo quedó en el aire contorsionándose hasta que cayó como un tronco, rociándome sangre sobre el hocico y el costado de la carreta más cercana. Escupí, resoplando.

No quería acostumbrarme al sabor de la sangre humana, me daba mucho recelo.

Nafasi rugió, en alguna parte hacia mi derecha. Era un sonido imponente, distintivo.

Me agaché y me moví entre otros dos carros, para salir al interior del círculo, y me encontré con un escenario de cuerpos desparramados y gente que intentaba escaparse. Tuve que dar unos pasos atrás para evitar a un trío de bueyes que trataron de huir en

mi dirección. Parecía que mi primo también había liberado prisioneros en el otro lado del campamento, pero corrían sin orden ni concierto en grupos de seis o siete personas, tratando de esquivar a las bestias de carga histéricas, vestidos en harapos y gritando, parándose en medio del camino, convertidos en escudos humanos para los malditos mercenarios.

Bueno, habíamos creado una confusión decente, pero estaba jugándonos en contra.

—*¡NAFASI! ¡LA GENTE!* —grité, no muy seguro de su ubicación.

La única respuesta que obtuve fue otra catarata de gritos desencajados, saetas volando por el aire y un cuerpo que atravesó una de las fogatas con la ropa en llamas, volteando el disco de hierro en el proceso. Era difícil seguirle el paso a todo entre tanto caos. Mis ojos iban de aquí para allá, mis sentidos sobrecargados por los olores y el constante griterío. Un perro perseguía a un grupo de esclavos, lanzándoles dentelladas a los tobillos; sin pensarlo, atrapé al animal y lo estampé contra el costado de una carreta, empujándole enseguida el cuchillo en el corazón para matarlo. Mi instinto no hacía diferencia entre la pobre bestia y nuestros enemigos. Todos eran presa.

Había demasiados cuerpos tirados en la nieve.

Necesitábamos llevarnos a algunos de los criminales con nosotros si queríamos obtener la recompensa. Bredon era el único que me escucharía:

—*¡VIVOS!* —aullé en la lengualoba— *¡NECESITAMOS ALGUNOS VIVOS!*

Bredon me respondió con un aullido por todo lo alto, dándome su posición al fin.

Un proyectil de quién sabe dónde me pasó zumbando particularmente cerca de la cabeza, y se clavó en la madera detrás de mí. El instinto me empujó a dejarme caer y rodar para evadir, me escurrí debajo de un carromato y salí del otro lado, luego corrí por el exterior del círculo en dirección a mi primo. Bredon estaba del otro lado del campamento: lidiaba con un perro de ataque y cuatro hombres que lo tenían acorralado, dos con espadas, el tercero con un mazo pesado y el cuarto era uno de los líderes. La capucha de

Bredon se había caído, revelando sus fauces abiertas llenas de poderosos dientes.

El corazón me dio un vuelco. Había manchas oscuras en la capa verde-musgo de mi primo, pude oler su sangre incluso a la distancia.

El perro saltó y cerró las mandíbulas sobre la muñeca de Bredon, forzándolo a soltar la espada mientras estaba distraído manteniendo a raya a los otros hombres. Él reaccionó con un feroz gruñido. Alguien intentó hacer su jugada, pero una sólida patada al pecho le puso fin a todo: el hombre voló como un ave y cayó sobre la espalda, plegado sobre sí mismo de la manera más dolorosa. Bredon levantó el brazo, arrastrando al sabueso que no iba a soltarle, y lanzó al animal sobre el desgraciado que blandía el mazo. El hombre cayó, el perro por fin liberó la muñeca de mi primo y Bredon, usando la mano sana, se apoderó del enorme mazo para aplastarle el cráneo a quien lo había esgrimido antes.

Aulló a los cielos, una vez más, ante los hombres aterrorizados.

Me lancé hacia allá con los cuchillos listos. El líder planeaba algo. Lo vi trastabillar hasta que encontró una caja larga mientras su subordinado atacaba sin descanso, tratando de acertar un golpe sobre las piernas o los hombros de Bredon.

Ya casi llegaba, mi primo estaba ocupado y con la espalda desprotegida.

… y el bastardo del abrigo caro hizo lo peor que podía hacer: sacó *un espadón* de la caja.

Verás, los espadones pueden ser armas devastadoras, pero no todos los que llevan una están entrenados para usarlas como se debe: entre los ignorantes y los de baja alcurnia, el tamaño era más un medio para inspirar terror que para producir la muerte. El largo de la hoja es una ventaja a la vez que su peso la hace difícil de controlar, y convierte a la velocidad en su mayor enemigo. Caí de rodillas y lancé mi brazo hábil en un barrido amplio, deslizando el cuchillo por la parte de atrás de las botas del sujeto. Sentí la resistencia del cuero, pero también corté sus tendones en un solo movimiento.

El líder gritó y cayó encima de la espada que apenas sí podía levantar.

Bredon evadió el acero del otro cómplice y le lanzó un zarpazo a la cara, lanzándolo de cabeza contra el costado de un carromato. Una, dos, tres veces hasta que el mercenario soltó la espada y dejó de moverse. Eso fue todo.

—*¡Primo!* —ladré, apresurándome a sostenerlo—. *¡Sobre mí!*

Bredon gañó como un cachorro perdido y me obedeció, dejándose caer sobre una rodilla. Tenía la manga mojada con sangre, le temblaba la mano. Me miró a los ojos, adolorido. Pasé uno de sus brazos sobre mis hombros y lo ayudé a pararse.

—*Se acabó. Nafasi hará lo demás.*

—*¡Carajo!* —balbuceó él, sorprendentemente claro.

—*¡Apóyate, todo está bien!*

Distraído con tanto ruido y la euforia de la caza, *nunca la vi venir*.

Algo me picó en el muslo, poco después me di cuenta de que era un cuchillo pequeño.

Mi mirada tropezó con el rostro lloroso y lleno de mocos de una muchacha. Sus grandes ojos verdes desorbitados de terror, temblaba, sosteniendo la empuñadura de la hoja con las dos manos. Muy joven, con una capa rasgada. Era la sirvienta de la caravana.

¿Cómo no la vi, ni la olí o la escuché? Porque ella no era amenaza para mí.

¿Por qué me atacaría? Porque para ella, *yo sí era una amenaza*.

Tiró del cuchillo para sacarlo de mi carne y empezó a agitarlo a ciegas, gritando; me cortó la palma de la mano en lo que traté de bloquear uno de sus ataques. Solté a Bredon y me di la vuelta, capturé a la joven sirvienta por la garganta y la apuntalé contra un gran cajón. Ella gritó y lloriqueó, retorciéndose en mi agarre. El dolor me estalló al fin en el muslo, la muchacha aún blandía la cuchilla y logró asestarme un tajo sobre los bigotes, cerca de la nariz. Fue suficiente.

En una respuesta instintiva le di un cachetazo. Se quedó laxa, gimiendo, y a los pocos latidos dejó de moverse. Con gentileza, la puse en el suelo helado.

Su pecho aún subía y bajaba, así que no estaba muerta. Por fortuna.

Pero tenía la cabeza descubierta, mostrándome sus rasgos jóvenes y piel clara, su cabello negro trenzado y la sangre que le salía del labio partido.

Hembra joven de cabello negro. Delicada, pequeña. Indefensa.

Me recordó tanto a Lady Fay.

Se me retorció el estómago. Me doblé sobre mí mismo para contener las arcadas. Había llegado al límite de mi sed de sangre, al parecer, y la adrenalina se desvanecía; la niebla del cazador que me inundaba la mente poco a poco se abrió para mostrarme lo cerca que estuve de matar a la muchacha, nadie más que otra esclava asustada.

Bredon se agachó para descansar, no sin ponerle la rodilla encima al hombre del abrigo fino para que no intentara arrastrarse lejos. Lo hizo temblar con un gruñido amenazador, el líder de la caravana se cubrió la cabeza con los dos brazos.

—¡POR FAVOR! —dijo, en la lenguaplana—. ¡DÉJENME VIVIR, SE LOS RUEGO!

—*Tus huesos se van a pudrir en un calabozo*. —le gruñí, articulando lo mejor que pude.

Mi primo le mostró una aterradora sonrisa satisfecha llena de dientes ensangrentados.

Conseguí levantarme, entre quejidos. Devastado por el repentino silencio que me abrumaba los sentidos, di vueltas despacio sobre mí mismo para escuchar los susurros del viento a través del páramo. Como empezó, así había acabado. No puedo decir cuánto duró la escaramuza, pero seguro era mucho menos de lo que mi cuerpo adolorido aceptaría creer. La fatiga cayó sobre mí con rapidez, me temblaban las piernas y sentía el muslo en llamas, goteando sangre sin parar. El frío se colaba debajo de mi pelaje.

Bredon gimoteó como un cachorro, exhausto.

—*Quédate ahí y descansa. Ya está*. —murmuré, en respuesta.

Justo cuando empezaba a preocuparme, Nafasi apareció arrastrando a dos hombres por el cuello de sus abrigos ensangrentados. Pateaban y gritaban, espantados hasta los huesos. El leopardo-hombre los llevó hasta el centro del campamento, junto a uno de los fuegos que aún ardían, y los soltó con poca elegancia.

Caminó pavoneándose en un círculo alrededor de sus prisioneros, luego extendió los brazos y habló en un lenguaje que yo no conocía, dirigiéndose a los esclavos. Era un idioma singular con interjecciones que se pronunciaban profundo dentro de la garganta, pero lo que sea que les dijo, debió ser reconfortante. Los cautivos empezaron a salir de sus escondites, despacio, aferrándose unos a otros con miedo.

Los adultos eran mujeres de distintas razas y colores de piel, aunque todas compartían los ojos y el cabello negros como ala de cuervo. Las ropas que llevaban eran muy rústicas y apenas suficientes para soportar el clima de los páramos norteños, algunas incluso iban descalzas, con niños pequeños en los brazos. Me resultaba increíble. Había muchos infantes, tantos de ellos. La mayoría de los esclavistas capturaban a hombres jóvenes o adultos, ¿pero esta cantidad de mujeres y niños?

¿Qué diablos pensaban hacer esos malparidos con esta gente?

Estuvieron *así de cerca* de una vida de miseria y dolor, sólo los dioses sabían en qué parte del mundo. Lejos de sus hogares y seres queridos.

Nafasi seguía hablando, pisando con fuerza alrededor de sus prisioneros.

Me acerqué con calma mientras él rezongaba, atento a sus movimientos. Las garras del gato estaban a la vista y cubiertas de sangre y pedacitos de carne, lo mismo que su hocico. Sus ojos se habían vuelto completamente negros, insondables. Resoplaba y escupía palabras cargadas de odio. Su figura imponente recortada contra el fuego que ardía detrás hacía que Nafasi se viera como una deidad antigua de poder ilimitado, con su pelaje dorado cubierto de motas y el impresionante ancho de sus hombros. Su cola, delgada y larga, se retorcía de aquí para allá en sincronía con su furia.

Los esclavos le miraban como si fuera un dios, de hecho.

Pero cuando Nafasi agarró a uno de los hombres golpeados por la ropa y lo levantó para que se pusiera de rodillas, sin mucha gentileza, algo frío me bajó por la espalda. Su discurso se volvió aún más oscuro, más gruñidos que palabras. El leopardo-hombre levantó el otro brazo, con las garras listas. Di un salto y le agarré la muñeca

antes de que pudiera asestar el zarpazo. Enganché el otro brazo en torno al cuello de Nafasi y lo forcé a volver la cabeza, para que me mirara a los ojos.

Su primer instinto fue pelear conmigo, pero no tenía la fuerza:

—*¡BASTA!* —le ladré—. *¡NO MÁS MUERTE!*

—Ya están muertos, lobo.

Me respondió con una calma inquietante que me heló la sangre.

—*¡Nafasi, debemos traer la justicia!*

—¡ESTO ES JUSTICIA! —aulló el leopardo-hombre—. ¡Esto es lo que le deben a mis hijas! ¡Por sus madres y sus abuelas, por sus tías y sus otras hermanas! ¡Les deben sangre y hueso, y mucho más!

—*¡No te pierdas!* —le rogué.

Nafasi aplastó las orejas contra su cráneo y partió esa boca aterradora para amenazarme una vez más. Supe que estaba a punto de hacer algo radical, por lo que mi cuerpo se preparó por instinto para luchar… pero toda la tensión se evaporó desde el instante en que noté dos voces jóvenes gritando en la quietud, aullando y llorando en aquel extraño dialecto. Un ruido de golpeteo les hacía de fondo, todo parecía venir del interior de uno de los vagones que permanecían cerrados.

El cambio en los ojos del gato fue fascinante, sus pupilas pasaron de profundos pozos de oscuridad a ser pequeños puntitos en un océano dorado.

No insistí más pero Nafasi igual me empujó hacia atrás y salió corriendo en dirección a los sonidos. Respondía al llamado emitiendo unos rugidos cortos y guturales que sonaban como jadeos entrecortados. Me quedé atrás, cuidando a los mercenarios heridos, y esperé a que mi primo se acercara, cojeando, a observar juntos la escena. No le llevó mucho al leopardo-hombre el romper las bisagras de la puerta y arrancarla. Los gritos se volvieron más fuertes e indescifrables, pero no por mucho tiempo: la conmoción pronto se convirtió en llanto, mientras otro grupo de esclavos asustados se bajaba.

Nafasi se arrodilló en el suelo helado abrazando dos formas pequeñas contra su cuerpo.

Cerré los ojos, adolorido por todas partes pero aliviado de muchas otras maneras.

Bredon me dio una palmada en la espalda.

—*Ahora listo*. —dijo, con gran esfuerzo.

A la sombra de esa paz, *algo se movió* detrás de nosotros.

No, no se había acabado aún.

20. De Monstruos y Misericordia

Bredon y yo nos dimos la vuelta, con los colmillos al descubierto y las orejas aplastadas, y alcanzamos a ver a una figura que huía: un hombre, escapándose con lo poco que podía cargar, un morral echado sobre el hombro. Vaya que el desgraciado era rápido. Debió permanecer escondido durante todo el ataque, quizá dentro de uno de los carromatos.

Su abrigo lucía caro y bien confeccionado.

El otro líder de la caravana. Por supuesto que elegiría evadirse como una rata cobarde.

Con un gruñido feroz, arranqué a correr detrás de él a toda velocidad, a través del hielo. ¿A dónde pensaba ir? ¿Qué esperaba lograr? Corría en la dirección opuesta, si su intención era huir hacia los Ducados. Ahí afuera todo lo que había eran leguas y leguas de campo abierto e infértil, las villas eran escasas y la gente, no muy amiga de los extraños. Quizá no fue más que un impulso natural de su parte… o quizá el idiota tenía un truco dentro de la manga, justo como Nafasi y sus dardos envenenados.

El muslo me ardía pero intenté mantener mis pensamientos separados del dolor, con el foco en la presa. Estaba cansado y harto de todo esto, cada instinto en mi cuerpo demandaba la gloria de una muerte más. Cambié la posición del cuchillo en mi mano, volviendo la hoja hacia atrás y contra mi muñeca para usarlo como un gancho. Mis zancadas eran mucho más largas que las de él, y aunque el malhechor tenía un poco de ventaja sobre mí acorté la distancia entre los dos sin esfuerzo.

Cuando me supe al alcance, una sola patada a uno de sus tobillos bastó para que el hombre tropezara y cayera. El hedor de su

miedo me trajo mucha satisfacción. Me paré sobre él, en un intento por agarrarlo por el abrigo para arrastrarlo de vuelta a la caravana, pero el imbécil gritó y se retorció tanto que de alguna manera logró asestarme un manotazo en el hocico, más o menos sobre la cortada que me había dejado la joven sirvienta. El dolor me llevó a escupir un gañido patético, terminé por soltarlo.

Fue en esos momentos frenéticos que logré verle la cara.

Tirabuzones rubios, grandes ojos azul-hielo, piel pálida como la de los nobles del Sur.

… lo conocía.

¿O no? Quizá mis ojos nocturnos me engañaban.

No. No, no. Había olido ese almizcle y visto esa mueca disgustada antes. El recuerdo estaba vinculado a la imagen de un altar. Una mujer, vestida de blanco. Era muy posible (o no) que él llevara una barba en aquel entonces, no estaba seguro. Bueno, el traficante sin duda parecía a punto de cagarse en sus finos pantalones, pero hay cosas que tu instinto simplemente sabe, y…

Para cuando escuché el aullido de alerta de mi primo, a lo lejos, era tarde.

Algo me pegó en la espalda, el peso bruto de un cuerpo que chocó conmigo desde arriba como un saco lleno de piedras. Jadeé de la sorpresa y tropecé, cayéndome de bruces en el hielo nevado, con un golpe más seco que el que hubiera dado un mentado saco de piedras. Apenas sí alcancé a usar una mano para proteger mi hocico del golpe, perplejo; lo que sea que me había golpeado se levantó enseguida y saltó, aterrizando de nuevo a unos pocos pies de distancia por delante de mí.

El líder de la caravana rodó y se puso de pie, y echó a correr otra vez.

El maldito hasta se dio el lujo de reírse, histérico.

Me quedé helado cuando el asaltante silencioso se agachó con pereza, a observarme.

Más oscuro que la propia noche, delgado y alto. Sus ropas eran gruesas pero pegadas al cuerpo, y su caperuza lucía más como una máscara que como una capucha. *Las ropas de ella*, más bien. Era una mujer. Un fuerte aroma de especia y hembra llegó a mi nariz,

otra pestilencia inconfundible que nunca podría olvidar. Bien, porque lo único que pude sacar en claro acerca de esa maldita mujer fue un par de enormes ojos verdes que brillaban como la hoja del cuchillo curvo que sostenía en el puño.

Era todo para darle a su compañero tiempo de huir. No objetó en absoluto cuando empecé a levantarme. Salió disparando sin más.

Algo volvió a retorcerse en mí, haciéndome hervir la sangre. Si pensaban que eso me iba a detener, estaban equivocados. Tan equivocados. Debió haberme matado cuando pudo, estuve a su completa merced y sin embargo ella eligió largarse detrás de su amo. Quizá porque Nafasi y mi primo seguían ahí, quizá porque no tenían tiempo que perder. Quizá sí tenían un plan. No lo sé, no me importaba. Me lancé a correr tras ellos, persiguiendo a mi presa como un perro rabioso. Nos acercábamos con rapidez al corazón del glaciar, un área marcada por profundos desfiladeros. Parte de mí sabía que no debería seguirlos ahí.

El dolor ya había trepado por mi cintura y espina, pero no podía obligarme a renunciar. Oí el hielo resquebrajándose, *y lo ignoré*.

Tan cerca. Sólo unos pasos más y los alcanzaría. Más crujidos. Preparé uno de mis cuchillos para lanzarlo. En algún punto el hielo se fracturó debajo de mí, salté y seguí corriendo, dividido entre la ansiedad de mantener un ojo en los objetivos y el otro donde mis pies tocaban. Yo era, con facilidad, el doble de pesado que esos esclavistas: si alguno de ellos pasaba de largo, yo los seguiría a una muerte segura sin importar qué. El corazón me iba a estallar en cualquier momento.

Malditos hijos de puta, necesitaba una satisfacción, la que pudiera obtener.

Arrojé el cuchillo y pasó volando por encima de la mujer, para clavarse en el hombro del hombre.

Gritó y volvió a trastabillar, pero la mujer patinó hasta detenerse junto a él y lo tomó por el brazo, tirando para que se levantara. Siguieron corriendo, pero más despacio. Un pinchazo de placer me entibió la sangre, pero no sabía lo cerca que estaba de fallar.

La mujer saltó y desapareció. Simplemente, se desvaneció en el hielo.

No fue un accidente, *ella saltó a propósito*. El hombre le gritó algo que no pude oír, y luego me miró sobre su hombro, asustado. Lo alcancé por fin, pero muy tarde: el imbécil saltó hacia el interior de una grieta angosta.

Pude oír el agua corriendo en las profundidades. *Un río bajo el hielo*.

Lancé un brazo hacia abajo y logré capturar el faldón de su abrigo; no fue suficiente. El abrigo se desgarró, el bastardo se deslizó hacia abajo con un grito de terror y terminó por caer al agua rugiente junto con su socia.

No pude hacer nada, la corriente se lo llevó mientras daba alaridos.

Rodé hasta quedar de espaldas, sosteniendo los harapos en la mano.

Todo lo que pude hacer para mitigar la oleada de frustración que me embargó fue lanzar la cabeza hacia atrás y aullar. Bueno, si yo no podía hacer justicia, seguro que el agua helada haría los honores.

*****

Caminé de regreso con el trapo en el puño, y para cuando alcancé el campamento de nuevo, Nafasi y Bredon ya habían clasificado a los muertos y arrojado los cuerpos en una pila. El leopardo-hombre les estaba hablando con gentileza a las esclavas reunidas junto al fuego, mientras que mi primo iba de acá para allá hachando madera con un solo brazo. Muchos ojos oscuros me siguieron cuando me acerqué, a pesar de que me había vuelto a cubrir la cabeza con la capucha.

Me veía horrible y me sentía peor, seguro olía como una jaula llena de zorrillos.

Aun así me tomé mi tiempo para hacer mi propia evaluación de los hechos. De los veinte y un piratas, cuatro permanecían vivos: la joven que me apuñaló, el otro líder de la caravana y dos de los mercenarios. Los secuaces se veían muy golpeados e inconscientes, pero respiraban. Entre los cautivos había diez y seis mujeres adultas y diez y ocho niños de diversas edades, ninguno mayor de diez y dos

años por lo que parecía. Desafortunadamente, en la prolija pila que Nafasi había levantado se juntaban algunas víctimas aparte de sus victimarios: por lo menos uno de los cuerpos femeninos tenía saetas de acero en la espalda.

Nos aseguraríamos de que ninguna vida se hubiera perdido en vano.

Esta gente venía del otro lado de la Brecha, así que asumí que nunca habían visto a alguien como mi primo y yo, pero no parecían tan asustados acerca de nuestro compañero. Así y todo, como está escrito en el Código, realizamos nuestro deber de asistir a los necesitados y pusimos hielo en dos calderos para derretirlo y hacer agua caliente. Ayudé a Bredon a alimentar los fuegos y reunir papas medio congeladas, rábanos y zanahorias, algo de sal en roca y carne seca de las cajas de provisiones; él insistió en preparar la comida para todos. Yo me fui al otro lado del campamento, a ver si Nafasi necesitaba algo.

Sus hijas no podían tener más de ocho veranos, a juzgar por sus cuerpos pequeños y flacuchos. Les habían rapado la cabeza de cualquier modo, quizá para prevenir pulgas o piojos, y seguían encadenadas a otro grupo de mujeres. Delgadas y con la piel oscura como ellas, acurrucadas juntas debajo de mantas sucias y paja.

Más miraba y más quería atravesar el estómago de alguien con una lanza.

—Sir Camron —no me di cuenta que Nafasi me llamaba hasta que no levantó la voz—: ¡Lobo! ¡Despierta! ¿Qué pasó con los otros dos que perseguías?

Parpadeé y miré a otro lado para respirar hondo.

—Cayeron en agua helada. *Problema resuelto*. —le dije, con gravedad.

Él me lanzó una mirada severa.

—Nada de eso, su compañero dice que aquel desgraciado tiene consigo el perno que se usa para abrir los collares y los grilletes. El único que funciona.

Parpadeé otra vez, deshaciéndome al fin de la niebla que me nublaba la mente.

—Mis disculpas, ¿qué?

Nafasi entrecerró los ojos.

—Necesitamos abrir esos collares de algún modo, lobo.

—Déjame *ver*.

Tras compartir unas palabras amables en su lengua con las mujeres, Nafasi abrió la manta y sacó a las niñas de su escondite. Me apoyé despacio en una rodilla, aún demasiado grande como para parecer inofensivo, pero ellas eran bastante listas y actuaron con valor, haciéndome frente.

Nafasi se agachó, abrazándoles los hombros.

—Estas son mis hijas, Layla y Faisa —dijo, nombrando a la niña más alta primero—. Les he dicho que tú eres mi amigo Sir Camron, y que tú y tu primo son verdaderos caballeros del Oeste. Lobos gentiles, de corazón noble. No te temerán.

Apreciaba el esfuerzo, pero mi nariz decía lo contrario.

Torcí la cabeza hacia un lado y levanté las zarpas, mostrándoles que no les haría daño.

Con mucho cuidado, examiné el collar de hierro en torno a sus cuellos y estudié la compleja cerradura que lo mantenía trabado. Intenté no mirar por mucho tiempo la piel lastimada por debajo, so pena de que no me volviera a enfurecer y ellas lo percibieran. El mecanismo era una novedad para mí, pero entendí con rapidez que necesitaba un tipo especial de perno para abrirlo. No sería fácil de fabricar.

Gruñí por lo bajo. Tendría que haber bajado a aquel maldito hijo de mil zorras con un cuchillo en la nuca.

No tenía sentido lamentarse ahora.

—¿Puedes romperlos?

—Necesito una *forja* —dije, sosteniendo la manito de Faisa en mi zarpa—. *Pero* puedo.

Nafasi le dijo algo más a sus hijas, las niñas se tragaron las lágrimas y asintieron, abrazaron el torso de su padre. El leopardo-hombre les frotó la espalda con cariño, llevando los pequeños cuerpos más cerca de su pecho para mantenerlas calientes. La mirada en sus grandes ojos dorados y el almizcle de su pelaje reflejaban la tristeza que le afligía, la impotencia de no poder darle alivio a su prole.

—Hay un caserío por aquí cerca. Te conseguiré esa forja —me juró, muy serio—. Ahora, ve y busca en los carromatos, revísalos. Toma lo que quieras, cualquier cosa. Estaré en deuda contigo por siempre, mi honorable amigo.

Bajé la cabeza con la misma severidad, abrumado por sus emociones.

*****

Justo cuando parecía que nunca llegaría, el sol empezó a subir por el Este.

Después de ofrecer abundante comida a los cautivos y de recuperar a la mayoría de las bestias de carga extraviadas, Bredon y yo volvimos a ponernos las armaduras, sólo por si acaso. Atendí las heridas de mi primo y las propias, y en lugar de tomar la siesta que tanto necesitaba, elegí examinar el contrabando. Tendríamos que dejar algunos de los carromatos atrás, así que mejor si los revisábamos primero. Algunos estaban hasta el techo de provisiones y bienes de valor, probablemente el fruto de comercio ilegal. Descargamos varias cajas, baúles y cajones y revisamos su contenido bajo la escasa luz de la mañana, encontrando paquetes de lana de oveja de gran calidad que pronto encontraron un buen uso. Hacían camas cómodas y tibias para las damas.

Éramos hombres de gustos simples, mi primo y yo. Él se quedó con un carísimo rollo de seda roja y reclamó unos caballos y cabras, dijo que con eso le bastaba. Me consta que estaba más interesado en descansar que en hacerse rico. Yo estaba en un dilema similar, a pesar de que podría haberme separado un baúl entero de cosas, no me llamaba mucho la atención.

Además, esa gente iba a necesitar cosas de valor para sostenerse cuando regresaran a su tierra natal, así que…

Resolví conservar un hermoso laúd de madera de rosa que estaba intacto dentro de un estuche de terciopelo, un pequeño libro de poesía que parecía nuevo y algo de joyería que podría vender. Lo encontré todo dentro de un carro muy bien puesto, me figuré que sería el vagón de viaje de los líderes de la caravana. Bueno, me

pareció que esas cosas serían un buen regalo para Lady Fay, como disculpa por el retraso.

Había elegido concentrarme en la misión para evitar manchar con violencia mis recuerdos de ella, pero extrañaba el sonido dulce de su voz y el aroma de su cabello. La música de su risa, la sensibilidad de sus ideas. Era una necesidad desconocida para mí y que de repente se convirtió en una garra que me estrujó el corazón, ordenándome en silencio resolver la situación cuanto antes para que pudiéramos reunirnos de nuevo. Sí, estaba desesperado por oír lo que pensaba de la carta, eso también.

Creo que jamás en la vida me sentí tan asustado de la opinión de alguien.

Mis pensamientos seguían desviándose hacia ella, conjurando en mi mente las palabras que quizá diría cuando le diera el laúd y el libro. Seguí abriendo cajas por mera curiosidad, una por una hasta que me encontré con un baúl lleno de pieles apiladas… pieles de lobo, por lo que se podía apreciar. Blancas, marrón-grises y marrón-dorado, pieles curadas, de gran tamaño y de una calidad tan fina que no parecían reales. Saqué una y la desplegué ante mí, para examinarla más de cerca.

Demasiado tarde me di cuenta de qué era lo que estaba mirando.

Arrojé la cosa de nuevo dentro del baúl y di un paso atrás, horrorizado.

Esas… *no eran pieles de lobos ordinarios.*

La forma estaba mal. El tamaño y los colores estaban mal.

Y el Valle Hundido no es el único hogar de mi gente.

Exhalé un gruñido devastado:

—… *malditos monstruos*.

Justicia. ¿Qué era la justicia, después de todo?

Unos despreciables humanos *habían matado lobos-hombre y les habían quitado la piel*, como si no fueran más que animales. Me ardieron los ojos. Apreté las mandíbulas hasta que sentí mis dientes crujir. Nafasi tenía razón: desangrarlos como a puercos era quizá la única justicia que esos asesinos y ladrones se merecían, pero debía mantener mi temperamento bajo control. Algo estaba muy mal con toda aquella operación, podía percibirlo en mis huesos.

Odiaba sentir que me estaban engañando. Sostener con fuerza el cuello del laúd me ayudó un poco, así mis manos no decidirían desenvainar una espada para arruinarlo todo. Se suponía que estaba por encima de tales bajezas.

Fue más difícil de lo que pensé y me costó más de lo que quería, pero logré calmarme.

Nafasi, Bredon y yo teníamos la responsabilidad de reorganizar la caravana y sacar a esa gente del glaciar, para llevarles con las autoridades de la Alianza. Alguien iba a pagar por aquellos crímenes, o todo lo que hicimos sería en vano.

Antes del mediodía, Bredon y yo quemamos las pieles con todo el respeto que pudimos reunir. No se dijo una palabra, ya que no había nada para decir.

*****

Resulta que tres de nosotros éramos suficientes para ejecutar un ataque coordinado con éxito, pero no bastábamos para manejar un grupo tan grande con tantas necesidades.

Entre mantener a nuestra gente bien alimentada, caliente y cómoda durante el corto viaje, y regatear con un herrero en cierta villa sin nombre para que me dejara usar su forja, dormimos poco y cometimos muchos errores. Ni Bredon ni yo hablábamos el idioma, así que Nafasi era el que hablaba por nosotros. Al menos, las mujeres mayores entendieron que nuestra intención era ayudar y no intentaron hacer nada peligroso como escaparse.

Estaban asustadas de nosotros, pero parecían confiar en el leopardo-hombre.

Tenía a mi disposición una forja decente y un collar de repuesto para romper y estudiar. Aún así, me hizo falta todo lo que tenía entre las orejas para encontrar la forma correcta de abrir esas cosas sin lastimar a las mujeres o los niños.

Mi primo no estaba muy bien, la mordida de perro en su muñeca estaba infectada y algo hinchada. Le rasuramos el área, la lavamos y tratamos con hierbas de nuestras alforjas. Tendría que bastar. No quería arriesgarme a pedir más ayuda a los pobladores, apenas sí

toleraban nuestra presencia porque teníamos armas y nos veíamos peligrosos. Recordarles que ellos nos superaban en número y tenían fuego y horcas a mano no era una idea que me gustaría que se les ocurriera.

El primer día no tuve resultados. Mi primer modelo de perno casi ni encajaba dentro de la cerradura.

Al amanecer del segundo día, Nafasi decidió cortar camino e ir a buscar a las autoridades de la Alianza más cercanas. Yo necesitaba que se quedara y nos ayudara, y al mismo tiempo, sabía que era una buena idea si involucrábamos a más gente, así que lo dejé ir. Sin él, mi día se volvió imposible de manejar así que seguí trabajando por la noche.

El leopardo-hombre volvió en la madrugada del tercer día.

Apreté el pequeño martillo en mi puño, al sentir su presencia… pero reconocí su olor mucho antes de ver la luz de la linterna que traía. Nafasi entró a la herrería sin hacer un solo ruido.

—Volviste. —lo saludé.

Me regaló una mirada extraña.

Quizá preguntándose por qué yo estaba trabajando en la forja desnudo de la cintura para arriba y con el pelaje mojado. No tenía tiempo de explicar, y él tampoco:

—Con buenas noticias —Nafasi puso la linterna sobre una mesa para sacarse la nieve de la ropa y bajarse la capucha. Sus gruesos bigotes felinos estaban cubiertos de una capa de hielo transparente —. Hay un pequeño fuerte de la Alianza no muy lejos, hablé con su capitán. Ha reconocido la recompensa y enviará tropas en la mañana para tomar la custodia. Lo malo es que necesitan traer a un Magistrado desde otro regimiento para supervisar los documentos y pagarnos. Tendremos que quedarnos un poco más.

Resoplé, pero terminé asintiendo con la cabeza.

—*Grandioso*.

—¿Algún progreso? —se acercó a mi estación, preocupado.

—Eso *espero*.

Le mostré a Nafasi los resultados de dos noches de dibujar en la nieve con un palito y traficar con la fundición y el yunque. Un perno

de hierro intrincado, de media mano de longitud. El séptimo diseño que hice después de corregir los errores previos.

Tenía que servir. Estaba cansado, la complejidad del mecanismo de la cerradura me tenía casi tan descorazonado como la visión de las heridas que esos collares le estaban causando a las cautivas.

Él me quitó el objeto de la mano.

—¿Ya lo probaste?

—Acabo de *terminarlo*.

—Ven conmigo, lobo.

El leopardo-hombre se apuró a salir. Arranqué la linterna de la mesa y tuve que trotar para seguirle el paso. El viento sopló en mi rostro y se coló debajo de mi piel, cubriéndome el pelaje mojado con escarcha casi de inmediato. Estaba muy frío, pero era manejable. Nos acercamos a uno de los carromatos más grandes, un grupo importante de mujeres y niños dormían en su interior. Las hijas de Nafasi estaban con ellas. Esperé afuera hasta que él despertó a las niñas y las llevó hacia la escotilla abierta. El sonido de sus quejidos y gemidos, cadenas tintineando y arrastrándose por el piso y sus pequeños pies palmoteando en la madera me hizo cerrar los ojos y tomar aire profundamente.

Tenía que servir. Por favor, *tenía que servir*.

Nafasi salió por la escotilla y guio a sus niñas para que se sentaran en el borde, estaban las dos envueltas con una manta rugosa. Aquellos grandes ojos oscuros me miraron con el mismo respeto y temor de antes.

Su padre me arrojó el perno y lo agarré en el aire.

—Pruébalo. —demandó, respirando con dificultad.

Reparé en sus zarpas temblorosas, con las garras asomándole en los dedos.

No podía culparlo. La sangre de su sangre estaba sufriendo y él se encontraba en el límite de sus fuerzas.

Sin decir nada, colgué la linterna de un gancho que sobresalía en el carro y levanté las zarpas para demostrar que no pretendía lastimar a nadie. Traté de acercarme a Layla, primero. La niña se encogió, abrazándose al cuello de su hermana más joven, hasta que Nafasi le dijo algo en su idioma y la pequeña se sentó más derecha.

Me miró de reojo pero se dejó tocar. Con todo el cuidado del mundo, le alcé la barbilla lo suficiente para localizar el voluminoso cerrojo en el grueso collar. Ella siseó de dolor. Otra mirada rápida a las llagas que tenía en el cuello hizo que la sangre me ardiera y se me helara al mismo tiempo.

Tratando de no empeorar sus heridas, metí el perno en la cerradura y lo moví.

No hizo nada y casi empecé a gañir como un cachorro herido.

La cosa es que estaba tan ansioso que moví el perno en la dirección equivocada. Forcé mi muñeca temblorosa a dar la vuelta para el otro lado. El perno giró. Algo hizo clic adentro.

Paré las orejas. Nafasi se acercó un paso, sorprendido.

—¿Funcionó? —casi me ladró, mostrándome los colmillos.

Tiré del collar con los pulgares y la junta se separó.

Pude retirarlo con facilidad.

Un alivio inmenso me bajó por la espalda. Resoplé una carcajada.

Los ojos de Layla se llenaron de lágrimas. Ahora libre, la pequeña se escabulló por debajo de mi brazo y se lanzó hacia su padre, para abrazarle por la cintura. Eso puso muy nerviosa a la pequeña Faisa, me apretó la mano y empezó a chillar, con los ojos desorbitados moviéndose entre su familia y yo.

Me apuré a destrabar su collar también, para que pudiera reunirse con los suyos.

Nafasi se reía como un loco, con todo el aspecto de una aparición terrorífica más que el de un padre que acababa de recuperar las ganas de vivir. Se arrodilló en la nieve y abrazó a sus niñas mientras lloraban, con los rostros ocultos en sus ropas. Les lamió las mejillas y la frente con su lengua ancha y áspera, amorosamente. Juraría que lo escuché ronronear, incluso. Las piernas se rehusaron a mantenerme erguido y tuve que sentarme.

El leopardo-hombre usó el perno para abrir los collares de todos los demás y muy pronto el aire se llenó de gritos alegres y cánticos. Tan fuertes que Bredon se despertó de su siesta y fue a ver qué pasaba. Apenas todas estuvieron libres, algunas de las mujeres empezaron a rezar y bailar en torno al fuego, en el viento helado; otras se reunieron con su prole y lloraron, o se abrazaron unas a

otras con grandes sonrisas en el rostro. Algunas tocaban la ropa de Nafasi con adoración y otras intentaron hacernos lo mismo a nosotros, pero declinamos con todo respeto.

Tenía suficiente reconocimiento con la satisfación de saber que ya nada las ataba a ese destino tan cruel.

Cansado y con el pelaje cubierto de cristales de hielo, esperé sentado en los peldaños del carromato para acompañar a Layla y Faisa en lo que su padre traía medicina. Las llagas en su piel necesitaban tratamiento, al igual que las de los demás.

No esperaba que la hermana más pequeña, Faisa, enroscara sus delgados bracitos en torno al mío y apoyara su mejilla sobre mi hombro crujiente.

—*Nashukuru.* —dijo, en un murmullo dulce.

Una sonrisa mía la hubiera asustado, así que…

—*Yote yatukuwa sawa.* —le dije, con la esperanza de haberlo pronunciado bien.

Esas palabras me las había enseñado Nafasi en caso de que necesitara interactuar con las mujeres adultas en su ausencia. Se suponía que significaba *todo estará bien*, y a juzgar por la gran mueca de felicidad en el rostro de la niña, lo dije bien.

Ella se rio y me apretó el brazo más fuerte.

La sonrisa, sin embargo, tiró de mis labios sin importar cuánto quisiera evitarla. El pequeño cuerpo de Faisa era cálido junto al mío, y su aroma estaba lleno de todas las dulces emociones de una cachorra feliz. Era contagioso, se esparció dentro de mí como un fuego hasta lo más hondo y tocó todas aquellas viejas heridas que quizá nunca sanarían del todo. Su risa despertó en mí sentimientos que creí haber enterrado hacía mucho. Estaba harto de anhelar cosas que sabía que nunca vendrían, pero jamás se me hubiera ocurrido empujar a la niña para que me soltara, no señor.

Me hizo sentir un poco acomplejado respecto del olor, después de tanto tiempo en el camino y sin darme un baño. A ella no parecía molestarle. Quizá, al igual que Faisa, tenía que dejar de preocuparme tanto y disfrutar cada victoria por lo que era.

En silencio, observé el jolgorio en torno al fuego durante un rato más, sintiéndome bien por primera vez en varios días. Complacido o

no, me seguía molestando el tema de los dos individuos perdidos durante el asalto. A veces olía el trapo sólo para que su hedor me quedara grabado en la memoria. ¿Por qué? No sé. Quizá para castigarme por no haber sido más rápido, más fuerte o más astuto.

No es digno de un caballero honesto el desearle el mal a otros, pero *cuánto deseaba que esos dos estuvieran muertos y pudriéndose* bajo el hielo, donde nadie los encontraría jamás.

*****

Una delegación de la Alianza de Ducados del Norte llegó a nosotros. Nafasi se hizo cargo de las autoridades en su forma humana, entregó nuestros papeles de identidad junto con los testigos, los tres prisioneros y un saco de tela lleno de cabezas ensangrentadas. Él insistió en recolectarlas. Para ser justos, con el recuerdo de esas pieles macabras todavía fresco en la mente, hice la vista gorda y hasta le presté una espada. Ni Bredon ni yo participamos de la carnicería, Nafasi tenía una necesidad de venganza que no compartíamos.

La Alianza por fin tomó a las mujeres y niños liberados bajo su ala, pero a nosotros tres nos retuvieron y nos llevaron hasta el fuerte con ellos. Fue un asunto que duró otro día y medio. No tuvimos más opción que meternos en uno de los carromatos y esperar hasta que el mentado Magistrado llegara para validar la recompensa. Hice lo que pude, también, para reportar sobre los dos miembros perdidos de la caravana, en caso de que las cosas no salieran como lo esperaba… pero los soldados no me hicieron mucho caso.

Su actitud tan laxa me frustró aún más. Desafortunadamente, era una ocurrencia común con ciertas autoridades extranjeras. Ya tenían a alguien en custodia. La caravana de esclavistas estaba disuelta, era todo lo que les importaba.

La mayoría de los cazadores de recompensa adoran contarte sobre sus aventuras bizarras, pero nadie quiere hablarte de la burocracia que hacía al trabajo mucho más tedioso y aburrido.

Así que, para variar, estaba hambriento y exhausto, rogando por un día entero de sueño ininterrumpido.

Las cosas buenas siempre llegan para los que son lo bastante pacientes, supongo.

Una vez que todo estuvo dicho y hecho, con un nuevo carromato a la zaga y nuestras bolsas llenas de oro, llevamos a Nafasi y a sus hijas hacia territorios más seguros.

21. De Lazos y Sangre

Una patada suave en el hombro me arrancó de un sueño profundo. Bredon. De nuevo en su forma humana, ya levantado y haciendo de las suyas en nuestro pequeño cuartito de la posada de Manantiales Fríos.

—Levántate, quiero ver tus heridas.

Me senté y bostecé, sacándome la manta del regazo para que él pudiera darle un vistazo a mi muslo. Bredon se acercó, pero de inmediato se echó atrás y frunció la nariz.

—Oof. Necesitas darte un baño, urgente.

Nada que ya no supiera.

—Tu mano. —gruñí.

Mi primo se arremangó la camisa suelta y levantó un poco el vendaje.

Resistió más de lo que pensé, pero al final, Bredon no pudo aguantar el dolor y la fatiga por más tiempo y volvió a su forma humana, lo que resultó ser para bien. La última vez que la vi, la mordida en su muñeca estaba contaminada con su propio pelo y rezumaba un fluido transparente. El olor a podredumbre era de lo más nauseabundo. Bien, aunque aún se lo veía algo pálido y afiebrado, la herida se notaba en mucho mejor estado.

Yo también estuve peligrosamente cerca de una infección. Nafasi me ayudó a afeitar el pelaje sobre la puñalada en mi muslo y otros pequeños cortes antes de aplicar medicina y los vendajes. El dolor ya no me molestaba tanto.

—¿Nafasi? —pregunté.

—No lo he visto hoy. Déjales descansar, no tenemos necesidad de apurarnos en regresar al valle.

Quizá él no sentía ninguna urgencia por volver, pero yo…

Un coro de golpes fuertes y relinchos amortiguados me interrumpió los pensamientos. Alcé las orejas. El ruiderío venía de abajo, pero no justo por debajo de nuestros pies. Bredon se rio.

—Creo que ese es tu caballo —me dijo—. Deberías ocuparte de esa bestia antes de que el posadero decida demandarnos oro por los daños.

Solté un quejido, echando la cabeza hacia atrás.

Estampida odiaba estar encerrado, pero odiaba aún más cualquier establo que no fuera su espacioso cubículo allá en casa. Murmurando maldiciones, abandoné el catre zaparrastroso y levanté mis pantalones y una camisa para vestirme rápido, luego me puse las botas y dejé el cuarto todavía más rápido, corriendo escaleras abajo. Allí, los ruidos eran aún peores, pero la taberna estaba vacía, sorprendentemente, con la excepción del posadero de la cara roja parado detrás del mostrador.

El hombre estaba furioso, claro:

—¡Tú! ¡Saca a esa alimaña de aquí! —me gritó, apenas puse un pie en la planta baja—. ¡Tu puto caballo casi destruye mi establo!

—Te dije que *mantuvieras* su balde lleno. —ladré.

Levantarle la voz a alguien como yo no era una buena idea, y la mirada perpleja en esos ojos de sapo me confirmó que había recibido el mensaje.

—Me q-quedé sin grano a-ayer. —tartamudeó.

—Así que tiene *hambre* —le mostré los colmillos, pero suspiré—. ¿Dónde están los baños?

—A-afuera, última puerta a la vuelta de la esquina.

—¿Hay alguien?

Él hizo una mueca.

—Es el puto mediodía, ¿quién iba a estar ahí?

—*Gracias*, buen *hombre*.

Lancé una moneda de cobre sobre el mostrador y me dirigí afuera.

Estampida siguió quejándose. Si lo dejaba ser, seguro desplomaría el edificio a coces… lo juro, es un bruto capaz de eso y mucho más. Debería haberlo visitado apenas llegamos. En lugar de

ir directo a los baños, corrí hacia nuestra carreta y busqué una bolsa de avena para usar como soborno. Mientras rebuscaba en la parte de atrás, me encontré con la bolsa de terciopelo que contenía el laúd de madera de rosa y el libro de poesía que había tomado del botín. Me quedé con el libro y la avena.

Apenas oyó mi voz, Estampida profirió un relincho bajo y sacudió la cabeza de arriba abajo, nervioso. Un momento después tenía el hocico dentro de un balde y se había convertido en otro animal, resoplando y resollando con afecto como un pony cualquiera mientras le pasaba el cepillo por los flancos. Ni siquiera yo lo entendía a veces.

Luego de eso vino el tedioso trabajo de calentar agua para mi baño.

Una molestia. No hace falta que lo diga, pero no estaba del mejor humor cuando por fin pude hundirme dentro de la estrecha bañera de cobre. Era pequeña para mí (tenía que mantener las piernas recogidas, haciendo malabares para no sentarme sobre la cola) y el jabón barato estaba hecho de grasa de cerdo sin perfume, pero el calor pronto se coló en mis huesos y barrió todo rastro de fatiga, dejándome algo desorientado. Usé un viejo cepillo de cerdas de caballo para enjabonar y frotar todo mi pelaje, desde la cabeza a los pies y la cola, hasta que el agua se volvió espesa con pelos negros. Sí, había empezado a mudar el pelo de invierno, sin duda. Otra molestia que, desafortunadamente, no se podía evitar.

Me quedé en el agua sucia incluso después que se enfriara, nada más que para disfrutar de un momento de privacidad con el libro de poesía. No es la clase de literatura que aprecio y, para ser honesto, tampoco era un buen libro, pero me servía para practicar lectura en voz alta.

La paz no duró mucho, tampoco; los tablones de madera crujieron, afuera.

Alguien abrió la puerta.

—Disculpas, amigo. ¿Te molesta si preparo agua caliente para las niñas?

Resoplé y sin más le hice un gesto con la mano, Nafasi sonrió y cerró la puerta detrás de sí. Alimentó el fuego y empezó a llenar con

un balde la enorme olla de cobre que yo había usado antes. El leopardo-hombre puso la olla sobre el fuego y volteó uno de los baldes, para sentársele encima y así poder higienizarse con un trapo.

Estaba en su forma humana, con todas sus pequeñas heridas de batalla a la vista sobre su piel oscura.

—¿Qué estabas leyendo? —me preguntó, como si nada.

—Unos *versos atroces*.

Le mostré la cubierta del libro, grabada con letras doradas.

—Hm, Fontainette. Una buena forma de practicar la dicción *y* apreciar una mala pluma.

Esa vez los dos nos reímos un poco. Nafasi empezó a lavarse.

Llevaba unos pantalones de lino naranja muy holgados, aretes de oro (discretos pero de aspecto pesado) y un collar dorado en forma de torque, dejando su torso desnudo y la miríada de cicatrices que le cruzaban el pecho y los hombros. No parecía que hubiera llevado la vida de un bardo itinerante durante años, como él mismo decía. El hombre era delgado y musculoso, un guerrero. No era ni muy alto ni imponente, pero se conducía con la confianza que venía del conocimiento y que canalizaba autoridad. Dondequiera que Nafasi estuviera, la gente se paraba a escucharlo así no tuviera nada interesante para decir. A veces me recordaba a Madame Tessala, y no precisamente porque tuvieran en común la cabeza calva. No. Era algo más profundo, más bien como si…

Algo en la forma de sus ojos y el ceño. En su nariz. En su conducta.

Quizá era muy osado de mi parte hacer tales asociaciones. Si estuvieran relacionados por sangre, ¿no nos habría informado Madame? ¿No sería yo capaz de olerlo, así como podía oler los lazos entre mis hermanos y mi padre? Madame no era *una de ellos*. Pero, de nuevo, Madame siempre olía a alguna hierba o medicina amarga. No tenía manera de estar seguro.

Salí de la bañera y me envolví la cintura con una toalla por decencia, más que nada, luego usé la otra toalla para frotarme el grueso pelaje alrededor del cuello y secarlo. Nafasi masajeó un pedazo de jabón dentro de su trapo, para hacer espuma.

—¿Eso que tienes ahí es un anillo de matrimonio?

Me quedé muy tieso y la cola se me pegó a la parte de atrás de los muslos.

—Sí.

Nafasi arqueó las cejas.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

—Y no fui convocado —se quejó, en un intento de discusión amigable—. ¿Qué clase de música medio pelo tocaron en tu boda?

—No hubo mucha boda.

Rápido y directo al punto. Volví a la tarea de secarme y pretendí ignorarlo, frotándome los hombros y el pecho hasta que el pelaje dejó de pegárseme a la piel.

Con suerte, la novedad se acabaría pronto y él lo dejaría pasar.

—¿Fue arreglado? —me azuzó.

Maldita sea.

—Sí.

—Ya veo. Y no querías casarte.

—Sí *quería*.

—Entonces, *ella* no quería casarse.

—No —gruñí, apretujando la toalla en mi puño—. No lo sé.

Lady Fay había aceptado porque no tenía opción. Nadie tuvo opción.

Ahora tenía que aguantarme a mí, pero yo quería creer *que ella prefería aguantarme a mí* antes que la alternativa. Resoplé con fuerza por la nariz y miré hacia otro lado. Nafasi, en cambio, se me quedó viendo con el trapo lleno de jabón colgando de la mano, como si intentara metese en mi mente y hurgar en mis secretos.

Los gatos y la curiosidad, ya sabes.

Soltó un suspiro.

—No me permitiste devolverte lo que le pagaste al herrero, así que te voy a decir esto a cambio: un matrimonio arreglado no tiene que ser estático y sin amor… aún pueden apreciarse el uno al otro de maneras sencillas. Si te mantienes fiel a tu deber como un esposo que se respete y confías en ti, pueden tener una buena vida juntos.

La cola se me estremeció.

—¿Estás casado? —le pregunté con suavidad.

—No, nunca —se le quebró un poco la sonrisa, pero enseguida la recuperó—. Mis niñas son el fruto de romances intensos pero momentáneos.

Y se dedicaba a dar consejos sobre el matrimonio a otras personas.

Hubiera sido muy maleducado de mi parte ignorarlo así como así, después de todo lo que habíamos pasado en los últimos días… porque como me pasaba seguido con Madame Tessala, Nafasi tenía razón en algo. Cada primera luna llena de verano, mis padres solían organizar una celebración de su tiempo juntos, y Padre nunca perdía la oportunidad de contarnos la historia de cómo lo arrastraron al altar para casarse con mi madre. Nadie dudaba que ese par compartía sentimientos lo bastante fuertes como para dar la vida por el otro, y eso que nunca se habían visto en persona hasta el día en que pronunciaron los votos.

Era un caso entre muchos, es cierto, pero se habían amado incondicionalmente.

Las palabras llegaron a mí y rodaron por mi lengua antes de que lo notara:

—*Quiero* que esté a salvo y cómoda.

Nafasi inclinó un poco la cabeza.

—Eso es más de lo que muchos esposos desean para sus esposas. Pero, ¿por qué no intentas ganarte su amor? No parece que te repela la idea.

—No puedo. —tragué con fuerza.

—¿No puedes tener una relación con la mujer que tomaste por esposa?

—No soy un *hombre verdadero*.

Nafasi se quedó mirándome por un momento, con los ojos muy abiertos.

—He escuchado historias sobre ti —observó, luego arrojó el trapo mojado dentro del balde y se inclinó, apoyando los codos sobre sus muslos—. Dicen que naciste así. Tiene sentido. Pero creo que estás confundiendo el amor que viene de compartir sus días juntos con el deseo de compartir camas y cuerpos. ¿Eso es lo que te preocupa, que tu esposa quiera compartir tu cama?

Desnudé los colmillos. Lady Fay no querría nada de eso.

Y no era algo que deseara discutir con él.

—No hay nada de malo en compartir la cama con tu esposa, lobo —añadió Nafasi, en su afán por seguir provocándome—. Debajo de todo ese pelaje aún eres un hombre, ¿o no?

Sentí tanta repulsión…

—¡Es una *mujer ordinaria*! —le rugí.

Tras un último gruñido de advertencia, elegí cerrar la boca y concentrarme en secar el resto de mi cuerpo con la toalla. Me temblaban las manos pero logré hacerlo rápido.

Nafasi me mostró sus palmas vacías.

—No estaba enterado de eso; por favor, acepta mis más sinceras disculpas. Pero veo de dónde vienes, considerando las tradiciones de tu gente… *siempre deberías rendirte a tu pareja en igualdad de condiciones porque así es como la respetas y la honras*. Es una lógica hermosa. Ustedes dos necesitan sentarse juntos y conversar, considerar lo que el otro quiere.

Como si pudiera mantener una conversación tan delicada acerca de deberes maritales y promesas de amor cuando apenas podía pronunciar una oración entera sin morderme la lengua o barbotar. Estaba claro que él no tenía esas dificultades, a simple vista, y que no entendía mi predicamento; mi situación era permanente y también la de Lady Fay. Y debía dejar de sentirme tan culpable al respecto, ya le había dicho a la Dama cómo iban a ser las cosas entre nosotros.

Pero una vez más, Nafasi tenía razón: me importaban los sentimientos de Lady Fay, y haría bien en considerarlos. Quizá necesitaría otra carta… si la primera había tenido algún éxito.

El agua empezó a hervir, rompiendo el tenso silencio entre los dos.

Nafasi se levantó y sacó la olla del fuego.

—¿Terminaste? ¿Sí? Bien. Yo me ocuparé de la bañera —actuó como si no hubiera pasado nada antes—. Pero, por favor, sube y trae a mis niñas aquí. ¿Harías eso por mí? Ellas confiarán en ti.

Empecé a levantar mi ropa con rapidez.

—*Por supuesto*.

Él hundió un balde en la bañera y echó el agua sucia en el drenaje. Me demoré un poco más en recolectar mis cosas.

—*Podríamos recibir* a tus hijas una *temporada* —terminé por decir—. En *Crescent* Hall.

No era mi lugar hacer propuestas así, pero no pude evitarlo tampoco.

Nafasi se detuvo en el acto de hundir el balde otra vez.

—Es una oferta muy generosa, Sir Camron —se irguió y me miró, alto y orgulloso—. Pero no debes preocuparte, ya he decidido qué hacer con ellas. Aprecio que lo hayas sugerido.

Me hizo una pequeña reverencia.

—Muy bien. —me incliné también y me preparé para salir.

—Acerca de practicar la dicción… intenta cantar. Es un uso muy distinto de la voz y me ayudó a desarrollar un discurso más fluido en la otra piel —añadió Nafasi, cuando yo estaba a punto de salir del baño. Nuestros ojos se encontraron una vez más, y me sonrió—. Recuerda tener confianza y seguir a tus instintos, también. Podría llevarte a muchas cosas nuevas y excitantes.

Todo lo que pude hacer fue gruñirle mis gracias, y salir.

Más tarde ese mismo día, Bredon y yo íbamos al frente de nuestra pequeña caravana, a lo largo del curso de un río ancho que regresaba hacia el Valle Hundido. Yo observaba el terreno por delante montado en Estampida, mi primo dirigía la carreta que habíamos recolectado con la recompensa y Nafasi venía atrás, en su propio carromato. Era más grande que la mayoría, pintado en colores brillantes y tirado por tres caballos, más como una pequeña casa con ruedas que un carruaje ordinario. Al final de todo, atados con cuerdas, venían el resto de los caballos y las cabras que Bredon había reclamado para sí mismo.

Una vez que reporté el estado del camino, me quedé junto a la primera carreta.

—Nafasi le ha dado al clavo —me dijo Bredon, de la nada. Me miró, mientras masticaba un pedazo de carne seca—. Puedes tener un buen matrimonio, incluso en tus circunstancias. La Dama parece una mujer razonable.

Apreté los dientes, pero en lugar de ladrar maldiciones porque se había atrevido a escuchar conversaciones ajenas, levanté las dos manos: *¿Me vas a dar un sermón tú también, primo?* Le señalé, rápido.

Él se rio.

—Mi plan era seguir jorobándote con lo de las cartas, debo admitir, pero Nafasi hizo un trabajo mucho mejor. Supongo que es cierto, entonces, que los músicos leen el alma de los demás. Es una pena que se quede en Whitehall hasta el comienzo de la Primera Cacería, hubiera disfrutado de hospedarlo en Crescent Hall antes de las festividades.

Concentrémonos en volver, le dije en señales, molesto.

Tenía mucho en qué pensar.

22. Batallas Interiores

Con el azaroso nacimiento del bebé de Lady Kyndra, tanto mis lecciones de baile como mis reuniones con Madame Tessala se suspendieron por unos días.

Una bendición en muchos niveles, porque me dio la oportunidad de descansar. Disfruté de los placenteros aromas del jardín totalmente florecido, horneé, practiqué bordado en ese bello rincón junto a la ventana de mi recámara que casi nunca usaba y monté a caballo por la finca, entre otras actividades no tan hogareñas. Permanecer inactiva hacía que la ausencia de Sir Camron fuera aún más notoria. No verlo en las mañanas ni compartir la cena con él por las noches era más bien decepcionante, y aunque había llegado a apreciar la compañía de la Joven Rhion y su familia… algo me faltaba.

Habían pasado once días. Once días, y ni una noticia de él.

No podía evitar preocuparme. Pero Monsieur Enron predicaba: *si algo anduviera mal con el viaje, ya lo sabríamos*.

Dijo esas palabras cerca del mediodía, y no mucho después apareció en la puerta un mensajero con cara de piedra en un caballo negro. Por fortuna, el Joven Leif sólo pasó para entregar una invitación a la Primera Cacería. Las festividades tendrían lugar en los terrenos del Castillo Whitehall durante la próxima luna llena. Una pequeña nota al final del mensaje decía que Sir Camron y yo éramos invitados especiales del Lord Alfa y que estaba muy ansioso por vernos.

Me pregunté por qué sería. ¿Por mí? Tonterías.

Según el libro de historias que me había obsequiado Lady Sebreena, el Lord Alfa era el equivalente de un rey para la gente

loba, líder de todas las casas y clanes dentro de un mismo territorio. A cambio, los líderes de los otros clanes se consideraban sus vasallos y miembros de su consejo. En el Valle Hundido, algunos representantes del pueblo ordinario tenían permiso de formar parte del consejo, también. No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que aquel día cuando me encontré espiando la reunión de Lord Willem, mientras residía en Crescent Hall, había presenciado una sesión; el anciano que había elogiado las habilidades de Sir Camron como pensador era, de hecho, el mismísimo rey lobo.

¿Quizá quería elogiar a mi esposo en persona? ¿Reconocer sus logros ante la comunidad?

La aprensión casi me cierra la garganta. Nunca estuve delante de un rey antes, todo tipo de preguntas sobre protocolo empezaron a inundar mi mente. Sabía lo básico sobre la realeza del Valle Ancho, pero esta era de otra clase. ¿Cómo debería vestir? ¿Cómo debería pararme? ¿Cómo saludar? ¿Debía hacer una reverencia? ¿Debía hablar? ¿Y debía mirarlo a los ojos? ¿Sería una audiencia pública, o una privada? La idea de una multitud analizando mis reacciones me puso aún más nerviosa. No sólo serían los extraños, sino también la familia extendida de Sir Camron.

Sentí un dolor en el pecho, que amenazaba con sofocarme.

Con rapidez me deshice del vestido de día y me cambié a mis cómodos pantalones, una camisa blanca suelta, capa y botas de montar. Tras trenzarme el cabello, ensillé a mi castrado y me dirigí hacia las colinas. Los mastines, como siempre, salieron ladrando detrás de mí.

El aire libre y fresco ayudó a templar mi ánimo. Era tan tranquilo ahí afuera.

Seguí la misma ruta que solía tomar cuando deseaba tener un momento para mí sola, di la vuelta en el codo del río y crucé el viejo puente de piedra. Desde mi última visita a la torre de Madame Tessala, había estado paseando cerca de las montañas en un intento de hallar otra de esas extrañas piedras del clima. Ella me dijo que había varias en el valle, escondidas en lugares de adoración y perfectamente alineadas con la que residía en la punta de la Aguja Roja. Me figuré que, mientras mantuviera la torre a la vista, podía

explorar las tierras alrededor de la casa de Sir Camron para ver si tropezaba con alguno de aquellos monolitos inusuales.

No podía dejar de pensar en ello. Algo se había despertado en mí, una curiosidad por lo oculto que no parecía mía. Aunque había nacido en la nobleza, yo venía de la nada y no tenía expectativas, de repente un pergamino viejo abrió todo un mundo de oportunidades e historias intrigantes para mí. Nunca me había sentido tan animada ni ansiosa por aprender más acerca de algo, tan determinada a seguir adelante y hallar esa verdad perdida.

Detrás de la pared impenetrable de Mooncrest Falls, cualquier cosa podía pasar.

*****

Para cuando llegué a las colinas bajas, noté que los perros estaban muy callados.

Trotaban alrededor del caballo, oliendo la tierra y los arbustos, orinando en los troncos y las piedras. Rowan también caminaba un poco rígido. Empecé a observar mis alrededores con ojos atentos, no muy segura de si debía seguir avanzando o simplemente, volver a casa. Sentía la cabeza más despejada y no me había olvidado de la advertencia de Sir Camron: no había lobos salvajes en el Valle Hundido, pero sí osos en las cuevas de las colinas. Podía ver una de esas cuevas, si eran aquellas a las que él se había referido, pero no parecía que fuera una forma natural; la entrada me recordaba a la arcada de un templo sin puertas, tallada en la piedra. Desde la distancia podía ver que había algo escrito en el dintel mohoso, quizá palabras o…

Los perros gruñeron, asustándome. Tiré de las riendas muy rápido y Rowan casi se levantó sobre las patas traseras, alarmado por mi reacción. Presionando las rodillas contra sus flancos logré controlar al caballo, pero me distraje y no vi al intruso que se me acercaba por detrás.

Una voz profunda ladró unas palabras en otro lenguaje, hablándole a los mastines.

Obligué a Rowan a darse la vuelta rápido, tropezando con un hombre alto que vestía una camisa marrón con un cuello amplio, desaliñada, y pantalones de cuero, iba descalzo y llevaba el pelo largo hasta los hombros, ondulado. Se encontraba más cerca de lo que pensé. Los perros lo mantenían a raya, pero sólo estaban sentados ahí, ni siquiera gruñían. El hombre alzó las manos vacías.

Algo frío me goteó por la espalda cuando vi que tenía sangre en las palmas.

—¡Lady Fay! —dijo, en la lenguaplana—. ¡No pretendía asustarla!

Se pasó los dedos por el pelo para despejar su rostro.

—Sir Kenley. —murmuré, aturdida.

Toda la excitación por lo del bebé hizo que me olvidara, por un momento, del regreso de los hermanos mayores de Sir Camron. Todavía no me habían invitado formalmente a Crescent Hall para conocer al recién nacido, por lo que no había vuelto a ver a esos hombres desde aquel día después de mis lecciones de baile.

Honrando su nombre, Sir Kenley me saludó con una sonrisa desarmadora coronada de colmillos.

Un ligero escalofrío me bajó por la espalda, a pesar de todo.

—Mi Señora, buenas tardes. —se inclinó con respeto.

—Usted es uno de los hermanos mayores de Lady Sebreena.

Desmonté y recogí las riendas de Rowan en un puño.

Sir Kenley le ofreció las manos a los perros antes de acercarse. Ion y Bicca olfatearon sus dedos y lamieron la sangre, luego empezaron a agitar las colas y lo escoltaron.

—El mismo. Sir Kenley de la Sonrisa Encantadora, a sus órdenes.

Se limpió el resto de los fluidos en la camisa y estiró el brazo.

Algo reticente, le ofrecí la mano. El caballero se inclinó para dejarme un beso en el dorso, no sin antes echar una mirada a las cicatrices de las quemaduras. Sus aguzados ojos, claros y brillantes como los cielos azules después de una lluvia copiosa, me perforaron hasta las profundidades del alma. Era alto, pero como casi todos en el valle, era quizá una cabeza más bajo que Sir Camron. Me pregunté si tendrían edades similares; Sir Kenley parecía ser más maduro que el Joven Esmond, pero no era tan mayor como Lord Rothfern. Más bien parecía… *un canalla*. Sí, esa palabra le sentaba a

la perfección. Lucía como un canalla despreocupado, con esa camisa arrugada que le dejaba gran parte de los músculos del pecho al descubierto.

Se me calentaron un poco las mejillas. Ciertamente era un hombre atractivo.

Recuperé mi mano enseguida.

—Un placer. ¿Qué lo trae a las tierras de mi esposo?

—Había planeado visitarla más tarde, de parte de mi hermana —se relajó y acomodó su camisa. Yo no podía dejar de mirar sus dientes afilados—. Pero, de hecho, estaba cazando. A Camron no le molesta que lo haga y por lo general le agradezco dejándole una parte de lo que consigo.

A juzgar por las manchas de sangre y barro en sus ropas, elegí creerle.

—¿Le ha pasado algo a la Dama?

—Oh, no, no. Me pidió que le dijera que la modista ya terminó con las ropas que le encargó, y que se las entregarán pronto.

Él no tenía que llegarse tan lejos sólo para decirme aquello, Lady Sebreena podría haberme enviado uno de sus halcones. Entrecerré los ojos, desconfiada.

—¿Eso es todo? —lo increpé.

Sir Kenley me hizo una reverencia rápida, con una auténtica sonrisa lobuna.

—Mi hermana quería que me asegurara de que usted está bien. Ella se encuentra ocupada y la extraña mucho. Por favor, excúseme un momento.

Se metió de nuevo entre los arbustos y salió poco después con una capa sobre los hombros, un par de botas en la mano y por lo menos siete conejos muertos colgando de una cuerda, sobre su hombro. Los perros gañeron y saltaron a su alrededor, interesados en las presas. Sir Kenley no llevaba armas, por lo que podía ver, así que al principio asumí que había puesto trampas como lo hacía todo el mundo. Pero enseguida recordé *a quién le estaba hablando*, y mi corazón empezó a latir más rápido.

Me lo había perdido. Me perdí la oportunidad de ver a otro lobo-hombre cazando. Quizá había usado esos grandes colmillos para…

—¿Qué hacía por aquí, mi Señora, tan lejos de la mansión?

Parpadeé con rapidez para volver a la realidad.

—Estaba montando a caballo.

—Eso lo puedo ver —él ladeó la cabeza, como regañándome—. El sol se está poniendo, ¿no está al tanto de los osos en estas colinas y cavernas? No debería deambular sola.

—No estoy sola, los perros me acompañan.

Los mastines eran lo bastante grandes como para dar buena pelea y me aseguraron de que ellos me protegerían, si era necesario. Sir Kenley soltó una risita, pero la sonrisa se le cayó al fin.

—Muy bien, no haré más preguntas si me permite que la lleve de regreso.

—No pensaba regresar todavía.

Él frunció el ceño.

—¿Está segura? ¿No se siente mal?

—¿De qué está hablando?

—Juraría que puedo olerlo en usted. ¿Me permite?

Estiró la mano libre, acercándose a mi cabeza.

Si no era más que una excusa para dar vuelta las cosas, entonces era buena porque tenía algo de razón. Mi sangre de mujer había bajado con más fuerza de lo normal en los últimos días, con algo de dolor también. A veces me sentía fatigada, algo mareada. Y quizá, aunque ya no estaba sangrando, me había exigido a mí misma por demás. Asentí con la cabeza, luego Sir Kenley presionó suavemente sus nudillos contra mi frente, para verificar. Traté de ignorar el fuerte olor a sangre en sus dedos, más que nada porque su roce era gentil y mantuvo la distancia, aunque estudiándome con esos ojos tan intensos.

—Sí, tiene usted algo de fiebre.

Me encogí un poco de hombros.

—Me siento bien.

—Por favor, permítame que la acompañe de vuelta. Me siento obligado.

Aquella mirada no admitiría una negativa por respuesta.

Como él mismo había indicado antes, la luz del sol ya estaba muriendo. Miré por última vez hacia la arcada de piedra tallada, con

decepción, pero decidí capitular y hacer lo que Sir Kenley me sugería. La cueva misteriosa no se iría a ninguna parte. Mi cuñado se puso las botas, luego ató la ristra de conejos al pomo de la silla de Rowan y me ayudó a montar. En lugar de dármelas, se quedó con las riendas y dirigió la marcha camino abajo.

No pude hacer mucho más que sostenerme y mirar la amplia espalda de Sir Kenley.

Bueno, había *una cosa* que todavía podía hacer. Me tomé mi tiempo para decidir cómo encarar el asunto sin decir algo equivocado, pero no había muchas formas de expresarlo. Era una inquietud simple y honesta, dentro de todo:

—¿Puedo preguntar por qué volvieron usted y su Lord hermano? —empecé—. Estaban persiguiendo a Sir Fadric, quiero decir. ¿Qué sucedió?

Tenía algo de miedo de la respuesta, para ser sincera, pero necesitaba saber.

Sir Kenley sacudió la cabeza.

—Ya no tenía más sentido —respondió, en tono monocorde—. Estuvimos deambulando por días sin una dirección concreta y Rothfern extrañaba mucho a su familia, así que decidió abrirse de la búsqueda. Por Credo, mi deber es viajar junto a él. Mis hermanos menores, Aubert y Eilhardt, aún siguen de cacería… pero si no hay buenas pistas, una vez que se les vacíen los bolsillos la búsqueda se cancelará por completo.

Un alivio extraño me recorrió el cuerpo.

No porque me hiciera feliz la idea de que Sir Fadric desapareciera para siempre, no. Me aliviaba que la situación por fin terminara, para que Lord Willem y su familia pudieran seguir adelante. Quizá también se olvidarían de la deuda de honor que creían tener conmigo, y Sir Camron dejaría de disculparse conmigo por no ser el hombre con el que se suponía que tenía que casarme. Yo estaba perfectamente contenta con las cosas como estaban, por primera vez en muchos años.

No quería que nada arruinara lo que tenía en aquel momento.

Y no le deseaba ningún mal a Sir Fadric, sólo que encontrara su felicidad y prosperidad. Dondequiera (y con quien quiera) que eso

fuera.

—Una pena. —dije, teniendo en cuenta mis lealtades.

Él se detuvo tan de repente que Rowan levantó la cabeza con brusquedad, sorprendido.

Sir Kenley me miró por encima de su hombro, sus ojos escondidos bajo la sombra de mechones de cabello oscuro. Había algo inquietante en la profundidad de esa mirada.

—No me dirá que espera verlo otra vez, ¿o sí? —me preguntó, cortante.

—Me gustaría, sí.

Incluso si era sólo para decirle a mi antiguo prometido que lo había perdonado.

—Lady Fay, lo mejor que puede hacer respecto a Fadric es olvidarse de él —me respondió, su voz era como llovizna helada—. Él la abandonó hace mucho tiempo, es justo y lógico que usted haga lo mismo. Nadie la culpará.

El retintín cruel de sus palabras me enfrió la sangre.

Parecía que el Clan Gris seguía profundamente ofendido por la traición de Sir Fadric, o quizá era algo muy personal para el propio Sir Kenley. ¿Por qué? ¿Qué más me ocultaban, para protegerme o lo que sea? No pude reunir coraje para seguir averiguando.

Él reanudó la caminata, llevándose a Rowan de las riendas.

23. Regalo para la Vista

Me desperté en una cama cómoda y una habitación inundada de luz de sol.

Un perfume dulce e inusual flotaba en el aire. Me senté, luchando con las mantas enredadas, y encontré la fuente: había un bellísimo arreglo de rosas blancas en la mesa, en un jarrón alto de cerámica. La Joven Rhion a veces juntaba flores del jardín para mí, pero nunca tocaba las rosas… frunciendo el ceño, me acerqué a la mesa con cautela.

No era la única rareza. Cerca del jarrón había un libro pequeño y un espléndido laúd de madera de rosa, ambos descansaban sobre un nido de terciopelo azul. Todo estaba dispuesto con cautela y de manera atractiva. Tiré del tallo de una de las preciosas flores, casi tan grande como mi cara, y me la acerqué a la nariz.

Sólo entonces me di cuenta de lo que significaba:

—Sir Camron. —murmuré.

Mi corazón dio un salto. Busqué mi bata y salí corriendo del cuarto, con la rosa solitaria en la mano. La puerta de los aposentos de Sir Camron estaba abierta, y la cama, impecable. Me quedé parada en el umbral. Nunca había entrado a su habitación, y era una gran falta de respeto meterse sin invitación previa.

Todo lo que necesité fue ver la capa y sus botas enlodadas.

Me apuré a llegar hasta la escalera y casi bajé corriendo hasta que entré como una tromba en el salón. La mesa del comedor estaba vacía, también su silla personal. No se encontraba en el solar ni en la cocina, de hecho, la casa entera parecía estar vacía. Las mañanas solían ser tranquilas, ya que Monsieur Enron dedicaba su tiempo a ordeñar las vacas y cabras y preparar conservas o curar

cuero, mientras que Madame Lyna y la Joven Rhion trabajaban en el huerto, hilaban y teñían lana o usaban el telar para tejer juntas cuando la muchacha no estaba ocupada conmigo. A veces iban a los asentamientos cercanos a intercambiar cosas, pero siempre pedían permiso y nunca me dejaban sola.

¿Dónde estaban todos?

Acaso… ¿acaso estaba soñando todo?

Lo último que recordaba era compartir un buen guiso de conejo con mi cuñado, Sir Kenley, antes de que empezara a sentirme mal. Me puse muy débil, mis movimientos se tornaron lentos. Antes de que pudiéramos pasar al postre, él fue lo suficientemente amable como para llevarme al piso de arriba, a mi recámara, y se aseguró de que yo descansara con comodidad antes de irse. Con un poco de té de hierbas, caí rendida y me desvanecí del mundo.

Una aprensión conocida me apretó el corazón.

Cuando salí al jardín, sin embargo, vi al semental de Sir Camron trotando junto a Rowan y las demás bestias de tiro, por los prados verdes. La mañana era espléndida, todo estaba en silencio excepto por el traqueteo de metal golpeando metal. Salía humo de una de las tantas chimeneas. Alguien estaba usando la forja.

Di la vuelta a la casa corriendo y bajé por la colina, las puertas de los establos y la herrería estaban abiertas de par en par. Con una gran sonrisa en el rostro, me metí de lleno y tropecé con mi esposo, desvestido de la cintura para arriba y levantando un balde lleno de agua más allá de su cabeza…

… que se volcó encima.

Me paré en seco, con los ojos muy abiertos. El líquido recorrió su lustroso pelaje negro, siguiendo las formas de su musculoso torso y abdomen, y estalló a sus pies. Sir Camron sacudió la cabeza con vicio, salpicando todo a su alrededor con una fina lluvia de gotitas frías hasta que la gruesa melena en torno a su cuello quedó toda parada como púas de puercoespín. La pura *perfección* de su inhumana anatomía nunca dejaría de llamarme la atención, era como la polilla y la flama. Sin más, me quedé contemplando el espectáculo, sosteniendo la rosa contra mi pecho con ambas manos,

sin palabras ni ideas. Ni siquiera noté a los perros que me miraban con confusión.

¿Eso que tenía en los pantalones era *una mancha de sangre*, de casualidad? Más o menos a la mitad del muslo izquierdo.

Las orejas mojadas de Sir Camron se levantaron. Se volvió a mirarme, chorreando agua por la barbilla. Sus ojos se toparon con los míos. La expresión en su rostro lobuno se volvió mucho más suave, sus hombros se relajaron.

Dejó caer el balde. Algo cálido me explotó dentro del pecho.

Doce días. Habían pasado doce días.

—E-está de vuelta. —tartamudeé.

*****

El fuego y el pelaje no se llevan bien, y ese es sólo uno de los muchos riesgos a los que me sometía cuando trabajaba con metal. Podía cubrirme con una chaqueta de cuero y un delantal largo para mantener a las chispas saltarinas lejos de mi cuerpo, pero el calor de la forja se volvía insoportable. No sudo de la manera convencional y desvanecerse por sofocación no es para nada entretenido, así que resolvía mojarme entero con frecuencia.

Y estaba haciendo justo eso *cuando ella entró al taller de golpe*.

Al principio pensé que Lady Fay daría la vuelta y se iría, pero se quedó ahí, mirándome. El lado más acomplejado de mi mente gritó que me pusiera una camisa. El resto de mí estaba más interesado en admirarla, empezando por mi cola que empezó a sacudirse con gentileza.

—E-está de vuelta.

Entró al recinto, salvando la distancia hasta que el yunque fue lo único entre nosotros.

Le hice una reverencia, con la mano sobre el pecho.

—Mi Señora. Buen día.

—Buen día. Bienvenido, Sir Camron.

La sonrisa que me regaló fue tan radiante que podría obligar a las nubes a partirse.

Oler cuando alguien estaba feliz de verte era más gratificante que verlo en su rostro, porque aunque la boca pueda hacerlo, el cuerpo no miente. Por encima del humo y el cuero curtido, el poderoso aroma de la alegría de Lady Fay caracoleó a mí alrededor y me llenó las fosas nasales, una fragancia de lo más exquisita. Aspiré hondo varias veces, porque sí.

Recé por dentro que se tratara de una buena señal.

—¿Cuándo llegó? —me preguntó, frunciendo un poquito el ceño.

—No hace mucho. En la noche.

—No se me informó.

—Pedí que no la *despertaran*. *Rhion* dijo que usted tenía *fiebre*.

—Oh, no era nada. Sólo fatiga.

Caminé alrededor del yunque, nuestros ojos se conectaron en lo que me acerqué a su magra figura. Alcé la mano y, con el mayor de los cuidados, le levanté la barbilla. Lady Fay no se echó para atrás. Bajé la cabeza, atento a su reacción: si ella llegaba a agitarse, me retractaría de inmediato. Pero simplemente se quedó mirándome con esos grandes ojos azul oscuro, hasta que presioné con gentileza la punta de la nariz en su frente.

Ella tragó aire con fuerza. Su piel era cálida, su cabello tenía un suave olor a miel.

—¿Q-qué está haciendo? —me preguntó, su voz era apenas un hilo.

La solté una vez que estuve conforme con la inspección.

—Ya no tiene *fiebre*.

—Le juro que estoy bien. —farfulló la Dama.

—*Ahora* lo está.

Llegué en medio de la noche para encontrarla sudando y revolcándose en su cama. Parte de mí no se convencería con simples palabras.

Con calma, tiré de la mano derecha de la Dama y también la observé. La piel se notaba más rosada y tierna a comparación con su tono ligeramente bronceado. Le quedaban apenas vestigios de la quemadura o de mala curación, sólo un pequeño manchón o dos. Antes de que nos diéramos cuenta, sería como si nunca le hubiera

ocurrido nada; la medicina de Madame Tessala, como siempre, era muy efectiva.

—Mi mano también está bien, puede dejar de preocuparse por ella.

—Lo veo —gruñí—. Me *alegra*.

Lady Fay se lamió los labios, nerviosa.

—¿También le dijo a los caseros que se fueran? No hay nadie arriba.

—Los envié a *comerciar*. Podemos *defendernos por* un *rato*.

Y yo era más que capaz de oír lo que ocurría arriba, si ella llegara a necesitar mi ayuda. Sostuve su mirada, llevándome el dorso de su mano hacia el costado del hocico, y apreté la piel cicatrizada contra mis bigotes húmedos. Esperé, regodeándome en su calidez tan agradable. Era como un beso cortés, o lo más cerca que llegaría a estar de ello.

La forma en que sus pupilas se dilataron y sus mejillas se sonrojaron, simplemente…

Me resultó deliciosa.

—De hecho —murmuró Lady Fay, con los ojos fijos en mi rostro. Carraspeó y levantó la cabeza, con orgullo—. Bueno, ¿ha tomado ya su comida de la mañana?

—Aún no.

La desafié a bajar la mirada. *Rogué* que no lo hiciera, al mismo tiempo.

—Se puede arreglar algo. Me encantaría escuchar sobre su viaje —decidió, una propuesta que yo jamás podría rechazar—. No se olvide de sus modales y póngase una camisa. Por favor.

Sus dedos se deslizaron por debajo de los míos. Se dio vuelta y salió del taller a toda prisa, dejándome para resoplar una risita débil en compañía de los perros.

El corazón me latía como los cascos de cien caballos.

Ion y Bicca gañeron, confundidos pero moviendo las colas sólo porque yo también lo hacía. Mi pequeño proyecto de copiar uno de los collares de hierro que había tomado de los esclavos liberados tendría que esperar, mi estómago y mi sangre rugían con distintos tipos de hambre. Eché agua sobre la forja para apagar el fuego e

hice todo lo que pude para secarme el pelaje, más o menos. Me tiré encima una camisa blanca suelta, que no me molesté en arreglar con un cinturón, y ni siquiera me preocupé por las botas. Todo lo que quería era subir la colina y tomar mi lugar junto a ella, otra vez.

Todo tipo de sensaciones salvajes me ardían en las almohadillas de los dedos y alrededor de los dientes, con locura. Me relamí los belfos como una bestia famélica.

Estoy seguro de que, en otro tiempo, un antojo tan intenso me hubiera asustado.

Pero entonces, y después de tantos días alejados, no me iba a contener. Cuando entré a la cocina, Lady Fay ya se había encargado de preparar una esquina de la mesa para nosotros, por delante de los hornos. Se había atado el cabello en una trenza suelta y puesto la rosa dentro de una jarra de leche vacía, como decoración, pero no se cambió de ropa. Me importaba poco, una mujer de su gracia podía usar cualquier cosa y aun así deslumbrar.

—Por favor, siéntese —me sonrió—. El té estará listo en un momento.

Obedecí, tomando la silla más cercana a la puerta.

Más y más palabras se me apilaron en la lengua, luchando para salir. Había ensayado todas las preguntas que quería hacerle, pero no podía esperar a oírla hablar con sinceridad sobre la carta.

Midiéndola en silencio, esperé mientras la Dama servía el té para dos. Parecía más delgada del rostro, más flaca en general, pero su piel brillaba con un suave tono bronce. Estuvo pasando más tiempo afuera. Lady Fay se sentó a un brazo de distancia de mí, con la espalda derecha; partió el pan fresco y cortó el queso de cabra, me ofreció una pieza.

—¿Todo estuvo bien en mi ausencia?

—Sí, por supuesto. El valle parece muy tranquilo, el clima fue agradable.

Pesqué dos salchichas de la cesta y las puse en su plato.

—¿Comió lo suficiente? ¿*Cuidaron* bien de usted?

Ella parpadeó, observando las salchichas.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Ha *perdido* peso.

Nuestros ojos se encontraron. Yo aún no había tocado mi plato.

Lady Fay frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Cómo puede saberlo?

—Lo sé.

—Bueno, salgo a caminar con frecuencia y estuve montando a caballo entre la casa y varios lugares. Ejercitándome más de lo normal, diría. Es bueno para el cuerpo. No me preocuparía tanto por mí, ya que no fui yo la que se fue bajo circunstancias misteriosas y ahora lleva sangre fresca en sus pantalones.

Su respuesta me dejó sin palabras.

Bajé la mirada a mis piernas. Una mancha oscura y húmeda había florecido en la tela rústica, por encima de la puñalada. Como no me dolía, casi no había reparado en la herida. Quizá no me cuidaba lo suficiente y la piel volvía a abrirse, sangrando a través de mi ropa. Eso era todo. Así era siempre. Cazar gente era más riesgoso que cazar presas grandes, la oportunidad de salir lastimado nunca era efímera.

Después de un suspiro-gruñido largo, respondí:

—Disculpas, mi Señora —agarré una salchicha y le arranqué un pedazo de un tarascón, molesto—. Le *juro* que estoy bien. Sólo es una puñalada.

Se le abrieron los ojos como platos.

—¿Lo apuñalaron?

—No es nada.

—¿Cómo puede ser nada? ¿Qué fue a hacer fuera del valle?

Mordí la salchicha dos veces más y resoplé, señalando el plato delante de ella. Lady Fay levantó el tenedor, por lo menos, pero seguía mirándome con un ceño fruncido amenazador que no le había visto antes. Era tan intimidante como atractivo.

Mi cola se sacudió de nuevo.

—Pensé que iba a escoltar a alguien.

—Nunca dije eso. —le regalé una sonrisa falsa.

—Me pidió *que fuera honesta con usted y que respetara a su gente* —me dijo, torciendo la cara en una expresión llena de dolor—. ¿No es justo que yo le pida lo mismo?

Tragué saliva con fuerza. Esas palabras, ella…

Ella tenía *mucho lobo dentro*, incluso si trataba de mantener su temperamento bajo control. La fiereza de su tono me hizo arder las encías.

—Es justo —barboté.

—Entonces dígamelo ahora. Por favor. Tómese su tiempo y hágalo tan despacio como lo necesite, pero cuénteme lo que pasó. ¿El Joven Bredon está bien? ¿También resultó herido?

—Él está bien. Tomamos una *recompensa.*

Hice lo posible por darle un resumen del tema, incluyendo una breve explicación acerca de quién era Nafasi y la recompensa misma. Me llevó un buen rato recorrer todos los eventos más importante, pero ignorar los detalles macabros sirvió para que mi dicción fuera más directa y rápida. No tenía fuerzas para contarle sobre las dificultades o la matanza, los horrores a los que aquellos esclavos fueron sometidos o los destinos que probablemente les aguardaban en manos de esos criminales. Seguía frustrado hasta el hueso por la falta de interés de las autoridades, tanto así que me quedé con el pedazo de tela que arranqué del abrigo del líder de la caravana. Lo metí en una caja blindada en mi habitación. El olor permanecería fuerte en aquel trapo, nunca olvidaría el rostro de ese bastardo.

Tenía que convertirse en un recordatorio de mi fracaso, sin duda.

De cualquier manera, sobrevivir en la tundra helada sin provisiones era casi imposible. La gente ordinaria no dura ni un día ahí afuera.

Para cuando acabé el relato, me dolía un poco la garganta por el esfuerzo, nuestro té estaba frío y Lady Fay me miraba con los ojos vidriosos.

Había algo en esa mirada que nunca había experimentado antes. Había visto la adulación, la aprobación y el reconocimiento, pero aquella clase de *admiración* era nueva. La Dama puso su mano sobre la mía, sosteniéndome entre el dedo índice y el pulgar. Vacilé, pero di vuelta la palma hacia arriba, despacio, y acuné sus dedos dentro de mi puño, apretando con suavidad. Ella no se retiró. Su olor tan cálido y complaciente hizo que cada onza de amargura en mí se desvaneciera de inmediato.

Estuve lejos por doce días, pero de un modo u otro se sentía como doce estaciones.

—Me alegra que pudiera ayudar a su amigo y a sus hijas, y que todos volvieran sanos y salvos. Pero le ruego que, si está planeando hacer algo así de nuevo, me diga la verdad. La próxima vez que se vaya, con todo lo que sé ahora, no seré capaz de mantenerme tranquila por mucho tiempo.

Se me cayeron las orejas.

—No estaba *seguro* de cuánto *podría soportar* usted.

—Sir Camron, no soy una florecilla endeble.

Le apreté los dedos de nuevo, frotándole el dorso de la mano con la almohadilla áspera de mi pulgar. No sabía qué hacer o decir a continuación. Ella me daba mucho más de lo que me atrevía a esperar, sentía la cabeza entre las nubes. Su calidez me dejó de nuevo y la Dama se paró, en silencio, arrojó el contenido de nuestras tazas frías en la tetera y volvió a servir, para que pudiéramos terminar con la comida.

Lo mundano de sus acciones rompió la tristeza y la tensión que colmaban el aire a nuestro alrededor. Cuando Lady Fay volvió a sentarse, cambié el tema:

—¿Le *gustaron* los *regalos*?

—Pero, ¡por supuesto, sí! —se le iluminaron los ojos, su sonrisa hizo que una vez más me olvidara de mi plato—. Se lo agradezco muchísimo, las rosas son simplemente perfectas… y el laúd, es sublime. Nunca vi un instrumento tan bello, parece haber sido creado por uno de los más grandes maestros. ¿Cómo supo que sé tocar?

Parpadeé rápido, varias veces, y me llené la boca con queso. Ella se lo había mencionado a Fadric, en una de las cartas. Maldita sea.

—Adiviné —respondí, después de tragar—. Muchas damas nobles tocan.

Mi esposa se quedó mirándome por un instante.

—Estoy impresionada. —acabó por decir, frunciendo un poquito el ceño.

Bredon tenía razón, tarde o temprano toda esa mierda volvería para morderme la cola.

Lady Fay procedió a partir otro bollo de pan para sí misma y le aplicó una cucharada de miel. Empezó a comer, intercalando unos sorbos de té. Me urgía cambiar el tema de nuevo, pero entonces…

—Nunca nadie me había regalado flores tan bonitas —murmuró, aunque antes de que yo pudiera reaccionar a la tristeza en sus palabras, la Dama continuó—. Bueno, debo decir que es una coincidencia, porque no hace mucho tuve la oportunidad de tocar el laúd para su hermana.

—¿Lo hizo? —carraspeé.

—Después de una de mis lecciones de baile.

—*Espero* que mi *hermana* no la *molestara* mucho.

—Oh, para nada. Lady Sebreena se ve algo solitaria, pasar tiempo con ella fue entretenido. Su familia tiene una predilección por mi bienestar, parece. Uno de sus hermanos mayores me visitó justamente ayer en representación de su hermana, para asegurarse de que me encontrara bien. ¿Ya supo que Lord Rothfern y Sir Kenley han vuelto?

—Estaba al tanto. —murmuré.

Y sabía que uno de ellos estuvo en mi casa, también, algo que me molestaba lo suficiente como para ignorar las implicaciones de su regreso. El olor de Kenley estaba por todos lados. Aún lo olía en la cocina y en el solar, se había sentado en mi poltrona y hasta pasó un tiempo en la recámara de Lady Fay. Según Rhion, fue él quien llevó a mi esposa a la cama cuando empezó a sentirse enferma. Todo parecía muy razonable. No lo suficiente para quitarme la preocupación, no. Algo se retorció en mí cuando levanté las ropas que ella había usado el día anterior y las olfateé… más allá de su esencia femenina, pude distinguir el almizcle particular de mi hermano en la tela.

Había tocado a mi compañera.

Y el mero hecho de que otro hombre tocara a Lady Fay me fastidiaba profundamente. Yo no iba y tocaba a las esposas de los demás cuando ellos no estaban. Era una ridiculez, claro. Las ropas también olían a menta y salvia, ella seguro estuvo deambulando cerca de las colinas, en la proximidad de las montañas. Quizá recogiendo hongos o bayas. Mi hermano seguro estuvo cazando en

mis tierras, algo que le permitía hacer a menudo. Tal vez sus caminos se cruzaron y él la acompañó de regreso.

O quizá lamentaba, hasta cierto punto, no haberse ofrecido en mi lugar.

Apreté los dientes, tragándome un gruñido. No. Kenley aún estaba de duelo. Como yo, él era un caballero del valle. Mi hermano no era un hombre sin honor.

La dulzura de su voz me arrancó de aquel malestar:

—Madame Tessala y yo estuvimos practicando el lenguaje de las manos, e hice todo lo posible por ayudarla a traducir esos manuscritos antiguos, también. No pasó un solo día sin que tuviera algo nuevo para hacer. Por supuesto, eso fue hasta que nació el bebé de Lady Kyndra.

Fruncí el ceño, volviendo de pronto a la realidad.

—Lady *Kyndra*.

—Oh, sí, el bebé llegó antes. Una lástima que el Joven Bredon no estuviera.

Una lástima, en verdad; Bredon estaba convencido de que tendría tiempo de sobra para ver nacer a su cachorro y lo esperaba con mucha alegría. Me figuré que, en aquel momento, mi primo se sentía a partes iguales furioso, mortificado, saturado de sentimientos protectores y avocado por completo a su mujer y al bebé. En resumen, Bredon estaría fuera de juego por al menos una quincena o más, así que mi padre y yo tendríamos que lidiar con todo lo demás por nuestra cuenta.

—Espero que podamos conocer al bebé pronto. —suspiró Lady Fay, contenta.

—No *será pronto* —sacudí la cabeza—. *Habrá* una *ceremonia*, y *seguro* nos *invitarán*.

—Ya veo. Parece apropiado.

Esas noticias le añadieron una nueva urgencia a mi mañana. A pesar de que quería pasar el día con Lady Fay, necesitaba supervisar el desarrollo de los muchos proyectos en los que me había involucrado antes de la llegada de la luna llena y las festividades, y prepararme para pasar quizá otros diez días lejos de casa. Mi esposa se había recuperado, al menos.

Esa vez, fui yo quien puso la mano sobre la de ella y apreté con suavidad.

—Debo *ver* a mi *padre*, *acerca* del camino —expliqué, despacio —. Esta noche, *cenaremos* y *podrá tocar* el laúd *para* mí, si lo desea. Lo que usted *quiera*.

Le debía eso y mucho más.

Lady Fay volvió a sonreír, asintió con entusiasmo.

—Por supuesto, estaré encantada de hacerlo —me dijo, y entonces soltó las palabras que me mantendrían al borde del precipicio el resto del día—. No olvido que le debo una respuesta a su carta, Sir Camron. Mejor que hablemos cuando los demás estén dormidos.

24. Salvando las Distancias

Sir Camron volvió poco después de que el sol cayera tras las montañas y se bañó, luego se reunió conmigo para cenar. Parecía nervioso, pero yo también lo estaba y no por falta de razones.

Elegí uno de mis vestidos nuevos para la ocasión, de tartán verde con el escote cuadrado y las mangas anchas, y me había levantado el cabello en un estilo cómodo con una trenza solitaria cayéndome sobre un hombro. Sintiéndome algo atrevida, hasta me puse uno de los collares que él me había obsequiado, una cadena sencilla de plata con un pendiente turquesa en forma de lágrima. Mi esposo se había puesto muy presentable también, con sus pantalones de cuero más fino y una camisa negra suelta, brazales de cuero y botas más que resplandecientes. Incluso me hizo una reverencia y movió la silla para mí, muy educado.

Los dos nos habíamos preparado para algo importante, al parecer…

Después de una deliciosa cena de pato rostizado con salsa y papas asadas acompañadas por un vino excelso de una tierra que no me salía pronunciar, Sir Camron y yo nos sentamos ante la chimenea en nuestras sillas, enfrentados.

Se veía tenso, con la espalda recta y aferrándose al apoyabrazos con fuerza. Resultaba algo gracioso. ¿A qué le tenía tanto miedo?

Me quité las zapatillas para frotar los pies en la alfombra de oso y probamos mi progreso con el lenguaje de las manos. Él hizo varias señales para mí e intenté descifrar su significado, con más éxito del que había anticipado. Fui capaz de comprender una conversación muy simple y seguirla, respondiéndole del mismo modo. Cometí muchos errores, sí, pero Sir Camron era siempre muy gentil y

paciente cuando tenía que corregirme. Pronto nos hallamos tan metidos en la práctica que el tiempo voló sin que lo notáramos, mientras las llamas consumían los leños en la chimenea. Nunca lo había visto tan enfrascado en algo, tan animado, le hizo mucho bien a mi espíritu.

Para recompensar su paciencia, me excusé con una sonrisa y corrí a mi recámara, descalza, para buscar el laúd y el pequeño libro. Cuando volví, Sir Camron había puesto más leños en el fuego y sus orejas se pararon en cuanto me acerqué y le dejé un papel doblado en el regazo. Se tensó de nuevo, clavando las uñas en el acolchado del apoyabrazos.

—Esto llegó cuando usted no estaba, es una invitación a la Primera Cacería. —expliqué.

Él resopló, aliviado, y desdobló la carta para leerla.

—Ya está muy *cerca*. —murmuró.

—¿Cómo es? —me acomodé en mi silla con el laúd.

Él señaló las palabras *largo* y *cansado*, y después dijo:

—Buena comida y música, *entretenido*. *Pero podría ser* más *corto*, y *mejor*.

—¿Habrá justas y competencias?

—Muchas.

—¿Son peligrosas?

—Muchos *heridos*, nunca nadie *murió*.

—Oh —puse el libro en mi regazo y apoyé el laúd encima, para ajustar un poco las cuerdas. Se me calentaron las mejillas—. ¿Usted va a participar?

Alzó esa mirada plateado brillante del papel y me observó.

Entrecerró un poco los ojos.

—Si me place.

Rasgué las cuerdas un par de veces, escuchando el tono. Estaba muy fuera de práctica y aquel instrumento no parecía tan bien afinado como el que había tocado para Lady Sebreena, pero podía hacerlo funcionar.

—La misiva dice que somos invitados especiales del Lord Alfa. ¿Sabe por qué?

—*Primera* boda de la *temporada*.

Oh, claro que tenía que ser por algo tan simple. Debí haberlo sabido.

—¿Y qué se espera de nosotros, como invitados especiales?

—La *Primera* Danza de la *Gran Reunión*. —Sir Camron carraspeó.

Respiré hondo, muchas pequeñas mariposas empezaron a flotar en mi estómago.

—Lady Sebreena me comentó que, como se trata de un baile de esposo y mujer, no debería practicarlo con nadie más que con usted.

Él volvió a acomodarse en la silla, en lo que yo ajustaba otra cuerda malsonante.

—Sí —gruñó—. Es *cierto*.

—¿Me enseñará, entonces?

Sir Camron levantó ambas manos y señaló *no puedo* y *no sé*.

—¿No conoce la danza? —fruncí el ceño.

—Podemos *aprender* juntos. ¿Qué tan difícil puede *ser*?

Ladeó un poco la cabeza. Esa confianza desvergonzada me sacó una sonrisa y, por fin, reuní suficiente coraje para atacar el tema que más me importaba.

Algo había empezado a cambiar entre nosotros, que podía torcer completamente el destino de aquel matrimonio, para siempre. No estaba ahí antes, ya no podía seguir ignorándolo. Tomar esa comida de la mañana en la compañía tan placentera del otro, después de tan larga ausencia, lo hizo todo más evidente: había una necesidad subyacente de mucho más.

Por supuesto que aún quedaban obstáculos, la confianza el más importante de ellos.

Sir Camron no confiaba en mí, y no podía culparlo por eso. Pertenecía a otra raza de gente. Gente que, según el libro de historias, fue cazada y perseguida en otras regiones muy lejanas del continente. Un precedente así con seguridad criaba animosidad dentro de las generaciones venideras, y aun así, yo agradecía muchísimo que su familia me tratara con tanto cariño y respeto.

Era un hombre brillante y cortés, debajo de todo ese pelaje y detrás de ese hocico lleno de dientes afilados. Pensé que había encontrado un buen compañero en él, alguien confiable en quien apoyarme; las palabras en su hermosa carta cementaron mis

pensamientos. Sir Camron no sabía nada acerca de mis dificultades, pero podía ayudarme a convertir nuestros días en algo mejor y más luminoso, estaba convencida de que podíamos hacerlo juntos, un paso a la vez. No era difícil lidiar con él, contrario a lo que mi esposo parecía creer, y no me había tomado mucho tiempo sentirme en casa en esa tierra tan inusual. No quería perder mi nueva libertad ni mis propósitos.

Yo tenía un interés por el qué luchar, es verdad.

Él había declarado sus intenciones. Era hora de declarar las mías, supongo.

Acosté el laúd en mi regazo y levanté el libro.

—Acerca de esto… —empecé, en lo que sacaba su carta del interior.

Él se sentó muy derecho, de nuevo. Sus ojos enseguida se fueron al papel, como si fuese una serpiente lista para atacar. Así que esa era la fuente de su incomodidad. Estuvo esperando mi veredicto desde el primer saludo que intercambiamos en la mañana.

Debí haber sabido eso también.

—Quería agradecerle por sus hermosas palabras, Sir Camron —empecé—. En un momento de duda, fue justo lo que necesitaba leer. Saber cómo se siente usted fue muy reconfortante, así que déjeme decirle que encuentro su sinceridad loable. Pocos hombres serían tan honestos y tan nobles cuando llevan las de ganar o tienen tanto de lo qué aprovecharse… en cambio, usted no demanda nada. ¿Cómo es posible que esté dispuesto a darle todo lo que posee a una extraña como yo, y no pida nada para usted? Parece injusto. Su verdad me duele.

Tragué saliva con fuerza. Mi esposo seguía rígido como una tabla, mirándome.

—No me importa que usted tenga la apariencia de una bestia o que este matrimonio no me dé hijos, en tanto sea fructífero de otras maneras. Creo que podemos lograrlo, si me permite que le apoye. Quiero hacerle una promesa también: he visto lo duro que trabaja, las cosas que puede hacer. Déjeme permanecer a su lado, Sir Camron, es lo único que podría desear. Deje que su tierra se convierta en mi hogar, déjeme montar sus caballos, compartir su

mesa y buscar conocimiento. Déjeme descubrir y compartirlo con usted. Déjeme estar ahí para usted. Haré todo lo que esté en mi poder para serle útil y darle orgullo, para que de una vez por todas se olvide de todas esas cosas que cree que le faltan.

Sin que me diera cuenta, mi vista se volvió borrosa.

—Usted no entiende lo bueno que es conmigo, y *lo bueno que ha sido para mí* —me las arreglé para decir, antes de que la voz se me quebrara—. No puedo describir lo agradecida que me siento.

Una lágrima bajó por mi mejilla y me la limpié con la manga del vestido.

Sir Camron se movió en la silla, a punto de levantarse. Alcé una mano, feroz.

—Por favor, no. Necesito un momento.

Obedeció, pero ya había pinchado el acolchado de los apoyabrazos con las uñas.

Tenía que acabar con lo que había empezado antes de que me partiera por completo. Volví a posicionar el instrumento en mi regazo, rasgué las cuerdas más o menos al azar. Después de un par de repeticiones, dominé por fin los acordes y el resultado empezó a parecerse mucho a una canción conocida; mi corazón se calmó y ya no había lágrimas, pero aún sentía los ojos calientes e hinchados.

—Quiero ser una adición valiosa para su clan. Por lo tanto, me gustaría que usemos estos días de festival para conocernos mejor, Sir Camron. ¿Le interesaría eso? Hacer una amistad de este matrimonio, si así lo quiere.

Me atreví a buscar su mirada.

Él no dudó:

—*Estaría* más que encantado.

Por instinto le devolví una sonrisa enorme. Con más coraje en los dedos llevé la melodía a lo más alto. Pronto, la voz profunda de Sir Camron llenó los espacios vacíos con palabras dulces en una lengua que no yo no comprendía, pero la combinación sonaba fantásticamente. Él cantó sin siquiera un tartamudeo, con un tono perfecto. No podía recordar otra instancia de mi vida en la que me hubiera sentido así de cómoda, o tan cálida por dentro.

Lo que sea que Sir Camron me hacía sentir, nadie más lo había logrado.

Quizá… ya me había enamorado un poco de él.

PARTE 3
MIENTRAS DURE LA LUNA LLENA

25. Comienza la Danza

Los siguientes días estuvieron llenos de entusiasmo y preparaciones. Sir Camron iba y venía por la casa, tachando cosas en una lista en lo que hacía los arreglos para nuestro viaje al Castillo Whitehall. Todavía hacía un esfuerzo por estar ahí para las comidas de la mañana y en las últimas horas, para que pudiéramos practicar el lenguaje de las manos o leer en voz alta, para mejorar nuestras habilidades. Me maravillaba que, después de todo, aún tuviera la energía para buscar mi compañía, pero no debería haberme sorprendido. Mi esposo era muy metódico. Tenía su manera particular de organizar sus asuntos y todo lo vinculado con ellos, para no perderse de nada.

En poco tiempo, había reunido dos grandes baúles y un cofre con sus pertenencias, todo lo que necesitaría para asistir a las festividades de la Primera Cacería. También había una carreta de dos ruedas fuera de los establos con otra enorme caja de madera montada encima, tapada con cuero. Me quedé intrigada, ¿Para qué necesitaba todo eso?

Después vino el dilema de mi equipaje. Lady Sebreena y sus hermanos, Sir Kenley y el Joven Esmond, llegaron con sus caballos y un carruaje pequeño cargado de baúles, a pasar la con nosotros la noche previa a la partida. Trajeron noticias sobre el Joven Bredon y Lady Kyndra (se encontraban saludables y felices con su bebé, mandaban sus saludos), y el resto de las ropas que mi cuñada había ordenado para mí. Como mi guía en materia de etiqueta, ella me ayudó a elegir los mejores vestidos, capas, abrigos, calzado, joyería y accesorios para usar. Sus gustos, como siempre, eran exquisitos, pero algo me decía que cometí un error al darle rienda suelta

cuando Lady Sebreena empezó a hablar de vestidos para el día, para la tarde, para los festines, para el desfile, para…

Pronto me sentí abrumada. Lady Sebreena encontró enseguida cómo distraerme: prometió que me llevaría a ver la Gran Biblioteca del Castillo Whitehall y todas sus maravillas ocultas. Sus palabras me lo hicieron más llevadero.

Sir Camron no parecía muy preocupado por nada de eso, en absoluto.

Deseé poder mantener la cabeza tan fría como él.

La mañana finalmente llegó y me despedí de la Joven Rhion y su familia. Acepté viajar en el carruaje con Lady Sebreena, Sir Camron y Sir Kenley decidieron ir a caballo, el Joven Esmond se apropió de mi castrado, Rowan, y llevaba a tiro la pequeña carreta con nuestras cosas. Se suponía que sería un viaje de dos días subiendo por los sinuosos caminos que llevaban al extremo Norte del Valle Hundido, bordeando los acantilados en torno a la Cuenca Plateada y las Tierras Más Altas. Una vista como ninguna otra, sin duda. Justo cuando empezaba a sentirme a gusto en el carruaje, nuestra pequeña caravana salió de los bosques y entró en el camino principal, y vi una procesión de estandartes de colores, bestias marchando y ruedas que traqueteaban, todos iban en la misma dirección.

Me alegré mucho, también, cuando nos unimos a un grupo de viajeros con las banderas blancas y grises del Clan Gris: Lord Willem y el resto de su familia.

*****

—¿Podría explicarme de qué se trata la Primera Cacería? El libro de historias tiene muchas anécdotas pero poco en concreto.

Lady Sebreena se me sentó más cerca en la banca acolchada y se acurrucó en mi brazo.

—¡Es nuestra celebración más grande! —dijo, muy animada—. Tres días de ocio, encanto, festines, danza, competencias, artes y música, que terminan con una cacería grupal bajo la luz de la luna. Una oportunidad de hacer nuevos amigos y comerciar, para

enterarse de quién es quién y qué están haciendo. ¡Para conocer a alguien especial, incluso! Es una maravilla. No puedo esperar a estar ahí, Whitehall es hermoso en esta época del año.

Me miré las manos, juntas sobre el regazo.

—Ya veo. Parece que habrá una multitud.

—Sí, casi todo el mundo estará allí. La gente común y las familias más ilustres del valle, tanto hombres ordinarios como gente loba por igual.

—¿Qué sucede en esos tres días?

—Bueno, en el primer día hay un desfile precioso. Cada casa presenta a sus caballeros y hacen una ronda delante del Lord Alfa y su familia, para presentar sus respetos. Luego viene la marcha, la procesión, y pasamos el resto del día con la familia, quizá en la feria. Es la primer noche de luna llena, así que la Ciudadela Plateada estará abarrotada de visitantes, música y comida. Es una gran oportunidad para conocer a los demás, es importante que se vista muy bien si va a salir.

—Lo que explica su preocupación por mi elección de guardarropas.

—Déjemelo todo a mí, hermana —ella me dio una palmadita en el dorso de la mano, con cariño—. Puede confiar en que la prepararé para que se vea como una de nosotros.

—¿De qué se trata el segundo día?

—Empiezan los torneos. Habrá otras competencias menores, como justas, arquería, lucha con espadas y combate mano-a-mano. Algunos eventos están abiertos a cualquiera que desee participar, otros están estrictamente reservados para nuestra gente. Usted ya conoce a los hombres, siempre están ansiosos por hacerse ver, es muy probable que haya apuestas abiertas para apoyar a los contendientes favoritos. Alguien se llevará la mayoría de los aplausos y las victorias, el Lord Alfa le ofrecerá un elogio y un premio. Es muy entretenido.

—Sir Camron no parece interesado en participar de los eventos.

—Solía hacerlo, cuando era más joven… ahora prefiere vender sus creaciones. Usted debe haber visto las espadas —Lady Sebreena se encogió de hombros, pero enseguida me regaló una sonrisa

ladina coronada por pequeños colmillos—. Mi hermano es muy bueno trabajando el platacero. Algunos Lores se han batido a duelo por una de sus piezas.

Sir Camron tenía una pequeña pero bella colección de armas, piezas de armadura y demás armamento de mano en su taller, es verdad. Ya estaba casi convencida de que no había nada en lo que no fuera bueno, desde ávido pensador a talentoso artista, capaz de resolver grandes problemas y también un herrero virtuoso… inteligente, tenaz, perseverante, y sobre todo, gentil y protector. Mi corazón empezó a aletear. No lo había visto usar una espada todavía, pero me figuraba que, si se había ido con el Joven Bredon a por una recompensa y luchado con tantos mercenarios como los que dijo recibiendo apenas una puñalada, debía ser un excelente guerrero también.

Era casi decepcionante que no tuviera interés en los torneos.

Una de las ruedas del carro pasó por un pozo y la cabina se sacudió. Al levantar la vista, por azar me encontré con Sir Camron a través de la ventana tintada, trotaba al lado del vehículo pero no demasiado cerca. La capa negra, desparramada sobre los flancos de su caballo, lo envolvía como un manto de oscuridad y hacía que su mirada de plata resaltara aún más.

Se suponía que cabalgaría al frente de la caravana del Clan Gris, con sus hermanos; verlo ahí me llenó de alegría.

Soltó las riendas un instante para señalar una pregunta. *¿Cómo se siente?*

Con una pequeña sonrisa, primero le hice un gesto con la mano abierta, dedos apuntando hacia arriba y el pulgar posado en el pecho, y luego me toqué la barbilla, también con la punta de los dedos. *Estoy bien, gracias*.

Él asintió una vez y obligó al caballo a dar la vuelta, para ir hacia la parte de atrás.

Algo cálido se esparció por mi pecho.

—Y para el último, ¡el tercer día es el más importante de todos! —decía mi cuñada, cuando parpadeé y volví a la conversación—. El Lord Alfa auspicia un festín llamado la Gran Reunión, sólo unos cuantos selectos son invitados a participar cada año. Nuestra familia

siempre tiene un lugar reservado porque Padre está en el Concejo Circular, es un ministro del Lord Alfa. Me parece que usted encontrará esa experiencia más bien… edificante, digamos. Que les elijan para la Primera Danza es muchísimo, hermana querida. ¡Fue usted tan afortunada de haberse casado antes que cualquier otra pareja! —Lady Sebreena parecía tan animada. Soltó un suspiro y se mordió el labio inferior con un colmillo, como si estuviera viviendo un sueño—. ¿Dónde era que iba? Ah, sí. Después del festín, apenas la luna se levante llena por última vez hasta el próximo ciclo, las Puertas Lunares se abrirán y nuestros hombres se reunirán para cazar. Con ellos fuera del camino, nosotras las Damas tendremos suficiente tiempo como para disfrutar de la tranquilidad y el chisme.

Lady Sebreena lo hacía sonar todo muy interesante y disfrutable. En mi experiencia personal, la vida en la corte no era más que otro deber que cumplir, especialmente desde que me volví la dama de compañía de mi madrastra. Las enseñanzas de mi institutriz, Madame McLevin, resultaron ser ciertas hasta el menor detalle: en muchas de esas eternas reuniones sociales pude ver de cerca las muchas caras de la codicia y el desprecio. Escuché las conversaciones más vacías y aprendí a cuidarme de los nobles. La nobleza en el Valle Ancho era notable por ser vana y narcisista. Competitiva. Envidiosa. A veces, no podía creer que mi padre hubiera luchado tanto para ser uno más dentro de ese triste montón.

Quizá yo era muy pequeña cuando sucedió, pero no podía recordar haber asistido nunca a un festival o una feria, o pasar el día en un festín que hubiera disfrutado.

Esa ya no era mi vida, y esta gente no era como los nobles del Valle Ancho.

Con un suspiro, agarré una de las manos de Lady Sebreena y entrelacé nuestros dedos.

—Le agradezco, ahora sé qué esperar.

Ella sonrió con picardía y abrazó mi brazo con más fuerza.

—Está preocupada por el baile, ¿no es así? —me preguntó, provocándome.

—Puede que haya pasado por mi mente.

—No se preocupe, como ya le dije, puede confiar en mí. Al atardecer, en lo que esperamos la cena, me ocuparé de que Camron y usted puedan practicar. Me aseguraré de que todo sea perfecto, tiene mi palabra.

El carruaje siguió avanzando y ella continuó hablando de ceremonias y festines, dándome más detalles sobre el protocolo y la gente que podría llegar a conocer. Poco de ello me entró en la cabeza, ya que mis preocupaciones iban en una dirección diferente. En aquel entonces no me paré a pensar en qué clase de arreglos se habían hecho para nuestra estancia en Whitehall; lo que me importaba era pasar un buen momento con mi esposo, compartiendo su cultura y su tiempo, y enorgullecerlo delante de su comunidad, o lo más cercano a eso.

26. Con dos Pies Izquierdos

La noche cayó sobre la larga caravana justo cuando entrábamos en la boca de las Tierras Más Altas, y por fin pude estirar las piernas después de un largo día a caballo. Antes de que el sol se pusiera del todo, los hombres ya habían preparado las tiendas para la noche, alistado los fuegos para cocinar una cena ligera y dispuesto asientos con árboles caídos, para disfrutar de la brisa y la vista encantadora del lago y la luna, casi llena. Más arriba en el camino, una serpiente de pequeñas fogatas y linternas revelaba la posición de los demás campamentos, adentrándose en lo profundo del bosque.

Aquellos serían los últimos días buenos que tendríamos. Pronto, la estación de tormentas estaría sobre nosotros y viajar se volvería peligroso, incluso dentro del valle.

Decidí ver si Lady Fay necesitaba algo, pero la encontré en la compañía de mi hermana y Madame Tessala. Estaban paradas delante de la tienda más grande, que le pertenecía a mi padre, y parecían discutir algo.

Cuando Madame me vio, chasqueó los dedos.

—¡Camron, muchacho! Ahí estás. ¡Ven, acércate!

Me acerqué y las saludé con una reverencia rápida.

—Mis Señoras.

—Estaba a punto de ir a por ti, hermano —Sebreena atacó rápido — Es hora de practicar la Primera Danza. Ya sabes, para la Gran Reunión del Lord Alfa.

Dibujó una sonrisa deslumbrante. Madame Tessala, vestida de rojo y con la cabeza y las orejas cargadas de oro como siempre,

tomó la mano de mi esposa con un gesto amoroso. La mirada de Lady Fay se fijó en mí, quizá esperando que la sacara de ahí.

Si ella supiera lo mucho que compartíamos el sentimiento. La herida de puñal en mi pierna aún no estaba del todo curada, pero supuse que soportaría un pequeño baile de práctica.

—Bien. ¿Aquí?

—Estaba pensando que dentro de la tienda. Lejos de los curiosos.

Resoplé con aprobación.

Había mucho espacio ahí dentro, quizá porque alguien se había tomado el trabajo de mover todos los muebles de lugar específicamente para un propósito. Sebreena lo había planeado todo, por supuesto. Para hacer las cosas más fáciles, me deshice de mis armas y ayudé a Lady Fay a quitarse la capa. Se veía preciosa en su vestido azul oscuro de escote cuadrado y mangas anchas (el corte que mejor le quedaba), ajustado al torso y la cintura… y sin embargo, estaba muy callada. Su aroma no podía esconder la dicha: me había equivocado, ella no quería escapar, había estado esperando aquel momento; y yo mentiría si decía que no estaba interesado también.

Mi hermana tomó control de la situación enseguida, trotó a nuestro alrededor describiendo la escena ideal y la música, nos empujó lejos del otro y se ocupó de posar nuestras manos hasta que estuvo satisfecha con el resultado. Lady Fay terminó a diez pasos de mí, sosteniéndose las faldas a los costados y con la cabeza apenas inclinada, mi deber era permanecer quieto con los pies juntos y las manos a la espalda.

Desde una esquina, con una expresión pensativa en sus ojos oscuros, Madame evaluaba.

—¡Bien, muy bien! —mi hermana se paró entre nosotros. Le habló a Lady Fay primero—. La música empezará y debe contar hasta diez antes de entrar. Lady Fay, usted será la primera. Representa a la luna, viajando por el cielo; mi hermano representará la tierra, siempre quieta y estoica, pero no por mucho tiempo. La luna dará vueltas en torno a la tierra en un círculo amplio, una vez, y

para cuando estén de nuevo frente a frente, ambos se inclinarán ante el otro y se acercarán, para tomarse las manos. ¿Entendido?

Lady Fay asintió. Sebreena dio unos pasos atrás para despejar el camino y empezó a aplaudir, imitando el ritmo de una melodía.

Después del décimo aplauso, mi esposa dio un paso al costado y se movió a mi alrededor, describiendo un círculo, cuidando de no tropezar con ningún mueble. Cruzaba un pie delante del otro para avanzar, siempre mirándome, moviendo las faldas de adelante hacia atrás. Cuando Lady Fay llegó a la posición inicial, se me acercó.

—Más cerca, Lady Fay. ¡Párese más cerca, sus pies deben tocarse!

De nuevo, ella obedeció, acercándose a mí tanto como pudo.

La pobre muchacha tuvo que echar la cabeza atrás para alcanzar mis ojos, sus mejillas se veían algo rojas. Podía oír el tierno galope de su corazón desde esa distancia.

—Ahora, las manos —ordenó mi hermana—. Camron, toma sus manos.

Esa vez yo le obedecí, sosteniendo los pequeños dedos de Lady Fay en mis palmas a la altura de su cintura.

Sebreena nos hizo repetir la secuencia por lo menos cinco veces, añadiendo pequeñas correcciones aquí y allá a la forma en que mi esposa se movía o cómo sacudía las faldas. Que la espalda bien derecha, que una sonrisa bonita, que la barbilla alta, que el pecho hacia fuera, que pasos firmes, esa clase de cosas. Todo el asunto empezó a molestarme a mí, y eso que no era yo el que se sometía al escrutinio.

Hasta entonces, Madame Tessala no había dicho nada. Sólo observaba.

—¡Muy bien! Ahora, deben prepararse para la danza misma.

Mi hermana empezó a corretear a nuestro alrededor de nuevo, arreglándonos la postura. Acabó con mi mano izquierda en el aire sosteniendo la derecha de Lady Fay, y mi mano derecha en su cintura mientras que el brazo izquierdo de Lady Fay permanecía estirado para que ella pudiera sostenerse de mi hombro. Estaba parada en puntas de pie para lograrlo, temblando en mi abrazo, pero

la Dama no se daría por vencida y ni siquiera se quejó. Su determinación para cumplir el objetivo era admirable.

Nuestras miradas se cruzaron. Ella me sonrió un poco, contenta.

Tomé aire profundamente otra vez, gozando del momento; el calor que irradiaba de su cuerpo, la suavidad de su aroma envolviéndome y el roce ocasional de su busto contra la pieza de cuero que me cubría el pecho. Acaricié despacio la curva de su cintura, apreté un poco los dedos que sostenía en mi palma. Lady Fay tragó con fuerza.

Si no fuera por mi hermana y Madame, lo hubiera disfrutado mucho más.

Sebreena nos interrumpió con otra letanía:

—Esta etapa se trata de la íntima relación entre la luna y la tierra, que resulta en el movimiento de las aguas. Deben moverse juntos, tan cercanos como el lecho y el río, fluyendo alrededor de la pista con la misma gracia. El piso del Gran Salón está decorado con un mosaico que describe las fases lunares, deberán asegurarse de pasar por cada insignia en lo que bailan, hasta completar el ciclo.

—Una vuelta. —gruñí.

—Tres, de hecho —me corrigió mi hermana—. Como ven, dibujé en la alfombra con tiza. Esas son las marcas a las que deben llegar. Esta parte del baile se desempeña como un vals, así que la Dama puede guiarte, les indicaré mis correcciones después. Estén preparados, ¡Por favor, escuchen y sigan el ritmo!

Empezó a batir las palmas de nuevo.

Mi esposa se enderezó, me miró a los ojos y asintió despacio. Le respondí del mismo modo. Mi conocimiento del vals era bastante limitado, pero la base era moverse en círculos evitando los pies de tu pareja. Parecía fácil. Ahí fue cuando todo empezó a desmoronarse; porque, verás, los bailes comunes no consideran a gente como yo, de proporciones desmesuradas, con pies más grandes y piernas más largas de lo normal, que necesitan más espacio.

Hice lo que pude para seguirla, pero no alcanzamos a dar una vuelta entera en torno al otro cuando pisé un pie de Lady Fay.

Ella gimió. Sebreena dejó de aplaudir, yo me quedé helado.

—¡Mis disculpas! ¿Está bien?

Se mordió el labio, evitando mi mirada, y asintió.

—Por favor, vuelvan al centro —nos urgió mi hermana. Volvió a aplaudir, más despacio en esa oportunidad—. Una vez más, escuchen con cuidado.

Lo intentamos y conseguimos completar un giro, aunque me mantuve algo rígido y con la cabeza gacha para vigilar nuestros pasos. Antes de que pudiéramos posicionarnos para empezar con el segundo giro, me paré de nuevo sobre el pie de Lady Fay. Esa vez ella tragó aire con fuerza, pero a juzgar por la forma en que me apretó la mano y se colgó de mi hombro, supe que la había lastimado bastante.

Eché las orejas hacia atrás, aplastándolas contra mi cabeza.

—Lo lamento muchísimo. —susurré, con un gañido bajito.

—Todo está bien.

—¡De nuevo, por favor! Al centro.

La voz de Sebreena agotaba mi paciencia más rápido con cada palabra.

—*¡Espera!* —ladré.

Lady Fay me arañó el hombro.

—Puedo seguir.

—¿Está *segura*?

—Sí, por favor.

—¿Podemos hacerlo de nuevo? —insistió mi hermana.

Con un resoplido de exasperación, le lancé una mirada amenazadora. Ella me devolvió el gesto.

Aquello no terminaría bien, lo sabía. Madame Tessala cambió de posición, se la veía un tanto incómoda. Lady Fay, sin embargo, tiró de mi mano con gentileza y me empujó a darle otra oportunidad. Sus grandes ojos azul oscuro me rogaron con tanta honestidad que no pude rehusarme, pero dentro de mi estómago el orgullo y la vergüenza seguían luchando. No quería hacerle daño, y no quería decepcionar a mi hermana. Al mismo tiempo, no quería estar allí. Era tan confuso.

Para entonces, estaba tan molesto que me ardían las encías.

Lo intentamos una vez más. Lo hice lo mejor que pude, concentrado en que se suponía que yo debía caminar hacia delante

y seguir a Lady Fay en lo que dábamos la vuelta para cerrar el círculo. Empezó, los primeros diez pasos fueron limpios y cuidadosos, pero la falda estaba en mi camino y me perdí enseguida, otra vez antes de llegar a la primera marca en la alfombra. Trastabillé para evitar uno de sus pies. Ella se tropezó. Sostuve a Lady Fay por la cintura, pero no dejamos de avanzar y al final, inevitablemente, volví a pisarle el pie. Gruñí y me retiré, echándome maldiciones a mí mismo.

De inmediato me agaché para inspeccionar la lesión de mi esposa. Ella perdió el equilibrio y se apuró a agarrarse de mí para mantenerse erguida, con la mano apoyada en mi cabeza, entre mis orejas. Le saqué el zapato y le hice un masaje en el pie. Podía escuchar el dolor en su respiración.

Lady Fay estaba lastimada, y era mi culpa.

La gota que derramó el vaso vino de mi hermana:

—¡Esto es terrible! —murmuró, sorprendida—. ¿Cómo es que puedes blandir una espada con tanta habilidad y fineza, pero no puedes bailar ni para salvar tu vida?

No pedí tener público, señalé, cortante.

—Sólo somos Madame y yo, deja de quejarte.

—Ella no es demasiado baja, pero él es demasiado alto —dijo Madame Tessala, en lo que se nos acercaba—. Lady Fay intenta sostenerse de él, pero para llegar debe pararse de puntillas y así su posición es inestable. Él no puede doblarse, porque compromete su habilidad para moverse con gracia y soltura. Quizá podemos permitir una modificación a la postura, para ayudar a los bailarines.

Volví a ponerle el zapato a mi esposa y me erguí, cauteloso por instinto.

Pidiendo permiso con una mirada cálida, Madame tomó la mano izquierda de Lady Fay y la llevó hacia la curva de mi codo, mientras yo le sostenía la cintura. De ese modo, ella tenía los dos talones en el piso, bien plantados.

—Eso debería bastar.

Parecía más cómodo, sí. Pero yo ya no estaba de humor.

Especialmente, no con mi hermana presionándonos tanto.

—Escucha, ¡piensa en ella como tu enemigo! —Sebreena invadió mi espacio para casi ladrarme a la cara—. ¡Para eliminar a tu enemigo, debes mantenerlo cerca! ¡Eso es todo lo que debes hacer! ¡Bailar es como luchar con espadas! Si puedes evitar un sablazo, entonces puedes evitar aplastarle un pie.

¿Acaso no ves que la he lastimado? Respondí, en señas furiosas.

Haría cualquier cosa para ver a Sebreena sonreír, pero aquello me ponía de los nervios.

Ella frunció el ceño e insistió:

—¡El festín será dentro de tres noches! ¡Deben practicar!

Rara vez nos encontrábamos en lados opuestos de una discusión. Un gruñido amenazante brotó de mi garganta, mi hocico se cubrió de arrugas y mis colmillos quedaron al descubierto. Aunque mi sombra la cubría, mi hermana se plantó y me respondió de la misma manera, mostrándome sus propios dientes afilados. Nunca la lastimaría adrede, pero esperaba que la demostración de fuerza fuera suficiente para que entendiera y nos dejara en paz, para bien.

—Lady Sebreena —interrumpió Lady Fay, alzando la voz—. Quizá debamos capitular por esta noche. Fue un día largo y agotador para todos.

Su tono firme pero educado hizo que mis orejas temblaran.

La Dama imponía respeto, fuera una de los nuestros o no. Me eché para atrás. Mi hermana no estaba acostumbrada a que la regañaran, claro, pero aunque quiso articular una respuesta al mismo nivel, al final cerró la boca y suspiró.

—Me disculpo, no era mi intención convertirme en una déspota —dijo, contrita—. ¡Se lo aseguro, no deseo nada más que su éxito! ¡Por favor, perdóneme, hermana!

Sebreena se apresuró a tomar las dos manos de Lady Fay, sus ojos brillaban con lágrimas. Por lo menos, su desesperación era genuina. A pesar de ser tan joven, mi hermana sabía cómo comandar a su gente, el problema era que esperaba perfección en todas partes.

Lady Fay eligió la diplomacia:

—Todo está bien; como dije, estamos cansados y hambrientos. Podemos practicar en otro momento.

—¡Claro, por supuesto! —Sebreena asintió, luego me miró—. Hermano, no…

—*Quiero comer*. —gruñí, y salí de la tienda de campaña renqueando un poquito.

Para cuando llegué al puesto de cocina y recibí una ración de estofado de venado, mi humor se había aplacado bastante. Busqué un lugar solitario y tranquilo para pasar un rato en paz en compañía de mi comida y mis pensamientos, y lo hallé entre un apretado conjunto de árboles, cerca del borde del acantilado y bastante lejos del campamento. Bajo la luz de la luna, las aguas quietas del lago brillaban con un resplandor plateado que no sólo me trajo una paz mucho más profunda, sino que me hizo desear que Lady Fay estuviera allí conmigo para verlo.

Empecé a comer, paleando cucharada tras cucharada de estofado hacia mi boca.

Hablando de mi esposa, reconocí sus pasos cautelosos en lo que se me acercaba, y luego su voz suave cuando me habló:

—Olvidó sus armas, Sir Camron.

Mis ojos la siguieron mientras ella caminaba alrededor de la roca en la que me había sentado, puso la espada envainada y la daga en el pasto, ante mí. Se quedó ahí parada, bloqueándome la vista y con un tazón de estofado en la mano. Una vez más, mi mirada subió por todo su cuerpo hasta encontrarle el rostro, se la veía seria.

—¿Puedo sentarme con usted?

De inmediato me hice a un lado y recogí la capa. Ella sonrió un poquito y tomó asiento en la piedra, lo bastante cerca como para que su vestido se derramara sobre mi muslo.

Una vez que ella estuvo cómoda, extendí la capa sobre sus hombros para mantenernos tibios a los dos. Se quedó tiesa por un instante, pero no rechazó la gentileza inusitada. Tampoco lo hice por gentileza; fue mi primer instinto en cuanto su dulce aroma llegó a mí: sentí una necesidad irresistible de acapararlo.

—Muchas gracias.

Empezó a comer, en silencio, yo recogí lo que me quedaba de estofado y lamí la cuchara.

—El lago se ve hermoso por la noche.

Le ofrecí mi simpatía con un bufido.

—Está molesto, lo entiendo.

—No es con usted.

—Lo sé. Ya no me duele el pie, así que olvídese de eso, por favor —ella suspiró—. Estoy más preocupada por su pierna, ¿se ha hecho daño?

Me tragué un gruñido que terminó retumbándome dentro del pecho.

—No estaba exagerando cuando dijo que no conocía la danza.

—Mis disculpas. —mascullé, y se me cayeron las orejas.

—Pensé que dijimos que no habría más disculpas.

Quizá mantener la boca cerrada era una mejor opción.

Consideré lamer el tazón hasta limpiarlo, pero, teniendo en cuenta la compañía, decidí no hacerlo. Contemplé el lago mientras Lady Fay terminaba con su cena, se tomó su tiempo para saborear el estofado y dejar que mi cabeza se enfriara. Luego sacó dos bizcochos dulces de un bolsillo y me ofreció uno. Compartimos el postre en silencio, estaba crujiente y seco pero muy rico.

La buena comida era más que una debilidad para mí.

Lady Fay se dejó caer contra mí, apoyando la cabeza en mi brazo.

—Estoy muy de acuerdo con usted en que un público es lo último que necesitamos en este momento —me dijo, evidentemente tratando con todas sus fuerzas de elegir las palabras más neutrales que se le pudieran ocurrir—. Estaba pensando que, quizás, podríamos practicar a solas en su tienda, más tarde. Puedo enseñarle lo básico de un vals.

Respondí con un resoplido irónico.

—Usted puede hacer lo que sea, Sir Camron. Esto no tiene importancia.

—No es lo que mi *hermana cree*.

—Lo entiendo, pero no es ella quien bailará ante sus pares. Este asunto nos concierne sólo a usted y a mí, ¿no es así?

Aquello era culpa mía, completamente. Nunca aprendí los bailes de las parejas porque, en lo más profundo, estaba convencido de que jamás me casaría; y aun así había visto más de una docena de

Primeras Danzas en mi vida. No es que no supiera cómo se hacía, es que me parecía horrible. Lo que más me disgustaba del asunto era la seriedad con la que todos se lo tomaban. Algunas parejas tenían mucha gracia y lo hacían a la perfección, otras lo hacían lo mejor que les salía. Había una ilusión de santidad en torno a ese ritual sin sentido, y no hace falta que lo diga, pero la obsesión de mi hermana con el tema me volvía loco.

Adoraba hacer feliz a mi hermana y no me importaba lo que se dijera de mí, pero no quería que nadie hablara mal de Lady Fay. No quería avergonzarla más. Ella ya parecía desencantada, y casi me partió el corazón.

Nuestro baile debía impresionar. No impresionaríamos a nadie dando vueltas por el Gran Salón y pisándonos los pies como dos tontos sin gracia. Ella era pequeña y ágil donde yo era muy alto y tosco, pero tenía mucha fuerza y…

Y quizá esa era nuestra ventaja.

El primer boceto de un plan controvertido empezó a formarse en mi mente. Pero, ¿acaso no fue Nafasi el que me sugirió ser más asertivo y que me atreviera a probar cosas nuevas?

—Mi Señora —empecé—. ¿Confía en mí?

Ella volvió la cabeza con rapidez y se quedó mirándome con ojos llenos de sospecha. La luz de la luna suavizó sus facciones, volviéndola el doble de inocente y pura.

Unos pocos latidos después, me respondió:

—Confío en su juicio.

Considerada, no muy comprometida. Me bastaba.

—Usted dijo que puede *bailar* un vals, ¿sí?

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—¿*Cabalgaría* conmigo mañana, *para entrar* al Castillo Whitehall?

Lady Fay frunció el ceño.

—Claro, por supuesto, pero… ¿qué tiene eso que ver con valses?

—Necesito *privacidad*. *Quiero compartir* una idea con usted.

Hizo una pausa, todavía observándome.

—¿Qué clase de idea?

—Una *escandalosa*.

Mi esposa parecía perpleja, quizá algo asustada. No pude evitarlo y le sonreí, mostrando los colmillos.

27. Sólo había Una Cama

Pensé que quería que montara a Rowan y trotáramos al lado del otro para entrar al Castillo Whitehall, pero no: Sir Camron me puso delante de sí, segura entre sus brazos, y *cabalgamos juntos* en su semental, Estampida. Era casi la puesta del sol del día siguiente cuando la comitiva por fin llegó a las afueras de las tierras del Clan Blanco, y casi noche cerrada cuando entramos a la ciudad misma.

Esa no era la idea escandalosa, no.

Lo que me propuso fue algo mucho más radical, y aunque me sentía dispuesta a apoyarle en sus emprendimientos, algo de lo que dijo me sacudió por dentro. Me susurró al oído, con entusiasmo y cierta malicia, mientras el caballo se pavoneaba a través de un puente ancho sobre un profundo abismo y por debajo de los barbacanes de las murallas exteriores. Siguió explicándome en lo que la bestia seguía los carruajes y subía la rampa para pasar debajo de una enorme casa de guardia que nos llevó hacia el primero de los cinco anillos-distrito, el corazón de la Ciudadela Plateada.

Le rogué que me diera tiempo para pensar, preocupada por el giro de los acontecimientos.

La vista pronto quedó bloqueada por antiguos parapetos, edificios y torres, así que me concentré en el castillo mismo, adornado con muchas linternas al final de una larga cuesta arriba.

Cuando la voz de Sir Camron se desvaneció, el sonido de cientos de cascos me llenó los oídos. Una multitud nos esperaba, mil voces que nos alentaban, cantaban y agitaban banderas desde las almenas.

El Clan Gris había llegado, y la ciudad parecía estallar.

Después de una larga cabalgata por los cinco distritos, la procesión por fin llegó al patio principal del Castillo Whitehall, donde varias personas ricamente vestidas esperaban junto a un grupo de doncellas y pajes. Alguien tomó las riendas de Estampida y sostuvo a la bestia. Sir Camron desmontó primero. Mi suegro y sus hijos mayores ya se encontraban en la escalinata de piedra hablando con una pareja mayor, ambos iban vestidos de blanco y negro. Ella se veía madura pero regia en su postura, él parecía ser décadas más viejo.

Pronto me encontré otra vez de pie en el suelo, pero me mantuve cerca de la espalda de mi esposo con cuidado de no perderme entre tantos extraños tan distinguidos.

Una voz masculina muy particular nos llamó desde atrás:

—¡Sir Camron! ¡Por aquí!

Los dos nos volvimos a ver. Sir Camron me acercó un poco más a su cuerpo.

El hombre que nos habló primero era joven, quizá apenas mayor que yo, de claros ojos azules, pálido y de piel muy fina, con el cabello cenizo y una sonrisa atractiva plagada de colmillos afilados. Iba de pantalones negros y botas impecables, con un gambesón blanco, algo de armadura ligera y una lujosa capa blanca alrededor de sus fuertes hombros. Muy elegante y apuesto, sí. Alto, pero, por supuesto, nunca tan alto como mi esposo.

Estiró la mano hacia Sir Camron, a lo que éste respondió bajando un poco la cabeza y tomó al otro hombre por la muñeca en un saludo fuerte.

—Mi Señor. —gruñó.

—Bienvenido a las festividades, Sir Camron —el hombre me dedicó apenas una mirada, ya que yo estaba semi-escondida detrás de mi esposo. Justo cuando iba a apartar la vista, se volvió hacia mí con rapidez y abrió mucho los ojos—. ¡Y sea bienvenida usted también! Debe ser Lady Fay.

Como si Sir Camron se hubiera desvanecido en el aire, el hombre rompió el saludo y me ofreció la mano a mí. Con una sonrisa respetuosa, apoyé los dedos en su palma y aguanté aquel escrutinio

sospechosamente encantador en lo que él se inclinaba para darme un beso cortés.

Tenía algunos callos en la piel, seguro fruto del entrenamiento marcial o el combate.

—Mi Señora, usted es parte por parte tan bella como me dijeron; y los rumores se quedan cortos, me duele decirlo —me apretó un poquito los dedos—. Qué placer poder conocerla en persona por fin.

Mi esposo resopló por lo bajo. Luego, sentí su pesada zarpa enguantada sobre mi hombro izquierdo. Carraspeé.

—Le ruego me perdone, mi Señor, pero no lo conozco.

—Soy Areksandir de las Garras Veloces, hijo de Maksim de la Mirada Radiante.

Su nombre me sonaba familiar, pero…

—Mi Señor —interrumpió Sir Camron, con un gruñidito esa vez—. Fue un *largo* viaje.

—Pero, ¡claro! ¡Mil disculpas! —el Lord se rio un poquito y alargó el otro brazo hacia las doncellas paradas en los escalones de piedra, detrás de él—. Ellas están a cargo de su servicio y lo saben todo acerca de su alojamiento. Síganlas, y por favor, disfruten a nuestra costa. El Castillo Whitehall es la casa de todos.

Recuperé mi mano e hice una breve reverencia. Antes de que pudiera preguntar qué venía a continuación, sin embargo, Lady Sebreena apareció de la nada y me apretó el brazo entre los suyos.

—¿Ya sabe en qué piso se va a hospedar, hermana?" me preguntó, despreocupada.

Ahí mismo mi cuñada se dio cuenta de que Sir Camron y yo hablábamos con alguien más, y tras barrerlo con una mirada asertiva de arriba abajo, ella saludó al Lord en la lengualoba. Lord Areksandir torció la cabeza hacia un lado, apenas, como un cachorro curioso, y respondió algo. Entonces, *yo misma me sentí como si hubiera desaparecido de repente*.

Su tono hizo que me bajara algo frío por la espalda. No de mala manera, fue…

¿*Provocador*, quizás?

Lord Areksandir dibujó una sonrisa sinvergüenza, pero la magia se rompió enseguida: Sir Camron me empujó suavemente por el

hombro para recordarme que las doncellas esperaban. Lady Sebreena también tiró de mi brazo.

Encontré los ojos de mi esposo. Su ceño fruncido se relajó.

—Vaya con ella. La *veré* luego.

—Lo veré luego, entonces. —asentí.

La Dama y yo nos entregamos a las trabajadoras del castillo.

El almizcle de Sir Camron, impregnado en sus ropas, quedó también en las mías hasta que tuve la oportunidad de bañarme.

*****

—¿Son de su agrado los aposentos, mi Señora?

La doncella vestida de negro hablaba la lenguaplana, se veía seria pero educada.

—Sí, todo es maravilloso, muchas gracias. —le sonreí.

Ella se inclinó, abriendo sus faldas hacia los costados.

Con la ayuda de Lady Sebreena y sus dotes sociales, navegamos la multitud y logramos encontrar nuestras habitaciones. Una torre completa del magnífico Castillo Whitehall se había reservado para los miembros de mayor rango dentro del Clan Gris, mientras que el resto se alojaría fuera de la ciudad en un pabellón especial. Seguimos a nuestras guías en lo que ellas nos presentaron nuestros respectivos cuartos y las distintas comodidades disponibles.

No sabía qué esperar, pero sin duda no era todo ese lujo.

La habitación por sí misma era más grande que muchas casas de campo, tenía tres ventanas delgadas y altas con cortinas pesadas en la pared más alejada que daba hacia la Ciudadela, y una magnífica chimenea de piedra con la cabeza de un lobo tallada en el frente. Estaba muy bien amoblado, con una enorme cama de cuatro postes con cortinas de seda muy delgada, una pesada bañera de cobre, un rincón especial cerrado con pantallas de madera decoradas para cambiarse de ropa, una mesa grande de madera negra y seis finas sillas, dos sillones largos bien acolchados y hermosas alfombras, por todas partes. Más candelabros de plata y velas de las que podía contar. Y los tapices, había algunos tapices muy coloridos colgando

de las paredes de piedra. El aire olía a frutas y miel, todo parecía muy limpio.

Se encontraba en el quinto piso de la torre. Quizá no muy conveniente, pero, ¿quién era yo para quejarme?

—¿Dónde se hospedará mi esposo?

La doncella me miró, confusa.

—Estas habitaciones están reservadas para ambos.

—Ya veo. —respondí, tras carraspear.

Cuatro hombres entraron, cargando uno de los baúles de Sir Camron y el mío, y los pusieron juntos al pie de la cama. Los jóvenes salieron enseguida, saludándome con ligeros asentimientos de la cabeza.

—¿Pasa algo malo, mi Señora?

Dejé de retorcerme los dedos, al instante.

—No, claro que no. Todo es fantástico.

—Volveré con agua para su baño en un momento.

—Muchas gracias, nuevamente. ¿Cuál es su nombre?

—Lesma, mi Señora.

—¿Joven o Madame?

—No estoy casada. —ella sonrió.

—Un placer, Joven Lesma. Yo soy Fay, esposa de Sir Camron de los Ojos Plateados.

Ella me hizo otra reverencia, ensanchando su sonrisa.

—Oh, estoy muy al tanto de quién es usted, mi Señora. Me han indicado que siga todas sus órdenes; lo que necesite, por favor pídalo. Me alojo con las otras doncellas asignadas a su casa, tenemos una habitación al final del pasillo.

La joven se fue y cerró la puerta tras de sí, dejándome sola con mis pensamientos.

Miré la enorme cama de nuevo, preocupada.

¿Por qué me ponía tan nerviosa? Sir Camron había compartido una habitación y una cama conmigo antes, la noche de aquella espantosa tormenta cuando hizo de todo para consolarme y reconfortarme. Pero, justo como sucedía con aquella tormenta y la que había soportado en el carruaje, cuando viajaba desde el Valle Ancho a mi nuevo hogar, *no se trataba de lo mismo*. Compartir una

cama con él en un espacio tan idílico, en tales circunstancias, era un asunto totalmente distinto.

Me sentí ridícula.

Sir Camron era un caballero del valle y vivía según el Código. Podía recordar su carta casi palabra por palabra y las promesas que me hizo; no me tocaría de ninguna manera que yo no le permitiera. Tenía que dejar de temerle tanto a cualquier forma de intimidad con él.

Ahí estaba de nuevo, ese pinchazo de decepción.

Me desvestí y me preparé para bañarme, no me quedaba mucho más por hacer.

*****

Me tomó un tiempo arreglar el alojamiento de Estampida y asegurar el almacenamiento de mis baúles. Una reunión obligatoria con Padre y mis hermanos me quitó aún más tiempo. Era pasada la hora de la cena cuando terminé con todo y la jefa de doncellas me explicó donde se encontraban mis aposentos. No deseaba nada más que una cama y quizá algo de comer. Pero antes, hice una parada en los baños públicos y me aseguré de cepillarme muy bien y cambiarme los vendajes.

Después de pasar dos días en el camino durmiendo vestido, y en medio del cambio de pelo de primavera, me sentía sucio y oloroso, ya no lo aguantaba más. Recolecté lo que parecía ser media libra de pelo descartado, y habría mucho más en los días por venir. Una molestia absoluta. Si pudiera cambiar a mi forma humana, no tendría que preocuparme por ello porque todo el pelo se me caería de una vez.

Cuando estuve bien limpio y contento, fui a la habitación.

Simplemente entré, sabía que ella estaba adentro. Lady Fay se había sentado a la mesa, pero se levantó enseguida para recibirme; su largo cabello negro estaba mojado, llevaba su camisón blanco y un abrigo ligero, su atuendo regular de dormir. La puerta se cerró detrás de mí.

—Sir Camron, bienvenido.

—Me *esperó*. —murmuré.

Lady Fay asintió, manteniendo las manos juntas sobre su estómago.

—No sabía cuándo volvería, así que pedí una cena de platos fríos —señaló con un brazo hacia la mesa, donde había una bandeja grande servida con todo tipo de delicias que ella no había tocado—. ¿Se va a bañar, primero?

—Ya lo hice.

—Entonces, por favor, coma conmigo.

El cuarto olía extraño. No eran las velas grasientas ni la ropa de cama, o las alfombras, era la piedra misma. El Castillo Whitehall tenía un olor feo y antiguo que ofendía mi nariz. El aroma propio de Lady Fay y de la comida lo hacían un poco más llevadero.

Nos sentamos juntos, ella a la cabecera de la mesa y yo elegí la silla más cercana, y empezamos a comer. Se trataba de una bandeja de carnes saladas, salchichas, vegetales en vinagre, queso, aceitunas y pan fresco, con aguamiel para beber. No me gusta el aguamiel, pero mi madre me había enseñado que era de mala educación quejarse de la hospitalidad en casa ajena. Dejé a un lado los cubiertos y la Dama hizo lo mismo. Un silencio pesado se asentó entre nosotros, lo bastante inusual como para que intentara encontrar la causa en la mirada de mi esposa. ¿Estaba insatisfecha con el hospedaje? ¿Decepcionada? ¿Cansada?

Para cuando terminamos la bandeja, la respuesta se presentó sola.

—La doncella dijo que estos aposentos son para los dos. —comentó, suavemente.

Maldita sea. Me había olvidado de decirle que nos alojarían juntos. Quizá una parte de mí dio por sentado que ella lo asumiría.

—Si le molesta…

—Para nada —me interrumpió enseguida—. Creo que es perfecto.

—¿Perfecto?

No era la palabra que yo hubiera usado, pero…

—Oh, sí. Nos dará la privacidad necesaria *para refinar los detalles de su idea* —mordió la última aceituna, aunque evadió mi mirada—.

Ya sabe, la escandalosa.

Por instinto, torcí la cabeza hacia un lado.

—¿Acepta, entonces?

—Me doy cuenta de que romper con las tradiciones no es la mejor manera de dar una buena impresión a sus ancianos, pero me encuentro intrigada. Creo que usted no lo hubiera ofrecido si no tuviera un buen plan en mente.

Si era un buen plan o no, eso estaba por verse.

Me eché hacia atrás en la silla, demasiado pequeña para mí pero lo bastante fuerte como para soportar mi peso, y estiré la pierna herida.

—Creo que deberíamos seguir adelante con ello, Sir Camron. —ella asintió, confiada.

Unos insectos extraños empezaron a aletearme dentro del estómago.

Asentí, con un resoplido contento.

—No se olvide de su hermana. Ella esperará que volvamos a practicar la danza juntos.

—No lo *haremos*.

—Lo sé, pero no debería dejarla de lado así. Quizá yo pueda negociar con ella.

—¿Cómo?

—Lady Sebreena se ofreció a darme consejos para vestirme durante las celebraciones, y no puedo negar que ella tiene un gusto exquisito. No deseo cortar el contacto con la Dama, ni quiero ofenderla o entristecerla. Me rompería el corazón si terminara herida por algo tan trivial.

Volví a asentir, me parecía justo. Yo tampoco quería lastimar a Sebreena, pero no podía seguir con el plan si ella se involucraba.

Míranos, nada más. Urdiendo planes y estrategias juntos. Sonreí de lado.

Lady Fay me sonrió de vuelta.

—Por favor, déjelo en mis manos. Yo hablaré con ella mañana.

—Sea —dije, firme—. Mañana. Debe *descansar, ahora*.

—Usted también.

—Quédese con la cama. —le ofrecí, y me puse de pie.

Caminé hasta el sillón y lo examiné. Si es que cabía en él, estaría incómodo y apretujado, pero tendría que bastar. Me senté entre los almohadones tiré de una de mis botas, demasiado distraído como para notar que ella se me acercaba por detrás. Di un salto cuando Lady Fay me tocó el hombro.

—No me molesta si quiere recostarse en la cama también, Sir Camron. Es lo bastante grande para los dos.

No me perdí el ligero temblor de su voz.

Prestando atención a su olor, logré confirmar que la idea le asustaba, pero también me alivió entender que estaba dispuesta a comprometerse. Bendita fuera su valentía. Lo pensé por un instante, quizá demasiado abrumado para tomar una decisión más adecuada.

—¿Está *segura*? —gruñí.

—Lo estoy. Por favor, usted necesita una buena noche de descanso.

Me tomó unos latidos más decidir.

Acabé por aceptar, sabiendo que una buena noche de descanso sería lo último que tendría.

28. Las Paredes en nuestro Interior

Ni bien Sir Camron apagó todas las velas, mis sentidos se afilaron. No podía verlo en la oscuridad, pero escuché la tela deslizándose sobre su cuerpo cuando se desvistió, pude oler su almizcle cuando se acercó a la cama, sentí la madera crujir cuando por fin se recostó. Resopló, gruñó y arañó. No me tocó, pero su calor estaba justo a mi lado. Aquella cama pudo haber tenido una legua de ancho y yo aún lo hubiera percibido, mi piel y mi camisón se habían vuelto tan delgados que hasta el estímulo más imperceptible me afectó.

Mi corazón latía con tal fuerza que él probablemente tampoco podía ignorarlo.

Pero, al contrario de lo que creí, compartir el lecho con mi esposo no me quitó el sueño. Estoy segura de que me quedé mirando al vacío por mucho tiempo, atenta a cada pequeña variación en su aliento, y a pesar de ello la noche se estiró y mi cuerpo se hundió en el colchón, mis párpados se volvieron pesados. El miedo y la incomodidad pronto se desvanecieron. Saber que Sir Camron estaba ahí, justo detrás de mí, se convirtió más bien una garantía de seguridad que una fuente de preocupación.

Los sonidos apagados del castillo me arrullaron. Mis ojos empezaron a cerrarse…

*****

Rodé para enfrentarme a una mañana soleada y una cama vacía.

Sir Camron se había ido.

Años de vivir en una casa habitada por huéspedes indeseados y familiares miserables me habían enseñado a dormir con un ojo abierto, así que me sorprendió mucho que él no sólo hubiera logrado abandonar la cama sin que me diera cuenta, sino que se vistió y hasta buscó entre sus cosas. Su baúl estaba abierto y, sin duda, faltaba algo en el interior.

No sé qué esperaba, pero por supuesto que no era el desencanto que me invadió.

¿Y qué, exactamente, era tan insatisfactorio? ¿Qué pretendía que sucediera?

Alguien golpeó la puerta. Casi di un salto.

—Mi Señora, buen día. Es Lesma, le traigo té.

—Entre, por favor.

La doncella se metió, llevando una pequeña bandeja con una tetera de plata, una taza y un gran rollo de miel. Puso todo sobre la mesa y se volvió hacia mí, con una sonrisa suave, para hacerme una breve reverencia.

—Buen día, Joven Lesma.

—Sir Camron me sugirió que le trajera la comida de la mañana al cuarto.

—Gracias, pero… ¿dónde está él?

—Dejó un mensaje: Sir Camron debe atender a una reunión con el Lord Alfa y su concejo. Debería regresar antes de la comida del mediodía. Mientras tanto, usted está invitada a pasar el día en compañía de su familia; el Clan Gris se reunirá en el pabellón, fuera de los muros de la ciudad. Él dijo que sería una buena oportunidad para que usted conozca al resto de los suyos. Se le unirá apenas le sea posible.

—Ya veo. —me senté en la cama, desanimada.

Por supuesto que él tenía cosas que hacer. Debí haber pensado en eso.

La Joven Lesma sirvió el té.

—¿Necesita ayuda para vestirse, mi Señora?

Los nuevos vestidos que había empacado para el viaje eran más elegantes y complejos que los que solía usar en casa, con lacitos intrincados y ganchos escondidos en pliegues secretos, para ajustar

mejor. Y muchas capas, muchísimas. Podía vestirme sola, pero no haría un buen trabajo.

—Sí, sería fantástico si lo hicieras.

Tomé la taza de sus manos, aún algo reacia. La doncella parecía una buena chica.

Bueno, no podía pasar ahí todo el día. Sir Camron y yo nos habíamos puesto de acuerdo en un plan y yo tenía un papel que jugar respecto de su hermana.

Me apuré a terminar mi comida, luego la Joven Lesma me ayudó con los ropajes. Elegí una camisa de lino blanco, un sencillo vestido negro y una sobrevesta de tartán azul para complementar, pegados a la parte superior del cuerpo. Un modesto cinturón de cuero a la cintura, para llevar un pequeño morral, y una fina capa negra con un precioso bordado de hilo dorado en los bordes. Completé el atuendo con unas zapatillas de cuero y decidí llevar el cabello suelto ese día, con dos pequeñas trenzas que se unían detrás de mi cabeza y se fusionaban en una. Con el añadido de un sencillo pendiente de plata, consideré que estaba presentable y lista para salir.

La doncella me llevó por toda la torre y a través de una larga sección del Castillo Whitehall hasta llegar al patio principal y la casa de la guardia. Varios hombres de clarísimo pelo rubio esperaban en fila, vestidos con gambesones negros y blancos y llevando armadura parcial. El emblema grabado en sus corazas era la cabeza de un lobo sobre dos cetros cruzados, con una corona flotando por encima. La bestia sostenía una serpiente enroscada en su boca.

La Joven Lesma les habló con las palabras duras de la lengualoba. Había mucha actividad, y debo admitir que la vista era magnífica. Whitehall era un edificio deslumbrante, tanto por dentro como por fuera. Desde sus torres blancas de aristas afiladas, los amplios espacios y las grandes entradas en forma de arco al intrincado diseño de sus parapetos y la disposición de sus defensas. Era antiquísimo, elegante, de piedra clara y calada por los elementos, manchada, pero con la gloria intacta. Por lo que podía distinguir, el castillo mismo era varias veces más grande que Crescent Hall, y además tenía una ciudad a su alrededor. Miles debían de vivir en la zona aledaña.

No me perdí, tampoco, de los muchos ojos de diferentes colores que se fijaban en mí con curiosidad. Hombres y mujeres de complexión pálida y cabello rojo, otros con ojos oscuros y cabelleras rubias como la miel. Distinguí también algunas cabezas de tono cenizo. Los estilos, decoraciones y colorido de sus finos vestuarios variaba mucho; muchas culturas distintas habían decidido convergir en el mismo lugar. El libro de historias quizá era viejo y estaba mal traducido en algunas partes, pero los cuentos sobre las Grandes Casas Lobas eran encantadores.

En lugar de abrumarme, la concentración de extraños sólo *avivaba* mi interés.

No podía esperar a que empezaran las festividades.

*****

Sólo podías pararte ante el Concejo Circular por dos razones: o tenían asuntos contigo, o te iban a juzgar.

Me mandaron a llamar dos veces en la vida: la primera, para recibir un reconocimiento después de alzarme con la victoria en un desafío, y no mucho tiempo después de eso, para ordenarme caballero. Aquel día, el Concejo me había otorgado una audiencia para que pudiera darles una presentación detallada sobre mi plan para prevenir las inundaciones en el extremo más bajo del valle. Con Madame Tessala como mi intérprete y la Gran Biblioteca del Castillo Whitehall como nuestro auditorio, los Ministros y yo nos paramos alrededor de aquella enorme mesa-mapa que había copiado para hacer la mía. El salón vacío nos hacía a todos igualmente pequeños bajo su techo inalcanzable, definidos tan sólo por los colores de nuestros tabardos y las insignias.

El Concejo, de hecho, no estaba compuesto estrictamente por ancianos. Más allá de unos pocos miembros del pueblo ordinario, hablaría para el Lord Alfa y sus dos hijos, Lord Radomyr del Corazón Bravo y Lord Areksandir de las Garras Veloces, mi padre y mis hermanos Rothfern y Kenley, Lord Hamish de los Brazos Fuertes (cabeza del Clan Rojo) y su heredero, Lord Fjall de la Vista Larga, y

Lord Cynric del Aullido Profundo (jefe del Clan Dorado) y su hijo mayor, Lord Joran de la Mordida Formidable.

Presenté mis papeles y mis paneles de vidrio sobre la mesa, para ilustrar mejor la propuesta. Hablé con las manos, usando el lenguaje que me daba más confianza. Madame hizo el favor de llevar mi voz a la audiencia. Usé más o menos las mismas palabras que había compartido con Lady Fay cuando le expliqué la situación y mis ideas, expandiendo sobre los temas que requerían más detalle. Hubo preguntas, por supuesto, muchas preguntas. El Clan Rojo parecía preocupado por mis sugerencias (porque el plan dependía mucho de su habilidad para cavar y manejar una construcción), el Clan Dorado tenía sus reparos en el tema del costo (porque el Clan Gris estaba en la cuerda floja haciéndose cargo de la construcción de la nueva puerta y los caminos cerca de Crescent Hall). El Lord Alfa, ya bastante viejo y agotado, se apoyaba mucho en el criterio de sus hijos. Lord Areksandir fue especialmente insistente, era joven pero se le notaba ávido de probarse bajo la mirada vigilante de su hermano mayor. Insistente al punto de resultar casi *molesto*. Pero él no me conocía tan bien como su padre, así que hice todo lo posible por despejar sus dudas.

Padre y mis hermanos, por otro lado, estaban determinados a apoyarme. Me dieron el resto de la confianza que me faltaba para mantenerme firme y defender mi trabajo.

Si lo pensaba como una batalla, fue más extenuante para mi mente que los doce días que pasé lejos de casa persiguiendo aquella recompensa. Las grandes campanas de Whitehall tañeron dos veces desde el principio de mi presentación hasta su mero final, y Madame Tessala tradujo mis signos hasta que su voz quedó más ronca de lo usual.

El Concejo se quedó en silencio por un momento apenas terminé.

Lord Radomyr fue el primero en hablar, en la lenguaplana:

—Muy bien. ¿Alguien tiene alguna objeción?

Mis ojos pasaron por todos los rostros augustos alineados detrás de la mesa-mapa, con esperanza. Fui lo más detallista y convincente que pude. La mayoría de lo que dije podía sonar como un sinsentido

para los extraños. No soy el dueño de la verdad, claro, pero estaba bastante seguro de que mis dibujos y mis cálculos eran correctos.

—Sugiero que esperemos hasta el final de las festividades, mi Señor —dijo Lord Cynric, el más mesurado—. Después de todo, no se hará ningún trabajo hasta que no termine la Primera Cacería, bien podemos discutir todo esto con el resto de nuestros clanes y reunirnos de nuevo antes de volver a nuestros hogares.

Los representantes del pueblo murmuraron, de acuerdo con él. El hijo del Lord Alfa asintió con la cabeza y se volvió hacia el Clan Rojo.

—¿Lord Hamish?

—Estoy de acuerdo con Lord Cynric —el aludido se irguió bien derecho con esos gruesos brazos cruzados, su rostro no daba más indicios—. El plan suena bien, pero es mucho trabajo y mucho oro. Necesito llevar esto a mi familia y debatir.

Lord Radomyr volvió a asentir.

—Que así sea. Asumiré que el Clan Gris se planta en favor de Sir Camron.

—Por supuesto. —mi hermano Rothfern sonrió.

—El Clan Blanco también está a su favor.

Todos se volvieron a mirar al Lord Alfa: el anciano, aunque delgado y algo enfermizo, se paró con orgullo entre sus hijos con las manos a la espalda.

—¿Qué? —graznó Lord Radomyr.

—Padre, ¿está seguro? —siseó Lord Areksandir.

—Pero, claro. ¿Acaso no has visto el trabajo de tuberías que este joven puso en mis baños privados? Es una maravilla, hace mis inviernos mucho más soportables en este témpano de piedra. Si Sir Camron cree que ha descifrado una manera de prevenir desastres en la estación de las tormentas, entonces le ayudaré en todo lo que pueda. Ha probado que es capaz.

Madame Tessala apenas me miró de reojo, con una sonrisita breve. Mi corazón latía fuerte y rápido, la excitación empezó a recorrer mi cuerpo. Contar con la aprobación del Lord Alfa pondría mucha presión sobre los clanes Rojo y Dorado, en la gente ordinaria también. No es que no pudieran rehusarse, pero les costaría más

encontrar buenos motivos para hacerlo; todo el valle prosperaba porque cada hombre, mujer y niño hacía su parte.

Un día reuniría bastante coraje y conocimiento para decirles lo que Madame y yo creíamos que existía debajo del lago y las montañas mismas…

Pero me estaba adelantando.

El Lord Alfa levantó un dedo demandante:

—Por supuesto, creo que la mayoría tiene un punto muy válido: nos hemos reunido para celebrar la buena fortuna recibida y para rezar por más. Es tiempo de esparcimiento y alegría, no de negocios. Nos reuniremos nuevamente y se tomará una decisión final cuando termine la Primera Cacería.

Lord Radomyr suspiró y se relajó con ganas.

—Gracias, Padre.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Roth, Ken y mi padre parecían preocupados pero más que nada, contentos.

Sorprendentemente, fue Lord Areksandir quien se dirigió a mí:

—Sir Camron, apreciamos su tiempo y su buena voluntad. Creo que hablo por todos en el Concejo cuando le digo que nos impresionan sus habilidades, y en lo personal, debo expresar la admiración que siento por su capacidad. No debe ser fácil para usted, pero se le conoce por su inteligencia y perseverancia. Lo mismo para usted, Madame Tessala; apreciamos su ayuda el día de hoy.

Alcé las orejas. Aquello fue inesperado.

—Muchas gracias, mi Señor —respondí, impecable, y me incliné con una mano sobre el corazón.

—Fue un placer. —respondió Madame, ladeando apenas la cabeza.

Después de eso, el Lord Alfa dio la vuelta despacio alrededor de la enorme mesa y se me acercó, para tomar mis manos. Me dedicó una sonrisa alegre y una vez más, hizo llover halagos sobre mí. Me trajo mucha felicidad, claro, pero no pude evitar sentir culpa, considerando los planes secretos que Lady Fay y yo estábamos elaborando.

Un peso se había levantado de mis hombros, aunque otro, más pesado aún, empezaba a asentarse.

*****

Mi hermano mayor y yo montamos a caballo en la posición de vanguardia, mientras que Padre y Madame viajaban cómodos en el carruaje y Kenley se hacía cargo de la retaguardia, también a caballo. El camino a través de los cinco anillos-distrito de la Ciudadela Plateada era largo y complicado, las calles estaban atestadas de vendedores y visitantes. No se podía hacer nada por el olor; almizcle animal, sudor, perfumes baratos y comida se mezclaban juntos para asaltarme los sentidos. La variedad de colores y voces, sin embargo, era casi suficiente como para mantener mi cabeza vacía.

Rothfern guio su montura para que trotara más cerca de Estampida.

—No debería ni preguntarte esto, pero, ¿realmente crees que funcionará? —me dijo.

Me tomó un momento entender de qué hablaba, así que vacilé.

—*Espero* que ayude.

Roth arqueó las cejas y asintió, con entusiasmo.

—Debiste decírmelo antes, hermano. Si resulta como esperas, será un problema menos por el que preocuparnos cada vuelta de estación.

—Todavía *necesitaremos contingencias*.

—Oh, por supuesto. Debemos hablar de contingencias, sí —me sonrió más y estiró un brazo para darme una palmada en el hombro —. Tu pronunciación también ha mejorado mucho en estos últimos meses, ¿cómo lo hiciste?

Un gruñido bajo me retumbó en el pecho.

—*Roth*, tenemos que *hablar* de *Fadric*.

Él se quedó helado. Su cara entera se volvió una máscara de piedra.

Rothfern sería el responsable de tomar el manto como Lord de Crescent Hall y Líder del Clan Gris una vez que Padre decidiera

abdicar, o en caso de una muerte inesperada. Mi hermano siempre cuidó de mí y me protegió, y desde que yo era apenas un cachorro, siempre lo había mirado con respeto. Quería ser como él. Sabía la clase de hombre que era, y la clase de lobo que era también, la importancia que le daba a las tradiciones y el honor. Sabía lo que se esperaba de él, y las decisiones que tomaría.

Mi hermano era un hombre incluso más simple que yo.

Y es por eso que algo no encajaba.

Até las riendas de Estampida al pomo de la silla y señalé; *Tu deber es reforzar la ley del clan en beneficio de nuestro padre. Sé que no desististe de la búsqueda solamente porque extrañas a tu familia.*

Si Rothfern no quería responder, todo lo que debía hacer era mirar a otro lado e ignorarme.

Pero no lo hizo.

Mientras nuestros caballos trotaban cuesta abajo en el camino pavimentado, me enfrenté con la mirada dura del curtido guerrero que me había enseñado a levantar una espada y a montar un arco. Lo que estuviera pensando, no era ni lindo ni fácil. Un pavor extraño me invadió.

—¿Lo *encontraste*? —pregunté, sin vueltas.

Rothfern sacudió la cabeza.

—Sólo desperdiciamos tiempo y monedas, no hay ni un rastro de él. No me llevó mucho darme cuenta de que era una empresa inútil y decidí volver. Aubert y Eilhardt deseaban seguir, así que se los permití. Lo más seguro es que volverán poco después de la Primera Cacería, de todos modos. No van a encontrar nada, tampoco.

Su tono era cortante. ¿Estaba molesto porque lo habían engañado? Yo lo estaría.

Pero eso sólo *me daría más ganas* de encontrar al bastardo traicionero.

Mi hermano suspiró y desvió la mirada al frente.

—Mira, lo único que importa ahora es que el tratado ya está en efecto y la novia está en manos de alguien que cuidará bien de ella. Puedo vivir con eso —declaró, usando su voz de comando—. Me olvidaría de Fadric. No es como si fuera a regresar, ¿te das cuenta?

Cometió alta traición, le hubiéramos desterrado de todos modos. No gastes más energía pensando en esto y concéntrate en tus deberes, nadie te culpará por ello. Yo seré quien se encargue de hablar con Padre.

Bufé con ironía. No sería tan fácil.

Fadric me había convertido en un partícipe involuntario, y me molestaba.

—*Bredon cree* que alguien le ayudó a *escapar*.

—*Es seguro* que alguien le ayudó. —mi hermano asintió.

Mi corazón echó a correr más rápido aún.

—¿Fuiste tú? —me atreví a decirle.

Simplemente no podía creer que cuatro de los mejores cazadores del clan hubieran fallado de una forma tan miserable en traer a uno de los nuestros ante la justicia. Los conocía bien, había entrenado con ellos e incluso yo mismo entrené a Eilhardt. Si es que Fadric contrató ayuda para ejecutar su plan, la sincronización de todo fue demasiado perfecta. Hubiera requerido una precisión sin igual. No se nos informó acerca de la fecha de la boda sino hasta un par de días antes. ¿De dónde sacó el oro? Fadric vivía en Crescent Hall, y por lo tanto a sus finanzas las controlaba Crescent Hall. Bredon hubiera sabido si un número de monedas se había retirado del tesoro, porque él mismo tendría que haberlo autorizado.

Nadie podía desaparecer de la noche a la mañana, *no para nosotros*.

Una sombra invisible se alzó sobre mí, la ira de un Alfa ofendido.

La mano que antes me había palmeado el hombro agarró mi capa y tiró. Apreté las rodillas en los costados de Estampida hasta que la pierna herida se me quejó de dolor y me incliné, apenas un poco. Rothfern era grande, pero no lo bastante grande como para someterme.

Me fulminó con una mirada llena de fuego azul.

—Hermano, estoy demasiado orgulloso de ti ahora mismo como para ponerme de malas por una tontería —gruñó, viéndome a los ojos—. Así que voy a hacer de cuenta que no acabas de acusarme de traición al clan.

Respiré hondo, buscando en su aroma.

Todo lo que obtuve fue el olor sucio de algún guiso mezclado con mierda de gallina.

La sombra se intensificó. Algo frío empezó a bajarme por la espalda, pero aparte de eso… ni siquiera pestañeé. Padre era Alfa de mi clan y Rothfern era su segundo al mando, ellos no eran mi sangre estrictamente hablando pero les debía obediencia incondicional a ambos. Si uno de los dos usaba su influencia en mí, me doblegaría, sin importar lo que quisiera. El instinto es más fuerte que la voluntad.

Y sin embargo, su poderosa influencia apenas me cosquilleó el fondo de la mente.

El maldito hedor de la ciudad no me dejó seguir analizando.

—Tenía que *asegurarme*. —me disculpé, bajando un poco la cabeza.

Rothfern me soltó la capa y se enderezó sobre la silla, con la espalda muy derecha.

—Los engranajes en tu cabeza están girando por demás —acabó por decir, con una sonrisa que estiró su barba abundante—. Deberías relajarte, hermano. Lo digo en serio. Es la Primera Cacería, asegúrate de distenderte un poco.

Resoplé, fingiendo diversión.

Pero no me olvidaría de que le pregunté, y él no me dio una respuesta concreta.

29. Una Probada de lo Prohibido

Bajo el amplio techo de la enorme tienda, tres mesas muy largas con bancas de madera albergaban a casi dos centenares largos de parientes, muchos de ellos parejas jóvenes con niños. Los grupos eran fáciles de distinguir. Todos los hombres usaban tabardos blancos y plateados con la insignia de la cabeza del lobo y dos espadas cruzadas, pero incluso las familias más pequeñas dentro del clan tenían sus propias particularidades, expresadas en los patrones de sus ropas y los accesorios que llevaban. Pude contar por lo menos once congregaciones distintas. Ahora bien, a algunas de esas personas las había conocido mientras estaba en Crescent Hall, pero el grueso de la multitud era un gran signo de interrogación para mí.

Muchos intentaban robarme miradas, quizá creyendo que no me daba cuenta.

Por fortuna, Lady Sebreena parecía haberse olvidado de nuestro desacuerdo del otro día, y estaba más que dispuesta a contármelo todo.

—… y esa de allá, ¿la Dama en el centro con la hombrera de acero? Es mi tía Helenya de los Ojos de Águila, madre de Bredon y cabeza de los Centinelas de la Muralla del Sur. Mi abuela era una Centinela también. Padre dice que aprendió a usar la espada de su madre y teniendo en cuenta a mi tía, le creo. Ella tiene otro hijo y una hija, y ocho nietos. Bueno, nueve nietos ahora que Lady Kyndra dio a luz.

—¿Cuántos hermanos dice que tiene su padre?

—Eran seis en total, pero dos de ellos ya nos dejaron —mi cuñada apuntó hacia el otro lado del pabellón, a un anciano con el rostro marcado por un ceño fruncido permanente—. Ese es mi tío

abuelo Sanfrid del Ceño Intimidante, el último que queda de la vieja guardia, hermano de mi abuelo Beymon del Pensamiento Rápido. Junto a él están mi tío Gannon del Colmillo Roto y mi tío Linton de las Zarpas Negras. El resto es familia extendida, hijos, nietos y bisnietos del lado de los hermanos de mi abuelo y sus esposas.

Observé todos los rostros de nuevo, desde mi posición casi oculta en la mesa principal.

—¿Y la familia de su madre?

Lady Sebreena bajó la mirada.

—Ella era una hija del Clan Dorado.

Oh, bien. Eso explicaba algunas cosas.

Según el libro de historias, la gente loba distinguía a los suyos entre casas y familias. Una casa era un clan, y podía contener a varias familias pero no necesariamente relacionadas por sangre, sino por pelaje: los hijos heredaban la piel de sus padres, y tendían a quedarse dentro de su propio clan. Como en las Tierras del Sur, cuando ocurría una boda entre casas, lo normal era que quien estuviera en peor posición abandonara su familia para mudarse al terruño de su pareja, lo cual aseguraba una dote. Cuando uno de los dos moría, los clanes solían romper toda relación familiar y la pareja sobreviviente podía decidir si se quedaba o si volvía a su propia casa. Si ambos llegaban a morir, cualquier infante que les sobreviviera sería adoptado por la casa más fuerte.

Tal era la situación del padre del Joven Bredon, otro hijo del Clan Dorado. A su muerte, la viuda decidió volver a Crescent Hall con sus hijos, y así el Joven Bredon tuvo la oportunidad de crecer junto a Sir Camron. Lady Sebreena seguro conocía a algunos de sus tíos o primos, o incluso a sus abuelos del lado materno, pero más allá de eso, lo más seguro es que no tuviera casi relación con ellos.

La Dama me agarró el brazo y apretó, asustándome aún en mis pensamientos.

—¡Oh, mire! ¡Ahí están!

Miré hacia la entrada del pabellón. Lord Willen acababa de aparecer, seguido por Lord Rothfern, Sir Kenley y Sir Camron. Los tres usaban los colores del Clan Gris, un tabardo blanco y plateado sobre gambesón gris oscuro y pantalones negros.

Lady Yrana fue hacia ellos con el más pequeño de sus hijos en brazos y se reunió con su esposo, recibió una sonrisa y un abrazo cálido de él. Aunque Lord Rothfern se veía formidable y aterrador, parecía alguien muy gentil y cariñoso. Alcancé a ver dos cabezas pelirrojas corriendo por detrás de la mesa hasta que se chocaron con las piernas de su padre y se pegaron a él. Pero no por mucho tiempo, no, las niñas abandonaron a Lord Rothfern y abrazaron a su abuelo y a sus tíos, dejando a Sir Camron para el final. Mi esposo las miró y aplastó las orejas. Dibujó una sonrisa lobuna para las pequeñas, la expresión en sus ojos cambió por completo.

Mi corazón dio un salto cuando se agachó y levantó a las dos niñas, llevándolas cerca de su pecho. Las pelirrojas traviesas patalearon y se rieron en su abrazo, hundiendo las manos en el grueso pelo en torno a su cuello para rascarle. Sir Camron parecía disfrutarlo. Lady Sebreena una vez había llamado *pulguitas* a sus sobrinas y la verdad es que les quedaba bien: comparadas con el tamaño de mi esposo, las niñas eran pequeñas como bichitos. Se estiraban, tratando de agarrarle las orejas, y él pretendía morderlas para que no lo hicieran, de manera juguetona. Qué escena más tierna para contemplar.

Para cuando me di cuenta de que sonreía como una tonta, ya era tarde.

No pude dejar de hacerlo. Verlo así, tan despreocupado y alegre, me trajo un alivio extraño. Algo cálido empezó a aletear en mi estómago, por alguna razón.

*****

El resto de la reunión fue increíblemente cálido, para decir lo mínimo.

Durante la mayor parte de aquella bonita tarde, Sir Camron y yo casi no intercambiamos palabra, y no me molestó. Él se sentó en otra mesa con su padre y sus hermanos mayores, yo me quedé con las mujeres. Era imposible que me sintiera sola porque, aunque una distancia considerable nos separaba, sus ojos plateados deambulaban hacia mí a cada rato. Lo sé, porque yo también hacía

lo mismo, e incluso más seguido. Lady Sebreena continuó regocijándome con detalles y anécdotas, pero todo lo que yo podía hacer era contar el tiempo hasta que él volviera a mirarme.

Al anochecer, Lady Yrana y varias otras Damas buscaron instrumentos y tocaron música para la asistencia. Deseé poder quedarme durante toda la presentación, pero aunque mi cuerpo lo quería, mi mente dijo que ya había tenido suficiente de socializar por un día. Reuní bastante coraje como para escurrirme hacia la mesa de Sir Camron y susurrarle al oído mi deseo de irme, a lo que él respondió con un gesto firme. No me dijo nada, sólo me apretó el codo con afecto. Decidimos escabullirnos sin llamar la atención de Lady Sebreena.

Había otros asuntos que requerían nuestra atención.

No podía esperar a ello y al parecer él tampoco, a juzgar por la rapidez con que me agarró la mano y tiró de mí para alejarnos del pabellón.

*****

Era desconsideradamente tarde en la noche cuando Lady Fay se dejó caer de espaldas en la cama, exhausta pero contenta. La brillante sonrisa en sus labios no alcanzaba para ocultar la fatiga en su voz:

—¡Por favor, piedad! ¡No puedo dar un paso más! Me duelen los pies.

Resoplé una carcajada.

—Muy bien. Podemos *parar por* hoy.

Sin más preámbulo, me agaché y le agarré los tobillos para sacarle las zapatillas. Ella gimió por lo bajo cuando le apreté el empeine con los dedos, por encima de la media de seda. Lady Fay cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Hice todo lo posible por aliviar su incomodidad, manteniendo la mirada en su pecho que subía y bajaba.

—Gracias —suspiró, derritiéndose en las sábanas—. Creo que hemos dominado el tema lo suficiente como para merecernos un buen descanso. Su guía es impecable, Sir Camron.

—Usted *aprende rápido*.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Gruñí mi aprobación.

—Sus pasos son muy estáticos. Usted es más grácil de lo que se atribuye, es una pena que lo desperdicie así. Tiene que haber otra manera de traducir la alegoría de su pieza dentro de la ejecución. Si me lo permite, pensaré en algo para mañana.

Le apreté los pies juntos, satisfecho.

—Como desee.

Parecía haberse olvidado de mi pierna, al fin. El aire estancado dentro del cuarto se matizó enseguida con el olor seductor de su entusiasmo.

Y yo había decidido no privarme más del placer de disfrutarlo.

Todos los muebles de la habitación (excepto por la cama) estaban arrumbados contra las paredes, dejando un amplio espacio hueco frente a la chimenea. También hice unas marcas en el piso con tiza, un círculo y varias cruces, para recrear el mosaico en el gran salón del castillo. Pasamos varias campanadas encerrados entre aquellas cuatro paredes de piedra, al principio discutiendo lo más general de la idea e improvisando los primeros pasos. Desde su experiencia, Lady Fay añadió sus correcciones y matices aquí y allá, lo que hizo el proceso más sencillo. Nos tomó varios intentos, pero después de un rato, logramos practicar la totalidad de nuestra danza inventada sin parar hasta cumplir con todos los pasos, de principio a fin, con todo y los posibles errores.

Una tarea tan tediosa no hubiera tardado en amargarme el humor, pero la experiencia fue todo lo contrario. El baile que tenía en la mente era lo bastante lento como para disfrutar de la cercanía de nuestros cuerpos y contar una historia. Tal como Sebreena lo hubiera querido, pero con un toque personal. Sostener las manos de Lady Fay, rozar su cintura, verla sonreír para mí, oír su risa, oler su suave esencia femenina… me mantenía en alerta; mi atención era toda para ella y ella lo permitía.

Lo disfruté más de lo que debería, era casi pecaminoso.

Después de un rato, Lady Fay se empujó con los codos para sentarse en la cama. Me quedé agachado en el piso ante ella, con

sus pequeños pies entre las zarpas.

—¿Tiene *hambre*?

Me sonrió.

—Estoy famélica. Quisiera bañarme, primero, no soporto este sudor.

—Me *encargaré*.

—Le agradezco. Pero, Sir Camron…

Cuando encontré su mirada, ella me evitó. Sus mejillas parecían sonrojadas.

Me paré despacio, aunque impaciente.

—Este vestido es muy complicado como para quitármelo sola.

—La doncella.

—Oh, no, será rápido. Sólo debe soltar unos pocos ganchos ocultos y aflojar los cordones en la espalda, yo puedo ocuparme del resto. ¿Haría eso por mí?

Creo que dejé de respirar. ¿Me sugería que la ayudara a desvestirse?

¿Acaso esa mujer se daba cuenta de lo que me pedía?

La mirada honesta en su cara me decía que no tenía idea, pero su aroma cambió de dulce y tierno a delicioso y seductor. Me ardieron las encías. La garganta me empezó a picar. Parte de ella quería ser devorada, o quizá era yo que me estaba volviendo un poco loco.

Lady Fay se puso de pie, erguida frente a mí, y se dio la vuelta. Levantó su largo cabello negro y lo movió para dejarlo caer sobre su pecho, develando un intrincado arreglo de lazos en la parte de atrás de la sobrevesta. Iba desde la nuca hasta lo más bajo de su cintura.

Se me cayeron un poco las orejas. Mi estúpida cola empezó a agitarse, despacio.

—Usted tiene garras, debería resultarle más fácil alcanzar y deshacer los ganchos.

—Bien —barboté, inseguro—. ¿Dónde?

—A los costados, los primeros están debajo de mis axilas. Hay seis —Lady Fay levantó los brazos, manteniéndolos perpendiculares al cuerpo—. ¿Puede ver las hendiduras? Debería meter el dedo, cada una tiene un diminuto gancho cosido en la tela.

Tragué con fuerza e hice lo que me pidió, buscando entre los pliegues.

Mis dedos quizá eran demasiado grandes para maniobrar con propiedad, pero localicé el gancho. Intenté verlo en el ojo de mi mente. ¿Cómo podía alguien aflojar una cosita tan pequeña por sí mismo? No había manera de que Lady Fay llegara a la pieza, ni siquiera con el otro brazo. Las mujeres a veces creaban magníficos vestidos, y otras veces disfrazaban elementos de tortura debajo de ellos. Pesqué el gancho con la punta de una garra y tiré. Se abrió con facilidad.

Lady Fay se estremeció y rio.

—¿Qué pasa? —pregunté, preocupado.

—Me hizo cosquillas, es todo.

Gruñí de nuevo, tragándome un gañido. Era una tortura, definitivamente.

A continuación metí el dedo en el otro ojal debajo de su otro brazo y, como ya sabía qué era lo que buscaba, la tarea fue más sencilla. Los siguientes cuatro ganchos sufrieron un destino similar y una vez que terminé, el vestido quedó bastante flojo obre el cuerpo de la Dama, pero no lo suficiente como para que pudiera pasarlo por su cabeza. Empecé a manipular el nudo de los lazos entrecruzados y lo desarmé por fin.

—Los cordones, por favor. Ábralos con los dedos, yo no alcanzo. —me rogó.

Había muchas maneras acabar con el asunto, y sin embargo…

Elegí la peor.

Llevé las manos a su cintura, de inmediato. La envolví con mis dedos, sosteniéndola con fuerza, y usé las garras en mis pulgares para tirar de los bordes hasta que los lazos se estiraron y empezaron a correr en los ojales, despacio. Comencé a moverme hacia arriba, poniendo mucha atención en la respiración de Lady Fay y el pulso de sus venas. Ella tragó aire con fuerza. Sus labios temblaban. Podía sentirlo todo en el aire, saborear sus emociones como si fueran mías. Una vez que llegué a sus hombros y nuca, agarré los bordes sueltos y los separé, revelando la camisa de lino blanco que había debajo y…

La piel bronceada de su espalda, marcada por cicatrices pequeñas pero largas.

Mi corazón se paró de repente, estoy seguro. Se me coló hielo en las venas y por fin me forcé a dar un paso atrás, a soltarla, luchando por retener un gruñido bien guardado dentro de mi garganta.

Me tiritaban las manos.

¿Quién le hizo eso? ¿Por qué? *¿Cómo se atrevían?*

Volví a tomarla por la cintura, esa vez apretando con más fuerza, hundiendo mis garras en la tela de aquella maldita sobrevesta. Podía rodearle por completo con las dos manos, era tan pequeña a comparación. Lady Fay no se resistió cuando tiré de su magro peso hacia mí, hasta que su espalda quedó apoyada contra mi cuerpo. Mis brazos se movieron por voluntad propia, rodeándole entera, atrapándola. Ella se estremeció más, pero no protestó. Bajé la cabeza y olí su exquisito cabello negro, perdido en un hechizo irresistible.

Tan pequeña, tan frágil. Tan preciada.

El ardor en mis encías ya era insoportable, necesitaba morder y desgarrar, necesitaba…

Lady Fay se relajó en mi abrazo y levantó una de sus manos, buscando en el aire por encima de su cabeza hasta que encontró mi hocico. Su roce cálido fue un alivio instantáneo. Cerré los ojos y apreté los bigotes contra su palma temblorosa. Me llevó más y más abajo, hasta que apoyé el costado de mi cara contra su sien. Me llené los pulmones con su aroma. Tan bonito y puro, fértil incluso. Maravilloso. Todo para mí.

No estaba del todo ido, todavía no.

—*Esto no está bien*. —farfullé, tropezándome con la lengua.

—¿Por qué? Usted es mi esposo, no un extraño.

—*Prometí que la respetaría*.

Lady Fay hizo una pausa. Enterró los dedos con cautela en la melena de mi cuello. El silencio se estiró entre nosotros por varios latidos.

Y luego, susurró:

—No me siento agraviada.

Oh, maldita sea. Maldito fuera todo, hasta los páramos helados y de vuelta.

Estaba al borde del precipicio. Podría haberme rendido sin más y dejado que pasara lo impensable, pero la incomodidad en la entrepierna me hizo sentir enfermo. Me forcé a abrir los ojos y retirarme. Ella era como el fuego mismo; si me quemaba, no me recuperaría.

Lo que la bestia tanto ansiaba nos arruinaría a los dos.

La solté, deslizando los brazos a su alrededor con toda la gentileza de la que fui capaz. No era culpa suya, no la rechazaba a ella. Me rechazaba a mí mismo, a esa forma maldita e indigna. Lady Fay se giró despacio para enfrentarme. Su cara estaba totalmente colorada, sostenía las ropas flojas sobre su pecho con los brazos cruzados. El fuego de la chimenea reverberó en sus hombros desnudos, su piel era dorada y radiante.

Teníamos a la luna llena casi encima. ¿Sería esa la razón?

—Sir Camron, ¿qué ocurre? —me preguntó, con suavidad.

Su voz me alcanzó aún a través del furioso golpeteo de mi corazón.

Me había atrapado, no valía la pena negarlo. Debía pensar rápido. Era pura suerte que mi rostro no fuera tan expresivo como otros, o ella habría podido leer la culpa escrita por todas partes.

Mi silencio sólo la preocupó más.

—No es que no aprecie un abrazo suyo, pero… está actuando extraño.

—*Necesito pedirle un favor*. —balbuceé.

Esa no era mi voz. Mi voz no sonaba así.

Ella frunció un poco el ceño.

—Adelante.

—No… no tengo *escudero, para* el desfile.

Fue lo primero que se me ocurrió, pero era cierto.

Lady Fay se quedó mirándome, quizá esperando algo más.

—Eso parece desafortunado.

—Lo es. ¿*Sería* mi *escudera*, y me *ayudaría* a *prepararme*?

El sonrojo en sus mejillas se desvaneció, dando paso a la sorpresa que se apoderó de sus facciones gentiles.

—Pensé que ese era un rol reservado para los muchachos jóvenes de la familia que aspiran a convertirse en caballeros un día.

—No tengo a nadie.

Otra pausa. Ella se lamió los labios.

—Tendrá que enseñarme.

—Lo *haré*.

Mi respiración empezó a calmarse. La habitación dejó de dar vueltas. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba dando vueltas, antes. Después de lo que pareció una eternidad, ella se pasó unas hebras de cabello detrás de la oreja y asintió.

—Sí, me sentiría honrada de servir como su escudera.

—Bien —carraspeé—. Ya está lista *para* su baño, *ahora*.

—Muchas gracias, Sir Camron. Pero no hay agua todavía.

—Sí. *Claro*.

Me incliné ante ella, de repente. Luego di otro paso atrás, abrumado, y rápidamente me di vuelta hacia la salida. No pude abrir la puerta más rápido, y por suerte no la cerré de un portazo al salir. Era muy tarde, los demás residentes de la torre ya debían estar durmiendo, las velas embutidas en las palmatorias casi se habían consumido del todo.

El pasillo estaba helado, me dejé caer contra la puerta y cerré los ojos.

Respiré largo y profundo. Aspirando por la nariz, exhalando por la boca. El aire rancio de la antigua fortaleza me llenó los pulmones, reemplazando el olor tierno de la hembra hasta que el ardor en mis encías y el pálpito de mi entrepierna por fin se desvanecieron.

¿Cómo pude dejarme llevar así? ¿Acaso no tenía autocontrol?

Era la luna, sin duda. Mis hermanos siempre hablaban de eso.

La luna llena, la luna abundante. La luna de los amantes.

La luna que producía cachorros.

Su aroma me llamaba, me provocaba. *Quizá era ella*, y no yo. Quizá su sangre de mujer había bajado mientras yo estuve ausente; pero, ¿no era entonces demasiado pronto como para que estuviera en sus días fértiles? Mi mente empezó a girar. Me dieron ganas de vomitar. Apreté los puños con fuerza y encajé las mandíbulas hasta que me chirriaron los huesos.

Y luego, lo oí.

Mis orejas se alzaron enseguida cuando detecté el sonido en la distancia.

Un gemido. Y otro, y otro. Era la voz de una mujer, en alguna parte de esa torre, y parecía que la estaba pasando muy bien, por cómo sonaba. No pude reconocerla ni a ella ni a su amante, pero era más que seguro que alguna pareja, en esa misma torre, estaba cumpliendo con sus deberes maritales (o lo más cercano a eso), sin consideración de las docenas de orejas sensibles que se encontraban a tiro. Gruñí de nuevo, desvalido. Tenía que alejarme de allí, enseguida.

Sin aliento, busqué la habitación de las doncellas al final del pasillo. Ordené a Lesma que preparara el baño para la Dama y llevara una comida liviana a sus aposentos. Luego, me apuré a bajar hasta los baños públicos y me arrojé al piletón más frío que pude encontrar.

30. Pompa y Circunstancias

El primer día oficial de las celebraciones empezó con un amanecer radiante.

Y de nuevo, sin Sir Camron.

Lady Sebreena apareció con la Joven Lesma para ayudarme con la ropa. Bajo su experta dirección, la doncella me engalanó con otro vestido fino: de color verde oscuro y blanco con el escote redondeado, mangas largas abiertas y lujosamente bordadas y una faja de cuero bien ajustada a la cintura. Yo decidí qué joyas llevar, para mantener las opciones livianas y simples. La Joven Lesma me arregló el cabello suelto sobre la espalda con un pequeño moño recogido en lo alto de la coronilla, salpicado de florecillas blancas, y le agregó un ligero carmín a mis labios.

Una vez que me puse mis botas preferidas, mi cuñada y yo tomamos la comida de la mañana, juntas. De nuevo, ella no mencionó la Primera Danza ni nada relacionado. Quizá tenía miedo de mi respuesta. Me constaba que la Dama no deseaba nada más que compañía y engañarla hacía que me sintiera terrible… pero Sir Camron y yo habíamos decidido mantener el plan en secreto. Debía honrar mi parte del acuerdo.

De lo que ya no estaba tan segura, es del estado de dichos planes.

En lo que Lady Sebreena hablaba, mis pensamientos volvieron a los eventos de la noche anterior. A las risas y la conversación animada de la práctica de baile, los sentimientos que me entibiaron el corazón y me llenaron de coraje para dejarme ser y disfrutar. Sir Camron era muy malo bailando, pero tenía una gracia encubierta que sólo necesitaba un poco más de guía y algo de motivación. La

privacidad nos ayudó mucho. No sé qué sucedió después, cuando él…

Nunca olvidaré sus manos, tan grandes, largas y esbeltas, aferrándose con desesperación a mi cintura. Esas garras afiladas enterrándose en la tela, sosteniéndome con fuerza. Su aliento en mi nuca. Su voz tan profunda y grave, como un ronroneo sordo en mis oídos. Cuando cerró los brazos en torno a mí, envolviéndome en el calor de su cuerpo y su presencia abrumadora, ¿cómo se suponía que me resistiera? No podía frenar el galope de mi corazón o el temblor que se apoderó de mi carne, pero aunque yo era frágil como una presa y él parecía a punto de devorarme, *lo que menos sentí fue temor*.

¿Acaso fui demasiado lejos al pedirle que me ayudara con el vestido?

¿Qué intentaba hacer? ¿Qué quería de mí?

Tenía que hacerme esa pregunta a mí misma, más bien.

Lady Sebreena siguió hablando, la taza de té en mis manos tiritó un poco. Me vi a mí misma en sus brazos otra vez, y los mismos dedos me sostenían desde la espalda justo como aquella noche, excepto que acunando *una barriga hinchada*. Sus manos la recorrían de arriba abajo y de lado a lado, acariciando el bulto con absoluta adoración. Susurrando una canción de cuna, rozando mi mejilla con el costado de su hocico.

Una ternura indescriptible me invadió.

Tragué con fuerza. ¿Cómo se sentirían esas almohadillas ásperas en mi…?

—¿Lady Fay?

Diosa, ¿en qué estaba pensando?

—Hermana, ¿se encuentra bien?

Salí de mi estupor:

—¡S-sí! ¡Discúlpeme!

Me olvidé de que la Dama estaba sentada junto a mí. Vestía pantalones con botas altas y una casaca de cuero de mangas cortas sobre una camisa blanca, su largo cabello dorado estaba atado en una cola bien alta. Era un atuendo inusual para ella, pero no le quedaba mal. Sus ojos afilados pesaban sobre mí.

—Parece agitada.

—Estoy bien. Sólo emocionada, eso es todo, deseando ver las celebraciones.

Ella probablemente podía oler mi mentira.

—Tiene las mejillas rojas, ¿está muy caliente el té?

—No, no —me forcé a sonreír—. Es exquisito. Gracias por ayudarme hoy, estaría más que perdida si usted no me guiara.

Si algo sabía de los nobles es que disfrutaban de las alabanzas, y Lady Sebreena no era la excepción. Sacó pecho y sonrió, luego se tomó el último sorbo de té y bajó la taza, todo con una actitud hermosa y regia.

—Bueno, como ya le dije antes, la vida social aquí es bastante aburrida.

—Supongo que es por eso que todo el mundo se para a verme.

Ella ladeó un poco la cabeza.

—Pues, es la primera vez en generaciones que uno de los nuestros se casa con alguien que no pertenece al valle. Encima de eso, de todas las distinguidas Damas de la región, usted es una de las pocas con sangre ordinaria pero la única con un verdadero título nobiliario. No sería nada raro que de pronto se viera rodeada de niñas entusiastas, hijas de las familias más prominentes, preguntándole sobre la vida en las cortes del Valle Ancho.

Bebí más té para esconder el rostro, más que nada.

—No sé nada de eso —murmuré.

Lady Sebreena se mostró confundida.

—¿No? ¿Por qué? Usted es Baronesa.

—Nunca tuve presencia social ni estatus en la corte, mi Señora; esa era mi madrastra.

Y había pasado bastante desde la última vez que dirigí un pensamiento hacia la gente de mi pasado. Con la llegada del verano y el tratado comercial en efecto, no podría olvidarme de ellos para siempre, pero se sentía bien saber que estaría a salvo.

Las campanas del Castillo Whitehall empezaron a sonar. Lady Sebreena se agitó.

—¡Es la novena campana! ¿Ya terminó?

—¿Qué? ¿Acaso ya va a comenzar la celebración? —me paré rápido, asustada.

—Oh, no, no, debe esperar hasta la onceava campana para eso. Todavía hay mucho tiempo para buscar su asiento.

—¿De casualidad sabe usted dónde van los caballeros a prepararse?

Ella frunció un poquito el ceño.

—En las caballerizas debajo del castillo, ¿por qué?

—Sir Camron me pidió que fuera su escudera para el desfile.

Mi cuñada se quedó tiesa durante unos latidos, con sus clarísimos ojos azules muy abiertos.

—¿Qué él hizo qué?

—¿Acaso va contra las reglas? —me retorcí los dedos.

Lady Sebreena resopló una risita y se puso de pie.

—No, para nada. Considérese afortunada, mi hermano jamás le pide ayuda a nadie —se arregló la casaca y sacó unos bonitos guantes de cuero de su bolsa—. Puede venir conmigo, si quiere, también debo prepararme.

—¿Usted va a participar?

—Por supuesto. Soy la Señora de Crescent Hall.

Quizá eso explicaba su elección de vestuario. Cuando la Dama terminó de ponerse los guantes, me hizo una reverencia exagerada y me ofreció el brazo con un gesto cómico. Me reí y puse la mano sobre la de ella con un gesto igual de exagerado, y allá fuimos las dos.

*****

El sótano del Castillo Whitehall era un gigantesco laberinto de amplios corredores y criptas de almacenamiento. Unos arcos anchos y elegantes cruzaban por sobre nuestras cabezas, para soportar el techo abovedado que descansaba sobre gruesas columnas de piedra. El enladrillado resultaba tan majestuoso como el resto de la fortaleza. Ahí abajo estaba frío y mal iluminado, precisamente lo que se podía esperar de una bodega, pero el piso pavimentado se veía limpio al igual que las paredes. No olía húmedo ni rancio.

Igual me levanté las faldas para caminar, aterrada de la idea de ensuciar el vestido.

El lugar bullía de actividad. Caballeros y escuderos iban y venían, los trabajadores del establo movían caballos de un lado a otro. Estandartes muy distintivos colgaban de las paredes, para identificar cada sección y cámara a lo largo de los pasillos. Lady Sebreena me llevó hasta una particular entrada en forma de arco marcada con una bandera blanca y gris. La enorme bóveda, mucho más larga que ancha, tenía mucha más luz. Más de un centenar de caballos esperaba con paciencia en cubículos de madera y sus jinetes se encontraban reunidos en las cercanías, hombres y mujeres por igual. Había una larga hilera de carpas sin techo hechas de una tela gris y rústica, una al lado de la otra, para darle algo de privacidad a los caballeros.

La Dama soltó mi brazo y salió corriendo para reunirse con Lord Willem y los suyos.

Parte de mí deseó por lo menos intercambiar saludos con la familia, pero vi el semental de Sir Camron, no muy lejos. El animal era inconfundiblemente más grande que la mayoría de los caballos. Estampida esperaba delante de una tienda en particular, adornado con una silla negra y una sencilla armadura de torneo: un pesado carapacho de color blanco con franjas grises, con la insignia del Clan Gris sobre los flancos. Su cola y su crin estaban trenzadas.

Mi corazón empezó a latir muy rápido. ¿Había llegado muy tarde para ayudar?

Me levanté las faldas y troté.

—¡Estoy aquí! —dije, casi me metí de golpe en la tienda.

Mis ojos cayeron primero sobre el traje de armadura completa que estaba en el rincón, pero algo se movió del lado opuesto. Sir Camron se dio la vuelta con rapidez, iba descalzo y vestido nada más que con unos apretados pantalones negros. Se le erizó la cola. Justo estaba buscando algo dentro de un baúl cuando lo sorprendí, pero en cuanto me reconoció, se relajó y dejó caer los hombros.

Me quedé en la puerta, mirándolo.

—Buenos días, mi Señora.

—¡Buenos días! Me disculpo, no era mi intención hacerlo esperar.

Se lamió los belfos.

—Es *temprano*.

Ninguno de los dos se movió. Algo en el aire se sentía extraño, y no era el polvo del heno.

Empecé a retorcerme los dedos, de nuevo.

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

Él señaló una larga camisa de lino que colgaba de uno de los postes.

—Túnica, luego el gambesón.

Bajó la camisa larga sobre su cabeza y estiró los dos brazos hacia el frente, para que yo le atara los lacitos de los puños. La siguiente pieza era un gambesón gris bordado con hilos de plata, que sacó del baúl mientras me observaba de arriba abajo. Él mismo desarmó los abrojos plateados del frente de la prenda y luego me la ofreció. Diligente, abrí el gambesón para él y lo sostuve mientras Sir Camron metía los brazos en las mangas, volviéndose hacia un lado y luego hacia el otro. Se enderezó y movió los hombros, para ponerse cómodo. Me acerqué para volver a cerrar los abrojos mientras él se encargaba del cinturón, tuve que ponerme en puntas de pies para llegar lo más cerca posible de su garganta.

Debí poder oler su almizcle natural, pero el aroma de los caballos era más fuerte. Con un poco de suerte, jugaría en mi beneficio.

—Se ve *preciosa* hoy —comentó él, mientras yo trabajaba.

—Le agradezco, su hermana me ayudó.

Nuestros ojos se encontraron por menos de un latido. Lo suficiente como para hacer que me sonrojara.

—¿Qué sigue?

—Cota de malla. Ayúdeme con la *parte* de *atrás*.

Sir Camron levantó una larga masa de malla plateada del baúl y, tal como hiciera con la túnica, la pasó sobre su cabeza. Se veía pesada y era bastante difícil de manejar. Le ayudé a bajarla por su espalda mientras él trabajaba en el frente y las mangas, hasta dejarla bien estirada sobre su cuerpo. Le llegaba a la mitad del muslo, justo por debajo del gambesón, y tenía varios pequeños ganchos, huecos y tiras de cuero colgando en lugares específicos.

Mi esposo se sentó entonces sobre un pequeño barril de madera y se puso unas botas de cuero suave. Incluso así era casi tan alto como yo erguida. Por lo menos podíamos hablar frente a frente sin esfuerzo.

Señaló la armadura colgando de su soporte.

—Los *escarpes*, por favor.

Me apresuré a levantarlos. Esos zapatos de metal eran sorprendentemente livianos, con su superficie pulida y marcada por un patrón de ondas gris oscuro y plateado, complejo y hermoso; un diseño que se repetía en cada pieza: en las grebas y los quijotes, los guanteletes, la coraza, las hombreras, en toda la armadura. Había visto un patrón muy similar sólo en dagas de lujo hechas en las Tierras del Este.

—¿Qué metal es este? No parece acero ordinario.

Sir Camron se inclinó para atar el zapato acorazado sobre su bota.

—*Platacero*. Un *mineral* de *nuestro* valle.

—¿Y usted mismo hizo esta armadura?

—Sí. Un *capricho* mío.

—¿Capricho?

—Dicen que no se puede *hacer* una *armadura entera* de *platacero*. Mucho peso.

—Pero si esto se siente muy liviano, en mi opinión.

Me respondió con un gruñido.

Tomé las grebas. El patrón era mucho más evidente en las piezas más grandes. Yo no sabía mucho sobre diseño de armaduras, pero la belleza de su hechura simplemente se notaba.

—Es magnífica.

Él vaciló pero me miró.

—Le *agradezco*.

Sir Camron volvió a quedarse callado. Le pasé las grebas y luego los quijotes, que tenían las rodilleras adosadas, y se levantó para ponérselos.

No me había olvidado de la herida de puñal.

—¿Cómo está su pierna?

—*Curada*.

—¿Tan rápido?

Él volvió a gruñir.

—Sólo fue hace unos días —me quejé—. ¡Y ni siquiera me dejó ver la herida!

—Nos *curamos rápido*.

Elegí no insistir, pero su tono tan seco me molestó. Bajo la vigilancia de sus ojos plateados, me hice cargo de las hebillas. A veces, parecía como si él quisiera decirme algo, pero los ruidos del salón tan atestado no hacían más que distraernos a ambos.

La pancera y la falda de loriga eran una sola pieza, dividida en cuatro segmentos colgantes hechos de delgadas láminas de metal unidas con cuero y un cinturón para asegurarla a la cintura. Él no necesitó mi ayuda con eso. Los avambrazos, codales y guardabrazos eran también una sola pieza, flexible y liviana, que se asía de un abrojo en el punto más alto del hombro (sobre la cota de malla), y se ajustaba con pequeñas hebillas a lo largo de cada brazo. Sir Camron volvió a tomar asiento para hacérmelo más fácil.

Luego vino el turno del peto. Era diferente de otros petos de infantería, segmentado a lo largo del torso y la cintura como la falda de loriga. El metal no sólo estaba decorado con aquel patrón, también tenía unas espirales grabadas y unas flores muy simples, y la insignia del Clan Gris en el frente. Aún sentado, Sir Camron sostuvo el frente y el espaldar mientras yo me movía a su alrededor, ajustando ganchos y hebillas debajo de sus brazos y por detrás. Coloqué la gola en torno a su grueso cuello y luego las hombreras, también segmentadas como el peto, cada una forjada bellamente con la cabeza de un lobo. El nivel de detalle dejaba sin aliento.

Me paré frente a él, con ojo crítico. Todo parecía estar bien puesto.

—¿Dónde están su cofia y casco? —pregunté.

—No puedo *llevar* casco.

Se estiró para sacar algo más del baúl.

La pieza terminó en mis manos. Era más bien como un medio yelmo que cubría la parte de arriba y de atrás de la cabeza, un crestón aguzado y una cimera protuberante como refuerzo; llevaba una pesada cola negra de pelo de caballo y poseía más huecos de

los que me parecía que debía tener. Como el resto de la armadura, el mental estaba veteado y grabado en diseños de espiral, un trabajo impresionante.

Sir Camron se inclinó hacia mí y esperó.

—Cuidado con las *orejas*, por favor.

Con las dos manos, puse el yelmo sobre su cabeza y manipulé sus orejas con gentileza para pasarlas por los respectivos agujeros. Aseguré la hebilla por debajo de su mandíbula y peiné con los dedos la larga cola de caballo, para estirarla sobre su espalda. Sir Camron volvió a enderezarse.

—Bien. Guantes y guanteletes.

Los guantes que me pidió eran una especie de mitones acolchados, y los guanteletes articulados le cubrían los dedos y el dorso de la mano, la muñeca y medio antebrazo. Le entregué las piezas, pero mis ojos regresaron al peto, a admirar la maestría de su diseño un poco más.

—Se supone que las lunas en el escudo de armas representan a las casas lobas más importantes, ¿no es así?

—Sí.

—Hay cinco lunas en la insignia del Clan Gris, pero sólo hay cuatro casas en este valle —tracé los grabados circulares por debajo de la gola con la punta de los dedos, uno por uno—. Blanco, Rojo, Dorado y Gris. Eso hace cuatro. ¿Dónde se encuentra la quinta?

Sir Camron se quedó muy tieso, sosteniendo sus accesorios.

—No existe. —gruñó.

—¿No existe?

—*Fueron* cazados hasta *desaparecer*.

Se apuró a ponerse los guantes y luego metió una mano dentro de uno de los guanteletes. Esperó, con el brazo extendido. Acomodé mejor la pieza y empecé a atar los lazos de cuero.

—¿Cómo se llamaban?

—Clan Medianoche.

—Oh, ¿y cómo eran?

—Pelaje *negro azabache*, *grandes* como osos, *fuertes* como bueyes. O eso me *dijeron*.

Dejé lo que estaba haciendo y levanté la mirada para buscar la suya. Aunque pasaron unos cuantos latidos, lo entendí todo enseguida:

—… usted es del Clan Medianoche.

Sir Camron simplemente resopló.

—El libro de historias no los menciona.

Él no parecía muy entusiasmado por contarme más:

—Hay *otros libros*. El Clan Medianoche *rechazó* al Clan Blanco como *líderes*, y los llevó a la *perdición*.

—Entonces, ¿usted es el último que queda?

No fue mi intención sonar triste y desapasionada, pero no pude evitar que esos sentimientos mancharan mis palabras. Sir Camron se puso el otro guantelete. Mis dedos estaban temblando, pero hice todo lo posible para terminar el trabajo con rapidez. Él se quedó tan callado que pensé que la conversación había terminado.

—Soy hijo del Clan *Gris* —empezó, con confianza—. Ellos son mi familia.

—Y eso es muy reconfortante, pero usted todavía es heredero de su linaje.

—No *importa*, el linaje se *terminó*.

—¿Está seguro de eso?

Él resopló con sorna.

—No veo cómo *podría continuar*.

Esa vez fui yo quien vaciló.

—Bueno, si usted tiene un hijo, y si es un varón, entonces hay una oportunidad de que su sangre y su pelaje…

—Eso no *pasará*.

—Madame Tessala dice que usted puede tener hijos, y…

—Ella se equivoca. —me interrumpió.

Sir Camron se puso de pie y recogió una capa gris oscuro, muy pesada y bordada con un hermoso patrón de hilo plateado y piel blanca a lo largo de los bordes.

—Parece que Madame no piensa eso. —insistí.

—¿Y a quién le *importa* lo que ella piense?

—A mí.

Y tampoco fue mi intención levantar la voz, pero parecía más efectivo que rogarle.

Mi esposo se sentó una vez más sobre el barrilito, despacio, y tiró de la capa para cubrirse el regazo.

—Mi Señora, pensé que lo entendía.

—Lo entiendo, créame que sí. Pero *no poder* es una cosa, y *no tener la voluntad* es otra. ¿De cuál se trata? Dígame, así dejaré de enterarme de sus circunstancias por medio de otras personas.

Él entrecerró los ojos.

Me agarró por la cintura y tiró de mí, obligándome a pararme en el espacio entre sus piernas abiertas. Su nariz oscura y húmeda estaba casi a un pelo de mi cara. No me amilanó. Quizá lamentaría ir tan lejos, pero (a diferencia de otras veces), sentí que quedarme callada no era la mejor opción.

Sir Camron levantó la mano derecha y con calma me tomó por la quijada.

Me apretó el rostro lo suficiente como para que las puntas de sus afiladas uñas rozaran mi piel. No me hizo daño, pero lo entendí. Así que, esa era la razón de llevar guantes sin dedos: libertad total de usar sus armas naturales.

Me quedé helada, con la mirada clavada en sus pupilas.

—¿Qué *pretende* de mí? —siseó. Sir Camron sonaba frustrado, pero el brillo en sus ojos parecía rogarme—. Hoy es usted la que actúa *extraño*.

Las profundas vibraciones de su voz resonaron en mi interior.

Sí, ¿qué pretendía yo de él?

—¿Dónde durmió anoche? —terminé preguntándole.

Le temblaron los belfos.

—*Afuera.*

—¿Por qué?

—*Era* más *seguro*.

—¿Hará lo mismo esta noche?

La longitud de su hocico se cubrió de arrugas. Apreció que mantuviera los labios pegados para evitar que se le asomaran los colmillos. Al final, la expresión de Sir Camron se suavizó y me soltó la cara, pero no la cintura.

—Quizá. —murmuró.

—Usted no confía en mí.

Resopló de nuevo, pero más bien en una carcajada triste.

—No, mi Señora; es de mí que no me fío.

Sir Camron tomó mis manos con el mayor de los cuidados y las sostuvo juntas, rozándome el dorso con las almohadillas rugosas de sus pulgares.

—Sé que prometimos no hacer esto, pero permítame disculparme por lo de anoche. —empezó, su dicción era perfecta—. No era mi intención asustarla con mi comportamiento, esa es la verdad de mi corazón. Me doy cuenta de que se sintió confundida e incómoda, no volverá a suceder. Y si lo desea, podemos parar las prácticas del todo. No es más que un baile formal, ningún miembro de la comunidad va a perecer si nos rehusamos a participar del festín.

Había ensayado esas líneas hasta dominar su pronunciación.

Quizá estuvo despierto toda la noche repitiéndolas. Casi se me rompió el corazón.

—Sir Camron…

El retumbar lejano de un cuerno de batalla me interrumpió. Apreté los dientes.

—Es la *primera* llamada a *formación*. —me dijo él.

Di varios pasos atrás, alejándome del abrazo cálido de sus dedos ásperos. No me perdí la manera en que sus puños se cerraron en torno al vacío. Se paró y arrojó la capa sobre su espalda, luego reunió las piezas finales de su atuendo: un escudo (recto arriba y en punta en la parte de abajo, con franjas blancas y grises), que colgó por encima de la capa, una espada larga en una funda negra muy sencilla, que se colocó con un cinturón enjoyado. Sir Camron no sólo se veía como un auténtico caballero, su presencia era intimidante, imparable. Apuesto; irradiaba ese garbo excepcional que sólo la vestimenta de combate le podía otorgar a los hombres fuertes y habilidosos.

Mi corazón revoloteó.

—*Debería buscar* su asiento —me sugirió—. Y muchas gracias *por* la ayuda.

Mi esposo se inclinó, tintineando por todas partes.

Deseé poder decirle tantas cosas, tantas. Pero con el rabillo del ojo vi que los demás caballeros empezaban a congregarse, algunos montados en sus caballos bellamente enjaezados, y otros trotaban hacia la salida de aquella bóveda. Las voces crecieron. Había alegría y mucha excitación en el aire.

Se nos había terminado el tiempo.

—Buena suerte, Sir Camron. —fue todo lo que alcancé a decir, y abandoné la tienda.

*****

Por lo general disfruto mucho del desfile. De verdad.

Era largo pero muy gratificante al final del día. Una de las pocas oportunidades que tenía de vestir mi mejor armadura, de montar junto a mis hermanos de armas en representación de la familia. Sí, la parte donde debíamos pararnos en formación impecable frente a la multitud efervescente, dar el saludo formal, escuchar el discurso del Lord Alfa y repetir los votos de caballería era un poco aburrida. Otros miembros prominentes de la comunidad dieron uno que otro discurso también, luego cada casa presentó a sus caballeros más recientes y a sus escuderos.

Pero aquel día, la ceremonia de apertura pareció durar eones. Me sentía agitado.

Cada año, la ceremonia era más o menos la misma. En ausencia de Aubert, el deber de llevar las banderas de nuestra casa recayó en Kenley y en mí. Cabalgamos justo detrás de Padre, Sebreena y Rothfern; mi hermana a la izquierda y mi hermano mayor a la derecha, como dictaba el protocolo. Eilhardt y Esmond no tenían títulos y se preparaban para ser médico el primero y Magistrado el segundo, así que no tenían permitido participar. Todo el mundo sabía exactamente a dónde ir, dónde pararse, qué hacer y cómo saludar, y yo lo repetí paso a paso por instinto.

Mi cabeza estaba en otra parte.

El coliseo estaba vestido con los colores de las cuatro casas, con guirnaldas, cintas y tapices colgando por todas partes. La balaustrada frente al Lord Alfa y su familia estaba decorada con las

cuatro banderas de nuestra gente; blanca y negra para el Clan Blanco, roja y verde para el Clan Rojo, blanca y dorada para el Clan Dorado, y blanca y gris para nosotros.

Busqué y busqué entre la marejada de rostros en la multitud, ansiando hallar las facciones de Lady Fay. Al principio no la encontré. No se había sentado con el resto de mis familiares, pero enseguida me llamó la atención una vibrante mancha roja y ahí la vi, la Dama se había sentado entre Madame Tessala y cuatro niñas, dos de ellas menuditas de piel oscura (las hijas de Nafasi), y dos pelirrojas muy vivarachas; mis sobrinas. Madame misma estaba espléndida; con todo el oro que llevaba encima podía cegar al propio sol.

Mi esposa… bien, ella observaba los eventos con una expresión desamparada.

¿Se dio cuenta de que le presté más atención a ella que a los discursos?

Creo que me miró un par de veces. Brevemente.

La culpa empezó a cavar un hueco en mi alma, despacio pero sin pausa.

Cuando el Lord Alfa anunció los torneos, la multitud se paró en sus bancas y empezó a vitorear y aplaudir. Ese era el sentido del desfile, declarar la apertura de los juegos y darles a los ciudadanos una demostración de fuerza, nada más. Cada compañía de caballeros procedió a dar el saludo final y la retirada se ejecutó como un hermoso baile, caballos galopando en un círculo amplio en torno a la arena y luego entrecruzándose hasta encontrar sus puertas y salir hacia las caballerizas. Energético, vistoso, rebosante de galantería y elegancia. Requería un excelente control de las bestias y un porte perfecto. Creo que Estampida lo hizo bastante bien, a pesar de que no le gustaban mucho los otros caballos.

La procesión continuó siguiendo al carruaje del Lord Alfa por los cinco anillos-distrito de la Ciudadela Plateada, escoltándolo de regreso a la entrada del Castillo Whitehall. Esa parte fue aún más larga que la ceremonia misma y también debía ejecutarse en perfecta formación, arrullados por el incesante clamor de los visitantes y ciudadanos. Docenas y docenas de mercaderes y artesanos extranjeros ofrecían todo tipo de chucherías, a los gritos,

por encima de la conmoción. Muchos objetos brillantes captaron mi atención, pero la procesión siguió. Pétalos y hojas llovían desde lo más alto de las torres blancas, había música, la gente nos hacía ofrendas y nos cantaba épicas.

Fue hermoso, de verdad. Ensordecedor, pero muy entrañable.

Deseé haberlo disfrutado más, honestamente.

Para cuando todo el asunto llegó a su conclusión, ya había pasado la tarde y Lady Fay me estaba esperando junto al cubículo para ayudarme con la armadura, como lo haría un buen escudero. La mera visión de su estampa desvaneció todas mis preocupaciones. La Dama no parecía molesta (de hecho, alabó el espectáculo), pero no me sentía del todo tranquilo respecto de aquella conversación. Había cosas acerca de mí y de la gente en mi pasado que ignoraba, no era culpa de ella que yo aún no hubiera hecho las paces con todo eso.

Quizá podía empezar por enmendar los pequeños errores.

*****

Las celebraciones continuarían hasta las altas horas de la noche, a juzgar por el ruiderío. Y aunque mis hermanos intentaron arrastrarme con ellos hacia las calles atiborradas de gente, preferí volver con mi esposa.

Lady Fay estaba sentada en una poltrona junto al fuego, leyendo ese tonto libro de poesía que le traje de mi última cacería. Tenía el pelo mojado. Ya se había bañado y cambiado a su atuendo de dormir. Había comida en una bandeja y bebida para compartir, en la mesa, y todo el mobiliario (con la única excepción de la cama y aquella poltrona) estaba contra la pared. Ella hasta había redibujado las marcas de tiza en el piso, más o menos como yo lo había hecho la noche anterior.

Todo se veía listo como para seguir practicando.

Subestimé su determinación, y por mucho.

La Dama bajó el libro apenas me vio, se levantó.

—Bienvenido de vuelta. Lo estaba esperando.

Me acerqué llevando una caja bajo el brazo.

—Tenía unos asuntos.

—Todo está bien. ¿Le gustaría cenar?

—Luego.

—¿Quiere escuchar mi propuesta, entonces? —Lady Fay alzó la barbilla—. Tengo algunas ideas para mejorar su rol en la danza. Usted dijo que las tomaría en cuenta.

—Lo sé. *Pero mejor*, luego.

La confusión se apoderó de su rostro. Me tomé un momento para llenarme los pulmones con el suave aroma de su piel y regodearme mirándola, demasiado pendiente de lo fino que era ese camisón y de que ella probablemente no llevaba nada más debajo. No pasó nada. No sentí aquella infame picazón en torno a los colmillos, ni aquel calor acumulándose en mi estómago, ni esa sórdida incomodidad ahí abajo. Lo tenía todo bajo control.

Una vez más, me probé a mí mismo que era un hombre primero y una bestia segundo, con maldición o sin ella. La luna llena no me engañaría de nuevo.

Lady Fay se percató de la caja que yo escondía, por fin.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Un *regalo*.

El aroma de su incomodidad tiñó el aire con rapidez.

Me saqué el objeto de debajo del brazo y me acerqué para pararme frente a la Dama, por delante de la chimenea. La caja estaba hecha de madera negra y bien pulida, era un cuadrado más bien plano y ancho. Cualquier mujer de alta alcurnia adivinaría enseguida lo que había en su interior, pero Lady Fay parecía no tener idea. Con la punta de una garra, abrí un pequeño pestillo en el frente y levanté la tapa para que ella pudiera ver.

La joven exhaló un gemido de sorpresa.

Estiró las dos manos para levantar el contenido.

No era nada muy lujoso, no más que una diadema de plata forjada como una corona de hojas de laurel sencillas. En la base de cada hoja había una pequeña perla blanca. Parecía algo ordinario, pero la sutil elegancia de su diseño no era obra de un joyero cualquiera. Una pieza digna de una princesa, sin duda. No fue demasiado costosa, tampoco, pero no me importaba la cantidad de

monedas que cambié por ella; vi esa diadema y no pude pensar en nadie más que mi esposa usándola. Tenía que comprarla.

Ella sostuvo la pieza en sus manos, fascinada.

—¿Es un obsequio para Lady Sebreena? —inquirió.

Fruncí el ceño, casi ofendido.

—¿Qué? No, es *para* usted.

Me miró con dureza, sus bellas cejas negras imitaron a las mías.

—¿Es otra disculpa?

—No.

—¿Está seguro? —Lady Fay bajó la voz.

—Vi al *joyero ofreciendo* sus *baratijas durante* la *procesión*. No tengo *otros* motivos, se lo *juro*.

—¿Baratijas? Sir Camron, esto no es ninguna baratija.

—Eso es *verdad*.

Arrojé la caja en la poltrona y tomé la diadema de sus manos. Con gentileza, la puse sobre su cabeza y la ajusté. La plata resaltó enseguida contra su cabello negro, tal y como lo imaginé, el pequeño fuego detrás de mí resplandecía en las superficies pulidas, en las perlas.

—Ninguna *baratija* común se *vería* tan *maravillosamente* en usted.

El olor de su timidez me rodeó y no pude evitar disfrutarlo.

Lady Fay agachó la cabeza.

—Gracias, es hermoso. Lo aprecio mucho.

Le respondí con un gruñido satisfecho y di un par de pasos hacia atrás, para admirarla otro poco.

Ella me agarró por la muñeca, para detenerme.

—Debería conseguir algo para usted, también.

—No. Puede *hablarme* de su idea.

—… quisiera que me prometa algo más, antes.

Se aferró a mi muñeca con más fuerza. Me bajó algo frío por la espalda, como si hubiera escuchado la voz de comando de un Alfa.

—Lo que sea.

—Dormirá aquí esta noche. Conmigo —me pidió, mirándome a los ojos—. No vuelva a dejarme sola, por favor.

Parpadeé con rapidez, varias veces. Incapaz de hablar. Para cuando volví a esa habitación, ya había tomado todas las decisiones que debía tomar, convencido de que el terror en su mirada sería el repelente más poderoso, pero…

¿Qué terror?

Oh, cachorro estúpido. La dejé sola. ¿Cómo pude olvidar que su bienestar era todo lo que importaba? Le hice una reverencia y una vez más declaré mi sumisión absoluta y sin reservas a las necesidades de la Dama, como lo haría cualquier buen esposo.

31. Oh, Bestias Poderosas

Sir Kenley sería el último participante en disparar.

Preparó el arco, llevando el brazo hacia atrás en un movimiento lento.

Acarició el filo de la cabeza de la flecha con el dedo índice, casi con cariño, como si le dijera a dónde ir. Sus asombrosos ojos azules nunca abandonaron el objetivo: un muñeco de paja maltrecho en el otro extremo de la arena. Bajo la sombra de las torres del Castillo Whitehall, una línea de otros once monigotes contrahechos esperaba la conclusión de un día cargado de excitantes torneos.

El cuerpo fibroso de mi cuñado se tensó con la misma fuerza que aplicaba a la cuerda, con un tintineo de cota de malla. Tomó aire profundamente. Levantó el arco en un ángulo distinto.

Y disparó.

El proyectil voló a través del anfiteatro y dio en el centro de la cabeza del muñeco, lo atravesó por completo. La muchedumbre empezó a vitorear, pero enseguida se levantó y se puso a rugir: otra flecha ensartó la cabeza del segundo muñeco, del tercero, del cuarto, quinto, sexto y así, en una sucesión tan rápida que ni siquiera se podía distinguir el movimiento de las manos de Sir Kenley. Veloz, eficiente, impresionante. En unos pocos latidos, se había cargado una docena de objetivos y reclamado no sólo la victoria en el torneo de arquería, sino también los corazones de los espectadores. De las mujeres, más que nada.

Escuché por encima toda clase de comentarios y susurros acalorados. No las podía culpar. Dondequiera que Sir Kenley fuera parecía comandar la atención de las miradas, no con su altura ni su

contextura, sino con la belleza de sus facciones. Se le veía regio en su armadura ligera y tabardo, con su cabello oscuro suelto y rebelde.

Esa sonrisa de canalla, la mostraba sin miedo ni remordimiento. Era algo tan suyo.

Si Sir Camron pudiera cambiar de forma, ¿qué clase de sonrisa tendría?

—Su puntería es tan buena como siempre —comentó Lady Sebreena, con suavidad—. Al gentío le encanta verlo de nuevo en las competencias.

Enredó su brazo con el mío, devolviéndome a la realidad.

—¿Qué, acaso su hermano se lastimó? —pregunté, confundida.

La Dama frunció un poco los labios.

—Podría decirse. Ken perdió a su esposa el verano pasado, en el parto. Lady Daelva. A él le gustaba decir que ella era la única razón por la que se tomaba la molestia de participar de los torneos… mucho de sí mismo se perdió ese día, me temo. ¿No se lo había contado?

—No, no lo hizo —un cosquilleo frío me recorrió la piel—. Pero lo comprendo.

Cuando volví a mirar hacia la arena, no vi al mismo hombre.

Había una sutil oscuridad en la sonrisa socarrona de Sir Kenley. Una cierta amargura.

Mi corazón se hundió.

El anciano Magistrado que legislaba las competencias declaró ganador a mi cuñado. Un hombre alto e imponente vestido de blanco y negro se le acercó: elegante y calmo, llevaba su cabello plateado muy corto pero no parecía ser mayor de treinta.

—Ese es Lord Radomyr. —me explicó Lady Sebreena.

El hijo mayor del Lord Alfa y siguiente en la línea para gobernar las casas lobas del Valle Hundido. Le dio dos premios a Sir Kenley, una guirnalda dorada y un bolso con monedas. Mi cuñada se puso de pie y empezó a aplaudir con entusiasmo. Seguí su ejemplo.

Como solía pasar, ella me secuestró desde temprano en la mañana y me invitó a observar los *hastiludes*, con asientos de primera fila bajo los parasoles en el palco del Clan Gris junto al Joven Esmond y otros miembros de la familia. Lord Willem, como

dictaba la costumbre, se sentaba en el mismo palco con el Lord Alfa y su Concejo, que quedaba directamente en frente de nuestra ubicación. Para la tarde, Lord Rothfern se había alzado con un merecido segundo lugar en el torneo de justas, con apenas unos rasguños como consecuencia. Lady Helenya, la madre del Joven Bredon, era de hecho muy hábil con la espada y a caballo. Incluso Lady Sebreena dio una estupenda demostración con sus queridas aves de presa. El aire estaba saturado de entusiasmo. Los hombres eran brutales en sus deportes; las mujeres, ágiles y llenas de gracia en los suyos, pero no menos violentas. Aunque la gloria y la sangre siempre iban de la mano, no hubo mucho para lamentar más allá de simples heridas superficiales y uno que otro ego golpeado.

Fue bastante entretenido, no se podía negar.

Madame Tessala y su asistente, Sir Morven de las Manos Sabias, iban y venían desde el sótano del castillo a menudo, acompañados por las dos niñas que seguían a los sanadores como sombras. De piel oscura y con la cabeza rapada como Madame, ella las presentó como sus protegidas: Layla (la mayor), y Faisa. Tras pensarlo un rato, me figuré que ellas serían las hijas del amigo de Sir Camron, el famoso Nafasi. Aún no tenía el placer de conocerlo.

Mi esposo, por otro lado, pasó la mañana haciendo negocios: tenía espadas qué venderle a gente con terribles deseos de deshacerse de su oro. Al menos, no desapareció sin decir nada, pero tampoco me pareció que estuviera muy contento.

¿Acaso estaba molesto porque me acurruqué contra su espalda en medio de la noche?

Se sentía bien apretar la mejilla contra su pelaje suave, pero aparte de eso…

Sir Kenley abandonó la arena y subió los escalones de madera hacia nuestro palco. La audiencia empezó a aplaudirle de nuevo, intercalando silbidos y alabanzas.

—¡Eso fue increíble, hermano! —Lady Sebreena se apresuró a abrazarlo.

Él le devolvió el gesto con una sonrisita.

—Gracias, pequeña Dama.

Yo le hice una reverencia, estirándome las faldas hacia los costados.

—Felicitaciones.

—Lady Fay —Sir Kenley se inclinó, gallardo—. Se la ve estupenda hoy.

Considerando que Lady Sebreena se robaba todas las miradas, acepté el elogio de buena fe y hasta me sonrojé un poco. Ataviada de brocado azul claro, la Dama llevaba una fina banda de plata en la cabeza y su largo cabello dorado estaba partido en dos gruesas trenzas decoradas con lazos de terciopelo gris. Tan joven y fresca, una auténtica princesa. Comparada con ella, y a pesar de la opulencia de mi propio vestido, era más fácil confundirme con una criada que con una noble.

Tartamudeé mi respuesta:

—L-le agradezco.

Una sombra alta cayó sobre el rostro de Sir Kenley, y *me di cuenta de que estaba ahí*.

Quizá ya estaba familiarizada con el aroma del cuero que vestía, o mi cuerpo reaccionaba a la presencia de un depredador tan poderoso, pero *supe* que Sir Camron había vuelto. Me puso una mano protectora en la espalda baja y se paró junto a mí, más cerca de lo que solía preferir.

Para un sujeto tan grande, podía ser increíblemente silencioso a veces.

Sus cortantes ojos plateados estaban fijos en el rostro de su hermano mayor.

—Una *victoria* fácil —comentó—. Felicitaciones.

Sir Kenley ladeó la cabeza.

—Me estoy haciendo viejo para esto, me duele el hombro —bromeó—. Gracias, Camron.

Detrás de nosotros, el Magistrado habló de nuevo; primero se dirigió a la gente loba en su lengua y luego repitió el anuncio en la lenguaplana, para toda la gente ordinaria que asistía a los juegos. Las competencias continuarían a la puesta del sol, con un giro:

—Sólo gente loba puede participar de aquí en más. —explicó Lady Sebreena, de nuevo.

—¿Por qué?

Ella se sonrió de lado.

—Ya lo verá.

Miré a Sir Camron, esperando que aclarase el tema, pero él no respondió nada.

*****

Para la hora del atardecer y después de una buena comida, la comitiva volvió al palco familiar. Noté que la muchedumbre era aún más grande que en la mañana, probablemente se había duplicado la asistencia. No había asientos vacíos, parte de la audiencia se quedó parada donde le era posible. Desde una de las puertas del sótano salieron varios hombres con antorchas para encender las docenas de braseros altos y linternas. Pronto el anfiteatro quedó bañado en luz otra vez.

Esa vez fue el tintineo de la cota de malla y el crujir del cuero los que me anticiparon su llegada, mi esposo se sentó de mi lado derecho. Lo saludé con una sonrisa.

—No lo vi durante la comida.

—Mis disculpas, estaba haciendo negocios.

—¿Vendiendo espadas a esta hora, todavía?

Él asintió.

—Algunas. Paga bien.

Asentí con él y fruncí un poco el ceño.

—¿Me permite preguntar cuánto cuestan?

—*Treinta* y cinco *coronas* cada una. Quizá más. Depende.

—¿Depende de qué?

Sir Camron me sonrió torcido.

—De la *cortesía* con que las pidan.

Las coronas eran monedas de oro que se usaban en el Extremo Norte, una de las regiones más ricas del continente. No estaba muy segura de su valor, pero sí sabía que eran más costosas que las monedas de oro del Valle Ancho. Treinta y cinco piezas me parecía muy caro para una espada, pero si él podía convertir ese extraño

mineral llamado platacero en armaduras, asumí que el trabajo de Sir Camron como espadero también era impecable.

—Se perdió de los eventos.

—*Siempre* estoy *observando*, no se *preocupe*.

El ronroneo bajo de sus palabras puso a mi corazón a galopar.

Por fin se volvió a mirarme, atravesándome el alma con esos ojos claros.

Una vez más, la voz del Magistrado rompió el hechizo para anunciar el inicio del próximo evento: desafíos abiertos. Bajo el cielo púrpura del ocaso más asistentes salieron del sótano llevando estantes abarrotados de armas. De todo tipo y tamaño, pesadas y livianas por igual, hermosas y horrendas, elegantes y poco refinadas, afijadas o romas, cortas o largas, para una sola mano o para dos. No supe qué pensar de tan terrible exhibición.

Lady Sebreena y el Joven Esmond se apresuraron a ocupar sus asientos, a mi izquierda.

—¡Oh, esto será bueno! —ella dio un gritito—. ¡Cualquiera puede entrar a la arena y desafiar a quien quiera a una pelea!

Traté de no hacer una mueca.

¡Qué barbaridad! El espantoso despliegue de armas le daba un cariz incluso más macabro.

—¿Cómo puede ser eso entretenido? —murmuré.

El Joven Esmond se inclinó hacia adelante y me miró, por delante de su hermana:

—Es por eso que los desafíos están reservados para nuestra gente: nuestra piel es más dura —explicó, con una sonrisa—. De cualquier manera, el Magistrado se asegurará de detener cualquier encuentro antes de que alguien se lastime seriamente. Están prohibidos los ataques mortales.

—¿Se esperan muchos desafíos esta noche? —pregunté, perpleja.

—No lo creo, la temporada estuvo tranquila —el Joven Esmond sonrió más todavía—. Lo que sí espero es que se intercambien algunas burlas interesantes.

Parecía ser un juego para ellos, pero yo no podía quitarme la incomodidad de encima.

Sir Camron me agarró una de las manos, para que dejara de retorcerme los dedos.

—*Creo* que *lamentará perderse* esto. —murmuró, junto a mi oído.

Estuve a punto de preguntar a qué se refería cuando la multitud a nuestro alrededor empezó a gritar. Sir Camron guio mi mirada con una garra afilada. Le obedecí, reticente, y me tropecé con otro impresionante lobo-hombre.

Salió con parsimonia por una de las puertas del sótano hacia la arena, *como si el mundo le perteneciera*.

Erguido sobre dos piernas perfectamente humanas, sacudía su cola esponjosa y movía la cabeza de un lado al otro, saludando a la audiencia. La forma de unos músculos poderosos se asomaba por debajo de una suave capa de pelaje corto y blanco, más grueso y largo en torno a su cuello. Puro como la nieve, aunque teñido de ámbar por las luces de los braseros. Unas pocas cicatrices le atravesaban el torso y los hombros, rompiendo el flujo natural de su prístino abrigo de piel. Un contraste feroz con la elegancia que irradiaba, sin duda. No llevaba nada más que unos pantalones sueltos de lino y unos gruesos brazales de cuero en las muñecas.

El misterioso lobo-hombre era pesado, pero no tanto ni tan alto como Sir Camron. Me alivió confirmar que mi mano la sostenía alguien más grande y seguro que más fuerte.

—¿Quién es él? —pregunté, con la garganta seca.

Mi esposo bufó:

—*Lord Areksandir*. El *Lord Príncipe*.

¿Lord Areksandir?

Pero, ¡claro! El joven vestido de blanco y negro que nos había recibido la noche en que el Clan Gris llegó a Whitehall. El que me había mirado como si se planteara comerme. No se había presentado como uno de los Lores Príncipes, ¿debía saber quién era, de antemano?

Así pues, el gentío común y yo teníamos el privilegio de estar frente a uno de los estimados líderes del Clan Blanco en su segunda piel. Los lobos-hombre no cambiaban de forma muy seguido, según lo que decía Madame Tessala, porque su naturaleza dual tenía tantos

beneficios como desventajas. Para empezar, el proceso resentía el cuerpo: la piel del lobo requería más comida y más descanso que la piel del hombre, se trataba de una forma hecha para la supervivencia y el combate. Resultaba más eficiente, pero también era más demandante. Elegían vivir como hombres porque les resultaba más fácil.

Y me acordé de esa misma mañana, y de cómo Sir Camron se puso a limpiar la cama para quitar sus propios pelos negros de la sábana, como si le molestara terriblemente. También usó un cepillo sobre sus brazos y pecho por un rato largo antes de vestirse al fin. ¿Qué tan diferente era la vida ordinaria para él, considerando la naturaleza permanente de su condición? Nunca me había detenido a pensarlo con seriedad.

El joven Lord llevaba su pelaje como cualquier soldado portaría su armadura.

Alguien caminaba junto al lobo blanco, un muchacho alto pero flacucho de pelo rubio y largo, vestido como escudero. Los dos se detuvieron cerca del centro de la arena. El lobo se cruzó de brazos, el escudero alzó la voz en la lenguaplana:

—En representación del Tercer Alfa del Valle Hundido, Lord Areksandir de las Garras Veloces, aquí les habla Herwin hijo de Irwan de los Muchos Trucos —hizo una pausa, quizá para algún efecto dramático, pero continuó enseguida—. ¿Se encuentra el honorable Sir Camron de los Ojos Plateados presente esta noche? ¡Por favor, un paso al frente!

Los murmullos empezaron a crecer por todo el estadio.

Lady Sebreena y el Joven Esmond se inclinaron hacia delante despacio, para clavar las miradas más allá de mí, en Sir Camron. Mi esposo permaneció quieto en su asiento, quizá tan pasmado como yo. Unos latidos después, sus dedos ásperos se soltaron despacio de los míos en lo que se ponía de pie para acercarse a la balaustrada del palco familiar.

Se inclinó con una mano en el pecho.

—Mi *Señor.* —gruñó, en voz alta.

El lobo-hombre blanco bajó un poco su regia cabeza, para devolverle el saludo, todavía de brazos cruzados. Los dos actuarían

como si el escudero no fuera más que un instrumento para llevar la voz de su Señor, al parecer, y no una persona en la misma conversación.

El jovencito llamado Herwin sacó un pergamino de su túnica y lo desplegó para leer:

—Sir Camron de los Ojos Plateados, hijo de Lord Willem de los Colmillos Perlados, es un gran honor para Lord Areksandir pedirle que se bata en combate amigable con él esta noche. ¿Haría el favor de dar lo mejor de sí, e intentar derrotar a mi Señor? Me temo que él ha estado esperando por una pelea como la gente todo el día.

—¿*Por* qué piensa que puedo *proveérsela*?

El escudero sonrió, no sin cierta picardía.

—Bueno, Sir Camron… nada más mírese.

Un jadeo colectivo corrió por toda la arena, sólo para darle lugar a un silencio tan profundo que casi me hirió los oídos. ¿Acaso ese mocoso *se atrevió a insultar a un caballero*? ¿A la cara? El Joven Esmond había dicho algo sobre burlas, pero…

La voz de Sir Camron se levantó como un trueno en esa quietud:

—¿Me está desafiando, mi *Señor*?

El jovencito arqueó las cejas, algo pálido.

—Pues, Lord Areksandir está…

—No escuché la *palabra concreta*.

Sir Camron estaba rígido, apretando el barandal con los dedos.

—D-desde que usted desafió a su hermano por el control de Guarida de Cuervos, mi Señor ha estado ansioso por enfrentarse a usted en un combate abierto —Herwin le respondió con la barbilla bien alta—. Dicen que su habilidad con la espada no tiene parangón.

El enorme lobo-hombre blanco sólo esperó, con la mirada fija en Sir Camron.

—¿Guarida de Cuervos? ¿Qué es eso? —pregunté, en un susurro.

—Su casa. —me dijo Lady Sebreena.

El Joven Esmond habló después de ella:

—Camron se ganó esa tierra de manera legítima en combate singular contra Lord Radomyr. Fue hace mucho tiempo, y todo según la ley del desafío libre. No entiendo qué es esto.

—No sabía que la casa se llamara así.

—Es un nombre de los días antiguos —mi cuñado se encogió de hombros—. Sólo se usa en escrito.

La voz del escudero volvió a interrumpir:

—¿Qué decide, Sir Camron? ¿Aceptará?

Mi esposo no parecía muy apurado por obedecer.

—¿Cuál es el *premio*?

Herwin miró a su amo. El otro lobo-hombre se encogió de hombros, como si nada.

—Lo que usted desee. Mi Señor sólo quiere que le dé la oportunidad.

Pasó otro latido.

—*Muy bien* —Sir Camron se irguió aún más orgulloso que el Lord. Su voz se convirtió en una fusión lenta entre gruñidos y palabras—. *Si yo gano, tendré el apoyo del Clan Blanco. Pero si pierdo, le deberé un favor personal a su casa.*

Si el estadio se había sumido en un tenso silencio hasta entonces, después de que él dijera eso el lugar se heló por completo. Hasta las banderas dejaron de flamear con la brisa.

Lord Areksandir se volvió hacia el palco del Clan Blanco. El anciano Lord Alfa parecía más bien entretenido, mientras que Lord Radomyr se veía ansioso por dejar caer algo duro y pesado en la cabeza de su hermano menor. Mi suegro, sentado justo detrás de su Señor con los otros miembros del Concejo, estaba más pálido que un fantasma.

El lobo-hombre blanco enfrentó a Sir Camron de nuevo. Agitó una zarpa en el aire.

Los murmullos se levantaron incluso más que antes, la audiencia estaba atrapada entre el desconcierto y la excitación. No entendí lo que estaba pasando, y sólo le echó más leña al fuego de mi desesperación.

El escudero continuó:

—Mi Señor acepta sus términos.

Mi esposo contrajo los labios en una sonrisa amenazadora, llena de dientes afilados.

—*Entonces acepto el desafío.*

La muchedumbre explotó en exclamaciones apasionadas.

Mis cuatro cuñados presentes saltaron de sus asientos, en pánico. Lady Sebreena estaba furiosa. Lord Rothfern se acercó al barandal a los pisotones, dejando a su esposa e hijos detrás. Sir Kenley no parecía más tranquilo que él, tampoco. De alguna manera, yo fui más veloz que todos ellos y logré llegar primero con Sir Camron; capturé una de sus manos con las dos mías, frenética.

Él me enfrentó, con las orejas echadas hacia atrás y quizá pensando en una disculpa, pero alguien lo agarró por el hombro y lo obligó a darse la vuelta.

Lady Sebreena dijo algo en la lengualoba que sonó mucho más brutal que de costumbre.

—*El pequeño Lord quiere jugar.* —resopló Sir Camron, en la lenguaplana.

—¡Oh, por favor, hermano! ¡Tómalo como lo que es! —se metió Sir Kenley, usando el mismo idioma—. ¡Una burla para incomodarte! ¡No cometas un error que te dejará mal parado en el valle!

—No lo *lastimaré* —Sir Camron vaciló, luego se encogió de hombros—. No mucho.

—Arriesgarás todo aquello por lo que has trabajado tanto. Camron, piénsalo un poco.

Ese fue Lord Rothfern, su cara barbuda estaba muy roja pero su voz fue la más calma.

Sir Camron me apretó la mano un poco más.

—Ya *derroté* a uno de ellos. —les recordó, con confianza.

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Pronto el aire se volvió irrespirable, quedé atrapada entre la balaustrada y el cuerpo de Sir Camron, un escudo impenetrable de músculo y pura determinación. Me concentré en sus dedos ásperos en torno a los míos mientras él discutía con su familia. Mi esposo me buscó por encima del hombro, regalándome una mirada depredadora.

El brillo de esos ojos me hizo temblar… *de satisfacción y anhelo*.

Quizá yo aborrecía la violencia por sí misma, pero mi corazón palpitaba de ambición. Me sentí insultada en su nombre. Ansiaba ver a mi lobo negro combatir y quería ser testigo de la totalidad de su poder tan crudo y animal, escondido bajo ese pelaje tan brilloso.

Asentí una vez, despacio, sosteniéndole la mirada.

Esa fue toda la aprobación que él necesitó.

Con un pase rápido de la mano, Sir Camron se sacó la cadena plateada que mantenía oculta bajo la ropa y la arrancó. Puso la cadena con el anillo de bodas en mi palma y cerró mis dedos en un puño, para mantener a salvo el pequeño tesoro.

Y después saltó por encima del barandal, arrojándose a la arena.

*****

Acababa de meterme en problemas. Probablemente.

Intercambiar desprecios es un rito usual en tiempos de torneo, el único momento en que era apropiado hacerlo. Insultos elegantes iban y venían hasta que a alguien se le agotaba la paciencia y la multitud se ganaba un espectáculo.

Además, en mi corta carrera como participante de los eventos, me habían dicho cosas peores.

El asunto es que *nadie insulta por debajo de su rango*. Los Alfas son Alfas. Ellos sólo desafiaban a otros Alfas, o consideraban desafíos que venían de abajo. Un Alfa no debería buscar camorra con alguien bajo su mando, porque es difícil pararse frente a ellos y no acobardarse. Sin embargo, desde que volvimos del Valle Ancho, empecé a sentir de que la influencia de las autoridades que me habían gobernado durante casi toda mi vida se había desgastado hasta convertirse en un velo delicado, que ya no podía sofocar mi voluntad.

Quizá por eso no lo pensé más de dos veces antes de aceptar el desafío.

Lo que se me escapaba, todavía, era la motivación de Lord Areksandir.

A la edad de veinte y tres él ciertamente era fuerte y rápido, Comandante de una de las ramas de mercenarios de su familia y un guerrero consumado. Podía dar una buena pelea si así lo deseaba. Pero se la había pasado participando de torneos y competencias durante casi todo el día, mientras que yo estaba fresco y más o menos bien descansado. Yo era por lo menos tres veranos mayor

que él, también, y un cazador experimentado con varias recompensas bajo el brazo.

Yo no era el mejor, pero el joven Lord estaba en desventaja.

Así, que, ¿por qué lo hacía*?* No había mala sangre entre nuestras familias, ni siquiera entre Lord Radomyr y yo. El asunto de mi casa se resolvió de manera honorable.

Verás, yo no tenía derecho a ninguna herencia porque aunque Padre me reconocía y me había criado como su hijo, mis reclamos se terminaban donde la sangre nos separaba. Si quería algo, tenía que ganármelo. En aquel entonces era un escudero sirviendo a mi hermano Rothfern, pero ya me encontraba entre los diez y siete y los diez y nueve. Eventualmente tendría que dejar Crescent Hall y encontrar mi camino, y para eso necesitaba reclamar un techo bajo el qué vivir. Una tierra a la que llamar mía.

No me gustaba el nombre Guarida de Cuervos porque no le veía el atractivo, no había cuervos ni pájaros negros de ningún tipo en las cercanías. Lo más probable es que hubiera sido un lugar de culto en otro tiempo, pero mi gente lo había usado como puesto de avanzada hasta que los dominios del Clan se expandieron lo suficiente, luego quedó abandonado. Es cierto que estaba en ruinas, pero era perfecto para mí: espacioso aunque no difícil de mantener, lejos del castillo pero no demasiado, con buena tierra para cultivar y una buena porción de bosque. Con una vista excelente, también. Era un rincón precioso del valle, al borde de las colinas y a la sombra de las Montañas Crecientes.

Lord Radomyr había reclamado esa tierra, pero estaba ahí y nadie la ocupaba.

Así que, después de estudiar a mi objetivo de cerca y pensarlo muchas, muchas veces, desafié a un Alfa por el control de la finca, en mi primera participación oficial a la Primera Cacería. Siendo apenas un escudero. Y gané, también apenas.

Me gusta creer que además de una torre que se caía a pedazos y un poco de tierra, ese día empecé a ganarme el respeto que tanto había llegado a apreciar.

Rodeado por el zumbido agitado de las voces de la multitud, me desvestí de la cintura para arriba y me saqué las botas, arrojándolo

todo cerca de la empalizada. Decidí dejar mi anillo con Lady Fay porque la idea de perderlo me ponía enfermo.

Enterré los dedos de los pies en la arena fría del estadio, acercándome al centro. Me detuve a una buena distancia de mi regio oponente. Él despedía un olor intenso, también, percibí el rastro de su sudor humano mezclado con el fuerte almizcle de su pelaje, elevado a la enésima por el cambio de estación. Era primavera temprana, después de todo, y a pesar de su edad y de su rango, no estaba casado. No era algo inusual. Quizá el joven Lord se sentía muy bravo y necesitaba ventilar. Quizá intentaba impresionar a alguna doncella. No pude percibir mucho más por el fuerte olor de la audiencia y la orina de caballo en el suelo.

Lord Areksandir me saludó con un el gesto acostumbrado de respeto: me ofreció la mano derecha y le tomé por la muñeca. Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca y sostuvimos la pose por un momento, mirándonos a los ojos. Se suponía que era una primitiva prueba de carácter, para ver si él era capaz de alterar mi concentración con su influencia.

Si lo intentó, no sentí un carajo.

Al menos, no hasta que sus profundos ojos azules se movieron apenas hacia otro lado. Hacia algún lugar por detrás de mí, entre la muchedumbre, en dirección al palco del Clan Gris. Resopló e hinchó el pecho como un pavo real levanta la cola.

Me volví apenas sobre el hombro, siguiendo su mirada, y me topé con Lady Fay.

¿El muy necio estaba mirando a mi esposa?

32. Una Gota de Sangre, Una Libra de Carne

El Magistrado rompió el apretón de manos y nos miró, severo:

—Será un combate de un solo turno hasta la derrota, con sólo una variedad de arma —nos explicó, frunciendo sus cejas peludas— Para derrotar al oponente, deberán sujetarlo contra el suelo. Pueden usarse los puños, las garras y los colmillos, pero la influencia queda totalmente prohibida; hacer trampa les reportará la derrota inmediata. Cuiden su fuerza. El Credo es ley; no estamos aquí para matar o mutilar, sino para demostrar habilidad marcial. Los dos deben volver a sus familias vivos y en buenos términos. ¿Lo han entendido?

Asentí con un bufido feroz e impaciente. Lord Areksandir inclinó la cabeza.

El Magistrado levantó un brazo hacia mí.

—Sir Camron, usted como el desafiado tiene el honor de decidir sobre las armas y los escudos, si los necesitare.

Miré a Lady Fay una vez más, más que nada para demostrarle que tenía la situación bajo control, y di una vuelta alrededor de los estantes para inspeccionar las opciones. ¿No dijo el escudero que su Señor admiraba mis habilidades con la espada? Bueno, si quería ganarle, iba a tener que negarle el placer. El joven Lord era conocido por sus reflejos rápidos, así que moverme dentro del alcance de sus brazos sería un riesgo. Necesitaba algo que me diera el suficiente espacio para maniobrar y distraerlo. ¿Una lanza pesada? No, muy pesada. ¿Una pica, quizá? Muy larga, difícil de manipular e inservible de cerca. Una alabarda era demasiado, un paso en falso y podía cortarle su monárquica cabeza sin querer.

Además, todas esas eran armas para usar con dos manos.

Oh, ya sabía exactamente qué elegir.

Elegí dos lanzas. De unos siete pies de largo total, con el asta hecha de madera negra endurecida y coronadas con una afilada hoja de acero de un pie. Ni muy liviana ni muy pesada. Lo bastante larga como para mantener la distancia. La multitud pareció aprobar mi selección con otro vitoreo. Le arrojé una de las lanzas. Lord Areksandir la atrapó en el aire y balanceó el arma entre sus dedos, con rapidez y buen nivel de destreza. Fanfarrón.

Busqué un escudo liviano de forma ovalada lo bastante grande como para que me cubriera del cuello a la cintura, él eligió uno con forma de cometa, más largo pero más angosto que el mío.

—¿Se encuentra satisfecho con las armas, mi Señor?

El lobo blanco volvió a bajar la cabeza, con los ojos fijos en mí.

¿Cuánto tiempo nos tomaría hacerlo todo a un lado y usar los dientes, sin más?

El clamor de voces animadas creció hasta convertirse en un ruiderío homogéneo. Después de dar unos cuantos pasos hacia atrás para prepararme, me até el escudo al brazo izquierdo y sostuve la lanza con las dos manos, con la punta a la altura de los ojos de Lord Areksandir.

El Magistrado levantó ambos brazos paralelos al cuerpo, y luego sobre su cabeza.

—¡Que comience!

Por supuesto, él atacó primero. El joven Lord se abalanzó sobre mí, apuntando a mi cuello. Bloqueé el ataque al golpear su lanza hacia el suelo y, siguiendo la inercia, giré sobre mis talones para pegarle en la nuca con el otro extremo de mi arma. Hubiera sido un punto a mi favor. Pero él fue lo bastante veloz como para evitar mi ataque y se dio vuelta con la misma rapidez, levantó la lanza de nuevo en lo que se deslizaba a mi alrededor. Mi hombro se estremeció con el impacto, me dio de lleno en el medio del escudo. Nada mal.

Salté y troté hacia atrás hasta que salí de su alcance otra vez, pero el joven Lord cargó contra mí sin vacilar. Con el escudo en alto, me planté y llevé la lanza hacia él, aprovechándome de su ataque. Él

evadió la afilada punta con gracia y siguió adelante, recuperé mi arma para bloquear el asalto con el asta y lo empujé. Él trastabilló hacia atrás uno, dos, tres pasos y soltó un gruñido, desde lo profundo de su pecho.

Intercambiamos unas miradas intimidantes. Yo era más fuerte, punto.

El lobo blanco se alejó enseguida, tras destrabar nuestras lanzas, pero amagó una patada traicionera hacia mi pie izquierdo. La vi venir y la evité por un pelo. Si lo que buscaba era una victoria fácil, se iba a llevar una sorpresa. Volví a ganar distancia, manteniendo el filo de mi arma hacia arriba y al frente como una advertencia, y esperé. ¿Tantas ganas tenía de atacarme? Eso significaba que no debía esforzarme tanto, el tonto haría todo el trabajo hasta que estuviera cansado y muy lento para responder.

Lord Areksandir se movió en un círculo amplio en torno a mí, considerando su siguiente movimiento. Yo lo imité, girando despacio sobre mis talones para darle la cara todo el tiempo.

Un hecho acerca de las lanzas ligeras es que, a diferencia de otras armas de asta, éstas no tienen ninguna guarda o forma especial que pueda ayudarte a contener, bloquear o rebotar un golpe a la distancia. El arma estaba hecha para ofrecer la menor resistencia posible al viento y así, pues, volar hacia el objetivo. Pude haber escogido una simple vara por las mismas razones, pero quería que cuidara su estrategia. Mi oponente no podía apuñalarme en el pie o en la ingle, o en ninguna parte, lo que significaba que yo tampoco podía hacerlo.

La mirada en sus ojos me dijo que aún podía lastimarme.

¿Qué intentaba hacer, en serio? Pensé que me tenía alguna simpatía.

¿Eligió específicamente a *mi esposa*, para molestarme? ¿Qué quería con ella?

¿O es que *la quería a ella*, quizá?

El lobo blanco desnudó los colmillos y volvió a abalanzarse, por fin, sosteniendo la lanza bajo el brazo para controlarla mejor. Intenté esquivarlo con el escudo, pero la cuchilla pegó en el borde inferior y se deslizó hacia abajo sobre la superficie; me rasguñó a través del

muslo, justo por encima de la herida de puñal. Apreté los dientes. El dolor explotó debajo de mi piel en lo que el borde afilado cortaba la pernera de mi pantalón y la carne debajo.

La tela se abrió, descubriendo la sección afeitada de mi muslo y la sangre.

La muchedumbre jadeó y gritó al unísono, celebrando el golpe.

Casi me caí sobre una rodilla, pero logré contenerme y dar un salto hacia atrás, una vez más para alejarme de su alcance. Lord Areksandir revoleó la lanza sobre su cabeza y volvió a la carga. Lancé mi arma hacia delante y la cuchilla encontró una apertura por debajo de su brazo derecho: alcancé a rozarle la cintura. Él se retiró de inmediato, con el codo apretado contra el costado del cuerpo.

Respirando con fuerza, los dos nos miramos.

Pronto un hilillo rojo empezó a bajar por su bonito pelo blanco.

La audiencia estaba extasiada. Percibí el malestar y el dolor del joven Lord, y también una pizca de su furia. No estaba enloquecido de rabia, pero tampoco estaba contento.

Bueno. Los dos habíamos hecho sangrar al otro. Momento de ponerse serios.

Inhalé con fuerza y tomé la iniciativa. Él resistió, valiente, mientras yo le atacaba con fintas rápidas que evadía con ligereza y habilidad, usando su propia lanza y escudo. Me moví a su alrededor describiendo un círculo completo hasta que lo agarré lo suficientemente distraído como para llevar mi arma hacia arriba, hacia su cabeza. Lord Areksandir esquivó de nuevo la hoja, pero tuve la suerte de que logré hacerle un corte en la oreja. Una brecha se abrió en su carne, cerca de la base, como si le hubiera arrancado un arete.

El grito-jadeo colectivo de la audiencia fue sobrecogedor, se convirtió enseguida en un sonido distante y agudo. Me ardía la pierna por dentro. La puñalada que creí que estaba curada se había vuelto a abrir y sangraba en abundancia.

Una mancha roja empezó a extenderse por el cuello del lobo blanco. Aunque la herida en sí misma era insignificante, se veía fea. Las orejas están colmadas de vasos sanguíneos para mantenerlas calientes en invierno.

No lo detuvo. Lord Areksandir decidió abandonar su escudo.

¿Sería sabio de mi parte hacer lo mismo? No.

¿Lo hice, de todos modos? Sí.

Una vez que me deshice de la única protección que nos permitían, me convencí de que sólo era cuestión de unos pocos movimientos más y el combate concluiría. Unos pocos movimientos certeros. Los dos cargamos contra el otro al mismo tiempo, yo conseguí sacar del medio su lanza una segunda vez y levanté el lado romo de la mía para pegarle en el hocico. El lobo blanco rugió y detuvo el golpe con el antebrazo, y (rápido como una serpiente) agarró el asta de mi arma, apretándola bajo su axila para tenderme una trampa. Traté de recuperarla de un tirón. Él soltó su propia lanza y me lanzó un zarpazo con la mano libre, un juego de garras de color ámbar cortó el aire a un pelo de distancia de mi nariz. Me eché para atrás, apenas a tiempo. Tuve que soltar mi lanza, la forma en que movía esos espolones endemoniados era aterradora. Logró distraerme, al fin; como yo tenía los ojos clavados en los movimientos erráticos de su brazo, no me di cuenta de que el joven Lord se preparaba para descargar otra patada.

Me mostró los dientes de nuevo y pronunció unas pocas palabras distorsionadas:

—*No contengas*.

Un dolor aún más intenso explotó dentro de mi muslo cuando me encajó un golpe preciso con el talón.

Cada nervio enterrado en mi carne se contrajo, paralizándome. Mordí el aire con furia y rugí. Las rodillas casi se me doblaron. Casi. El instinto pudo más y solté por fin la lanza que ya no podía usar, me arrojé al suelo y rodé por encima de la otra arma abandonada. Me la llevé conmigo en lo que intentaba rodar tan lejos y tan rápido como pudiera de él. Podía sentir a Lord Areksandir acercándose a los pisotones.

Si me quedaba así, él me apuntalaría al suelo y se quedaría con la victoria.

Salté para ponerme de pie otra vez, pero la pierna herida no resistió y caí sobre esa rodilla. Hice una mueca. La piel me palpitaba.

Él ya casi estaba sobre mí, el orgulloso lobo blanco se alzó como una sombra mortífera y llevó la lanza hacia abajo.

Era la primera vez que *alguien me miraba desde arriba, así*.

No había manera de repeler ese golpe sin causarle una herida seria.

Así que solté la lanza que acababa de levantar y capturé la suya por el cubo (por detrás de donde se terminaba el filo y empezaba el asta) y descargué mi puño derecho contra la vara de madera, como un martillo. Sabía que me iba a doler muchísimo, y aun así no estaba preparado para lo que vendría. Mi brazo entero se sacudió con el impacto, desde la muñeca al hombro, un relámpago me subió por el antebrazo y el codo, explotando en cada nervio… pero la madera negra se reventó en una docena de esquirlas. La lanza se quebró cerca de la hoja.

El joven Lord abrió mucho los ojos.

Sólo fue capaz de atestiguar cómo la hoja de lanza rota cambiaba de una de mis manos a la otra y cómo la empujé hacia él. Me abalancé hacia arriba y rasgué a lo largo de su torso con la punta, empezando en el estómago y hacia su hombro izquierdo. No fue más que otro corte superficial, pero sangró enseguida. Él retrocedió, todavía con el asta sin cabeza entre sus dedos crispados.

A esa altura, los gritos y rugidos de la audiencia no eran más que un zumbido sordo para mí.

Todo lo que pude oír fueron mis propios jadeos y mi pulso agitado, golpeando y golpeando dentro de mis oídos. El canto de la mano derecha y el meñique me dolían terriblemente, estaba casi seguro de que me había roto un hueso o dos. A mi pierna no le iba mucho mejor.

Revisé la muchedumbre de un vistazo hasta encontrar a Lady Fay.

Ella sostenía la mano de mi hermana, con fuerza, con el rostro contraído en una expresión preocupada. Respiré hondo un par de veces y puse peso sobre mi muslo herido, para erguirme de nuevo y despacio, mostrándole a mi esposa que me encontraba (bastante) bien. Por dentro me sentía horrible. Si permitía que ese desafío tonto

continuara por más tiempo, más me exponía a recibir una herida que arruinara nuestra oportunidad de bailar en el festín.

Quería bailar con ella. Quería verla bailar.

Un rugido aullante hizo que se me erizaran los pelos a lo largo de la espalda. Un sonido rabioso, nacido de la ira pura y la desesperación. Me giré de inmediato. Lord Areksandir corría hacia mí una vez más, llevando el asta partida como una espada.

Sin pensarlo mucho, le di una patada al extremo de la otra lanza que yacía en el suelo, a mi lado. El arma saltó hacia mi mano justo a tiempo para bloquear un golpe, dos, un tercero y un cuarto en lo que me movía hacia atrás. El lobo blanco ya tenía la mitad del cuerpo roja por la sangre de sus propias heridas. Di la vuelta otra vez para alejarme de él, evadiendo unos cuantos ataques simplemente con echar la cabeza hacia atrás lo suficiente. En ese remolino de acción logré efectuarle al joven Lord por lo menos otros cinco pequeños cortes, todos del lado derecho del cuerpo.

El Magistrado nos observaba, desde su silla alta por debajo del palco del Lord Alfa.

Quizá en una maniobra de remate, Lord Areksandir intentó hacerme tropezar usando la vara rota, pero no funcionó; con todo y dolor, yo seguía siendo lo bastante rápido como para esquivar la treta, bloqueando su arma con la mía. Frustrado, él levantó el asta y la hizo girar sobre su cabeza…

… con tanta puta suerte, que me pegó en el rostro.

Puedo contar con los dedos de una mano cuántas veces he llorado, y me sobran dedos. Esa vez me sentí a punto de sollozar como un cachorro. Una agonía terrible me explotó a lo largo del hocico, demasiado aguda como para aguantarla sin hacer mala cara.

El sabor salado y la textura líquida de la sangre me llenaron la boca enseguida.

Pasó tan rápido. El mundo a mi alrededor empezó a inclinarse en una dirección antinatural. Trastabillé pero enseguida planté mi lanza en el suelo y la usé para sostenerme de pie. No podía caer. Tenía que aguantar, que mantenerme erguido. Si me caía, no volvería a levantarme, ya lo presentía. Sentí deseos de vomitar. Podía tragar o

escupir lo que tenía en la boca, elegí escupir. Apenas destrabé las mandíbulas, la sangre se derramó por mi barbilla como un torrente.

El penetrante olor a hierro me revolvió el estómago.

Sacudí la cabeza como un perro mojado, tratando de recuperarme. Más sangre salpicó en todas direcciones, algo me golpeteaba detrás de los ojos. Por fortuna, el Magistrado saltó de su silla y levantó las dos manos. Se paró entre nosotros, para contener a Lord Areksandir.

—Sir Camron, ¿puede continuar?

Tenía la vista borrosa, un dolor insoportable me palpitaba a lo largo del hocico y dentro de los oídos, tan fuerte que casi no entendí lo que dijo.

Traté de respirar más despacio, con los ojos cerrados, descansando contra la lanza.

¿Podía seguir? Probablemente sí.

¿Podía ganar? No de manera civilizada.

Al asentir con la cabeza desaté otra oleada de silbidos y vítores de la muchedumbre.

El Magistrado retrocedió.

—Procedan. Vuelvan a sus posiciones defensivas.

El joven Lord vaciló, pero preparó su lanza rota.

Apreté los dientes. No podía dejar de saborear la sangre, ni de escupirla. No podía sentir mis labios en el lado derecho de la boca. Cada movimiento de la mandíbula incitaba una descarga de dolor.

Un gruñido intenso y profundo creció desde el fondo de mi pecho. Cargué contra él y él se abalanzó sobre mí.

Chocamos otra vez. Levanté el brazo y aunque recibí otro golpe en el antebrazo, lo usé para desviar su asta rota y agarrarla de nuevo. En vez de empujar, lanzar zarpazos o darle una patada, tiré del arma hacia mí. Por instinto solté mi propia lanza y disparé el otro brazo hacia delante, enterrando los dedos en la melena del joven Lord. Lo agarré por el cuello. Él gañó, sorprendido. No le di tiempo de pensar ni de reaccionar: le trabé la pierna con el talón y lo forcé a caer sobre su espalda.

Me engañó de nuevo, Lord Areksandir soltó su vara y no sólo también me agarró por la melena sino que se aferró a una de mis

orejas, mostrándome esos dientes voraces de frente. Los dos gañimos como chuchos malheridos.

Rodamos juntos por el suelo, tratando de mantener al otro abajo. La audiencia enloqueció, gritando, golpeando los tablones con los pies, aplaudiendo, rugiendo. Lo bastante fuerte como para sobrepasar nuestros propios aullidos y gruñidos. Todo terminó de repente cuando sentí los dientes del joven Lord hundiéndose en el pelaje de mi cuello, justo cuando yo iba a cerrar las mandíbulas en torno a su garganta:

—¡BASTA! —la voz de trueno del Magistrado se alzó por encima de todo— ¡ESTO ES UN EMPATE!

¿Qué?

Ambos nos quedamos helados. Miré ligeramente hacia arriba y me encontré con un ojo azul e irritado que me observaba. Cada pulgada del cuerpo me dolía. No podía dejar de temblar, la sangre me corría por las venas demandando carne. No sentía la picazón en las encías pero supe que estaba allí, la necesidad de desgarrar y morder, de destruir. No era una sensación agradable. Lo más salvaje de nuestra naturaleza brutal, expuesto. Pude olerlo en el lobo blanco, también, junto con su olor de macho, la meada de caballo, la tierra, la sangre y mi propia saliva.

Estuvimos a punto de perdernos. La combinación era asquerosa.

—Es un empate. Lord Areksandir, Sir Camron, apártense.

El Magistrado se paró junto a nosotros.

—¿No me oyen? Es un empate, he dicho. Los dos han caído, y los dos se han sostenido el uno al otro en una posición indefendible. Ninguno tendrá la victoria.

La muchedumbre no pareció estar de acuerdo con el veredicto, la gente empezó a abuchear y gritar.

El joven Lord me soltó primero, alejó sus garras y sus dientes de mí. Se dejó caer de espaldas en la arena con los ojos cerrados, respiraba en alientos cortos y rápidos. Empujándome con los brazos, me aparté de él y caí sobre mi trasero, por accidente me senté sobre mi propia cola torcida.

Todo me dolía tanto que ni me di cuenta.

Me eché hacia atrás, una fatiga sin precedentes me aplastó los hombros.

Una vez más, el instinto me ordenó que buscara a Lady Fay, quizá para asegurarme de que ella seguía donde la dejé y de que aún me pertenecía, empate o no. No me llevó mucho encontrarla. Ella ya había bajado los escalones hacia el estadio y corría hacia mí, levantándose las faldas. De todas las emociones que esperé ver en sus ojos…

No me esperaba el *orgullo*.

*****

—Quédate quieto —ordenó Madame Tessala, con el ceño muy fruncido. Masticaba algo, tenía un bulto dentro de la mejilla—. Abre la boca, por favor.

Sir Camron bufó y resopló bajo sus cuidados, sentado en un barril de madera. Apretó con fuerza un bollo de lino empapado de rojo sobre la herida de su pierna.

—Camron, déjame tocarte. Necesito parar el sangrado.

El lobo negro gruñó, apartó la cabeza. Madame entrecerró los ojos, amenazándole con la mirada.

—¿Quieres que la cara se te hinche como una sandía? ¿No? Entonces abre la boca.

Él me miró brevemente y, tras vacilar de nuevo, obedeció. Despacio, temblando, abrió las mandíbulas. Sus colmillos y dientes estaban ensangrentados, tenía la lengua plagada de coágulos oscuros. Más rojo goteaba de su barbilla, empapando su pelaje oscuro y el pavimento del sótano. La sanadora le levantó uno de los belfos y lo volteó apenas, para verle las encías y el interior del labio. Sir Camron reaccionó con un gañido agudo, estrujando el vendaje sucio con las garras expuestas y las orejas pegadas a la cabeza.

Hasta su cola temblaba, rígida y erizada. Debía dolerle muchísimo.

Deseé que hubiera algo que yo pudiera hacer para ayudarle…

Pero Madame nos había ordenado a mí y al resto de la familia que esperásemos afuera de la modesta tienda sin techo, para darle

tranquilidad y silencio. Ella nunca dijo que no me podía parar justo en la puerta.

—Sólo es un corte —declaró Madame, confiada. Su abolsado vestido rojo de mangas largas estaba manchado por todas partes. No llevaba joyas en las manos o la cabeza, sólo un pesado collar en forma de torque—. Es profundo, de quizá tres dedos de largo. La vara debió golpear hueso, y la piel de tu labio se partió. Alégrate, al menos vas a sobrevivir con todos los dientes intactos.

Sir Camron la fulminó con una mirada terrible. Hizo algunos signos con las manos, tan rápidos que sólo alcancé a entender la palabra *cabeza*.

—¿Te retumban los sesos? Te dieron un buen golpe, no me extraña —Madame se rio—. A ver, bebe esto. Te ayudará con el dolor.

La sanadora se sacó un pequeño frasco de cristal de un bolsillo del vestido y le arrancó el corcho con el pulgar. Volcó el contenido en la boca de mi esposo. Él parecía muy incómodo. A continuación, Madame escupió una masa jugosa de color verde-púrpura en su palma, quizá una mezcla de hierbas medicinales y hojas. Mi esposo gruñó.

—Oh, no me mires así, muchacho —ella lo reprendió de nuevo y empujó el menjurje pegajoso debajo del labio de Sir Camron. Luego, le cerró las mandíbulas con las dos manos. Él empezó a respirar un poco más rápido, gañendo de nuevo—. Debes mantenerlo en tu boca toda la noche y tragar el jugo poco a poco. Es amargo, ya sé, sopórtalo lo mejor que puedas y mañana te sentirás mucho mejor. Ahora, déjame ver tu mano.

Un ladrido de dolor ajeno me llamó la atención, miré sobre mi hombro.

El buen Sir Morven estaba del otro lado, en otra tienda, atendiendo a Lord Areksandir.

El joven Alfa se encontraba de vuelta en su forma humana, sentado en una banca y desnudo excepto por una capa que le tapaba las piernas y la cintura. Su leal escudero esperaba de pie a su lado, con una toalla. La última vez que vi al Lord, en el anfiteatro, su abrigo de pieles blanco ya no era prístino sino mancillado con rojo

y marrón por todas partes. A una de sus orejas le faltaba un pedacito y múltiples laceraciones partían su pelaje. En su piel humana, aun le goteaba sangre de la oreja cortada y del corte más largo que le atravesaba el pecho, y eso era todo. El resto de los cortes y lesiones en sus brazos y hombros parecían haberse desvanecido.

Ciertamente, se veía en mejor condición que mi esposo.

No podía creer la brutalidad, y eso considerando que había presenciado la mayoría de los eventos de competición del día. ¿Esa era la versión de un *duelo amigable* para la gente loba? Para mí, incluso desde la distancia, parecía más una pelea de perros. Una que Sir Camron ganó, a mi parecer: él fue el primero en sostener a su oponente contra el suelo.

Suspiré, aliviada. Los dos estarían bien, por supuesto.

Mientras Madame Tessala inspeccionaba la mano derecha de Sir Camron, observé al hijo del Lord Alfa. Con una elegancia imperiosa, él se mantuvo quieto y permitió que Sir Morven hiciera su trabajo. Mostró los colmillos una o dos veces, siseando. Lord Areksandir era un joven fuerte y muy atractivo, con su cabello cenizo y corto caído sobre el ceño con descuido. Era dueño de incontables cicatrices de batalla y de unos ojos azul-cristal que parecían atados a algo que se encontraba en alguna parte por detrás de mí.

Seguí su mirada con cautela.

Y me tropecé con mi cuñada, Lady Sebreena. Ella seguía reunida con sus hermanos y su padre, todavía protestando por el resultado. Tenía el suficiente fuego en las venas para indignarse por las dos.

Lord Areksandir la miraba con una expresión tan conmovedora que…

—Tu mano también está bien. Sólo parece que te dislocaste un dedo al partir la lanza, pero durante el resto de la pelea el hueso volvió a su lugar. No te exijas demasiado y la magulladura sanará naturalmente en unos días. ¿Lady Fay? —la voz imperiosa de Madame me trajo de vuelta, me giré enseguida para mirarla—. Le daré medicina e instrucciones sobre cómo debe administrarlas; ¿le parece que podrá cuidar del terco de su esposo esta noche?

Se me cayó la mandíbula.

—¡Oh, por supuesto! Daré mi mejor esfuerzo.

La sanadora me regaló una sonrisa llena de cortesía.

—Muy bien. Asegúrese de que se dé un baño y se cepille bien el pelaje, le daré a usted un ungüento para aplicar en los cortes. Volví a coser la herida en su muslo, *otra vez*… aguantará, pero sólo si tiene cuidado. Preste atención a los vendajes, nada más. Hemos terminado.

Una de las niñas que ella llamaba protegidas (Faisa, la más pequeña) se metió al trote en la tienda y le entregó a Madame un odre con agua. Ésta bebió un largo sorbo directo del pico, quizá para sacarse el mal sabor de la boca, y luego salió para lavarse las manos en un cuenco.

Aproveché la oportunidad para acercarme con discreción a Sir Camron.

Mi esposo dejó el trapo empapado que tenía en la pierna y me agarró por la muñeca, su mano se deslizó sobre la mía hasta quedar entrelazadas. O lo más que pude entrelazar mis dedos con los suyos, mucho más grandes y ensangrentados. Tiró de mí, para apoyar nuestras manos sobre su regazo. Era más débil que un suspiro, pero oí los suaves gañidos que acompañaban su respiración, en una cadencia que me recordó mucho a cachorritos asustados.

—Me alegro de que no esté herido de gravedad. —murmuré, muy bajito.

Él gruñó algo ininteligible.

Luego resolvió señalar *me siento bien* con la mano derecha.

No quería iniciar una discusión acerca del evidente y miserable estado de su muslo y de la herida que me había dicho que no era importante. O de su hocico hinchado, para el caso. Todo lo que me importaba era que él estaba vivo, despierto y principalmente, entero. El resto podía esperar.

Madame Tessala volvió a la tienda, frotándose las manos con una toalla limpia.

—Esto te costará —dijo, y levantó dos dedos—. Dos monedas de plata.

Sir Camron asintió sin vacilar.

—Usted nunca nos había cobrado antes. —observé, perpleja.

La sanadora volvió a beber agua, con una mirada divertida. Estaba a punto de decirme algo, pero un hombre enorme con una gruesa pelambre roja levantó la voz por detrás de ella:

—Sí, es interesante cómo usted no recibe monedas del populacho, pero nos extorsiona a nosotros hasta el último cobre para atender nuestras heridas durante el festival.

Madame ladeó la cabeza, mirando al recién llegado con desdén.

Lo reconocí como uno de los miembros del Concejo del Lord Alfa, pero no pude recordar su nombre. Se le veía muy bien vestido en rojo, verde y dorado, con botas, pantalones y un abrigo magnífico con una capa. Unas patillas largas y profusas se fusionaban con su espesa barba y bigotes anaranjados, dándole un aire lo bastante aristocrático como para esconder su postura poco refinada y sus palabras groseras. La sanadora no pareció intimidarse, ni por su altura ni por la expresión desdeñosa en el rostro del hombre.

En cambio, ella resopló con ironía.

—Bueno, el *populacho* no se lastima a propósito actuando como unos idiotas pomposos, mi Señor. Ahí está la diferencia.

El sujeto arrugó la nariz, revelando la punta de unos afilados colmillos.

—Me pregunto qué diría el Lord Alfa sobre sus modales.

—¿Quiere que lo averigüemos? —ella sonrió ampliamente.

Quizá el Lord deseaba continuar atacándola, pero la presencia de la niña aferrada a las faldas de Madame le hizo entrar en razón. Quizá fue la fulminante mirada de desaprobación en los ojos de Sir Camron, o fui yo, que estaba parada ahí. ¿Quién sabe? El hombre sólo sacó un pequeño bolsito con monedas y lo dejó caer en la mano de Madame Tessala, luego le hizo una reverencia rápida.

—Gracias por atender a nuestro joven Lord Príncipe. —escupió, seco.

—El placer es mío, Lord Hamish.

El susodicho se fue de inmediato, rígido de rabia.

El rostro de la sanadora se convirtió en una máscara de piedra, en lo que se aseguraba de que aquel cliente tan desagradable se alejara lo más posible. Acarició la cabeza rapada de la niña que seguía a su lado con un gesto más que tierno y amable.

—Qué grosero de su parte. —bufé, molesta.

—Es natural. No le agrado a todo el mundo en este valle.

—No veo por qué.

Madame dibujó una sonrisa torcida, pero evadió mis ojos.

—Como usted dijo, mi Señora, a veces los hombres son como perros, como toros o como caballos, pero la mayoría del tiempo son como pavorreales —le dedicó una mirada a Sir Camron y arqueó una ceja, complacida—. ¿No estás de acuerdo, muchacho?

Mi esposo simplemente le respondió con un gruñido hueco y desanimado.

33. Todas las Pequeñas Victorias

Terco como una mula, Sir Camron insistió en bañarse por sí mismo.

Para cuando volvió a nuestra recámara, ya era tarde y había sonado la campana de la cena, y me encontró caminando de un lado a otro delante de la chimenea. Ni siquiera me molesté en tratar de esconderlo: su prodigiosa nariz tendría que lidiar con mis emociones. Se me encogió el corazón cuando lo vi cojear alrededor de la cama y acercarse a la silla acolchada. Se sentó con cuidado, despacio, moviendo la cola fuera de su camino con la mano lastimada, hundiéndose en el sofá en lo que yo le miraba con los brazos cruzados.

Ya no apestaba a sangre ni a tierra, les reemplazaba un dulce aroma a miel almizclada. Él se había vestido con unos pantalones holgados y una camisa marrón suelta, de mangas largas y abierta sobre el pecho. No llevaba botas, ni brazales de cuero, nada más.

Sir Camron exhaló, gruñó y gañó a la vez.

Tenía la cara hinchada, es cierto, pero no tanto como creí. Sus ojos seguían abiertos. Se veía como si le hubiera picado una abeja en la mejilla. No pude permanecer molesta con él por mucho tiempo, por fin estábamos solos y podía hacer algo por él además de quedarme mirando.

—Debe tomar su medicina.

Volvió a gañir, echando las orejas hacia atrás. Casi me hizo sonreír.

—Sin excusas, prepararé el emplasto. Madame dijo que es por su bien.

Me hizo unas señas. Al principio, se deslizó el dedo índice hacia abajo sobre la garganta, dos veces, y luego transformó la misma mano en una C y la movió hacia abajo sobre su estómago, también dos veces. *Sed* y *hambre*. Dejé caer los hombros enseguida.

—¿Le duele tanto la boca que no puede hablar?

Asintió, con los ojos cerrados.

—¿Cree que podrá comer, en ese estado?

Esa vez él asintió con más vigor. Suspiré.

—Bien, entonces será mejor si come primero. Después, se tomará la medicina y se irá a dormir, ¿me ha entendido?

Sir Camron abrió los ojos despacio y me miró.

¿Fui demasiado dura con él? No parecía enojado o molesto, sólo cansado. No quería pensar en los doce días en que estuvo lejos de mí, persiguiendo aquella recompensa. Si una pelea de uno a uno con otro lobo-hombre le había dejado así, ¿cómo fue luchar contra una docena de hombres y perros entrenados, como me dijo?

Me bajó un escalofrío por la espalda. Sir Camron alzó las orejas.

Cerró el puño pero extendió el pulgar y el meñique hacia afuera, luego se tocó la barbilla suavemente con los nudillos, tres veces. *¿Qué sucede?*

—Nada. Le pediré a la Joven Lesma que nos traiga comida y luego me cambiaré para pasar la noche. Por favor, espere aquí.

El instinto me dijo que él no se movería en absoluto.

Después de que encontré a la doncella en los cuarteles de servicio de nuestro piso, volví a la habitación con una bacinilla y agua tibia y me metí detrás del biombo con una vela. Me saqué el vestido, lo más rápido que pude considerando la compleja lazada que llevaba a la espalda, y usé un paño con jabón de miel para lavarme el cuerpo. Mi cabello podía aguantar un día más. Para cuando terminé las abluciones, las doncellas ya habían traído la comida, saludado a mi esposo con respeto y se habían ido.

Me puse un camisón limpio, uno de los nuevos. A diferencia de la mayoría de mi ropa de dormir, éste no tenía mangas, colgaba de cintas anchas que se ataban sobre mis hombros. Era suave, blanco, con un hermoso bordado en el escote y el dobladillo. Tras un cortísimo debate interior acerca de la decencia, también decidí

echarme encima una bata naranja de mangas largas. La larga cola de la bata arrastraba por detrás de mí, barriendo el piso de piedra.

Sir Camron todavía descansaba en el sofá, pero se puso de pie apenas me vio salir de detrás del biombo. Su respiración dio un salto bajo el dolor del esfuerzo.

—Puede dejar de fingir que se siente bien, Sir Camron —le dije, con las manos sobre mi estómago—. Sólo estamos nosotros dos, y no lo voy a juzgar.

Él me respondió con un gruñido bajito y caminó hacia la mesa, para sentarse otra vez.

Según mis indicaciones, la Joven Lesma nos había traído pan fresco y sopa, estofado de cordero, patatas cocidas, pollo rostizado y unas dulces tartas de limón para el postre, todo acompañado con agua y aguamiel. Todo estaba caliente y olía más que delicioso. Mi esposo analizó los platillos y calderos, con el ceño claramente fruncido.

No podía recordar otra instancia en la que se hubiera rehusado a comer algo, pero por si acaso…

—Puedo pedir otra cosa si esto no le gusta.

Él sacudió la cabeza y apartó la silla para mí, primero. Me senté. Luego Sir Camron trajo otra silla y se sentó junto a mí, tan cerca que nuestras rodillas se tocaban debajo de la mesa. Era algo extraño, porque él siempre mantenía la distancia, pero no me molestó. Un puñado de mariposas empezaron a batir las alas en mi estómago.

Comenzamos la cena bajo el suave brillo ambarino de las velas, en silencio.

Sir Camron arrasó con la sopa y con el estofado de cordero sin problema, llevándose una cucharada tras otra a la boca con la mano izquierda… no masticó, sólo tragó haciendo bastante ruido. Sin embargo, cuando llegó el momento de abrir el pollo, se quedó mirando al ave por un rato largo, con las orejas aplastadas. Tomó el cuchillo de trocear y un tenedor largo, pero no hizo nada. Sus ojos iban y venían entre el pollo y las patatas.

Observé sus gestos por un ratito antes de inclinarme para preguntar:

—¿Hay algún problema?

Mi esposo resopló fuerte y empujó la cuchilla y el tenedor hacia mí.

Le temblaba la mano derecha.

Tragó saliva con fuerza, todavía amenazando al ave con la mirada.

Por supuesto. La hinchazón en torno a sus nudillos era bastante evidente, también.

Sacudí la cabeza y enseguida recibí los cubiertos. Maniobré el pesado cuchillo para cortar una pierna entera del pollo, para él, y saqué una jugosa pechuga para mí. Después de servir las patatas, me senté otra vez y seguí comiendo. Sir Camron no lo hizo. Tomó el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo de comensal con la derecha, que seguía temblando. Y de nuevo, fulminó la comida con una mirada como si amenazándola fuera a lograr que se derritiera, o algo.

Volví a pararme, con mis propios cubiertos, y empecé a cortar el pollo en su plato.

Él intentó fulminarme a mí con la mirada, esa vez.

—Quizá sólo debería dejar que yo le atienda por esta noche —comenté, con una sonrisa en los labios para darle más confianza—. No se va a morir por eso, y a mí no me molesta.

Sir Camron aguantó la desgracia de que le sirvieran como a un noble con mucha seriedad, en lo que yo reía por dentro. ¿Por qué tenía que ser tan terco? Podía ver que estaba habituado a hacerlo todo por sí mismo y estar incapacitado le frustraba muchísimo. En ese aspecto, lo entendía. Pero no tenía nada que demostrarme, no a mí. Parecía haberse olvidado de que estaba casado, y de que habíamos prometido hacer una amistad de aquel matrimonio. ¿De qué servían los amigos, si no podían estar ahí para apoyarse mutuamente?

También es cierto que yo misma no tenía mucha experiencia con la amistad, pero me figuraba que no podía ser tan distinto de las historias que leí cuando era niña. Quizá ofrecer darle de comer en la boca sería una ofensa muy grande, así que sólo corté el pollo y rompí las patatas con el tenedor.

Cuando terminé, me atreví a ponerle la mano sobre la cabeza, entre sus orejas gachas.

Sir Camron se quedó muy tieso, pero no se apartó.

—Déjeme ayudarle. —murmuré.

El pelaje oscuro como ala de cuervo se sentía muy suave bajo mis dedos.

Volví a mi asiento. Él suspiró y tomó el tenedor otra vez, con la mano izquierda, y empezó a empujar pollo dentro de su gaznate. Como antes, ni siquiera lo masticó, la comida sólo pasó por su garganta con rapidez. Hizo aún más ruido, de maneras bastante crudas y bestiales.

Bueno, al menos comía.

Las tartas dulces probaron ser otro problema, pero también las corté en pedacitos para que al menos él pudiera probarlas. Estaban riquísimas, la crema de limón se derretía en mi lengua. Logramos atravesar juntos aquella abundante cena que se estiró hasta la doceava campana de la noche sin más consecuencias que un ego algo golpeado, como mucho. La Joven Lesma llegó poco después para llevarse las sobras y nos ofreció té, pero lo rechacé con cortesía.

Estaba algo cansada, demasiadas emociones para un solo día.

—Hora de tomar su medicina.

Lo sorprendente es que Sir Camron no protestó: obediente, cojeó hacia la cama y se sentó a un lado, luego se desvistió de la cintura para arriba. Sabía bien cuál era el tratamiento. Madame Tessala me había dado una ampolla de vidrio con un líquido lechoso de olor horrible, un pote de cerámica que contenía un ungüento marrón oscuro y varios rollos de vendajes y lienzos limpios, bien doblados.

El ungüento por lo menos olía bien.

—Tiene que sacarse los pantalones también, necesito ver su pierna.

Me di vuelta mientras preparaba los materiales, para que Sir Camron tuviera algo de privacidad.

De un pequeño estuche de cuero separé cinco hojas verdes y cinco moradas, y puse diez gotas del líquido lechoso en una copa con agua, todo según las notas que Madame escribió para mí.

Revolví el contenido de la copa y me dirigí hacia la cama. Mi esposo había obedecido, otra vez sin protestar: se había quitado los pantalones, y los usaba para taparse la entrepierna.

Me quedé helada.

Claro. Estaba desnudo. Cubierto de pelo, sí, pero esencialmente desnudo.

Nunca lo había visto desnudo antes.

Se volvió a mirarme, alarmado, pero apenas levantó la mano para hacer una señal, empujé la copa con agua contra su palma.

—Tómese esto.

Volví a la mesa mientras él bebía y recolecté las hojas y el ungüento.

Quizá con un poco de suerte, Sir Camron no vio el rojo en mis mejillas.

El siguiente paso fue incómodo para los dos, pero tenía que hacerse. Me tomé mi tiempo y lo hice con el mayor de los cuidados, pero deshice el vendaje alrededor de su pierna y limpié la herida con un paño mojado. Intenté causarle la menor cantidad de dolor posible. Él ni siquiera parpadeó.

Lo que no decía con el rostro, sin embargo, lo dijo con la respiración entrecortada y algunos espasmos involuntarios. Era una masa de músculos tensos, tendones que temblaban cada vez que apretaba los dientes o los puños. Yo fingí no darme cuenta.

¿Todavía sentía dolor?

¿O le incomodaba mi cercanía?

Era difícil evitar que mis ojos se distrajeran, pero pronto encontré algo en lo qué fijarme. El parche de piel afeitada en su muslo era extraño, increíblemente pálido y áspero al tacto. Se podía apreciar con facilidad el patrón de crecimiento de su pelaje, la inclinación y dirección de cada pelo, las muchas pequeñas cicatrices que quedaban disfrazadas. Apliqué el ungüento en la herida y la cubrí con un pliegue de lino, luego coloqué la venda en torno a su pierna. Con ese asunto ya concluido, me dediqué a revisar el resto de los cortes.

Algunos aparecían a la vista, a otros tenía que buscarlos con los dedos entre el pelaje de sus costados, abdomen, pecho y brazos.

Era un trabajo tedioso y tuve que pararme más cerca de lo que él probablemente quería. No me rechazó, a pesar de eso. Sir Camron mantuvo los ojos cerrados todo el tiempo, le temblaba la mandíbula. Una vez que terminé con el ungüento, metí las hojas en mi boca y empecé a masticar. Di unos pasos atrás y traté de ejecutar el signo para decirle que ya podía volverse a vestir. Si no me equivocaba, se hacía con las dos manos abiertas, con los dedos separados y las palmas hacia abajo, y rozándose el cuerpo con los pulgares mientras se movían las manos hacia abajo.

Él se paró, sosteniendo los pantalones sobre su entrepierna. Tenía la cola erizada.

El corazón me latía fuerte en los oídos. Diosa, a veces me olvidaba de lo alto que era en realidad. Bajo la luz tenue de las velas, parecía todavía más grande.

Me di vuelta de inmediato, masticando las hojas amargas más y más rápido en lo que él se ponía los pantalones otra vez. Las notas de Madame me advirtieron que usara un mortero de cocina y unas gotas de agua para preparar el emplasto en vez de la boca, pero no creí que fuera tan malo. *Y me equivoqué*. Intenté con todas mis fuerzas no tragar nada del asqueroso jugo hasta que las hojas se transformaron en una pasta húmeda, que escupí enseguida en mi mano, y corrí a la bacinilla para lavarme la boca. También bebí y largo trago de aguamiel para quitar el sabor desagradable de mi lengua.

Mi esposo esperó con paciencia, quizá hasta divertido. Era difícil decir.

Con la pasta medicinal en la mano, esperé a que abriera la boca.

—Quédese quieto, por favor.

Quizá debí ejercitar el consejo yo misma. No podía dejar de temblar, por alguna razón. Intenté levantar su labio herido dos veces pero me echaba para atrás cada vez que él gemía o gañía por lo bajo. Sir Camron parpadeó muy rápido, tenso. Estiró el brazo hacia mí y se aferró a un puñado de mi bata. Nos miramos un instante fugaz. Para el tercer intento traté de endurecer mi corazón y seguí adelante sin importar lo mucho que me hería escuchar sus callados gañidos inhumanos. No quería hacerle más daño, y era inevitable. Al

final logré meter la pasta entre su labio y la encía correctamente, el jugo oscuro chorreó por mi mano y mi muñeca.

La tarea pareció durar para siempre, pero en un parpadeo, habíamos terminado.

Él respiraba con fuerza, resoplando como una bestia.

Con suavidad, le sostuve el rostro entre las manos, descansando su barbilla en mi palma y deslizando la otra mano hacia delante y atrás a lo largo de su hocico. Su respiración se calmó después de un tiempo y varias caricias, hasta soltó mi bata. El brillo plateado de sus ojos no se quebró.

El lobo negro no se movió, sólo me miró como si admirase una obra de arte.

—Lo hizo muy bien hoy, Sir Camron —le dije, en un murmullo—. Fue una buena pelea. Una parte de mí piensa que fue muy arriesgado de su parte prestarse a una provocación tan violenta… pero el resto de mí es desvergonzadamente feliz, me temo. Para mí, es evidente que usted ganó. Lord Areksandir fue el primero en terminar contra el suelo.

Él intentó resoplar una risita, terminó en un gañido.

Todavía con su barbilla en mi palma, dejé que mi otra mano merodeara más allá y peiné con los dedos el grueso pelaje de su cuello. Sir Camron se encorvó hasta apoyar un codo en el muslo sano. Quedamos de verdad cara a cara.

Apreté los labios.

—Quizá el Magistrado no quiso cargar con la derrota a uno de los Lores príncipes del valle. Si es el caso, es injusto.

Sir Camron puso los ojos en blanco.

—Allá en el Valle Ancho, el rey y sus príncipes siempre tienen razón sin importar cuánta razón tenga el resto del mundo. La realeza es intocable. No me sorprendería que el Clan Blanco fuera igual, después de todo.

Él sacudió apenas la cabeza, con otro gañido.

Sir Camron apartó mis manos. Usando su propia izquierda, cerró el puño del mismo modo que se usaba para preguntar *¿qué sucede?*, pero empujó hacia delante. Luego, con otro puño cerrado, se rozó la barbilla hacia delante con el pulgar y, al final, hizo una seña en

forma de L con el dedo índice y el pulgar, y se tocó el labio inferior con la punta del índice, también llevando la mano hacia delante. *Eso no es verdad.*

—Así que, el Clan Blanco no es así.

Él asintió, con un gesto muy confiado.

—¿Qué se le puso en la cabeza, entonces, para desafiarlo a usted con tanta rudeza?

Mi esposo se encogió de hombros. No parecía que le preocupara mucho. Quizá en mi ignorancia de sus tradiciones, era yo la que estaba haciendo un lago de una gota de agua.

De repente Sir Camron alzó las orejas y arqueó las cejas.

Se frotó la base del cuello con los dos dedos índices. Ése no era un gesto conocido del lenguaje de las manos, pero era fácil de comprender. Busqué mi pequeño morral enseguida y saqué la cadena de plata con su anillo de bodas, le mostré la pieza a Sir Camron. Él la tomó en su mano sana, reverente.

Le señalé los extremos cortados.

—Está rota.

La cadena volvió a mí. Sir Camron hizo otro gesto rápido: convirtió las manos en unas O algo chatas y las movió de arriba abajo, rozándose las puntas de los dedos unas con otras. Me estaba diciendo que *la arreglaría*.

—Muy bien, es bueno saberlo —sonreí al fin, aliviada, y puse el pequeño tesoro de vuelta en la bolsa—. Debería dormir ahora, Sir Camron. Por favor, acuéstese y yo le ayudaré con las mantas.

Él frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Tiene que descansar, esas heridas se curarán mejor si…

Antes de que pudiera terminar con la frase, Sir Camron se abalanzó hacia mí y me atrapó por la cintura con las dos manos. Me levantó del piso sin esfuerzo. Me agarré de sus muñecas, algo asustada, pero él me puso sobre la cama con gentileza, guiándome para que me sentara sobre mis talones. Se subió también y con un gruñido sordo se dejó caer, sólo para estirar su cuello lo suficiente como para descansar la cabeza en mi regazo.

Me quedé así, quieta con las manos en alto, mientras él se ponía cómodo.

Una vez más, mi corazón echó a correr. No me había dado cuenta de lo grande que era su cabeza lobuna en realidad; el hocico de Sir Camron era casi tan largo como mi antebrazo, se sentía pesado y sólido. Rodó sobre su lado derecho, tiró de las mantas para cubrirse hasta la cintura y con un suspiro profundo, usó mis piernas como almohada. ¿Pero qué estaba haciendo?

—Sir Camron, también deseo dormir.

—*Un ratito.* —me rogó, en un balbuceo ininteligible.

Apreté los labios en una línea delgada, pero terminé soltando un suspiro.

—Está bien, sólo un ratito. Luego apagaré las velas.

Él aceptó los términos con un gruñido. Se relajó y no reparó en que volví a hundir los dedos en su cuello mientras él descansaba. Creo que le gustaba, de hecho. Quizá se sentía bien, no me atreví a preguntar. Mi esposo simplemente cerró los ojos y bufó mientras yo movía la mano a lo largo de su pelaje, una y otra vez, murmurando la melodía lenta de una canción de cuna que los dos conocíamos.

*****

Me pregunté qué se sentiría morir y despertarse en la otra vida. Si no empezaba con rayos de sol a través de ventanas tintadas y una hermosa mujer de pelo negro junto a mí en un nido de sábanas retorcidas, entonces no quería saber.

No estoy seguro de por cuánto permanecí despierto, el tiempo sólo dejó de existir cuando rodé y la encontré así, desparramada entre las almohadas y mantas. Lady Fay dormía de manera tan pacífica. Con el rostro vuelto hacia mí, echada sobre su espalda y con un brazo enredado en torno a una de las almohadas, la mitad de su cara oculta detrás de mechones salvajes. Una de las cintas de su camisón se había caído, dejándole un hombro al descubierto y una abundante cantidad de piel bronceada para relamerme. Parecía que ella se había pasado la noche dando vueltas, la fina tela de su camisón estaba arrugada y levantada más allá de sus rodillas. Qué vista tan deliciosa, en verdad.

Me dolía en lugares que ni siquiera podía nombrar.

La necesidad de tocarla me ardió en las almohadillas de los dedos, en la lengua.

Más de una vez me sentí tentado de estirar el brazo y devolver la tira del camisón a su lugar, o de bajarle el dobladillo. No lo hice porque era muy fácil cambiar de parecer y rozar su brazo con mis dedos, o acariciarle la pierna. Era una tortura y me la merecía, por atreverme a creer que era más fuerte que mis instintos.

Me empujé sobre el codo para levantarme de costado, con cuidado de no moverme muy rápido. Rodé sobre el lado derecho hasta que me cerní casi encima de ella, observando los delicados rasgos de Lady Fay y la curva gentil de sus cejas. Me atreví a ir más allá y moví esos cabellos salvajes, apenas rozándolos con las uñas. Mucho mejor. Más de una vez había admirado (y deseado) sus labios, pero la idea nunca fue más seductora que en ese preciso instante, con aquellas paredes de piedra como únicos testigos de mis intenciones criminales.

Pero, ¿y si tan sólo…?

Me frené en seco, con la nariz apenas a una pulgada de su cara.

Otra vez y contra todo pensamiento racional, volví a repasar su magra figura con la mirada. Podría trazar la curva de su hombro con mi lengua, y quizá hasta trepar todo el camino a través de su cuello y alcanzar su oreja. Olía tan bien. Yo quería poco más que una probada. ¿Acaso era una idea tan mala? Apostaría cualquier cosa a que podía lograrlo sin que ella se diera cuenta. ¿Y si se percataba? ¿Se retorcería debajo de mí? ¿Enterraría los dedos en mi melena de nuevo, se aferraría a mí o me empujaría y gritaría como endemoniada? Podía escuchar el golpeteo de mi propia cola contra el colchón, rítmico y ansioso. Me lamí los belfos.

El dolor de la herida en el interior de la boca me devolvió a la realidad, al fin.

Ella estaba dormida. ¿Cómo podía pensar en cosas tan horribles?

¡Ella estaba *dormida e indefensa*!

Apreté los dientes hasta que me lastimé un poco más. El agudo dolor físico fue como un balde de agua helada. Una vez más, el calor y la incomodidad por debajo de la cintura me provocaron malestar;

no fue tan feroz como la última vez, pero por alguna razón, se sintió aún peor.

¿Por qué me resultaba tan difícil aceptar la verdad?

Estaba completamente atenazado por el *miedo*. Miedo de asustarla. Miedo de hacerla llorar, de perder su confianza. Miedo de que ella me odiara y que deseara de verdad haberse casado con Fadric en vez de mí. Yo no sobreviviría a algo así. Ella había cuidado tan bien de mí, dándome de comer, ocupándose de mis heridas, proporcionándome medicina y agua. Hasta se despertó un par de veces durante la noche para constatar mi estado. La última persona que le dio tanta atención a mis necesidades fue mi madre, pero el cariño de Lady Fay no era maternal.

Había aprecio e interés genuino en sus acciones, ella no podía esconder ninguno de sus sentimientos. Pero, me mostraba el menor indicio de gentileza, ¿y la bestia en mí quería…?

No podía devolverle la generosidad con una falta de respeto.

La cama crujió debajo de mí cuando intenté rodar para alejarme y salir. Los ojos de Lady Fay se abrieron de repente y encontraron los míos, por accidente. Ella soltó un gritito y plantó las dos manos en mi pecho, empujándose para escapar como si hubiera visto una aparición. Todo muy razonable. Debí anticipar que reaccionaría con tal violencia al ver a un monstruo amenazándola desde arriba, salivando como un demonio hambriento mientras ella dormía.

—D-disculpe. —tartamudeé, y me quedé sentado, muy tieso.

Ella respiró hondo y sacudió la cabeza, aferrada a una de sus almohadas.

—Todo está bien, yo sólo… no me lo esperaba. Buenos días.

Torcí la cabeza.

—Buenos días, Lady Fay.

—Se siente mejor, veo. Ya no tiene la cara hinchada.

—Mucho *mejor*. *Gracias* a usted.

Ella se sonrojó y se sentó en la cama, manteniendo la almohada como un escudo contra su pecho, a la par de una justa distancia entre nosotros.

—Gracias a Madame, querrá decir.

—Quise *decir* lo que dije —murmuré. —Es *temprano, recuéstese*.

Maniobré mi peso y mi cola hasta que logré bajar las dos piernas por el costado de la cama y me levanté. Nada mal. Mi muslo había evolucionado para bien durante la noche, prueba de que la medicina de la bruja era la mejor. Caminé hasta la ventana sin cojear y moví la cortina para echar un vistazo. Un día muy claro, maravilloso, a pesar de la gran tormenta que sentía venir. Todavía estaba a media quincena de nosotros, pero vi los signos en el horizonte profundo detrás de las montañas. El patio principal de Whitehall estaba atestado con todo tipo de gente que, aparentemente, disfrutaba de los bardos, los bufones, los actores y cantantes y otras presentaciones. Era el gran día, el día de la Gran Reunión del Lord Alfa. La última noche de la luna llena y el principio de la Primera Cacería como tal.

El día que se suponía que debíamos bailar juntos e impresionarlos a todos.

Puse algo de peso sobre mi pierna herida. Aguantó, aunque no tanto como esperaba.

Tendría que bastar.

Lady Fay por fin se volvió a acostar. Debió haberme leído los pensamientos:

—¿Con quién debería hablar, sobre el baile? Puedo decirles que no lo haremos.

—Lo *haremos*.

Ella se levantó sobre un codo, preocupada.

—¿Está seguro?

—Sí.

Fui hasta la mesa donde la Dama había dejado las medicinas y leí las notas de Madame, luego eché un poco de agua en una copa y le agregué diez gotas del calmante. Ya me había tragado la mayoría del emplasto herbal durante la noche, todo lo que quedaba de él era un regusto amargo en mi lengua que sólo empeoraba mi aliento matutino. Tenía que hacer algo al respecto si deseaba continuar disfrutando de la placentera conversación.

Bueno, tampoco tenía intenciones de dejar el cuarto hasta la tarde, de todos modos.

—Sir Camron, ¿cree que es acertado continuar? Con su pierna así…

—Estoy bastante bien.

—No hay necesidad de que se esfuerce tanto —el tono de la joven se oscureció—. Usted dijo que podíamos rehusarnos.

Levanté la mirada y la encontré, una obra maestra de cabello negro enredado y un camisón desarreglado, otra vez sentada sobre la cama. Sutil, salvaje y preciosa.

—¿No *quiere participar*?

Ella alzó las cejas, ahora sorprendida.

—Lo que no quiero es que usted termine con una cojera permanente por un simple baile.

—Sanamos *rápido*, mi Señora. Confíe en mí.

No parecía muy convencida.

Todas esas palabras me costaron una cantidad brutal de esfuerzo. Busqué la bolsita especial donde guardaba mis hojas de menta, que ya no estaban frescas en absoluto. Me bebí el calmante de un solo trago y eché algunas hojas en mi boca. Lo siguiente fue cambiarme las vendas, un trabajo que podía hacer bastante bien por mí mismo aun considerando el tamaño de mis dedos y garras. Fui detrás del biombo y cuando terminé de curarme la herida, Lady Fay ya había dejado la cama y se encontraba junto a la mesa, separando las hierbas medicinales.

—Venga y siéntese, déjeme ayudarle con esto.

No tenía sentido negarse.

Me senté, ella se metió las hierbas medicinales en la boca. Hizo una cara fea.

Que me resultó adorable. Toda ella era adorable.

La luz del sol bañó su figura, dándome otro vistazo más de las curvas escondidas bajo la fina tela de su camisón. Abrí las piernas para que se me acercara. Necesitaba que lo hiciera. Y así lo hizo, quizá sin darse cuenta, invadiendo mi espacio con su olor y su calor. Lady Fay masticó en silencio por un rato y terminó escupiendo la pasta en su palma. Justo como lo hizo la noche anterior, levantó uno de mis belfos y con cuidado empujó el emplasto entre el labio y la encía, por encima de la herida. Me dolió, pero al menos no sentí

aquel ardor incontrolable. Ella bebió una generosa copa de agua, pero sus delicadas manos enseguida volvieron a mí, a acariciar la longitud de mi hocico, un bálsamo que me ayudó a soportar el escozor de la medicina. Me tragué algo del líquido asqueroso. Pude saborear pequeñas trazas de la saliva de la Dama, un sabor más bien dulce y tierno tal como ella.

Y me di cuenta: eso era lo más cerca que jamás estaría de besar sus labios.

Esa mujer estaba completamente desperdiciada conmigo.

Seguía yo pensando en mi mala fortuna, cuando Lady Fay *se sentó en mi muslo*.

No sobre la herida, claro está. Envolví un brazo en torno a su cintura, para sostenerla. Ella me puso una mano sobre el hombro y siguió frotándome el hocico con la otra, de adelante hacia atrás sobre el puente de la nariz.

—Si le molesta…

Sacudí la cabeza con entusiasmo.

Ella sonrió, empujando una lanza a través de mi corazón.

¿Molestarme? No, era decepcionante, pero no me molestaba. Nunca consideré la angustia como una dolencia, ni siquiera cuando fui lo bastante mayor como para desear amor por fuera de mi familia. Siempre entendí mi lugar, mi destino más probable. Aun así, saber que algo que te hacía falta estaba a tu alcance pero no podías tocarlo era pura agonía.

Por ver aquella sonrisa lo más seguido posible, estaba dispuesto a soportar cualquier cosa.

—*Gracias*. —farfullé, frotándome la ceja contra su sien.

—Usted hubiera hecho lo mismo por mí. Y ya lo hizo.

Ella enterró los dedos en mi pelaje, de nuevo. Un escalofrío placentero me bajó por toda la espalda, haciendo que la cola me diera un salto. ¿Acaso me estaba dando permiso? Su olor era tan dulce y picante, proporcionándome todas las pistas correctas acerca de todas las cosas equivocadas. Me volví hacia ella, para recorrer el calor de su delgado cuello con la punta de la nariz, respirando en su cabello y su piel tan suave que tanto temía tocar.

Sólo tenía que abrir la boca y probarla.

Lady Fay tragó aire con fuerza.

—¿Sir Camron…?

—Por *favor*, sólo déjeme…

Un golpeteo feroz en la puerta de la habitación me hizo brincar en el asiento, Lady Fay y yo nos apartamos al instante. Ella se paró y retrocedió, asustada; yo me tragué un gruñido lleno de insatisfacción que terminó retumbándome en el pecho.

—¡Hermana! ¡Buenos días! ¿Puedo entrar?

Sebreena. Por supuesto que tenía que ser ella.

Gruñí más fuerte, empujado por el sabor ácido de la medicina.

—*¡Vete! ¡Estamos ocupados!* —le ladré.

—¿Hermano? ¿Estás…? —ella vaciló—. ¡Oh, lo siento mucho, pensé que ya te habías ido! No importa, ¿puedo hablar con Lady Fay? Tenemos que preparar muchas cosas.

—*¡Dije que te vayas!*

Mi hermana hizo una pausa. Con algo de suerte, los engranajes dentro de su cabeza echarían a andar en la dirección correcta y entendería que, simplemente, no podía irrumpir en la habitación de una pareja casada.

Un ruidito me llamó la atención. Lady Fay intentaba no reírse.

—¡B-bueno! ¡Volveré más tarde!

—*¡Ni se te ocurra!*

—Pero, ¿*qué están haciendo* ustedes dos ahí dentro?

Mi esposa se tapó la cara con las manos. Yo eché las orejas hacia atrás, también luchando contra una sonrisa. Todo el enojo y la frustración dentro de mí enseguida transmutaron en otra cosa. Algo cálido y placentero. Malicioso.

—*Ya te gustaría saber. ¡Vete!*

Sebreena arañó la puerta con las uñas, pero al final, se fue a los pisotones.

Lady Fay acabó por perder los papeles y explotó en carcajadas, con fuerza, tenía la cara roja y los ojos llenos de lágrimas. Quizá era su forma de lidiar con la vergüenza, quizá de verdad le hacían gracia los caprichos de mi hermana. Yo mismo resoplé una risita y sacudí la cabeza.

—Creo que mejor voy a buscarla.

—No. —gruñí.

Me lancé hacia ella y la levanté en mis brazos.

La Dama enseguida se aferró a mis hombros, confundida pero aun sonriendo con toda el alma y feliz. Llevé a mi esposa de vuelta a la cama.

—Usted se queda conmigo.

34. La Suma de todos los Deseos

Contrario a lo que creí, Lady Sebreena estaba tan feliz como un colibrí cuando volvimos a vernos. Quizá debí mencionar su inoportuna interrupción cuando Sir Camron y yo estábamos en la recámara, pero, ¿para qué amargar un paseo tan bello con una discusión? El sol de la tarde era cálido y mi corazón se sentía en paz. El aire fresco me haría bien para distraerme y le daría a mi esposo tiempo para bañarse y vestirse para el festín.

—Y entonces, será su turno. —me aseguró mi cuñada, con una sonrisa orgullosa—. Lady Yrana y yo hemos preparado una sorpresa para usted.

La ansiedad me burbujeó dentro del estómago. El momento de la verdad se acercaba.

Después de una buena comida, Sir Camron y yo practicamos nuestra danza a lo largo de varias campanas, dentro de nuestras habitaciones, simplemente disfrutando de la compañía del otro. Por primera vez desde que se le ocurrió la idea, él tarareó por lo bajo la melodía que debía acompañar nuestros pasos y lo hizo todo más fácil de seguir. Las profundas vibraciones de su voz estimulaban mi memoria. Mis pies por fin encontraron el rumbo. Después de unos cuantos intentos algo torpes, por fin empezamos a movernos como uno, como el río que corre bajo las estrellas. Si Sir Camron sentía algún dolor, no me dejó verlo.

Deseé con toda el alma que el cambio de planes le sentara bien a los demás.

Juntas, la Señora de Crescent Hall y yo recorrimos las atracciones alrededor del patio frontal del Castillo Whitehall y la larga línea de mercaderes en la calle principal. Asistimos a la presentación de una

comedia, apreciamos los actos musicales y deambulamos de un lado a otro, sin escoltas ni chaperones. Sus hermanos estaban ocupados, según Lady Sebreena. Podíamos hacer lo que quisiéramos. Fue un paseo maravilloso lleno de risas y charla de hermanas, caminando del brazo de la otra. Ella compró algunas chucherías y tela para nuevos vestidos, y hasta me invitó a degustar unas masas recién horneadas.

Excepto por mi padre, nunca sentí un amor familiar tan profundo. Deseé poder abrazarla y decirle a la Dama el alivio que era tenerla en mi vida, el que me llamara hermana y que siempre estuviera pensando en mí.

Eventualmente, nos encontramos con una enorme fuente y nos sentamos en el borde. El dulce sabor de las masas calmó mis emociones.

—Qué triste que ya se terminen las festividades. —dijo Lady Sebreena, con un suspiro largo.

Le sonreí:

—Fue hermoso, lo disfruté mucho.

—Oh, aún falta lo mejor, Lady Fay. Le prometo que, esta noche, usted será parte de algo muy especial. Todo lo que ha leído la llevará a esto.

—¿Ah, sí? Cuénteme más.

—Mis labios están sellados.

Ella mordió una masa, sus claros ojos azules brillaban de dicha.

En general no me gustan las sorpresas grandes, pero confiaba en ella. Mi cuñada no tenía un solo hueso maligno en todo el cuerpo.

—¿Y qué pasa si le pregunto a su hermano? —me atreví a decir.

Ella supo que me refería a Sir Camron.

—Por favor, no lo haga —me fulminó con la mirada—. Permítase el asombro.

Me reí.

—Muy bien, usted gana.

—Hablando de mi hermano —el rostro de Lady Sebreena cambió por completo, frunció el ceño—. ¿Cómo se encuentra? Madame Tessala nos dijo que Camron estaría bien, pero no lo he visto aún.

—Se siente mejor. La medicina que hizo Madame es buena.

—¿Lo bastante buena como para curar sus heridas en una noche?

—Bueno, no. Pero su condición es muy favorable, se lo aseguro.

Ella vaciló. Las palabras encontraron una forma de salir, de todos modos:

—No deseo promover ningún rencor, querida hermana, pero esta noche es la Gran Reunión del Lord Alfa —sonaba llena de remordimiento—. Le juro que mi interés es puramente en beneficio de ustedes dos. Me preocupo muchísimo por…

—Por la Primera Danza, me imagino.

Cómo se habían dado vuelta las cosas.

Lady Sebreena asintió.

—Más después de lo que pasó ayer.

—Ya no debe preocuparse. Sir Camron y yo nos hemos preparado en secreto.

—¿L-lo han hecho?

—Claro. Practicamos por nuestra cuenta en cada momento que nos fue posible —me alegré al ver la sorpresa que transformó la expresión de mi cuñada—. Podría decirse que la privacidad fue fundamental para que afianzáramos nuestro aplomo.

Lady Sebreena cerró los ojos y dejó caer los hombros.

—Oh, ¡cuánto me alivia escuchar eso! —dijo, en un quejido—. ¡Me aterraba pensar que les había ofendido tanto a los dos que se rehusarían a participar, en absoluto!

—Sir Camron observa las tradiciones con respeto, y yo creo en su importancia —levanté la barbilla—. Puede estar en paz. Su hermano me aseguró que se siente lo bastante bien como para seguir adelante.

No sería perfecto, pero haríamos lo mejor para impresionar.

Era muy consciente de que estaríamos expuestos por completo a los ojos y el juicio de al menos un centenar de miembros de la comunidad. Más que nada, *me juzgarían a mí, a la simple mujer ordinaria que venía de más allá de las montañas*… y lo primero que me vino a la mente fue que Sir Camron estaría ahí para defender mi honor, si me hiciera falta. ¿Se daba él cuenta de la profundidad de los lazos que habíamos desarrollado en los últimos días? Nuestro

proyecto secreto una charada para la nobleza del Valle Hundido. Para mí, significaba mucho más.

Los ojos de Lady Sebreena desbordaban de gozo.

—Una vez más, hermana, me siento muy culpable por presionar tanto a los dos. Espero que pueda encontrar en su corazón la bondad para perdonar mis modales tan horribles.

—Todo está bien. Es momento de alegrarse.

Su risa musical llenó mis oídos.

Volvimos a concentrarnos en las masas dulces, pero la satisfacción no nos duró mucho: una sombra larga se deslizó por el pavimento y se detuvo frente a nosotras.

—Buenos días, mis Señoras.

La lenguaplana. Hundí los dientes en el bocadillo antes de poder detenerme, pero alcé la mirada enseguida cuando escuché esa voz tan masculina y áspera. Erguido con orgullo ante nosotras, me tropecé con las ropas ricamente bordadas de un miembro del Clan Blanco y los ojos azul-cristal del Lord Príncipe.

Más rápido que pasar una página, la expresión alegre de Lady Sebreena se transformó en la de una serpiente enroscada y lista para atacar. Se sentó más derecha.

—Lord Areksandir. —la Dama lo saludó, algo seca.

Yo también lo saludé, pero él no pareció reparar mucho en mí: su mirada estaba cautivada por la hermosa muchacha vestida de gris y blanco que tenía a mi lado. El joven Lord se paró con la mano sobre el pomo de la espada y una sonrisa brillante llena de dientes afilados, que embellecía su rostro ya de por sí atractivo. Imponente, como un auténtico príncipe.

Parecía estar solo. ¿No debería tener una escolta?

—¿Disfruta del entretenimiento, mi Señor? —le pregunté, ya que Lady Sebreena eligió no decir nada más.

—Sí, por supuesto. Les ruego que me perdonen, sin embargo, ya que acabo de escuchar su conversación de casualidad.

Fruncí el ceño.

—¿Ah, sí?

—Asistirán al banquete esta noche —él bajó un poco la cabeza—. Es tradición que los que no están casados todavía busquen una

pareja de baile para la velada, me preguntaba si Lady Sebreena ya había elegido la suya.

Ella jamás mencionó eso. Cuando miré a la Dama, esperando un comentario de su parte, vi su rostro algo enrojecido. Su mirada, sin embargo, parecía fija en alguna parte más allá del joven Lord.

—No lo he hecho, como ya debe saber. —contestó ella, fría.

—Excelente. Tampoco he conseguido una y se nos acaba el tiempo, me temo. ¿Le gustaría unir fuerzas conmigo? La verdad es que odiaría verla sentada sola toda la noche —Lord Areksandir se inclinó con una mano sobre el pecho, en una reverencia llena de afecto—. Sería un auténtico desperdicio de una dama tan bella.

Oh, vaya. Tan educado y correcto. Estuve a punto de sonreír, pero controlé mis emociones enseguida en consideración de la inquietante rigidez de mi cuñada.

—Así que, a usted le gustaría bailar conmigo. —escupió la Dama.

Él me miró de reojo.

—Después de que la primera danza ceremonial termine, por supuesto.

—Usted sí que no tiene vergüenza, mi Señor —gruñó ella— ¿Le parece que es un juego?

Ella *de hecho gruñó*, de una manera feroz que me recordó mucho a Sir Camron.

El joven Lord se quedó callado. Movió los labios, pero no dijo nada. Terminó dibujando una sonrisa que tranquilamente pudo haber rivalizado con el encanto de Sir Kenley.

—Creo que hay un malentendido.

—¿Malentendido, dice?

Lady Sebreena se levantó de un salto y caminó hasta él, parándose casi sobre sus botas.

—Usted insultó a mi hermano, tomó ventaja de sus heridas, ¿y ahora se atreve a invitarme a bailar? —siseó ella, a un suspiro de su rostro—. Después de lo que hizo ayer, *debería escupirle los pies*.

Lord Areksandir se quedó mirándola otra vez, paralizado, con los ojos muy abiertos y la mandíbula colgando. Yo, por otro lado, me quedé rígida en mi asiento. Por algún motivo no me parecía buena idea hacer movimientos repentinos.

Él logró mantenerse lo bastante calmo para volver a hablar:

—Sir Camron tenía derecho a negarse a mi desafío y eligió responder. Si estaba herido y en malas condiciones para participar, y no se lo informó al Magistrado…

Lady Sebreena resopló una carcajada.

—¿El Magistrado que decidió que sería un empate antes de que usted perdiera?

—¿Me acusa de hacer trampa?

—No necesito hacer acusaciones, ¡todo el mundo lo vio!

Mi cuñada lo miró con intensidad, parada casi en puntas de pie para permanecer cara a cara con el Lord Príncipe. Una vena le palpitaba en la frente, pensé que le iba a arrancar el rostro de una mordida. En respuesta, él no retrocedió ni se vio intimidado: resistió la provocación de Lady Sebreena con dignidad y la rebajó con una mirada, el puente de su nariz estaba cubierto de arrugas de furia.

Él era más grande, pero ella estaba más molesta. Él era un Alfa, hijo del clan comandante. Un líder de su gente. Alguien así se haría oír y respetar. ¿Terminaría en una pelea en medio de la calle? ¿Se atreverían a ir tan lejos?

Pero, para mi sorpresa, fue Lord Areksandir el que puso la otra mejilla y preguntó, entre frío y gentil:

—¿Eso significa que rechaza mi oferta?

—La rechazo *cien veces*. —respondió ella, sin vacilar.

Él apartó la mirada, rompiendo así la tensión que los conectaba.

—Quizá si hubiera aceptado, hubiésemos podido hablar más sobre esto.

Vi el dolor en sus ojos, la absoluta decepción. Era la mirada de un hombre joven que nunca había sido rechazado tan rotundamente en su vida. Después de ver el anhelo en esa misma mirada el día anterior, después de la pelea, incluso hasta me sentí mal por él. No quería ponerme de su lado. Él había provocado a mi esposo y lo había herido. Lady Sebreena tenía razón en estar enojada. Y aun así, yo no estaba segura de si ella podía permitirse ser tan altiva y hostil hacia alguien como él, después de todo.

Para entonces, varias personas se habían parado a observar la escena, confundidas.

No pude permanecer sentada por más tiempo. El corazón me golpeteaba como tambor en los oídos. Me paré enseguida y estiré el brazo para agarrar la mano de mi cuñada con cautela, aunque no era mi lugar intervenir. Ella no reaccionó.

Me incliné más cerca y le susurré:

—Deberíamos volver al castillo, Sir Camron ya debe haber terminado —esperaba que fuera suficiente para convencerla—. Mi Señora, me encantaría ver la sorpresa que usted y Lady Yrana prepararon para mí. Por favor. Regresemos. Se lo ruego.

Conté los latidos hasta que ella desistió de su postura tan belicosa.

—Sí. Volvamos, hoy es un día especial y nada debería arruinarlo.

Lady Sebreena cuadró los hombros, se dio la vuelta para recoger su morral y luego se fue, tan rápido y tan molesta que ni siquiera me esperó.

Agarré mi propia bolsa y le hice una reverencia breve al joven Lord, que no respondió.

—Disculpas, mi Señor. La Dama es algo emocional a veces.

—Quédese tranquila, ya no perseguiré el asunto nunca más. —me dijo, derrotado.

Volví a recordarme que no era mi lugar, que tenía que respetarlo pero no era necesario que me importaran sus circunstancias.

El sentimiento, sin embargo, fue más potente:

—Si me permite… sea cual sea su objetivo, mi Señor, le aconsejo que sea honesto al respecto —le comenté, porque me daba más pena de la debida—. Ella podrá ser joven, pero es Señora de Crescent Hall y su deber es proteger a los suyos. Si esto es de verdad un malentendido, haría bien en aclararlo antes de que dañe las relaciones entre sus clanes.

¿Era muy atrevido de mi parte, darle un sermón alguien que estaba literalmente a la altura de un príncipe?

Lord Areksandir me miró por fin, parecía perdido.

—¿Cómo podría? Ella me ha rechazado.

Me encogí de hombros.

—Puede usar sus palabras para buscar perdón.

No podía olvidarme del ansia que vi en sus ojos mientras Sir Morven atendía sus heridas. ¿Quizá el desafío estaba relacionado con el tema? Como dijera Madame, los hombres a veces se comportaban como pavos reales, y los pavos reales machos abrían el lujoso plumaje de sus colas para atraer a las hembras. Leí eso en alguna parte. Sir Camron había descartado mi comentario cuando insinué que el Clan Blanco podía tener motivos ocultos. Siendo honesta, me encontraba al límite de mi propia agudeza mental.

El joven Lord necesitaba demostrar sus intenciones verdaderas de otro modo.

—Escríbale una carta —sugerí, con una pequeña sonrisa—. Funcionó conmigo.

Él frunció el ceño, al principio, pero acabó respondiéndome con una sonrisita propia.

—Lo intentaré —enderezó su pose por fin y, de nuevo, me encontré frente a frente con un príncipe lobo—. También le ruego a usted que me perdone por los incidentes de ayer, Lady Fay. No estaba al tanto de que su esposo había entrado a la arena con una herida. Como lo dijo mi escudero, tengo a Sir Camron en alta estima desde que era muy joven; es un testamento al lobo que lleva tanto dentro como fuera que, aún en su estado, me proveyera con una pelea de lo más formidable. La mejor que tuve en mucho, mucho tiempo.

El joven Lord se inclinó ante mí y mantuvo la posición un rato largo.

Le toqué el hombro, con gentileza.

—Aceptaré su disculpa… si me escolta de regreso al castillo, mi Señor.

*****

Iba de camino a mi recámara cuando me interceptó un risueño grupo de lobas-mujer. Lady Sebreena y Lady Yrana, con la Joven Lesma y un puñado de doncellas, me llevaron hasta el quinto piso y me metieron en la habitación de alguien más. No pude escaparme de ellas. Habían preparado un baño caliente para mí, jabones

extravagantes y aceites perfumados muy lujosos para mi piel y mi cabello, té exótico de más allá de la Brecha y una bandeja de dulces para que disfrutáramos juntas. El cuarto estaba en penumbras por las pesadas cortinas bordadas, pero teñido de ámbar con la luz de una docena de velas y decorado con magníficos arreglos de flores blancas de perfume intenso.

—¿Esta es la sorpresa? —pregunté a mis cuñadas, con un nudo en la garganta.

Todo se veía tan bonito, había amor en los pequeños detalles.

—Una parte de ella. —respondió Lady Yrana, su voz tan suave y gentil.

—Usted se casó tan rápido —Lady Sebreena me tomó las manos, con lágrimas felices en los ojos—. Una novia del Clan Gris merece que le den una bienvenida acorde a la familia.

No supe qué decir, al principio, pero la calidez de sus sonrisas me dio la suficiente confianza como para rendirme y permitirme que me consintieran un poco, una vez en la vida.

Al menos me dieron espacio y privacidad para desvestirme por mi cuenta.

*****

Cuando mis dulces captoras abandonaron el cuarto por un momento, me las arreglé para escapar. Habíamos pasado un largo rato riendo y cantando juntas, mientras las doncellas me daban un baño y trenzaban mi cabello para impregnarlo de perfume. Frotaron mi piel con aceite aromático hasta que me convertí en una nube viviente que apestaba a lavanda, y me vistieron en una magnífica túnica de seda ámbar que me llegaba a las rodillas, de mangas largas. Parecía algún tipo de ritual femenino del que yo era ignorante, pero no pude quejarme porque fue muy placentero.

Descalza y temblando de frío, me alejé con la esperanza de volver antes que ellas.

Tenía que ver a Sir Camron antes de que empezara la ceremonia. Había algo que necesitaba hacer. Fui derecho a nuestra recámara, a

sabiendas de que él quizá seguía ahí. Por fortuna, lo encontré junto a la chimenea, ajustándose los brazales.

Apenas abrí la puerta, él se volvió y me enfrentó:

—Mi Señora —torció la cabeza, curioso—. ¿No está lista aún?

Hice una mueca.

—Lo sé. Mis disculpas, su hermana tenía una sorpresa esperándome.

Él echó las orejas hacia atrás y arrugó la nariz.

—Puedo *olerlo*.

—¿Cómo se siente? La hinchazón en su rostro se ha ido.

—La medicina es buena. Estoy bien.

—¿Y el vendaje?

—Lo cambié. No hay *sangre*.

Cerré la puerta detrás de mí, pero no me acerqué.

Todo lo que pude hacer fue quedarme mirándolo.

Una vez estuve segura de que nada era más apropiado para un hombre atractivo que un traje de armadura completo, pero aunque Sir Camron vestía el platacero con orgullo y elegancia, ningún color le sentaba mejor que el negro puro. Unas botas nuevas, altas y con puntera de acero, muy bien lustradas; pantalones de cuero de costuras lazadas tan ceñidos a sus musculosas piernas como otra capa de piel. Una bellísima túnica negra con cuello alto, bordada en el frente y en los dobladillos. La túnica ajustada a su cintura con un grueso cinturón decorado con tachones de plata y brazales del mismo estilo. Otro juego de cinturones reforzados sostenían su espada y daga en el lugar, y una capa larga, negra y lujosa caía sobre uno de sus hombros. Con capucha y los bordes estampados con nudos y piel gris.

Lo más bello, sin duda, era el fino adorno de plata que llevaba en la cabeza, cómodamente posado sobre su pelaje negro entre las cejas y las orejas. Era una especie de diadema de diseño simple como lianas entrelazadas y anudadas. Brillaba tanto o más que sus ojos.

Estaba listo para irse, y ataviado como un príncipe. Se veía tan…

—Mi Señora —Sir Camron alzó un poco la voz, despertándome—. ¿Qué sucede?

Respiré hondo y parpadeé.

—¿Podemos sentarnos juntos durante el festín?

No, eso no era lo que quería decirle, pero no podía recordar por qué volví a la habitación en primer lugar. No veía a un lobo-hombre frente a mí, todo lo que existía era mi esposo, la persona que apareció de repente y cambió mi vida para siempre. Empecé a retorcerme los dedos. Mi visión se volvió borrosa por un instante.

Él se acercó, alto como una torre por encima de mí, y juntó mis manos en una de las suyas. Me aferré a él, acariciando las almohadillas rugosas en el interior de sus dedos.

—¿Está asustada? —me susurró.

—No —tragué saliva con fuerza—. Sólo es… es una noche especial. Quisiera que cenemos juntos.

Sir Camron suspiró.

—*Por* supuesto —puso la otra mano sobre las mías—. No se *preocupe*.

Resoplé una risita corta, no muy convencida. Creo que, al final, la presión acumulada había desbordado y la realidad de lo que sucedería en unas pocas campanadas más por fin cayó sobre mis hombros con todo su peso. Pero no había vuelto a nuestro cuarto para esconderme con él. No. Necesitaba una buena distracción, cualquier cosa para despejar mi mente. ¿Debí decirle acerca de Lady Sebreena y su pequeña gresca con el Lord Príncipe del Clan Blanco? Quizá a Sir Camron le gustaría estar al tanto. ¿Debí decirle que nunca me sentí más querida o apreciada en toda mi vida que en esos pocos días, con él y su familia? No parecía ser el momento oportuno para eso, tampoco.

—*Por favor*, hable. —me instigó él.

—Quería…

Sir Camron me tocó la barbilla con una uña, suavemente. Levanté la cara.

Una vez más, tuve la oportunidad de admirar su apariencia tan regia y buscar coraje en sus ojos. Me acordé de mi propósito:

—Quería darle algo.

Caminé alrededor de él, escurriéndome de su agarre, y me dirigí hacia el pie de la cama.

Caí de rodillas y busqué en las profundidades de mi baúl hasta que encontré mi pequeño cofre de tesoros. Abrí los pestillos y seguí hurgando dentro. No había vuelto a ponerle llave en mucho tiempo, confiada de que nadie tocaría lo que era mío. Sir Camron se me acercó otra vez, observándome con cautela. Había algo especial al fondo de la caja fuerte, por debajo de los resbaladizos pliegues de un pañuelo de seda, una rosa blanca seca, los documentos de nobleza que mantenía allí escondidos, una botellita vacía de perfume y las sobras de unos exquisitos jabones aromáticos.

Abrí las manos para mostrarle el broche de bronce forjado como una rosa.

Sir Camron apoyó una rodilla en el piso, a mi lado.

—Quiero que usted lo tenga —le dije, firme, sosteniendo la pieza en mis palmas—. Esto le perteneció a mi padre. Él quería que una rosa en flor fuera el emblema de la Casa VonDarach, pero murió antes de que los documentos heráldicos fueran aprobados. No es más que una chuchería de bronce, como puede ver, y no vale mucho, pero para mí… es fe y perseverancia. Me aferré a este broche por mucho tiempo y me dio fuerzas —hice una pausa, para volver a encontrar su mirada—. Usted no necesita que nadie le dé fuerza, Sir Camron, pero significaría mucho para mí si aceptara este regalo.

Me paré para alcanzar su cuello, donde la pesada capa colgaba sobre uno de sus hombros, y la eché hacia atrás. Con cuidado, atravesé la tela con el alfiler y empujé la traba por debajo, para cerrar el broche. Evitaría que la capa se le derramara hacia delante por el lado derecho, para que no se la pasara apartándola a manotazos todo el tiempo. Resaltaba bastante contra los bordados en sus ropas, pero le quedaba muy bien. Ni grande ni pequeño. Simplemente perfecto.

Suspiré hondo, sintiéndome mucho mejor.

Sir Camron puso una de sus enormes manos sobre la mía, juntas sobre su hombro.

—¿Está *segura*?

—Sí. Como usted me dijo una vez, hemos empezado un nuevo clan dentro del Clan. Quizá ya es hora de que me deshaga de todo

eso que sigo arrastrando sin darme cuenta.

Él frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—*Convertirse* en mi esposa no *borra* la *persona* que usted fue.

—No. Pero hay cosas en mi vida pasada que quisiera olvidar. Muchas cosas.

Estiré la mano para acariciarle por debajo del hocico.

Fascinada, observé cómo ese mismo hocico se cubría de arrugas, cómo el pelaje en torno a su cuello se erizaba y su mirada de plata se oscurecía. Su furia quitaba el aliento. Sir Camron se irguió, sin romper la línea que unía nuestras miradas, hasta que de nuevo se alzó alto y poderoso por encima de mí, grande como una montaña.

Quería hundirme en sus brazos y no volver a mirar atrás.

—*Un día me hablará de esas cosas, mi Señora, y nos olvidaremos de ellas juntos.* —gruñó, con la voz tan afectada que me costó entender lo que dijo.

Se inclinó un poco y, sosteniéndome el rostro en su palma áspera, presionó el costado sano de su hocico contra mi mejilla. Tan cálido y suave. Sus bigotes duros me hacían cosquillas en la piel, pero se sentía como un roce de seda. ¿Lo consideraba un beso, acaso? Si era así, aprecié el intento. Sonreí y retuve su mano, para que no se alejara de mí tan rápido.

El fuerte olor del cuero curado y su propio almizcle natural era estimulante.

Deseé que no tuviéramos que ir a ninguna parte, para quedarnos a pasar la noche en nuestra habitación, comiendo, practicando los idiomas o compartiendo un espacio, sin más.

—Debo *encargarme* de una cosa. Nos *reuniremos* en el *Gran* Salón.

Me di cuenta de que Sir Camron oyó los pasos y las voces en el corredor, fuera de nuestro cuarto, mucho, mucho antes que yo. No parecía muy feliz de tener que hacerlo, pero nos separamos despacio. Él se retiró hacia la puerta. Con una última mirada que derramaba anhelo, mi esposo permitió la entrada a mis cuñadas un tanto alarmadas, y se fue.

35. Estrellas y Luz de Luna

El Gran Salón del Castillo Whitehall era una obra de arte arquitectónica.

Era quizá la habitación más grande en toda la fortaleza; un edificio circular que brotaba en la parte trasera del torreón principal y se conectaba con los jardines del segundo patio. Consistía de una galería con techos abovedados que descansaban sobre elegantes columnas de mármol, que juntas sostenían un gigantesco domo de hierro y cristal. Las paredes, decoradas con simples diseños en espiral hechos de yeso común, se habían tornado de color marfil con el tiempo. Una docena de ventanas altas y angostas de arcos apuntados, con vidrieras y rosetones, miraban hacia los propios jardines. Magníficas linternas y palmatorias colgaban de las columnas. Quizá su característica más impresionante era el piso. Todo de mármol, era una interpretación del cielo nocturno con un enorme círculo blanco en el centro, dentro de otro círculo negro aún más grande e incrustado con cuarzo rosa y azul, una simulación de estrellas y constelaciones. El mármol negro estaba dividido en ocho particiones, cada una definida por nervios de oro y plata empotrados en la piedra misma. Cada partición reflejaba una de las fases lunares. La luna nueva estaba frente a la puerta y la luna llena en el extremo opuesto por delante del escenario, con la luna menguante a mi derecha y la creciente a mi izquierda, y todas las otras estaciones intermedias.

Cada vez que lo visitaba, tenía que hacer una pausa para apreciarlo. Tal como me pasaba con mi casa, tenía la sensación de que, en otra era, el Salón había sido un lugar sagrado. Y quizá aún

lo era. Algo acerca de su majestuosa belleza me incomodaba, como si hubiera miles de ojos mirándome desde otra realidad.

Caminé hacia atrás en dirección al gran círculo blanco central.

La colosal cámara estaba casi vacía, incluso teniendo en cuenta que la séptima campana de la tarde ya había sonado. Un pequeño grupo de músicos afinaba sus instrumentos, cerca del escenario ante las ventanas. Los pasos apagados y las voces susurrantes de las doncellas y los pajes hacían eco en cada pared y ornamento. Estaban terminando con la decoración, vistiendo las largas mesas y las bancas alrededor de la galería, colgando las banderas de las casas, moviendo ramos y arreglos florales. Un exceso *impío* de flores. La dulce peste me irritaba la nariz, pero con la cantidad de lobos-hombre que se presentarían al festín, mientras más flores hubiera, mejor.

A juzgar por la posición de las banderas, mi familia se sentaría del lado de la luna creciente, junto al clan Dorado. Los clanes Rojo y Blanco se sentarían directamente al frente, del lado de la luna menguante.

Me paré sobre el círculo de mármol, tan perdido en mis pensamientos que no me di cuenta de que él estaba ahí.

—¡Sir Camron!

Me di vuelta para enfrentar a Nafasi. Perfecto, justo la persona que necesitaba ver.

Él seguía en su forma humana, descalzo y ataviado con unos pantalones rojos sueltos y una túnica naranja bordada con oro alrededor de su escote ancho, y sedas de vívido color cobre con tramas doradas, echadas sin cuidado sobre sus hombros y cintura. Parecía ser una pieza de tela descomunal que lo arropaba, no una camisa ni un abrigo. Le colgaban pesados aros de oro de las orejas, y llevaba un sombrero pomposo que también asemejaba a un revuelto de telas, cubriéndole la calva. En esa oportunidad, y para variar, no usaba ni brazaletes ni anillos en los dedos.

Nos saludamos agarrándonos las muñecas.

—Te ves bien, considerando la paliza del otro día. —se rió.

—¿Viste eso?

—¿Verlo? Aposté a tu favor. Me hiciste perder una buena cantidad de monedas, lobo.

Resoplé una carcajada. Nafasi me soltó la mano.

—Te estaba buscando.

—Y me has encontrado —me hizo una pequeña reverencia—. ¿Para qué soy bueno?

Miré de reojo a los músicos y sacudí la cabeza.

—Si estás ocupado, puedo *esperar*. —le ofrecí.

Él agitó una mano, despectivo.

—Ya terminamos de ensayar. Por favor, dime.

—Necesito un *favor*.

—Lo que sea, mi amigo. Sólo pídelo.

—¿Conoces la *Canción de Primavera*?

—Claro que la conozco —el leopardo-hombre se rio, arrogante—. Es uno de los valses más hermosos jamás compuestos. ¿Por qué?

—Tócalo para la *Primera* Danza.

Él frunció el ceño.

—Se me instruyó que toque la *Balada de Estrellas y Luz de Luna* para la Primera Danza. Como cada vez que me convocan para participar de la Gran Reunión. Me piden *exactamente el mismo repertorio*, siempre.

Exageraba en su intento de exponer el punto, lo sé. Pero no me doblegaría.

—Cambio de planes.

—¿Está aprobado por la cantante?

No, claro que no. Carraspeé y bajé la voz:

—Le *prometí* a Lady Fay que *bailaríamos* la *Canción de Primavera*.

Es aterrador lo poco que me importaba mentir si era para hacerla feliz.

Nafasi se quedó mirándome unos cuantos latidos, quizá tratando de leer mis pensamientos.

—Entiendo —sonrió sin mostrar los dientes—. Creo que puedo hacer algo.

—Gracias.

—Te estás arriesgando por tu matrimonio, parece.

—Apenas. —me encogí de hombros.

El leopardo-hombre se rio de nuevo, con tanto entusiasmo que las puntas de sus colmillos afilados se asomaron entre sus labios. Me palmeó en el hombro, con complicidad, pero su expresión se tornó seria enseguida y no mucho después, la risa se terminó. Me apretó el brazo.

Alcé las orejas.

—¿Qué sucede?

—Ya que estás aquí —empezó, ominoso—. Quizá esto debería esperar hasta después de la cacería, pero no quiero seguir poniéndome excusas. He pensado bastante en tu oferta… acerca de alojar a mis hijas con tu familia por una temporada. Si es que sigue siendo una opción.

No parecía querer hablar de ello en absoluto.

Una vez más, sentí que no sólo el orgullo dirigía sus acciones y palabras. A diferencia de él, yo siempre podía voltear hacia mi familia en busca de apoyo y tenía la certeza de que ellos no me rechazarían, pero Nafasi parecía estar solo en el mundo. Quizá no completamente solo, sino que no tenía a nadie más en quién confiar o de quién depender excepto sí mismo. Me hizo preguntarme qué clase de infancia había tenido.

—Sí, *por* supuesto —fruncí el ceño—. ¿Qué te hizo *cambiar* de idea?

—Rumores. Te dije que la caravana de esclavos que capturamos sólo sería el comienzo para mí. Uno de nuestros objetivos escapó, y tengo otras pistas qué seguir. Tarde o temprano, daré con la cabeza de la serpiente y la cortaré —con un suspiro profundo, sus facciones endurecidas se relajaron—. Y aunque me siento inmensamente agradecido con *ansuuna* por todo lo que ha hecho por nosotros, no puedo dejarla sola con esta carga. No le corresponde, y ella no me debe nada.

Eso me hizo vacilar.

—¿Quién es *ansuuna*?

—Ah, Madame Tessala. Ella es *ansuuna*, una Gran Madre para mi gente.

¿Era eso una admisión de parentesco? No necesariamente.

Me di cuenta, sin embargo, de que fui demasiado rápido para ofrecer una solución en lo que perdía de vista otros detalles igual de importantes:

—Tus hijas no hablan la lenguaplana.

Nafasi negó con la cabeza.

—Muy poco, pero así como las ves, son astutas y aprenden rápido.

—¿Y *quieren quedarse* con *nosotros*?

—Es probable que no. Ninguno de nosotros puede darse el lujo de elegir, de todos modos.

Él no quería nada de aquello, eso estaba muy claro.

Si tuviera hijos propios, lo último que querría sería tener que separarme de ellos, incluso si era por su propia seguridad. Una garra helada me atenazó el corazón. Qué bueno que nunca procrearía descendencia, entonces, ¿cierto?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. *Hablaré* con *Padre*.

—Te agradezco. Puedo poner a disposición una generosa cantidad para contribuir a sus cuidados, quédate tranquilo en ese aspecto. No es mi intención abandonar a las niñas a su tutela y desaparecer sin más… necesito asegurarme de que estarán a salvo mientras trabajo.

—Entonces, te vas de *cacería*.

—Volveré a los Ducados del Norte, a hacer lo mío y mantener un ojo abierto en caso de que surja algo. Supongo que, si llegara a necesitar ayuda…

Dejó la frase colgando en el aire.

Y yo la terminé, enseguida:

—*Estaremos* ahí *para* ti.

—Mis más sinceras gracias, lobo.

Nafasi se inclinó ante mí, esa vez extendiendo los dos brazos hacia los costados. Su olor volvió a cambiar, de incomodidad a alivio, y se notó en la profunda oscuridad de sus ojos. Regresó al escenario.

El festín empezaría pronto. Ensayé el baile en mi mente mientras caminaba de un lado al otro de la galería. En lo que el tiempo pasó y

sonó la octava campana, el Gran Salón se llenó de más y más figuras y voces femeninas, eco de pasos y música de fondo, saludos corteses y risas exaltadas.

Permanecí semi-escondido, como una sombra, escuchando la charla sin sentido.

Mi padre y mis hermanos, vestidos en sus mejores galas y accesorios, eventualmente me encontraron y me ofrecieron su compañía silenciosa mientras esperábamos. Rothfern se quedó con mi espada y mi daga, no sería muy práctico bailar estando armado. El entusiasmo de Padre era quizá la emoción más potente, mezclada con algo de preocupación, anhelo y felicidad de la más genuina. Madame Tessala se me acercó para darme buenos deseos, espléndida en su voluminoso vestido escarlata adornado con plumas negras, y cubierta de oro y joyas de la cabeza a los pies. Las pequeñas de Nafasi iban con ella a todas partes, ambas vestidas en colores similares. Se las veía bastante contentas, sonriendo y haciéndoles reverencias a todo el mundo. Todo lo opuesto de los dos asustados pajaritos que su padre sacó de un carromato helado en el medio de la nada.

Aunque sonreía para las niñas, no pode sacudirme la ansiedad de encima. Algo estaba mal.

Mis manos no dejaban de apretar el aire vacío, buscando unos dedos conocidos.

Demasiado tarde me di cuenta de que Sebreena e Yrana no estaban por ahí. Ni hablar de mis sobrinos, porque ya deberían estar durmiendo, pero, ¿dónde estaba mi hermana?

Al final, el Lord y la Dama Alfa y su prole hicieron acto de presencia. Los invitados se separaron y abrieron un camino para ellos, retirándose hacia la galería, y recibimos a nuestros regentes con una oleada de genuflexiones y cabezas gachas. La pareja Alfa, con todos su años encima pero llenos de orgullo y poderosos en sus atuendos negros y blancos, caminaron juntos de la mano y apoyándose en sus hijos; Lord Radomyr llevaba el brazo de su padre, y Lord Areksandir el de su madre. Detrás de ellos iban las hijas mayores y sus parejas.

El Lord Alfa se quedó en el centro del salón, para dar su pequeño discurso. Sus palabras fueron cálidas y acogedoras; la lengualoba sonaba como poesía en su voz cansada, casi como una canción de cuna. Me perdí en mis pensamientos de nuevo, hasta que uno de mis hermanos (creo que fue Kenley, apenas lo vi con el rabillo del ojo) me empujó por el hombro.

Había llegado el momento de tomar mi lugar.

*****

Casi trotábamos a través de los largos corredores desiertos de la fortaleza. Lady Sebreena y Lady Yrana iban por delante, la Joven Lesma y las otras tres doncellas detrás de mí, sosteniendo linternas y la pesada cola de la capa para que pudiera moverme más rápido y sin tropiezos. Me estaba quedando sin aliento, mi corazón vibraba como parche de tambor. ¡Se nos hacía tarde, la octava campana había sonado hacía bastante!

Seguí a mis cuñadas por el laberinto interior hasta que doblamos en un pasaje más bien oscuro y aislado. Parecía no tener fin, pero pronto, el clamor de manos aplaudiendo me llegó a los oídos y casi me tropecé con el dobladillo de mis faldas. Las recogí más alto, nerviosa.

—¡Bendito sea! —dijo Lady Sebreena, animada—. ¡Está a punto de comenzar!

Bajamos la velocidad y recorrimos el resto del pasaje caminando, hasta que dos enormes puertas talladas con espirales y hojas nos separaron de lo que sea que hubiera al otro lado.

La dulce voz de Lady Yrana llegó a mí, en un susurro:

—¡No tenga miedo, la esperan y desean verla!

Asentí en silencio. Las doncellas soltaron la capa y la arreglaron a mi alrededor, abriéndola en torno al helado piso de piedra, y solté mis faldas para que ellas también las alisaran con sus manos. Me tocaron el pelo y las mangas, para asegurarse de que todo estuviera impecable y perfecto. No podía soportarlo más. En cuanto las entusiasmadas doncellas se hicieron a un lado, Lady Sebreena y Lady Yrana empujaron las puertas, para abrirlas.

El resplandor de mil velas casi me cegó.

Entré, sin más preámbulos, con la cabeza en alto. Pero cuando mis ojos se acostumbraron al exceso de luz…

*****

Preparé mi posición, parado por mi cuenta en el centro del círculo de mármol blanco, con las manos a la espalda.

Se oía con absoluta claridad que se acercaban, la asistencia bullía de curiosidad. Sus emociones impactaron en mí, haciendo que la piel por debajo de mi pelaje escociera de maneras poco agradables. Docenas de preguntas me llenaron la mente, en lo que escuchaba sin quererlo los murmullos y las especulaciones. Intenté hacerlo todo a un lado, mantener mis oídos cerrados. No importaba, *ellos no importaban*. La única cosa que me preocupaba, la única razón por la que seguía ahí, se acercaba caminando por el corredor.

Cuando las puertas talladas se abrieron por fin, contuve la respiración.

Ahí estaba.

Mi corazón dio un salto junto a las exclamaciones calladas de la audiencia.

Lady Fay entró despacio al salón, seguida por mi hermana e Yrana.

Todas las Damas estaban muy bellas, pero mi esposa acaparaba la atención. ¿Cómo podía ser de otro modo, si iba cubierta *con el brillo mismo de las estrellas*?

Percibí su olor de inmediato, pero no sólo la opresiva lavanda o las dulces flores de jazmín salpicadas en el complejo arreglo de trenzas detrás de su cabeza. Percibí *su esencia más íntima de mujer y de pareja*, incluso por encima de la gran cantidad de arreglos florales que me rodeaban. Lady Fay era una deidad de primavera. La diadema de plata y perlas que le obsequié, como una sutil corona, brillaba junto a los miles de puntos bordados en la capa que llevaba sobre los hombros. Reconocí esa capa: del color de los zafiros, hecha con la seda más fina y decorada con auténticos hilos de oro y plata. Enorme, pesada y magnífica, otra obra de arte en sí misma.

Hecha por las propias manos de mi madre, heredada por Sebreena cuando ella murió. Me figuré que debía ser la mentada sorpresa.

A Lady Fay, le sentaba divinamente.

La modesta joyería más bien realzaba su belleza natural, pero el vestido… la costurera hizo buen uso de mis monedas. Seda estampada azul oscuro, apretada en torno a la esbelta figura de la Dama hasta la cintura donde las faldas se abrían grandes y voluminosas. Las mangas eran largas y abiertas, bordadas en azul más claro y dejando sus brazos casi expuestos por completo. Aunque la capa me impedía ver más, a juzgar por el escote tan recto pude intuir que llevaba los hombros desnudos. Se me secó tanto la garganta que no pude ni respirar. Mis orejas se cayeron despacio, era tan asombrosa.

Era la criatura más hermosa que jamás había visto.

Tan injustamente bella y mía, sólo mía.

Y ahí estaba yo, paralizado hasta la estupidez, admirándola y nada más, hasta que me di cuenta de que ella se había detenido en seco. Un rumor de gruñidos y voces femeninas se alzó a mi alrededor. Los ojos de Lady Fay recorrieron el entorno de un lado a otro. El aroma de su miedo desatado, tan enloquecedor como inequívoco, hizo que me ardieran las encías al mismo tiempo que me abofeteó de regreso a la realidad.

Maldita sea.

Me olvidé de advertirle.

*****

… cuando mis ojos se acostumbraron al exceso de luz, mi cuerpo entero quedó helado.

Aquella magnífica estancia estaba colmada de lobos-hombre.

Aunque Madame Tessala y su vestido rojo sobresalían entre la multitud, todo lo que vi fueron lobos. Docenas de ellos, altos y orgullosos detrás y entre Damas de todas las edades. Bestias erguidas de todos los tamaños y medidas, con los atuendos más elegantes. Recorrí el recinto con una mirada nerviosa y no pude

hallar dos abrigos de pieles con los mismos colores o patrones; negro mezclado con gris oscuro y gris claro, prístino blanco, negro y rojizo, marrón oscuro y dorado, gris y dorado y marrón claro manchado de negro.

Su ojos, tan humanos e intensos, me observaban desde esas facciones lupinas inexpresivas. Hocicos y orejas apuntaban hacia mí, como si acecharan a una presa indefensa.

Mis pies se quedaron clavados en el piso de mármol. Tragué con fuerza.

Yo era la presa indefensa. Yo. La mujer ordinaria que acababa de pisar aquel recinto sagrado, esperando convertirse en una de ellos.

Mi único consuelo era saber que Sir Camron estaba ahí mismo, quizá a cincuenta pasos por delante. Incluso entre tantos de sus pares, él seguía siendo el más alto y el más grande, y había jurado protegerme y cuidar de mí. Nadie me haría daño, la certeza floreció en el fondo de mi mente y se convirtió en un alivio instantáneo. Mi corazón galopante se calmó un poco.

Cuando por fin miré a mi esposo, él levantó una mano.

Sir Camron hizo una señal conocida, sostuvo el puño cerrado mientras mantenía el dedo índice y el del medio extendidos y separados.

Me apuntó con esos dos dedos, al principio, y luego hacia sus propios ojos.

Míreme.

Busqué su mirada clara. Él repitió el signo, con gentileza, y añadió otro gesto con las dos manos: me apuntó con ambos índices y luego, al espacio por delante de sus pies.

Míreme.

Venga aquí.

Sí. No estaría más a salvo en otra parte que no fuera junto a él.

Estaba a punto de levantarme las faldas una vez más, cuando Lady Sebreena y Lady Yrana se me acercaron por los lados. Desabrocharon la pesada capa de mis hombros y me la quitaron. Al retirarse, la Señora de Crescent Hall me apretó ligeramente el brazo.

Todo estaría bien. Me había preparado para ese momento, *los dos* estábamos preparados.

Volví a concentrarme en Sir Camron, recogí mi vestido y caminé hacia él. Sin el peso añadido de aquella exquisita capa azul me sentí mucho mejor, cada paso que me llevaba más cerca de mi esposo también elevaba mi espíritu. Él me ofreció la mano enseguida y, una vez que nuestros dedos se entrelazaron, los dos nos volvimos hacia el escenario para enfrentar al Lord Alfa, su esposa y sus hijos. De la familia real, los dos jóvenes Lores estaban en sus formas bestiales. Lord Areksandir mostraba su oreja mochada con orgullo.

Sir Camron me apretó la mano y nos inclinamos para presentar nuestros respetos. Me resultaba imposible ignorar las docenas de ojos fijos en mí. En nosotros.

El estómago se me revolvió un poco.

El anciano Lord Alfa levantó los brazos y dijo algo en su idioma. Detrás de él, los músicos tomaron sus lugares en el escenario. Un hombre ordinario de piel oscura, vestido con ropajes naranjas y lujosos, se quedó en el centro; su rostro era muy afable, me miró y me sonrió con gentileza antes de sentarse detrás de un dulcémele de madera negra. Los otros dos hombres, también de aspecto ordinario, se sentaron a cada lado de él con hermosos laúdes a cuestas, una mujer se paró muy cerca con un juego de campanillas y otras dos esperaban, en silencio. La última persona en subir al escenario fue una dama madura de prístinos cabellos cenizos, espectacular en su vestido blanco y negro y su capa corta de piel blanca. Se movía con la cadencia de una reina, sus ojos azul hielo eran tan distantes como calmos.

La voz del Lord Alfa me asustó cuando empezó a hablar en la lenguaplana:

—Pueden comenzar cuando estén listos.

Nos inclinamos otra vez y le dimos la espalda al escenario. El aire enseguida se llenó con los sonidos desorganizados de la banda, que se preparaba para tocar.

Sir Camron y yo caminamos juntos hasta el centro del círculo blanco en medio de aquella impresionante sala, bajo el resplandor ámbar de las opulentas linternas. Apenas mis dedos empezaron a deslizarse de su agarre (para tomar mi posición), Sir Camron volvió a capturarlos y me obligó a detenerme.

Lo miré, y sus luminosos ojos de plata me atravesaron entera.

—Mi querida Señora, no puedo empezar este baile sin antes decirle que usted es, de lejos, la mujer más hermosa en este recinto. Creo que todos están de *acuerdo* conmigo, *considerando* la manera en que la miran.

Se le complicaron unas pocas palabras, es cierto, pero la fortaleza de sus intenciones resultó ser más poderosa y su voz caló profundo en mí. Intensa y suave como la seda, envolviendo mis emociones y espoleando mi corazón, justo cuando había logrado calmarme.

—Gracias. —murmuré, atontada.

Él dio un paso atrás, aun rehusándose a soltarme la mano.

—Estoy aquí —susurró, como si estuviéramos solos en nuestra habitación, practicando—. *Míreme* a mí. Olvídese de ellos.

Suspiré hondo y asentí. Nuestras manos se separaron al fin.

Me recogí las faldas y caminé hasta la primera posición. El diagrama que habíamos usado para ensayar, en nuestro cuarto, era el mismo que se podía apreciar en el espléndido mosaico de aquel piso de mármol, excepto que más pequeño y ni por asomo tan opulento. Me paré sobre una figura blanca más pequeña que representaba la luna llena.

Todo lo que debía hacer era contar por lo bajo y moverme. Todo estaría bien.

Miré de reojo a Lady Sebreena, quien se encontraba con su familia: una joven rubia vestida de gris claro y brocado escoltada por unos enormes lobos-hombre de gris y negro. No podía diferenciar a unos de otros, pero los ojos cansados del que sostenía el hombro de la Dama me recordaron un poco a Lord Willem. Quizá era él. Los músicos interrumpieron mis pensamientos cuando la cacofonía de sonidos se detuvo de repente. Todas las miradas se volvieron hacia el escenario.

El hombre vestido de naranja levantó dos delicados martillos de bronce y empezó a tocar el dulcémele, arrancándole unas notas apacibles que pronto se convirtieron en una versión más compleja de la melodía que Sir Camron había canturreado para mí. El resto de

sus compañeros, excepto por uno de los laúdes, se quedaron a la espera.

Los primeros murmullos apagados no tardaron en levantarse. Aquella no era la canción que la distinguida audiencia esperaba oír.

Tenía que mirarlo a él y olvidarme de los demás.

Sir Camron y yo nos hicimos una reverencia mutua, luego me moví siguiendo en camino de mármol negro, tal como lo practicamos. Habíamos decidido mantener el principio de la danza como Lady Sebreena nos enseñó, así que bailé en torno a mi esposo moviendo mis faldas de adelante hacia atrás. El giro que le agregamos fue que, al llegar a cada una de las posiciones principales, yo daría una vuelta completa sobre mí misma antes de seguir adelante. Lo hice sobre la luna menguante, sobre la luna nueva, sobre la luna creciente y una vez más sobre la luna llena, y a continuación empecé a caminar hacia el centro, hacia Sir Camron.

Con sus ojos como ancla, me paré en su espacio personal y di vueltas a su alrededor, rozando sus piernas con mis faldas al bailar. Di una vuelta entera a su alrededor, y al pararme ante él una vez más, Sir Camron estiró el brazo para tomarme por la cintura y detenerme.

—Muy bien. —susurró en mi oído.

No pude evitar sonrojarme, e intenté esconderlo volviendo la cabeza hacia afuera en lo que me levanté el vestido del lado derecho. Las notas de la canción cambiaron de una dulce melodía vagabunda como un arroyo a un vals de ritmo claro e invitador. El segundo laúd y las campanas se unieron, y pronto aquella Dama tan augusta empezó a cantar: aunque lo hacía en las palabras ásperas de la lengualoba, su voz era sorprendentemente suave. Balanceada a la perfección por las gargantas de las otras dos damas que le ofrecían un coro de fondo.

—Aquí vamos. —él me agarró la mano derecha, llevándola hacia arriba.

Antes de que pudiera responderle algo, Sir Camron me empujó hacia atrás y enseguida caí en el ritmo apresurado del vals. Dejé de contar en algún momento y mis pies sólo se movieron por su cuenta, de memoria, enredándose a la perfección con los pasos de mi

esposo en lo que recorríamos círculos amplios y cuadrados perfectos a través de la pista. A veces yo iba hacia atrás, a veces lo hacía él, a veces dábamos vueltas en torno al otro y deambulábamos sin destino. Pareció tan difícil para Sir Camron al principio, cuando le expliqué mis ideas para mejorar la presentación. Él logró dominar la técnica con inteligencia, llevándome a la zaga cuando deseaba cambiar de dirección. Mi corazón se elevó de alegría.

Cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo, le sonreí.

Y él no apartó la vista.

Su calidez y aroma tan conocido me reconfortaron. La presión de sus dedos en mi cintura le dio aplomo a mis propios pasos. Me llevaba, tanto como yo lo llevaba a él, dando vueltas y vueltas de un rincón al otro, todo alrededor de aquel camino de mármol negro. La fantástica música llenaba el salón, rebotando en cada columna y pared, convirtiéndolo todo en una experiencia maravillosa.

Muy pronto nuestros alrededores se desvanecieron, la audiencia desapareció.

Sólo éramos nosotros dos, ensayando en privado, intercambiando risas y comentarios. Por un latido o dos, deseé que nunca dejáramos de bailar…

Nos separamos, sin soltarnos del todo. Di unos pasos atrás, Sir Camron levantó una de mis manos por encima de mi cabeza y empecé a girar de nuevo: él me llevó en un círculo completo a su alrededor, más y más rápido con cada vuelta. Perdí la orientación por un instante, pero él me atrapó de nuevo y tiró de mí hasta que mi cuerpo quedó presionado contra el suyo.

Estoy segura de que oí algunas exclamaciones escandalizadas de la audiencia.

Lo que vendría después, el arco de cierre de nuestra demostración, me ponía un poco nerviosa.

Como si me hubiera leído los pensamientos, Sir Camron se rio.

—*Recuerde*, sólo tiene que *confiar* en mí. —susurró otra vez.

Volví a asentir, con discreción, y nos empujamos mutuamente para separarnos. Esa vez los dos dibujamos círculos alrededor del otro, sin romper el contacto visual. Moví mis faldas, él mantuvo ambas manos a la espalda. Desde mi perspectiva, parecía más una

confrontación que una tierna danza ente amantes, pero me gustaba. Había una pasión indiscutible y compromiso profundo en la forma en que Sir Camron recorría la pista, su mirada de plata me devoraba a cada giro y cada cambio de paso. Nos acercábamos y alejábamos del otro, nos reuníamos en el centro y volvíamos a separarnos, rozándonos las manos al pasar o dándonos la espalda para no tocarnos.

La música llegó a lo más álgido. Era el momento de demostrar nuestro duro trabajo.

Le hice una señal con la cabeza. Sir Camron se retiró hacia su posición, con gracia.

Ondeando mis faldas al son de la melodía, bailé con pasos rápidos dirigiéndome hacia él por última vez, describiendo un arco amplio que terminaría por su lado izquierdo. Mientras más me acerqué, más velocidad gané y más impulso hasta que, cuando estuve a punto de pasar casi corriendo junto a él, Sir Camron me atrapó por la cintura *y me arrancó del piso*.

Alcé los brazos sobre mi cabeza y cerré los ojos.

Usando la fuerza bruta de su torso, Sir Camron me llevó a dar otra amplia vuelta. La falda y las mangas de mi vestido se desplegaron, flameando en el aire, su capa negra las acompañó. Más voces y comentarios sorprendidos se mezclaron con la música, los primeros aplausos no tardaron en felicitarnos. Él volvió a reírse y no pude hacer otra cosa más que reírme con él, volando a través del piso de mármol en sus brazos, dando vueltas y vueltas juntos.

Con los pasos coordinados a la perfección, Sir Camron se dejó caer sobre una rodilla y manipuló mi peso para sentarme en el piso por delante de él, en un nido de seda y su propia capa, justo en el momento en que la cantante recitaba las últimas palabras. La música siguió, pero nuestra parte, por fin, había terminado.

Tiró de mí con rapidez. Rodeé sus amplios hombros con mis brazos y escondí la cara en el grueso pelaje de su cuello. Sir Camron temblaba, su pierna herida no encontraba posición. Se me hundió el corazón por un instante o dos, hasta que él…

Mi esposo me abrazó, de rodillas.

—*Lo hizo espléndidamente* —resopló—. *No tengo palabras.*

Sir Camron presionó hocico con suavidad en mi cuello. Su pronunciación quedó destrozada por la respiración agitada, pero no me importó: lo que quiso decir fue tan claro que los ojos me ardieron con lágrimas. Apreté los labios para contenerme, temerosa de hacer el ridículo.

Y entonces me di cuenta de que la audiencia aplaudía y nos vitoreaba. *Aullaban* por encima de la música, con un entusiasmo ensordecedor.

*****

El eco de los aplausos tronó dentro del Gran Salón hasta casi aturdirme. No dolió, pero tampoco fue una sensación placentera y por fortuna, no duró tanto. La pista de mármol pronto se llenó de parejas que decidieron intentarlo también y empezaron a bailar, ya que los músicos no dejaron de tocar en ningún momento. La cantante, una de las hermanas menores del propio Lord Alfa, empezó la misma canción de nuevo para que todos la disfrutaran.

En cuanto nos separamos, tomé las manos de Lady Fay y la ayudé a ponerse de pie.

No podía dejar de mirarla, a su sonrisa radiante y sus ojos tan llenos de vida y felicidad. Había florecido como los fragantes jazmines de su pelo, impactante en su belleza y tan fuerte como el sauce. Mi cabeza estaba en blanco. Simplemente, no sabía qué decir.

¿Qué otra cosa podía hacer, más que admirarla?

—Me disculpo —le dije al fin, posando una mano en su espalda baja—. El festín obliga a todos los machos capaces de *cambiar* de *forma* a *presentarse* en la piel del lobo. Olvidé *decírselo*.

Ella sacudió la cabeza.

—Está bien.

La Dama alisó unas arrugas en el frente de mi túnica, quizá diciéndome en su propio idioma silencioso que no le preocupaba el tema y ya no tenía miedo. Su cuerpo tan grácil se pegó a mí en cuanto mi familia nos rodeó. Podía olerlos, a ellos y a su alegría y excitación, era tan intenso que arrugué la nariz para soportarlo todo.

—¡Oh, hermana! ¿Qué fue eso? —exclamó Yrana, extasiada.

—¡Divino! ¡Cuánta belleza! —Sebreena sonreía con todo su ser, sus manos unidas en una plegaria—. ¡Estoy tan feliz, fue un baile maravilloso! ¡Ustedes dos me tenían engañada!

Lady Fay se encargó de las Damas, así que las dejé ser. Kenley me tocó el hombro y señaló con sus manos *Bien hecho*, a lo que respondí dándole las gracias, del mismo modo. Rothfern sacudió la cabeza y también usó las manos para señalar *No tenía idea de que podías moverte así*, y juzgando por sus orejas ladinas y el brillo juguetón en sus ojos, era a medias un elogio y a medias una broma. Le respondí que si él quería, le podía enseñar. Mi hermano resopló una risita.

Esmond y mi padre se acercaron a felicitarme, a continuación. Sin embargo, la sombra de un borrón blanco en el rabillo de mi ojo se llevó toda mi atención. Me volví a mirar sobre el hombro justo a tiempo para atrapar a Lord Areksandir inclinándose con respeto ante mi esposa.

Le ofreció una zarpa abierta, ignorando a mi hermana por completo, e hizo un gesto hacia las otras parejas que bailaban.

Cada pelo a lo largo de la espina se me puso de punta.

A ver, ¿qué diablos creía que estaba haciendo ese cachorro?

Estuve a punto de ladrar algo cuando Lady Fay simplemente le hizo una reverencia y tomó su mano. Aceptó la oferta, y se fue con él. Mi hermana, a todas luces molesta, se acercó para reunirse con nosotros. Yo no podía moverme. Me quedé viéndolos, en lo que se alejaron y empezaron su pequeña danza. Apreté tanto los puños que me lastimé con mis propias garras. El dolor no fue suficiente para obligarme a apartar la vista.

Sentí las entrañas arder, algo caliente y amargo me subió por la garganta.

¿Por qué quemaba así? ¿Por qué odiaba tanto verla con alguien más?

Porque era el momento de admitir que estaba prendado de la Dama, incluso desde mucho antes de ver sus ojos tristes por primera vez. Intercambié cartas con ella y adoré todas y cada una, aun cuando sabía bien que sus palabras no iban dirigidas a mí y que estaba previsto que se casara con mi hermano. Tomé el lugar de

Fadric, sabiendo que nunca podría darle la vida que ella podría esperar pero deseando, por lo menos, poder salvarla de un destino peor. Seguí cayendo cada vez más hondo en la trampa, como un tonto, diciéndome que todo estaba bien en tanto no cruzara la línea. Pero era inevitable.

Me atraía sin remedio. Así como todos los caminos llevan a casa, *todos mis pensamientos se convertían en ella*.

Lady Fay era mi esposa.

Mi pareja. Mi otra mitad. *Mi todo.*

Y para alguien como yo, amar era una cosa tan, pero tan terrible…

36. La Gran Reunión

No esperaba que un festín tan lujoso estuviera completamente desprovisto de cubertería.

Todos a mi alrededor arrancaban piezas de las distintas carnes asadas con las manos desnudas, sin más, y comían sin inmutarse. Las voces que oía a mi alrededor pertenecían a las mujeres, con el ocasional gruñido, gañido, bufido o palabra distorsionada que salía de la boca de algún Lord lobo. Me encontraba rodeada de extrañas y de bestias, pero no tenía miedo.

Al contrario: una vez que la aprensión desapareció, me descubrí fascinada.

Después de que Sir Camron y yo terminamos con nuestro baile, todo el mundo buscó a su pareja y entraron a la pista para entregarse a la música. Lobos regios y hermosas Damas se pusieron a dar vueltas en torno a nuestra posición, atestando aún más el ya abarrotado espacio. Los pajes corrían de aquí para allá apagando velas para bajar las luces dentro del salón. En poco tiempo, la brillante luna llena nos miró desde lo alto a través del ojo en el magnífico domo de vidrio, bañándonos en su resplandor plateado.

Compartí aquellos mágicos momentos no con mi esposo, sino con el Lord Príncipe (como habíamos acordado antes). Lord Areksandir era un joven muy afable, dentro de todo, astuto y lleno de determinación. Una vez más, aunque sabía que no debía, me sentí inclinada a ofrecerle mi simpatía. Le obsequié dos bailes y me reí bastante en su compañía.

Poco después, llegó la hora de disfrutar del banquete.

Aún no podía creer el espectáculo que se desarrollaba a mi alrededor.

Todo lo que hacía falta para reconocer a aquellos en su piel de lobo era mirarles a los ojos. Pude ver el encanto de Sir Kenley en cómo su mirada brillaba cada vez que mostraba sus impecables colmillos, o el orgullo tranquilo en la augusta cabeza de Sir Rothfern, las muecas juguetonas en los belfos y las orejas inquietas del Joven Esmond. Mi suegro, por ejemplo: su pelaje era el más gris de todos, pero sus ojos estaban llenos de sabiduría y confiabilidad. En otros tiempos, debió ser un guerrero formidable. Trazos de esa antigua gloria aún se notaban en su postura y gestos.

Quizá ninguno de ellos podía hablar con tanta naturalidad como Sir Camron, pero no se los veía desamparados. Dentro del Clan Gris de Mooncrest Falls se comunicaban en señas, moviendo sus manos bestiales como relámpagos. Entendí quizá la mitad de lo que se decían unos a otros, aunque lo más satisfactorio era verles explotar en risas guturales a menudo. Eso, si no tenía en cuenta sus afilados colmillos. Lady Sebreena, sentada en la otra punta de nuestra mesa junto a su padre, intercambiaba bromas con sus hermanos como si para ellos se tratara de una comida cualquiera.

Incluso con disfraces de piel, eran la familia de Sir Camron*. Mi familia*.

Estar rodeada por ellos me hacía sentir a salvo. Cómoda.

*****

Mi esposo cumplió su promesa, claro. Se sentó a mi lado para el banquete, aunque se le veía distraído. En lo que picoteaba algo de comida de mi bandeja, observé cómo Sir Camron arrancaba una gruesa pierna de pavo con las garras y empezó a lanzar jirones de carne dentro de su boca, con la mirada fija al otro lado del salón. Comía por instinto, completamente abstraído de aquel ambiente tan jovial.

Algo me ardió en el corazón. ¿Qué miraba, con tanto interés?

Sus hombros se notaban tensos. Movía la pierna herida con nerviosismo, golpeando la mía de tanto en tanto por debajo de la mesa. Tenía las orejas aplastadas contra la cabeza. Con cautela, le

toqué el brazo y se volvió a mirarme en un espasmo. La luz fría en su mirada se entibió enseguida apenas me encontró.

Dejó de mover la pierna por completo.

—¿Está adolorido? —le susurré.

Relajó las orejas y dejó caer un poco los hombros.

—¿Disculpe?

—¿Se lastimó la pierna bailando?

Él frunció apenas sus cejas grisáceas.

—No, estoy bien.

—¿Entonces por qué parece tan distante?

Sir Camron hizo una pausa y parpadeó. La melena en torno a su cuello se erizó un poco.

Unos latidos después, murmuró:

—Temo no *poder parar* de *mirarla*, y no deseo *hacerla sentir* incómoda.

Cualquier respuesta inteligente que pudiera habérseme ocurrido murió en mi garganta.

Sir Camron volteó la palma hacia arriba y me agarró los dedos, con rapidez, luego tiró de mi mano y presionó su nariz fría contra mi piel. Su versión de un beso galante, seguido de esa sonrisa pícara y arrogante que rara vez esgrimía. No me importó que las almohadillas de sus dedos o sus belfos estuvieran sucios de grasa, el tirón de su mirada brillante era más fuerte que cualquier sentido del decoro.

—Coma —me recordó, y me soltó la mano—. Nos vamos *pronto.*

Por supuesto. Después del festín, venía la cacería.

La apertura de las Puertas Lunares bajo la última luna llena marcaría el final de las festividades de primavera para la gente loba. Todos los cazadores en buena forma saldrían en una búsqueda tanto dentro como fuera del Valle Hundido, en busca de carne salvaje. A su regreso, los trofeos serían ofrecidos al gentío ordinario. Era tanto un gesto de apreciación de su lealtad y apoyo durante las largas temporadas invernales como un ejercicio de unidad familiar, un regreso a su naturaleza más íntima. El libro de historias tenía algunos relatos dedicados a sucesos de las cacerías, así que estaba consciente de lo que vendría a continuación. La excitación burbujeaba en mi estómago.

El comentario de Sir Camron me dejó muy claro que se uniría al evento, herido o no.

—¿Me permitiría pintar su cara? —le pregunté, quizá demasiado ansiosa.

Él tragó un pedazo de pavo. Nuestras miradas se encontraron de nuevo, y mi esposo asintió.

—*Sería* todo un *honor*.

Hechizada por el suave ronroneo que acompañó a sus palabras, le sonreí con toda el alma.

Esperaba que él pudiera olfatear lo complacida y agradecida que me sentía de estar allí, de experimentar aquella noche tan maravillosa. Y pensar que, no más que una temporada atrás, estaba convencida de que mi destino era convertirme en una garantía de riqueza sin rostro, o a lo sumo una yegua de cría sumisa. Ya no miraba desde lejos, encogida de temor, esperando el momento en que el sueño se terminara.

El sueño estaba sentado junto a mí, y era tan real como la promesa del amanecer.

*****

El banquete acabó antes de lo esperado. Todos estaban muy conscientes de la tormenta que se avecinaba y querían salir cuanto antes, para disfrutar el tiempo al aire libre tanto como fuera posible. Era una preocupación razonable. Yo tenía algo más en mente, algo de lo que necesitaba ocuparme antes de unirme a los míos. Ignorando el dolor que me quemaba la pierna, navegué el laberíntico sótano del Castillo Whitehall *buscándolo a él*, a las banderas de su casa.

Muy probablemente no lo sorprendería en solitario, pero estaba determinado a intercambiar algunas palabras con ese cachorro. Los celos ardían dentro de mí.

¿Acaso creía que, sólo porque era hijo del Lord Alfa, podía hacer lo que quisiera? ¿Ir tras cualquier mujer que se le antojara? Quizá yo servía a su casa bajo la bandera de mi padre, pero eso no significaba que Lord Areksandir podía pasar sobre mí y seducir con

tanto descaro *a mi esposa*. Ya me parecía que la había saludado con demasiada efusividad el día que llegamos a la fortaleza, cuando se presentaron. Estuve distraído, tan embelesado con Lady Fay y quizá demasiado confiado de mi propia posición, que no vi las señales. Maldita fuera mi propia inocencia cuando le dije a ella que el Clan Blanco no actuaría con motivaciones deshonestas.

Desafiar a su pareja para demostrar poder. Un baile bajo la luna llena.

Era mi deber detenerlo todo antes de que llegara demasiado lejos.

No es nada digno de un caballero jurado guardarle rencor a un Lord, pero nadie puede esperar que una bestia se quede con las garras escondidas mientras otro pretende robarle lo que le pertenece.

Tampoco estaba buscando otra pelea. Sólo tenía que dejar algunas cosas claras; no había manera de que me quitara a Lady Fay.

No, ni siquiera se me ocurrió el hecho de que Lady Fay no era una mujer de nuestra sangre. Ella no entendía nuestras tradiciones y costumbres, todavía. Quizá ni se había dado cuenta del complot. Pero para entonces, yo estaba cociéndome en mi propia rabia y se notaba: más y más cabezas se volvieron en mi dirección y muchas orejas se alzaron conforme más me acercaba a las tiendas del Clan Blanco. Dos lobos-hombre de impoluto pelaje blanco, en sus armaduras ligeras de cuero, me interceptaron antes de que pudiera llegar muy lejos. Justo lo que esperaba. Centinelas, con los colores y escudos de su casa.

Con la cabeza en alto, les gruñí:

—*Quiero hablar* con *Lord Areksandir*.

Mi tono no fue nada amable. Antes de que cualquiera de los guardias me mostrara los dientes, una voz proveniente del interior de la tienda les hizo ponerse firmes:

—Déjenlo pasar. Tenemos algo pendiente.

Fruncí el ceño. La voz del joven Lord sonó sorprendentemente clara.

Los Centinelas se hicieron a un lado, uno de ellos abrió la cortina que hacía de puerta del pabellón. Aunque yo era una cabeza más alto que ellos, se las arreglaron para lanzarme miradas asesinas en lo que me metí a la tienda.

El espacio era más bien pequeño, pero muy privado. Había una buena mesa de madera negra con una silla a juego, con ropas muy finas colgando del respaldo. La única fuente de luz la ofrecía una linterna de vidrio. Lord Areksandir me sonrió, se estaba cerrando una bata negra sobre el cuerpo desnudo. *Su cuerpo humano.* Alcancé a ver brevemente una pila espesa de pelo blanco en la esquina de la tienda, en el piso de piedra. Qué conveniente, justo había terminado de cambiar de forma.

Mejor. No tendría que escucharlo balbucear sus excusas.

—Sir Camron, espero que mi escudero no haya interrumpido sus preparativos.

Ni siquiera había visto a su escudero, y tampoco me importaba.

Todo lo que me hizo falta fue gruñir por lo bajo, y el semblante afable de Lord Areksandir desapareció en un parpadeo. El Lord Príncipe se quedó helado, su mirada se oscureció. Bajó un poco la cabeza. Algo hizo presión en el fondo de mi mente, una advertencia.

—Usted no recibió mi nota. —observó él.

Le mostré los dientes.

—No.

Los dos oímos movimiento afuera. Lord Areksandir, sin embargo, fue más rápido:

—¡ALTO! —ladró, su voz profunda retumbó como el trueno en mis oídos—. Sir Camron y yo requerimos privacidad. Aléjense de la tienda.

—¡Pero, mi Señor!

—¡Dije que nos dejen! Nadie me hará daño.

No pude apartar la mirada de sus ojos. Cada pelo a lo largo de mi columna y cola se erizó en respuesta. Una extraña niebla me nubló los sentidos, empezó a faltarme un poco el aire. Aquella sensación amenazante se volvió tan densa, tan opresiva, que tuve que parpadear varias veces para despertar y retomar el control de

mí mismo. Apenas escuché los pasos pesados de los Centinelas al alejarse de nosotros.

—Usted también, Sir Camron. Cálmese.

Caí sobre una rodilla en frente del joven Lord, no pude resistirlo más.

Influencia. Imparable y desatada, como nunca antes había sentido. Tal era el poder de un Alfa verdadero, la habilidad de inspirar y ejercitar su autoridad como líderes de la manada. Él no era comandante de una rama entera de la fuerza mercenaria del Clan Blanco, a su edad, sólo porque alguien se despertó un día y pensó que sería una buena idea, no. Tenía la fuerza para liderar. Siempre fui consciente de ello, una sensación duradera y terrible que me empujaba a obedecer. Mi padre fue el primer Alfa al que seguí y respeté, pero su autoridad palidecía a comparación.

Me tomó por sorpresa, y aquello sólo me enfureció más.

—*Me obligó a hincar la rodilla.* —le gruñí.

—La influencia es un recurso precioso. Al igual que Padre, creo que no debería usarse para dominar a otros, pero me encuentro en una posición sensiblemente inferior ahora mismo —me dijo, controlándome con su poderosa mirada—. Usted no vino aquí a lastimarme. Así que, por favor, exponga sus intenciones.

—*Aléjese de ella.*

Sentía la lengua pesada, apenas me entendí yo mismo.

Lord Areksandir suspiró hondo. Cruzó los brazos y dio una vuelta dentro del reducido espacio de la tienda. Apenas dejó de mirarme pude volver a respirar con normalidad, pero aún no tenía fuerza para levantarme, ni deseo de hacerlo.

—¿Ella le contó lo que pasó hoy, más temprano? —preguntó el joven Lord, calmo.

Un dolor punzante me atravesó el pecho. ¿Qué pudo haber pasado, que yo ignoraba?

Bajé la cabeza, el peso sobre mis hombros me estaba venciendo.

—*No quiero saber. Sólo aléjese de mi esposa.*

Carajo, esas palabras me dejaron exhausto.

Él dejó de caminar.

—¿Su esposa? ¿Por qué es ella relevante en este asunto?

—¡PORQUE ES MI COMPAÑERA!

Apreté los dientes. De algún modo, reuní fuerzas para volver a alzar la cabeza.

Lord Areksandir arqueó una ceja, aún de brazos cruzados.

—¿Acaso Lady Fay tiene prohibido hablar con alguien por fuera de su matrimonio, o verle? Eso suena algo autoritario de su parte, Sir Camron. Entiendo que sea una mujer ordinaria, pero aun así, y más en nuestras tierras, ella es libre de tomar sus propias decisiones.

Le lancé una dentellada.

—¡Tendrá que matarme si desea reclamarla!

—Sir Camron, se lo advierto. —el joven Lord me miró con dureza.

—¡Usted me desafió para ganarse el favor de mi esposa! ¿Cree que soy un tonto?

Él hizo una mueca, indignado, y lanzó las manos al aire.

—Primero, su hermana me acusa de hacer trampa en nuestro combate, ¿y ahora usted me acusa de seducir a su esposa? —sentí el calor de sus emociones en mi propia piel, ola tras ola chocando contra mí— ¿Qué se le ha metido al Clan Gris últimamente?

Un sabor ácido me quemó el fondo de la garganta.

—¡Usted miraba a mi esposa durante nuestro combate! —insistí.

—Estaba mirando *a su hermana* —explicó Lord Areksandir, como si le hablara a un niño—. Ella estuvo sentada *al lado* de Lady Fay todo el tiempo.

Parpadeé con lentitud.

—¿Mi hermana?

—¡Sí! —resopló él—. Es Lady Sebreena quien me interesa.

Las palabras se me quedaron pegadas al paladar.

Por un momento, sólo nos miramos el uno al otro. Él me tuvo paciencia y esperó hasta que la niebla de la rabia se hubiera disipado de mi mente. Mi hermana tuvo la gentileza de acompañar a Lady Fay los días del festival, llevándola a ver los eventos o a caminar por la ciudad mientras yo estaba ocupado. Y el joven Lord tenía razón, ellas se sentaron juntas en el palco durante nuestro encuentro. Me lamí los belfos.

Todavía quedaba un detalle menor, pero no menos irritante:

—*Usted bailó con mi esposa esta noche.*

—Porque Lady Sebreena me rechazó —dijo, como si fuera obvio —. Hoy, más temprano, traté de convencer a su hermana de que fuera mi compañera para el festín, pero ella se negó. Y lo hizo de una forma bastante humillante, debo decir. Su esposa, Sir Camron, fue tan amable de darme algo de consuelo, por lo menos, con sus palabras y su sabiduría. Bailó conmigo por lástima, me imagino.

—Así que, usted… —hice una pausa, aún más confundido que antes. Mi voz volvió a la normalidad una vez que dejé de arder por dentro—. ¿Usted me desafió para *impresionar a mi hermana*?

—Sí. Exactamente. Pensé que se caía de maduro.

Me quedé mirando a Lord Areksandir.

Él se encogió un poco de hombros.

—Mi hermano se ganó la simpatía de su esposa en un desafío —murmuró, pero enseguida carraspeó y, con una pequeña sonrisa, el joven Lord se tocó apenas la oreja cortada—. Además, la nuestra fue una gran pelea y una experiencia exhilarante para mí; pero le juro que no sabía que usted estaba malherido. Le he ofrecido mis disculpas a Lady Fay, también. Espero que se esté recuperando, ya que estamos.

—¿*Por* qué *atacarme* a mí? No soy *heredero* de mi casa.

Hablando en términos estrictamente legales, Sebreena y yo ni siquiera éramos de la misma sangre.

Él volvió a hacer una mueca.

—Bueno, es obvio que usted es más grande que la mayoría de nuestros hermanos. Más fuerte. Más maduro. Y es verdad que le admiro, en cierta forma. Lo consideré un honor.

No me di cuenta hasta entonces, pero ya no sentía la influencia del Alfa dominándome. Hice un intento de ponerme de pie y, al no encontrar objeciones en mi propio cuerpo, me levanté por completo.

Una vez que los celos se esfumaron, la vergüenza llenó mis venas.

El joven Lord negó con la cabeza:

—Párese con orgullo, Sir Camron. No me ha ofendido.

¿Cómo que no? Le falté el respeto, de cabo a rabo. Lord Areksandir podía quitarme mi título de caballero y mis tierras si lo

creía justo, y estaría en su derecho de ejecutar esa clase de castigo. Yo había cometido la falta. ¿Cómo se verían reflejadas mis acciones en mi familia, en mi padre? Me hundí aún más en la espiral retorcida del deshonor. Lo último que deseaba era poner a mi clan en una posición difícil. Y Sebreena, ¿acaso no dijo él que ella le acusó de hacer trampa durante nuestra pelea? Sabía que mi hermana no estaba contenta con el empate, ¡pero no creí que confrontaría al propio Lord Príncipe por ello!

¿Y por qué Lady Fay no me dijo nada de eso?

Bueno, tampoco es como si hubiéramos tenido tiempo para charlar antes del festín. Me llevé una mano al corazón y me incliné frente al joven Lord.

—Mis disculpas, *Lord Areksandir*. Las más *profundas*, y *sinceras*. No era mi…

—Podemos dejar esto atrás si escucha lo que le quería decir en primer lugar.

Cierto. Al parecer, había mandado a su escudero a buscarme.

Bajé la cabeza.

—*Por favor*, adelante.

Él disparó hacia la mesa de madera negra y buscó algo en las ropas que estaban tiradas sobre la silla. Era el atuendo que había usado durante el banquete. Sacó algo del bolsillo de su finísimo abrigo blanco y negro, y volvió a mí.

—Su esposa me aconsejó que escribiera una carta para su hermana —Lord Areksandir me entregó una pieza de papel de gran calidad, doblado y sellado con cera negra—. Preferiría no enfrentarme a la Dama; creo que ella piensa que soy la peor de las basuras, de momento.

Traté de no resoplar una carcajada.

—Me *pregunto por* qué. —comenté.

—¿Sería mucho pedir que usted le entregue esta carta a Lady Sebreena, y que le diga algo bueno sobre mí? Como un favor personal.

Acabé por sonreír un poco.

—El desafío *terminó* en un empate.

Sus cristalinos ojos azules relampaguearon. No se echaría atrás.

—Si usted hace esto por mí, yo honraré mi parte de la apuesta. El Clan Blanco se pondrá de su lado, y me encargaré de que su proyecto tenga todo el apoyo que necesita —aplastó la carta contra mi pecho, sosteniéndola con el dedo índice—. El Concejo debe volver a reunirse cuando termine la cacería. Ahora mismo, las probabilidades están en su contra. Verá, Lord Hamish tiene la mala costumbre de hablar muy fuerte cerca de mi gente: se reunió con Lord Cynric rompiendo el protocolo. Hamish sabe que comprometerse al proyecto de las inundaciones implica proveer mano de obra durante una temporada completa; el problema es que tener menos mano de obra para atender los asuntos del Clan Rojo implica menos ganancias para el Clan Rojo. El Clan Dorado está en una situación similar, excepto que ellos tienen lazos de matrimonio con el Clan Gris, mientras que los Rojos no. Y los dos viven en las montañas, así que las inundaciones por sí mismas no son su mayor preocupación. Eso deja a su gente en una posición vulnerable.

Resoplé, considerando sus palabras. No tenía razón para dudar de él.

Que Lord Hamish decidiera contra el proyecto era algo que tuve en cuenta, pero que tratara de persuadir al Clan Dorado me dolió. Mi plan era para el beneficio y seguridad de todos, yo no buscaba ganar algún privilegio o fortuna con ello.

El Valle Hundido era por sí mismo una tierra rica, pero prosperaba porque era una comunidad y todo el mundo hacía su parte para mejorar la calidad de vida, tanto la gente ordinaria como la gente loba. Apoyo mutuo bajo un mismo estandarte. No significaba que a todo el mundo le gustara todo el mundo, pero al menos era de común acuerdo que cooperar hacía la vida de todos más fácil. La población no dejaría de crecer. Comerciar con el Norte ya no era suficiente, y las caravanas del Extremo Sur nos abrirían nuevas oportunidades de crecer. Las inundaciones podían arruinar todo eso. Otra catástrofe como la que se llevó las vidas de mi madre y mis hermanitos gemelos haría que el invierno fuera mucho más duro para los menos afortunados.

Agarré la carta. Lord Areksandir dio un paso atrás.

—*Arriesgará* la *neutralidad* de su familia *por mi hermana*. —observé.

—Mi padre confía en su inteligencia. Pero sí, básicamente. Si ayudándole a usted puedo acercarme a Lady Sebreena, entonces no me molesta tragarme el orgullo.

Mi nariz capturó la limpieza de la honestidad en su fuerte olor masculino.

Y el ardor del deseo, también. Arrugué la nariz; eso no era algo que quisiera oler. Mucho menos viniendo de alguien que deseaba a mi hermana. Como si la última luna llena del ciclo no fuera lo bastante fuerte.

—A usted *de verdad* le gusta mi *hermana*. —tosí.

—Sir Camron, no puedo convertir a Lady Sebreena en Dama Alfa, pero tengo fe en que puedo hacerla una mujer muy feliz. Mi madre no crió a un debilucho.

Bueno, si Sebreena estaba tan enojada con él, sería en extremo difícil convencerla de que cambiara de opinión. Pero dependiendo del contenido de aquella carta, quizás aún quedaba alguna esperanza para el joven Lord. Entregar la carta no le haría daño a nadie. Casarse dentro del Clan Blanco era algo así como un logro vitalicio para algunos, y mi hermana estaba en la edad perfecta para convertirse en esposa si así lo deseaba. Eso dependía de ella, al final. Yo no tenía ningún deseo de arruinar nuestra relación para obtener lo que quería.

—Muy bien. —gruñí, y escondí la misiva dentro de mi túnica.

—Muchas gracias, Sir Camron. No se arrepentirá de esta alianza —Lord Areksandir sonrió, radiante. Luego estiró el brazo hacia la entrada del pabellón—. Por favor, espere afuera. Necesito volver a cambiar.

Salí de la tienda como me lo pidió y me quedé parado cerca de la puerta, con los brazos cruzados. Las miradas de los otros lobos blancos, aunque me observaban desde la lejanía en la cámara abovedada, no pasaban desapercibidas. Entendí que pudieran estar preocupados por su líder, algunos de ellos incluso pudieron haber escuchado nuestra conversación. No me preocupaba demasiado.

—Escuche, ¿por qué no se une a mi partida esta noche, para la cacería? —la voz de Lord Areksandir llegó desde atrás, del interior de la carpa—. Si voy a hacer una declaración para el Consejo, conviene que sea lo más ruidosa posible.

¿Una invitación para cazar junto a la mismísima familia reinante? Sería una estupidez decir que no. Lo pensé por menos de dos latidos.

—Debo *declinar*, mi familia tiene *prioridad*. *Pero* le *agradezco* la *oferta*, mi *Señor*.

—Ah, no se preocupe —se rio—. No puedo creer lo bien que usted habla. Todo lo que me sale son algunas palabras torcidas que suenan peor cada vez que las repito. ¿Cuál es su secreto?

—*Práctica*.

—Quizá sea una cualidad del Clan Medianoche.

La mención de mis ancestros inexistentes me molestó un poco.

No dejaría que un detalle menor me arruinara el buen humor, no de nuevo.

—Confíe en mí, hace falta mucha *práctica*.

Él murmuró algo, sin darme mucho crédito. Tras una larga pausa, el joven Lord añadió:

—¿No cree que pueda persuadir a su hermana de pintar mi cara, no?

—*Sería* más *provechoso rogar por* lluvia —esa vez, yo me reí—. *Pero* puedo *pedir* a Lady Fay que lo haga.

No volvió a decir nada más después de eso, pero alcé las orejas ante los sonidos leves y crudos del cambio. Estaba muy familiarizado con el proceso, por lo menos a un nivel mecánico. Un beneficio (o no) de crecer en una familia con seis hermanos varones perfectamente capaces de cambiar de piel. No era algo lindo de ver, por definición uno cambiaba lejos de las miradas o en compañía de familia si no se podía evitar. Algunas imágenes estaban impresas a fuego en mi memoria. No había dos lobos que cambiaran de forma del mismo modo o a la misma velocidad, eso es algo inocente que puedo comentar al respecto.

Como depende de la propia voluntad, dicen que el dolor es intolerable si no se practica el cambio con frecuencia para mantener

el cuerpo y la mente entrenados. Mis hermanos me habían descrito las sensaciones con gran detalle, una y otra vez, pero yo no podía ni imaginar *cómo se sentía en realidad*. Me llenaba de preguntas. Si mi condición no era el fruto de una maldición, como a Madame Tessala le gustaba argumentar, entonces, ¿qué me había pasado? ¿Por qué no podía volver a mi forma humana?

¿Tenía una piel humana, en realidad?

Y si es que nací un lobo, en primer lugar…

¿Mi familia me abandonó por ello?

Silencioso y rápido, el estrés en el cuerpo del joven Lord se transmitió a través de su propia respiración agitada y quejidos tenues. No le llevó mucho, me figuré que estaba habituado a cambiar al menos una vez cada pocos días, quizá como parte de su entrenamiento marcial.

Cuando el lobo-hombre blanco salió de la tienda, jadeaba.

Demasiados cambios de forma tan cerca unos de otros, al parecer, tampoco eran lo más sano. Sólo unos pocos privilegiados podían hacerlo más de dos veces al día sin sucumbir al cansancio.

—Mi *Señor*, ¿se *encuentra* bien?

Él asintió y se lamió los belfos, el brillo limpio de sus ojos azules reverberó en contraste con el puro blanco de su pelaje. Lord Areksandir se estiró, haciendo sonar varios huesos a lo largo de su espalda y cola. La mayoría de los lobos preferían ir desnudos después del cambio, como él. El pelaje crecía lo bastante grueso y tupido como para proteger y ocultar las partes inconvenientes del cuerpo, también el mío, pero yo estaba demasiado prendado de las ropas y no me atrevería a correr desnudo por la espesura. Crecí usando ropa sobre el pelaje, me ayudaba a mezclarme. Interminables temporadas viviendo así me habían dotado de ventajas que seguro extrañaría si pudiera tomar el aspecto de un hombre, y otras de las que sin duda preferiría deshacerme.

—¿Vamos, entonces? —le ofrecí.

Lord Areksandir empezó a caminar, sin decir nada. Lo seguí hasta salir al patio principal, siempre unos pasos por detrás como dictaba el protocolo.

La presa nos esperaba, dentro y fuera de las murallas de nuestro hogar.

*****

—¿Qué debería pintar? —pregunté.

Miré a Sir Camron a los ojos, sosteniendo un diminuto pote cerámico en mi mano.

Él iba descalzo, estaba encorvado ante mí apoyado en una rodilla, con un brazo sobre el muslo y el otro extendido con el puño contra el pavimento. Se confundía con la noche, casi sin esfuerzo. Al igual que los otros lobos-hombres que se preparaban para la cacería, mi esposo no llevaba armas ni armadura, ni siquiera un morral o cuerda. Y a diferencia de los demás, se había quedado con los pantalones puestos.

Una tenue sonrisa lobuna tiró de sus labios oscuros.

—Lo que *quiera*.

—Pero es pintura de guerra —fruncí el ceño—. ¿No debería representar las marcas de su casa?

Los dos miramos hacia mi derecha. Lady Sebreena sonreía, metió dos dedos en un pote de espesa pasta blanca y luego desparramó el pigmento sobre el sedoso pelaje en los rostros de sus hermanos, uno por uno, dibujando líneas y figuras. De lejos, no parecía que supiera lo que estaba haciendo, pero se lo apreciaba como un ritual sagrado. Estaba parada con orgullo en los escalones de la entrada principal de la fortaleza, sus hermanos ordenados en una línea impecable ante ella, arrodillados con respeto. Volví a mirar a mi esposo, esperando que tomara una decisión.

—Quizá… las *marcas* de *nuestra* casa. —se encogió de hombros.

Él no se refería al Clan Gris, sino a nuestro pequeño clan. El que sólo formábamos nosotros dos.

Me tomó unos latidos encontrar las palabras.

—¿No deberíamos definir esas marcas, primero? No quisiera arruinar el trabajo.

—Lo que usted decida, lo *llevaré* con *orgullo*.

No me lo estaba haciendo más fácil, para nada. Las palabras dulces de Sir Camron, tan llenas de amabilidad, caían en mis oídos y mi corazón disolviendo todos mis pensamientos. Estaríamos ahí hasta el amanecer, si no salía de ese hechizo y tomaba la iniciativa.

—Muy bien. Por favor, no se arrepienta después. —bromeé.

Se rio con un gruñido.

Destapé el pote cerámico y recogí un poco de la pasta blanca con dos dedos, y me quedé mirando su rostro ancho y elegante. Sir Camron cerró los ojos y esperó, paciente. Tras una breve pausa y sin pensar, sólo presioné la espesa pintura contra la punta de su nariz oscura y la deslicé hacia atrás a lo largo de su hocico, trepando entre sus ojos y cejas. Una sola franja ancha de pintura blanca que resaltaba contra su pelaje de medianoche como un rayo de sol. Dibujé dos líneas más a cada lado de la primera, más finas y más cortas, empezando justo por encima de su ceño y hacia atrás sobre su cabeza. Sir Camron se agachó más, para que yo pudiera llegar. El resto se me ocurrió sin mucho esfuerzo; dibujé dos rayas que cruzaban por encima de sus ojos y hacia abajo sobre sus mejillas, como cicatrices brillantes. Una línea muy fina que empezó desde su labio inferior y continuó hacia su barbilla y garganta. Incluso traté de meter los cuatro dedos en el envase, y luego plasmé la pintura blanca sobre su pecho como marcas de garras, largas, que se desvanecían en dirección a su abdomen. Al final, y porque no quería retrasarlo mucho, dibujé dos rayas más desde lo alto de su hombro hacia la curva del codo, en cada brazo.

Apenas di unos pasos atrás, Sir Camron se irguió y admiré mi propio trabajo, asintiendo con la cabeza.

—Parece adecuado. —dije.

—Muchas gracias, mi Señora. —se inclinó un poco hacia mí—. *¿Ayudaría* al joven Lord?

Oh, claro. Lord Areksandir también estaba ahí.

Parado detrás de Sir Camron, con sus gruesos brazos peludos bien cruzados sobre el pecho, observando cada movimiento de Lady Sebreena con ojos de halcón. Sus orejas eran largas y elegantes, bien altas sobre su cabeza. El Lord Príncipe me recordó a un

sabueso siguiendo a su presa. No podía decidir si era entrañable o preocupante.

—¿Es apropiado? —susurré, insegura.

Mi esposo se inclinó un poco.

—Lo *explicaré* luego —murmuró. Me ofreció otro pote de cerámica, éste lleno de pintura negra. Puso el broche de rosa en mi mano libre—. *Por favor*, cuídelo *mientras* no estoy.

Le sonreí y asentí.

En la distancia, el sonido hueco de un cuerno de batalla atravesó la noche, seguido de otros. No una, sino tres veces, la fanfarria hizo eco de pared a pared a lo largo de toda la Ciudadela Plateada y dentro de los propios parapetos de Whitehall. Todos los lobos-hombre cerca de mí alzaron sus orejas, con las espaldas rígidas y bien derechas. Me figuré que era la llamada a la gran cacería, la luna se apreciaba grande, redonda y deslumbrante sobre nosotros, tan brillante que opacaba el propio fulgor de las estrellas. Era una noche perfecta, no se veía una sola nube y había una brisa fresca y suave, ideal para llevar el olor de la presa. Un escalofrío me enfrió la sangre. Una parte de mí hubiera deseado ir con ellos, de alguna manera. No para cazar, sino para ver a mi lobo en libertad, en su forma más verdadera.

No había tiempo que perder, sin duda.

Me ocupé de las marcas del joven Lord lo más rápido que pude, pintando de negro sobre su exquisito pelaje blanco con toda mi habilidad. Lord Willem llamó a sus bravos hijos para que se reunieran, con un aullido bajo, y Sir Camron se apartó de mí por fin, con una última mirada.

Lady Sebreena y yo trepamos al baluarte justo a tiempo para verlos partir. Desde arriba, seguimos a una columna de quizá un millar de lobos-hombre, de muchos colores y con muchas marcas diferentes, en lo que marchaban por las calles hacia el puente y salían de la ciudad. Desprovistos del peso de sus ropas humanas y armas, orgullosos e indómitos como la misma naturaleza de la vida los había hecho. Como sucediera en el desfile de inauguración, la gente se amontonó en cada posible agujero y esquina, hombres,

mujeres y niños de todos los escalafones y sangres, para desear buena suerte y fortuna.

Me emocioné, es cierto, pero parte de mí estaba devastada. No podía entender por qué.

¿Era miedo? ¿Me daba miedo pensar que algo malo pudiera pasarle a Sir Camron?

Quizá. Tuve que regañarme a mí misma y levantar la cabeza con orgullo para alejar esos pensamientos. Para sobrellevar ese dolor desconocido, busqué la mano de Lady Sebreena y le di un apretón. Ella reía y vitoreaba a su padre y sus queridos hermanos, pero actuó por puro instinto y se aferró a mí también; su cariño fue como una manta cálida en torno a mi corazón.

El berrido de otro cuerno, más largo, más estrepitoso, señaló el final de aquel despliegue ceremonial.

Y en la distancia, con tres ruidos sordos consecutivos, las magníficas Puertas Lunares se partieron en dos y se abrieron al mundo exterior.

37. Prueba de Resistencia

La mañana después de que los lobos salieran de caza fue solitaria, en muchos aspectos.

Un sol radiante remontó detrás de las montañas, a través del cielo limpio. Sopesé las ahora intrascendentes calles a través del cristal tintado de las ventanas de mi habitación. Todas las banderas de las casas y las decoraciones coloridas ya no estaban, la mayoría de los escenarios, tiendas y caravanas de mercaderes se habían ido; lo que quedaba, estaba cerrado. Los techos y domos circundantes estaban vacíos. Los guardias patrullaban los pasajes en torno al castillo y las plazas desiertas, algunos a pie y otros a caballo. Los ciudadanos iban y venían cumpliendo con sus labores diarias, sin prisa. Todo se notaba extrañamente silencioso sin los músicos ni los actores, y la fortaleza misma estaba tan alejada de los bosques que no se oían ni los pájaros.

Me hizo extrañar tanto los días en Crescent Hall.

En la distancia, las ominosas Puertas Lunares permanecían abiertas de par en par, aunque muy buen patrulladas.

La cama era demasiado grande para mí. Estoy segura de compartí la comida matutina con Lady Sebreena, Lady Yrana y los hijos de ésta, de que caminamos por los fastuosos jardines y pasamos tiempo reforzando nuestros vínculos de hermandad, pero todo se ha vuelto un borrón en mis recuerdos. No estaba muy interesada en la conversación ni en los juegos, para empezar. En cambio, me encontraba a menudo volviendo la cabeza hacia las tierras altas… un poco esperando ver una forma negra como el ala de un cuervo remontando los caminos escarpados.

A menudo, metía la mano en uno de los bolsillos ocultos de mi vestido azul oscuro, sólo para asegurarme de que el anillo de bodas de Sir Camron y el broche de rosa seguían ahí.

Mis preocupaciones, por supuesto, eran infantiles.

Aquello era un evento recurrente para ellos, los lobos eran cazadores natos. Estarían bien. Él volvería a mí, entero y triunfante.

*****

Lady Sebreena me había dicho que, dada mi posición como Baronesa, era posible que las jóvenes lobas-doncella intentaran reunirse conmigo.

Su profecía se cumplió, en cierto modo: mis cuñadas y yo fuimos invitadas a compartir una comida al mediodía con Lady Siobhan de la Palabra Inquebrantable, la mismísima Dama Alfa. Eso por sí solo no hubiera sido tan malo, la parte que me puso a retorcerme los dedos fue cuando entramos a un enorme jardín interior y vimos que la reina loba estaba acompañada por una treintena de Damas de su corte.

Todas las elegantes cabezas se dieron vuelta, no hacia las impresionantes mujeres que caminaban lado a lado conmigo, *sino hacia mí*. Justo como la noche anterior, me aferré a los bordes de mi compostura e hice mi mejor esfuerzo para lucir fresca.

—No se preocupe —susurró Lady Sebreena, con una sonrisita—. Son todas unas viejas chismosas, pero ninguna muerde. Confíe en mí, hermana.

Lady Yrana se rio bajito.

—Bueno, tal vez una de ellas sí. Cuídese de la mujer de rojo.

Traté de devolverle la sonrisa, más preocupada por no pisarme el vestido.

Puede que no recordase todos sus nombres, pero reconocía los rostros del banquete de la Gran Reunión. Lady Siobhan, modestamente vestida en blanco y negro, sus tres hijas mayores (Lady Maryana, Lady Natalya y Lady Tatyana) y su nuera, Lady Georgianna, esposa de Lord Radomyr. Las propias cuñadas de la Dama Alfa (una de ellas, la cantante que nos había deleitado con su

voz durante el festín, Lady Egvenya), y otras lobas-mujer de alta alcurnia de las familias prominentes del valle, madres e hijas por lo que podía ver. Y niños, había quizá una docena de chiquillos de diferentes edades jugando escondidillas entre las enormes macetas, comandados por un muchachito de cabello cenizo y cristalinos ojos azules.

Las adorables gemelas de Lady Yrana no lo pensaron dos veces, se mezclaron con el grupo entre risas, persiguiendo a sus nuevos amigos. La Dama había dejado a su hijo menor en la torre, con las doncellas, ya que era demasiado pequeño para jugar con los demás.

Todas vestían los colores de sus clanes y llevaban por lo menos un accesorio decorado con el emblema de sus familias. Yo no tenía ninguno. Usé uno de mis últimos vestidos limpios, hecho de grueso brocado azul y plateado con un escote cuadrado y mangas largas, apretadas, con los puños decorados en piel de conejo, la falda era amplia pero no demasiado. Un cinturón enjoyado acentuaba mi cintura más de lo que me hubiera gustado. La Joven Lesma me ayudó a arreglarme el pelo en un recogido alto, apretado. Estaba presentable. Mis cuñadas, por supuesto, lucían glamorosas a comparación; nada podía rivalizar con el brillo de los tirabuzones rojos de Lady Yrana contra su vestido púrpura, o el elegante traje gris de Lady Sebreena.

Todas las honorables damas estaban de pie, reunidas en torno a una mesa angosta de madera negra servida con toda clase de delicias: desde carnes asadas, aves y vegetales hasta fruta, tanto caramelizada como fresca. Era un festín de colores y olores apetitosos. Nos saludamos en una larga sesión de reverencias y presentaciones, y al final, me acerqué a Lady Siobhan.

La Dama Alfa era apenas más alta que yo, de edad pero no vieja como su esposo. Ella me tomó las dos manos por las muñecas, yo hice lo mismo y, como dictaba el protocolo, me incliné un poco sin soltarla.

—Lady Fay, por fin tenemos la oportunidad. —me dijo en la lenguaplana, con una sonrisa suave.

—Mi Dama Alfa.

—No se ponga nerviosa, alma gentil. Siempre nos reunimos después de que los hombres se van de cacería, es nuestro momento de paz y tranquilidad —Lady Siobhan se inclinó un poco hacia mí, bajó la voz—. Y entre nosotras, ya no podía contener la avalancha de pedidos de conocerla.

Y así fue como me convertí en lo que más me aterraba: el centro de atención.

Todo lo que conseguí hacer fue otra reverencia.

En teoría, yo estaba bien entrenada en el arte de fingir que disfrutaba de esos ambientes, pero mis habilidades se habían oxidado con el tiempo. Y esas mujeres tenían sentidos que no podía ni empezar a entender; como esposa de Sir Camron y miembro del Clan Gris, mi deber era representar a mi casa con propiedad.

La Dama Alfa me soltó y extendió los brazos, con gracia.

—Disfrutemos de la comida, tenemos una maravillosa tarde por delante.

Las Damas se reunieron cerca de mí, curiosas, y nos movimos en un grupo compacto en torno a la mesa.

Siguiendo a mis cuñadas, tomé un pequeño plato de madera tallado con diseños en espiral y me dispuse a elegir, todo se veía sabroso. Una vez más, no había cubiertos, así que tuve que tener especial cuidado de tomar lo que deseaba sin mancharme la ropa.

Una charla gentil empezó a dar vueltas por la fila, pero los ojos seguían sobre mí.

Intenté permanecer indiferente. Para cuando mi plato estuvo casi lleno, me di cuenta de que algunas de las damas observaban mis movimientos y los imitaban. Las jóvenes doncellas, más que nada. Una muchacha, quizá de diez y seis, hasta se sirvió de los platos por los que mostré preferencia. Se hizo a un lado, tímida, cuando me quedé mirándola en lo que intentaba descifrar su comportamiento. Lady Sebreena y Lady Yrana se quedaron más atrás, enredadas en una conversación con las Damas Princesas. La charla subió de tono. Era la oportunidad perfecta: una mujer de cabello oscuro en un vestido carmesí se me acercó, justo cuando estaba a punto de morder una zanahoria asada.

Lady Beatrix, esposa de Lord Hamish. No podía recordar el resto de su nombre, pero nunca me olvidaría de la insolencia que su esposo mostró hacia Madame Tessala.

Mi cuerpo se tensó en cuanto ella abrió la boca:

—Qué honor conocerla, Lady Fay —me dijo, con una sonrisa ancha que mostró un juego de colmillos perfectos—. Hubiera sido muy poco educado comentárselo anoche, cuando se suponía que nuestra gente debía celebrar otro año de unidad, pero su danza fue muy interesante.

—Gracias, mi Señora.

—Nunca había visto algo así. ¿Esos pasos son populares en el Valle Ancho, quizá?

Sus ojos castaños hurgaron dentro de los míos.

—Podría decirse. —respondí, e intenté comer otra vez.

—Qué atrevido de su parte y la de su esposo torcer la tradición así.

La miré por un instante.

¿Intentaba reprenderme, o algo?

—Dimos nuestro mejor esfuerzo para honrar las tradiciones y a la vez agregarle algo nuevo a la ceremonia —por lo menos, mi voz mantuvo la firmeza—. Si la ovación al final tenía que significar algo, diría que la audiencia disfrutó de nuestro acto.

—Por supuesto. Fue hermoso, tan exótico —ella lo desdeñó todo con un pase de la mano, cargada de anillos de oro y joyas resplandecientes—. Me da la impresión de que los jóvenes estarán ansiosos de aprender su danza, considerando lo cercanos y apretados que son algunos de esos pasos.

La sonrisita que dibujó después me resultó inquietante.

No, no intentaba sermonearme, sino hacerme sentir vergüenza.

¿Fue indecente nuestra danza, a los ojos de la gente loba?

Mi corazón dio un salto. Lady Beatrix se veía más como una serpiente enroscada que una loba-mujer. Un pinchazo de tristeza amenazó con arruinarme el día, pero enseguida me di cuenta de la profundidad de mis propias emociones: no había sentido una necesidad tan fuerte *de proteger* en un largo tiempo. Mi institutriz me hubiese aconsejado que tratara a esa mujer con cautela.

Gracias a mi madrastra, me había vuelto inmune a las lenguas venenosas.

Y gracias a Sir Camron, tenía mucho por lo qué pelear.

—Oh, me alegra tanto de que entendiera el tema —dije, haciendo un esfuerzo por sonar como si le hablara a una niña pequeña—. Se suponía que representáramos los fuertes vínculos de intimidad entre esposo y esposa. Sir Camron y yo estábamos preocupados de que fuera muy complejo como para comprenderlo.

Lady Beatrix abrió mucho los ojos y la boca, tal vez para protestar a mi grosería…

—Y fue *de lo más maravilloso*. —alguien nos interrumpió, por detrás de mí.

Las dos nos volvimos a ver el rostro de la dueña de esa voz tan autoritaria.

Era una mujer bajita y robusta con la piel broncínea y largo cabello castaño, vestida de opulento blanco y dorado que portaba un plato con piernas de pollo crujientes. Lady Myrna del Corazón de Acero, esposa de Lord Cynric. Sus pálidos ojos azules brillaron como el filo de una espada.

—Beatrix, si el día de hoy te vas a dedicar a roer huesos, puedes quedarte con mi pollo una vez que termine de comer. —añadió, con el ceño fruncido.

La mujer de rojo puso los ojos en blanco.

—Conversaba con Lady Fay, nada más.

—Tu idea de cómo funciona una conversación es desconcertante.

Mordí la zanahoria por fin, sólo para contenerme de resoplar una carcajada.

Si aquella fuera una corte del Valle Ancho, la reacción más justa de Lady Beatrix hubiera sido estallar y despotricar contra su adversaria, lo que con seguridad hubiera terminado en una gresca entre casas… pero, en cambio, ella me sorprendió al hacer una reverencia lenta. Una chispa de humor le llenó la mirada. Extendió sus faldas rojas tanto como sus labios se curvaron en una sonrisa plácida y, de alguna manera, la tensión que me tuvo al borde del precipicio hacía un momento terminó por desvanecerse.

—Bueno, Lady Fay tiene *algo de lobo* dentro —Lady Beatrix se rio bajito—. Me rindo, mis Señoras. Disfruten su comida.

Nos dio la espalda y se retiró hacia otro grupo de mujeres.

Lady Myrna me agarró por el codo y me llevó en otra dirección.

—No se la tome muy en serio —me susurró—. Lady Beatrix tiene un sentido del humor muy particular. Supongo que le estaba haciendo una prueba, y yo diría que usted la pasó.

—¿Una prueba?

—Sólo ignore sus payasadas.

Los niños seguían corriendo a nuestro alrededor, riendo y gritando en su idioma. Cruzamos el edificio hasta llegar a la reunión de Lady Siobhan, sus cuñadas, las Damas Princesas, mis cuñadas y varias jovencitas. Estaban sentadas juntas en una larga banca arqueada, tallada con maestría en piedra blanca y rodeada por una importante colección de macetas de cristal que parecían a punto de reventar con flores y vegetación. El espacio era precioso y olía a primavera pura. Me senté entre una de las Damas Princesas y Lady Myrna, con Lady Sebreena y Lady Yrana justo al frente de mi posición.

Mi corazón se tranquilizó en proximidad de la reina loba. Algo acerca de su carácter pacífico era cálido y extraordinario, como una manta muy querida envolviéndome los sentidos.

—Ah, ahí está —la Dama Alfa me sonrió otra vez—. ¿Sabe, Lady Fay? Su Señoría está absolutamente prendado de su esposo.

—¿El Lord Alfa?

Lady Tatyana, sentada a mi izquierda, se rio de buena gana.

—De hecho; Padre no puede dejar de hablar acerca de sus baños calientes y de cómo Sir Camron va a resolver el asunto de las inundaciones —recogió una pieza de fruta caramelizada de su plato —. Su Señoría parece creer que su esposo es un mago, o algo.

Oh, así que no sólo se trataba de mi insignificante título: éramos la comidilla del pueblo.

—Bueno, él es muy inteligente —se me escapó.

Lady Georgianna se inclinó un poco en su asiento:

—¿Sabe usted cómo planea Sir Camron lidiar con las inundaciones, Lady Fay?

—Lamento no ser una experta en el tema, pero… para decirlo con simpleza, él parece haber descifrado una manera de contener y desviar el agua que baja por el río Brazo Largo. Será un trabajo monumental, por lo que comprendo.

Un murmullo sorprendido se esparció por la audiencia. Mis cuñadas alzaron la barbilla, sonriéndose con orgullo.

Lady Natalya, sentada a la izquierda de su madre, arqueó las cejas.

—Suena tan extravagante —dijo, sacudiendo un poco la cabeza —. ¿Es posible, siquiera?

—Créame, mi Dama Princesa —se metió Lady Sebreena—. Él puede convertir el platacero en las láminas más livianas y las espadas más bellas, puede hacer que la campana de Crescent Hall suene de manera constante y puede construir mejores caminos para nosotros. Si la solución salió de la cabeza de mi hermano, entonces es posible.

—Bueno, bueno, bueno —Lady Beatrix se deslizó dentro de la conversación, en lo que caminaba por fuera de la reunión con su pequeño grupo de seguidoras—. Ingenioso, talentoso en sus oficios, cortés, un luchador formidable, un bailarín lo bastante decente y un esposo de lo más atento, por lo que podemos ver. Quizá el lobo-hombre más alto, más fuerte y más imponente del Valle Hundido. *Casi perfecto* —bajó la voz—. Una tremenda lástima.

El retintín insensible de sus palabras me irritó los oídos, sin duda.

Estaba a punto de preguntare cuál era la lástima, cuando alguien nos interrumpió:

—No es mi intención entrometerme, mi Señora, pero… *¿cómo es?* —me preguntó una de las Damas jóvenes, casi tímida. Bendita fuera, no podía recordar su nombre—. Estar casada con Sir Camron, quiero decir.

La Dama al lado de ella resopló, molesta. Tampoco me acordaba de quién era.

—Elayra, tú misma estás casada. ¿Cómo piensas que es?

—Todas saben *a qué me refiero*.

El silencio cayó a lo largo y ancho del edificio, cortante como un filo aunque quebrado por la ahora distante risa de los niños. Estaban

jugando afuera, en el balcón. Todas las miradas aún seguían sobre mí, pero esa vez algo era diferente. *Asfixiante*.

Me aclaré la garganta.

—Sir Camron es bueno y gentil.

—¿Y cómo se las arreglan? —Lady Tatyana ladeó la cabeza hacia un costado, incrédula. Me susurró el resto—. ¿El pelaje no es un problema?

—Bueno, él pierde mucho pelo. Pero se hace cargo del asunto, Sir Camron está siempre pendiente de sus hábitos y se acicala con mucho esfuerzo para estar presentable. Supongo que podría decirse que es una desventaja de su condición. Pude hacer mi paz con esa naturaleza, y la acepto.

—¡Oh, mis diosas! —la Dama Princesa se cubrió la boca con una mano.

Entonces, la conversación se salió de control:

—Bueno, Lady Fay viene de una cultura distinta. Quizá ella tiene… la mente *más abierta*.

—Quiero decir, es natural ponerse a pensar en ello —Lady Georgianna se encogió un poco de hombros—. Me da curiosidad. ¿Ninguna de ustedes se ha preguntado, nunca, *cómo se siente el pelaje contra su piel*, en un abrazo estrecho?

Lady Maryana resopló con sorna.

—No puedes hablar en serio.

—Si es que aguantas el olor, me imagino. —añadió Lady Natalya.

—No veo cómo podría ser cómodo o disfrutable, en absoluto. —esa fue la voz de Lady Elayra, quien había iniciado el debate—. Me estremezco sólo de pensarlo.

Mis ojos saltaron de una cara a la siguiente a medida que ellas hablaban, cada vez me sentía más confundida. Me estaba perdiendo de algo, a juzgar por la expresión dura en el rostro de la Dama Alfa. ¿Era yo la única que podía leer la furia helada en sus ojos claros?

—En teoría, es posible hacerlo —insistió Lady Georgianna—. Con pelaje o sin él, nuestros esposos siguen siendo hombres, ¿no? Sólo intento encontrar una respuesta racional.

Otra Dama alzó la voz:

—Bueno, mi esposo a veces me besa cuando está en su otra piel. Un lametón gentil en la mejilla, nada más. Es lindo, pero extraño.

Alguien se atragantó con una risa incómoda.

Lady Myrna frunció mucho el ceño.

—¿Podemos terminar de una vez con este sinsentido? Lady Fay no lleva su olor en ella, no han consumado el matrimonio. No recientemente, al menos.

—¿Consumado el…? —repetí, sin aliento.

Y entonces me di cuenta de por qué Lady Sebreena estaba tan callada mirándome, con los ojos muy abiertos.

Mis mejillas ardieron en llamas en un instante.

—¡Oh, no! ¡No! ¡No compartimos una cama de ese modo! —me levanté de un salto. Mis manos temblaban; las apreté sobre mi estómago, juntas—. ¡Sir Camron y yo tenemos una relación respetuosa y cordial!

—Una verdadera lástima, sí.

Varias mujeres empezaron a hablar entre sí a la vez.

—¡Mis Señoras, les aseguro que…!

Mi ruego se perdió y quedó enterrado bajo las voces. Empecé a retorcerme los dedos, sobrecogida de vergüenza. Aún no estaba familiarizada con muchos de los tejemanejes de su cultura, pero no tenía que preguntar para darme cuenta de que *lo que discutían era considerado un tabú*. ¿Quizá veían mi matrimonio como el epítome de ello?

Demasiados ojos, agudos como colmillos, mordisqueándome los miedos hasta que se me cerró el estómago. El lujoso jardín interior, aunque colosal, amenazaba con colapsar sobre mí.

Seguía y seguía encogiéndose a mi alrededor, dentro de mi cabeza.

Me estaba sofocando, de verdad.

—¿Se encuentra bien Lady Fay? —preguntó alguien—. Su olor es diferente.

¿Qué iba a hacer si decidían rechazarme (o a Sir Camron) por esto?

Oh, no. Podían pensar cualquier cosa que quisieran de mí, pero no dejaría *que nadie* dudara de la integridad de mi esposo. Respiré

hondo y alcé la barbilla, me paré con firmeza:

—¡Mis Señoras! —hablé más alto, transmitiendo toda la autoridad que pude reunir. Me dolían los dedos—. Claramente, somos de posiciones sociales muy diferentes y por ende, malinterpreté sus palabras. Nos hemos malentendido entre todas. Sir Camron es un hijo del Clan Gris, un caballero del Valle Hundido. Este tipo de comentarios ponen en duda su honor y el mío.

—¡Secundo sus palabras! —Lady Sebreena se levantó también, sus bellas facciones lucían tensas—. Mi hermano se crió con los cánones del Código y del Credo. La Dama es una mujer decente, estas preguntas están fuera de lugar.

—No hay nada de malo en una discusión sana. —Lady Georgianna era inflexible.

—*Suficiente.*

Todas las ilustres cabezas se volvieron hacia la reina loba, a la vez.

Lady Siobhan seguía sentada en el centro de la banca, pero sostenía el plato sobre su regazo con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos. El silencio que siguió fue tan profundo que juraría que escuché a algunas de las presentes tragar con fuerza.

Me senté de nuevo, sin dudar, y también lo hizo mi cuñada.

La Dama Alfa bajó la cabeza, con la mirada fija en mí.

—Lady Fay, debo disculparme en nombre de esta corte. Ni yo misma puedo creer el nivel de impertinencia. Todas entendemos que la suya es una unión *muy especial*, pero los asuntos de una esposa y su esposo son privados, ¡no alimento para cuchicheos! —miró con ferocidad a todos y cada uno de los rostros a lo largo de la banca. No voló una mosca—. El Clan Gris puede retirarse, si lo desea. Lo comprenderé.

Otra vez, nadie dijo nada.

Tal era el respeto y la estima que le tenían a su reina, me figuré.

Mi cuñada asintió.

—Muchas gracias, Dama Alfa. Creo que será lo mejor.

—No —dije yo, aunque me ganó toda la atención una vez más—. No deseo irme todavía. Quizá podemos empezar de nuevo y pasar una buena tarde, todas juntas.

Lady Beatrix arqueó una ceja, parecía aturdida.

Las otras Damas intercambiaron miradas breves, confundidas, pero un gran número de ellas sonrió y suspiró, una oleada visible de alivio recorrió el jardín interior. No sentí malas intenciones de su parte, quizá sus preguntas nacieron de la curiosidad inocente y nada más. Mentiría si no pudiera admitirme a mí misma que, por lo menos un par de veces, pensé en las mismas cosas. Respiré hondo una vez más, esperando el veredicto.

La Dama Alfa asintió, sus rasgos se suavizaron.

—La diplomacia es un regalo, de hecho. Le agradecemos la buena voluntad, Lady Fay.

Mis manos por fin dejaron de temblar. Sonreí un poco cuando la charla reanudó. No, por supuesto que no pude relajarme lo suficiente como para disfrutar al máximo de la comida, pero conté la experiencia como una pequeña victoria, al fin y al cabo.

*****

Cada esquina del Castillo Whitehall era gigantesca y decorada con lujo, pero hasta el Gran Salón que era hermoso más allá de toda medida palidecía junto a la Gran Biblioteca. En cuanto puse un pie dentro, me olvidé de los eventos de la comida del mediodía y me entregué a la alegría creciente de un sueño hecho realidad.

Una manera espectacular de terminar un día cargado de tensión y emociones fuertes.

El repositorio ocupaba una torre entera, hueca por dentro con las paredes tapizadas de estantes, llenas a reventar de libros, rollos, manuscritos, cajas de seguridad y pilas sin fin de papeles. Con su techo alto y abovedado apoyado en fuertes columnas de piedra empotradas en las paredes mismas, angostas ventanas de vidrio coloreado con diseños intrincados y muchas escaleras y balcones internos, aquella estancia era el sueño febril de todo escriba. El propio *scriptorium* compartía el mismo espacio, con filas y filas de escritorios y cómodas sillas acolchadas junto a las ventanas. Algunos estaban ocupados, nadie nos prestó mucha atención. El piso era de mármol blanco, entrecruzado por nervios de oro y decorado con extraños caracteres de plata que no reconocí. Hasta el más

silencioso de los pasos hacía eco a través de los amplios espacios. Motas de polvo bailaban en los coloridos rayos de sol, pero el lugar estaba limpio y olía antiguo, incluso para mis sentidos tan ordinarios e inferiores.

La entrada se encontraba en un nivel superior, con dos largas escaleras que descendían hacia la planta baja en curvas gentiles. Me levanté las faldas y salí trotando, dejando a mis hermanas atrás.

Quizá lo más llamativo era el mueble en el centro de la cámara: una enorme mesa de madera negra con seis patas gruesas, más o menos con la forma de un huevo aplastado. Estaba tallada con una reproducción del Valle Hundido y cada punto de interés. Deslicé los dedos a lo largo de la superficie pulida de un extremo al otro. Tenía que ser el modelo original que inspiró a Sir Camron a confeccionar su propia mesa-mapa; la de él, por supuesto, era mucho más pequeña y menos detallada, pero no menos bella.

Mis cuñadas caminaban detrás de mí, a cierta distancia, hablando en susurros. Las gemelas se aferraron cada una a las manos de Lady Yrana, quizá intimidadas por las vistas.

Di una vuelta sobre mis talones, ansiosa de capturar cada pequeño detalle. Podría pasar meses en un lugar así, explorando todos sus secretos.

Por pura casualidad, mi mirada se tropezó con Madame Tessala.

Su inconfundible atuendo rojo y joyería dorada resaltaban al fondo de un corredor angosto entre dos hileras de bibliotecas. No estaba sola. Estaba enfrascada en una conversación en voz baja con un hombre alto que tenía la misma piel oscura que ella. Reconocí los fuertes rasgos de Nafasi, el amigo de Sir Camron. Mi esposo nos había presentado durante el festín, pero el bardo estaba ocupado con su concierto. No tuvimos oportunidad de conversar como se debe. Fue una presentación fantástica, debo decir; Nafasi era un músico talentoso y muy hábil con varios instrumentos.

Las pequeñas protegidas de Madame estaban con ellos, abrazadas a la cintura del hombre. Las manos de Nafasi, posadas cada una en el hombro de una de las niñas, apretándolas fuerte contra su cuerpo. Poco después, Madame se acercó y le sostuvo el rostro con las dos manos, dijo algo. Él le respondió y bajó la cabeza,

para rozarse la mejilla en la palma de la mujer. La sanadora apretó los labios y dio un paso más, para juntar sus rostros. Él no se resistió. Nafasi presionó la frente contra la de Madame, en un gesto tan lleno de cariño genuino que me hizo esbozar una sonrisita.

Entonces, me di cuenta de que las ropas que él llevaba eran del estilo cómodo y resistente que uno elegiría para un viaje largo. Se estaba yendo.

Tras un largo momento de sostenerse el uno del otro, Nafasi dio un paso atrás y Madame le soltó. Un morral grande pasó de las manos de él a las de ella. La mujer agarró con gentileza las manos de las dos niñas, para tenerlas cerca, y su padre hincó una rodilla en el piso para hablarles. Las pequeñas le respondieron con respeto. Al final, él cubrió sus cabezas rapadas con besos y se puso de pie, se inclinó frente a la sanadora y abandonó el recinto. Asumo que se fue por alguna puerta escondida, porque nunca lo vi subir la escalera curva.

Lady Sebreena y Lady Yrana llegaron a mí por fin. Las gemelas pelirrojas vieron a las otras dos niñas y se emocionaron.

—¡Mamá, mamá! ¿Podemos jugar? —gritaron, al unísono.

Lady Yrana las hizo callar con un gesto, pero el escándalo ya había llamado la atención de Madame Tessala. Ella nos vio, y el dolor que se había instalado en su rostro se desvaneció enseguida en una sonrisa plácida que apenas le llegó a los ojos. Soltó a sus protegidas, dándoles así permiso de acercarse a las gemelas, y caminó hacia nosotras con aquel morral enorme colgando del hombro.

—Mis Señoras, qué agradable sorpresa. —comentó Madame.

Lady Sebreena se adelantó, inclinó la cabeza en un saludo.

—Bueno, le prometí a Lady Fay que le mostraría la Gran Biblioteca, y aquí estamos.

La mirada de la sanadora se fijó en mí. Me estudió el rostro y frunció un poco el ceño.

Me parecía de mala educación preguntarle qué fue lo que pasó, así que me guardé la curiosidad e hice una reverencia rápida. Las cuatro niñas se tomaron de las manos, con alegría, y desaparecieron entre las filas de libreros, corriendo al son de unas risitas. Tal vez no

hablaban la misma lengua, pero no les hacía falta nada de eso para hacerse amigas.

Madame Tessala me sonrió aún más.

—Bueno, tengo algo de trabajo que hacer aquí. ¿Gustarían que les muestre el lugar?

38. Desde el Mundo Antiguo

La tarde se estiró con pereza mientras Madame, Lady Sebreena y yo explorábamos las interminables colecciones de tomos y pergaminos. Lady Yrana, como siempre una madre tan diligente, se llevó a todas las niñas a jugar a los jardines y nos dejó a solas compartiendo té en una entreplanta del tercer piso, rodeadas de pilas de escritos antiguos. La Guardiana Tissla, una de las mujeres a cargo de la Biblioteca, nos indicó con una mirada llena de sospecha que allí encontraríamos lo que yo más ansiaba ver: escrituras en la lengua Isleña.

Lady Sebreena estaba impresionada.

—¿Y usted puede leer esto? —me preguntó.

Ella pasó la página endeble de un manuscrito antiguo. El encuadernado estaba un poco roto y la tinta, peligrosamente diluida, pero el libro parecía completo. El aire fresco y seco dentro de la torre parecía preservarlos bien.

—Es una lengua similar a la que se habla en las islas donde nació mi padre, más allá del mar en el Extremo Sur —le expliqué, después de dejar una brazada de pergaminos en la mesa—. Ayudé a Madame Tessala a traducir algunos de los libros que ella guarda en la Aguja Roja. Cuando usted me mencionó este lugar, pensé que quizá aquí encontraría más volúmenes.

Había cientos y cientos, por lo que podía ver.

—Interesante. Tengo entendido que los Isleños no son lo que se dice gente amable.

—No sabría decirle, mi Señora. Mi padre era muy insistente con mi educación, pero nunca me contó mucho sobre sus ancestros —hice una pausa—. Por lo menos, mientras él vivió, tuve la

oportunidad de aprender. Poco después de su muerte, mi madrastra decidió que convertirme en una mujer culta era un desperdicio de monedas y de tiempo.

Ella hizo una mueca, retorciendo el labio superior, y pasó más páginas.

—Así que, ¿la gente antigua que lo construyó todo en este valle y los Isleños son los mismos?

El cambio de tema me vino bien.

Me encogí un poco de hombros.

—Quizá lo único que tienen en común es una lengua. No tengo pistas.

Lady Sebreena se tocó la barbilla con la punta de los dedos.

—Si fueran los mismos, eso explicaría a dónde se fueron.

—¿Se refiere a cuando desaparecieron?

Ella ladeó la cabeza como una cachorra curiosa.

—¿Usted sabe sobre eso?

—Sir Camron me mencionó algo.

—Bueno, eso sería lo que implican los registros —Lady Sebreena suspiró, preparándose para relatarme lo que parecía ser un cuento largo—. Cuando mi gente encontró este valle, ya estaba abandonado. Había estado abandonado por un largo tiempo, yacía en ruinas. La gente ordinaria temía cruzar las puertas, aunque estaban abiertas de par en par, así que permaneció intacto por generaciones. Uno creería que un territorio tan magnífico y completamente vacío en medio de las Tierras del Norte levantaría algunas sospechas, pero en esa época estábamos huyendo. No teníamos aliados en estos países, ni poder. Mi gente necesitaba algún lugar dónde esconderse, con desesperación, incluso si se trataba de una tierra maldecida por otros dioses. Ellos se encargaron de reparar las puertas y formaron una base dentro de las montañas, exploraron, reconstruyeron las defensas. Con el paso del tiempo, cada clan se fue por su lado y reclamó tierras.

Eso era mucho más de lo que Sir Camron me había contado, cuando le pregunté.

—¿De quiénes estaban huyendo?

—Monstruos —los ojos de Lady Sebreena se oscurecieron. No estaba segura de si lo decía literal o figurativamente—. Fueron tiempos de mucho pesar. La gente loba solía ser una nación de siete clanes prósperos. Sólo quedan cuatro en condiciones, en comunidades cerradas como la nuestra. Los demás es muy probable han desaparecido, no tenemos cómo saber.

—Nada de eso está en el libro que me obsequió.

—Es un libro de cuentos, después de todo. Hay registros, antiguos, pero no están en la lenguaplana. Si lo desea, puedo hacer que traduzcan algunos apenas volvamos a casa.

Parecía un gasto ridículo encargar una traducción sólo para darme el gusto de aprender más, y por un momento pensé que simplemente podía pedirle a Sir Camron que leyera los tomos para mí. Enseguida decidí lo opuesto. Su dicción había mejorado mucho en los últimos tiempos, pero no quería molestarlo con tremenda carga.

Aunque la idea de sentarnos juntos al lado del fuego y escuchar su voz profunda y áspera…

Sonreí.

—Si no es mucho pedir, le estaré muy agradecida.

—Por supuesto. —mi cuñada me devolvió una sonrisa aún más grande—. No se diga más.

Ella tomó el viejo manuscrito y fue a sentarse en el alféizar de una ventana, sólo pasando las páginas con cuidado. Regresé a mis pergaminos. La mesa redonda estaba cubierta de materiales, desde diarios rudimentarios hasta gruesos tomos encuadernados en cuero, o simples hojas de papel atadas con hilo de cáñamo rancio. Madame Tessala estaba en alguna parte al fondo de la entreplanta, buscando entre los libreros y los gabinetes cerrados, concentrada en su propia tarea. Elegí un pergamino sin pensar demasiado y tras quitarle el envoltorio protector, desenrollé el documento con cuidado. Frente a mis ojos apareció una especie de diseño arquitectónico, hermosamente detallado y cargado de anotaciones en los márgenes. Parecía el corte transversal de una torre, pero juzgando por el dibujo solo no podía decir si era un edificio que existía o uno que nunca se construyó.

Los siguientes cinco pergaminos que desenrollé eran similares, planos de construcción con instrucciones precisas y medidas en unidades que no conocía. Quizá Sir Camron lo encontraría útil, así que decidí dejarlos a un lado.

Quienquiera que hayan sido, aquellas personas eran magníficos arquitectos.

¿Qué pudo ser tan urgente o terrible como para que abandonaran una tierra tan próspera, para dejarlo todo atrás? ¿Y qué si no se fueron por su propia voluntad, sino que fueron forzados a huir? ¿Escaparon hacia el mar? La intriga me estaba matando.

Madame Tessala dejó caer algunos libros junto a mí con un ruido sordo. Di un salto.

—Mis disculpas, no me di cuenta de que estaba tan concentrada.

—Todo está bien. —le sonreí.

—¿Encontró algo interesante?

—Oh, sí. Elegí algunas escrituras para examinar después. Pero es que hay tantas. Me tomaría muchas quincenas revisar todo esto.

La perspectiva me hizo sentir un poco desamparada. Yo era sólo una persona ordinaria, después de todo, y hasta el momento, la única en ese valle con la habilidad para entender esos garabatos. Era mucho trabajo para un solo cerebro. Nunca sería lo bastante rápida. *No era lo bastante buena*. El peso de la decepción se instaló en mis hombros con rapidez, apoderándose de mis pensamientos.

Madame debió leerme la mente.

—No se agobie, mi Señora. El tiempo sobra.

Suspiré y miré la pila de libros que ella había elegido. Reconocí las letras en las portadas; no porque pudiera leerlas, sino porque Sir Camron solía garabatearlas en los márgenes de sus propios dibujos, y las había visto en libros que él poseía.

—¿Usted conoce la lengualoba? —observé.

La sanadora apoyó la mano encima de unos tomos.

—He llegado a entender un porcentaje decente de lo que oigo, pero estaba planeando pedirle a Sir Morven que me ayude con esto —abrió uno de los libros y miró dentro— Es un lenguaje complejo, hablarlo es la parte fácil. Para aprender a leer o escribir en la lengualoba una debe asistir a clases aquí mismo en Whitehall. El

único obstáculo sería que los Magistrados simplemente no le enseñan a cualquiera que lo pide.

Fruncí el ceño.

—¿No quisieron enseñarle?

—No.

—¿Por qué no? Usted es una sanadora consumada, una mujer de conocimiento.

Madame sonrió con discreción. Le echó una mirada a Lady Sebreena, quien seguía perdida en las páginas del manuscrito decrépito y nos ignoraba.

—Es complicado.

Aunque fue decepcionante de escuchar, la respuesta no me sorprendió. Los eruditos más prestigiosos eran hombres, y aquellos que eran dueños del conocimiento tendían a ser muy celosos respecto de con quién lo compartían. El conocimiento les daba poder. Los reyes y los campesinos por igual buscaban lo que ellos tenían.

¿Por qué no se sentirían con derecho a decidir qué hacer con ello?

—Supongo que sería inútil que yo pregunte —bufé, y cerré el rollo que tenía en las manos para pasar a otro—. Si se lo negaron a usted, entonces no hay esperanza para una forastera como yo.

—Mi Señora, usted es una mujer ordinaria y está unida por matrimonio a una de las casas lobas. Eso le da una ventaja significativa aquí.

Desenvolví otro pergamino y lo desplegué sobre la mesa.

Y estuve a punto de expresar mis preocupaciones acerca de la observación de Madame, cuando algo en el papel amarillento me llamó la atención. Con el ceño fruncido, aplasté el pergamino con las dos manos y me incliné para examinarlo más de cerca. Me llevó un rato descifrar lo que estaba mirando, pero resultó ser un mapa de la Cuenca Plateada. Me di cuenta por la curva de las montañas que se alzaban directamente en el lado Oeste del lago y los altos acantilados que bordeaban la costa Norte, las islas sueltas en el centro, los pequeños puntos que representaban el pueblo de

Fordham hacia el Sur y los cinco delgados ríos que se dirigían hacia Mooncrest Falls.

Una cosa en particular destacó, sin embargo: una estructura más o menos circular, intrincada como un laberinto, entre los acantilados y la costa misma. Era enorme, ubicada al fondo del río Brazo Grande, que entraba al valle desde el Norte, justo por debajo de las Puertas Lunares y desde más allá de las montañas.

—Esto… —susurré, con los ojos muy abiertos—. He visto esto antes.

Delineé la estructura con los dedos, siguiendo cada curva e intersección. Mi mirada cayó sobre los parchecitos de piel apenas más clara en el dorso de mi propia mano. *La quemadura*. La noche en que me quemé por accidente, Sir Camron estuvo dibujando junto a la chimenea, vi con claridad en qué trabajaba. Mis recuerdos de esos eventos eran tan claros y vívidos, por tantas razones.

Todo lo que importó, en aquel momento, fue que reconocí la estructura.

—Sir Camron dibujó algo muy similar a esto. —dije, más alto.

La mención de su hermano hizo que Lady Sebreena se levantara. Se llegó hasta la mesa.

—¿Qué es?

—Esto, aquí mismo. —puse mi dedo encima.

Madame Tessala se inclinó para ver.

—Sí. Se parece bastante a uno de los dibujos que él le mostró al Concejo hace unos días. Algo para evacuar el agua de manera más eficiente, si mal no lo recuerdo. Él quiere recolectar el agua y sacarla del valle conduciéndola por debajo de las montañas.

Qué coincidencia.

Las letras desgastadas en el margen del croquis decían precisamente las palabras *embudo tormenta*.

No tenía idea de lo que significaba en contexto, pero…

—Esto podría serle útil. —dije, mi corazón golpeteaba como un tambor feliz.

Dejé la mesa y volví a los estantes, Lady Sebreena y Madame se apresuraron a hacerse útiles también. Con una idea más clara de lo que buscábamos, las tres escarbamos entre los ordenados

anaqueles cargados de rollos, más ocupadas que las abejas mismas. Pieza por pieza, y tras examinarlas con cuidado, descubrí algo que no podría haber imaginado jamás, ni siquiera en mis sueños más locos. Algunas palabras se me escapaban, es cierto, pero estaba convencida de que esos planos eran importantes para el trabajo de Sir Camron.

Madame Tessala estuvo de acuerdo conmigo, porque ella estaba consciente de algo que yo aún ignoraba:

—Esta sección de aquí —comentó, señalando unas estructuras como túneles que corrían a través de la Cuenca Plateada, dirigiéndose *hacia el interior* de las Montañas Crecientes—. Si esto es lo que creo, entonces Camron tenía razón: hay algo debajo del lago. Quizá esté relacionado con las piedras, también.

Lady Sebreena alzó la cabeza.

—¿Qué piedras?

Madame me miró.

—¿Las piedras del clima? —murmuré—. ¿Usted cree?

—Es una mera conjetura. Hay muchísimos edificios y ruinas en estas tierras que no tienen sentido para mí, pero claramente son más que decoración. Están todos conectados. Ni Camron ni yo hemos descifrado cómo o con qué propósito.

—¿Se refiere a la roca metálica en la Aguja Roja? ¿Es eso?

Las dos nos volvimos hacia Lady Sebreena. Fue la sanadora quien explicó:

—Sí, pero esa piedra es una pieza central, mi Señora. He descubierto otras.

No sabía que mi cuñada estuviera informada sobre el monolito de la Aguja Roja, no parecía la clase de tema que le interesaría a alguien como ella. Sin embargo, su hermoso rostro adoptó una expresión seria y se paró muy derecha, con las manos a la cintura como una reina guerrera estudiando un complejo plan de batalla.

—Si estos planos aparecieron, entonces debe haber algo sobre sus piedras. —dijo.

—La Dama tiene razón —Madame asintió—. Y con sus talentos, Lady Fay, estoy segura de que esta empresa pronto rendirá frutos.

Suspiré.

—Tenemos que revisar el resto de la Biblioteca.

—Mañana. Se agota la luz del sol, será más cómodo reunirnos en su recámara para estudiar todo esto —Lady Sebreena abrió los brazos para señalar el desastre de papeles viejos sobre toda la mesa, en las sillas y en el piso de madera de la entreplanta—. Hablaré con la Guardiana. La convenceré de que nos permita tomarlo prestado hasta mañana.

Madame arqueó las cejas, aún sonriendo.

—Es una gran idea, mi Señora. Le agradezco.

—Bueno, no soy una erudita. Pero esto es algo que puedo hacer.

Ella se levantó las faldas y se dirigió hacia la escalera, apurada.

La sanadora y yo empezamos a recoger los documentos, con cuidado para no romper ni perder nada. Mi corazón seguía latiendo muy rápido, llevando excitación a todo mi cuerpo y a través de mi alma. Si podía encontrar algo que realmente le fuera útil a Sir Camron para mejorar su trabajo, sería fantástico. Una calidez como ninguna otra me llenó el pecho. Quería cumplir mi parte de la promesa, ayudarlo y apoyarlo en todos sus emprendimientos.

Quizá esos papeles viejos nos acercarían aún más, ¿quién sabía?

*****

Nos pasamos esa noche y el siguiente día yendo y viniendo entre mi recámara y la Gran Biblioteca, escarbando debajo de cada papel escrito en la lengua Isleña que pudiéramos encontrar. A la luz de los recientes descubrimientos, la Guardiana Tissla, sus dos asistentas y un joven Magistrado nos ofrecieron ayuda para seguir buscando en los vastos archivos.

En esos dos días, dormí poco y me preocupé mucho. Por fortuna, Madame y mis cuñadas se encargaron de que yo tomara siestas y comiera bien, y me animaron con gentileza para que no me hundiera en la desesperación cada vez que me topaba con una palabra que no entendía. Ni siquiera estaba traduciendo, simplemente leía por encima página tras página en busca de cualquier fuente de información potencial para separar. Era un trabajo lento, tedioso. Mientras Madame se aseguraba de tomar notas y organizar mis

hallazgos, Lady Sebreena se hizo cargo de dirigir los esfuerzos de búsqueda. Hacíamos un equipo excelente, debo admitir.

Lady Yrana nos visitaba de vez en cuando para mantener un ojo sobre nosotras, y se ocupó de las protegidas de Madame y sus propios hijos mientras nosotras nos dedicábamos con todo a la causa. No hace falta decirlo, pero Madame Tessala estaba profundamente agradecida con mi cuñada por su simpatía.

Puede que yo haya estado sumergida hasta las orejas en mis papeles, pero aún solía meter la mano en los bolsillos de mi vestido cada tanto para acariciar el anillo y el broche de rosa. Habían pasado dos días. Algunos de los cazadores ya habían vuelto con sus presas. No teníamos ninguna noticia acerca de la partida de Lord Willem y mucho menos tiempo para preguntar si alguien les había visto. El trabajo era una distracción bienvenida, pero más tañían las campanas, y más me preocupaba por ellos y su paradero.

Para la tercera salida del sol tras el festín, *casi todo el mundo* había regresado.

No pude seguir concentrada y empecé a pasar más y más tiempo mirando por las ventanas que a los libros. Encima, por si no estaba ya lo bastante abrumada, se esparció el rumor de que yo podía leer los documentos antiguos y llegó hasta ciertos oídos muy importantes dentro del Castillo Whitehall.

Recibimos la visita de un personaje ilustre.

*****

La Guardiana Tissla y sus asistentas fueron las primeras en pararse en seco y darse vuelta, con la mirada fija en la escalera vacía. Madame Tessala y Lady Sebreena reaccionaron del mismo modo, apenas después. Naturalmente, yo fui la última en escucharlo: pasos lentos pero confiados que subían hacia la entreplanta del tercer piso.

El anciano Lord Alfa, vestido con un impecable abrigo blanco largo hasta los pies y una capa negra, hizo su aparición en nuestro espacio de trabajo. Pisando con cautela, conquistó las escaleras y se acercó a la mesa seguido de cerca por un par de guardias en

armadura ligera. Detrás de ellos, cuatro hombres de edad con túnicas negras, como si fueran monjes, le esperaron en silencio.

Todas nos inclinamos para saludar al rey lobo, incluso Madame.

Pero ella fue la primera en enderezarse y hablar:

—Mi Señor, no debió esforzarse tanto en venir hasta aquí.

El Lord Alfa refunfuñó algo, sin aliento, y sacudió una mano como un viejito gruñón.

—Sí, sí. Mis rodillas, mi espalda, mi corazón —miró hacia nuestra mesa, colmada de papeles y pergaminos—. La Guardiana Tissla reportó que ustedes estaban muy interesadas en las escrituras antiguas, así que me dije que tenía que venir a ver por mí mismo cuál era el escándalo.

Algo frío me bajó por la espalda.

¿Por qué el propio rey se interesaría en esos libros viejos? ¿Deberíamos haberle pedido su permiso antes de tocarlos? Madame me dijo una vez que toda la gente a la que le preguntó sobre las escrituras en su posesión le dijo que las quemara y se olvidara del tema. Bueno, si era un asunto tan secreto, ¿no debería habernos dicho algo la propia Guardiana?

Empecé a retorcerme los dedos, incómoda. *¿Qué hicimos?*

Pero… el viejo rey soltó una risita.

—Por fin encontraste a alguien que puede leer esas cosas.

—Ella vino a nosotros, de hecho. —Madame sonrió y se paró detrás de mí.

Puso ambas manos sobre mis hombros y me empujó hasta ponerme delante del Lord Alfa. Alcé la barbilla e hice otra reverencia, con una sonrisa nerviosa.

El Lord Alfa me observó en silencio, una vez más, justo como lo hizo antes de la Primera Danza. Desde tan corta distancia, era más sencillo notar que en otro tiempo él probablemente fue un hombre tan atractivo como sus hijos. La espalda encorvada y las articulaciones débiles quizá le habían quitado la mayoría de su bravura, pero las chispas de astucia y sabiduría estaban ahí. No se apagarían con facilidad. Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí algo que me rozó el fondo de la mente: un hormigueo que se convirtió en un escalofrío suave.

Supe que estaba delante de un verdadero líder, amado y muy respetado.

Había un centenar de arrugas alrededor de sus ojos azul cristal, apenas nublados por la edad. Cien más aparecieron cuando me sonrió.

—La novia que Sir Camron nos trajo es una bendición en más de un sentido.

Madame exhaló una risita.

—Se lo digo todo el tiempo, mi Señor.

—Bueno, es por eso que he venido a hacer arreglos, para que ella pueda llevarse todo esto a su casa.

Esa vez, la sanadora resopló y me apretó los hombros.

—¡Maksim! ¡Jamás me permitiste tomar nada de este lugar!

Todo el mundo tragó aire con fuerza, yo incluida. Los guardias y los cuatro hombres de túnica negra se tensaron.

¿Se atrevía a llamar al rey *por su nombre*, así como así?

El Lord Alfa siguió desafiando mi concepto de monarca; simplemente nos regaló una risa rasposa.

—Estas escrituras se pudren aquí, Tessala. Prefiero entregárselas a alguien que las pueda usar antes de que se conviertan en polvo y todos sus secretos se pierdan para siempre —juntó las dos manos en su espalda, con calma—. Y sospecho que tú serás una de las beneficiadas más importantes, de un modo u otro.

—Por favor, ten en cuenta que me siento muy ofendida.

El anciano murmuró algo en otro idioma, frunciendo sus tupidas cejas.

—Muy bien —se volvió hacia los hombres de negro—. Mis estimados Lores Magistrados, aquí declaro que Lady Fay, esposa de Sir Camron de los Ojos Plateados, *puede tomar prestadas estas escrituras* por un período de tiempo. Todo debe regresar a la Gran Biblioteca una vez que se haya estudiado y clasificado como corresponde. ¿Se entendió?

Los hombres (Magistrados, nada más ni nada menos) se miraron con discreción entre ellos.

Nadie intentó protestar, siquiera, pero podía entender el terror que les embargaba. Tras una pausa corta, todos asintieron con la

cabeza y se inclinaron frente a su rey. El Lord Alfa soltó un bufido por la nariz, complacido.

—Bien. Encárguense de que todo esté empacado y listo para que pueda emprender el viaje.

—¡P-pero, mi Señor! —tartamudeé—. ¡Hay casi un millar de libros!

Él me regaló una sonrisita burlona.

—Entonces supongo que necesitará una carreta más grande.

*****

Sucumbí a la fatiga más o menos al final de aquella larga tarde. Demasiadas emociones por un solo día, demasiadas cosas qué hacer y tan poco tiempo. Tenía que trabajar más rápido. Aún quedaban muchas cajas por llenar, una montaña de libros por empacar. Estaba soñando con pergaminos que se convertían en serpientes monstruosas para perseguirme, cuando alguien me sacudió con suavidad.

—¡Hermana! ¡Hermana, despierte!

Reconocí su voz y su sonrisa apenas abrí los ojos, y afortunadamente no salté hasta el techo.

Pero ya no estaba en la Biblioteca, sino en mi cama y vestida con mi camisón.

Lady Sebreena me aferró por los hombros con las dos manos, emocionada.

—¡Han regresado! —casi gritó, apenas conteniéndose— ¡Mi Señora, la partida está de vuelta!

39. Un Anhelo Subyacente

La cacería fue, en todos sus aspectos, un evento sin incidentes.

Todo lo que diré al respecto es que nuestras heridas fueron leves y que pasamos buenos tiempos en grata compañía, con las narices llenas de aromas excitantes. Alimentándonos de la naturaleza, durmiendo bajo las estrellas y profundizando en nuestra esencia más oculta y primitiva. Mi gente se enorgullecía de ubicarse por encima del hombre y de la bestia, pero a veces (sólo a veces) lo mejor era sólo dejarse ser y fingir que ninguno de los dos existía. Una de mis partes favoritas del cambio de estación.

Padre, mis hermanos y yo nos mantuvimos juntos como manada y a diferencia de casi todas las demás partidas de caza, no cruzamos las Puertas Lunares ni salimos de nuestras fronteras. Al contrario, dejamos la ciudadela y nos adentramos en las colinas y bosques que rodeaban Whitehall. Con los osos recién salidos de su largo sueño invernal, era sabido que hallaríamos a más de uno; mientras menos osos aturdidos y hambrientos rondaran las tierras cultivables, más seguro sería para todos.

Volvimos al castillo casi al final del tercer día, con la sombra preocupante de la tormenta amontonándose en la distancia.

Parecía que éramos los últimos en volver, también. Las ofrendas terminaron en manos de un carnicero local, para que las distribuyera en la comunidad. Las festividades se habían acabado. Era tiempo de reunirse con la familia, descansar y disfrutar de un poco de tranquilidad antes de empacar nuestras pertenencias y emprender el regreso a casa.

Los cinco apestábamos a rayos. Sangre podrida, barro, hojas secas, el almizcle de nuestro propio pelo. La mezcla conformaba un olor fuerte y repelente que nos cubría desde la punta de las orejas al final de la cola. Mis hermanos… bueno, ellos simplemente cambiarían de piel para descartar el pelaje sucio, se lavarían y luego se frotarían algún aceite perfumado en el cuerpo, me imaginé. En mi caso, requeriría mucho más. Necesitaba ponerme en remojo por un largo tiempo, con urgencia, y restregar muy bien si deseaba estar presentable para mi esposa.

Mi esposa. Pensé seguido en Lady Fay durante esos días. Era imposible no hacerlo.

Me pregunté qué estaría haciendo, si estaría esperándome. Cuando nos echábamos en el pasto a mirar el cielo, el tapiz oscuro con todos sus pequeños puntos brillantes me recordaba a la capa bordada que le cubría los hombros. A las chispas en sus ojos, las perlas y la plata resplandeciendo en su cabello. Y, de algún modo, me acordé también de la carta que me había dado Lord Areksandir, la que aún debía entregar a mi hermana.

Podía esperar. Tenía prioridades.

Así que, nada más al llegar, nuestra partida se dirigió al recinto subterráneo del Castillo Whitehall, en busca de los baños públicos. Elegí una gran bañera de piedra. Me llevó un rato calentar y mover el agua, pero al fin pude hundirme en ella y permitirme descansar por un rato. Mis hermanos se reían y discutían en la habitación contigua.

Antes de que tañera la última campana del día, me quedé solo en mi bañera, con el agua caliente hasta el pecho. Me senté con la espalda contra la piedra fresca y estiré los brazos a lo largo de los bordes, luego cerré los ojos y solté un gruñido largo y cansado.

Empezaba a dormirme. El silencio era devastadoramente…

40. Con el Fuego bajo la Piel

Volteé la cabeza como un látigo apenas Lady Fay apareció bajo la arcada. Sus pasos algo tímidos eran inconfundibles.

Ella me sonrió cuando nuestros ojos se encontraron, manteniendo las manos juntas sobre el estómago. Escondía algo. La Dama se veía tan fresca y divina, con su cabello oscuro, sedoso y ondulado como una manta sobre sus hombros. Quizá a punto de irse a dormir, con su camisón blanco, su bata liviana de color naranja y sus zapatillas de cuero blando. No podía olerla, entre mi propio hedor y el jabón de lavanda en mi mano, y me molestó.

Se la veía *bien*, tanto de espíritu como de aspecto.

Tras tres días murmurando una o dos palabras perdidas (nos comunicábamos casi todo el tiempo en señales, gruñidos o aullidos), carraspeé y me las arreglé para hablarle:

—Mi Señora.

Ella dio un paso al frente.

—Bienvenido de regreso. Escuché que trajeron un buen botín.

Empujando con los talones y los codos, me senté más derecho dentro de la bañera. Era una posición más cómoda para mirarla.

—*Tres* osos, un puñado de *faisanes*.

—Eso suena maravilloso. Quiero decir, peligroso. Pero supongo que estuvo bien.

Tenía razón. Perseguir osos no era fácil y no importaba lo fuerte o resistente que cualquiera de nosotros fuese, cazar a un animal tan poderoso siempre era un riesgo. Eran más pesados, más fuertes, se ponían más furiosos, se trataba de un oponente difícil para un solo lobo sin más armas que sus colmillos y garras. Pero, ¿cinco de nosotros, trabajando juntos?

El silencio se estiró un poco entre los dos.

—¿*Por* qué… vino hasta aquí? —acabé por preguntarle.

—Me crucé con Sir Kenley hace un momento. Él me dijo dónde estaba usted, comentó que tenía algunas heridas pequeñas —la Dama aprovechó para revelar lo que escondía: un pequeño pote cerámico de ungüento. Desvió la mirada, pero el suave rubí en sus mejillas era imposible de ignorar—. Pensé que, ya que se estaba bañando, sería una buena oportunidad para curar sus lesiones. ¿Cómo se siente?

Me quedé mirándola, incrédulo. Quiero decir, pudo haberme esperado en la habitación.

Pero, en cambio, Lady Fay trotó a través de medio castillo que no conocía bien, en su ropa de dormir, en medio de una noche algo fría, *simplemente para buscarme*. ¿Qué clase de señal era esa? Tuve que parpadear varias veces para salir de mi estupor.

—Estoy bien —hice una pausa y agregué, rápido—. Mi *pierna* y mi labio también.

La Dama entrecerró los ojos. Dio otro paso adelante.

—¿Está seguro?

Mi pierna estaba *casi* curada. Madame había cosido la piel de una manera más apropiada y ningún esfuerzo logró reabrir la herida de la puñalada, o el corte que me había hecho la lanza de Lord Areksandir. Admito que subestimé lo profunda que fue la puñalada en primer lugar. En vez de esforzarme tanto con las festividades, quizá debí quedarme en casa para descansar y recuperarme. Fue un error y lo admitía.

Pero, si me hubiera quedado, me habría perdido de tantas cosas nuevas y excitantes…

—Mi Señora, *prometo* que estoy bien. Pasó mucho tiempo.

—Entonces me complace oírlo.

Un brillo de alivio llegó a sus ojos. Lady Fay se adelantó otros tres pasos.

Estaba casi al alcance de mi brazo. *Casi.* No me preocupaba mucho que ella pudiera echar un vistazo y descubrir algo inconveniente, la combinación de la piedra oscura de la bañera con el agua turbia (y mi propio pelo negro) mantenían todo bien oculto.

—¿Ha terminado con su baño?

—Apenas empiezo. —negué con la cabeza.

—Oh. ¿Debería volver más tarde?

¿Después de tres días sin verla? Le echo la culpa de tanto atrevimiento a la fatiga y la falta de sueño:

—Quédese. Siéntese.

Con la punta de la nariz, le señalé la banca de piedra adosada a la pared.

Diligente, Lady Fay movió mis ropas limpias y las toallas para sentarse. Echó un vistazo a su alrededor, a la antigua estructura de ladrillo del cuarto y sus pocas comodidades. Los baños eran más grandes que los que estaban debajo de Crescent Hall, pero además de tener espacios públicos y abiertos con piscinas poco profundas y bancas largas, también estaba dividido en habitaciones más reservadas, como la que ocupábamos. Más privadas, equipadas con portavelas en las paredes, braseros grandes y una variedad de baldes y calderos grandes.

Hundí la mano en el agua, buscando el cepillo. Froté el jabón en las cerdas hasta que se llenaron de espuma y enseguida empecé a cepillarme el pelaje sobre el pecho y los hombros. Ardía un poco, tenía toda clase de pequeños cortes abiertos en la piel. Con la muda estacional en sus últimas etapas, estaba perdiendo más pelo que nunca y tenía que detenerme a enjuagar y enjabonar el cepillo muy seguido. Otra ronda de restregado intenso continuó a lo largo de un brazo y después el otro. Dejé el cepillo en el borde de la bañera y me froté el jabón en las palmas, luego apliqué la pasta espumosa sobre mi cuello, la parte de atrás de la cabeza, el hocico y las orejas. Me llevó un tiempo, pero con masajes profundos y energéticos, la tierra y el mal olor se desprendieron de mi pelaje por fin y me sentí mucho mejor.

Lo inconveniente del asunto es que era difícil concentrarse en la tarea cuando los ojos de Lady Fay estaban tan atentos, estudiando de cerca todo lo que yo hacía. Una ansiedad extraña empezó a acumularse dentro de mí. Probablemente me veía ridículo, un chucho cubierto de jabón y sentado en una bañera.

Quizá si ella me hablaba, yo dejaría de pensar tonterías:

—¿La *trataron* bien *mientras* no estuve? —pregunté, solemne.

—Sí, por supuesto. Su hermana se encargó de ello.

Solté un quejido.

—*Espero* que ella no la haya molestado mucho.

Sí, me doy cuenta de que tuvimos la misma conversación una vez. Se nota lo mucho que su presencia afectaba mi habilidad de juntar dos ideas originales.

La Dama dibujó una sonrisa dulce.

—Para nada, fueron días muy placenteros. Lady Sebreena y Lady Yrana cuidaron de mí con gentileza. De hecho… hay tanto que quiero contarle. Muchas cosas interesantes pasaron en estos últimos tres días.

Volví la cabeza para mirarla, cepillándome la barbilla.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —sus ojos relampaguearon de contento— ¡Y tengo tanto que mostrarle!

—¿De qué?

Lady Fay se mordió el labio inferior, miró a su alrededor y se paró enseguida.

Levantó un balde, lo volteó y lo puso al lado de la bañera, junto a mí, para sentarse cerca. *Más cerca* de lo que me parecía cómodo, en especial estando yo completamente desnudo y mi pelaje, mojado y pegado a mi piel. Todas las preocupaciones se esfumaron, sin más, cuando su adorable olor se filtró a través del vapor y por fin pude respirarla.

Una calidez familiar, como ninguna otra, se esparció por mi cuerpo y me llenó de paz.

—Su hermana me llevó a ver la Gran Biblioteca. —anunció ella, encantada.

—Oh, bien —vacilando, volví a enjabonar el cepillo y me froté un brazo por segunda vez—. Mucho para *leer*.

—¡Así es! Hay cientos de escrituras de la gente antigua allí; ya sabe, como las que Madame me pidió que tradujera para ella. Separamos un puñado de libros, pero lo más importante es un grupo de pergaminos. Creo que usted querrá ver esos —se inclinó hacia delante por encima del borde de la bañera, mirándome a los ojos—.

Sir Camron, en esos rollos encontré dibujos que se parecen mucho a los diseños en los que usted estuvo trabajando.

Me quedé helado. El jabón se me escapó de la mano y cayó al agua.

—¿Mis diseños? ¿Cómo?

Ella se rozó con los dedos las cicatrices borrosas en el dorso de su mano, sin pensar.

—¿Recuerda la mañana después de cuando me quemé? Usted me explicó su trabajo, el plan para prevenir las inundaciones. No estoy segura de que sea la misma cosa, pero encontré planos con diseños que me resultaban conocidos… porque ya los había visto en sus dibujos. Hay mapas que se asemejan mucho a la Cuenca Plateada y sus alrededores, con detalles de muchas estructuras que no entiendo bien. Lo he mirado por encima, los trabajos parecen ser planes de construcción de algún tipo. Hay números y cantidades, y anotaciones. Muchísimas anotaciones.

Lady Fay se detuvo, agitada. Tenía las mejillas muy rojas.

Durante mucho tiempo, mis únicas fuentes de conocimiento fueron la observación y la deducción basadas en las ruinas en torno al lago, los estudios de Madame Tessala y las historias poco confiables de los pescadores locales de Fordham. Leyendas, pasadas boca a boca de una generación a la siguiente.

Con todo eso y mucha imaginación, había logrado construir una solución posible, con la esperanza de que mis ideas fueran correctas y útiles. Tantas cosas en el Valle Hundido habían sido creadas por el hombre, y más de una vez me lamenté por la falta de información concreta. Estaba casi seguro de que el destino más plausible de cualquier documentación concerniente a las estructuras antiguas era el mismo que el de la gente que las había creado. *El olvido.*

Y ahí estaba ella, Lady Fay, encendiendo la llama del optimismo en mí.

—¿Dice que esas *escrituras* están aquí, en la *Gran* Biblioteca? —titubeé.

—Ya no —ella se echó para atrás, alzando la barbilla con orgullo —. Tengo algunas en la habitación, en la torre. El resto, el Lord Alfa me permitió llevarlo con nosotros a Mooncrest Falls para estudiarlo.

No puedo prometerle que lograré una traducción fiel de los documentos, Sir Camron, pero estoy dispuesta a dar lo mejor de mí. Dije que quería ayudarle. Y si esto es útil para usted, entonces es algo que puedo hacer.

Resoplé una carcajada, a medias entre anonadado y eufórico.

—Mi Señora —las palabras se me esfumaron. Me forcé a mirar hacia otro lado, para poder concentrarme—. Si está en lo *cierto*, esto *podría cambiar*… bueno, todo.

Para empezar, podría volver todo mi trabajo obsoleto, si mis teorías eran erróneas.

Un aguijonazo de miedo se deslizó bajo mi piel, dirigiéndose a mi corazón.

Otra tormenta llegaría en unos pocos días, y sería intensa. La segunda de la estación. Más le seguirían, tarde o temprano, y serían cada vez más potentes tanto en magnitud como en devastación conforme más nos acercáramos al verano. Tenía que encontrarle la vuelta pronto. Si la suerte no estaba de nuestro lado y el proyecto no se encontraba lo suficientemente avanzado para cuando llegaran los monzones, el lago podría desbordarse e inundar nuestras tierras otra vez.

No era una certeza, pero era una gran posibilidad. Un horror latente.

Estaba desperdiciando el tiempo. El Concejo Circular se reuniría de nuevo en la mañana, y yo debía estar listo para el evento. Palpé debajo de mi pierna, en el agua, buscando el jabón. De pronto, aquel baño estaba estirándose más de lo necesario.

—Tiene *razón*. *Quiero ver* esos *rollos*. —gruñí.

—Sí, por supuesto. Termine de bañarse y se los mostraré, mientras come.

Después de frotarme más jabón en las manos, traté de lavarme la espalda. Era inútil, el cepillo no tenía mango largo. Lo hice lo mejor que pude, bufando y rezongando con molestia, rascándome las axilas y a los costados, abrazándome a mí mismo para llegar lo más lejos posible, con poco éxito. La irritación enseguida sobrepasó al resto de mis emociones, hasta al alivio que me provocaba oler a Lady Fay.

Ella me observó forcejear por unos momentos, hasta que se levantó.

—¿Le ayudo? Es obvio que no puede hacerlo solo.

Su tono tranquilo ayudó a suavizar mi descontento.

Tragué saliva con fuerza.

—Sí, *por favor*.

La Dama se quitó su bata naranja y la dobló, para ponerla en la banca con mi ropa. Llevaba aquel bonito camisón blanco que dejaba sus hombros y brazos deliciosamente descubiertos. Se me aceleró la respiración. Alcé las orejas y de pronto me volví muy consciente de cada pequeño ruido en una legua a nuestro alrededor. Se me erizó el pelo a lo largo de toda la columna.

Mi corazón bombeaba fuera de control.

No había nadie cerca. Era tarde. Nadie vendría.

No estábamos haciendo nada malo. Ella era mi esposa, ayudándome con mi baño.

Me quedé muy rígido mientras Lady Fay caminaba a mi alrededor, se paró en alguna parte por detrás de mí.

—¿El jabón?

—No lo *frote sobre* mí —le advertí—. Se *pegará* al pelaje. *Créame*.

Además, la barra terminaría cubierta de una capa desagradable de pelos.

—Gracias por decírmelo.

Le pasé el jabón y el cepillo y esperé mientras Lady Fay enjabonaba las cerdas; luego, ella empezó a cepillarme la espalda en círculos. Hacia un lado y luego al otro, con cautela, suave. Se movió hacia arriba, frotándome uno de los hombros de un lado al otro, luego de arriba hacia abajo a lo largo de la columna y la cintura. Su roce era tan cariñoso y considerado que apaciguó mis tempestuosas emociones y me dejó lacio. Pronto, la bruma de la preocupación se disipó de mi mente y me quedé con una sensación muy saludable de satisfacción y contento.

Lady Fay me puso una mano sobre el hombro y se inclinó dentro de la bañera.

Su aliento me rozó una oreja, en lo que se estiraba detrás de mí. Me quedé muy quieto de nuevo, observándola con el rabillo del ojo.

—¿Qué hace? —pregunté, paralizado.

—No llego —chasqueó la lengua—. Ah, perdí el jabón. Por favor, deme un…

Se dobló más, y mi instinto de *alguna manera me alertó* de lo que pasaría.

Reaccioné, sacando ambas manos del agua, pero fue tarde: Lady Fay se resbaló. Tanto su rodilla, que aparentemente había apoyado en el borde mojado de la bañera, como su mano, porque no logró agarrarse bien de mi hombro resbaloso. Cayó hacia delante.

Con un quejido fuerte y sorprendido, se precipitó de cara dentro de la bañera.

Me di vuelta enseguida, derramando agua por todas partes.

—¡MI *SEÑORA*! —rugí.

Agitó los brazos un instante, indefensa, pero enseguida sacó la cabeza fuera de la bañera. Se puso de pie, tosiendo. El pelo negro y mojado se le pegó al rostro en franjas largas, cayendo sobre sus hombros y por delante de su pecho. Ríos le chorreaban de los dedos y por los costados del cuerpo. La delgada tela del camisón se le pegó a la piel, volviéndose casi transparente y dejando nada a la imaginación: cada curva, valle y hendedura de su delgada figura quedó en evidencia, justo delante de mi mirada hambrienta.

No estaba desnuda (claro que no), pero para mis sentidos en llamas era como si lo estuviera.

Me aferré a los bordes de la bañera, tratando de hundir las garras en la piedra.

Mis ojos desobedientes se fueron hacia las curvas pesadas de sus pechos, definidos a la perfección por la tela mojada, y siguieron la silueta de su cintura hasta la generosa forma de sus caderas y muslos. Me quedé mirando esa sombra velada en el ápice de sus piernas por más tiempo del que se consideraría educado, o mentalmente sano. Su aroma caracoleó a mi alrededor, incitando el más salvaje de los deseos.

Una hilera de palabras pequeñas pero de terrible poder retumbó en mi mente. *Hermosa. Suave. Preciada. Mía. ¡Mi esposa! ¡Mi pareja!*

¡Para siempre! ¡Mi hembra!

Me forcé a levantar la vista.

Fue peor. Sus mejillas estaban rojas de vergüenza, también lo pude oler en ella.

Lady Fay no hizo un solo sonido, pero se hundió enseguida en el agua otra vez y cruzó los brazos sobre su pecho. Quizá eligió no decir nada para evitar deshonrarse aún más. O quizá, estaba tan abrumada que no podía pronunciar palabra.

Me sentí identificado con eso, mi lengua estaba muerta. Mis sentidos, entumecidos.

Para alguien como yo, que nunca había conocido los placeres de una mujer, era…

Un calor distinto explotó dentro de mí. Lo reconocí: era aquella energía dolorosa y podrida que una vez más me llenó de miedo y asco. Me eché para atrás, temblando. El calor se volvió un sufrimiento intenso, paralizante. Y no era sólo en mi pecho o más allá de la cintura, estaba en todas partes, acrecentándose con cada latido de mi corazón. Tragué con fuerza, la sensación era como un millar de cuchillos muy delgados hundiéndose en mi piel. Floreció dentro de mi cabeza, esparciéndose como un incendio, más potente que nunca directamente en el centro de mi pecho y detrás de mis ojos.

Nunca sentí algo así, y me asustó hasta los huesos.

Me doblé sobre mí mismo para soportar la agonía, jadeando. Siguió creciendo. Corría por mis venas, más rápido y más caliente, rugiendo como un trueno en mis oídos.

Su voz se alzó por encima de la conmoción, como un faro:

—¿Sir Camron? ¡Sir Camron!

Una vez más, me forcé a levantar la cabeza.

Había dos Lady Fays delante de mí. Despacio, se fusionaron en una sola y pude recuperar la vista. El doloroso calor empezó a desvanecerse, poco a poco, con cada respiro profundo y calmo. ¿Qué carajo me había ocurrido?

—Sir Camron, ¿se encuentra bien?

Ella intentó acercarse, luchando con el agua, otra vez de pie.

Aterrado, puse una mano entre nosotros.

—*¿Se lastimó?* —gruñí.

—Me resbalé, nada más. Usted no se ve nada bien, ¿está enfermo?

Oh, estaba enfermo. Enfermo de la mente, más que seguro.

Admitir debilidad ante ella no se vería bien. Sacudí la cabeza y me enderecé.

—Estoy cansado. Muy cansado.

Con un poco de suerte, esa absurda excusa serviría.

No me quedé a comprobar si ella se lo creía, no. Una vez que dejé de tiritar, me apuré a salir de la bañera y, con cuidado de mantenerme siempre de espaldas a Lady Fay, corrí hasta la banca de piedra y agarré una de las toallas. Mis piernas aún temblaban un poco, pero por lo menos no resbalé ni me tropecé con mis propios pies, así que lo vi como una buena señal. Tal vez no sería una mala idea solicitar una audiencia con Madame Tessala, ella descubriría enseguida qué era lo que me pasaba.

Sacudí la toalla para abrirla y, de nuevo con cuidado de mantenerla delante de mi entrepierna todo el tiempo, volví a la bañera. Lady Fay se estaba levantando el camisón mojado sobre las piernas, para salir también. Había un rasguño sanguinolento en su rodilla.

Sin decir nada, envolví la toalla en torno a sus hombros y la levanté en el aire. Antes de que ella pudiera protestar, la puse en el piso otra vez.

—Levante la vista. —ordené.

La Dama me miró a la cara. Le temblaban los labios.

—Tiene *frío*. —gruñí, inquieto.

—Todo está bien, el agua está tibia.

—También está *herida*.

—¿Dónde?

Ella miró hacia abajo, pero enseguida le levanté el rostro con los dedos.

—Su *rodilla*.

Con un bufido largo y frustrado, troté hasta la banca y recuperé el ungüento. Luego me senté en el borde de la bañera, delante de ella. El corcho que servía de tapón para el pequeño pote de

cerámica terminó rebotando por el piso y junté algo de la pasta de hierbas con el dedo.

—Levante.

Oh, es que no estaba pensando cuando le dije eso.

En toda su obediente inocencia, Lady Fay tiró de su camisón hasta alzarlo sobre sus rodillas, más o menos hasta la mitad de los muslos. Hice una pausa, mirando su piel suavemente bronceada con incredulidad.

Como si nunca hubiera visto piernas.

Bueno, nunca había visto piernas tan hermosas antes, piernas que deseaba rozar y apretar con los dedos. Algo empezó a hormiguearme alrededor de los colmillos y a lo largo del hocico, una necesidad desesperante de lamer y morder. Su carne tierna era tan invitadora.

La visión y el olor de su sangre, sin embargo, fueron lo bastante contundentes como para sacarme de aquel trance. Le apliqué el ungüento con rapidez. Mientras menos la tocara, menos me sentiría tentado a ver más allá del camisón. Y de verdad era un rasguño pequeño en su rodilla, diminuto, así que concentrarme en eso me ayudó a espantar esos pensamientos tan horribles.

Una vez que terminé, ella dejó caer la prenda. La Dama no se resistió cuando le puse las manos en la cintura y la atraje hacia mí, para que se parase entre mis piernas abiertas, o cuando empecé a frotarle las palmas sobre los brazos, para ayudarla a secarse. No quería que le diera un resfriado, o fiebre.

Aun así, ella eligió confrontarme:

—¿Por qué está molesto ahora?

—No lo sé.

Me regaló un ceño fruncido con tristeza.

—¿Hay algo que pueda hacer para que se sienta mejor?

—*Debería volver* al *cuarto*, aún debo *enjuagarme*.

—Deseo quedarme.

—Mi Señora…

—Me duele verlo molesto.

Levanté los ojos, buscando los de ella. De un azul tan profundo que, bajo la miserable luz de las lámparas de grasa y los braseros en

la habitación, parecían negros e insondables. Llenos de curiosidad y aplomo.

¿Por qué estaba tan determinado a arruinar las cosas entre nosotros? Yo la amaba.

Yo la amaba, por todos los dioses.

¡Nada me traía más alegría que verla, olerla, sentirla cerca!

Por una fracción de latido, me fijé en sus labios otra vez.

Y me forcé a tragar el nudo que tenía en la garganta.

—*Dese vuelta.*

Con un suspiro, la Dama hizo lo que le pedí y me escurrí de nuevo hasta la banca, para buscar su bata. Se la puse sobre los hombros, por encima de la toalla. Después, me metí en la bañera otra vez y, usando el balde en el que ella se había sentado antes, empecé a echarme agua sobre la cabeza y los hombros para deshacerme de la espuma y la mugre. Siempre de espaldas a ella. Atento a su respiración y cada pequeño paso que daba dentro del recinto.

Una vez que terminé, me pasé las manos por el cuerpo y estrujé mi cola para desechar todo el exceso de agua. Un bulto de toallas apareció desde atrás, a mi izquierda, y me sobresaltó.

—No respondió a mi pregunta. —dijo Lady Fay, estoica.

Bendita fuera, tenía *más lobo dentro* que yo.

Gruñí otra vez.

—No tiene que *hacer* nada, *especialmente* no *para complacerme.*

Me quedé quieto, esperando. Esa vez, la respuesta pareció bastar.

Lady Fay exhaló un suspiro largo y frustrado. Recibí las toallas que me estaba ofreciendo, arrojé dos sobre mi hombro y me envolví la más grande en torno a la cintura. Luego empecé a secarme el pelaje, frotando en círculos rápidos. Ella se alejó.

Dejé la bañera por última vez, sintiéndome un poco más bajo control.

Ella levantó el ungüento y mis ropas limpias, sosteniéndose la bata cerrada sobre el pecho. Su expresión derrotada me hizo doler el corazón de nuevo, pero no del mismo modo que antes. No era un dolor físico.

No me gustaba verla molesta, tampoco, pero eso no era nuevo.
—*Disfruto* mucho de *oír* su voz
Lady Fay me miró sobre su hombro, cautelosa.
Levanté el hocico con orgullo.
—Cuénteme *sobre* las *escrituras*, *mientras* me seco.

41. Un Estremecimiento Humilde

La primera noche después de la cacería, Sir Camron y yo dormimos poco y quemamos muchas velas. La cama se convirtió en una mesa, en lo que hice desfilar diferentes rollos y libros antiguos para él, mostrándole lo que había encontrado. Había mucho qué explicar.

Así que comimos y estudiamos los materiales, juntos. Él parecía complacido, impresionado y curioso de maneras que me llenaron de alegría. Me preguntó e intenté responderle, contenta de mantener nuestra noche en marcha. Su pasión por el tema era contagiosa, pero… yo no podía dejar de pensar en el hambre escalofriante que vi en sus ojos plateados cuando me miraba, estando yo completamente empapada y temblando después de caerme por accidente dentro de la bañera.

Más que nunca, me sentí como una cierva desamparada tentando a un depredador famélico.

Y fue… *excitante*, a pesar de todo.

Parte de mí guardaba una intensa vergüenza, y por ende traté de evitar su mirada todo lo que pude, llenando el silencio con explicaciones interminables. El resto de mí se mostraba más audaz y se preguntaba qué le había pasado por la cabeza a Sir Camron durante aquel breve instante. ¿Qué fue lo que vio?

¿Lo disfrutó en secreto, quizá?

¿Le gustó verme así?

Luché con denuedo para desterrar esos pensamientos. Sir Camron fue lo bastante amable como para no mencionar el asunto en absoluto, ni hacer comentarios incómodos acerca de lo ocurrido. Se comportó como lo hacía siempre, con cariño, e incluso me

preguntó dos o tres veces si me dolía la rodilla. Para nada, pero deseé que me hubiera acariciado el dorso de la pierna con esas almohadillas rugosas que tenía en los dedos. Me descubrí deseando la cercanía de aquel entonces cuando me frotó los brazos de arriba abajo, respirando el mismo aire que él y compartiendo casi el mismo espacio.

¿Debería avergonzarme de tales deseos, también?

¿Qué deseos, después de todo? Ni siquiera sabía lo que quería de él.

Los incómodos eventos de la reunión con la Dama Alfa y su corte me hacían sentir aún peor. No quería decirle a Sir Camron lo que había pasado, más que nada porque no quería que él volviera a distanciarse de mí. Deseé que nadie lo molestara con el chisme, tampoco. Nunca hicimos nada malo. Estábamos de acuerdo en los términos de nuestro matrimonio, de nuestra vida juntos, y me había comprometido a respetar esos términos sin importar lo borrosos que pudieran volverse los límites.

Eventualmente, el carisma natural de Sir Camron hizo que me olvidara de todo. Lo último que recuerdo fue apoyarme contra uno de sus brazos mientras él observaba un plano viejo y señalaba las similitudes entre aquel diseño y su propio trabajo.

Debo haberme dormido en medio de ello.

A la mañana siguiente me desperté sola en nuestras habitaciones. La Joven Lesma me informó que mi esposo se había reunido con el Concejo Circular de nuevo, y que el Clan Gris se estaba alistando para partir. Era tiempo de volver a casa.

42. Vientos de Cambio

—Tengo una pregunta —empezó mi hermana, en la lengualoba— ¿Por qué viene él con nosotros?

Ella señaló hacia el final de la caravana, que trepaba a través del camino sinuoso dividiendo el espeso bosque por la mitad. Un convoy de tres carromatos con estandartes blancos y negros cerraba la comitiva, un añadido que nadie esperaba… ni siquiera yo.

—¿Quién? —pregunté, en el mismo idioma, con un pergamino desplegado ante mí.

Miré a lo lejos, hacia el otro extremo del valle. El lago, en medio, estaba oscuro y quieto.

—El Principito, ¿quién más?

—Va a *supervisar* el *proyecto* conmigo —expliqué—. Fue una condición.

Lord Areksandir me prometió que tendría el apoyo necesario para el proyecto, y cumplió. La última reunión del Concejo Circular tomó lugar la mañana de nuestro regreso. Los representantes del pueblo ordinario fueron fáciles de convencer, ya que las granjas y los bosques alrededor de Fordham y muchos otros asentamientos pequeños eran lo más comprometido. Padre reafirmó su decisión y el Clan Blanco oficialmente se declaró de mi lado. Tanto Lord Hamish como Lord Cynric accedieron a participar proveyendo acceso a sus tierras y recursos, hombres dispuestos a trabajar, provisiones y monedas. Era justo lo que necesitaba, casi demasiado bueno para ser verdad.

Porque lo era. La decisión venía con un precio: los Lores querían garantías, mis reportes por sí solos no serían suficientes.

Sospecho que la verdad es que a ellos no les gustaba la idea de darme el control total. Yo crecí entre ellos, con el Código de Caballería y el Credo como mis mandamientos, me había probado con dignidad ante ellos, una y otra vez. Pero, al parecer, algunos aún me miraban a mí y a mi pelaje oscuro, y veían a un extraño.

Y quizás, sólo quizás, yo estaba muy sensible con ese tema.

—¿Dónde se va a quedar? ¿En una tienda?

—*Padre ofreció Crescent* Hall.

Sebreena puso los ojos en blanco.

—Fantástico. —murmuró.

Puse el plano sobre la mesa y suspiré. Era un buen momento, como cualquier otro.

—Tengo algo para ti.

El adorable rostro de mi hermana se iluminó con emoción en cuanto metí la mano dentro de mi chaleco, pero frunció el ceño de nuevo, inmediatamente, cuando puse la carta sellada en su mano. Hizo una mueca cuando reconoció el emblema impreso en la cera negra, también.

—¿Qué significa esto?

Levanté las manos, para hablarle en señas: *Hermana, te amo muchísimo, y créeme cuando te digo que todo lo que me importa es tu felicidad y bienestar. No sé y no deseo saber qué fue lo que sucedió entre el joven Lord y tú, pero él se siente avergonzado por ello. Me pidió que te diera esta carta.*

Ella abrió la boca para protestar.

—No *terminé*. —gruñí.

Sebreena resopló y yo seguí:

El joven Lord está interesado en ti y reconoció ante mí que cometió algunos errores. Hablamos y dejamos las cosas en claro. No estoy de su lado, todo lo que le debo es esta cortesía y ya cumplí. Lee la carta, todo lo demás depende de ti.

El cabello dorado de mi hermana se erizó en lo que tragaba aire con fuerza.

Apretó el papel doblado entre sus dedos.

—¿Qué piensas de él?

—No tengo opinión.

—Hermano, por favor —Sebreena volvió su mirada clara en mi dirección—. Has cuidado de mí desde siempre. ¿Qué piensas de él?

—*Deberías preguntarle* a *Roth* y a Ken.

—¡Cam!

Me crucé de brazos, para pensar.

A ver, es que no podía decirle a mi hermana que había descubierto la verdad sobre Lord Areksandir cuando estuve a punto de partirle su monárquica madre por un malentendido. Aún no podía creer que tuve toda la intención de atacar a otro lobo-hombre, a alguien que me sobrepasaba en rango por mucho, además. Es verdaderamente horripilante.

Los celos pudieron haberme arruinado la vida.

Así que, debía darle al joven Lord algo de crédito.

—*Creo* que es honesto. —dije, y me encogí un poco de hombros.

—¿Y?

—*Sebreena*, no lo conozco.

Ella vaciló.

—¿Crees que me hará una propuesta?

Fue mi turno de hacer una pausa.

—Es una posibilidad —asentí—. Estás en edad de *casarte*. *Eres* una *heredera*.

A ella no le gustó mi respuesta, claro.

Me acerqué y le puse una mano en el hombro, con suavidad.

Su olor cambió. No lo había tenido en cuenta antes, pero parecía nerviosa, casi un poco asustada. Se encontraba en una posición fuerte, de todos modos. No es como si tuviera que ceder su puesto como la representante femenina de nuestra casa en favor de Yrana el día en que Rothfern se convirtiera en líder del clan. Sebreena había sido nombrada por el Lord Alfa, todo lo demás quedaba a criterio de ella.

Como dije antes, casarse dentro del Clan Blanco era un asunto serio. Y como Lady Fay me dijo a mí, la nobleza se casa por deber, no por amor. Por alguna razón, me convencí de que odiaría ver a mi hermana casarse para hacer feliz a alguien que no fuera ella misma.

—Tú *eres* Señora de Crescent Hall. Él no puede *doblegarte* —le apreté el hombro, hablando cerca de su oreja—. Lo que decidas,

estaré de tu parte.

Ella asintió con la cabeza, sosteniendo la carta sobre el pecho.

—Lo discutiré con Padre y nuestros hermanos, si me siento indecisa.

—Bien.

Sebreena me dejó a mis anchas después de eso, cerca del acantilado con una mesita destartalada tapada de los pergaminos que Lady Fay había separado para mí, y una vista desoladora de la Cuenca Plateada. El cielo estaba cubierto, el paisaje se había teñido de un gris monótono. Olí tierra mojada y *algo más*, algo seco y peligroso que hizo que el pelaje se me erizara todo. La tormenta ya casi estaba sobre nosotros. Incluso si nos apurábamos, yo dudaba de que el convoy lograra llegar a casa antes de que empezara a llover, pero traté de permanecer optimista.

Volví a desplegar el plano y usé dos jarros de hierro para mantenerlo abierto. Torciendo la cabeza hacia un lado, examiné el dibujo. Definitivamente se trataba del lago, nuestro lago, con sus pequeñas islas desparramadas en el medio. Una de las islas estaba marcada, había unas notas en el margen al respecto… casi todo el texto estaba borroso, era casi indescifrable. Lady Fay insistió en conseguir algo y extrajo unas palabras, como *entrada* y *ventila.* Tendría que poner un pie en esa isla yo mismo para descubrir a qué se refería.

Distraído, revisé las notas que ella había recolectado en un manuscrito propio.

Acaricié las palabras en la página, como si al correr mis dedos sobre la tinta pudiera rozar su mano.

Ella de verdad era increíble. Madame no había parado de alabar su perseverancia y buena voluntad. La Dama eligió hacer el camino de vuelta montada sobre Rowan en vez de compartir el carruaje con mi hermana, para que pudiéramos seguir discutiendo sus hallazgos. Insistía en pasar todo su tiempo cerca de mí. Me sentía a partes iguales emocionado e intrigado, una legión de insectos extraños seguía revoloteando en mi estómago.

No sólo llevábamos nuestras pertenencias, sino también una carreta adicional tirada por bueyes y cargada de escrituras. Tendría

que despejar la torre para almacenar todo eso. Era impresionante, para decir lo mínimo.

Y ella estaba tan orgullosa. Como si hubiera logrado lo imposible.

No pude evitar pensar que Lady Fay había estado buscando una buena excusa para hacerse *imprescindible*, como si temiera que de alguna manera yo perdiera mi interés y la rechazara. Qué idea más tonta. Pero, de nuevo, ella probablemente no entendía lo serios que son los lazos de matrimonio para los míos, y también, yo no tenía forma de saber lo que pasaba por su cabeza a menos que ella reuniera el coraje para decírmelo. Daría cualquier cosa por saber todas esas cosas que ella insistía en mantener ocultas.

Entonces, justo cuando empezaba a extrañarla…

Su risa me distrajo, seguida de cerca por un relincho enfadado.

Levanté enseguida las orejas.

—¡Basta! —decía, entre carcajadas—. ¡Vete de aquí, esto no es para ti!

En la luz gris de aquel atardecer nublado, Lady Fay salió de entre los árboles con dos cuencos de comida caliente en las manos. Estampida trotaba detrás de ella, todavía con la silla puesta, y frotaba esa enorme cabeza suya en los hombros de la Dama de vez en cuando. Resoplaba y bufaba, dando latigazos con la cola como un niño berrinchudo.

El sinvergüenza debió desatar sus propias riendas. Lo había visto hacerlo antes.

Una pequeña sonrisa llegó a mis labios.

Ella me alcanzó por fin y me apuré a capturar las riendas, para mantener al semental a raya.

—¿Qué es lo que le pasa?

Me llevé a la bestia un poco más lejos.

—Usted tiene algo que él *quiere*.

—¡Oh! Sí, creo que sí.

Lady Fay puso los cuencos con estofado en el lado despejado de la mesa y sacó una hogaza de pan, unas pocas manzanas, dos botellas de aguamiel y unos cubiertos de los bolsillos ocultos en sus amplias faldas verde oscuro. Con ayuda de un cuchillo, cortó una manzana en pedazos y se la ofreció a mi caballo.

Estampida olfateó la ofrenda, con la cabeza en alto y orgullosa.

Mi esposa desplegó una sonrisa hermosa cuando él finalmente atrapó un trozo de fruta con los labios y se lo comió. Se quedó junto a mí, acariciando con la mano libre el cuello arqueado del garañón.

—Bellísima criatura. No puedo creer que solía tenerle miedo.

—Es que *muerde*. Y patea.

Ella frunció un poquito el ceño, pero no sacó las manos.

Sostuve las riendas mientras la Dama le daba la manzana a mi caballo, me divertían sus expresiones. Es raro, pero no recibí grandes quejas de los encargados del establo acerca del comportamiento de Estampida durante las festividades. Debió estar muy ocupado relinchándole a las yeguas o aterrorizando a otros caballos. Era inútil tratar de educarlo para que fuera más dócil.

Lady Fay me miró sobre su hombro.

—¿Dónde lo encontró?

—Lo *compré* cuando era un *potrillo*, a un *mercader viajero*. Su *madre* era *enorme*.

En aquella época, tuve que vivir del bosque durante una temporada entera para recuperarme del gasto. Pero valió cada moneda.

—Debe ser el caballo más grande que he visto en mi vida.

—Yo también.

—¿Ya es padre de algún potrillo propio?

—Un *par*, sí. —asentí con la cabeza.

Ella cortó otra manzana en cuatro piezas y Estampida estuvo muy feliz de mordisquearlas de su mano, de nuevo, una tras otra. La sonrisa cálida en sus dulces labios se borró por un momento, sus ojos azul oscuro volvieron a trepar hasta llegar a mi rostro.

—¿Se siente bien? —me preguntó la Dama, en un cuchicheo.

Fruncí el ceño.

—Sí. ¿*Por* qué?

—Bueno… después de lo que pasó ayer, me preguntaba si…

Antes de que ella pudiera continuar, sacudí la cabeza.

—Todo está bien —le aseguré, tratando de ser firme pero gentil —. Sólo estaba cansado.

—Me asusté, por un momento.

Era sincera, y eso fue lo que más me dolió.

Me dolió, porque intentaba no mentirle. Pero, si ni yo mismo sabía qué era lo que estaba mal, ¿eso contaba como mentir, o era sólo evadir para protegerla? No estaba cansado, y tampoco me encontraba bien. No era la primera vez que me atacaba uno de esos episodios de dolor cuando estaba con ella, y temía que no fuera el último, tampoco. ¿Era un síntoma de algo? ¿Hacia dónde me llevaría? ¿Me estaba enfermando? Tantas cosas acerca de mi propia naturaleza eran un misterio, hasta para Madame Tessala y su vasto conocimiento.

Y sí, consideré tomar ventaja del anochecer para visitar a Madame y decirle lo que me había ocurrido, pero deseaba quedarme con Lady Fay más que nada.

Podía llegarme hasta la Aguja Roja más tarde.

Busqué la mano de la Dama por instinto y cubrí sus dedos con los míos.

—Lo sé. No se *preocupe*.

Ella me devolvió una mirada de consternación, y a pesar de todo, asintió.

Estampida relinchó de nuevo, demandando más manzanas. Mi esposa se rió cuando empezó a mordisquearle la palma de la mano con los labios.

—Si le doy el resto, nosotros nos quedaremos sin postre.

—Suficiente —me adelanté y tiré de las riendas, llevándome al caballo en la dirección opuesta a nuestro pequeño lugar junto al acantilado. A él no le gustó mi decisión y echó la cabeza hacia atrás. El bastardo hasta levantó una de las patas delanteras. Le di un fuerte tirón a las riendas y lo obligué a bajar un poco el morro, lo suficiente como para poder susurrarle en la oreja—. Patéame, y te *castraré*.

Aquello, al parecer, funcionó. Até a Estampida a otro árbol, con una cuerda en torno al cuello y un nudo complejo, para que no volviera a soltarse. No le hizo mucha gracia, pero yo quería algo de paz y tranquilidad con mi esposa. Volví a la mesa y me senté, para cenar. Mientras comíamos en cómodo silencio, el atardecer se transformó en noche cerrada y encendí una lámpara de grasa. Lady

Fay peló y cortó la manzana que quedaba para compartirla conmigo, estaba dulce y jugosa.

Fue un momento tan discreto y placentero. Deseé que nunca terminase.

—¿Ha encontrado algo nuevo, Sir Camron?

Ella se refería a las escrituras.

—Poco. Necesito tiempo.

—Pero esto le resulta útil, ¿no es así?

La miré. Aunque la Dama esperaba mi respuesta con una expresión neutral, me di cuenta de la chispa de temor en sus ojos. Tomé otro pedacito de manzana del plato.

—Es un *gran descubrimiento*, quédese *tranquila* —le dije, con tesón—. Estaba buscando algo así.

Ella se relajó un poco y comió más fruta.

Darle más confianza no le haría daño a nadie. Me incliné para mover uno de los papeles en su dirección, un dibujo que había copiado en un pliego nuevo para evitar dañar el rollo original. Sus ojos volaron hacia donde le apunté con la uña, varias líneas que cruzaban la Cuenca Plateada desde el Este hacia el Oeste, conectando tres de las pequeñas islas. Las líneas desaparecían por debajo de las montañas, otras las cruzaban.

¿Mi teoría? Eso eran cañerías. De proporciones *inconcebibles*.

Oh, ya sé cómo suena.

—Esto *parece estar* en el *extremo* Oeste del lago, muy *por* debajo del nivel del agua —le comenté, tratando de mantener la dicción pareja y pronunciar todo correctamente— *Ahora* es *inalcanzable*, pero *creo* que hay *otra entrada*. Sea lo que sea, *es parte* del embudo.

Aún no sabíamos lo que era el mentado *embudo* en realidad, pero yo sospechaba que era alguna especie de drenaje. Sabía dónde se encontraba la estructura, asentada en el fondo de la cascada del río Brazo Grande, siempre bajo el agua. Más de la mitad, colapsada sobre sí misma. Desviar el agua para trabajar no sería tan complicado, pero, ¿saber exactamente qué reconstruir y cómo hacerlo? Bueno, ese era otro desafío. Había planeado cavar trincheras que se alejaran de la estructura y desembocaran en una

mina abandonada que el Clan Rojo había dejado atrás. Con algunos diques para controlar el agua antes de que el lago empezara a elevarse más allá de lo incontenible, tendríamos alguna oportunidad contra cualquier otra inundación catastrófica.

Era enorme. Una inmensa cantidad de trabajo. Por eso necesitaba la cooperación de las otras casas. Con eso asegurado, podía pararme con más seguridad.

Con Lady Fay a mi lado, sentía que nada podría detenerme.

—Sus hallazgos *serán* muy útiles cuando los entienda *mejor.* —declaré, antes de volver a guardar el rollo.

—Me alegro.

Ella me devolvió una mirada extraña, entre el alivio y la admiración.

Decidí cambiar de tema, aunque fuera de repente:

—¿*Disfrutó* de las festividades?

—¡Sí, por supuesto! —se le hinchó el pecho—. Fue una experiencia maravillosa, a pesar de todo. ¿Usted las disfrutó?

—No se imagina cuánto.

No pude evitar *ronronear* aquellas palabras. Sus ojos sin duda no eran tan agudos como los míos, pero creo que se percató de la forma en que la estaba mirando. Mitad malicioso, mitad entretenido, pero cautivado por completo. Lady Fay carraspeó.

—Bueno, se ha terminado; hasta la próxima primavera. Extraño la comodidad de sus tierras.

—También yo, mi Señora.

Traté de no pensar en la cantidad de trabajo que me esperaba en casa. La construcción del nuevo camino y la casa de guardia cerca de Crescent Hall seguía en progreso, y yo acababa de echarme todavía más en el plato. Por el momento, sin embargo, mis pensamientos estaban más ocupados con la tormenta y en cómo ser útil en caso de que Lady Fay me necesitara de nuevo. Aquel cosquilleo tan familiar me empezó a entibiar el estómago.

Increíble, ¿me moría de ganas de que ocurriera, en serio?

Pasamos un rato más simplemente disfrutando de la compañía del otro, hasta que se levantó un viento frío desde el Noreste.

La noche fue silenciosa, dentro de todo, me las arreglé para dormir un poco. La Dama insistió en que compartiéramos mi tienda. El lado más salvaje de mi instinto me ordenaba que permaneciera en guardia, para cuidar de mi compañera y asegurarme de que ella descansara todo lo necesario. No paré de despertarme a cada rato, sólo para comprobar con mis propios ojos que ella seguía dormida y cómoda.

Tal como lo predije, estaba garuando cuando llegamos a las tierras del Clan Gris, al día siguiente.

PARTE 4
CON MALDICIÓN O SIN ELLA

43. Calma antes de la Tormenta

Una lluvia ligera me enfrió el rostro en lo que recorrí los pocos pasos que me separaban del carruaje hasta la arcada. Me apuré a entrar a la casa, cubierta de la cabeza a los pies con la capa pesada de Sir Camron, mientras los mastines saltaban a mi alrededor, ladrando y gañendo. Parecían felices de verme, pero no pasaron más allá del umbral de piedra. Tenía los pies empapados y el dobladillo del vestido manchado con barro. Apreté el broche de rosa que cerraba la capa sobre mi pecho y me adelanté hacia la antesala en penumbras, donde mi doncella esperaba.

—¡Lady Fay!

La Joven Rion me recibió con un fuerte abrazo.

Aunque no esperaba tal recibimiento, no dudé en responder de la misma manera y atraje a la muchacha contra mi cuerpo. Sonreí cuando se apartó, pero fue ahí cuando descubrí su piel pálida y sus ojos inflamados.

—¡Oh, mi Señora! ¡Qué bueno que haya vuelto!

—Querida niña, ¿qué sucede? —le pregunté, acunándole el rostro con la palma.

Madame Lyna apareció desde el pasillo. Sostenía las manos apretadas en un gesto firme de plegaria, frente a su pecho. Sus facciones estaban pintadas con signos de malestar, también, más que nada por las sombras oscuras debajo de sus ojos y su cabello algo desarreglado. Ella casi siempre lo llevaba atado en una trenza muy prolija.

Algo frío me bajó por la espalda.

—¿Qué sucede? —demandé otra vez, con cuidado.

La Joven Rhion fue a pararse al lado de su madre y le abrazó el brazo. Juntas, me hicieron una reverencia rápida y a partir de ahí, la casera tomó el control:

—Bienvenida de vuelta, mi Señora. ¿No ha venido Sir Camron con usted?

—Fue a los establos a guardar a los animales y nuestras pertenencias. ¿No me va a decir qué es lo que está pasando aquí?

—Quizá deberíamos esperar al señor —Madame Lyna suspiró—. ¿Puedo preparar el agua de su baño, entretanto?

—No. ¿Está bien Monsieur Enron?

Mi primer pensamiento fue que el hombre pudiera haber sufrido alguna desgracia en nuestra ausencia. La familia cuidaba de todos los animales de granja de Sir Camron y mantenía los jardines en orden, ambos trabajos no eran inherentemente peligrosos, pero la mala suerte tenía formas y formas de vengarse, a veces.

Ella asintió, para mi alivio.

—Sí, mi Señora, él está bien. Pero sus pies están mojados, y…

—Puedo bañarme después. —la interrumpí.

Madame Lyna se mordió el labio inferior.

—¿Le gustaría esperar en el comedor, entonces?

—En la cocina. Tengo un poco de hambre.

—Por supuesto, mi Señora.

Intrigada y asustada a partes iguales, seguí a las dos mujeres a través del estrecho pasaje y bajé los escaloncitos que llevaban a la cocina. Monsieur Enron estaba ahí, trabajando junto a los fogones y hornos. También se inclinó ante mí, diligente.

Sus ojos me contaron la misma historia. Mi estómago se encogió.

En un silencio tenso, la Joven Rhion me sirvió una buena taza de té y Madame Lyna puso la mesa para mí con pan fresco, queso de cabra, morcilla y una tarta de miel. No pude tomar ni una sola mordida, aunque estaba hambrienta, pero sí me bebí el té. Nadie atinó a decir una sola palabra, no hasta que me sentí a punto de explotar de la ansiedad y Sir Camron abrió la puerta del jardín.

Se inclinó para pasar por debajo del marco y entró, sus ropas y pelaje estaban salpicados de pequeñas gotitas de garúa. Me miró a

mí primero, pero las orejas se le pusieron muy tiesas y su nariz oscura se movió en un espasmo.

—¿Qué *ocurre*? —preguntó mi esposo, desconfiado.

—No lo sé. No han dicho nada todavía. —respondí.

Madame Lyna se apresuró a ofrecerle una toalla. Sir Camron la aceptó, pero antes de que la mujer pudiera alejarse, él alargó el brazo y la capturó con gentileza por la muñeca.

—Lyna.

—Sir, es mi hermana Hestia. Está muy enferma.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. La Joven Rhion se refugió debajo del brazo de su padre, contrita.

Mi esposo soltó a la casera.

—Mis condolencias más *sinceras*. —dijo, y fue él quien se inclinó con respeto.

Ningún hombre de la nobleza le mostraría tanta consideración a un criado, pero, nuevamente, mi esposo no era un noble, ni un hombre. Era un gallardo lobo de palabra y un seguidor del Código de Caballería, el voto de piedad dictaba sus acciones. El orgullo revoloteó dentro de mí, chocando con el resto de mis emociones.

Madame Lyna se quebró, entonces. Se cubrió el rostro con las dos manos, le temblaron los hombros en lo que intentaba llorar en silencio.

Monsieur Enron tomó la iniciativa:

—Un mensajero trajo noticias un día después de que se fuera para las festividades, Sir Camron. Hestia es la única familia que le queda a mi esposa en este país. Deseábamos pedirle que nos permitiera ir a visitarla, a Lyna y a mí.

Sentí el dolor en sus palabras. Con tanta demora, la mujer en cuestión quizá ya hubiera pasado a mejor vida. Mi mirada se desvió hacia Sir Camron, de nuevo.

—*Por* supuesto que lo *permito*. ¿Qué tan lejos?

—Es fuera del valle, Sir.

Mi esposo se irguió más derecho, apretando la toalla entre sus garras.

—¿Cuántos días? —preguntó.

—Menos de una quincena, esperamos.

—¿Hacia dónde?

—Por la Puerta del Sur, Sir. Es un pueblo pequeño en las afueras de la cordillera. Podemos encontrar a alguien que quiera llevarnos hasta allá.

—¿Tus hijos no pueden *viajar* con ustedes?

Monsieur Enron negó con la cabeza.

—Es la temporada de siembra, no pueden dejar las granjas.

Sir Camron apoyó la espalda contra el ladrillo desnudo de la pared, junto a la puerta cerrada. Desdobló la toalla y se frotó el hocico y la cabeza con ella, su mirada de plata parecía perdida en un bosque de pensamientos. Afuera, una suave lluvia seguía chapoteando sobre la piedra y la madera, sin cuidado.

Madame Lyna habló con desesperación:

—¡Rhion se quedará para cuidar de la Señora, no debe preocuparse, Sir! Nuestros deberes no quedarán desatendidos.

El tono quebrado de su voz despertó algo en mí.

Me puse de pie, todas las cabezas se volvieron en mi dirección.

—Todos deberían ir, juntos. Como familia —decidí, firme. Sir Camron me miró a los ojos y le hice un gesto positivo con la cabeza —. Creo que será lo mejor.

Madame Lyna parpadeó varias veces, perpleja.

—Mi Señora, ¡No podemos dejarla sin asistencia!

—Pero la Joven Rhion sólo sufrirá si se queda. Puedo cocinar y cumplir con muchas tareas del hogar, Sir Camron también es muy capaz y tiene sus recursos. Podemos valernos por nosotros mismos —hice una pausa, quizá para añadirle el debido peso a mis palabras —. Yo digo que pueden tomarse tanto tiempo como necesiten.

Sir Camron se apartó de la pared y se echó la toalla sobre los hombros.

—La familia es *importante* —asintió con confianza—. *Concuerdo* con la Dama.

Entonces levantó las dos manos e hizo una serie de gestos rápidos a Madame Lyna. Yo estaba lo bastante enterada como para entender un poco más de la mitad de lo que Sir Camron le dijo, y fue suficiente para aliviarme profundamente. Los ojos color miel de

la mujer se abrieron como bandejas, su cara redondeada se volvió más pálida que la cera. Empezó a negar con la cabeza.

—¡Sir, no podemos aprovecharnos de su generosidad! Usted es demasiado bueno con nosotros.

Monsieur Enron apretó los hombros de su hija.

—¿Qué dijo, Lyna?

La casera compartió una mirada nerviosa con su esposo.

—En resumen, Sir Camron quiere que tomemos dos de sus caballos para ir a Crescent Hall cuanto antes. Dice que podemos pedir caballos descansados y una de sus carretas, para viajar por nuestra cuenta. ¡No hay manera de que podamos pagárselo, no está bien!

Creo que le dijo mucho más que eso, pero Madame Lyna destacó lo más importante.

Mi esposo gruñó.

—No *quiero* pagos.

Volvió a mirarme a los ojos, me puso una mano en el hombro cuando pasó a mi lado para ir hacia el pasillo que conectaba la cocina con el gran comedor. Seguí la forma ancha de su espalda en lo que desaparecía en la oscuridad.

—*Escribiré* una *carta* de *permiso* —declaró él, su voz profunda hizo eco por todo el pasaje mientras se alejaba—. *Asegúrense* de *llegar* al castillo antes del *anochecer*.

*****

Más tarde ese día le dije adiós a la Joven Rhion y a su familia, aún si sólo era para dejarles en claro que todo estaría bien de nuestro lado. Todo lo que deseaba para ellos era que pudieran llegar a su destino sin problemas y rápido, y que no encontraran muchas malas noticias. Me reconfortó mucho saber que mi esposo apoyaba la causa. Sir Camron mismo se encargó de ensillar dos caballos y le permitió a la familia tomar cuantas provisiones necesitaran para el viaje.

Una carta sellada terminó en las manos de Monsieur Enron. Después de más reverencias y palabras de aprecio infinito, partieron.

Esa noche, Sir Camron me preparó el baño y yo organicé todo junto a la chimenea para que pudiéramos comer cómodos y tranquilos. No fue un festín magistral, de ninguna manera, pero no por eso fue menos delicioso o entretenido para ambos, espero.

Mi cama, aunque segura y acogedora, se sentía extraña. Mi habitación, demasiado oscura y vacía. Pensé que estaría feliz de volver al lugar que me había acostumbrado a llamar hogar. Me sorprendió sentir lo opuesto, extrañar el peso y el calor de la presencia de Sir Camron a mi lado. Me pasé casi toda la noche despierta, mirando hacia arriba al dosel y escuchando todos los extraños sonidos de la casa…

*****

Seguía garuando a la mañana siguiente a nuestro regreso.

La tormenta, por algún motivo que escapaba mi comprensión, se estaba tomando su tiempo para desatarse con toda la fuerza. La tempestad vendría, eso estaba garantizado, pero seguía dando vueltas en torno al valle, por detrás de las Montañas Menguantes. Los cielos se veían ominosos hacia las Tierras del Este, los vientos soplaban más y más fríos a medida que pasaba el día. No pasaría del ocaso.

Cabalgué hacia Crescent Hall mientras se pudo, para recuperar mis caballos pero más que nada, para asegurarme de que mis trabajadores habían seguido las instrucciones y tomado la carreta que pedí para ellos. Lyna era una mujer buena y trabajadora. También, muy cerrada de mente en lo que se refería a su propio valor. A veces le resultaba difícil ver más allá de aquel supuesto vínculo de vasallaje que su familia me profesaba. A mi parecer, no existía ninguna relación así entre nosotros: yo no tenía siervos, sino trabajadores.

Estaba atando las riendas de los otros caballos a la silla de Estampida cuando alguien me silbó por detrás.

—¡Primo! ¿Te vas tan pronto?

Me volví para saludar a Bredon, y casi no lo reconocí.

Su mirada verde, casi siempre amigable, lucía exhausta. Había unas sombras preocupantes bajo sus ojos y su pelo castaño rojizo y rizado se veía tan desaliñado como la sombra de barba que le había crecido por toda la mandíbula. Mi primo odiaba las barbas y se aseguraba de rasurarse tanto como pudiera. Tampoco le gustaba andar mal vestido, y para ser honestos, botas de montar gastadas con pantalones sueltos y una camisa liviana de mangas largas no eran su atuendo regular.

—*Bredon*. —estiré mi propia mano.

Él me tomó por la muñeca y nos sostuvimos el uno al otro por un largo rato.

—Camron, qué bueno verte.

Igual, señalé, con el puño cerrado, pulgar y meñique extendidos en lo que sacudí la mano de adelante hacia atrás en dirección a él. Cuando me soltó, pude usar ambas manos: *Es una verdadera lástima que te perdieras las festividades.*

Es interesante cómo dependía de un lenguaje o del otro según con quién estuviera hablando, y lo rápido que podía cambiar entre formas de comunicación sin equivocarme ni que me resultara problemático. A veces ni siquiera me daba cuenta de lo que hacía, sólo actuaba.

—Una lástima, de verdad. Todo el mundo está hablando de Lady Fay y tú —Bredon se cruzó de brazos, con una sonrisa sinvergüenza —. Supongo que ya viste los carros y las tiendas armadas justo por fuera de las puertas.

Imagino que Padre lo aprobó, comenté.

Lord Areksandir y su grupo habían establecido un pequeño campamento base muy cerca de la entrada al castillo, en las colinas verdes. Era imposible no verlos cuando uno transitaba por el camino principal, especialmente con tantas banderas flotando en la brisa.

—Roguemos que así haya sido. Sebreena merodea alrededor del patio en sus ropas de caza, con su halcón favorito al hombro y escupiendo veneno como una víbora cada vez que alguien le menciona al Lord Príncipe —soltó una risita—. ¿Todavía está molesta porque te derrotaron?

Vaya que las noticias se esparcían rápido.

—Fue un empate. —gruñí, y luego señalé: *El resto, es mejor que no lo sepas*.

Y hablando de noticias…

Felicidades por el nacimiento de tu cachorro, moví las manos otra vez y le sonreí de lado.

La faz de mi primo se iluminó de alegría. Dibujó una sonrisa aún más grande, mostrándome los colmillos.

—Muchas gracias, Camron. Fue toda una… *una experiencia*, digamos. Todo lo que Madre decía se ha confirmado —suspiró, dejó caer los hombros—. El bebé no me tolera ni un poco, sólo desea estar cerca de Kyndra. Cuando intento tocarlo, rompe a llorar por horas. Me parte el corazón, este tiene que ser el dolor más terrible que he sentido en la vida.

Mis orejas se cayeron un poquito. Le puse una mano en el hombro y le di un apretón.

—Ya va a *pasar*.

—Eso espero. No puedes imaginarte cuánto deseo tenerlo en mis brazos.

Los dos éramos bastante jóvenes, pero recuerdo muy bien cómo fue cuando Sebreena nació, y los gemelos, un tiempo después. Los cachorros estaban muy ligados a sus madres en los primeros días de vida, al punto de que ni siquiera el padre podía acercárseles. Una madre era un Alfa, el primer Alfa. Ella significaba el mundo para el recién nacido. Tomaba su tiempo, pero eventualmente los bebés comprendían que los padres eran miembros de su familia y también buscaban su amor y compasión. Pero era difícil al principio, sin duda.

El olor de Bredon estaba impregnado de pena. Quizá podía pedirle algunos consejos sobre el tema a mi hermano Rothfern, él ya había pasado por lo mismo dos veces.

¿Ya le has dado un nombre a tu hijo? Pregunté de nuevo.

—Kyndra me estrangularía si te lo digo, la ceremonia será pronto. —se burló Bredon.

Nos reímos juntos.

Estoy contento por ti, primo; señalé, con una sonrisa suave. *Un día nos acordaremos de esto y reiremos.*

—Muchas, muchas gracias —volvimos a tomarnos por la muñeca, para decir adiós—. Por el momento, estoy ayudando a Yrana con las niñas de Nafasi… ella quiere enseñarles lo básico de la lenguaplana. Me distrae un poco de otras cosas, ya sabes. Tomaste la decisión correcta al ofrecerle un lugar seguro para que las dejara.

Bredon me dio una palmada en la espalda y me empujó un poco hacia los caballos.

—Vete. No me gusta cómo se ve el cielo. Podemos hablar otro día.

—Adiós, *primo*. —luego señalé *Dale a Kyndra mis saludos, y los de Lady Fay* antes de irme.

Entre un plácido asunto y otro, me olvidé por completo de mis intenciones de reunirme con Madame Tessala.

*****

En la ausencia de los caseros, Sir Camron y yo tuvimos que trabajar codo con codo para prepararnos para la tormenta. Él estaba preocupado. Lo veía en la rigidez de sus orejas y la arruga entre sus cejas.

No me habló mucho, comunicándose más que nada en gruñidos y resoplidos, o señales de manos que yo pudiera entender. En lugar de molestarlo con preguntas, decidí hacer todo lo posible por mantenerme a su nivel y facilitarle el día. Me puse mis cómodos pantalones y con el cabello bien atado en una trenza, me aseguré de barrer todos los pisos, juntar suficiente agua del pozo y volver a llenar el almacén de la cocina con lo esencial. Corté leña, aseguré los postigos y recolecté huevos y leche fresca, y al final junté los pocos animales de granja dentro del granero.

Le dediqué algo de tiempo a desempacar mis pertenencias. La ropa interior, más que nada, necesitaba lavarse; me puse con eso. Al poco tiempo, me empezaron a doler los dedos y brazos. No había trabajado tanto ni tan duro desde varias semanas antes de la boda. Era parte del plan, mi madrastra no quería que me viera como una sirvienta de la cocina el día que se suponía que tomaría mis votos matrimoniales.

Mi esposo estuvo fuera la mayor parte de la mañana, encargándose de otros asuntos de la finca, con los que trabajaban la tierra. Al volver, Sir Camron guardó a los caballos y los perros juntos en el establo, con suficiente comida para aguantar algunos días de encierro.

Nos reunimos para la comida del mediodía. Me sentía cansada, pero satisfecha.

La garúa fastidiosa continuó, implacable, hasta que cambió de parecer y decidió largarse como un aguacero. La brisa se transformó en viento durante la tarde y el sol desapareció con rapidez. Los primeros destellos de relámpago y ecos de trueno llegaron poco después de eso, arrastrándose por el valle desde las Montañas Menguantes.

Cuando los árboles empezaron a agitarse de atrás para adelante, supe que había llegado la hora.

44. Este tonto Juego del Lobo y la Liebre

Sir Camron terminó de trabar todas las puertas por dentro y decidió que deberíamos quedarnos en el salón comedor, junto al fuego.

—Es el *centro* de la casa —me dijo—. La habitación más *segura*.

¿Cómo podía decirle que el lugar más seguro, en mi opinión, era a su lado?

—Muy bien. Quizá podría leerle algo, como distracción.

Él asintió con un bufido contento.

Sir Camron me escoltó hasta el piso de arriba y a mi habitación.

Una presión familiar se asentó en mi pecho. Reconsideré la idea de darme un baño y en su lugar, me lavé en mi recámara y me cambié a mis ropas de dormir y un abrigo. Se volvió noche cerrada en un abrir y cerrar de ojos. Para cuando terminé mis abluciones, el viento se había transformado en una fuerza aullante que rodeaba la casa. Los postigos tiritaban, bien cerrados. Los sonidos me erizaban la piel, no podía soportarlo más. Saberme prácticamente a solas en los espacios tan amplios de mi dormitorio lo hacía mucho peor.

Antes de que la ansiedad se llevara lo mejor de mí, agarré el portavela, abracé los libros que había elegido y me apuré a desandar el camino del pasillo, hacia la escalera. La puerta de la recámara de Sir Camron estaba abierta, él ya no se encontraba ahí.

Por encima de mí y a mi alrededor, la madera, la teja y la piedra crujían y se quejaban.

Me paré en el umbral de la escalera, temblando, escuchando. Algo retumbó afuera, un objeto pesado que cayó al suelo y rodó. ¿Una rama grande, tal vez? Se sentía como si el viento pudiera llevarse el techo consigo, en cualquier momento.

—¿Lady Fay?

Su voz profunda y gutural me llamó desde la oscuridad más allá de la escalera.

Apenas podía distinguir la sombra blanca de su camisa limpia en el piso de abajo. El corazón me trotaba.

—¿Necesita que suba *por* usted?

—No —solté, nerviosa—. Puedo hacerlo.

Debía mantener algo de mi dignidad. Una vez que llegué a la planta baja, la suave luz naranja me devolvió una imagen clara de mi esposo y le entregué el portavela. Juntos, fuimos hacia el comedor. Sobre la mesa había una tetera y dos tazas, algo de queso y salchicha seca, y los restos del pan que yo había horneado en la mañana.

Un trueno volvió a rugir sobre nosotros, algo se quebró y golpeteó afuera. Apreté los libros más cerca de mi cuerpo.

—Un *árbol* caído. *Habrá* muchos mañana —me explicó él, y apagó la vela de un soplido. Había suficiente luz con la chimenea y el candelabro—. Está a salvo aquí. No tema.

Intenté sonreír. Sir Camron se me acercó con una taza de té.

Esperó hasta que me sentara en mi silla y pusiera los libros sobre mi regazo, y luego me entregó la taza. Se sentó en la otra silla y se repantigó con confianza, cruzando las piernas. La luz del fuego voraz lo bañó en una suave brillo de ámbar, echando sombras duras sobre su rostro animal y su cuerpo fuerte. Para mis sentidos abrumados, él era un dios pagano de los ritos antiguos, y me complacía estar en su presencia.

Le di un sorbo al té. Estaba endulzado con miel, tan perfecto que casi me lo bebí todo de una sentada. La calidez se extendió a través de mi estómago y me calmó los nervios, poco a poco.

—¿Qué va a *leer*?

Con la mano libre, le mostré el pequeño libro de poesía que él me había obsequiado.

Sir Camron hizo una mueca.

—Me disculpo, no es un buen *libro*. Poesía mala.

—De hecho, creo que no es simple poesía, sino canciones.

Él frunció el ceño, mostrándome un solo colmillo con disgusto.

—¿Le *parece*? ¿No se supone que ambas *rimen*?

—No siempre. He intentado agregarle un pequeño ritmo para mejorar algunos de los versos —con la taza en el aire, abrí el libro en busca de una buena sección. Luego, carraspeé y traté de cantar, lo mejor que me saliera:

"Verde es la hoja bajo la escarcha,
azul es el cielo tras la tormenta.
Rojos tus labios contra los míos,
blanco tu vestido, puro como tu alma.
Dame la mano y, por favor, toma mi corazón,
por siempre atados en este baile sin fin."

Me bebí lo último del té, más que nada para esconderme de su mirada inquisitiva.

—Tiene *razón*, suena *mejor* —Sir Camron se inclinó hacia mí y estiró el brazo—. ¿Puedo *intentarlo*?

Le di el libro, él volvió a echarse atrás en la silla y recorrió las páginas, mirando por encima los poemas hasta que encontró uno que parecía ser de su agrado. Otro trueno restalló a través del cielo. Me revolví en mi asiento, pero no sentí deseos de salir corriendo a esconderme. Aún no.

Sir Camron levantó el libro y tras murmurar un poco por lo bajo, empezó a cantar:

"Ven, dulce doncella y observa;
ve por ti misma y cree.
Que ningún hombre te amará como yo,
en esta vida o en la siguiente.
Las estaciones pasarán,
tú vivirás, yo me perderé.
Y a día de hoy, esto te juro:
que ni la Muerte ni el Olvido borrarán
los bellos sonidos que hiciste,
la curva de tu cadera, la suavidad de tu pecho;
el brillo de tu piel cuando juntos yacimos.
Sigue y sigue,
llévate lo mejor de mí contigo.
Pero ven, dulce doncella, y observa;

ve por ti misma y cree,
cómo nuestro legado crece día a día
y se quedará cuando los dos nos perdamos."

Cerró el libro y se quedó mirando al fuego, por un momento.

Yo, sin embargo, lo miraba a él. Fascinada con la profundidad de su voz, el timbre perfecto y la modulación de cada palabra. Me cantó una canción de cuna, una vez, pero mis sentimientos eran otros. Escucharlo así era otra experiencia, enteramente.

Sir Camron por fin me miró, atravesó mi alma con esos ojos de plata.

—Ese no *mejoró* mucho.

—Tonterías. Fue hermoso, yo… ¡su dicción es tan clara cuando canta!

Él se rio un poquito.

—¿*Debería cantar* todo el tiempo a *partir* de *ahora*?

Mi respiración dio un salto y un escozor me recorrió el cuerpo.

No, no era miedo. Era algo más, algo caliente y engañoso, adictivo, que no debería sentir. Un deseo inexplicable de sonreír me forzó a abrir los labios. Me senté más cerca del borde de la silla, sosteniendo la taza entre las manos, y me recargué en el apoyabrazos.

—Ciertamente, no me molestaría.

Sir Camron entrecerró los ojos.

—Si la hace *sonreír* así, lo *pensaré* —ronroneó—. Y si tanto le quita el aliento, bueno…

No terminó la frase, pero la intención se quedó en el aire.

Aquel sentimiento adictivo siguió dando vueltas en mi estómago, floreció como un calor placentero que empezó a dispersarse por todo mi cuerpo. Me hizo desear que estuviéramos más cerca. Que pudiera enterrar los dedos en su melena, debajo de su barbilla.

El silencio se estiró entre nosotros, incómodo. El prólogo de algo que nunca llegó, porque otro trueno partió el cielo y arrasó a través de las praderas. Tan fuerte, que Sir Camron gañó y se cubrió las orejas. Yo di un grito y me encogí en la silla, temblando, hasta que el aterrador sonido se desvaneció en la distancia. Con los ojos

cerrados, me hice una bola e intenté volverme invisible. El techo crujió de nuevo, la lluvia era tan pesada como el granizo.

No saldría corriendo.

No me dejaría consumir por el miedo, no saldría corriendo.

Sir Camron dijo que estaría a salvo. Y yo le creía.

—Mi Señora.

Su enorme zarpa se posó con cautela sobre mi hombro. Tragué aire con fuerza y levanté la cabeza, algo perdida. Sir Camron estaba arrodillado ante mí, y mi primera reacción fue lanzar la mano hacia delante y aferrarme a su muñeca. Él no se resistió.

—Vayamos *arriba* —susurró, con calma—. La *acompañaré* a su habitación.

La sangre casi se me congeló.

—¿P-podría quedarme con usted, en cambio?

Sir Camron ladeó la cabeza. Las llamas resplandecieron en su mirada curiosa.

—¿En mi habitación? Su *recámara* es *mejor*, puede *trabar* la *puerta*.

—Quiero quedarme con usted —barboté, sentía las mejillas ardiendo—. Por favor. No quiero estar sola. Prometió que no me dejaría sola.

Sus orejas se retorcieron hacia atrás, despacio, hasta quedar planas contra su cráneo.

Antes de que pudiera decirle algo más, Sir Camron se paró y pasó los brazos por detrás de mis rodillas para poder levantarme. No protesté, estaba temblando y probablemente no sería capaz de caminar, mucho menos subir la escalera otra vez. Él recuperó el portavela y lo inclinó sobre otra vela, para compartir la flama. Por instinto, escondí el rostro en sus ropas y froté la nariz contra la tela hasta que capturé el almizcle limpio de su pelo mezclado con humo y un leve matiz de bosque. Su esencia más pura.

—No me he bañado hoy. —me advirtió, con la voz cargada de preocupación.

Fruncí el ceño.

—No huele mal.

—*Claro* que sí.

Levanté el rostro para echarle un vistazo a su perfil bestial.

—¿Cree que tiene mal olor?

—Tengo *nariz*.

Oh. Así que *por eso* estaba tan obsesionado con bañarse.

—Sir Camron, le aseguro; no huele mal. Quizá eso le parezca a usted, por su nariz de lobo, pero no me repele en absoluto —para reafirmar mi posición, enredé los brazos en torno a su cuello (tanto como pude) y enterré la nariz en su melena. Él se quedó tieso, pero no dejó de caminar—. Su olor me trae alivio, de hecho.

Gruñó algo por lo bajo y empezó a subir la escalera.

La vela parpadeó con nosotros a lo largo del pasillo hasta que llegamos a la puerta de sus aposentos. Una vez dentro, Sir Camron me dejó en la cama y se apresuró a encender todas las otras lámparas y candelabros, hasta que la recámara quedó bien iluminada.

Me abracé las rodillas, mirando alrededor.

La tormenta parecía más cerca que nunca, pero estaba enfrascada en la experiencia. Aunque ya había espiado una o dos veces, era la primera vez que entraba al espacio más privado de Sir Camron, y me sorprendió su simpleza. Quizá era por la luz de las velas, pero me recordó a los apartamentos de un monje. Todos los muebles parecían estar hechos de madera negra, con bisagras de hierro. Había una cama enorme con cuatro postes fuertes y una cabecera alta, todo tallado en diseños de espiral y sin dosel, con muchas almohadas y dos mantas gruesas de lana rústica. Junto a ella, cerca de la puerta, estaba una pequeña mesita redonda. Al otro lado de la puerta, un gran escritorio de madera con tres estantes empotrados en la pared, justo por encima, cargados de libros viejos. Dos baúles, uno grande al pie de la cama y otro más pequeño en la esquina más alejada. Un gabinete alto y robusto con puertas decoradas. Las paredes eran grises, de piedra desnuda al contrario de mi cuarto. Había tres ventanas pequeñas a lo largo de la pared principal, angostas, hechas de vidrio transparente con simples diseños de rombos y arcos agudos. Dos hermosas sillas de madera, una junto al escritorio y la otra cerca de las ventanas. Y eso era todo, honestamente, más allá de los apliques en las paredes y el

candelabro de hierro de seis velas, y unas pocas pieles de animal en el piso a los costados de la cama, como alfombras.

Oh, sí; había una trampilla cerca de la pared más alejada. Asumí que era su propia entrada a las instalaciones subterráneas. El espacio era tres veces más pequeño que mi recámara, pero la impronta de su personalidad estaba en todas partes.

Suspiré y me dejé caer contra la cabecera, con la espalda en las almohadas.

—Gracias —murmuré—. No deseo molestarlo.

—¿Cómo me molesta?

—Esta es su recámara. No le será fácil dormir, ahora.

Él cerró la puerta.

—Nada me *apremia*.

Sir Camron se sacó las botas y se sentó en el borde de la cama, enfrentándome.

—¿Puedo *preguntar por* qué le teme tanto a las *tormentas*?

Podía preguntar, pero yo no tenía que responder.

¿Y por qué no? Juré que dejaría el pasado atrás, y mantener los horrores de mi infancia bien enterrados era una buena forma de hacerlo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no debería decirle a mi esposo, a mi lobo, que fui amenazada de manera constante por mis hermanastros, humillada por mi madrastra y prácticamente relegada a ser una simple sirvienta antes de que él apareciera en mi vida? La mía fue una existencia triste y diminuta, desprovista de ambiciones o esperanzas. Error; tenía *una* esperanza: la de escapar. Ser libre. En aquellos momentos, desde mi posición más cómoda, pude mirar atrás y darme cuenta de cuánto que me habían destruido los caprichos de otros. Sin razón alguna. No podía imaginar un motivo claro por el que alguien forzaría a una niña inocente a pasar por tanta crueldad, a separarla de todo lo que amaba y de todos los que una vez la amaron. Fruncí el ceño.

Sir Camron se movió en su sitio, estirándose para tomarme por el tobillo con cautela.

—*Perdóneme*, mi Señora. No es *necesario* que…

—Me avergüenza recordarlo —comenté, con la voz rota—. Las noches así eran las peores.

Él se tragó un gruñido. La melena en torno a su cuello se volvió más espesa, parándose de punta.

—¿Alguien la *ultrajó*, Lady Fay? ¿Alguien de su familia?

De tantas, tantas maneras.

Esa gente se tomó su tiempo para someterme y atormentarme, para convertirme en un recipiente vacío y obediente. Casi lo lograron. *Casi.* La sangre Isleña de mi padre, tozuda como la que más, debió ayudarme a soportarlo.

—No fui deshonrada, si eso es lo que le interesa saber —le respondí, al fin—. Nunca les permití acercarse tanto.

Lo que no significaba que no lo hubieran intentado.

Sir Camron retrajo sus labios oscuros y me mostró los colmillos.

—Las *cicatrices* en su espalda. ¿Qué son?

—Algo que no volverá a ocurrir.

La fuerza de mi propia voz me sacudió por dentro.

Encontré sus ojos y nos quedamos mirándonos durante tantos latidos que perdí la cuenta. La lluvia y el trueno retumbaban afuera, pero estaba atrapada en una burbuja con él y por primera vez en mucho tiempo, la tormenta no tenía el poder de lastimarme.

Él me apretó el tobillo, envolviéndolo con sus dedos ásperos.

—Nunca más. Se lo *juro*.

No tuve que rogarle por nada más. Sir Camron me soltó el pie y se movió para sentarse junto a mí, con una pierna caída por el borde de la cama y la otra estirada. Levantó el brazo derecho y me ofreció su costado, sin reparos; no dudé en absoluto. Enseguida me acurruqué contra él, apoyando la cabeza en su pecho, y me rodeó los hombros con el brazo. Su calor me cubrió como un capullo. Me desinflé a su lado, infinitamente aliviada.

Su cuerpo temblaba en pequeños espasmos. Su respiración era extraña.

Me aferré a la tela de su camisa blanca y cerré los ojos.

—*Duerma* —me ordenó, su voz como un gruñido y a la vez una canción de cuna—. Todo *acabará pronto*.

Le creí.

Creería cualquier cosa que él me dijera.

*****

Para cuando desperté, seguía oscuro afuera pero la tormenta se había transformado en un diluvio; el viento y el trueno ya no se escuchaban.

Sir Camron seguía en el mismo lugar donde lo dejé: junto a mí, recargado contra la cabecera de madera y despierto. Leía de un libro con cubierta roja, no pude ver el título. Terminé echada de lado, enfrentada a él y acurrucada entre las almohadas, envuelta en una manta.

Su cama era muy cómoda, debo admitir. Me picó la garganta, traté de carraspear.

Él movió la cabeza y me miró:

—Lady Fay, ¿se *encuentra* bien?

—Sí —tragué con fuerza. Sentía la boca rara—. ¿No va a dormir?

—Aún no.

Tosí un poco. Algo áspero me seguía molestando.

—¿Hay algo de agua?

Sir Camron cerró el libro y lo dejó en la cama, se puso de pie.

Sin decir nada, abrió la puerta y abandonó la habitación, su cola esponjosa balanceándose de un lado al otro al compás de su poderoso caminar. Sorprendida, me senté entre las almohadas y levanté el libro para ver las palabras en la cubierta, pero estaba en la lengualoba. Oh, bueno. No sentía la necesidad de aliviar la vejiga, nada más esa horrible sequedad que probablemente me había despertado, así que me bajé de la cama. Aunque la habitación estaba tibia, el piso se sentía helado. Saqué una de las mantas más pequeñas del pie de la cama y la eché sobre mis hombros, para dar una vuelta alrededor de los humildes aposentos de mi esposo.

Miré afuera por la ventana, pero la lluvia era tan espesa y la noche tan oscura que no pude ver nada. No tenía idea de cuánto faltaba para que amaneciera.

Así que di la vuelta en torno a la cama y fui hasta el escritorio, para dejar el libro.

Una sonrisa se asomó a mis labios. La superficie estaba atestada con tinteros, plumas y una variedad de elementos de escritura, pilas

de papel rugoso tanto usado como en blanco, libros de registro encuadernados en cuero, carboncillos, tiza y mucho polvo para secar tinta, los restos de numerosas velas consumidas y hasta un jarro de hierro. Me senté en la silla, despacio, para analizar el despliegue que tenía en frente. Con cuidado, levanté algunos de los papeles hasta que encontré dibujos y lo que parecían cartas sin doblar, la disposición de las líneas y las anotaciones en la parte superior y el pie sugerían un protocolo. La firma de Sir Camron las embellecía a todas.

En contenido se me escapaba, el lenguaje usaba apenas un puñado de signos conocidos.

Observé una de las cartas más de cerca, lo limpias y ordenadas que parecían.

La escritura formal de Sir Camron era muy bella. Cada trazo bien pensado, gentil y lleno de gracia. Fluía a través de la página como un arroyo, parejo y sin interrupciones. No había dudas ni errores. Deseé poder escribir con tanta confianza.

Hablando de mi esposo, se estaba tardando mucho en conseguir agua. La garganta ya no me picaba.

Junté las cartas en una pila, en el escritorio, y me paré para devolver el libro rojo al espacio obviamente vacío en el segundo estante. Recorrí los lomos con el dedo, inspeccionando el resto de los títulos con la esperanza de encontrar algo interesante para leer. Sólo había un tomo en la lenguaplana, tuve que ponerme de puntillas para alcanzarlo: *Comentario sobre Albañilería Sureña*. Tendría que bastar.

Cuando tiré de él con cuidado con ambas manos, algo más se cayó del estante.

Un grupo de papeles doblados, atados con una cinta negra.

Lo reconocí al instante: la correspondencia de Sir Fadric, que yo le había entregado a mi esposo con la esperanza de que pudiera encontrar alguna información útil acerca del paradero de su hermano. Sir Camron no las había tocado, al parecer, porque la cinta seguía atada del mismo modo en que mi padre me enseñó: un complejo nudo de marineros que se podía deshacer tirando de uno de los extremos sueltos.

Supuse que no había tenido tiempo de investigar las cartas.

Y, para ser honesta, ya no me importaba mucho tampoco. Seguía preocupada por mi prometido desaparecido, es verdad. Pero mi corazón estaba sereno; si Sir Fadric tenía que reaparecer, no sería de mucha trascendencia para mí. Había encontrado mi paz y silencio. No tenía nada en contra de él, y me aseguraría de que nadie más lo hiciera.

Sin pensar, tiré del extremo suelto del nudo y desaté las cartas. Buscando entre ellas, desdoblé la tercera que él me había escrito y releí algunas de las líneas. Sí, qué conveniente. Su respuesta a cuando le comenté que las tormentas intensas me ponían muy nerviosa. En aquel entonces, había considerado destruir la misiva que escribí y enviarle otra cosa, pero su carta anterior me había parecido tan franca que creí que podía dejarle ver algo de mis miedos.

Se suponía que íbamos a casarnos, después de todo. Y su respuesta fue tan bella. Sonreí en lo que recreaba el sonido de su voz fuerte en mis pensamientos. En sus cartas él era gentil y cálido, tan considerado. Casi diría que tímido. Lo opuesto del hombre compartió un baile conmigo y luego decidió huir.

De alguna manera, me di cuenta de que estaba leyendo las líneas *con la voz de Sir Camron*.

Bajé el papel, molesta.

—Eso es una falta de respeto enorme. —me regañé a mí misma, en un murmullo.

Fue entonces cuando mis ojos cayeron (quizá por accidente) en las cartas escritas por Sir Camron. Algo, no puedo decir qué, despertó una sospecha en el fondo de mi mente. Era un sentimiento que ya había experimentado antes. Puse la escritura de Sir Fadric al lado de la de mi esposo y las estudié. Quiero decir, sabía que los dos eran de edades similares, quizá también educados por la misma persona y hasta al mismo tiempo, pero una caligrafía era *increíblemente similar* a la otra.

No, no era similar: era idéntica.

Fruncí el ceño y miré más de cerca.

Enseguida observé que la elegante forma de la mayoría de los caracteres era la misma, hasta la distancia entre cada línea, las florituras en las letras capitales, hasta la disposición de los elementos formales. No había dudas. Eran dos piezas separadas escritas por la misma mano. Mis ojos dispararon de una página a la otra, mis puños empezaron a temblar. Lo que es peor, estaba completamente segura de que no se trataba de la misma mano que había escrito aquella hermosa carta que Sir Camron me entregó antes de irse a por la recompensa. No entendía.

Estaba tan aturdida que *ni siquiera lo escuché* entrar al cuarto.

De pronto fui muy consciente de una presencia junto a la puerta, una sombra gigantesca que creció en el rabillo de mi ojo. Mi cabeza se movió por propia voluntad, volviéndose para enfrentarlo. Mi esposo llevaba una jarra de metal y una copa en la otra. Mi cuerpo entero le siguió, mis manos seguían ocupadas cada una con una carta que agarré con fuerza.

Cuando nuestras miradas se encontraron, temblé.

No entendía.

Pero Sir Camron sabía. Por supuesto que él sabía.

45. La Llamada de la Sangre

Mi nariz, más sabia que nunca, me dijo lo que ya sospechaba: Lady Fay estaba en celo.

Ella no tenía forma de saberlo, claro. La gente ordinaria no entiende cómo es eso para ellos, pero mi instinto sí. La Dama sin duda tuvo su sangre de mujer mientras estuve lejos con Nafasi y mi primo, los días coincidían.

Para añadirle más presión, esos pantalones que ella había decidido usar para trabajar por la casa no ayudaban en absoluto. Había visto a mi hermana en una prenda similar un par de veces, pero, de hecho, no le hubiera dedicado ni media mirada a la parte de atrás de mi hermana.

Ahora, ¿la parte de atrás de Lady Fay? Tuve que dejar la mansión por un rato.

Su figura era más llena que la de mi hermana, más curvilínea. Su cuerpo era el de una mujer hecha y derecha. Suave y delicioso, tuve la oportunidad de comprobarlo cada vez que me permitió abrazarla. Era imposible ignorarla. En aquella oportunidad, la excusa no era la luna llena, sino simplemente ella. Su aroma, llamándome, caracoleando a mi alrededor como la voz inquietante de una sirena.

Esa es la razón por la que decidí no bañarme; porque después de dos días de trabajar en la finca, mi pelaje estaba lo bastante sucio como para abrumar a mi nariz y distraerme de aquel sendero de provocación. Quizá la Dama no se daba cuenta, pero, para mí, era una barrera muy efectiva. Ayudaba. No era la primera vez que olfateaba el celo de una mujer ordinaria, claro, pero se trataba de mi esposa, una mujer disponible para mí. Atada a mí. Destinada a ser

mía, a ser la madre de los hijos que nunca me atrevería a engendrar. Una mujer que, quizá, no rechazaría cualquier posible avance de mi parte si la presionaba lo suficiente.

Era peligroso. Cobarde. *Repulsivo*. Ya hemos pasado por esto.

Estaba completamente fuera de discusión.

Cuando la tormenta comenzó, sin embargo, mi sentido del deber tomó el control. Ella dependía de mí, yo era su protector jurado. No importaba lo bien que oliera, mi instinto de mantenerla a salvo siempre sería más fuerte. Así, la tempestad llegó a su pico y empezamos a disfrutar de nuestro tiempo juntos. Riendo, cantando. Flirteando, incluso. Me gustaba que me necesitaran, en especial *si ella me necesitaba*. Me llenaba de orgullo. Una felicidad tonta me hacía sacudir la cola cuando nuestros ojos se encontraban. No teníamos que hacer nada, el sólo hecho de cuidarla mientras dormía a través de la tormenta me trajo una satisfacción inmensa. Escuchar su respiración pausada, sentir su calor.

Todo lo que Lady Fay hacía me daba satisfacción.

Me había permitido creer que podríamos tener un matrimonio agradable.

Todo llegó a un final desgarrador cuando volví con la jarra de agua y la encontré parada junto a mi escritorio, con dos papeles en las manos.

La Dama abrió la boca, pero no emitió palabra.

Me tomó un instante descubrir el problema: una cinta negra enredada entre otros papeles doblados me dijo la mitad más importante de todo. Ese escritorio estaba cubierto de trabajo, yo escribía cartas y otros documentos formales sobre su mesa. No me costó discernir el resto.

Sus ojos estaban cargados de lágrimas. Su piel bronceada, muy pálida.

La verdad había vuelto para morderme en la cola, tal como Bredon lo predijo.

Así que me quedé ahí parado, esperando lo peor.

—Usted sabía que mi color favorito es el azul, que no estoy acostumbrada a la joyería cara o al lujo. Que le tengo miedo a las tormentas y que sé tocar el laúd. Usted sabía todas esas cosas sobre

mí, pero estoy segura de que nunca le hablé de ello, realmente —empezó, con cautela—. Y es muy curioso, porque ahora recuerdo que sí se lo dije a alguien. A su hermano, Sir Fadric.

Oh, sabía mucho más que eso. Pero, ¿qué le iba a decir?

Elegí mantener el hocico cerrado y dejarla hablar.

—Estas son las cartas que le di —ella lanzó una mano hacia delante, confrontándome con una hoja de papel, y luego con la otra —. Y esta es su escritura formal.

Tragué con fuerza y, tras una breve pausa, acabé por asentir.

—Sí.

—Usted escribió esto. Las cartas que su hermano me envió.

—Sí.

—¿Era necesario transcribirlas, acaso?

—No, mi Señora. *Fadric* no tuvo *participación* alguna en ello —di un paso corto al frente, con las orejas aún gachas. Lo mejor era decirle todo de una vez—. Las *palabras* que leyó son todas mías.

Ella agarró el atado de cartas y lo apretó con fuerza.

—Así que, todo este tiempo, yo creía que estaba intercambiando correspondencia con su hermano… ¿pero en realidad se trataba de usted?

—Sí.

—¿Por qué?

Me lamí los belfos. Una vez que dejé la jarra y la copa en la pequeña mesa junto a la cama, me sentí un poco más confiado. Era hora de confesar:

—*Podría decirle* que *Fadric* me engañó *para* que lo *hiciera*, lo que es *cierto*, *pero* me *descubrí disfrutando* de *nuestras conversaciones* después de su segunda *respuesta*. Eso fue mi culpa.

Le rogué a los Divinos, si es que de verdad existían, que por favor me dieran la suficiente claridad como para seguir contestando sus preguntas hasta terminar.

Su ceño fruncido con tristeza me hizo doler el pecho.

—Se le ha mentido, y no puedo *disculparme* lo suficiente al *respecto* —sacudí la cabeza, con la mirada vuelta hacia el piso de madera. Aunque mis manos temblaban un poco, mi voz seguía siendo pareja—. Se nos mintió a los dos, yo no sabía lo que *Fadric*

planeaba. El día de la boda, cuando él *desapareció*… me sentí *tan increíblemente* culpable, mi Señora. *Furioso*, *pero* más que nada, *avergonzad*o y culpable.

El esfuerzo empezó a arder en mi mandíbula y lengua, demasiadas palabras demasiado cerca unas de otras. Lo aguanté, porque ella lo merecía.

—Y entonces, a usted se le ocurrió tratar de arreglarlo.

Volví a vacilar.

—*Era* lo más *honorable* que se podía *hacer* —me apreté la mano contra el pecho, sobre el corazón—. Y no lamento la decisión. Los votos que *pronuncié fueron* honestos y *verdaderos*.

Lady Fay bajó las manos. Estaba temblando.

Las lágrimas por fin empezaron a rodar por sus mejillas.

—¿Por qué me lo ocultó?

—Yo… estaba asustado —tragué con fuerza, tratando de no apretar los dientes—. *Rompí* mi juramento de honestidad *porque* no *quería* que usted se *fuera*. Le he mentido a *propósito*, mi Señora, y por eso, le *ruego* que me dé su *perdón*.

Un malestar en el fondo de la garganta me advirtió acerca del cansancio. Creo que nunca dije tanto en tan poco tiempo, y empezaba a hacerme daño. Mi último recurso fue hincar una rodilla en el piso e inclinar la cabeza, tanto como me fuera posible.

Ella no se movió.

Todo lo que pude hacer fue esperar con humildad. Cada aliento era una agonía.

Lady Fay se tragó un gemido.

—¿A dónde iría?

Hizo un trabajo encomiable tratando de mantener la compostura, pero yo podía sentir toda su tristeza. El dulce picante de su aroma estaba mancillado, empujaba a las partes más crudas de mi instinto a traerla lo más cerca posible de mí y rodearla con mis brazos. Quería abrazarla. Quería llorar con ella. Estaba adolorida por mí, y me estaba destruyendo. Su sufrimiento resonó en todo mi ser como una presión enfermiza que crecía y crecía desde el pecho, expandiéndose como un capullo oscuro.

Ahí fue cuando empezó a doler *físicamente*, ahora que lo pienso.

Ella seguía tratando de contener el llanto, ya sin éxito, y no pude evitar levantar la mirada, buscando su rostro.

—Era usted —gimió, sosteniendo las cartas contra su pecho—. Era usted, todo el tiempo.

Lady Fay arrojó los papeles sobre el escritorio y echó a correr hacia mí.

Sorprendido, todo lo que logré hacer fue enderezarme un poco, aún arrodillado, y recibirla cuando se abalanzó para abrazarme. Su cuerpo magro impactó contra el mío y mis brazos se cerraron en torno a ella como una trampa para osos. La Dama se aferró a mi camisa y se deslizó hasta terminar de rodillas también, a salvo y cómoda en mi refugio. Todo su ser temblaba. La apreté un poco.

—Me alegro tanto. —susurró, atragantándose con las lágrimas.

Levanté las orejas despacio, me senté sobre mis talones.

Lady Fay apretó una mejilla contra mi pecho, abrazándome el torso con todas sus fuerzas. Volvió a sobresaltarme:

—Usted no sabe cuánto he esperado por alguien a quien le importara mi existencia —su voz me llegó con un tono más agudo de lo normal, quebrada por la respiración entrecortada—. Pensé que podría vivir sin ello en tanto pudiera alejarme de ese lugar y de esas personas, pero no puedo soportarlo. No puedo evitar el deseo de estar cómoda, *de ser feliz*. Quizá cometí un error y confundí su dulce gentileza por lo que no es, pero… pero soy feliz *incluso mintiéndome a mí misma*. Incluso si usted no siente nada, Sir Camron, soy feliz aquí, *a su lado*. Deseo permanecer con usted.

Aturdido, bajé la cabeza y apreté el hocico contra su oreja.

Fue un error. Su aroma había cambiado otra vez y la esencia pura de su ser entró por mi nariz y se pegó al fondo de mi garganta. Ella olía divinamente.

Algo empezó a palpitar debajo de mi piel. Oscuro y doloroso, violento.

Desesperado. Hambriento.

Y yo estaba demasiado perdido en ella como para que me importara un carajo.

Lady Fay se echó para atrás, apenas lo suficiente como para que su rostro estuviera a un suspiro de distancia de mi nariz. Soltó mi

camisa y levantó las manos para acariciar los costados de mi hocico y el pelaje de mis mejillas, mi melena. Los brazos le temblaban, pero había mucho aplomo en sus acciones. Sus ojos estaban enrojecidos, su piel aún mojada de lágrimas.

Su sonrisa, sin embargo, era como luz de sol inundándome el alma.

Me quedé helado cuando ella volvió la cabeza, justo lo suficiente como para rozarme los bigotes con los labios.

Me besó con mucha suavidad. No en la boca, sino junto a la nariz.

—No tiene que sentirse culpable por nada. —me dijo, al fin.

Mi corazón empezó a cocear como un semental desbocado. Ella me besó. *Se atrevió a besarme*, en aquella forma maldita que nunca podría reciprocar su cariño de la forma apropiada. Una revolución se apoderó de mis sentidos. A la mierda el autocontrol. Había esperado tanto.

Le acuné la mejilla en mi zarpa y respiré hondo, regodeándome en su delicioso olor.

Ella cerró los ojos, otra lágrima bajó por su piel de caramelo…

—Usted es mi maldición.

Recogí la lágrima con mi lengua, rozando su piel suave con una lamida lenta y amorosa a lo largo de la mejilla. Un escalofrío me recorrió la espalda, de abajo hacia arriba, erizándome todo el pelaje. Ese sabor indescifrable encendió una llama que ya no sería capaz de apagar.

La deseaba. *La deseaba tanto*, tenía que ser mía.

Y ella tenía que saberlo, antes de que yo perdiera la cordura.

—Lady Fay, yo la a…

Las palabras murieron en mi garganta.

Aquel calor doloroso explotó por todas partes dentro de mí: en mi estómago, en mi pecho, detrás de mis ojos, en la nuca, alrededor de mis dientes, en cada articulación de mi cuerpo. Me estaba quemando por dentro. Era fuego y se esparcía a través de mí como el relámpago. Mis pulmones no respondían, no podía tomar aire. Aterrado, empujé a Lady Fay lejos de mí y me apreté el pecho con

las dos manos, luego la garganta. Enterré las garras en mi propia carne, desesperado por aliviar la presión.

Caí hacia delante, sobre mis codos.

La desesperación de Lady Fay me llegó a través de la neblina:

—¡Sir Camron! ¿Qué le pasa?

Sentí sus manos sobre los hombros, pero me aparté de ella instintivamente.

Me levanté de un salto y empecé a retirarme hasta que mi espalda dio de lleno con la puerta abierta de la habitación. Seguía sin poder respirar, me llegaba muy poco aire. Saboreé sangre, o algo que parecía sangre, muy profundo en mi garganta. El dolor palpitante escaló, sentía como si la cabeza se me fuera a partir al medio. Estaba por todas partes.

Se me escapó un rugido estrangulado que terminó en una tos violenta.

No tenía idea de qué pasaba.

Pero había una persona que podía ayudar.

Trastabillé y caí de lado contra la pared, luego me dirigí hacia afuera, al pasillo.

Lady Fay trotó detrás de mí, aterrorizada:

—¡Por favor, Sir Camron! ¡Diga algo!

Navegué el interior de la casa de memoria, corriendo a través de cada pasillo, escalera y cuarto hasta que llegué a la cocina y me lancé contra la puerta. Creo que la arranqué de sus bisagras, no estoy seguro. Todo lo que sé es que la lluvia empezó a salpicarme y enfrió mi cuerpo en lo que yo corría a través del jardín y atravesaba el muro de piedra de un salto.

Creo que oí a los perros ladrando como locos; también a Lady Fay en la distancia, gritando mi nombre.

La desesperación se volvió más grande que mi necesidad de ella.

Los troncos de los árboles pasaban como borrones a mi lado, yo corrí y traté de engañarme a mí mismo diciéndome que el sufrimiento terminaría pronto. Era todo lo contrario. Llegué hasta un arroyo angosto y me preparé para cruzarlo de un salto, pero mis piernas dejaron de responder y tropecé. Rodé como un saco de patatas y caí de cara dentro de la zanja. No pude volver a

levantarme. Cada músculo de mi cuerpo tiritaba en espasmos de dolor, me parecía sentir que mis articulaciones crujían. El ardor alrededor de mis dientes era insoportable.

El corazón me iba a estallar.

Lo último que recuerdo fue hacerme bolita, en el barro, con la esperanza de una muerte rápida…

*****

Un soplo de viento helado me devolvió la sensación.

La lluvia era como una miríada de dagas de hielo atravesándome la piel. Inhalé con cuidado y me llené los pulmones con el olor de la tierra mojada, rastros de animales salvajes y el bosque. No tosí ni me sentí a punto de colapsar. Gemí y me abracé a mí mismo, con las rodillas contra el pecho. Tenía calambres en cada pulgada del cuerpo. Estaba echado de costado.

Y nunca (jamás) en mi vida *había sentido tanto puto frío*.

Pero estaba vivo.

Cuando me atreví a abrir los ojos, me di cuenta de que estaba acostado en el arroyo.

—Oh, mierda —murmuré.

El dolor seguía vibrando dentro de mí pero se desvanecía, de hecho. Aunque despacio, las palpitaciones bajaron su intensidad y pronto pude respirar más tranquilo. El agua de lluvia me entró en los ojos y los cerré con fuerza, luego me empujé con las manos y los pies para tratar de pararme. Lo conseguí. ¿Qué carajo me había ocurrido? El único dolor pulsante que no se iba estaba dentro de mi cráneo, convertido en el peor dolor de cabeza de todos los tiempos. Intenté frotarme los ojos para limpiarlos, pero algo se sintió distinto.

Extraño.

Las yemas de mis dedos eran tan… *sensibles*.

Cuando abrí los ojos, me encontré mirando un par de manos pálidas.

Fuertes pero sin pelaje, ni garras ni almohadillas. Las manos de un hombre.

De un hombre ordinario.

Luego descubrí las pequeñas pilas de pelo negro y corto entre las piedras del arroyo, todo a mi alrededor. Me dieron arcadas. Me caí de culo en el pasto húmedo del terraplén, la zanja no era profunda. *No tenía cola.* No me senté por accidente sobre ella, no podía sentirla. Mis orejas. Mi hocico. Levanté las manos en un espasmo, de nuevo, y por accidente me di una bofetada en el rostro, que se sintió plano y mojado, y no tenía…

Ya no tenía hocico, ¿a dónde fue?

Me palpé la cabeza y tampoco encontré mis orejas, sino un pelaje extraño y ondulado que parecía caer sobre mis hombros. Mi lengua también se sentía rara, mis dientes, ¡todo!

Intenté mover las mandíbulas, pero el dolor me atacó como el pinchazo de mil agujas.

Bien, entendido. Tenía que calmarme. Empecé otra vez y me toqué el rostro con más cuidado. Me toqué el cuello ahora desnudo y el pecho, por encima de la camisa mojada. *Las sensaciones.* El tacto de todo era tan intenso, tan crudo. La tela era resbaladiza pero me hacía cosquillas en las almohadillas que ya no tenía, la tierra era viscosa, mi piel era lisa y caliente. Algo raro me picó en el abdomen. Enseguida me sacudí los faldones de la camisa, sólo para contemplar con incredulidad varios bultos de pelo negro que no tardaron en precipitarse hacia el pasto.

Sí, me llevó un rato vergonzosamente largo darme cuenta de lo que significaba.

—*Cambié*. —susurré, petrificado.

La única cosa que siempre creí que no podría lograr por mi cuenta.

Mi cabeza daba vueltas. Necesitaba respuestas.

Una vez más, hundí los pies en la tierra y me paré. Mis piernas seguían algo inestables pero me tenía fe. Mi fuerza volvía. Me di vuelta hacia el Este, despacio, buscando ese conocido pilar rojo que en un buen día soleado podía ver con facilidad desde mi ventana. La lluvia era muy densa y no ayudaba, ni siquiera mis ojos de lobo podían atravesar aquella oscuridad implacable.

No importaba. Sabía a dónde ir.

Sosteniéndome los pantalones, eché a correr hacia la Aguja Roja.

EPÍLOGO
Fantasmas que Nunca se Fueron

Lo busqué por todas partes, pero Sir Camron no estaba dentro de la casa.

La puerta de la cocina que llevaba a los jardines estaba partida casi a la mitad, colgaba de sus bisagras rotas. Por todas partes en el sendero de piedra había pedazos de madera, hierro y cristal, junto con las huellas enlodadas de los pies armados con garras de mi esposo.

Esperar fue la peor parte. Él desapareció en medio de la noche, abandonándome a la soledad y la tristeza por lo que me pareció una eternidad.

Mi primer instinto fue soltar a los mastines, convencida de que sus narices expertas serían útiles. A la luz gris de un amanecer nublado, apenas unos momentos después de que la lluvia se convirtiera en llovizna, troté alrededor de la casa para ir a abrir los establos. Ion y Bicca gruñían y ladraban como enloquecidos, acechando a mi alrededor, oliéndome las manos y las ropas y el pasto por donde yo había caminado. Juntos, seguimos las huellas hasta llegar a la muralla de piedra. Logré llevarlos hacia la puerta y luego de regreso por fuera. Del otro lado, sin embargo, el pasto era tan alto que ya no podía ver ningún rastro de Sir Camron. Los mastines inspeccionaron los alrededores por unos pocos latidos y enseguida salieron corriendo en una línea recta hacia el bosque.

Mi corazón se hinchó de alegría.

—¡Sí! ¡Qué buenos perros! ¡Encuéntrenlo!

Seguí a las bestias ciegamente hasta que pisé una espina y me lastimé el pie, a unas pocas yardas de un pequeño arroyo.

Error mío. Ni siquiera me había vestido para salir, sólo quería encontrar a Sir Camron.

Otra cosa de la que no me había dado cuenta antes es que, aunque le gustaba a los perros, yo no era su ama y no sabía cómo manejarlos. Volvieron a mí en cuanto grité de dolor. Nada de lo que hice a continuación sirvió para obligarlos a retomar la búsqueda. Así que me quedé ahí, abrazándome a mí misma y al abrigo fino que me había echado sobre los hombros, en camisón y descalza. Temblando. Un agujero oscuro se abrió en lo profundo de mi estómago, una necesidad atroz de llorar casi me anuló los pensamientos.

Pero aguanté, tragué con fuerza y me enderecé. Ion y Bicca empezaron a gañir y me lamieron los pies, frotando sus cuerpos peludos contra mis piernas y caderas. Yo no servía de mucho en ese estado, la brisa estaba helada. Regresé a la casa, cojeando un poquito.

¿Dónde se había ido? ¿Qué le había pasado?

Traté de no entregarme al pánico. Tenía que haber una explicación.

Subiendo por la colina, crucé de nuevo el portón de regreso hacia el jardín. Qué visión más miserable. El silencio antinatural de la mañana hacía que todo se viera incluso más lúgubre: la mayoría de las plantas que una vez estuvieron cubiertas de hermosas flores yacía destrozada o aplastada contra el suelo, los árboles habían resultado en especial castigados por la fuerza del viento. Había ramas rotas y troncos caídos por todos lados. Los arbustos de rosa parecían tener mejor aspecto que todo lo demás, pero ya no les quedaban capullos. El pasto estaba tapizado de pétalos dañados. Por lo menos, la casa parecía imperturbable; además de algo de barro y hojas acumuladas en la arcada de piedra, ni un solo postigo se había movido.

Me quedé ahí un momento, contemplando la destrucción.

Los perros alzaron sus enormes cabezas y gruñeron otra vez.

—¿Qué pasa? —les pregunté, algo asustada—. ¿Pueden oír a su amo?

Una pequeña esperanza me floreció en el pecho, pero ni Ion ni Bicca se movieron. Los dos se quedaron muy rígidos escoltándome

hasta que descubrí qué era lo que les molestaba tanto: cascos de caballo en la distancia. Acercándose.

Era el mensajero de Crescent Hall, en su corcel negro.

Apenas entró a los terrenos de la mansión y me vio, el joven tiró de las riendas para guiar a la bestia en mi dirección y metió la mano dentro de una de sus alforjas. Los mastines se sentaron a mi lado, en su rol de espantadores.

—Buenos días, mi Señora.

Él no reparó dos veces en mi evidente desaliño.

Así que fingí que todo estaba bien.

—Buenos días, Joven Leif.

—Veo que la tormenta ha sido generosa con su tierra.

—¿Lo fue? —croé, y me cerré el abrigo sobre el pecho.

—Oh, sí. Escuché que el viento causó bastantes problemas en los campos de este lado del lago. Brutal. Mató a algunos animales de granja, parece que algún que otro techo colapsó. Estamos a la espera de víctimas, pero por ahora no se ha reportado nada a Crescent Hall más allá de pequeñas heridas o graneros desplomados.

Aunque tenía cara de pocos amigos y una voz algo áspera, era un joven de modales dignos. Intenté sonreírle.

—Me alegro. ¿Qué le trae por aquí tan temprano?

—Correspondencia y noticias.

Por fin encontró lo que buscaba dentro de su alforja y se inclinó sobre el caballo para darme dos cartas dobladas. Las tomé de sus manos enguantadas.

—Sir Aubert y el Joven Eilhardt llegarán en una quincena, según lo indica su último contacto. Por favor, ¿se lo diría a Sir Camron? Lord Willem desea tener una reunión con todos sus hijos. Su esposo recibirá un aviso, cuando sea la hora.

Alcé las cejas.

—Oh, ya veo. Por supuesto, le pasaré el mensaje.

—Muchas gracias, Lady Fay —tiró del borde de su capucha, en un saludo— Debo partir, me queda mucho terreno por cubrir hoy. Cuídese.

Desesperada, atrapé la bota del joven antes de que pudiera espolear al caballo.

Él me miró, confundido.

—¿Mi Señora?

Me mordí el labio inferior. ¿Debía decirle acerca de mi predicamento?

Quizá podía pedirle que buscara a Lady Sebreena, o a los hermanos mayores de Sir Camron. A alguien que supiera qué hacer, porque yo ciertamente no tenía idea. No sabía qué era lo que había ocurrido. ¿Debía esperar, debía salir a buscar a mi esposo? Un nudo me cerró la garganta. Crescent Hall no estaba muy lejos, pero si el mensajero debía visitar otros lugares, ¿cuánto tardaría en volver al castillo e informar de mi petición? ¿Cuánto demorarían mis cuñados en llegar? Me daba un miedo terrible estar haciendo un escándalo por una tontería.

Sólo recordar el rugido de dolor de Sir Camron, en lo que se rasgaba el pecho con las uñas y se retorcía ante mí, fue suficiente para hacerme vacilar.

Me empezó a palpitar el pie. Apreté los dientes.

—Mi Señora, ¿hay algún problema?

—Necesito pedirle un favor, Joven Leif —empecé, y el resto de las palabras me llegaron enseguida, en un tono autoritario que no sabía que podía usar—. Dígale a Lady Sebreena que necesito verla. No puede esperar. Le ruego, dé la vuelta ahora mismo y asegúrese de que la Dama reciba mi mensaje.

La expresión en su rostro lozano cambió de inmediato. Sus ojos claros se dispararon hacia la casa, hacia los campos.

—Lady Fay, ¿podría asistirla yo, en cambio?

Él movió la mano para abrirse la capa y mostrarme el pomo de una espada.

Sólo lo había visto dos veces. No sabía si era miembro de un clan o si se trataba de un simple mensajero. No confiaba en él. No. Dije lo que dije.

Así que sacudí la cabeza y le solté el pie, sólo para acariciarme el estómago.

—Es un asunto de mujeres. Por favor, apúrese.

El mensajero arreó su caballo enseguida y asintió.

—Como ordene, mi Señora.

Lo observé alejarse, pero no me hizo sentir mejor en absoluto.

Con suerte, había tomado la decisión correcta.

Caminando escoltada por los leales mastines, regresé cojeando hasta la cocina y alimenté las llamas que seguían ardiendo en el fogón, para calentar la habitación. Sería inútil mientras la puerta siguiera desaparecida, pero lo doméstico de la tarea me reconfortó un poco. Me senté a la mesa de la cocina con una pieza de tela, un jarro con agua tibia y hierbas medicinales para limpiarme la herida en la planta del pie. Mi estómago se había encogido al tamaño de un puño, tenía la garganta seca y adolorida.

La casa estaba tan callada. Parecía muerta.

Quise llorar, de nuevo, pero las lágrimas desobedecieron a mi voluntad.

Había ocurrido tanto en el lapso de una sola noche. Tantas emociones tan crudas y opuestas unas a las otras. Estaba exhausta, impertérrita. Como si una fuerza externa comandara mi cuerpo en lugar de mi cabeza, puse mezcla de hierbas en el pequeño puntito sanguinolento en mi pie y lo vendé. Luego, me senté en silencio en la cocina por un largo rato.

Simplemente, esperando.

Con el tiempo, mi mirada vagabunda reparó en las cartas que había dejado en la mesa.

La primera estaba sellada con la insignia de Crescent Hall.

Rompí el sello y desdoblé el papel, era una invitación formal escrita en la lenguaplana, de parte del Joven Bredon y su esposa, Lady Kyndra. Nos invitaban a Sir Camron y a mí a la ceremonia de presentación de su hijo recién nacido. Una sonrisa pequeña me subió a los labios. Esas eran buenas noticias y me alegré, pero no era suficiente para hechizar al dolor y hacer que se fuera.

Estiré la mano para tomar la otra carta, distraída… pero apenas vi el sello, retiré el brazo y gemí.

Cera dorada. Una rosa florecida.

—No. —susurré, hielo me bajó por la espalda.

Ella se había atrevido a usar el sello de mi padre.

La ira y el miedo hirvieron dentro de mí, luchando por hacerse con el privilegio de llenarme por completo. Me abalancé para volver a agarrar el papel y rompí la cera maldita. Mis dedos tiritaban. No. No podía ser ella. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Para qué se molestaría, siquiera? ¿Qué quería de mí? Mi pecho se agitó. Desdoblé el papel tan rápido como pude.

¿Acaso esa mujer no se había olvidado de mí, todavía?

La parte superior de la carta estaba estampada con el mismo sello, una rosa en flor. Había una sola línea, sin firma.

Fue suficiente para poner mi mundo entero de cabeza:

'Sé que tú lo tomaste, pequeña zorra, y voy a recuperarlo'.

CONTINUARÁ

¡Sígueme en mis redes sociales para ver adelantos y actualizaciones de progreso de la secuela de esta historia! Posteo algo nuevo por lo menos una vez por semana, mucho más activa en Instagram que en otras redes.

¡DEJA TU CALIFICACIÓN Y COMENTARIO! ¡Me ayuda mucho!

OTRAS COSAS MÍAS QUE PUEDES LEER:

¿Más historias de lobos? Chequea:

RASGUÑOS EN LA PUERTA

Un hombre-lobo malherido llega a la puerta de Johanna Miller, con sus dos pequeños hijos. Johanna no tiene ni idea de en la que se va a meter por compadecerse de ellos… ni vos, del mundo nuevo que vas a descubrir. Una historia de "monstruos" muy humana y desgarradora, con final feliz!

HUMO ENTRE LOS ÁRBOLES

Secuela del anterior, donde conoceremos más de la vida del protagonista masculino en su país natal, con su familia de lobos y sus costumbres. Una historia dura, pero con final muy feliz y más que wholesome!

¿Te gusta el scifi romántico? ¿Sí? ¿No? No importa, si te gustó lo anterior:

NUESTRAS ESTRELLAS ROTAS, BILOGÍA (parte 1 y 2)

En este space opera épico, una joven científica desilusionada del amor hace un contrato con un mercenario atado a una empresa paramilitar en un futuro más o menos lejano donde la humanidad ha conquistado galaxias. Ella pensaba que sólo sería un poco de sexo para concebir al bebé que tanto deseaba… nunca imaginó que terminaría enamorándose de un hombre que es más máquna que persona, y ayudándole a romper no sólo la programación que lo ataba a la empresa, sino a recuperar su propia humanidad y pasado. Imperdible, OJO QUE ES 18+, TIENE ESCENAS EXPLÍCITAS

VIGILANTE NOCTURNO (standalone, por ahora)

Wilhemina Bancroft hereda una mansión en la campiña inglesa y a los demonios que la habitan, seres espeluznantes pero con un costado muy humano que custodian una entrada secreta al Inframundo. Leyra, el Vigilante, será su guía y quizá también algo

más, en lo que descifran los misterios que el padre de Mina dejó atrás, y luchan contra la gente que quiere apoderarse de la mansión. Acción e imaginación. URBAN FANTASY a rolete!

OCHO RELATOS DE FANTASÍA

Recopilación de historias cortas y variadas de fantasía, tanto medieval como histórica o scifi blando. Diferentes culturas y universos mágicos. Grecia, Japón antiguo, Vikingos, un futuro distópico y algunos extras derivados de Rasguños en la Puerta, lecturas ágiles y bonitas para una tarde de ocio.

25 HISTORIAS DE AMOR Y DE DIOSES

Como lo dice su título, cuentos cortos (cortísimos) sobre deidades. Inspirado en juegos de rol con una amiga, que siempre me dejaron con ganas de explorar más y crear un mundo más amplio donde todos pudieran participar. Pantallazos de historias y relaciones entre distintas deidades de culturas variadas, de todo el mundo. También para una tarde de ocio.

PRONTO MÁS HISTORIAS